
3 1761 09544778 5

L.º Mr. N.ª

L.º Mr. N.ª



LAS GENTES DE BUENA FE.

LS
F36798

GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

LAS GENTES DE BUENA FÉ,

(MEMORIAS DE CUATRO PILLOS.)

Novela filosófica y de costumbres

POR

D. Manuel Fernández y González.

TOMO II.

299149
4
34
17

MADRID:
IMPRENTA DE LA GALERÍA LITERARIA,
calle de la Colegiata, 6.

1870.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lasgentesdebuena02fern

CAPITULO PRIMERO.

De cómo la prevision de doña Práxedes puso en gran peligro la eleccion de Cantillana.

I.

A aquella hora se atrevia á encaminarse al pueblo de Cercedilla, saliendo de la paja, Mirabelillo; y no era que se hubiese dormido, porque no habia logrado pegar los ojos, asustado con la idea del alma en pena.

—¿Y qué hago yo ahora,—decia,—despues de haberme dejado la carta del señor cura en la chaqueta? ¡Sabe Dios dónde estará todo lo que me dejé allí, y qué habrá hecho de mi chaqueta esa maldita alma en pena! Pues váyale usted al señor cura á decir que la carta se ha perdido; ¡quién sabe si me pegará un escopetazo! ¡pues no vaya usted á decírselo para que ponga el remedio que sea necesario!

Mirabelillo estuvo paseándose desesperado por su pa-

jar hasta las diez del dia, hora en que se decidió, y dijo:

—Pues señor, lo que ha de ser, será, y sea lo que quiera, y cuanto antes mejor.

Y descolgándose por el tiro del pajar, y saltando despues las tapias del corral, se fué al pueblo en mangas de camisa, á pesar de que hacia frio, con el pañuelo en la cabeza y las manos metidas en los bolsillos.

Mirabelillo no habia podido forzar ni la puerta del corral ni la otra puerta del ventorrillo; ya sabemos que se habia dejado tambien la llave de éste en la chaqueta.

Llegó al pueblo en ocasion en que hervia la plaza de electores, como que en la casa del ayuntamiento, en el soportal de ella, se estaba constituyendo la mesa.

Los tres candidatos andaban de aquí para allá, hablando con éste y con el otro, escuchando, ofreciendo, regateando, solicitando.

La mesa se constituía difícilmente; no presentaba color alguno; eran simples electores, dispuestos á dirigir la eleccion segun el viento les soplase.

La cuestion se presentaba agria y dudosa; ninguno de los pretendientes veia nada determinado á su favor.

Habia misterio.

Todo esto consistia en que don Silvestre, su ama la señora Práxedes y sus sobrinas, estaban imposibilitadas de ir á la plaza á ocuparse de las elecciones, porque don Silvestre estaba muy malito y muy débil, á causa de la larga sangría que le habia hecho el barbero.

No estaba ménos doliente, ménos asendereado, ménos débil el pobre don Cleofás; le dolia el pié de una ma-

nera terrible, y temia que le hubiesen equivocado la cura y le hubiesen dejado cojo.

Esto, si se realizaba, venia á ser una gran desgracia; porque un capellan cojo hace muy mala figura.

II.

—Esto es cosa fuerte,—decia don Cleofás,—que haya yo salido ileso de tantas funciones de guerra, y haya venido á inutilizarme en las elecciones de Cercedilla.

—Calle usted, amigo don Cleofás,—decia don Silvestre, que como sabemos estaba en otra cama en el mismo aposento,—que yo creo que todos los demonios del infierno se han vuelto contra nosotros.

—¿Y qué quiere usted, don Silvestre?—decia don Cleofás,—este es un castigo de Dios, por la ambicion mundana de que nos hemos dejado poseer: ¿qué tenemos que ver nosotros con elecciones, ni con políticas, ni con nada que no sea el servicio de Dios?

—Pero, cristiano,—decia don Silvestre,—¿puede usted negar lo sabrosa que es una canongía?

—Créolo bien,—replicaba don Cleofás,—pero pudiéramos decir como Sancho Panza: «si buena ínsula me das, buenos azotes me cuesta.»

—¡Ay, don Cleofás de mi alma!—dijo don Silvestre,—que tengo raimiento en el estómago y se me vá de debilidad la cabeza.

—¡Ay don Silvestre de mi alma! que yo no sé lo que se me vá ni lo que se me viene; pero yo creo que si me

dieran una taza de buen caldo con un chorreoncito de vino rancio, me vendria bien.

—Y yo creo que á mí no me vendria mal,—dijo don Silvestre,—porque el bárbaro del barbero, creyó sin duda que en casa se iban á hacer morcillas, y no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo.

—¡Pues no, que á mí!

—¡Práxedes! ¡Práxedes!—dijo con voz lastimosa don Silvestre.

La seca, larga y fea ama del cura, apareció en la puerta.

—¿Qué se le ofrece á usted, señor cura?—dijo con acento desapacible.

—¡Qué se me ha de ofrecer, mujer!—dijo don Silvestre,—¿has puesto la olla, hija mia?

—¿Pues qué habia de hacer mas que ponerla?—dijo la señora Práxedes,—pues porque ustedes no pueden comer, ¿no hemos de comer los demás?

—Oyes, Práxedes, ya debe de estar el caldo.

—Vaya si está, y muy rico, que con el olor no más puede resucitar á un muerto; como que porque tenemos huéspedes he puesto en la olla jamon y morcilla, gallina, y perdiz, y chorizo, y una gran albóndiga de lomo; todos los sacramentos, señor cura, todos los sacramentos.

—¡Ah, hija mia!—dijo el cura,—que se me hace la boca agua, y yo creo que lo mismo le sucede á mi compañero el señor don Cleofás; anda, hija, anda, y envia á las niñas con dos tazas de caldo, que no sean muy pequeñas, y échale á cada taza así como una jícara de vi-

no blanco, añejo, del que han regalado de la Nava por pascuas.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, señor cura? ¿quiere usted que yo le mate, y que mate á su amigo? pues á fé, á fé, que no encargaron mucho el médico y el albéitar, y el barbero, que no se les diera á ustedes más que sustancia de pan, y eso con prudencia, y de dos en dos horas.

—¡Animales!—exclamó don Silvestre con voz desfallecida.

Don Cleofás suspiró ruidosamente, y exclamó:

—De seguro que el médico, y el albéitar, y el barbero, quieren hacer solos las elecciones, y nos ponen fuera de combate.

—Eso es, eso es, don Cleofás,—dijo don Silvestre,—pero esto es una ilegalidad, una coaccion, y yo protextaré; ¡vaya si protextaré! y tú, Práxedes, ¿por qué no vas á trabajar con los electores?

—Calle usted, don Silvestre,—dijo la señora Práxedes,—que si usted me entrega los diez mil duros que le han dado...

—¡Cómo los diez mil duros que me han dado!—exclamó don Silvestre, incorporándose vivamente.

—¿Pues para qué son los cincuenta billetes de á cuatro mil reales que me encontré yo anoche en su chaqueta de usted?

—¿Y quién te ha dicho á tí que esos sean billetes de banco, si un billete de banco no lo has visto tú en toda tu vida, ni sabes leer?

—Me lo ha dicho doña Dolores que los conoce, y me

ha explicado lo que son, y en Dios y en mi ánima que no puedo todavía entender cómo aquellos cincuenta pedazos de papel, se puedan cambiar en diez talegas de pesos duros: pero doña Dolores dice que sí, y que sí, y que sí, y le he enseñado uno al fiel de fechos, que vá mucho á Madrid, y me ha dicho que si quiero que me lo cambie, y yo he dicho que sí, y me ha dado doce onzas y media de oro, como doce soles y medio: yo me hacia cruces y me las sigo haciendo: ¡mire usted un papelucho que parece que no vale nada, y las tripas que tiene!

—¡Tú me vas á perder, Práxedes!—dijo sulfurado el cura;—¡al demonio se le ocurre en tiempo de elecciones ir al fiel de fechos con un billete de cuatro mil reales, y tomar el cambio en oro! ¡y que no es hablador que digamos el fiel de fechos, ni mostrenco, ni roaballo!... ¡bendito sea Dios, y cuánta desgracia de una vez!

—Mire usted, señor cura, ya no tiene remedio; porque yo, para que salga diputado ese señor gordo y calvo, que se vá á casar con doña Teresa, he empezado á dar á cada uno su parte.

—¡Ay, qué perdicion, Dios mio!—exclamó el cura,—¡y qué trabajo es tenerse que valer de gente estúpida! y no faltaba ahora más, sino que no viniesen nuestros nombramientos de canónigos, don Cleofás, y nos quedáramos sin prebendas y sin dinero.

—Lo que yo quisiera por ahora,—dijo el bueno de don Cleofás,—seria algo que me consolase el estómago, y sobre todo que se me quitase este dolor que tengo en el tobillo.

—¿Y has dado todo el dinero, Práxedes?

—¿Pues qué tenia que hacer mas que darlo? como pan bendito lo he repartido: no que no, descuídese usted y veremos quién sale diputado, pues á fé que traen poco teje maneje los unos y los otros, que no parece sino que se vá á ganar la gran ciudad de Jauja; y que no andan el médico, y el boticario, y el alcalde sino bebiendo los vientos y hablando á todo el mundo.

—Vaya, bueno, bien,—dijo don Silvestre,—¡todo sea por Dios! no faltaba más para que todo me viniera bien, sino que se me muriera el perro.

—No, señor, el perro no se muere,—dijo doña Práxedes,—que hace un ratito estuvo aquí el albéitar y dijo que á Bravonel no se le habia venteado ninguna tripa.

—Vaya, pues del mal el ménos,—dijo don Cleofás,—nos consolaremos de tanta desgracia cazando jabalíes con Bravonel.

—Eso será lo mejor, señor cura,—dijo la señora Práxedes,—que usted se consuele y que no piense mas que en ponerse bueno.

—¿Y no nos traerás ni un sorbito de caldo, mujer?

—¡Y yo que hiciera eso!—dijo la señora Práxedes,—¡para que nos costára la torta un pan! no señor, aunque me ahorquen; pues á fé, á fé, que no encargaron mucho el médico, y el albéitar, y el barbero que los tuviéramos á ustedes y á Bravonel á dieta rigorosa.

—Pues mira, ya que hemos de fastidiarnos, todo sea por Dios: pero no te descuides mujer, y no dejes de la mano á los electores, no sea que nos birlen el acta y se quede á la luna de Valencia el señor don Antonio: ya

que se han comido la tajada, que nos haga á nosotros buen provecho.

—Pues por supuesto, señor cura, por supuesto; descuide usted que en buenas manos está el pandero; y vaya, voy á entornar la ventana, que entra mucha luz, para que reposen ustedes, y me voy á corretear por el pueblo aunque no hace falta, porque así tuviera usted tan segura una canongía, como tiene segura el acta don Antonio.

—Pues mira, Práxedes, con el acta de don Antonio tenemos segura la canongía mi compañero y yo.

—Pues dénse ustedes por canónigos, y no me muela usted más, don Silvestre, que todo saldrá bien.

Y la señora Práxedes que habia ya cerrado la ventana, salió del aposento.

III.

Don Antonio estaba en el aire: mejor dicho, don Antonio que se creia ya de buena fé diputado por Cercedilla, y que no pensaba en otra cosa que en ver cómo se escurria del compromiso en que se habia puesto de casarse con Teresa, no podia ser humanamente diputado, porque nada absolutamente se habia trabajado por él, á escepcion de lo que la noche anterior se recomendó en la procesion del Silencio, á las madres, las esposas, las hijas y las hermanas de los electores.

A nadie se habia dado un cuarto; el candidato neocatólico estaba tambien perdido; la señora Práxedes demasiado preocupada con los diez mil duros de que se habia apoderado, no pensaba ya en las elecciones sino para

que la sirviese de pretexto del secuestro que habia hecho de los diez mil duros.

IV.

Acontecia que por aquel tiempo los billetes del Banco de España tenian un gran crédito y se deseaban, porque abultaban mucho ménos que la moneda.

El fiel de fechos preguntó á la señora Práxedes si tenia muchos más billetes, y ésta sacó de debajo de su delantal y de sus enaguas, esto es, de su faltriquera los otros cuarenta y nueve billetes.

Se entabló el diálogo siguiente:

—¿Y dígame usted, señora Práxedes? ¿de dónde le ha venido á usted este dineral? porque yo no sé que el señor cura haya vendido ninguna hacienda, que si la hubiera vendido, yo hubiera tenido que saberlo, como que soy quien hace las escrituras.

—Si usted me promete guardarme el secreto, se lo diré.

—¡Vaya si se lo guardaré á usted, lo mismo que un pozo!—contestó el fiel de fechos,—apuesto que este dinero lo han traido las elecciones.

—Pues si señor, sí,—dijo la señora Práxedes,—usted ha dado en el item, este dinero se lo ha entregado á don Silvestre un señor que ha venido de Madrid al pueblo para que don Silvestre le haga diputado.

—¡Hola! ¡hola!—dijo el fiel de fechos abriendo tanto ojo porque era acérrimo partidario de don Simon Martinez Cuero, el candidato de la union liberal, por lo que

éste le habia ofrecido darle, y por lo que además le habia amenazado de que el gobernador de la provincia sacaría á luz cierto expediente súcio instruido contra él, que se estaba empolvando en el archivo del gobierno;—¡conque esas tenemos! Pues mire usted, señora Práxedes, no sea usted tonta, y ya que Dios le ha dado á usted esta fortuna no la desperdicie usted.

—Mire usted que no le entiendo á usted, tio Berrientos,—dijo la señora Práxedes mirando de hito en hito y con una suprema ansiedad al fiel de fechos,—¿ha querido usted decirme que yo me quede con este dinero?

—¿Y qué ha de hacer usted si ya le tiene en la mano?

—Pero eso es un pecado mortal,—dijo la señora Práxedes,—este dinero no nos lo han dado para que nos quedemos con él, sino para que hagamos diputado á don Antonio Cantillana.

—¡Tá, tá, tá! las elecciones son la feria de los pueblos, señora Práxedes; no sea usted simple y á rio revuelto ganancia de pescadores; y el que pueda coger que coja, y á Segura lo llevan preso, y á pícaro, pícaro y medio, y primero es uno que nadie: y sobre todo, que el que se gasta diez mil duros porque le hagan diputado, es porque tiene el firme propósito de comerse la Biblia, ¡pues buena calamidad íbamos á enviar al Congreso! ¡buen padre de la patria nos habríamos echado! de seguro que él no se quedaría sin cobrarse el capital y los réditos, ¡y qué reditos, válgame Dios! ¡el mil por uno! y este año que se dice que se van á tratar cosas gordas, cosas de mucho interés, lo que la nacion necesita son hombres próbos y desinteresados, llenos del mas puro patriotis-

mo, que no se rindan ni al dinero, ni á los honores, ni á los altos cargos, ni á las amenazas; patriotas de buena fé que se opongan con todo género de heróicos sacrificios á la corrupcion que nos devora, y que en vez de fomentarla, la destruyan proponiendo y votando sábias leyes.

—Mire usted, tio Berrientos, yo no le entiendo á usted.

—Pues es muy fácil entenderme, que los pícaros sean cogidos en sus propias redes, y además, señora Práxedes, que á los farsantes es menester castigarlos y cortarles las alas para que no puedan hacer daño, y luego, que usted debe tener mucho cariño á las sobrinas del señor cura, y mirar por las pobrecitas; y que cuanto más dote tengan mejor boda harán, y eche usted para acá esos billetes que en un instante voy yo y desentierro el gato, y le traigo á usted en onzas de oro, de las peluconas, los diez mil duros, y no se le importe á usted que no pueda usted cargar con ellos, que yo los echaré en dos costales revueltos con trigo, y los llevarán dos mozos sin saber lo que llevan; y no hay que hablar mas de esto, que lo que yo la digo á usted, es lo que la conviene.

—Pero tio Berrientos, ¿y si esto se sabe?

—Y qué tiene nadie que saberlo, si esto se queda entre nosotros dos.

—¿Pero y cuando ese señor vea que no sale diputado?

—Eso déjemelo usted á mí que yo entiendo de estos negocios y yo haré que pierda la eleccion por pocos votos; y así se creerá que otro ha dado más dinero ó ha andado más listo, y no seria la primera vez que un candidato, despues de costarle bien el dinero, se quedase á pié

y con la gana, y se fuese á Madrid cantando bajito y con las orejas gachas.

En fin, tanto dijo el tio Berrientos á la señora Práxedes, y tantas ganas tenia ésta de quedarse con los diez mil duros de don Antonio Cantillana, que el negocio se hizo y antes de las nueve de la mañana la señora Práxedes guardaba en su arca la llave del granero de la casa del cura, en el cual habian dejado dos costales de trigo, dos mozos del fiel de fechos.

Estos habian extrañado que el trigo pesase tanto, y don Antonio que estaba en la plaza hablando con este y con el otro para disimular, y que no se conociese el negocio al ver que sin trabajar ganaba la eleccion, tuvo que apartarse para que pasasen los mozos, muy ageno de que se habia apartado para que pasasen sus diez mil duros.

Entretanto el fiel de fechos, el alcalde, el médico, el cirujano, el barbero y el albéitar, estaban en conciliábulo y se frotaban satisfechos las manos.

El cura y su ama habian dejado de trabajar por el candidato neo-católico para ponerse de parte del conservador, y la eleccion de éste, estaba completamente anulada.

Podia considerarse ya casi segura, la eleccion del candidato unionista, don Simon Martinez Cuero.

CAPITULO II.

En que continúan las penalidades inauditas de los dos eclesiásticos.

I.

Y hé aquí, que en punto de las diez de la mañana se abrió la puerta del cuarto, en que yacian dolientes los dos eclesiásticos, y entró de nuevo doña Práxedes.

—¿Te se han ablandado al fin las entrañas, hija mia,—dijo don Silvestre,—y nos traes siquiera un sorbito de caldo?

—Dios me libre,—exclamó la señora Práxedes,—á lo que vengo es á decir á usted señor cura, que ahí está Mirabelillo.

—¿Qué está ahí Mirabelillo?—exclamó con una agria salida de tono don Silvestre;—pues solo esto nos faltaba: no puede haber ido y venido á Madrid, como no haya sido por el aire.

—Calle usted, señor cura, que viene el pobre asustado, y en mangas de camisa,—dijo la señora Práxedes.

—¿Asustado, en mangas de camisa, y con el frio que hace?—exclamó completamente fuera de tono don Silvestre:—¿qué le parece á usted de esto, don Cleofás?

—Lo que á mi parece,—contestó con voz desfallecida el buen capellan de las monjas,—es que tengo cada vez más frio el estómago, y que cada vez me duele más el tobillo.

—¡Válgame Dios, señor, válgame Dios!—dijo el cura:—¿y qué dice ese muchacho?

—Lo que dice es, que necesita hablar urgentemente con usted.

—Vaya, mujer, pues dile que suba, veremos que nueva desgracia es esta.

La señora Práxedes se fué.

—Este es un castigo de Dios, don Silvestre,—dijo con voz plañidera don Cleofás:—¡en qué hora tan menguada he venido yo al pueblo de Cercedilla! aquí nos lo vamos á dejar todo, hasta la piel.

Don Cleofás se cayó, porque en aquel punto se oyó el ruido de unos fuertes zapatones cerca del aposento.

II.

Inmediatamente entró Mirabelillo, y adelantando y arrodillándose junto al lecho de don Silvestre dijo:

—Señor cura, muélame usted, rájeme usted, péguеme usted un tiro, máteme usted, pero yo no tengo la culpa.

—¿Qué estás diciendo, pecador?—saltó el cura asus-

tado,—¿qué te ha sucedido? ¿qué me has hecho? ¿á qué te has atrevido? ¿qué cosa tan mala me guardas? ¿por qué quieres que te mate? habla, dí, responde; confiesa pícaro, que me estoy temiendo una desventura.

—Yo no tengo culpa de tenerles miedo á las almas en pena, cuando son almas que donde quiera que se presentan hacen daño y traen la desgracia; ¡sabe Dios lo que le habrá pasado á mi Maruja, que se fué ayer á los Molinos y estaba muy en mayores! ¡válgame Dios, señor, y que noche tan de perros! y no falta más, señor cura, sino que usted la tome conmigo y me haga pagar lo que no me he comido.

—¿Pero acabarás de hablar, salvaje?—exclamó el cura;—acaba de una vez y sepamos qué es lo que has hecho; como si lo viera, tú no has llevado la carta que te dí para que la llevaras á Madrid.

—Mire usted, señor cura, las bendiciones que usted me echó, no aprovecharon; ¿y yo qué habia de hacer?

Y Mirabelillo cansado de estar de rodillas se puso de pié.

—Pero hombre, ¿qué te ha pasado?—dijo el cura;—acaba de reventar, que me tienes con el alma en un hilo.

—Pues me ha pasado, señor cura,—dijo Mirabelillo,—que cuando llegué anoche al barranco de la Maliciosa, me entró tal miedo, y tal sudor, y tal temblor, pensando en el alma en pena, que ni me atreví á seguir adelante ni á volverme atrás: y qué hice: ya sabe usted, señor cura, porque es usted cazador, y anda por todos los andurriales de dos leguas á la redonda, que en el barranco de la Maliciosa hay allá á lo último en una torrenterilla,

una cueva muy honda y muy abrigada, y alrededor brezos y malezas muy apretados, y yo dije, pues señor, me voy á la cueva, corto leña bastante, hago una lumbrarada, y puede ser que el alma en pena sea como los lobos, que no se atreva á acercarse á la lumbre.

Y me fuí allá, y metí en la cueva poco ménos que un carro de leña, y le pegué fuego, y me acosté al lado de la lumbre en una cama de heno seco, que sin duda sirvió á algun pobre que se quedó alguna noche en la cueva, y para estar mejor, me puse debajo de la cabeza la chaqueta, y encima el capote, y creyéndome seguro me dormí: cuando cata ahí, que sin saber por qué despierto, miro y veo al alma en pena que se acercaba á mí y me miraba con sus ojazos negros, que parecia que me queria comer.

Y me dió tal miedo, que sin saber cómo, me encontré fuera de la cueva, camino de mi ventorrillo, y llegué á él y me metí en el pajar, y allí me he estado dando diente con diente; y sino he venido hasta ahora es porque no me he atrevido, porque no sabia lo que me iba usted á hacer.

—¿Y la carta, Mirabelillo, y la carta?—exclamó desesperado don Silvestre.

—La carta allí se quedó, en el bolsillo de la chaqueta, con la llave del ventorrillo, y con los tres duros que usted me dió, y con el caballo, y con el retaco, y con el capote de monte, y con el sombrero.

—Bueno, bien,—dijo el cura;—ya se ha echado á perder el negocio; ya no hay tiempo para nada: me has perdido Mirabelillo, porque tú no sabes lo que era la

carta que llevabas: tú te acostaste asustado con el alma en pena, y soñaste con ella, y despertaste con la pesadilla, y creiste que la tenias encima: vamos, era mejor hacerle un encargo á un javalí que á uno de vosotros; sois muy brutos.

—Mire usted, señor cura, no me diga usted á mí que yo soñé que ví al alma en pena, porque sino salto pronto y escapo, allí mismo me come: sí señor; sí; era el alma en pena en carne y hueso; y no me diga usted á mí que no era, porque la ví como lo estoy viendo á usted; y la conozco porque la he visto muchas veces; pero la he visto de dia, y eso es ya distinto, porque dicen que cuando las almas en pena hacen daño, es de noche: y si usted la hubiera visto á la luz de la lumbrarada, y lo que le relucian aquellos ojazos, ¡y cómo me miraba y hacia crugir los dientes!...

—Mira, Mirabelillo, ahora es de dia, y el alma en pena no puede hacerte daño, ¿entiendes? con que anda vete otra vez, á la cueva del barranco de la Maliciosa, que como es sitio apartado puede ser que allí esté todavía todo lo que te dejaste anoche, y si lo encuentras, vuelve y tráeme la carta, que ya buscaré yo quien la lleve, que sea ménos collon que tú.

—Pues ójala se la hubiera usted dado á otro para que la llevara, que no hubiera yo pasado ni susto, ni mala noche, y no me estaria muriendo; pero tiene usted razon, voy á ir, que no he de dejar perder el jaco, ni la chaqueta, ni el capote de monte, y puede ser que todavía estén allí.

III.

Mirabelillo salió, se procuró en una casa vecina una chaqueta porque hacia mucho frio, una manta y una montera, con promesa de volverlas.

Salió del pueblo, bajó á la carretera, la siguió, llegó al barranco de la Maliciosa, fué á la cueva y vió que no habia nada absolutamente, nada más que el lecho de heno seco, la ceniza de la hoguera, y junto á ella las señales de las herraduras de su caballo.

—Pues señor,—dijo Mirabelillo,—aquí no está nada de lo que me dejé; me voy á dar parte al alcalde de que me han robado el caballo, la chaqueta, el capote, el sombrero, una llave, una carta, y tres duros, porque á la fuerza, el alma en pena no se ha llevado estas cosas, ¿para qué las queria? Algun ratero de los que andan por aquí habrá sido, y el que toma lo que no es suyo es un ladron. ¿Y qué le digo yo al señor cura? toma, qué le he de decir, que la carta ha volado; que busque otro, para que lleve otra carta si quiere, porque lo que es yo no ando el camino más que de dia.

Mirabelillo se volvió triste y mohino, y buscó al alcalde para darle parte del robo, que segun él le habian hecho; pero don Frutos estaba demasiado engolfado en la constitucion de la mesa, y no escuchó á Mirabelillo.

Éste tuvo que refugiarse casa del cura.

IV.

—Y bien,—dijo don Silvestre,—¿has encontrado la carta?

—¿Qué carta ni qué alcachofas, señor cura?—dijo Mirabelillo,—en la cueva solo hay el heno y la ceniza de la hoguera que habia encendida; pero ni mi caballo con todo lo que tenia encima, ni mi chaqueta, ni mi sombrero, ni mi capote aparecen allí; quien se lo haya llevado le ha venido muy bien. Lo que es yo, el jueves me voy á bajar al Barranco de Lavapiés, á ver si llevan allí á vender mi caballo, que no es de perder, porque me costó treinta y cinco duros, y es un buen jaco.

—Tú eres el que nos has perdido, Mirabelillo,—exclamó el cura desesperado,—pero, en fin, ¿qué se vá á hacer? ¡no sabias tú lo que era la carta que has extraviado!

—Señor cura, ¿quiere usted que yo me vuelva carta?

—No, hombre, no tienes tú la culpa: quien la tiene soy yo que me he fiado de tí, que eres un bruto: anda con Dios, y no me vuelvas á mirar en todos los dias de tu vida.

V.

Mirabelillo se fué contento porque el cura se habia contentado con decirle que no le volviera á mirar en todos los dias de su vida.

Consistia esto en que don Silvestre estaba doliente, en que no podia menearse, pues de otro modo algo más duro hubiera sido lo que le hubiera acontecido á Mirabelillo.

—Y bien, compañero,—dijo don Silvestre á don Cleofás,—¿qué hacemos?

—Lo que yo quiero hacer es ponerme bueno,—dijo don Cleofás.

—Hombre, está usted intratable,—dijo don Silvestre,—todas las fuerzas y toda la valentía de artillero, se le ha bajado á los talones con una simple mala noche que ha pasado usted, y con haberse caido y haberse dislocado usted un pié.

—¿Y qué quiere usted? yo veo en esto un castigo de Dios.

—No sé por qué dice usted eso.

—Si señor; ¿no dicen que cuando se vé á ese hombre á quien llaman alma en pena, sucede una desgracia?

—Si señor que lo dicen,—contestó don Silvestre,—pero yo lo tenia eso por una supersticion.

—Pues ya vé usted, don Silvestre, como no hay en eso tanta supersticion; yo creo que cuando todos dan en decir una cosa, aun cuando parezca absurda, algo hay de ello.

—Ménos en lo que no hay nada, don Cleofás, como por ejemplo, el que yo me subiera á la tapia para ir á buscar á la mujer del sacristan; ya vé usted cuán lejos estábamos nosotros de tal cosa, y sin embargo ahora verá usted la polvareda que han armado en el pueblo, y la calumnia que han levantado.

—Pero, ¿usted qué sabe si no ha oido decir nada?

—Como si lo oyera; ese infame de don Braulio, que intentará desollarme, porque conmigo se encuentra con un hombre que no le deja hacer libremente sus picardías, y ahora, como está empeñado por el candidato de la union liberal, calcule usted si habrá echado piedras

de fuego para desacreditarme; lo ménos que estará diciendo á todo el mundo, y lo que todo el mundo dirá ya, es que estoy yo en la cama porque el sacristan, celoso, me ha pegado una paliza.

—Pero esto es horrible, don Silvestre; la dignidad de usted no le permite estar en un pueblo donde se dicen de un eclesiástico tales infamias.

—Usted no sabe lo que es un pueblo, don Cleofás; ¿no ha oido usted decir que un pueblo es un lugar diputado? aquí no se respeta á nadie; aquí, como no tienen que hacer, por entretenerse en algo, se entretienen hasta con la honra; nadie hay que escape; son muy brutos: seria de desear que se extendiese la educacion pública, y que se hiciese obligatoria.

—Sí, eso es, y entrarian en la educacion las ideas protestantes; ¿á dónde vamos á parar, hombre? más vale el mal que nos destruye, que no la ponzoña que entraria con extender la educacion. Vamos, don Silvestre, usted no sabe lo que se dice; usted claudica, usted se hace un poco protestante.

—Hombre, si lo toma usted por ahí, me callo; pero, ¿por qué la educacion se ha de oponer al cristianismo? que no se enseñe más que lo que se debe enseñar, que se dé buen ejemplo y se castigue á los pícaros, que se ahorque á los criminales, que se establezca una moral rígida, y así se podrá enseñar á todo el mundo sin que la enseñanza perjudique á la sociedad.

—Mire usted, don Silvestre, me parece que estamos mejor, y que bien nos podia dar de comer su ama de usted.

—¿Y por qué le parece á usted que estamos mejor?

—Porque nos estamos ocupando de lo que no nos importa, ó por lo ménos de cosas que á nada conducen, porque supongamos que nos importa mucho que la educacion sea de esta ó de la otra manera: por más que la demos algun giro, no conseguimos más que calentarnos la cabeza, porque en este país no hay que esperar nada del gobierno, tiene que hacerse todo ello solo, y cuando se puede, mal y tarde; ¿quiere usted llamar á la señora Práxedes?

—Me parece que está usted atinado con eso de que nos den de comer; ya verá usted por donde sale mi ama.

Y llamó.

VI.

Se presentó doña Práxedes.

—Te advierto,—la dijo el cura, creyendo de buena fé que doña Práxedes iba á ceder á sus amenazas,—que como te resistas á darnos un consuelo para el estómago, á mi compañero y á mí, no tienes que contar lo ménos en seis años conque yo te compre nada, ni tampoco á las niñas, ni con verme contento, ni otra porcion de cosas á que estás acostumbrada.

Pero como doña Práxedes tenia en el granero, en dos costales, diez mil duros en onzas de oro, que eran como sabemos, un despojo electoral hecho al candidato conservador, se encogió de hombros, y dijo:

—Pues mire usted, el peor camino que hay que tomar conmigo, son las amenazas; y si á usted no le acomoda

el que yo me interese por su salud, ni que haga lo que han prescrito los facultativos, á mí me importa muy poco; y si usted se disgusta, con que yo me vaya á vivir á mi casa, estamos en paz; á usted no le faltará quien le sirva, ni á mí una corteza, porque Dios que dá de comer á los gorriones, tambien me dará que comer á mí.

Asustóse el cura con la rebeldía de doña Práxedes.

—¿Pero está usted viendo, don Cleofás? hoy todo el mundo se subleva, hoy no hay autoridad posible; ¿á dónde vamos á parar? conque es decir, mi señora doña Práxedes, que tenemos que aguantarnos con este rugimiento de tripas, con esta debilidad que nos come?

—Todo lo que puedo hacer,—dijo doña Práxedes,—es llamar á don Braulio y preguntarle si se les puede dar á ustedes de comer.

—Pero mujer, hazlo por caridad y corre á ver si don Braulio se apiada de nosotros, que mucho me temo que no sea así, y tanto más lo temo, como que sabe la espada que soy. Mucho me temo que nos apriete, si le es posible, la dieta, para tenernos postrados aquí hasta que todo esto se acabe. Ya verás tú, Práxedes; en el instante en que salga don Simon diputado, que es el candidato á quien proteje, verás como don Braulio te dice que me des de comer un buey; por lo mismo debes considerar que aquí hay una segunda intencion, que teniéndonos á dieta ayudas á nuestros enemigos.

Cabalmente por esto era por lo que doña Práxedes tenia los diez mil duros, y por lo que habia cambiado

completamente, y se mantenia en su resolucion de tener sujeto al cura por la debilidad, en el lecho.

—Mire usted, don Silvestre, don Braulio tendrá todo lo que se quiera, pero como médico ya sabe usted que cumple con su obligacion, y me dijo formalmente: «el señor cura tiene un pasmo grande en el cuerpo, y es necesario ponerle á rigorosa dieta; á dieta rigorosa, ¿entiende usted? de dos en dos horas, sustancia de pan; de otra manera nos exponemos á que esto, que no es nada, se convierta en un causon que le lleve á la sepultura; conque, mucho cuidado, doña Práxedes, mucho cuidado; en usted consiste que esos dos señores se salven ó no.» Conque ya vé usted, don Silvestre; yo se lo aviso á usted; no he de consentir que tomen ustedes nada que pueda hacerles daño.

—Ese asesino abusa de tí, crédula; tontería, Práxedes; ¿crees tú que cuando un enfermo tiene hambre no debe comer? todo el que tiene hambre come si se lo dan, y todo el que come cuando tiene hambre, la comida le sienta bien; en fin, no hay más que tener paciencia, don Cleofás; hemos caido en poder de Faraon; conque así, á ver si podemos dormir y soñar que comemos, que creo que como no sea en sueños, no comemos en quince dias; esto es hasta que yo me pueda levantar, y entonces al que me impida comer, le doblo de un escopetazo, y el primero á don Braulio: mira, Práxedes, márchate, quítateme de delante, que me estás sacrificando: ¡estúpida! tú eres mi enemigo, debiendo ser muy mi amiga; esto es lo que se hace en los pueblos, aprovecharse de las buenas gentes para sus negocios.

—Vaya, quede usted con Dios, señor cura, porque si no me voy, veo que voy á coger una irritacion, y voy á caer en cama tambien: ¡qué manera de tratarla á una, Señor!

Y se fué.

Los dos pobres curas se acurrucaron, se encogieron, y procuraron dormirse para soportar mejor el hambre.

CAPITULO III.

Principio de anudamiento de relaciones.

I.

Don Fernando se detuvo en el hotel de Lóndres, calle del Arenal, 57.

Entró, y dió su caballo á un mozo, despues de preguntar al mayordomo dónde estaba la señora doña Mercedes Cancamusa.

—Primer piso, número 1,—dijo el mayordomo.

Y un mozo de librea, de esas libreas extrañas que se ven en ciertos establecimientos que se montan á la inglesa, pasó á escape delante de don Fernando, tanto para guiarle como para anunciar su visita á doña Mercedes.

Doña Mercedes era considerada en la fonda como un personaje, por su figura, por su elegancia, y sobre todo por lo que gastaba.

Don Fernando habia parecido al mayordomo otro personaje: tal era la trasformacion que se habia operado en él.

Si se hubiera presentado en el despacho de la fonda con el traje que se habia quitado una hora antes, no le hubieran hecho caso. Esto es muy natural; en el mundo de ayer, de anteayer y de siempre, á aquel de quien nada se puede esperar, se le dá con la puerta en las narices, y se atiende con todas las consideraciones posibles, á aquel de quien se ha visto que se puede sacar algo, y cuanto más mejor.

Delante de una gran puerta, que tenia un número 1 colorado, en una tabla sobre fondo azul, se detuvo el criado.

—¿Quién es á quien voy á tener la honra de anunciar á la señora de Cancamusa?

—El marqués de Olite.

—Muy bien, excelentísimo señor.

—Anda, anda.

—Pase vuecencia; vuecencia no debe esperar aquí.

Don Fernando entró en un recibimiento.

El criado, avanzando á la puerta, levantó un portier, y dijo desde allí:

—Señora, el marqués de Olite.

—Adelante,—dijo una voz fresca, pura, argentina é impaciente, y se oyeron unos precipitados pasos que se acercaban á la puerta.

—Pase vuecencia, — dijo el criado, — la señora espera.

Don Fernando entró.

Mercedes, al verle permaneció inmóvil, contemplándole de una manera ansiosa.

—Y bien,—dijo al cabo de algunos momentos,—gracias á Dios que puedo tener una explicacion contigo.

—¿Y qué explicacion hay posible entre nosotros, Mercedes?—contestó don Fernando, dirigiéndose á la chimenea.

Y tomó asiento sacando su petaca con la confianza de un hombre que sabe que puede permitirse maneras francas delante de una mujer.

Ofreció la petaca á Mercedes.

Mercedes tomó un cigarro y le puso sobre el velador.

Luego se sentó frente á don Fernando y se puso á mirarle de hito en hito, de una manera encantadora.

Don Fernando la miraba de una manera tranquila y encendia su cigarro en un ascua que habia tomado con las tenazas de la chimenea.

II.

La tranquilidad que delante de Mercedes demostraba Fernando, acabó por marcar una ligera nube de irritacion en Mercedes; parecia como una reina despótica que se irrita porque vé en rebeldia á uno que creia más que su vasallo su esclavo.

—¿Y cómo te vá, Mercedes?—preguntó don Fernando.

—Perfectamente,—contestó Mercedes,—como siempre.

—Como siempre, ¿eh?

—Sí, como siempre, permanezco en un punto el tiempo que me parece y cuando me canso me voy á otra parte; viajo, gasto mucho; ¿y tú?

—Yo estoy muy bien,—dijo Fernando.

—Sin embargo,—contestó Mercedes con algo de impaciencia,—te he visto esta mañana de una manera muy singular.

—Un capricho; habia ido á una espedicion á un pueblo, y me habia convenido vestirme de aquella manera.

—Tenias un aspecto miserable, un aspecto enfermizo.

—Eso me convenía.

—Tu tio me dijo que andabas loco por esos campos, que te se dejaba, por ver si no contrariándote, volvias á recobrar la salud, pero que siempre iban algunos criados á la vista tuya, que te daban algun dinero.

—¿Con que eso te ha dicho mi buen tio?

—Sí; he oido además á todo el mundo, que habias desaparecido y que se decia que te habias vuelto loco.

—Qué buena fé tiene mi tio y todo el mundo; á veces se toman unas apariencias porque conviene.

—¿Y qué interés podias tú tener en abandonar tu casa, tu comodidad y entregarte á una vida de afan, de peligros y de fatigas?

—Resultados del hastío, afán de gozar de otra manera.

—¿Por qué te empeñas en disimular si estoy viendo la ansiedad á través de la calma conque pretendes revestir tu semblante?

—Pues vés lo que no existe; yo no tengo ansiedad alguna.

—¿Y por qué vienes á verme?

—Por demostrarte que estoy completamente curado de aquella funesta pasion que me hizo tu esclavo: que puedo mirarte frente á frente sin palidecer, sin temblar: que puedo considerarte como á una persona de todo punto indiferente.

—¿Y quién es la causa de esa heróica indiferencia de que yo me felicito, Fernando?—contestó tranquilamente en la apariencia Mercedes.

—Si te agrada el lenguaje de los poetas, te diré que quien me ha devuelto la razon, la paz y la esperanza, ha sido un ángel.

—¿Angel de luz, ó ángel de tinieblas?

—¿Quién sabe?—dijo Fernando,—ha sido una impresion violenta, una conmocion profunda, una de esas fascinaciones que influyen de una manera poderosa sobre nosotros; una palabra, una accion, una vileza ó una desgracia de la mujer que amamos con toda nuestra insensata buena fé, excita nuestros nervios, los vicia, nos desespera, nos vuelve locos, nos convierte en séres miserables, en séres débiles; en pobres criaturas sin alma más que para sufrir, porque donde no hay razon, no hay alma.

—Fernando, yo necesito justificarme contigo.

—¿Justificarte?—dijo de la mejor manera del mundo Fernando;—¿y de qué?

—Creo que en tus palabras vá envuelta una acusacion contra mí.

—No, yo no acuso á las personas á quienes debo estar agradecido.

—¿Agradecido?—exclamó Mercedes con una dolorosa vehemencia.

—Si por cierto; porque despertarle á uno de una terrible pesadilla, decirle, estúpido, insensato, que creias de buena fé encontrar alma, corazon, amor, donde solo hay materia corrompida, mira la verdad; los ojos de una mujer saben mentir como su palabra, como su aliento, como su palidez, como su rubor. ¡Ah! nécio, que habias creido que poseías un ángel, despierta, eso es mentira, es la manera de vivir de las hermosas, de las hermosísimas cortesanas.

—¡Fernando!—exclamó encendiéndosele de vergüenza el semblante á Mercedes.

—¡Mentira y siempre mentira!—dijo sonriendo friamente Fernando,—la mujer dispone de sús nervios, dispone de su sangre, de su temblor, de sus lágrimas; todo esto no son más que partes del inmenso artificio de que se arma para hacer de su debilidad una fuerza incontrastable.

—¿Sí?—dijo Mercedes;—pues bien, no lloraré, no me enrojeceré, no empalideceré, no te daré el espectáculo de mis sufrimientos para que los calumnies; esto es difícil muy difícil, á pesar de que crees que las mujeres disponemos á nuestro placer del engaño; no importa que sea difícil, casi imposible: encontraré fuerzas en mi dignidad, en mi corazon, qué, ¿crees tú que yo no tengo dignidad? ¿que yo no tengo corazon? ¡ah! me importa poco, la cuestion es que no puedas burlarte de mis tormentos,

que no los conozcas: ¿de qué hablabamos? ¡ah! de cualquier cosa: todo en el mundo por grave que sea se reduce á la categoría de cualquier cosa, segun el mayor ó menor estoicismo con que las cosas se consideran; el hombre es muy fuerte, puede sobreponerse á todo, su voluntad es soberana desde el punto en que se familiariza con la idea del martirio: de aquí la espantosa grandeza de los mártires: ¡ah! y no vayas á creer, Fernando, que yo me coloco ridículamente en la posicion de mártir, ¡qué tontería! me alegro mucho de que te hayas curado completamente: eras exageradamente impresionable; no habia medio de tenerte contento; tenias tu mayor enemigo en tu imaginacion siempre sobreescitada. ¿Pero por qué hablo yo de estas cosas? no lo sé: almorzaremos juntos, ¿no es verdad? en esta especie de posada á la moda no dan de comer del todo mal.

—He almorzado ya, Mercedes.

—¡Tan temprano! ¡qué cambio, amigo mio! antes el señor marqués de Olite se encontraba gratamente en su primer sueño á las doce del dia; empezaba á pensar en levantarse á las dos, haciendo por último un esfuerzo se levantaba á las tres, almorzaba á las cuatro...

—Sin apetito siempre: despues de esto el señor marqués se fastidiaba y se irritaba de todas las maneras posibles hasta el amanecer en que se retiraba á su casa, cansado, hastiado, avergonzado de sí mismo, porque durante doce horas no habia tratado más que con canalla ilustre, no habia estrechado mas que manos infames; se le habia engañado á título de amor, se le habia estafado á título de préstamo, se le habia robado á título de jue-

go; habia bebido mucho licor ácre, envenenado; era en fin, un pobre diablo de buena fé que tenia innumerables amigos, á quien sonreian innumerables mujeres, á quien rodeaba una langosta famélica devorándole insaciable, y adormeciéndole, halagándole, satisfaciéndole por todos los medios posibles para devorarle mejor.

—¡Oh! y qué conversacion tan enfadosa, Fernando, yo no sé de donde sales, en donde has contraido esa insoportable manera quejumbrosa.

—Vengo de la locura y de la soledad: durante dos años he tenido por habitacion, en el invierno las grietas y las cuevas de la montaña; en el verano los oteros: mi lecho ha sido, ó el heno seco, ó el fresco césped, mis conocimientos los campesinos, los pastores, los lugareños: mi alimento, el pan, el queso, no siempre tiernos, la leche, las frutas, y cuando más las migas ó el adobo de cochinillo, de cabrito ó de cordero, debido á la caridad de los pastores: me he levantado con el alba, me he acostado al caer la noche, me he robustecido, me he acostumbrado al frio, al calor, á la desnudez, á las privaciones, á los peligros, he gozado de la libertad de la naturaleza, y no sé hasta qué punto agradecer á mi buen tio el que no se me haya cazado, y se me haya encerrado en una jaula: mi tio dice que no ha querido exponerme á que mi locura se haga incurable, encerrándome con locos, ó manteniéndome encerrado en su casa, amabilísimo tio: pero desde el punto en que hemos recobrado la razon se me ha ocurrido que á mi tio le convenia mucho más que yo viviese expuesto á peligros de todos géneros, á fatigas espantosas, que no tenerme en un establecimiento de cu-

racion, donde mi vida hubiera podido prolongarse indeterminadamente; ya se vé, un loco no puede testar, y muerto yo abintestato, mi heredero natural era el señor conde de Rabigo, como por mi locura el señor conde de Rabigo, mi buen tio, era el administrador de mis rentas, y segun me ha dicho Ambrosio le vá muy bien con esa administracion; estaba empeñado, lleno de apuros, desesperado, acosado de acreedores, y desde que yo me volví loco ha arreglado sus negocios, ha hecho economías, vive bien; yo me alegro de que mi locura haya sido útil á alguien.

Y despues de estas palabras, don Fernando consultó su relój.

—¿Tienes prisa?—dijo Mercedes.

—No, pero estoy haciendo tiempo para que mi tio pueda despachar un negocio.

—Gracias por la galantería,—dijo Mercedes.

—¿Y á qué se vá á ninguna parte más que á cumplir con las exigencias sociales, ó á pasar el tiempo los que no tenemos necesidad de esplotar? ¡báh, báh! la vida no es más que un contínuo uso, y generalmente más que un continuo abuso, me he acostumbrado á la verdad en la naturaleza, y no sé decir más que la verdad, ¿qué querias que hiciera? ¿que me estuviera en mi cuarto, esperando la vuelta de mi tio, y en una conversacion difícil con mi abuela, ó con mis primas que me agoviarian á preguntas? no Mercedes, no; te encontré cabalmente en el jardin de la casa de mi tio, me diste tu tarjeta, y me dije: ¿A dónde he de ir mejor que á casa de mi buena amiga Mercedes?

—Gracias, porque me has elegido para hacer tiempo con preferencia á cualquiera de tus conocimientos.

—¡Ah, es natural! tú eres mi conocimiento de más confianza.

—¿No más que tu conocimiento, Fernando?—dijo tristemente Mercedes.

—No más, y como ya ha pasado bastante tiempo, como creo que mi tio ha tenido ya lugar bastante para evacuar el encargo que le he confiado, te dejo.

Y Fernando se puso de pié.

—Adios, pues,—dijo Mercedes extendiendo lánguidamente hácia él una mano.

Fernando estrechó francamente aquella mano mórbida, pequeña, suavísima, mano que ardia y temblaba.

Mercedes notó que la mano de Fernando estaba perfectamente tranquila.

Fernando salió.

III.

—¿Me engañará?—exclamó con la voz trémula, como conmovida por el amor y por la ansiedad, Mercedes.—¿Se habrá curado de aquella terrible pasion que le volvió loco, por mí? ¿será cierto que el amor de otra le ha vuelto la razon, le ha curado de aquel divino amor que por mí sentia, de aquel amor que yo adoraba, que me embriagaba, que me embriaga aún? es el único hombre que no tiene por qué quejarse de mí; el único hombre con cuyo amor no he jugado, y el único sin embargo, que se ha atrevido á decirme lo que él acaba de decirme, ¡ah! creo que estoy loca, quiero verle.

Y Mercedes se levantó vivamente, fué á un balcon y le abrió.

En aquel momento don Fernando salia á caballo del hotel, vió en el balcon á Mercedes, y la saludó quitándose el sombrero y sonriendo.

Mercedes se sonrió como un ángel.

Don Fernando pasó.

—¡Ah, qué hermosa figura á caballo! ¡qué magnífico animal! parece que vá orgulloso con su ginete, ¡Dios mio, Dios mio! es necesario que yo sepa de quién se ha enamorado, si á lo ménos fuese de alguna buena mujer, si le amase... pero es el hombre de mejor fé del mundo; un corazon de niño, ¿de qué le sirve la esperiencia, si en todo el mundo confia? ¡ah! es necesario que yo vele por él, y sobre todo, es necesario que vuelva á amarme, soy libre... estoy en el goce de una reputacion sin tacha... mi casamiento con él seria una doble felicidad.

Y como hubiese desaparecido ya á lo largo de la calle don Fernando, Mercedes se retiró del balcon, y le cerró.

—¡Ah, volverá, volverá á amarme!—dijo Mercedes;—tanto más, cuanto que estoy más enamorada de él que nunca, que nadie tiene derecho sobre mí, se ha muerto á tiempo el bueno de Sardinilla, pero es necesario espiarle, él vá á alguna parte, me ha parecido no sé por qué que su bello traje de montar tiene algo de traje de camino.

Mercedes se acercó á la chimenea, y tocó un timbre que estaba sobre ella.

Le tocó tres veces.

Se abrió una puerta lateral del gabinete, y apareció un hombre alto, robusto, calvo, como de cincuenta á cincuenta y cinco años, y elegantemente vestido.

—Bartolote,—le dijo Mercedes,—es necesario que te vayas á la casa del señor conde de Rabigo, y que sin ser notado averigües si sale ó no sale, adónde vá, á qué vá, y qué hace mi buen amigo el señor marqués de Olite.

—Muy bien, señora,—contestó con marcado acento italiano Bartolote.

—¿Tienes dinero?

—Sí, señora, seis ú ocho mil reales.

—Creo que tendrás bastante.

—Con seis ú ocho mil reales, señora, voy yo al fin del mundo.

—Si sale de Madrid y le sigues, escríbeme desde el punto en que pares siguiéndole.

—Muy bien, señora.

—Cuidado Bartolote; si es necesario protegerle...

—Por supuesto.

—Vete.

Bartolote salió.

Mercedes volvió á tocar el timbre, pero una sola vez.

Entró uno de los camareros del hotel.

—Que avisen, para que enganchen la berlina azul y vengan al momento.

—Muy bien, señora.

Mercedes volvió á tocar el timbre, le tocó dos veces.

Se presentó una jóven doncella.

—Peinamé y vistemé,—dijo Mercedes, pasando á una habitacion inmediata.

El cigarro que la habia dado don Fernando, habia quedado intacto sobre el velador.

Mercedes no fumaba ya.

CAPITULO IV.

En que continúan las estupendas aventuras de esta verídica historia.

I.

Las elecciones continuaban vivísimas, animadas, reñidas, en Cercedilla.

Se habia constituido la mesa, de una manera oscura.

Los tres candidatos contaban en ella, en la apariencia con una fuerza igual.

Las candidaturas andaban de mano en mano; al que no sabia leer, se la leia el vecino.

Los electores formaban en corrillos, causando la envidia de los pobres, que por pobres no estaban en el goce del derecho electoral, y que veian claramente, cómo hacian su negocio con su voto, los electores.

II.

A la caida de la tarde los grupos se fueron disolviendo, encaminándose cada cual á su casa.

Al oscurecer, un caballero, ginete en un magnífico caballo, seguido de un criado tan bien montado como él, llegó á la posada y pidió aposento.

—Con las elecciones, señor,—dijo el posadero,—lo tenemos lleno todo, porque como aquí vienen á votar cinco pueblos, hay en éste tres veces más gente que de ordinario, pero eso no le importe á usted, porque yo le enviaré á usted á una casa, en que le tratarán á usted muy bien, y en que hay buena cuadra, como la merecen esos dos reales bichos que usted trae, á ver, Harnerillo, acompaña á este caballero á casa de la tia Piñona, y dila, que le envio yo con ese criado, para que le hospede y le trate muy bien.

—Gracias,—dijo don Fernando,—que él era el ginete.

Y dió al posadero como en pago de sus servicios un doblon de á cuatro.

—¿Apostamos, Bernabela,—dijo el posadero á su mujer,—que este caballero que acaba de llegar es un candidato nuevo? Toma, y guarda eso que me ha dado.

—Pues mira,—dijo la posadera á su marido,—si es un candidato nuevo, ó sabe mucho ó no sabe nada, ó trae un talego como de aquí á mañana, para refrescar á los electores, que todos han recibido ya su por que de los otros, ó no sabe lo que se hace y pierde el viaje, ¿y no te ha dicho quién es?

—Mujer, no, pero á mí me ha parecido mucha persona, ¿y á tí?

—A mí tambien, mira tú que el vestido es de caballero y de recaballero, ¡pues no digo nada, la librea del criado! ¡y espérate con los caballos, que vale cada uno medio pueblo, has hecho mal en no acomodarle! porque segun la traza que tiene, tengo yo para mí que él hubiera hecho más gasto que todos los que tenemos juntos.

—Y sino cabemos, mujer, ¿habia de echar á uno para que se acomodara otro, y dar lugar á que se hubiera armado una pelotera?

—De quedarse aquí,—dijo Bernabela,—hubiéramos sabido quién es, porque le hubiéramos podido pedir el pasaporte.

—Por eso no te dé pena, que la tia Piñona se lo habrá pedido ya, por no pagar la multa, y la tia Piñona nos dirá quien es.

—¡Y á mí que se me antoja,—dijo la Bernabela,—que á ese hombre le he visto yo alguna vez!... lo que es sus dos ojazos grandes y negros, los he visto yo, ó unos que se le parecen, vaya, si señor, y solo de acordarme me dá miedo.

—¿Y por qué te dá miedo, Bernabela?

—Porque unos ojos como los de ese señor los tiene el que llaman el alma en pena.

—¿Y dónde has visto tú al alma en pena, mujer?

—¿Pues no te acuerdas que te lo dije? fué una noche de luna que venia yo de los Molinos.

—Ay, sí, es verdad,—dijo el posadero.

—Y me pidió por lo que fuera algo de comer, y yo le

dije que perdonara por Dios, y cuando te lo dije me dijiste que habia hecho mal, que nos podia suceder una desgracia, por no haberle dado yo lo que me pidió, y sucedió la desgracia, porque se nos torció el vino en los pellejos, y ni para vinagre aprovechó.

—¿Pero qué tiene que ver ese señor con el alma en pena?—dijo el posadero.

—Yo no digo que tenga que ver, lo que digo es, que los ojos de ese caballero se parecen á los del alma en pena, como si fueran los propios.

—Mira, Bernabela, anda vete, como que no haces la cosa, á casa de la tia Piñona, y entérate.

La posadera se puso en la cabeza el pañuelo que tenia caido sobre los hombros, y salió.

III.

Apenas habia salido Bernabela, cuando entró á caballo en la posada un hombre alto, grueso, robusto, con sombrero de fieltro, capota, botas de montar, y en el arzon pistoleras.

La montura era un caballo fuerte, inglés, el ginete, Bartolote.

—Cuarto y cena, y pesebre, y pienso para este caballo,—dijo Bartolote, echando pié á tierra.

—Cena, lo que usted quiera,—dijo el posadero,—porque como el pueblo está de feria ó lo que es lo mismo, de elecciones, se ha hecho provision larga; al caballo se le podrá arreglar, pero lo que es á usted caballero, no.

—¿Y por qué ha de ser de mejor condicion que yo mi caballo?—contestó Bartolote.

—Porque mire usted, caballero,—contestó el de la posada,—en estas casas siempre hay mas anchuras para las bestias, que para las personas, porque mire usted, con una recua de diez ó doce burros, viene un arriero solo, y si los burros no caben no cabe el arriero, entiende usted, y por eso...

—He entendido,—contestó Bartolote,—pero vamos al negocio, yo me acomodo en cualquier parte, como si dijéramos, en una silla, en un rincon del fuego, allí duermo yo, lo mismo que un canónigo.

—Entonces, no hay más que hablar, estamos arreglados. A ver Gazapo.

Acudió el mozo de paja y cebada.

—Este caballo á la cuadra, tráete los arreos y el freno á la cocina, ¿y cuánto tiene que echarle, caballero, de pienso?

—Un cuartillo colmado, con su correspondiente paja, y esto de tres en tres horas.

—Bueno, diez cuartillos, para que tuviera yo un bichito de boca tan suave, ¡válgame Dios! pero si ya se ve, si ese caballo debe de haber sido de Santiago Apóstol segun lo grande que es, vaya, entre usted, y descuide usted por el bicho que se le trataremos muy bien. Vamos, ¿y qué quiere usted cenar caballero? Pida usted por esa boca, que aquí hay de todo.

—Pues de todo eso que hay venga lo ménos malo, y lo que se haga más pronto.

—Pues espérese usted á que venga mi parienta, que

ha ido á un recado, porque aunque está ahí la muchacha, yo no quiero que á una persona tan decente como usted se la sirva de cualquier manera.

—No tengo gran necesidad, lo que más me importa es que me diga usted, si pára en la posada un señor que hace poco ha entrado en el pueblo.

—¿Y qué señas tiene ese señor?

—Es un caballero como de veintiseis años, guapo, con muy buena traza, con traza de persona pricipal y rica.

—Calle usted, ¿venia con ese señor un criado con librea?

—Cabalmente.

—¿Y usted sabe cómo se llama ese señor?

—Si es el que yo digo, se llama el marqués de Olite.

—Cáscaras,—dijo el posadero,—ya decia yo que me parecia mucha persona, ¿con qué marqués?

—Si señor, marqués y grande de España.

—Y diga usted, ¿cómo se le dice á ese señor cuando se habla con él?

Quedóse Bartolote mirando perplejo al posadero como quien no habia entendido su pregunta, hasta que cayendo al fin en la cuenta le dijo:

—¡Ah! usted quiere decir que qué tratamiento se le dá.

—Eso es, eso, si se le dice, usia ó su excelencia.

—Excelencia, y muy excelencia,—dijo gravemente Bartolote.

—Oiga usted,—dijo cuidadosamente el posadero,—y, ¿ese señor las guarda? ¿ese señor puede hacerle daño á un pobre?

—Vamos, no entiendo á usted, amigo,—contestó Bartolote, que se iba ya cansando de la conversacion.

—Es que yo le he hablado de usted por usted como á otro cualquiera, y no tendria gracia que su excelencia quisiera hacerme á mí algo, porque no le he hablado, como debia haberle hablado.

—Báh, estúpido,—exclamó Bartolote,—¿qué sabia usted si una persona que se le presentaba de improviso era marqués, grande de España ú otra persona cualquiera? ¡cuándo querrá Dios que se acaben los brutos!

—De modo y manera,—dijo el posadero,—que brutos y todo pagamos contribucion, y somos electores, y nombramos los diputados, y ellos hacen lo que hay que hacer, y si nosotros los brutos no los eligiéramos, no lo harian.

—Así hacen ellos, como elegidos por brutos. Pero vamos al negocio, ¿está en la posada el señor marqués?

—Qué, no señor, si aquí no habia donde acomodar al señor marqués, le he enviado á casa de una vecina que no le tratará del todo mal, casa de la tia Piñona, que ha estado en Madrid mucho tiempo, y guisa muy bien cuando tiene que guisar; allí está mi mujer, pero miento, no, que ya está aquí.

IV.

En efecto, Bernabela entraba á la sazon por la cocina.

—Pues mira tú, mujer, aunque no te hubieras me-

neado de casa no hacia falta, porque ya se yo quien es ese caballero.

—Como que sí, que lo sabes tú,—dijo la Bernabela,—como que puedes tú figurarte quien és.

—Pues, si señor que lo sé; es una excelencia.

—Bueno, eso lo dices tú á bulto porque te se antoja, pero, ¿cómo se llama su excelencia?

—Su excelencia se llama el señor marqués...

Y el posadero se detuvo, porque se le habia olvidado el título.

—De Olite,—dijo Bartolote.

—¡Ya! te lo ha dicho ese señor,—saltó la Bernabela,—¡pues mire usted qué gracia! el señor será criado del señor marqués.

—Yo no soy criado de nadie,—contestó Bartolote,—ni sirvo en el mundo mas que á una persona, y sabe Dios por qué la sirvo. Pero vamos al negocio: si los dos quereis ganar un buen regalo, es menester que me ayudeis; vamos, ¿qué os parece este par de anteojos?

Y metiendo la mano en el bolsillo, sacó dos onzas, que abrió entre los dedos á manera de abanico.

—¡Toma!—dijo el posadero, dejando ver en su ancha boca una sonrisa de beatitud,—con esos anteojos vé un ciego.

—Pues cabalmente yo se los doy á ustedes,—dijo Bartolote,—para que hagan cuenta de que no me han visto, ni se lo digan á nadie, y para que aunque sea en su propio aposento de ustedes, me oculten.

—Vaya, bueno, pues en eso no hay inconveniente,—dijo el posadero,—quitaremos un colchon de nuestra ca-

ma; usted se acostará en la cama y nosotros en el colchon.

V.

En este momento entró Gazapo, el mozo de paja y cebada, con la montura del caballo.

—¿Dónde pongo esto?—dijo.

—Ponlo ahí, en ese rincon, detrás de mí,—contestó Bartolote.

El mozo puso la montura donde le habian mandado, y se fué.

Bartolote se acercó á la silla, que era de larga batalla á la francesa, tomó las pistolas que estaban en las pistoleras, y abriéndose la especie de carrik que le servia de sobretodo, y una levita que debajo llevaba, se las enganchó en la pretina de los pantalones.

El posadero y su mujer miraban, con una extrañeza en que habia algo de temor, á Bartolote.

—Ahora bien,—dijo éste,—¿dónde está la casa donde se ha alojado el señor marqués?

—Ahí más abajito,—dijo la posadera,—casa de la tia Piñona.

—Ea, pues lléveme usted y enséñeme usted la casa,—dijo Bartolote al posadero.

Éste permaneció por algunos momentos indeciso, pero no encontrando disculpa que alegar, dijo:

—Bueno, vamos allá.

Y echó á andar, pero algo reacio, como si hubiera sido de mala gana.

VI.

Cuando estuvieron en la calle, y á alguna distancia de la posada, el posadero dijo:

—Oiga usted, caballero, ¿busca usted acaso con mala intencion al señor marqués? ¿me podrá venir á mí alguna mala causa por haberle venido á enseñar á usted la casa donde está?

—¡Bárbaro!—dijo Bartolote,—si á alguien puedo yo hacerle daño, es al que pretenda hacerle daño al señor marqués.

—Toma, como se ha enganchado usted en el apretador de los calzones esas dos pistolas, que parecen dos retacos.

—¿No sabes tú que hombre prevenido vale por dos, y que cuando se anda por tierra que no se conoce hay que tener cien ojos?

—Tambien eso es verdad,—dijo convencido el posadero,—vamos andando.

Bartolote le siguió.

Al fin el posadero se detuvo en la primera encrucijada, y dijo á Bartolote:

—Aquí es, señor.

Y señaló á una casa pequeña y baja, en uno de cuyos balcones se veia el reflejo de una luz, no á través de cristales, ni de vidrios, ni de cosa que se le pareciese, sino á través de un papel dado de aceite.

Defensa usual contra el viento, de los pueblos pequeños.

—Ahí es la casa de la tia Piñona,—dijo el posadero,—¿se le ofrece á usted algo más?

—No, hombre, no, sino que ni usted ni su mujer, ni ese mozo que me ha visto, digan que me han visto, á nadie.

—Descuide usted, señor: ¿qué quiere usted que se le haga de cenar mientras vuelve?

—Como no sé si tardaré mucho ó poco, que no hagan nada; ya pediré yo cuando vuelva.

—Ea, pues quede usted con Dios.

—Vaya usted con Dios.

VII.

El posadero se encaminó hácia la posada, pero antes de llegar á ella, y prevaliéndose de la oscuridad de la noche, que era densa, se volvió pegado á la pared sin hacer el más leve ruido, y cuando distinguió entre la sombra el bulto de Bartolote, se agazapó en el hueco de una puerta, y permaneció observando á Bartolote sin quitar ojo de él.

CAPITULO V.

Un encuentro inesperado.

I.

En aquellos momentos, Dolores, Teresa, las dos sobrinas del cura, su ama la señora Práxedes y Andresillo el acólito, estaban sentados mano á mano alrededor de la chimenea, en el piso bajo, al amor de una buena hoguera de leña de encina.

Dolores estaba sentada en el mismo sillon donde la noche antes se habia sentado don Fernando.

Este sillon estaba forrado de pieles de borrego sobrepuestas, para hacerle más blando, y ocupaba el lugar de preferencia de la chimenea.

Era el sillon del cura.

En el espacio que mediaba desde aquel sillon hasta el ángulo de la pared, habia una espuerta llena de paja, sobre la paja un pañolon de cachemir, que pertenecia á

Dolores, y sobre esta cama estaba echado el pobre Bravonel, que se lamia incesantemente la costura que en la barriga le habia hecho el albéitar.

Colgado de una cuerda de la campana de la chimenea, habia un velon pequeño de metal de un solo mechero, que alumbraba las páginas de un libro en que leía con voz reposada y cadenciosa, Dolores, teniendo suspensa la atencion de sus oyentes.

El libro en que leía era en fólio, en pergamino, de papel moreno é impresion antiquísima, y se intitulaba: *Historia de los doce Pares de Francia.*

Todos estaban asombrados con las maravillosas fazañas de don Roldan, y con aventuras semejantes á la famosa de la puente Mantible, excepto Teresa, que estaba profundamente distraida y gravemente melancólica, y Dolores que leia de memoria.

La imaginacion de Teresa vagaba entre el candidato conservador, que habia hecho en su alma vírgen más estragos que los que podia suponer don Cleofás, y la situacion dolorosa en que don Cleofás se encontraba, con la dislocacion de su pié, la debilidad de su sangría y su dieta.

El asesino don Braulio mantenia aquella dieta, porque no queria que don Silvestre pudiese mantenerse en pié durante las elecciones.

—En cuanto saquemos diputado á don Simon Martinez Cuero,—habia dicho para sí don Braulio,—los atraco de jamon y de gallina, y le curo el pié al otro cura de Madrid; pero entre tanto quietecitos en la cama, que así conviene.

Y para justificar la dieta con lo grave de la enfermedad de los pacientes, don Braulio habia dicho por la tarde que volveria á verlos por la noche, encargando sobre todo que no se diese á los enfermos más alimento que sustancia de pan, y aun así con moderacion y de dos en dos horas.

De modo, que si las elecciones hubieran de haberse prolongado no más que cuatro dias, se hubieran convertido para los dos eclesiásticos en una cuestion de vida ó muerte.

II.

Dolores leia de memoria.

Estaba gravemente preocupada.

Le habia causado una impresion que no podia explicarse, el loco de la noche anterior, esto es, el marqués de Olite.

Pensaba en él con no sabemos qué deleite íntimo, y al sentir este deleite se decia Dolores:

—¿Amaré yo á ese hombre? ¡báh, báh! ¿y qué es el amor? yo no comprendo el amor sino como un accidente transitorio, como una enfermedad del alma, que se cura más ó ménos pronto. Pero, ¿por qué recuerdo con inquietud á ese desdichado? ¿y por qué ésta inquietud me hace experimentar una especie de contento del alma, que no he experimentado nunca? Pero si esto es amor, no he amado á Luis, ó si le he amado, el amor es demasiado feble, no merece la pena de que nos ocupemos de él. Ilusiones, desvaríos, aspiraciones imposibles que no pue-

den satisfacerse. Miserias del alma, tiranías de los sentidos. ¡Báh, báh! es necesario que yo me sobreponga á todo esto, que cumpla mi propósito, que me aparte de ese mundo donde no puedo esperar ni consideracion, ni respeto, por la dureza de la suerte que ha hecho que yo nazca mujer.

Pero por más que queria desechar el recuerdo del marqués, Dolores, aquel recuerdo la dominaba más y más.

Leia, pues, con los ojos, no con el entendimiento.

III.

Sonó un golpe seco á la puerta de la casa, que daba inmediatamente á la cocina.

Pasó un ligero temblor, como el que sobreviene á las personas excesivamente nerviosas, á consecuencia de toda impresion desapacible, por Dolores.

Levantó la vista del libro, y fijó en la puerta la densa mirada de sus hermosos ojos azules.

—Creo que han llamado,—dijo.

Sonó un segundo golpe más fuerte.

—Será don Braulio, que dijo que iba á venir,—observó la señora Práxedes,—anda y abre, Andresillo.

El acólito se levantó, fué á la puerta, y la abrió.

—Pues no es don Braulio,—dijo,—es un forastero. ¿Qué se le ofrece á usted?

Las primeras palabras las dijo con el rostro vuelto al hogar; las otras con el rostro vuelto á la calle.

Sonó entonces una voz que extremeció poderosamente á Dolores.

Era la voz del loco, del marqués de Olite.

Pero Dolores notó, con no sabemos qué sensacion, que aquella era la voz de un hombre completamente cuerdo.

—¿Está en casa el señor cura?—habia dicho don Fernando.

—Si señor,—contestó el acólito,—pero está muy malo en cama.

—Podré ver sin embargo á alguien de la casa,—dijo don Fernando,—vengo de Madrid y traigo unos papeles muy importantes para el señor cura y otro eclesiástico que debe acompañarle.

—¡Unos papeles muy importantes!—murmuró la señora Práxedes,—¿si serán las canongías?

Y dirigiéndose vivamente á la puerta, exclamó:

—Que pase, que pase quien sea, que aunque está muy enfermo el señor cura, no le hace.

IV.

Entró don Fernando.

Se oyeron resonar sus espuelas.

Esto causó una viva extrañeza á Dolores, y mucho más cuando vió el elegantísimo traje del marqués y su bizarra apostura.

—¡Ah! ¿qué es esto? ¿qué trasformacion es esta?—exclamó.

Y en su descuido, causado por la situacion, dijo estas palabras, de manera que las oyó don Fernando.

Se quitó el sombrero, adelantó sonriendo, y dijo con acento intencionado:

—Usted se equivoca, señora; me toma usted sin duda por una persona que no soy yo: yo soy, á las órdenes de usted, el marqués de Olite.

—¡Dios mio!—exclamó Dolores con acento tan bajo, que no pudo oirlo nadie,—¡y es él, sí, es él! ¡ayer mendigo y loco; hoy, rico, cuerdo! Dispense usted,—añadió en voz alta,—en efecto me habia equivocado; habia creido... sí, sí, no conozco á usted.

—Es para mí verdaderamente una desgracia que no nos hayamos conocido antes; ¿es usted parienta del señor cura?

—No, no señor,—saltó vivamente el ama,—el señor cura no tiene más parientes que estas dos niñas, que son sus sobrinas; yo soy su ama, y á quien tiene usted que decir para qué necesita usted ver al señor cura.

—¿Tan de cuidado está el señor don Silvestre, que no puedo verle?

V.

—Buenas noches,—dijo entrando en aquel momento don Braulio.

La señora Práxedes no hizo caso de él.

Preocupaba toda su atencion el forastero.

—Pero, ¿para qué quiere usted verle?—dijo la señora Práxedes á don Fernando.

—Dígale usted, señora,—contestó éste,—que está aquí el marqués de Olite, que le trae el nombramiento

de canónigo de la santa catedral de Sevilla, con que se premian justísimamente sus merecimientos.

—¡Ay, señor!—dijo doña Práxedes,—venga usía, que me parece á mí que no está tan malo el señor cura que no le pueda recibir.

Y pasó junto á don Braulio sin darle siquiera las buenas noches: se habia embriagado con la noticia.

—¡Ola, ola! ¿canónigo?—dijo don Braulio para sí:—¿estaremos haciendo aquí los tontos de buena fé? Nos habrán birlado el acta.

—¡Ay, Dios mio!—dijo la señora Práxedes, volviéndose desde la escalera,—¡pues no me iba sin luz! ¡y bonitas que son las escaleras para subirlas á oscuras! Buenas noches, don Braulio: disimule usted, estoy ocupada con el señor marqués. Andresillo, enciende un cabo de vela, hijo, y alumbra. Disimule usía, pero no es cosa de subir á oscuras las escaleras.

—Yo creo que conozco á usía,—dijo don Braulio, mirando de hito en hito á don Fernando,—pero, ¡báh, no puede ser! que no señor; usía no puede ser un pobre mendigo á quien llamábamos aquí el alma en pena.

—¡Eh! ¡quién sabe si yo soy un alma en pena!—dijo el marqués, mirando intensamente á Dolores.

Espeluznóse don Braulio: le pareció notar algo terrible en el marqués.

—Cuando usía guste,—dijo dirigiéndose á éste la señora Práxedes.

Andresillo iba ya alumbrando.

El marqués siguió al ama y desapareció por la puerta de las escaleras.

—Don Braulio,—dijo la sobrina menor de don Silvestre,—como mi tio tiene visita, puede usted ver al pobre Bravonel.

—Eh, chiquilla, para bravoneles estoy yo,—contestó groseramente don Braulio.—Marqués, y es él, el alma en pena, me le he encontrado tres veces en quince dias ¿y qué tiene esto de extraño? un alma en pena toma la figura que le parece.

—¿Cree usted de buena fé, amigo mio,—dijo Dolores,—que el señor marqués de Olite, es ese pobre loco de quien he oido hablar?

—¡Un nombramiento de canónigo!—dijo don Braulio,—¿usted cree que puede haber un ministro que nombre canónigo así sin más ni más á don Silvestre?

—Yo no sé lo que creo,—dijo Dolores.

—Aquí hay cohecho, si señor, cohecho,—dijo don Braulio,—y es necesario levantar una protexta.

—¿Pero qué está usted diciendo, amigo mio?—dijo Dolores.

—Lo que digo,—contestó don Braulio,—es que ni á usted, ni á esta señora,—y señaló á Teresa,—ni al otro cura que ha venido con ustedes, los conoce nadie y que ustedes son agentes de elecciones y vienen ustedes á corromper á los electores de Cercedilla.

VI.

—¡Eh, diablo, diablo!—dijo una voz bronca á la puerta, que habia quedado abierta,—me parece que oigo por acá á un abejorro que hace mucho tiempo he perdido de vista. Braulio, eh, Braulio, ven acá.

El médico se volvió á la puerta y adelantó como atraido por una fuerza magnética.

—¿Quién es?—dijo.

—Ven acá y que no nos oigan, perdido, ¿no te acuerdas ya de cierto cirujano sacamuelas, calabrés de orígen, que era tu compinche hace veinte años?

—¡Bartolote!—exclamó don Braulio.

VII.

Esta conversacion pasaba sin que pudieran oirla los de adentro y como si dijéramos entre puertas.

—¿Cómo es que estás en este pueblo?—dijo don Braulio.

—Qué quieres, mis pecados me han traido á servir y á correr el mundo con ella, á la mujer más hermosa que ha echado Dios al mundo. Y vamos, á tí te se puede decir todo, esa señora me ha enviado aquí en seguimiento de cierto señor, para que averigüe adonde vá y á qué vá adonde vaya; tú me puedes servir de mucho, Braulio, pero para que me sirvas bien, es necesario que nadie sospeche, por lo mismo vamos á separarnos, te esperaré aquí oculto en la puerta de la iglesia, y cuando salgas nos iremos á tu casa.

—Me parece bien, yo tambien tengo que contarte.

—Ea, pues hasta luego.

—Hasta luego.

Y se separaron.

Bartolote se perdió en el átrio de la iglesia y don Braulio se metió dentro.

CAPITULO VI.

En que por fin pueden comer dos hambrientos.

I.

—Don Silvestre, don Silvestre,—dijo la señora Práxedes dejándose oir antes de dejarse ver,—aquí hay un caballero, un señor marqués que trae dos canongías, una para usted y otra para su compañero.

En este momento apareció la señora Práxedes en la puerta del pequeño cuarto en el que, llenándole casi, estaban las camas de los dos eclesiásticos.

—¿Y cómo es esto?—dijo don Silvestre incorporándose con sumo trabajo á causa de su debilidad,—pues qué, ¿no se habia perdido la carta en que don Antonio habia pedido para nosotros esas canongías?

II.

—Nada se pierde, señor cura,—dijo entrando el marqués en el cuarto,—lo que sucede es que las cosas cambian de sitio ó de manos.

—¡Jesus!—exclamó don Silvestre poniéndose densamente pálido,—¿qué es lo que veo?

—Vé usted trasformado, señor cura,—dijo don Fernando,—á un infeliz que ha vagado por esta tierra y al que por su aspecto pálido y extraño dieron en llamar el alma en pena.

—¡Báh, báh! dejémonos de bromas,—dijo don Cleofás,—esa señora alma en pena tiene la culpa de que estemos en la cama, el uno pasmado, el otro con un pié dislocado y traspillados los dos de hambre.

—El vulgo inventa cósas muy extrañas,—contestó el marqués,—y singularmente el vulgo de los pueblos, los serranos están siempre dispuestos á creer en lo maravilloso, no hay montaña, no hay barranco, no hay ladera que no tenga su espíritu peculiar con su cuento adjunto, pero dos eclesiásticos ilustrados como ustedes, no deben creer estas cosas, todo se reduce á que por una afeccion del cerebro que ha alterado por algun tiempo mi razon, he huido de entre las gentes, y he vivido en las soledades de las montañas, gracias á Dios, he recobrado completamente la razon, y á ser en la plenitud de mis derechos, don Fernando de Zafra, marqués de Olite y servidor de ustedes.

—Parece esto mentira,—dijo don Silvestre,—pero mas vale así.

—¿Con que,—dijo don Cleofás,—tal alma en pena no ha existido?

—No señor, no, gracias á Dios no soy todavía alma en pena, sino alma en cuerpo viviente, pero vamos á la cuestion, aquí tiene usted señor don Silvestre, el traslado de la real órden por la cual se nombra á usted canónigo de la santa iglesia catedral de Sevilla, y este otro de la que nombra canónigo de la santa iglesia catedral de Sigüenza á don Cleofás de Aguablanca.

Y dió á cada uno de los dos eclesiásticos su correspondiente nombramiento.

Dejaron de sentir debilidad.

Se les avivó la vista y entrambos al mismo tiempo se pusieron á leer récio su respectivo nombramiento.

—¿Con que nos vamos del pueblo, don Silvestre?—exclamó la señora Práxedes.

—Sí, mujer, sí, del pueblo nos vamos cuanto antes, por lo mismo, y para que no tengamos que dilatar el viaje á causa de mi postracion, danos algo de comer, Práxedes.

—Mire usted, don Silvestre; yo como no lo mande don Braulio no les doy á ustedes mas que sustancia de pan.

—¿Pero por qué esa rigorosísima dieta?—dijo el marqués.

—Por que el médico es un intrigante, un asesino,—dijo don Silvestre,—y quiere tenerme aquí postrado para que yo no trabaje en la eleccion de mi amigo don Antonio Cantillana.

—Esa es una tontería; señor cura;—dijo la señora

Práxedes,—que si ustedes no tuvieran calentura como la tienen, ya les habria dado de comer á ustedes don Braulio que me lo ha dicho muy formal: poro con el calenturon que ustedes tienen, quién piensa en darles de comer, pues no seria mal disparate.

Don Fernando, que tenia algunas ligeras nociones de medicina, pulsó á los dos eclesiásticos y los encontró no con el pulso frecuente, sino débil, gracias al ayuno forzoso que se les habia impuesto.

—¿Por qué dice el médico que estos señores tienen calentura?—preguntó.

—Cuando el médico lo dice,—contestó la señora Práxedes,—ya sabrá lo que dice, y lo que es yo me estoy firme en mis trece; como don Braulio no mande que se les dé á ustedes de comer, yo no les doy.

III.

La señora Práxedes estaba sumamente interesada en que don Silvestre no se pudiese levantar del lecho hasta despues de las elecciones, porque como se habia quedado con los diez mil duros de Cantillana, se extremecia al solo pensamiento de que el cura pudiese apercibirse de aquel fraude.

—Pues que llamen inmediatamente á don Braulio,—dijo don Silvestre,—á ver si delante de este caballero se atreve á sostener que tenemos calentura, y que no se nos puede dar alimento.

—Don Braulio,—se apresuró á decir la señora Práxedes,—no sale de su casa por la noche, sino para cosas

muy urgentes, y cuando no ha venido es porque no hace falta.

—Pero, señora, si ese don Braulio está abajo,—observó sonriendo el marqués.

—Pues si está abajo, yo no le he visto,—contestó aturdida la señora Práxedes.

—Sí, sí, es posible que no le haya visto usted; pero yo puedo asegurar que ese don Braulio ha estado hablando conmigo hace un momento.

—¿Qué hay aquí encerrado, Práxedes, qué hay aquí encerrado?—dijo con acento agrio don Silvestre.

—Nada, señor cura, nada,—contestó la señora Práxedes,—cuando este señor dice que ha estado hablando hace un momento con don Braulio, será verdad: voy, voy á ver si está abajo, y si está, subiré con él.

Y la señora Práxedes se fué.

IV.

—Esto me huele á traicion doméstica,—exclamó don Silvestre,—ese pícaro de ese médico me ha cohechado á mi ama: ¡ah! pues no, no señor; no soy yo hombre tan de buena fé que se juegue así conmigo.

—Ni yo,—dijo don Cleofás,—y como las elecciones se le tuerzan á ese señor Cantillana, y no se quiera casar con mi ama, vá á haber lo que yo me sé.

—¿Importa que Cantillana sea diputado?—dijo el marqués.

—¡Que si importa!—exclamó don Silvestre,—pues, ¿y

para qué nos ha dado don Antonio Cantillana estas dos canongías?

—Pero Cantillana,—dijo el marqués,—es candidato de oposicion.

—Si señor, y, ¿qué importa?—dijo don Silvestre.

—Nada, no es eso; es que de buena fé el ministro de Gracia y Justicia ha concedido á ustedes estas dos canongías, sin saber que se destinaban para hacer la eleccion de un enemigo del gabinete de que forma parte. Pero mi tio, ¿cómo ha hecho esto mi tio?—continuó como hablando consigo mismo,—ya, sí, Cantillana, su agente de picardias: pero, señor, en el mundo en que vivimos, ¿quién engaña á quien?

V.

En este momento se oyó la tos afectada de don Braulio.

Entró á poco.

—Oiga usted, señor mio,—le dijo acometiéndole con su palabra biliosa y su mirada hosca, don Silvestre,—atrévase usted á decir delante del señor marqués, que tenemos calentura y que no podemos comer.

—¿Dice el señor marqués,—contestó don Braulio, mirando cobardemente á don Fernando,—que no tienen ustedes calentura?

—Lo digo,—contestó con una afable naturalidad don Fernando,—porque me parece que no la tienen; puedo sin embargo equivocarme: no soy médico.

Y miraba de una manera penetrante á don Braulio,

que estaba fuertemente incómodo, porque á cada momento se aseguraba más y más de que aquel marqués era la terrible alma en pena.

—Veamos, veamos,—dijo acercándose á don Silvestre,—esta mañana estaban ustedes muy cargados, pero eso no quiere decir que lo estén ahora: ¡hombre! y en efecto, está usted limpio, don Silvestre; nada, nada, esto es distinto; vamos á ver usted, padre capellan, limpio, limpísimo tambien.

—Hombre,—dijo don Silvestre,—gracias á Dios; ¿con que podemos comer?

—Vaya, sí señor, pero con cierta moderacion; no hay que llamar al enemigo, que está todavía cerca.

—Don Braulio,—dijo don Silvestre,—dejémonos de bromas; tengo una gran necesidad, y quiero comer bien.

—Bien; yo,—dijo don Braulio,—me lavo las manos como Pilatos: coman ustedes todo aquello que quieran.

—Más claro, don Braulio, más claro; porque si se anda usted con reservas, Práxedes nos deja estar tan hambrientos como estábamos: diga usted bien claro si podemos comer todo aquello que nos dé la gana.

—No creo que haya ningun inconveniente,—dijo don Fernando,—y me parece que es este señor de la misma opinion.

Don Braulio, sobre el que pesaba la mirada del marqués, se apresuró á decir:

—Indudablemente, señora Práxedes, puede usted dar á estos dos señores de comer todo aquello que quieran, sin duda alguna; conozco perfectamente el estómago de

don Silvestre, y el de este señor parece tambien perfectamente constituido: conque, nada, que coman lo que quisieren.

—¿De veras, don Braulio?—dijo doña Práxedes.

—De veras.

—Pues entonces voy á hacerles unas sopitas de ajo con huevos.

—¿Y nada más?—dijo don Silvestre,—¿crees tú, Práxedes, que despues de estar cerca de treinta horas sin comer nada, puede uno satisfacerse con sopas de ajo y huevos? Saca jamon y longaniza, mujer, no seas miserable, y sácanos de este purgatorio.

Doña Práxedes salió refunfuñando.

—Y, díganos usted, don Braulio,—dijo don Silvestre,—creo que podemos levantarnos tambien.

—Indudablemente: el que come bien puede levantarse: no hay una razon para que hagan ustedes cama.

—Así pudiera yo levantarme,—contestó don Cleofás,—pero esto no es fácil: esta maldita dislocacion de mi pié...

—¡Ah! es verdad,—dijo don Braulio,—no me habia acordado: veamos el pié, señor capellan.

Y examinó el pié á don Cleofás.

—Pero, ¿qué es eso, señor, qué es eso?—dijo don Fernando,—¿de dónde proviene el estado en que encuentro á ustedes? ¿cuál ha sido la razon de esa dislocacion de usted, amigo mio?

—Calle usted, señor marqués, calle usted; un hombre que se tira desde lo alto de una tapia, á seis varas del

suelo, se expone, no ya á dislocarse un pié, sino á romperse la cabeza y quedarse en el sitio.

—¡Hombre, una caida de lo alto de una tapia!—dijo don Fernando,—¿qué hacia usted en una tapia, señor don Cleofás?

—¿Qué habia de hacer? pretender entrar en una casa adonde no se podia entrar por la puerta, porque estaba obstruida la cerradura.

—¡Ah, ya!—repuso el marqués,—pero eso no es nada; usted se curará fácilmente; la sierra es buena para los piés y muy mala para la cabeza; por ejemplo, anoche fuí yo gravemente mordido por un perro, y nada he hecho, ni aun me he puesto un apósito.

—Pues ha hecho usted muy mal, señor marqués,—dijo don Braulio,—las mordeduras de los perros pueden ser funestas.

—No soy aprensivo, señor mio; y la verdad es, que si hubiera hecho cama, estaria en este momento dolorido y fastidiado; no la he hecho, y ni aun siento la mordedura.

—¡Báh, báh! eso no debe ser; en cuanto concluya de arreglarle la bizma, que se le ha descompuesto un tanto á este señor, voy á ocuparme de la mordedura de usted.

—No, amigo mio, de la mordedura del perro.

—Eso he querido decir.

—No hay necesidad.

—Mire usted lo que hace, que estas cosas pueden tener malas resultas.

—Nada, amigo mio, nada; ello se curará; tengo yo una admirable encarnadura.

—Muy bien, señor marqués, como usted guste; pero quisiera ver por lo ménos esa mordedura.

—No, de ningun modo; seria necesario quitarse la bota, y... nada, nada; estoy perfectamente; ni aun la siento.

—Pues bien, como usted quiera.

—¿Ha acabado usted de arreglarme el pié, señor don Braulio?

—Si señor, señor don Cleofás.

—Pues entonces tápeme usted, que me entra frio; y, ¿qué le parece á usted, podré dar algun paseito mañana?

—No saliendo de casa, apoyado en alguien, puede ser; no será malo, porque el ejercicio prudente ayuda á estas curaciones. Vamos, ya está: conque, señores, hasta mañana por la mañana, que vendré á ver si me necesitan ustedes. Señor marqués, á la órden de usted.

—Adios, señor don Braulio.

VI.

Don Braulio salió vivamente contrariado, y resuelto á ir á avisar al fiel de fechos, al alcalde y demás gente de su fraccion, de que el acta de su candidato estaba, más de lo que parecia, comprometida; que habia cohecho; que el cura y el capellan que habia venido de Madrid, habian sido hechos canónigos por el ministro de Gracia y Justicia, y que estos dos recientes canónigos eran ardientes protectores del acta del diputado conservador: pero le salió muy mal á don Braulio la cuenta, porque apenas puso el pié fuera de la casa del cura,

se le echó encima Bartolote que le estaba esperando.

—¡Diablo!—dijo,—yo creia que no salias en toda la noche; si hace un frio, que yo he temido quedarme hecho un sorbete esperándote.

—Bartolote,—dijo don Braulio,—es necesario que me dispenses por el momento; tengo que separarme de tí.

—¿Que te dispense? ¿y para qué tienes que separarte de un amigo á quien no has visto en tanto tiempo, á quien llamabas tu hermano, con quien tanto te divertias, á quien explotabas? Vamos, vamos, esto seria una ingratitud de marca mayor: además, que yo necesito que me dés noticias importantes; vamos á tu casa, Braulio.

—Y bien,—dijo para sí el médico,—por una hora que emplee con éste, no se pierde nada; tiempo hay desde aquí á la hora de la reunion de los electores, de preparar á todo el mundo.

Y luego añadió en alta voz:

—Sí, vamos á mi casa, Bartolote.

Y entrambos echaron á andar, atravesando la plaza.

CAPITULO VII.

Una inocente.

I.

—¿A qué has venido tú al pueblo, Bartolote?—dijo don Braulio.

—¿A qué? á cumplir con mi obligacion.

—¿Qué obligacion tienes tú que cumplir en este pueblo?

—Obedecer á una mujer.

—¡Diablo, diablo! ¿has llegado tú al triste caso de tener que obedecer á mujeres?

—Soy mayordomo de una gran mujer.

—¡Mayordomo! ¿no más que mayordomo?

—No más.

—¿Y qué clase de pájaro es esa señora?

—Una admirable viuda.

—¡Viuda! ¿tú eres su mayordomo? pues cásate con ella, hombre, cásate con ella, que no será la primera

gran señora que se ha casado, no ya con su mayordomo, sino con el ayuda de cámara de su marido, ó con uno de sus lacayos.

—¡Casarme con ella! ¿quién te figuras tú que es mi señora?

—Hombre, una mujer como otra cualquiera.

—Pues te equivocas: en primer lugar, es la mujer más hermosa que yo he visto en todos los dias de mi vida; muy hermosa; estoy seguro que tú no has visto otra mujer como ella.

—¿Que yo no he visto una mujer tan hermosa como esa que me ponderas? ¡Báh, báh! si yo te pudiera poner delante de la mujer que hace veinte años tengo metida en el corazon, y por la que no me he casado ni pienso casarme, porque creo encontrarla de un momento á otro, ya me dirias tú entonces, Bartolote, si no he visto una mujer que sea tan hermosa como tu señora.

—¡Báh, báh! cuando tú conozcas á doña Mercedes, confesarás que no has visto nunca un arcángel humano tan terrible, con unos ojos tan negros, con una tez tan blanca, con una juventud tan poderosa.

—¿Es jóven?

—Muy jóven; de unos veinticinco á veintiseis años.

—Me has muerto, Bartolote.

—¿Por qué?

—Porque al decir que esa señora tan hermosa se llamaba Mercedes, me diste un alegron; porque esa otra mujer que tengo yo en el alma, en la memoria, por la que no me he casado, y á la que espero vér pronto, se llamaba Mercedes; pero aquella Mercedes tenia veinti-

dos años, hace veinte; ya ves tú que veintidos y veinte son cuarenta y dos, y algunos que ella se quitara, cuarenta y cinco ó cuarenta y seis: y, ¿dices que esa doña Mercedes tiene una juventud muy fuerte?

—Sí, hijo; es como una niña.

—Pues quisiera conocerla.

—No será difícil, porque creo que nos estableceremos en Madrid; ó á lo ménos me parece que estaremos en Madrid mientras esté cierto sugeto.

—¿Quién?—dijo don Braulio, como si le hubiera importado algo el sugeto por quien se interesaba aquella doña Mercedes, señora de su antiguo amigo.

—¿Quién ha de ser? La persona tras la cual he venido al pueblo.

—¿Que has venido tú al pueblo detrás de alguna persona?

—Detrás del señor marqués de Olite.

—¡Diablo, diablo! ¡detrás del señor marqués de Olite! es decir, que tu ama está enamorada del marqués de Olite.

—Sí, hombre, sí; enamorada como una loca: yo no lo sabia; pero esta mañana, á eso de las diez, estaba en su casa el señor marqués de Olite, que es un bello jóven, en la que estuvieron hablando largamente, y cuando él se marchó, mi señora se apresuró á llamarme, y me dijo:

—Sigue á ese caballero, vé adonde vaya, y averigua á qué vá.

—¿Yo qué habia de hacer? monté á caballo, bien provisto de dinero, y fuí detrás, á la larga, procurando no

ser visto por él, lo que no es muy fácil en un camino, porque los llanos son muy expuestos, pero, en fin, he conseguido seguirle sin que él lo supiera; llegó al pueblo, me he metido detrás de él, y me he acomodado en una posada; averigüé donde habia parado, le he seguido hasta casa del cura, y cuando me puse á esperarle, paseando por delante de la puerta, te oi hablar, y dije: yo conozco esta voz de grajo viejo; esta voz la he oido; me acuerdo de que la primera vez fué hace veinte años largos, en el barrio de Toledo: en fin, te recordé perfectamente; pero, ¿cuándo llegamos á tu casa, hombre?

—A punto lo has dicho; esta es mi puerta.

Y don Braulio llamó.

Vino á abrirles un verdadero criado de pueblo, es decir, un mozo de labor.

II.

Don Braulio y Bartolote entraron en una sala baja, y se sentaron al lado de un brasero, en que ya solo habia quedado ceniza.

—¡Siempre has sido tan miserable! ¿Hombre, con el frio que hace y está apagado el brasero? ¿No tienes chimenea?

—Sí, hombre, allá adentro la hay.

—¿Y no tienes leña?

—Sí, hombre, sí.

—Pues mira, que echen un carro de leña en la chimenea, y que saquen de la bodega algo de vino añejo; y

que el ama, querida, ó lo que sea que te cuide, que saque algo de la despensa.

—Yo no tengo ama ni querida,—contestó don Braulio,—yo soy fiel al amor de aquella doña Mercedes Cancamusa.

—¡Cómo! ¿qué has dicho?

—Doña Mercedes Cancamusa.

—¿Cancamusa?

—Si señor, Cancamusa.

—¿Y has amado tú á esa mujer?

—La amo.

—¿Y ella?

—Me ha amado durante seis horas.

—Hombre, ¿te ha amado durante seis horas doña Mercedes Cancamusa? ¿Cuándo?

—Hace veinte años.

—¿Y qué edad tenia doña Mercedes Cancamusa?

—Veintidos años.

—Era otra Cancamusa,—replicó Bartolote,—quedándose tranquilo; ¡veintidos años! ¿si seria su madre? tenia alguna chiquilla esa doña Mercedes Cancamusa?

—Hombre, yo no sé si tenia ó no tenia, porque como no hubo tiempo de entrar en explicaciones...

—Pues hermano, la mujer más hermosa que he visto en mi vida, se llama doña Mercedes Cancamusa. Y es viuda de un intendente de ejército, que nunca vivió con ella; siempre anduvo por esos mundos de Dios con las córtes extranjeras y las administraciones militares: doña Mercedes ha tenido siempre mucho dinero, sin que yo sepa de dónde la ha salido, doña Mercedes es

un ángel, incapáz de cometer ninguna accion mala, ni de venderse, ni de faltar á su decoro; no tiene mas que dos cosas reprochables, que no me he podido explicar todavía, es decir, que de tiempo en tiempo, cuando se irrita, suelta un taco como un carretero, y que despues de almorzar, de comer y de cenar, fuma un cigarro.

—Me estás asesinando, Bartolote; si esta Cancamusa es hija de la otra Cancamusa, ha heredado en parte las mañas de su madre, solo que su madre; lo hacia mas al por mayor: no echaba tacos simplemente cuando se irritaba, sino continuamente; en las seis horas que estuve hablando con ella, me parecia que estaba en conversacion con una verdulera del Rastro, en cuanto á fumar, de fijo que en seis horas, se fumó media libra de tabaco, nada, el mal ejemplo, eso es, debe ser su hija, necesito ver á esa doña Mercedes.

—Mira Braulio, que te rompo algo, conque pretendes que yo te haga conocer á una mujer de quien estoy locamente enamorado, porque has estado enamorado de su madre, á ver si te enamoras tambien de ella, prescinde, Braulio, prescinde, ya sabes tú quién soy yo.

—Me parece que tú no te habrás olvidado de lo que yo soy.

—Bueno, hombre, bien; en esas cosas estamos muy expuestos á ponernos frente á frente como enemigos y que suceda lo que Dios quiera, pero vamos al negocio. ¿Qué gente hay en la casa donde has entrado?

—Pues señor, las personas siguientes:—dijo don Braulio,—pero, ¿qué voy ganando, Bartalote?

—Como que qué vas ganando.

—Por supuesto á tí te pagan por seguir al marqués y averiguar lo que el marqués viene ha hacer, yo te doy esas noticias, por consecuencia te ayudo á ganar lo que te dan, y á mí me corresponde parte de esas ganancias.

—Si tú me informas bien, yo te prometo hacerte un buen regalo.

—Bien, bien, veremos, de aquí puede salir un negocio; ten presente que estamos en elecciones, ¿es tu ama muy influyente?

—Hombre, yo creo que sí.

—Bueno, bien, pues voy á decirte las personas que hay en la casa donde ha entrado el señor marqués: en primer lugar el cura propio de este pueblo don Silvestre Parrondo, su ama doña Práxedes, vieja insoportable que parece una calumnia que Dios ha hecho al género mujer; dos sobrinitas del cura bastante guapas, esto en cuanto á la gente fija de la casa, además hay unos forasteros.

—¿Y quién son esos forasteros?

—Un capellan de monjas de Madrid, su ama que es muy buena moza, y una señora hermosíma, casi tan hermosa como aquella señora Mercedes Cancamusa que tú no conoces y que es sin duda madre de la otra Cancamusa á quien tú sirves.

—¿Crees tú que puede haber amores entre el marqués y esa jóven señora tan hermosa que vive en casa del cura?

—Hombre yo creo que hay amores y más que amores, porque se miraban de una manera...

—Bien, perfectamente. ¿Con que tú crees que el mar-

qués no ha venido al pueblo sino por esta señorita tan hermosa?

—Poco á poco, el marqués ha venido ostensiblemente á traer á los dos clérigos los nombramientos de dos canongías.

—¡Ah! ya, este es un negocio de elecciones en el que se mete el señor marqués.

—¿Y en qué estado están las elecciones?

—Mañana se deciden.

—Si se deciden mañana entonces no podremos valernos de la influencia de mi señora, y qué diablos, no sé si á mi señora le convendria influir por esto, y que el señor marqués ande metido en elecciones, en fin, he venido á ciegas, ¿y á mí qué me importa? con decirle yo lo que he averiguado, hemos concluido, pero me temo que se enfade cuando sepa que á elecciones ha venido el marqués y no la he avisado; y no hay tiempo, señor, no hay tiempo, son las ocho de la noche, por muy pronto que llegue á Madrid matando el caballo, las doce; bueno bien, á las doce todavía puede ver mi señora alguna gente, ¿sabes Braulio, que estaba tentado de montar á caballo y largarme?

—¿Y para qué? aquí tenemos ya hecha la eleccion y no nos conviene que se meta nadie en estos negocios.

—¿Y quién es el candidato que tiene probabilidades?

—El que yo defiendo con el alcalde y el fiel de fechos y los mayores contribuyentes es el candidato de la union liberal.

—Pues si le defendeis el alcalde, el fiel de fechos y los mayores contribuyentes y tú, ¿quién vá á vencerle?

—Calla hombre, si aquí han venido dos candidatos neo-católico el uno y moderado el otro, cargados de dinero y de promesas, y las beatas del pueblo protegen al neo-católico y al moderado el cura, y no está tan hecha la eleccion como yo quisiera.

—Pero hombre, no faltando mas que un dia para la eleccion, todos deben haber ya soltado las credenciales, ect., ect., porque estas cosas se hacen así.

—En efecto, eso sí, pero hombre, dónde vamos á parar si despues de habernos comprometido salimos con que don Simon Martinez Cuero se queda á la luna de Valencia, y él, hombre influyente, puede hacer que el gobierno me quite á mí la plaza de médico, y al alcalde, y haga pagar la cuota á los primeros contribuyentes y nos tienda la vara de manera, que no se nos quite el verdugon en seis meses. Calla, hijo, calla, Dios ha hecho las elecciones para probar á los pueblos, y como los pueblos somos el último mono, he aquí que Dios haria muy bien en hacer que se quitara el maldito sistema representativo que para nada sirve mas que para fastidiarnos.

—No blasfemes, hombre, no blasfemes; sino fuera por el sistema representativo, no tendrias tú lo que tienes, porque esta feria de las elecciones debe haberte producido mucho, tú debes jugar con todos estos brutos, Braulio.

—Te diré, puede ser que no haya uno que mas que yo haya hecho padres de la patria, pero no sabes tú cuantos compromisos, amarguras y miedos he pasado en este mundo, en fin, qué se le ha de hacer, así están las cosas, no hay mas que tener paciencia; hablemos de doña Mercedes Cancamusa.

—Hablemos de lo que quieras, pero que nos traigan algo que comer porque yo tengo hambre.

—Bien, hombre, bien, cenaremos juntos y alegremente, pero dime, ¿efectivamente esa doña Mercedes Cancamusa no tiene mas que veinticinco años?

—Yo no la he preguntado nada, hace tres años que la sirvo y siempre la encuentro igual, ni más ni ménos, siempre hermosa, siempre amable, siempre encantadora y siempre haciéndose respetar con aquel aspecto tranquilo, con aquella mirada grave, siempre con dinero, con tren, sin que se sepa de donde viene lo que gasta, siempre el marido ausente, desde que vino la noticia de que allá en el quinto infierno habia rebentado el marido, por el cual la señora lloró mucho, se vistió de negro, y estuvo vestida de negro dos años, viajando para distraerse.

—¿Tanto queria á su marido?

—Hombre, qué sé yo si le queria ó no le queria; pero si le queria estaba muy acostumbrada á pasarse sin él, porque segun he sabido, el señor intendente de ejército, Sardinilla, estaba separado y ausente de su mujer de contínuo, y solo de año á año venia á visitarla y se estaba algunos dias á su lado.

—Pues eso demuestra que tu ama no queria á su marido, porque de otro modo no hubiera consentido el estar tanto tiempo separada de él. Vamos, vamos, tu ama es un misterio, como era un misterio aquella otra doña Mercedes Cancamusa que me amó seis horas. Pero diablo, Dios mio, en dónde tengo yo la cabeza que me olvido de una de las circunstancias que demuestran que esa

doña Mercedes Cancamusa que es tu ama, es la misma doña Mercedes Cancamusa que me amó durante seis horas en la fonda de los Carabancheles, si señor, sí, cuando no pudiendo yo ver á la tal doña Mercedes, me informé de ella por medio de la portera de la casa donde vivia ó habia vivido, supe que era mujer de un intendente de ejército que siempre estaba ausente en el extranjero, que la escribia de tres á tres meses, y que venia á verla de año á año. Tu doña Mercedes Cancamusa, es mi doña Mércedes Cancamusa. ¡Qué cabeza la mia, qué cabeza!

—Eso consiste, Braulio, en que tienes el estómago vacío, y cuando se tiene el estómago débil, la cabeza está débil, porque para que lo entiendas, el hombre no es más que un estómago, un estómago débil es un hombre débil, persuádete de esto Braulio.

—A quién se lo dices, á un médico que sostiene que la parte capital, la parte esencial, la parte cuyas afecciones determinan todas las demás afecciones del organismo del indivíduo hombre, es el estómago.

—Pues sé consecuente á tu opinion, y para que ambos tengamos el estómago fuerte y por consecuencia la razon fuerte, cenemos.

—Cenemos pues: Colodro, hola, Colodro, gañan maldito, desperézate y ven acá.

Entró Colodro y dijo bostezando:

—Qué manda nostramo.

—Mira, Colodro, en primer lugar echa leña en el fogon, mucha leña, luego pon la mesa junto al fuego, junto á la mesa los dos sillones grandes, dos cubiertos...

—Nostramo, yo pondré la mesa y los sillones, pero Casildica pondrá lo demás.

Frunció el gesto contrariado don Braulio.

—Eh, animal, Casildica estará durmiendo.

—Toma,—contestó Colodro,—pues que se levante y que se desperece, que yo no entiendo de guisotes, y lo hare mal y luego se pondrá usted por las nubes y querrá usted echarme á la calle.

—Vamos, entrégate Braulio,—dijo Bartolote,—y resígnate á que veamos á tu Dulcinea que debe ser un buen bocado cuando tanto la guardas.

—Qué, hombre, si es una pobre huérfana que tengo recogida. Vamos, vamos, anda animal,—añadió dirigiéndose á Colodro,—haz lo que te he dicho y que se levante Casildica y nos sirva.

—Bueno,—contestó Colodro sin ofenderse por lo de animal,—que cada uno haga lo que le toca y así todo irá bien, y á qué andar con tapujos con nadie si lo sabe todo el pueblo.

—Anda, anda, salvaje,—dijo don Braulio,—que cada palabra tuya es una coz.

III.

Colodro se fué.

—Con que esas tenemos, hermano Braulio,—dijo Bartolote,—¿y todo tu amor por doña Mercedes Cancamusa? ¿Y el no haberte casado porque esperabas encontrarla, indino?

—Hombre si yo no tengo nada con esa muchacha.

—A lo que á dicho ese patan me atengo, á qué tantos tapujos si todo el pueblo lo sabe.

—Lo que el pueblo sabe,—dijo don Braulio,—es lo que quiere saber, no lo que existe, en los pueblos no se tiene buena fé mas que para lo escandaloso, entiendes tú, y no hay en un pueblo quien crea que un solteron tiene en su domicilio á una chica de quince años, sino con un objeto reprobado.

—Hola, tiene quince años el angelito.

—Sí, y es guapísima.

—Así debe ser cuando tanto has cuidado de que yo no la vea.

—Pues mira, se me ocurre una cosa, Bartolote; ¿quieres casarte con ella?

—¡Malvado!—exclamó Bartolote, mirando con los ojos entornados y burlones á don Braulio,—con que quieres á mí hacerme pagador general de tus deudas.

—Báh, qué sabes tú lo que te dices, tunante, que sabes tú lo que es esa niña que yo tengo en mi poder, ¿y crees tú que yo te la daria, es decir, que trabajaria para que te casases con ella, sino con la expresa condicion de que tú hicieses cuanto pudieses para que yo me casara con doña Mercedes?

—¡Pues no es nada lo del ojo! lo que tu quieres; socarron mal nacido,—contestó Bartolote,—casarte con la mujer más hermosa de la creacion y además de esto millonaria.

—Pues ahí es nada lo del ojo, tunante, lo que es mi Casildica,—contestó don Braulio.

—¿Y qué es?

—Un misterio.

—¡Báh, báh! no creo en heroinas de misterio.

—No creas en buen hora, pero te recomiendo una cosa, cuando nos sirva la cena, mírala bien, á ver si tu larga esperiencia de pillo te hace conocer la virginal expresion de esa jóven.

—¡Báh! vete á paseo,—dijo Bartolote.

—Me iré adonde tú quieras si despues de verla no modificas tu opinion, y á qué habia yo de ocultarte una mujer, qué tienes tú de seductor para que yo temiese que me la robases estando yo apoderado de ella, no siendo nada mio y estando como está de todo punto libre la muchacha, es distinto, porque tú eres un roaballo muy largo, en fin, vámonos para afuera que por lo ménos estará ya encendido el fuego y Casildica disponiendo la mesa.

—Vamos, hombre, vamos,—dijo Bartolote,—has excitado mi curiosidad, conoceremos á ese prodigio.

—No es tan hermosa como Mercedes pero es tu tipo, á no ser que de veinte años acá, hayas cambiado de gusto.

IV.

De la sala, pasaron inmediatamente á la cocina, que estaba fuertemente iluminada por la llama de una grande hoguera que ardia en el fogon, bajo la campana de la chimenea.

Junto á una hornilla á la derecha, estaba una jóven alta, desarrollada, robusta, blanca, con el cabello negro

y rizado, y los ojos grandes, garzos, lucientes, cándidos y pudorosos.

—Hola, muchacha,—la dijo Bartolote acercándose á ella,—¿qué tal te vá con mi amigo don Braulio?

La muchacha levantó los ojos, se puso vivamente encendida y contéstó:

—Muy bien, señor.

Y la voz de la jóven era argentina, dulce, simpática, mas que simpática insinuante sin pretensiones de serlo.

—Voz de niña, voz de vírgen.

—¿Eh, qué tal?—dijo don Braulio.

—Vamos, hombre, me parece que sí,—dijo Bartolote,—milagro.

—¿Y por qué milagro?

—Porque es así estando bajo tu dominio.

—Cuidado, Bartolote, cuidado, no hay que despertar al que duerme.

—Pues no hagamos ruido,—dijo Bartolote,—pero se me figura que no ha de estar tan bien como dice.

La muchacha no contestó.

—Quien calla otorga:—añadió Bartolote.

—Quien calla, no dice nada, y para que veas que éres un tonto que crees de buena fé lo que te se figura, ella misma te vá á responder. ¿Eres tú mi criada, hija mia?

—No, señor, tio, no.

—¡Ah! es tu sobrina.

—Sí, señor, sí, mi sobrina, hija de mi hermano Pedro que murió en América adonde se fué á hacer fortuna.

—¡Tu hermano Pedro!—exclamó con acento y sonrisa

de protexta Bartolote, como quien dice: ¿de dónde has sacado tú ese hermano?

—Si señor, mi hermano Pedro,—dijo imperturbable don Braulio,—¿pues no te acuerdas de aquel buen mozo que jugaba tan bien á la pelota que no habia navarro que le ganara?

—¡Ah! sí, sí, es verdad,—dijo Bartolote,—y murió el pobrecito: válgame Dios y cuanto lo siento, era un hermano que maldito el ruido que te daba, Braulio; ¿y esta es su hija?

—Si señor, esta es su hija, y de su mujer la María Jesus; aquella María Jesus tan linda, tan buena niña.

—¡Ah! sí, sí, es verdad,—dijo Bartolote,—aquella que todos los dias de tu santo te regalaba un par de tirantes bordados.

—Si señor, sí, aquella.

—Vaya, pues que sea enhorabuena,—dijo Bartolote,—me alegro mucho de conocerte, hija mia, y soy un buen hombre que me intereso mucho por las jóvenes honradas; ya, ya te dirá tu tio quién soy yo.

—¡Ah! cierto, ciertísimo; yo diré de tí lo mismo que tú puedes decir de mí, Bartolote.

—Pero lo que no entiendo es cómo tienes á tu sobrina sentenciada al guisote diario.

—¿Y qué hace una mujer, señor, mano sobre mano? no crea usted, para lo gordo, para lavar, y fregar, y barrer, y demás, tenemos á la tia Flauta, que es una buena mujer; yo guiso porque á mi tio y á mí nos gusta comer bien, y plancho y coso porque no se ha de estar una parada.

—Braulio, Braulio,—dijo Bartolote,—me parece que voy á decir de tí cosas muy buenas.

—No harás más que lo que es justo, como es muy justo que yo diga en todas partes que tú eres un hombre de bien á carta cabal, que tienes muy buen corazon, y que la mujer que se case contigo puede ser muy feliz.

V.

Si don Braulio hubiera podido ver la expresion de los ojos de Casilda, ocupada en la hornilla y una gran cazuela de guiso, que estaba vuelta de espaldas á él, se hubiera inquietado, porque apareció en los ojos de la niña una expresion tal de inquietud y de contrariedad, que no parecia sino que habia comprendido la intencion de su tio, y que aquella intencion la contrariaba fuertemente, la aterraba por su amor á otro hombre.

¡Ah! ¡quién fía imprudentemente en la expresion de candor de una niña de quince años!

Esto demostraba que para Casilda, don Braulio era un hombre completamente de buena fé, que fiaba á ciegas en las apariencias.

VI.

Casilda hizo un esfuerzo, dominó su inquietud, volvió á sus ojos la expresion tranquila y candorosa, tomó la cazuela en que hervia el guisado, la volcó en la fuente honda, adelantó con ella y la puso sobre la mesa, en



Adelantó con ella y la puso sobre la mesa.

que habia una botella, un pan, platos y cubiertos de plata antigua delante de don Braulio y de Bartolote.

—Tú tambien, tú tambien, hija mia,—dijo don Braulio,—ven á cenar con nosotros; pero antes dale su racion á Colodro, que se despache á su gusto, y no nos esté mirando como un perro hambriento.

La niña tomó del basar un plato, le llenó, lo dió á Colodro, que le puso sobre una silla de pino junto al fuego, y cortando la mitad del pan se lo dió tambien.

Colodro se sentó en el suelo junto á la silla, y se puso á comer con los dedos, partiendo el pan con la mano.

Casilda se sirvió un plato y un cubierto, y se sentó entre los dos amigotes, dando frente al fuego.

La llama la sonrosaba, y aumentaba lo incitante de su mórbida y juvenil belleza.

Bartolote empezaba á perder los estribos, y la miraba demasiado.

—De seguro,—pensaba para sí don Braulio,—no se me marcha á Madrid, y no me trae nuevos enredos para las elecciones; enamórate, enamórate, Bartolote; ponte de manera que yo disponga de tí, y ya nos veremos.

Por su parte Bartolote, al par que comia con muy buen apetito, pensaba:

—Si esta chica tiene algo que merezca la pena, me caso con ella, porque lo que es doña Mercedes es un sueño, tanto para mí como para él: ¡báh, báh, y qué alhaja es esta chica!

Sin saber cómo, al estirar Bartolote un pié, tropezó con otro de Casilda.

Ésta se puso vivamente encendida, retiró el pié, y se desvió para ponerse más fuera del alcance.

—¿Qué es eso, niña?—dijo don Braulio.

—Nada, tio, nada; que no puedo resistir el calor de la lumbre,—dijo Casilda.

—Es verdad, mujer, es verdad; nos estamos tostando: pero á mí me gusta calentarme bien.

—Y á mí,—dijo Bartolote.

—Pues á mí no,—dijo Casilda, y paró la conversacion.

Siguieron comiendo en silencio.

Bartolote sirvió vino en los dos únicos vasos que habia.

Tomó el suyo, y le ofreció á Casilda.

—Yo no bebo nunca, muchas gracias,—dijo Casilda.

—Cuando la ven, que cuando no la ven ya bebe,—murmuró Colodro, mascujando estas palabras, á la par que un enorme tasajo de carne,—no saben lo del peladero de pava por las tapias del corral con Ginesillo Mediodedo; anda, anda, ¡y que la niña no sabe!

Por supuesto, que ni una sola de estas palabras del malicioso paleto, pudieron ser oidas.

Apenas las habia pronunciado.

Concluyeron con el único plato fuerte de la cena, en silencio.

Despues Casilda sirvió una fuente de ensalada, y por último dos platos, con higos secos y nueces el uno, y con camuesas el otro.

Cuando se hubo acabado de cenar, se levantó Casilda.

—Vamos, hija mia, acuéstate,—dijo don Braulio,—y hasta mañana.

—Que Dios dé á ustedes muy buenas noches,—dijo Casilda.

Y se metió por una puerta inmediata.

VII.

—A ver si te acuestas tú tambien, Colodro,—dijo don Braulio.

—Pues buenas noches,—dijo Colodro,—y mire usted si á mí me viene mal acostarme temprano; vaya, que descansen ustedes.

Y subió por unas escaleras de madera al aire, que se veian en un lado de la cocina, y que conducian á la cámara ó granero, como mejor queramos.

VIII.

—Explícame,—dijo con ánsia Bartolote á don Braulio, en cuanto quedaron solos.

—Aún no, aún no,—dijo don Braulio en voz baja, como pretendiendo que no le oyese la jóven,—Casilda es muy inocente, pero no hay mujer, por inocente que sea, que no ceda á ese funesto pecado de la curiosidad, que cometido por Eva, hizo mortales á sus descendientes. Confortémonos al fuego para llevar un buen calor á la cama, y en la cama hablaremos.

—¡Diablo, diablo!—dijo Bartolote,—tú me haces tu prisionero, Braulio.

—¡Prisionero! no por cierto,—dijo don Braulio,—y si persistes en esa idea, abro al momento la puerta de la calle, y te dejo ir en paz.

—Tú tienes algun proyecto acerca de mí, Braulio; no incurras en la ridícula vanidad de que puedes engañarme.

—Cierto es que tengo acá en el magin gravísimos proyectos, y que cuento para realizarlos contigo, pero esto no quiere decir que yo procure retenerte, no por cierto; cree mejor que tengo muy buen corazon, y que suponiendo que estarás muy mal acomodado en la posada, te ofrezco un mejor acomodo.

—Ciertamente, hijo mio, la mitad de tu lecho; porque sabiendo yo lo tacaño y lo inhospitalario que eres, no puedo suponer tengas preparado buen cuarto y buen lecho para el primero que llegue con necesidad de ellos.

—¡Báh! yo creo que no debe admitirse en ninguna casa para pasar la noche, sino á quien se conoce muy bien, pero tratándose de un amigo, esto es distinto, y no será la primera vez que hemos dormido juntos, y en camas peores que la mia; en una posada, de á ocho cuartos el lecho por cabeza: vamos, vamos, yo ya me he provisto de bastante calor; acostémonos y hablemos.

IX.

Don Braulio tomó un velon que Casilda habia dejado sobre la chimenea, y se encaminó seguido de Bartolote, que iba gravemente meditabundo, á la sala donde poco antes habian estado; dejó el velon sobre la mesa, se

entró en una alcoba, dentro de la cual habia un gran lecho, y empezó á desnudarse.

—Me parece bien,—dijo Bartolote empezando á desnudarse tambien,—convengo en que aquí estaré mejor que en la posada: vaya, divinamente.

Poco despues los dos amigos estaban en el lecho, tendidos boca arriba, rebujados hasta la barba, y chupando Bartolote un enorme cigarro.

En esta disposicion, don Braulio empezó de esta manera:

Pero lo que hablaron aquellos dos tunos lo diremos en otro capítulo, porque el interés de nuestra relacion nos lleva á otra parte: á casa de don Silvestre Parrondo.

CAPITULO VIII.

En que continúa su buen camino la materia anterior.

I.

La señora Práxedes sirvió á los dos clérigos, y á cada cual en su cama, una fritada de jamon y chorizo con huevos.

Entretanto aquella excelente matrona, que estaba sentada en una silla colocada entre los dos lechos, teniendo en la una mano una botella y en la otra un vaso, con lo cual servia vino ya á este, ya al otro de los dos eclesiásticos.

El marqués estaba sentado entre los dos lechos, observando con cierto asombro cómo embaulaban los dos eclesiásticos, especialmente don Silvestre.

—¿Es usted servido, señor marqués?—dijo el cura al empezar su comida.

—Gracias, amigo mio,—contestó don Fernando,—muchas gracias.

—¿Pero ha comido usted ya?

—Aún no, pero no tengo apetito; almorcé muy bien, y acostumbro á comer más tarde.

—Sea como quiera,—dijo don Silvestre,—algo habrá usted de comer, y en el pueblo le van á tratar á usted muy mal; por supuesto, estará usted en la posada.

—No, señor, no; en la posada no cabia, y me han enviado para que me hospede casa de la tia... no recuerdo estos diablos de motes que tienen todas las gentes de pueblo.

—¿Le ha enviado á usted el posadero?—dijo la señora Práxedes.

—En efecto, el posadero me ha enviado,—contestó el marqués.

—Pues entonces esa es la casa de la tia Piñona, porque como el posadero, á pesar de su mujer, tiene amistad con la nieta de la tia Piñona, busca á la tia Piñona todas las proporciones que puede; y, créame usted, señor marqués, casa de la tia Piñona no se escapa usted de la sopa de ajo con sus huevecitos frescos, ó no frescos, segun, y para postre la última cucharada de la sopa; ¡qué, si usted no sabe cómo está el pueblo de forasteros con esto de las elecciones! ya vé usted, un par de huevos cuesta seis cuartos, y por cualquier cosa llevan un sentido: nada, nada, aquí estará usted mucho mejor; se le dará á usted de comer cosas caseras, pero buenas, y se le pondrá á usted una buena cama.

—En cuanto á eso, no, gracias, me voy á mi alojamiento; satisfágase usted, señora, con que yo acepte la

cena; porque, la verdad, la verdad, me causa espanto eso de las sopas de ajo con huevos sin más ni ménos.

—Como usted quiera; pero mire usted que lo vá usted á pasar muy mal en casa de la tia Piñona.

—¡Ah! no, no, de ningun modo,—dijo el marqués,—necesito ver á alguien en el pueblo.

—Como usted quiera,—dijo la señora Práxedes, y murmuró para sí:—éste tiene que ver á los electores, y puede ser, como es tan rico, haga mal tercio al candidato del fiel de fechos y del alcalde, y le birle el acta, y si esto sucede, quemados el fiel de fechos, y el alcalde, y el médico, que son unos truhanes, van á decir lo de los diez mil duros y me van á comprometer; ¿y cómo detengo yo á este hombre? ¡Ah! me parece que quiere á doña Dolores, y que doña Dolores le quiere á él; pues á doña Dolores me agarro.

Y obedeciendo á este pensamiento, y habiéndose acabado ya el contenido de la botella, y habiendo terminado á la par su cena los eclesiásticos, recogió los platos, los cubiertos, los puso con la botella y el vaso sobre las servilletas, superpuestas las unas á las otras, las cogió por las puntas, y se fué diciendo:

—Vaya, señor, voy á disponer la cena; cuando esté, avisaré á usted.

II.

Una cena se puede disponer en más ó ménos tiempo.

Y como se trataba de un señor marqués, la cena debia ser lo mejor posible, y necesariamente debia tardar en estar dispuesta mucho más que una cena ligera.

Doña Práxedes contaba con este tiempo para intrigar por su cuenta, haciendo su instrumento á Dolores.

Entró en la cocina, dejó sobre una mesa la servilleta en que estaba el servicio, y dijo á las sobrinas del cura:

—Mariquita, hija mia, toma la llave de la despensa y saca jamon, y lomo, y chorizos, y el escabeche de sardinas, y dulce de las monjas; y tú, Juanita, vete al corral y busca los huevos que haya, y á ver, hija mia, si haces unas ricas sopas de ajo, que para solas no sirven, pero para empezar son muy buenas; y tú, Andresillo, anda vete al establo, y ordeña á las cabras, y cuidado que no te bebas la leche, porque en el olor te lo conozco.

—Descuide usted, señora,—dijo Andresillo,—que estoy yo de leche que me sale por la tapa de los sesos y la he tomado aborrecimiento, porque para almorzar un zoquete de pan y leche, y para cenar otro zoquete de pan y leche.

—Pues mira que mal te vá, pícaro, desvergonzado, que estás gordo como un cebon, y de alguna manera se ha de hacer para gastar la leche que hay en casa; y como si la leche no fuese una cosa muy rica y muy sana.

—Si señora,—dijo Andresillo,—pero cuando á uno le dan una cosa muy rica hoy, mañana, y pasado mañana y siempre, se la tienta uno y la aborrece.

—Anda, anda, hablador, que en dándote á tí conversacion te se olvida lo que tienes que hacer.

Andresillo se fué.

III.

La señora Práxedes se quedó sola con Dolores.

Teresa se habia sentido mala, tal impresion la habian causado sus primeros amores que se habia ido á acostar.

—Tengo que hablar con usted, señora,—dijo Práxedes, procurando ser amable.

—Hable usted, doña Práxedes,—dijo Dolores,—segura de que tendré mucho gusto en escucharla.

—Aquí no, señora, aquí no, porque lo que vamos á hablar no quiero que lo oigan las niñas, son muy inocentes.

—¡Ay, Dios mio!—dijo Dolores afectando sorpresa,—¿y qué tiene usted que hablar conmigo, señora, que no lo pueda oir un inocente?

—Vamos, no se ofenda usted, hija,—contestó la señora Práxedes,—que lo que voy á decir á usted la vá á gustar á usted mucho.

—¡A mí! veamos,—dijo Dolores haciéndose siempre la alarmada, pero sin dureza y sin grosería,—vamos á donde usted quiera.

Y se levantó.

—Adonde hemos de ir mas que á mi cuarto, allí no hay cuidado, no nos oirá nadie.

—Pero no me asuste usted con esos misterios, doña Práxedes.

—Vamos, es usted tan inocente como las niñas;—dijo la señora Práxedes, creyendo de buena fé en la aparente

timidez de Dolores,—lo que le voy á decir á usted es muy bueno.

—¡Ah! pues veamos.

Y Dolores entró detrás de la señora Práxedes que habia encendido una luz, en un cuarto cuya puerta correspondia á la cocina.

IV.

—Vamos, niña,—dijo doña Práxedes,—si todo se sabe.

—¿Y qué es lo que se sabe, señora?—dijo Dolores, manteniendo siempre su aparente candor.

—Pues; cuando se miran dos personas se sabe lo que piensan.

—Explíquese usted, señora,—contestó fingiendo una viva ansiedad Dolores.

—Pues es necesario estar ciegos para no conocer que el señor marqués está enamorado de usted, y que á usted no le desagrada que el señor marqués esté enamorado, además, ustedes se conocen.

—Si señora, sí, nos conocemos... desde esta noche.

—¡Desde esta noche, señora! Eso no puede ser de ningun modo.

—Pues bien, nos conocemos desde anoche.

—¡Desde anoche! Pues, ¿qué está desde anoche el señor marqués en el pueblo?

—Si señora, porque en el pueblo le encontré yo,—dijo Dolores,—y en el pueblo me vió él por la primera vez.

—¿Y hablaron ustedes anoche?

—Si señora, y por cierto de una manera muy original, me dijo que yo era su ángel, que sin haberme visto hasta ahora físicamente, me habia visto en su alma desde que tenia uso de razon, y en fin, me hizo el amor de la manera más rara que hace el amor un hombre á una mujer. Ya vé usted, señora, yo al hacerme el amor no pude contenerme y me eché á reir á pesar de que no tengo mal corazon.

—Pues no, no, hija mia, lo que es esta noche, no se rie usted,—dijo la señora Práxedes que estaba avispada con aquello de que el marqués estaba en el pueblo desde el dia antes.

En efecto, Dolores no se reia, por el contrario, estaba triste, perfectamente melancólica, tenia todos los graves síntomas de la mujer enamorada.

Pero, ¿y Luis? nos dirán nuestros lectores.

¡Pobres de aquellos que creen de buena fé lo que les dice su corazon!

El corazon no sabe lo que se hace.

Obedece siempre á las impresiones.

Una impresion desaparece cuando sobreviene otra impresion más fuerte.

Esto es puramente físico.

Imprimid un molde sobre una masa blanda, la figura que hayais impreso, permanecerá mientras no apliqueis sobre aquella figura otro molde distinto.

La masa tomará otra forma.

Hé aquí lo que sucede con el corazon.

El corazon es siempre una masa blanda dispuesta á

obedecer, á amoldarse á la última impresion si es más fuerte que la anterior.

No podemos hacer caso de nuestro corazon.

Los que hacen caso de él, son unas pobres personas que están siempre dispuestas á no entenderse.

V.

Dolores era una existencia predispuesta al amor, á un amor soñado, imposible.

Le habia buscado y buscándole habia dado graves caidas.

Habia creido encontrarle en Luis.

Despues la habia impresionado el marqués de Olite.

Continuemos el diálogo:

—Pues sí señora, usted está enamorada hasta el alma,—dijo doña Práxedes,—si lo conozco yo, cuando la hablé á usted hace poco, no oyó usted mis primeras palabras, estaba usted ya en el quinto cielo, inmóvil, pálida, con la mirada fija en el fuego. Yo sé lo que son estas cosas, tengo mucha práctica en ellas, he visto enamorarse muchas muchachas y ser felices unas y desgraciadas otras, para que vaya yo á creer que ustedes no se conocen mas que desde anoche.

—¿Pero á qué viene esto?—dijo doña Dolores poniéndose vivamente encendida, porque el corazon, mientras no pierde sus sentimientos, no pierde el pudor.

—Viene á que si tiene usted que vencer alguna dificultad para sus amores, esto es, tratándose de unos amores como Dios manda, aquí estoy yo para servir á ustedes,

porque aunque yo no he querido á nadie, y soy fea, seca y larga, y parece que no tengo entrañas, las tengo muy blandas, señora, vaya si las tengo, ojalá no las tuviera, el tener entrañas me ha costado muy caro en este mundo.

—Pero señora si no hay dificultad alguna, si yo soy libre como el aire, y creo que el marqués será libre tambien.

—¿Es usted libre como el aire, doña Dolores?—exclamó con asombro doña Práxedes:—pues si yo creia que era usted lo ménos sobrina de don Cleofás.

—No, hija mia, solo soy su amiga, pudiera decirse que su hija adoptiva aunque hace poco tiempo que le conozco, pero en ese poco tiempo ha hecho conmigo don Cleofás cosas que no puedo olvidar ni dejaré de agradecerlas sin estar obligada á avergonzarme de mí misma.

—Pues señor,—dijo la señora Práxedes,—yo no entiendo una palabra de lo que sucede; ¿usted conoce al marqués?

—Ya he dicho á usted que no le conozco más que desde anoche.

—¿Pero cómo le conoció usted, dónde?

—En el mismo sillon donde está usted sentada.

—¡Cómo! ¿dentro de esta casa?

—Sí señora, dentro de esta casa, estaba en el sillon colocado de una manera, que segun la expresion de don Cleofás, parecia un ajusticiado, aunque yo no he visto ningun ajusticiado realmente, sino dibujado alguna vez por algun artista que habia tenido el mal gusto de dibujar tanta miseria.

—¡Calla, señora!—dijo poniéndose densamente pálida la señora Práxedes,—pues entonces ese señor marqués es el alma en pena.

Dolores se echó á reir.

—El señor marqués,—dijo Dolores,—estaba ayer loco.

—¿Cómo, estaba ayer loco?

—Sí señora, estaba loco, no habia duda de ello, me lo decian sus ojos, sus palabras, su palidez, hasta su manera de suspirar.

—¿Y hoy no está loco?

—No, no señora, no lo parece.

—Pues á mí me ha parecido loco de amor, pero, por Dios, señora, ese es el alma en pena, usted debe equivocarse.

—No, no me equivoco,—dijo Dolores,—es el mismo desdichado á quien en el pueblo y en sus alrededores llamaban el alma en pena, el pobre loco que vagaba por los campos y que por el género de sus locuras y por sus costumbres excéntricas asustaba á todo el mundo apareciendo un sér sobrenatural.

—Pero Dios mio, esto es peor,—dijo la señora Práxedes;—porque no tenga usted duda, ese á quien se llamaba el alma en pena, es verdaderamente un alma en pena, un poseido del diablo que donde quiera que se presentaba causaba desgracias; vea usted, se presentó anoche en casa sin que se sepa por donde habia entrado y sucedieron una porcion de desgracias; se subieron á las tapias por entrar en la casa don Silvestre y don Cleofás; don Silvestre se pasmó y se puso muy malito y don Cleofás se torció un pié, al pobre Bravonel le dieron una puñalada que por

milagro no le dejó en el sitio, la señora Teresa, que estaba muy tranquila, se ha enamorado de don Antonio, y dice que esta es una verdadera desgracia, las elecciones se han revuelto y no se sabe cómo estamos ya, ¿quiere usted más desgracias, señora?

—¡Ah! las elecciones,—dijo doña Dolores comprendiendo al fin algo de las intenciones que habia tenido la señora Práxedes al hablar con ella de aquel modo.

—Si señora, sí, las elecciones, yo no sé ya lo que será ni lo que no será, mire usted, yo he trabajado por don Antonio Cantillana y despues de trabajar mucho me ha parecido que para servir á Dios, no debia elegirse á don Antonio Cantillana, sino dejar que la eleccion caiga en don Simon Martinez Cuero, que es el candidato de la union liberal.

Es admirable cómo todos los que se ocupan de las elecciones hasta las mujeres en los pueblos más pequeños, se ponen al corriente de la política y de la desunion de los partidos.

—Y bien, ¿qué quiere usted, señora?

—¿Qué he de querer? que sepamos á qué atenernos respecto al señor marqués ó al alma en pena, que es lo mismo, porque yo creo que el señor marqués ó el alma en pena, han venido al pueblo á ocuparse de las elecciones, y ya vé usted que como marqués ó como alma en pena, ese señor debe poder mucho.

—Y bien, ¿qué quiere usted, señora Práxedes?

—Doña Dolores, el marqués ó el alma en pena está loco por usted.

—Bien, bien.

—Si usted quiere puede hacer que sea elegido diputado don Simon Martinez Cuero, pero sobre todo guárdeme usted un gran secreto porque el señor cura estaba interesado por don Modesto, diputado neo-católico, y cambió de un momento á otro y se interesa por don Antonio Cantillana; yo no sé como voy á hacer para que salga diputado don Simon Martinez Cuero, sobre todo es ya tarde, por que mañana es la votacion definitiva, á las doce del dia tendremos diputado, yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—¿Con que usted quiere que salga diputado don Simon Martinez Cuero, candidato de la union liberal?

—Sí, señora, sí, yo tengo mis gravísimas razones.

En verdad que la señora Práxedes tenia para desear esto, diez mil razones de á duro.

—Pues bien, señora mia, yo tengo que hablar esta noche con el marqués por la reja de casa, es decir, lo que se llama pelar la pava.

—¡Ah, ya! ¿tiene usted que pelar la pava con el marqués? pues ahora comprendo lo que el marqués me dijo de que no podia quedarse en casa porque tenia que hacer algo muy importante en el pueblo.

—Sí señora,—contestó Dolores,—tiene que hablar conmigo.

—Pues yo me habia sofocado, habia creido que lo que tenia que hacer el señor marqués, era ir á las casas de las personas influyentes en las elecciones, para torcerlos y hacer lo que le pareciese, tal vez lo que no nos conviene.

—No, no señora,—dijo Dolores,—me parece que

el marqués no tiene en el pueblo otro interés que yo.

—Pues me ha vuelto usted el alma al cuerpo,—dijo doña Práxedes,—pero no importa. ¿Quisiera usted inclinar al señor marqués á que hiciera lo que pudiera en el tiempo que queda, por don Simon Martinez Cuero?

—Bien, bien, señora Práxedes, muy bien; pero creo que el marqués no se mezclará en nada.

—Mejor, eso seria mucho mejor, porque entonces nada habia que temer, la eleccion del señor Cuero estaria asegurada.

VI.

—Tia,—dijo llamando á la puerta Mariquita.

—¿Qué, mujer?—contestó Práxedes.

—Que la cena está ya.

—¿Que está ya la cena? pues allá vamos, hija mia, vamos á cenar muy bien,—dijo la señora Práxedes,—vá á cenar con nosotros el señor marqués.

—¿Va á cenar con nosotros el marqués?—dijo Dolores poniéndose pálida.

—Sí señora, sí, parece como que la ha causado á usted impresion el saber que va usted á estar á su lado durante la cena.

—En efecto,—dijo Dolores,—no sé lo que me ha dado ese hombre.

—Pues aseguro á usted que el marqués es el alma en pena.

—Sí señora, sí, el alma en pena, el loco, el desgraciado á quien se tenia por un alma en pena.

—Más valia que no me hubiera usted dicho nada y que yo no lo supiera. Pero vamos, señora, estando junto á usted y con mis dos sobrinitas, el miedo será mucho ménos.

Y la señora Práxedes salió con Dolores á la cocina.

Junto al fuego habia puesta una gran mesa con seis servicios.

Se contaba con la pobre Teresa que se habia dormido calenturienta.

La señora Práxedes salió y llamó al marqués; éste se apresuró á bajar en cuanto supo que esperaba la cena y mucho más que iba á cenar con Dolores.

En cuanto á Teresa, se disculpó diciendo que no tenia ganas y que lo que más la convenia era dormir.

CAPITULO IX.

En que volvemos á meternos en la alcoba de don Braulio.

I.

—Conque vamos,—dijo Bartolote,—me parece que ya puedes hablar sin reparo, porque aquí no pueden oirnos; supongo que tu inocentísima Casilda no se vendrá á escuchar á la puerta de la alcoba.

—No, hombre, no: Casilda estará ya en el sétimo sueño: á mí no me dejan dormir los cuidados, y, créeme, una de las cosas que me desvelan más desde hace veinte años, es el recuerdo de doña Mercedes Cancamusa.

—¡Diablo! pues no lo tomaste poco fuerte, Braulio, cuando en veinte años no te se ha quitado la borrachera, porque, desengáñate, en estos casos la mujer es una especie de embriaguez; yo creia que tenia la cabeza fuerte, pero hijo mio, me he emborrachado de amor al ver á tu sobrina.

—¡Ah! es que mi sobrina es muy buena moza, y que su inocencia la hace el bocado más apetitoso del mundo; pero mira, Bartolote, que no te ayudo como tú no me ayudes respecto á doña Mercedes Cancamusa.

—Pero, ¿crees tú que esa doña Mercedes á quien yo sirvo, es la misma Mercedes á quien tú conociste en otro tiempo?

—Hombre, sí, sí; todo conviene ménos la edad de esa señora con los antecedentes que yo tenia: hermosa, hermosísima como no hay dos mujeres en el mundo; casada con un intendente de ejército, que siempre estaba en el extranjero, y luego despues mujer que echaba tacos como los echa ahora, aunque ménos que antes, que fuma, aunque ménos tambien, porque entonces no se la caia el cigarro de la boca.

—Me parece imposible, Braulio, me parece imposible; lo más que tiene mi señora son veintiseis años.

—¿Y no sabes tú que hay mujeres que conservan la juventud tenazmente hasta una edad avanzada, y que engañan hasta el dia en que dan el bajonazo, que suele ser en veinticuatro horas? Mujer he conocido yo, que de la noche á la mañana se le han puesto los cabellos blancos y arrugada la piel, y en ocho dias se le han caido los dientes y se ha convertido de niña en vieja asquerosa.

—Te aseguro que no está en ese caso doña Mercedes.

—No sabes tú lo que se pintan, lo que se componen, lo que se arreglan, lo que se desfiguran las mujeres. La perfumería en estos tiempos está muy adelantada.

—Hijo mio, doña Mercedes no gasta de perfumería más que lo que gasta toda mujer elegante: coldcream,

jabon, pasta de almendra; pero, ¡pintarse! ¡ah! eso no; no ha entrado en casa ni uno solo de esos mejunges con que las mujeres se recomponen, no hijo mio; doña Mercedes se lava con agua clara; no necesita ponerse rojos los lábios con nada, porque los tiene ella muy rojos; no necesita blanquillo, porque es blanca como la nieve; no necesita nada, en fin, porque está que deslumbra; ¡aquello si que es moza!

—No me hables, Bartolote, porque me desesperas; no la he olvidado, es la misma, la mismísima; ¿conque me prometes ayudarme respecto á ella para que yo te ayude respecto á Casilda?

—Vamos claros: ¿quién gana ó quién pierde?

—¿Cómo que quién gana y que quién pierde?

—Si señor, sí. Doña Mercedes es hermosísima, divina; yo estuve enamorado de ella, pero te aseguro que un sér tan hermoso como tu sobrina, ó lo que sea, me gusta mucho más, es más mi tipo, hay más forma, más robustez; ¡qué sé yo! y luego la juventud... esa muchacha lo más que tiene son quince años.

—No los ha cumplido todavía.

—Pero á la gran hermosura de doña Mercedes hay que añadir que es millonaria.

—¡Millonaria! ¿estás seguro de que es millonaria?

—Segurísimo: calcula tú que ahora por capricho vive en el hotel de Lóndres, que solo por llamarse hotel de Lóndres se ha puesto en armonía con lo caro de los hoteles de lujo de Inglaterra, y la habitacion en que vivimos le cuesta mil reales diarios.

—¡Cáspita!—dijo don Braulio,—¿conque doña Mercedes se gasta mil reales diarios?

—¡Si no fuera más que eso! tren completo, magnífico, que se lleva otros quinientos reales.

—¡Sopla!

—La modista, el peluquero; ¡qué sé yo cuántas cosas más!

—Y cierto que se gastará dos ó tres mil reales todos los dias.

—Por ahí, por ahí, porque además dá muchas limosnas.

—¡Miren ustedes qué caritativa! esto es una cualidad muy mala en la mujer con quien queremos casarnos; la caridad, es decir, dar á quien no lo agradece, á quien se burla de aquel que le ha dado.

—Pero vamos claros, Braulio; ¿cómo conociste tú á mi ama, si es que es mi ama la Cancamusa que tú conociste?

II.

Don Braulio contó á Bartolote todo lo que le habia acontecido veinte años antes.

De la conversacion resultó que nada que pudiese perjudicar á la reputacion de doña Mercedes, habia sucedido entre ellos.

Todo se habia reducido á una grande esperanza de don Braulio de que acabaria por poseer completamente á doña Mercedes.

—Una razon más para creer que es la misma, Bartolote, me voy convenciendo de ello.

—Es una mujer incomprensible, no sé por qué; de cuando en cuando dice algunas palabras groseras: puede ser que sea un defecto de la primera educacion, porque te advierto que no se sabe quién es ni de dónde vino.

—Y, dime, ¿sucede lo mismo con el dinero que gasta?

—Lo mismo: ella no paga contribucion por ningun estilo, porque nada posee, nada absolutamente, nada más que sus alhajas, sus gracias y su hermosura. Ella no tiene papel del Estado, ni juega; ella no se emplea en ninguna maniobra de la cual puede decirse que saca dinero, y sin embargo, gasta como el fuego.

—Misterio, Bartolote, misterio: ¿qué será esto?

—Será lo que fuere, pero en tres años que hace que la sirvo, la conozco gastando lo mismo, sin encontrarse jamás apurada por dinero, y sin pensar si se gasta mucho ó poco. En mi poder tengo siempre mil duros para gastos menudos, y cuando se acaban, vienen otros mil duros.

—¡Ah, bribon! pues los mil duros deben acabarse muy pronto.

—Hombre, cuando se trata con personas misteriosas, cuando no se sabe si se tendrá siempre lo que se tiene, es necesario pensar en el porvenir.

—¿Y cuánto dinero has sacado tú por ese método y por otros, en los tres años que llevas al lado de doña Mercedes?

—Hombre, yo tengo puestos en buena parte unos quince mil duros, y espero tener mucho más.

—Pues eso es una bicoca; eres un mal partido para mi Casilda.

—¿Cómo que soy un mal partido para tu Casilda? pues qué, ¿tu Casilda tiene más de quince mil duros?

—Y más de veinticinco, y más de cincuenta, y más de cien mil, aunque la pobrecilla no sabe que tiene nada.

—Cuéntame, cuéntame, Braulio; me interesa mucho lo que estás diciendo; ¿conque esa niña es tan rica?

—Riquísima.

—¿Y por qué no lo sabe, por qué está en tu poder, por qué se llama tu sobrina? Yo creo que si tú tuvieras parientes ricos ya los hubieras matado para heredarlos.

—Ese es un misterio, Bartolote, y una historia un poco rara.

—Pues cuéntamela.

—Espera, espera que recuerde bien y la ordene.

—Te doy cinco minutos para ordenarla.

Sucedió el silencio de algunos minutos, y al fin Braulio dijo:

III.

—Despues de mi chasco con Mercedes, y, como te he dicho, á causa de una recomendacion de ésta, me vine de médico á este pueblo, resuelto á no volver más á meterme entre gente civilizada. Con estos paletos se vive mucho mejor, se les explota mucho mejor, aunque son unos tunantes roaballos de muy mala fé, capaces de ma-

tar á su padre y á su abuela por cinco cuartos, pero como son unos brutos...

—No divagues, Braulio, no divagues: ya sabemos lo que es la gente de pueblo.

—Creo que tenemos tiempo sobrado, y que puedo ornamentar mi relacion con digresiones.

—Lo que tu quieres, grandísimo pillo, es entretenerme con cosas que nada importan, adormilarme con el zumbido monótono de tu voz, y no decirme lo que sin duda no quieres decirme, porque esto de que yo crea que tú quieres de buena fé revelarme el misterio, el orígen de tu sobrina, y ponerme en posicion de casarme con ella, á pesar de que la doblo con exceso la edad, y de que soy bastante feo para poder impresionar á una muchacha de quince años, cuéntaselo á tu abuela: conque, anda, hijo, anda; déjate de digresiones, y al asunto.

—Antes hubiera concluido mi digresion que tú el reparo que la has puesto, Bartolote, porque así son generalmente los remedios humanos, peores que la enfermedad; que me lo cuenten sino á mí, que soy médico, y no así como quiera, sino médico de los buenos, observador y filosófico.

—Lo que estoy observando,—dijo Bartolote,—es que te vas haciendo merecedor de un pellizco de esos que levantan en alto, por camastron.

—Mira, Bartolote, no seas bruto, hijo, que ya sé que tú tienes en los dedos las fuerzas de unas tenazas, y no tengo ganas de que me causes una equimósis que me dure quince dias.

—Pero, ¡serás pillo, Braulio! á todo te agarras para

no entrar en materia, y esto es obrar de muy mala fé: cada vez me convenzo más de que tu único objeto ha sido impedirme que monte á caballo y me vuelva matándole á Madrid, y llegue á tiempo de que mi señora me provea de dinero largo y de recomendaciones, para que triunfe en la eleccion el candidato por quien se interesa el marqués de Olite, que, segun mis observaciones, es el ojo derecho de mi ama, y á lo que á mí me parece muy antiguo; pero creo tambien que por lo que ménos ha venido al pueblo el marqués de Olite, es por las elecciones: para eso hubiera venido antes.

—¡Quiá, hombre! ¿para qué necesitaba venir antes si estaba? si el marqués de Olite es una cosa nueva de ayer á hoy, habiéndose trasformado de una manera incomprensible: si el marqués de Olite, bajo la figura de un loco á quien todos creian un alma en pena, si bien no ha vivido nunca en el pueblo, anda hace mucho tiempo por sus alrededores: ¡si á mí no hay quien me quite que esta trasformacion se ha hecho por las elecciones y no más que por las elecciones!

—Pero hombre, ¿no me has dicho cuando te he preguntado qué personas habia en la casa del cura, que habia en ella una señora tan hermosa como doña Mercedes Cancamusa, y que habias notado, es más, habias adquirido la certidumbre de que esa señora y el marqués de Olite se querian con toda su alma?

—¿Y qué le hace eso?

—Eso le hace, que el marqués de Olite ha venido indudablemente al pueblo, trasformado de loco y de alma en pena en gran señor, á causa de esa hermosísima mujer.

—Esto no tiene duda; pero tambien es cierto que esa hermosa señora vino al pueblo anoche con otra señora muy buena moza, y con un clérigo, antiguo compañero del cura: ¿y quién me dice á mí que el cura forastero y las dos señoras no han venido por el asunto de las elecciones, tanto más, que esta noche el loco, el alma en pena, el amante indudable de esa hermosa forastera, ha traido, trasformado en marqués, elegantísimo, hermoso y con las trazas de un hombre muy rico, dos nombramientos de canónigos para los dos curas? conque díme tú ahora si ha venido ó no ha venido para las elecciones toda esa gente.

—Bueno, bien; pero hasta ahora estamos á oscuras de Casilda.

—¡Báh! si te digo yo de quién es hija, te asustas.

—Pues asústame, Braulio, asústame.

—Pues allá vá el susto, chiquillo; ¿conoces tú al duque del Humbroso, marqués viudo de las Nogueras?

—Solemne, solemnísimo bribon, hijo mio; pero un bribon de muy buena fé, que hace bribonadas con todo el aplomo de un hombre que cree hacer obras meritorias: ¡admirable pillo! tiene una historia más enredada que una madeja, y en todo influye, y en todo se mete, y de todo saca partido, sin que por esto deje de tenerle todo el mundo por un hombre de honor: ¡báh, si es mucha la buena fé de las gentes de hoy! ¡cuántos se están rompiendo el alma, deshonrados en los presidios, y cuántos han subido al patíbulo á que les rompan la nuez del pescuezo, que son y eran mucho ménos criminales que esos excelentísimos, que hipócritamente y con la mejor forma

del mundo hacen más daño que una tempestad de granizo, y viven de infamias y de traiciones, y son más bajos y más miserables que los pobres desesperados que incurren en el crímen fatalmente por su falta de educacion y por su miseria!

—¿Sabes que me hace gracia, Bartolote, verte metido á moralista?

—Que uno sea un pícaro capáz de todo, no impide que conozcamos lo justo y lo injusto, lo digno y lo indigno, lo conveniente y lo inconveniente, lo generoso y lo infame: de mí sé decirte que soy pícaro á la fuerza, que nunca he hecho el mal por el mal mismo, y que si tuviera todo lo que necesito, todo lo que deseo, seria el mejor hombre del mundo.

—Pues cuenta que no has dicho nada nuevo; el mal que el hombre hace, le hace siempre porque necesita vencer dificultades; el demonio humano, el hombre que hace el mal por el mal mismo, es un pobre enfermo, que se sentencia sin necesidad á la accion de las leyes y al desprecio de sus semejantes, detrás del crímen como detrás de la virtud, por regla general, están siempre el interés, la educacion, la posicion; la criatura que hace el bien por el bien mismo, esto es, el ángel humano, es tan raro como el demonio humano.

—Médico habias de ser para no ser materialista y fatalista, Braulio: ¿no crees tú en la Providencia, maldito?

—¿Dónde diablos has adquirido tú ese lustre filosófico, Bartolote?—dijo con desden don Braulio.

—Al lado de mi ama: ¡si tú la oyeras hablar! ¡qué

pozo de filosofía, y de filosofía de sentimiento! ¡qué talento tan mostruoso, Braulio! oyéndola hablar contínuamente, se aprende más y en ménos tiempo que en una universidad.

—Cállate, porque me irritas la sed que hace veinte años me está abrasando por esa mujer.

—En buen hora: volvamos al duque del Humbroso, á ese bribon que se hace simpático á todo el mundo, y á quien todo el mundo cree con una buena fé ciega, un hombre de honor: ¿sabes por quién sé yo que es plomo dorado, albañal cubierto por un musgo florido, sepulcro blanqueado, como dice el Evangelio? por doña Mercedes Cancamusa.

—Me aterras, Bartolote: ¿qué mujer es esa, qué maga, qué divinidad, que ha efectuado el milagro de hacer de tí, pícaro en bruto, un pícaro ilustrado, instruido, casi poético?

—Milagros de la educacion, Braulio: doña Mercedes Cancamusa me ha educado.

—¿Y á propósito de qué, te ha dado á conocer doña Mercedes al duque del Humbroso, marqués viudo de las Nogueras?—dijo don Braulio.

—Si yo creyera que doña Mercedes es mujer de historia, creeria que ha tenido una historia grave con el duque del Humbroso.

—¿Y crees tú que no sea mujer de historia doña Mercedes?

—Nada he visto en ella que no convenga á una mujer honrada, pura, virtuosa, digna.

—Lo mismo me dijo hace veinte años la portera de la

casa donde vivia,—dijo don Braulio,—y lo mismo te dirá todo el mundo: ¡pero señor, y aquel hablar como una verdulera, y aquel fumar como una cubana!

—Rarezas, hijo mio, rarezas.

—¿Y su conocimiento con mi comadre? ¿y el no vivir nunca con su marido, ni verle más que de año á año? ¿y su inmensa fortuna, de orígen desconocido? Mira, Bartolote, no seamos tontos de buena fé, hijo mio: es muy posible que si yo la adoro hasta la locura, sea por esa simpatía que existe entre dos grandes pícaros que se adivinan por más que se encubran.

—Es necesario estar á lo que se vé,—dijo Bartolote,—y lo que se vé en doña Mercedes es de todo punto bueno.

—Pero se vé tambien mucho de misterioso; y la verdad que oculta un misterio, tanto puede ser sublime como infame.

—Un sér infame no puede ser caritativo, Braulio.

—¿Y sabes tú si la caridad que ostenta doña Mercedes ès verdadera, ó uno de los fingimientos con que sin duda se arma para hacer su negocio?

—Es que doña Mercedes no ostenta la caridad, sino que la oculta: ninguno de los desdichados salvados por ella la conoce: nunca un periódico ha dicho nada acerca de este ó el otro grande hecho caritativo de doña Mercedes Cancamusa, ni nadie la ha visto todavía dar limosna á un pordiosero, ni visitar un hospital, ni sentada el jueves y el viernes santo, detrás de una mesa en que hay una gran bandeja de plata en una iglesia, pidiendo para los establecimientos de beneficencia: nadie la ha visto

tampoco dándose golpes de pecho ni royendo peanas, y es sin embargo, sinceramente cristiana, y cumple exactamente con todas las prácticas que prescribe la Santa Madre Iglesia, y me hace á mí cumplir con ellas.

—¡Misterio! ¡adorable misterio! Bartolote, ahora más que nunca necesito ser marido de esa mujer, por ver si me convierte, porque no estoy muy bien que digamos con mi conciencia.

—Te ayudaré cuanto sea posible; te buscaré la ocasion de que la comprometas; seré, en fin, para tí, una Providencia; pero como tú tienes un largo empeño contraido por doña Mercedes, yo he contraido en cinco minutos un fuertísimo empeño por tu Casilda: ¡qué habia yo de figurarme cuando venia contigo á tu casa, que dentro de ella guardabas tal tesoro!

—Tesoro y muy tesoro,—dijo don Braulio,—no sabes tú hasta qué punto has calificado bien á Casilda, no sabes tú qué corazon y qué inteligencia tiene esa muchacha: no sé dónde ha aprendido tanto como sabe: discurre con una lógica irresistible: tiene una penetracion vivísima; es pura y buena, porque comprende lo que aumenta el valor de una mujer la virtud: yo he ido con ella de asombro en asombro: cuando era pequeñita, la enseñé á deletrear; no quise que fuera á la escuela del pueblo, porque no se la pegara la rudeza de estos lobeznos, criados entre breñas; me reservé para instruirla por mí mismo cuando llegase á los siete años: nunca la ví tomar de mis estantes un libro: pues bien, Bartolote, cuando creí que era ya tiempo de enseñarla lo indispensable, me encontré, hijo mio, con que sabia leer y escri-

bir: leia correctamente, y su escritura tenia y tiene algo de la forma del tipo de imprenta: como que ha aprendido por imitacion de lo impreso: es más, ahora mismo sabe teóricamente más medicina que yo, y más latin que yo, y más griego: yo tengo una pequeña, pero escogida biblioteca, porque de algun recurso ha de valerse uno para no aburrirse entre estos animales, y no hay libro de ella que no haya leido, y releido, y estudiado.

—¡Conque tenemos una sábia!

—Doctores hay en más de una universidad, que no saben tanto como Casilda.

—Es extraño una tan grande inteligencia sin educacion.

—La inteligencia, la cultura del espíritu, el movimiento moral del espíritu se trasmite de padres á hijos, como en herencia, como parte del sér; por eso vemos hoy á niños de quince años que tienen el alma podrida de un viejo escéptico y miserable.

—¡Báh, báh! deducciones, hipótesis.

—Pero deducciones é hipótesis hijas de la experiencia, y confirmadas por la ciencia.

—De modo, que segun tu teoría, y atendiendo á la elevacion de espíritu de Casilda, es hija de buenos padres.

—¡Ya lo creo! de tan buenos padres, que han consignado para ella en el banco de Lóndres dos millones de reales.

—¡Braulio, Braulio! si no me casas con esa chica, te extrangulo.

—¡Bartolote, Bartolote! si no me casas con doña Mercedes Cancamusa, te enveneno.

—Alianza leal y sincera entre nosotros, Braulio.

—Sincera y leal alianza entre nosotros, Bartolote.

—¿Quiénes son los padres de Casilda?

—Esta es una historia.

—Pues venga al fin la historia.

IV.

Guardó silencio algunos minutos Braulio, y luego dijo con una voz que empezaba á ser soñolienta:

—Hace unos catorce años, me paseaba yo con el alcalde de entonces, que era un buen sugeto, del que hacia todo lo que queria, por las eras al lado de la carretera, que es el paseo del pueblo, cuando por la carretera vimos venir con una pequeña recua al tio Cáscara, que habia ido con cargas de castañas á Madrid.

El tio Cáscara era el ordinario de Cercedilla; y al retorno traia todos los encargos que se le hacian en el pueblo.

Sobre el macho de la recua, en unas hamugas, venia una mujer muy bien vestida, al uso de la córte, envuelta en un rico pañolon, y cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja á lo pastora.

Cuando se acercó, vimos que era una rubia como de veinte años, de todo punto apetitosa, y notamos que bajo su manton traia una criatura.

El ordinario nos saludó quitándose el sombrero, y dijo á la desconocida:

—Vea usted aquí, señora, al alcalde y al médico del pueblo.

—Me alegro mucho,—dijo con suma distincion y sumo gracejo la desconocida,—de haber encontrado á ustedes tan á punto: traigo para usted, señor alcalde, una carta de recomendacion.

Y de una especie de bolsa de viaje que llevaba, sacó una carta y la entregó al alcalde.

Yo no supe nunca lo que aquella carta contenia, porque el alcalde la leyó, se la guardó, trató con mucha distincion á la viajera, y se la llevó á su casa, donde la acomodó, considerándola como á una persona de su familia.

Yo me habia enamorado de la rubia, y por otra parte sentia una viva curiosidad por conocer aquel misterio.

—Seamos lógicos, Braulio,—dijo Bartolote,—si estabas y estás enamorado de doña Mercedes, ¿cómo pudiste enamorarte de la forastera?

—¡Bartolote, Bartolote! á cada momento descubres la hilaza; tu ilustracion es postiza é incompleta: de otro modo comprenderias que en el hombre existen las facultades necesarias para sentir dos amores: el del espíritu, que es fijo é inmutable, perenne, y otro que es de traslacion, el amor de los sentidos: este último es el que siente la gran mayoría de los séres humanos, y de aquí el que no se comprenda cómo un hombre ó una mujer pueden tener muchos amores; la gran mayoría de los séres humanos pasa sin haber conocido el amor único é inmutable, el del espíritu: ya ves explicado cómo amando

yo con toda mi alma á doña Mercedes Cancamusa, he amado además y amaré á otras muchas mujeres.

—Distinciones y sutilezas metafísicas, Braulio, que se enuncian, pero á las que no se lleva á una demostracion completamente lógica.

—Como no puede llevarse á lo tangible lo que es puramente espiritual. Pero continuemos.

Me hice concurrente más asíduo á la casa del alcalde, y lo único que en los principios pude sacar en claro, fué que la forastera era una señorita muy fina, que se llamaba doña Paca, y que criaba una hermosísima criatura de algunos meses que se llamaba Casilda.

—¿Tu supuesta sobrina?

—Si señor, mi supuesta sobrina. Aunque el alcalde era un buen hombre, del cual hacia yo lo que queria, en este asunto fué completamente reservado: siempre que yo le preguntaba acerca de la buena Paca, me respondia:

—Señor don Braulio, yo estimo á usted mucho, pero es este un secreto de que no puedo disponer.

Pero si no satisfizo mi curiosidad, él, inocentemente y con una candorosa buena fé, me procuró los medios de descubrir gran parte del secreto.

Don Toribio, que así se llamaba el alcalde, era lo más casamentero que darse puede; como todos los hombres de buena pasta y de carácter afable y conciliador.

Doña Paca era huérfana de un mariscal de campo, y se habia educado de una manera brillante.

En poco tiempo la habian sucedido graves desgracias.

Sus padres habian muerto con algunos meses de diferencia, y la habian dejado bajo la tutela del duque del Humbroso, porque apareciendo como aparece el duque del Humbroso un grande hombre de honor, y habiendo sido grande amigo del padre de doña Paca, á él correspondia, lógicamente hablando, la tutela de la huérfana.

—¡Ah, ya!—dijo Bartolote,—el duque abusó de la confianza que en él habian depositado los padres de doña Paquita, y...

—No, señor no; siempre que se fundan deducciones sobre las apariencias, las deducciones salen fallidas. Doña Paquita se casó al año justo de la muerte de su padre con un primo suyo, capitan de artillería: se habia quitado el traje de luto para ponerse el traje de boda, y á los tres dias se quitó el traje de boda para volverse á poner el traje de luto.

En un ejercicio práctico habia volado una caja de municiones, haciendo pedazos al marido de doña Paquita, que volvió á quedar bajo la tutela del duque del Humbroso, y con dos pensiones: la una como huérfana de un mariscal de campo, la otra como viuda de un capitan de artillería.

La pobre doña Paquita estaba ciegamente enamorada de su marido, y el sentimiento, la desesperacion que le produjo su muerte, causó la del hijo que dió á luz en el término preciso despues de su casamiento.

Por entonces habia tenido una intriga amorosa con una mujer casada, cuyo nombre ignoraba doña Paca, y que yo ignoro todavía, el duque del Humbroso. Fruto de aquellos amores habia sido la pequeña Casilda.

El duque amaba tanto á la madre, que adoró á la hija: y aprovechando la ocasion de estar en estado de criar á la niña doña Paca, y estando doña Paca tristísima y deseosa de vivir en la soledad, la propuso la caridad de criar á aquella niña, que de otra manera debia ir á dar en manos mercenarias.

Doña Paca, que estaba muy triste, aceptó: la vida del campo, la agradaba desde lejos.

El campo tiene vivísimos alicientes para los habitantes de las ciudades que no han salido nunca de ellas.

Para comprender los inconvenientes del campo ó de los pueblos pequeños, que son una misma cosa, es necesario vivir mucho tiempo en ellos, y arrostrar sus incomodidades.

El duque del Humbroso conocia mucho á don Toribio.

Era una persona decente que se habia retirado á este pueblo de Cercedilla, donde tenia muchas y buenas propiedades.

Escribió el duque á don Toribio, y éste envió al ordinario con una carta para el duque, diciéndole que era persona de toda confianza, á quien podia confiar á doña Paca y á su hija.

V.

Don Toribio tenia muy buena idea de mí, porque como tú sabes, mi sistema es ser muy bueno ó parecerlo, cuando no tengo necesidad de ser muy malo.

El alcalde, pues, juzgaba de mí á través de su buena fé, y me creia un hombre inmejorable.

Yo era además entonces jóven, no tenia más que treinta y cinco años, y estaba todavía buen mozo.

Doña Paca se encontraba libre.

Así, pues, no me fué difícil hacerme oir de ella, y despues hacerme amar.

—¿Y por qué no te casaste con ella, canalla?—le preguntó Bartolote.

—Porque yo me he propuesto casarme con doña Mercedes: la habia perdido, no sabia dónde estaba, pero se agitaba no sé por qué dentro de mí la esperanza de que la encontraria alguna vez, de que seria mi mujer. Ya te lo he dicho: Mercedes es mi amor del espíritu, y doña Paca nunca pasó de ser mi amor de los sentidos.

Murió á poco don Toribio, y doña Paca se encontró sola en el pueblo.

Yo cuidé de ella con una gran solicitud: la busqué una casita de campo inmediata al pueblo, en que habia más comodidades, y doña Paca escribió al duque lo bien que yo lo hacía con ella, lo honrado que era y lo apropósito para estar al cuidado de lo que pudiese acontecer.

El duque me llamó á Madrid.

Es un pícaro muy simpático y de muy buena fé, cuando las circunstancias no le impulsan es un hombre excelente, se confió á mí, y se me ocurrió una idea.

—¿Por qué, excelentísimo señor,—le dije,—no se legitima de cualquier manera esa niña?

—No entiendo,—me respondió el duque.

—Pues esto es muy fácil de comprender,—le respon-

dí,—siempre hay gente pobre y de ancha conciencia que se presta á lo que de ella se exige, con tal de que se le pague, no seria difícil encontrar unos padres decentes para la niña.

En efecto, se hizo lo que se llama una chapuza.

Yo no habia tenido hermanos, ¿pero á quien le constaba esto?

No era de suponer viniesen situaciones legales en que fuera preciso probarlo.

Busqué un matrimonio jóven de la clase media que no habia tenido hijos, y se prestó por una cantidad á reconocer como hija suya á Casilda.

Hecho esto, yo me volví al pueblo y haciendo una confianza á éste y otra al otro, resultó que todos tuvieron á Diego y á María, que vinieron al pueblo, por mi hermano y mi cuñada, por padres de la niña, y á mí por su tio.

Los padres supuestos se volvieron á Madrid y yo me dediqué á la conquista de doña Paca.

La muerte vino á ayudarme.

Cuando median grandes secretos, la muerte de una de las partes sepulta aquel secreto en la tumba; Diego y María, murieron en el espacio de dos años.

Ya hacia mucho tiempo que doña Paca era mi amante.

—¿Y no te exigió que te casases con ella?

—Yo la convencí de que al casarse conmigo iba á perder necesariamente sus dos pensiones que no eran despreciables, y la conveniencia me ayudó.

Ella no queria depender en manera alguna del du-

que del Humbroso, queria que este viese en la adopcion que hasta cierto punto habia hecho en su hija un móvil desinteresado.

Por esta razon me fué fácil convencerla.

Te estoy contando por encima esta historia, prescindiendo de los detalles.

El caso fué que la pobre doña Paca murió, pero recomendándome eficazmente al duque antes de morir.

La niña, que habia quedado sin apoyo, fuera de su padre, que no podia reconocerla porque era casado, quedó completamente á cargo mio.

—¿Y los dos millones que constituyen la fortuna de esa señorita que es lo más importante?—dijo Bartolote.

—Esos dos millones,—contestó don Braulio,—están impuestos en el banco inglés, á plazo fijo, con un interés de cinco por ciento á nombre de Casilda, y yo estoy autorizado por un poder en forma para cobrar los semestres.

—Es decir que cada seis meses, te metes en el bolsillo cincuenta mil reales, infame.

—Báh, este ha sido mi mejor negocio, de otro modo ¿cómo habia yo de tener algunos miles de duros invertidos en los mejores terrenos del radio del pueblo?

—¿Pero y el duque?

—El duque creyó que ya habia hecho bastante con haber asegurado la fortuna de su hija, me tiene por un hombre de bien á carta cabal, y hace un siglo que ni me escribe ni le escribo, creo que se ha olvidado de este negocio.

—¿Y el grande amor que tenia á su hija por la pasion que habia sentido por la madre?

—Amor de los sentidos, amor de traslacion, amor que cede su lugar á otro nuevo que se olvida, que se pierde, del que solo queda un recuerdo frio. El duque ha transigido con su conciencia echándola encima dos millones de reales y se ha quedado tranquilo.

—¿Y por qué no has educado á esa chica en relacion con su fortuna, Braulio?

—¡Ah! no me convenia, á más de eso en el pueblo no podia dársela una educacion esmerada, bastantemente se ha educado ella por casualidad.

—¿Y no se sabe que posee una buena fortuna?

—Disparate, eso hubiera sido lo mismo que tocar las campanas para que acudieran al olor del oro una infinidad de golosos de aquí y de los pueblos de los alrededores, déjate, déjate de eso, Bartolote, pues si solamente porque pasa por mi sobrina y tengo yo cuatro cuartos, porque aparento poco, ya he tenido que ponerme sério con más de cuatro y hacer que Colodro, que es muy bruto, limpie los alrededores de la casa á estacazos; calcula tú, lo que sucederia si supieran que la chica tiene cinco mil duros de renta y derecho á que yo le entregue con sus réditos la acumulacion de una renta igual en trece años. Calla, hombre, calla, yo sé demasiado lo que me hago, la chica se cree más pobre que una rata, atenida á mí, y todo el mundo sabe, aunque creen que es mi sobrina, que no la he dotado, y que si se casa á disgusto mio, no me hereda: por lo mismo yo soy la novia y á mí vienen todos á solicitarme y á conquistarme, pero yo tengo

para todos unas buenas despachaderas y el que una vez se acerca á mí no vuelve á acercarse mas.

—Pues me caso con esa señorita;—dijo Bartolote.

—Sí, que si quieres,—contestó don Braulio,—para que eso suceda es preciso que yo me case antes con doña Mercedes Cancamusa.

—No me desesperes, Braulio, porque me parece á mí punto ménos que imposible el que doña Mercedes Cancamusa te quiera.

—Hombre, para que una mujer se case con uno, no es menester que le quiera á uno, sino que se vea obligada á casarse.

—¿Y cómo vas tú á obligar á doña Mercedes á que se case contigo?

—Te voy á decir una cosa que no debia decirte, pillo,—dijo don Braulio,—porque puedes usar de ella en perjuicio mio, pero si de ella usas, te fastidias, porque te quedas sin Casilda.

—Y qué es lo que te se ha ocurrido, Braulio,—exclamó Bartolote.

—¿No dices tú que doña Mercedes, siendo tan buena como es, aborrece al duque del Humbroso, y habla de él con odio?

—¡Ah!...—exclamó Bartolote comprendiendo.

—Vamos no eres tan torpe como yo creia; ¿no te se ocurre que siendo una mujer casada y hermosísima aquella con quien el duque del Humbroso tuvo una historia amorosa y hablando tan mal y con tal odio del duque doña Mercedes, es muy posible que Casilda sea hija suya?

—Cáspita,—exclamó Bartolote,—pues si eso fuera cierto...

Y se quedó profundamente pensativo.

—Vamos, vamos,—dijo don Braulio,—tengo mucho sueño y estoy cansado de hablar, ya te he dicho bastante para que conozcas lo que te conviene, ayudarme lealmente y puedes pensar en los medios: conque buenas noches, Bartolote, que me pesa cada párpado una arroba.

—Y á mí tambien, Braulio,—contestó Bartolote,—buenas noches.

Poco despues don Braulio roncaba estrepitosamente.

Bartolote meditaba.

CAPITULO X.

Ginesillo Medio-dedo.

I.

Bajo este nombre poco respetable y bajo este cicatero apodo se ocultaba nada ménos que un estudiante de derecho que tenia ya sobre sí el grado de bachiller en derecho, que todos los años por Octubre se iba á Madrid para volver el dia de Santo Tomás en las vacaciones de Pascua al pueblo, volverse despues el dia de Reyes á Madrid, para continuar el año escolar y permanecer hasta Junio, en que despues de examinado con su correspondiente certificacion de prueba de curso se volvia al pueblo á casa de su padre don Baltasar Zarape Mediodedo de quien habia recibido el apodo inmemorial que se trasmite de padres á hijos hasta la centésima generacion en los pequeños lugares.

Ginesillo decia con mucha formalidad á todo el que le oia sin entenderle: yo estoy aquí *deplacé*.

Y decian los del pueblo: ¿qué será *deplacé?* Y alguno, echándoselas de entendido, añadia á la palabra desconocida que pronunciaba Ginesillo una *r*, y resultaba ya una cosa inteligible; yo estoy aquí de placer, traducian, y como otras tantas traducciones establecia un contrasentido, porque en vez de estar de placer Ginesillo en el pueblo, estaba de ojos.

II.

No se sabe hasta qué punto son imprudentes los ricachos de los pueblos que en vez de enseñar á sus hijos á arar, á cabar, á escardar, etc., etc., ó por lo ménos acostumbrarlos más al conocimiento de estas faenas para hacer de ellos en su dia buenos labradores, les envian á una universidad para hacerlos eclesiásticos, abogados ó médicos creyendo de muy buena fé, que así dan una carrera mejor á sus hijos.

En Madrid la juventud se vicia, viene de allá con el pelo de la dehesa, con las picardías del pueblo cuando más, que están muy lejos de ser las picardías de la corte, se acostumbran á otra vida, á otro trato y adquieren vicios, se hacen gastosos, se desmoralizan, en una palabra, se trasforman trasplantándose á otro terreno, se desarrollan en los vicios ó juegos á que se entregan y cuando vuelven á su tierra, dicen como decia el bueno de Ginesillo: *je suis deplacé*, ó lo que es lo mismo:—Yo no estoy en el lugar que me corresponde.

III.

El mismo año en que cumplió sus catorce, Casilda, antes que Ginesillo volviese al pueblo, fué un requisitorio de un juez de primera instancia del distrito de la Universidad de la imperial y coronada villa para evacuar una cita hecha por Ginesillo á quien se habia encausado porque le habia quitado á un compañero no sabemos qué alhaja y no sabemos qué monedas.

Consistia la cita en que Ginesillo se habia llamado hijo de don Baltasar Zarape, (a) Medio-dedo, propietario y primer contribuyente de la villa de Cercedilla.

Sofocóse el padre plantándose en Madrid; y apenas hubo preguntado á algunas personas que conocian á su hijo, se asustó del pastel que habia descubierto, porque bajo de la tapa del pastel habia sapos y culebras. Su hijo tenia toda la ropa empeñada y andaba vestido de verano siendo invierno, debia todo el tiempo que llevaba de permanencia aquel año en Madrid á la patrona, habia contraido además otra multitud de deudas, habia sido llevado varias veces á la prevencion por escándalos y desacatos á la autoridad, y por último, se le habia preso por hurto.

De cuatro mil estudiantes que alberga la Universidad central, los quinientos por lo ménos, son unos criminales menudos, y las dos terceras partes, aventurándonos mucho, chicos de relajadas costumbres dispuestos á todo, hasta á armar un motin con tal que se lo paguen.

Perdonen los estudiantes decorosos y de buenas costumbres que no piensan mas que en concluir su carrera para ser útiles al Estado y á sí mismos; con ellos no hablamos, estos saben demasiado cuánta razon tenemos, porque los que son buenos estudiantes como nosotros lo hemos sido, sabemos demasiado de cuantas castas de pájaros se compone una Universidad.

IV.

Don Baltasar Zarape (a) Medio-dedo, contestó á cada noticia de estas que le dieron con cuatro ó cinco resoplidos de toro, cerró los puños, rechinó los dientes, y juró que habia de desollar á su hijo.

Por último, no tenia otro remedio, aflojó la bolsa, dió una fianza para que su hijo saliese de la cárcel, y arregló como pudo con las partes el negocio. Buscó relaciones que trajesen sobre el extraviado estudiante la indulgencia de las leyes, y como á los estudiantes se les perdona todo, porque parece que son gente á quien hay que considerar de una manera aparte, logró al fin el bueno de don Baltasar llevarse á su chico á Cercedilla; pero hubo de llevárselo en coche hasta donde lo permitia el camino, porque el bueno de don Baltasar, que no le habia perdonado, como le habian perdonado las partes, le habia regalado con el baston de caña de Indias, que conservaba desde que habia sido alcalde, una paliza, de la cual estaba el chico entre si se vá ó se viene, y aconteció que el padre dijo:

—Conténtate con ser bachiller, puesto que hasta eso

has llegado engañándome, sin saber yo qué casta de bicho tenia en mi familia; pero tú no vuelves más á Madrid: á arar vás, como un peon, y arando has de perder el alma, pícaro; yo te arreglaré á tí.

En efecto, que quiso que no quiso, tuvo el bachiller de derecho que sujetarse como un simple peon á las faenas del campo, para evitar que su padre le trabajase las costillas y sacase de ellas cosecha de cardenales.

En una ocasion probó Ginesillo la fuga para lograr su independencia, y á las cuatro horas se encontró que su padre le buscaba, seguido de cuatro vecinos con escopeta y perros, y con que en medio del monte le dió otra paliza que le puso como nuevo.

—Muy torcido andas tú,—le decia su padre cada vez que le santiguaba,—pero con esta receta yo te enderezaré ó pierdes la piel, indino.

Ginesillo se *aplomó al castigo,* tuvo paciencia, y se limitó á rogar á Dios que se llevara cuanto antes á su padre, por dos razones: la primera, por verse libre de lo que él llamaba un tirano; la segunda, por heredar los buenos cuartos que el abuelo tenia enterrados.

Entonces Ginesillo por entretenerse en algo, se dedicó á hacer el amor á Casilda, y como Casilda era la mejor muchacha, la más ilustrada del pueblo, es decir, la única ilustrada, naturalmente habia de establecerse una simpatía entre aquellas dos ilustraciones.

Un bachiller de leyes que no era tonto, no podia ménos de preferir á todas, una chica que no era lerda y que tenia nociones de medicina, de cirujía, de geografía, de latin, de griego; que podia dar quince y falta á Ginesi-

llo, que habia estudiado todo esto por fuerza, es decir, comprometiéndose á olvidar la leccion despues de haberla dado sin un punto.

Y como Casilda habia estudiado por entretenimiento, por distraccion, y por vocacion, habia aprovechado más el tiempo, y conocia más que Ginesillo el alfabeto griego, desde el *alpha* hasta el *oméga*, infinitamente mejor que Ginesillo, que apenas habia dado un repaso á la lengua eólica.

En cuanto á la de Horacio, la chica hablaba el latin con bastante perfeccion, y Ginesillo no se acordaba del *musa musæ,* cometiendo grandes errores cuando le declinaba.

En cuanto á los verbos, Ginesillo no conocia otra conjugacion que la del verbo *amar*, y esta la conocia infinitamente mejor que Casilda, y de una manera práctica; pero como Ginesillo era un mozo vivo, y travieso, y tunante, por las tunanterías que habia aprendido en la Universidad, grande escuela de pícaros, Casilda andaba loca por él.

Sucedió que Colodro, obediente á la consigna que tenia recibida de don Braulio, en el momento en que en una noche entre clara, se atrevió Ginesillo á entrar de buena fé en el callejon á que correspondia la casa del médico, ignorante de lo que podia acontecerle, salió con una estaca y se fué á él como un toro, estaca en alto, y si Ginesillo no salta al mismo tiempo, lo divide por las caderas; pero Ginesillo saltó como un cigarron, y dijo:

—¡Eh, bruto! pues hombre, no me parece mal venirse de esa manera, sin decirme Dios le guarde á

usted y á esto vengo. ¿Y por qué te metes tú conmigo?

—¿Que por qué vengo aquí?—le contestó el animal de Colodro,—porque tengo órden de que el que venga á esta calle con las intenciones que tú vienes, aquí mismito se deje la cabeza, ó se vaya sin una parte cualquiera de su persona; porque has de saber tú, que lo que es á la Casilda no la habla nadie más que quien quiera mi amo, y como mi amo no quiere que la hables tú, para que tú no nos vengas á corromper la paciencia con la guitarra, he venido con esta estaca á ver si no te atreves á volver en todos los dias de tu vida.

—Ven aquí y no seas bruto,—dijo Ginesillo, conociendo que con aquella especie de salvaje las mejores razones eran la seduccion ó el oro, arma á la que está probado no resiste ningun indivíduo del género humano aunque no conozca su valor, impulsado por el bello color del oro ó de la plata.

—¿Y qué es lo que tú quieres?—dijo Colodro.

—Lo que quiero es que dejes la estaca en casa de tu amo, y que vengas conmigo á la taberna.

—La taberna está cerrada.

—¿Y qué se me dá á mí que esté cerrada? al rey le abren en todas partes.

—¡Como si tú fuèras el rey!—dijo Colodro, sin comprender la intencion de la palabra de Ginesillo.

—Si yo no soy el rey, el rey está en todas las monedas, y con que yo le enseñe dos pesetas á Corcova, abre de par en par la puerta para que entremos, y luego la cierra para que el alcalde no le saque multa.

—Hombre, bien, me pareces un buen muchacho, Gi-

nesillo,—dijo Colodro,—á fé, á fé, que tengo ganas de hartarme de vino, porque con lo que me dá mi amo no hay ni para remojarse la boca.

Y dicho esto, Colodro, sin dejar la estaca por lo que pudiera suceder, se fué con Ginesillo á la taberna, resultando que con dos ó tres cuartillos de vino que se echó al cuerpo, y dos reales que le dió Ginesillo para que aumentase sus ahorros, se encontró vendido, defraudado en su ciega confianza por Colodro, don Braulio, que dormia á pierna suelta.

Aquella misma noche, Ginesillo peló la pava por la tapia del corral con Casilda.

Esto no impidió que Casilda conservase su aspecto candoroso, y que continuase cautivando á los mozos que venian al olor de su hermosura, pero que no habian tenido la gran ocurrencia de domesticar al cancerbero que guardaba la casa de don Braulio, emborrachándole y sobornándole.

Por esto hemos visto que Colodro estaba demasiado al corriente de los secretos de Casilda.

Ahora bien; la noche en que tendidos á la larga y paralelamente en la cama del médico éste y Bartolote, habia referido el primero al segundo lo que contiene el capítulo anterior, Ginesillo pelaba la pava de una manera demasiado peligrosa para don Braulio, con su supuesta sobrina, Casilda.

—Esto dá que pensar; el que tu tio ni mi padre no han de consentir en que nos casemos,—dijo Ginesillo,—es un disparate; si nosotros no los obligamos, nos vamos á quedar con las ganas, porque mi padre dice que

no me caso hasta que no me haya hecho hombre de bien, como si yo no lo fuera, porque he hecho cuatro locuras de estudiante; y tu tio, á todo el mundo que te ha pedido por mujer, le ha dicho que no, que no y que no; conque decídete, Casilda; échate de este otro lado de la tapia, vámonos al monte, que allí nos encontrarán, y cuando nos encuentren, nos tendrán que casar á la fuerza.

—Yo no hago eso,—dijo Casilda,—¿y qué dirán en el pueblo? de ninguna manera, eso no; si no quieren casarnos, tendremos paciencia.

—Tú no me quieres,—observó Ginesillo,—si tú me quisieras no vacilarías.

—Una cosa es que yo te quiera, y otra cosa es que dé que decir de mí, y con razon, á las gentes del pueblo, y que luego, aunque me case contigo, todo el mundo me señale con el dedo, y diga: «mira la que se fué con Ginesillo Medio-dedo, buena desvergonzada está; mañana se irá con cualquiera, dejando á su marido lo mismo que dejó á su tio.»

Esta contestacion de Casilda demostraba que no era tan inocente como la creia don Braulio.

V.

Era, sin embargo, una jóven de corazon, y si se habia enamorado de Ginesillo, con preferencia á otros del pueblo que eran mejores mozos que él, habia consistido en la ilustracion que en la córte y en la Universidad habia adquirido Ginesillo.

Casilda obraba con demasiada buena fé; habia creido que en Ginesillo, respecto á ella, no habia otro móvil que el amor, y se habia engañado.

Para Ginesillo lo de ménos era la hermosura de Casilda, lo de más era el dote que él suponia debia dar á su sobrina don Braulio, que pasaba en el pueblo, y con razon, por rico.

El amor propio perdia á Casilda, como ha perdido, pierde y perderá á otras tantas mujeres.

Estaba tan acostumbrada á que la requebrasen y la buscasen por hermosa, que no podia atribuir á interés las solicitudes de Ginesillo.

VI.

Éste se mantuvo en los buenos términos hasta que se convenció de que la chica estaba de todo punto enamorada de él.

Pero cuando la creyó segura, empezó á exigir y á amenazar con que haria esto y lo otro, y con que acabaria por irse del pueblo adonde no se supiese más de él, por no ver á la ingrata que tan mal le trataba.

Afortunadamente para Casilda, el pleito amoroso que existia entre ella y Ginesillo, se habia prolongado sin resolucion definitiva, hasta la noche en que Bartolote vino á parar casa de don Braulio.

VII.

Bartolote, como sabemos, habia comenzado tambien sus proyectos.

¿Qué necesidad tenia él de hacer una alianza ofensiva y defensiva con don Braulio, si estaba seguro de que si habia de ser suya Casilda á condicion de que doña Mercedes Cancamusa fuese de Braulio, no llegaria este caso?

Sabia muy bien Bartolote que no habia medio de comprometer á doña Mercedes, de tal manera que no tuviese otro recurso que casarse con su amigo.

Así es, que en cuanto don Braulio se durmió, dijo:

—¡Diablo, diablo! empecemos por asegurar la partida: este tonto me ha armado con la revelacion de un secreto demasiado importante; sin duda cree que yo no me atreveré á usar de él en mi provecho. ¡Báh, báh! bien se conoce que yo no le he contado mi historia desde el dia en que nos separamos hasta que nos hemos vuelto á ver: si yo hubiera cometido esta necedad, este exceso de buena fé, de seguro Braulio no se atreveria conmigo. ¡Y cómo ronca este maldito! Debe tener el sueño más pesado que el de los siete durmientes. ¡Báh, báh! no hay que perder tiempo; es menester dar el golpe sobre seguro: la muchacha estará dormida; la tapo la boca para que no pueda gritar, y me la llevo; una vez fuera del pueblo con ella, yo la convenceré para que me siga de buen grado á Madrid; me basta con revelarla que es hija del

duque del Humbroso, y que tiene en el banco inglés desde hace quince años dos millones de reales. El resultado será seguro. ¿Y qué ha de hacer el duque mas que venirse á buenas y casarla conmigo? Vamos, vamos, basta de vacilacion: si la cosa sale mal, todo se reducirá á tener un disgusto sério con Braulio, y esto á mí me importa muy poco.

Y Bartolote se echó fuera de la cama, cuidando de no despertar á don Braulio, cogió de un brazado su ropa, que estaba en una silla junto á la cama, y se salió á la sala, donde se vistió.

Reconoció los bolsillos de su paletot de viaje, y encontró en ellos un par de pistoletes de dos cañones, y un largo puñal de Albacete.

Encendió entonces en la lamparilla una bujía que habia sobre la mesa, y de la sala pasó á la cocina.

VIII.

Recordaba la puerta por donde habia desaparecido la muchacha, y se entró por ella: aquella puerta daba á un callejon, en aquel callejon habia otras tres puertas.

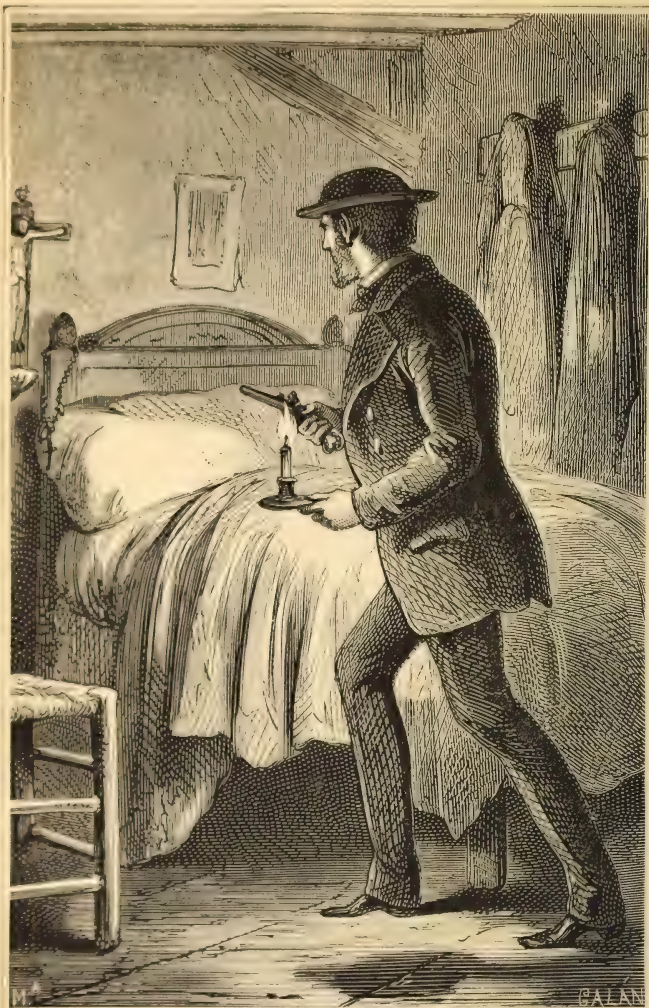
Bartolote empujó la primera, que estaba entornada, y entró.

Le detuvo un ronquido masculino, que se asemejaba á un gruñido de cerdo ó perro, y retrocedió.

Habia errado el golpe.

Se habia metido en el dormitorio de Colodro.

Abrió otra puerta que habia enfrente, y le hizo retroceder tambien una especie de hipido persistente.



Se encontró con el lecho vacío.

Aquella era la manera de roncar de la tia Flauta.

Apeló á otra puerta Bartolote, pero antes de entrar, escuchó.

Nada oia, absolutamente nada.

—Aquí debe ser,—dijo,—estas muchachas tienen el sueño tan tranquilo como los niños.

Y empujó la puerta, y entró.

Pero se encontró con un lecho vacío.

—¡Diablo!—dijo,—aquí no está el pájaro, y de seguro esta es la habitacion de Casilda; vestidos colgados por las paredes, un crucifijo sobre la cama, un rosario; sí, todo esto huele á mujer. ¿Pero dónde estará?

Y Bartolote siguió por el callejon y llegó al corral.

IX.

En el momento que entró, vió que un bulto blanco montaba la tapia y desaparecia por el otro lado.

Bartolote se precipitó hácia aquel sitio.

Junto á la tapia habia una escalera rústica que servia para subirse en ella, y pelar desde allí la pava Casilda con su novio.

Casilda era el bulto que habia desaparecido por la tapia.

Ginesillo habia tenido al fin elocuencia bastante para persuadir á la muchacha; la habia aterrado con las amenazas de lo que haria si se obstinaba en desesperarle, y la chica le queria con la impremeditacion de los pocos años, con la violencia del primer amor, con la buena fé de la inexperiencia, y habia consentido en irse con él.

Bartolote venia á representar por la primera vez de su vida, el papel de la Providencia.

Subir el último peldaño de la escalera, ver á la chica, que se alejaba con otro bulto oscuro por un callejon desierto, y lanzarse por el otro lado de la tapia, por el mismo callejon, fué para Bartolote cosa de un momento.

—¡Eh! ¡alto ahí!—dijo,—yo no tolero que se roben de casa de mi amigo prendas tan importantes como la que tú te llevas.

Ginesillo, al verse interpelado de aquella manera, se volvió y dió frente á Bartolote.

La chica dió un grito de espanto al verse sorprendida, y temerosa de que su tio viniese detrás de Bartolote, dió á correr sin saber por donde.

—Oiga usted,—dijo Ginesillo de muy mal humor á Bartolote,—¿á usted qué le importa que yo me lleve ó no me lleve la prenda mejor ó peor de don Braulio?

Pero Bartolote no le escuchó, ó si le escuchó no le respondió.

Su atencion estaba fija en la muchacha, que habia dado á correr, y dió á correr tras ella.

Tras de Bartolote se fué Ginesillo. En mal hora para el primero, porque distraido en la persecucion de la muchacha, desatendió el peligro en que se encontraba teniendo cerca de sí al enamorado de Casilda, y éste tuvo lugar de alcanzarle y de sacudirle un garrotazo en el cogote, que le hizo caer de boca y quedar sin movimiento.



—Ampáreme usted, mi tio viene detrás de mí y me va á matar.

X.

La aventura habia resultado muy mal para Bartolote.

Ginesillo no se detuvo, y siguió corriendo en busca de Casilda, pero ya preocupado con lo que habia hecho.

—Habré muerto á ese hombre,—dijo,—esto no me gustaria; la justicia se meterá en el lance si le he muerto, y me veré obligado á escapar.

Sin embargo, Ginesillo siguió tras de Casilda, ó más bien en busca suya.

La muchacha se habia metido por un cruzamiento de callejas: al llegar á ellas, Ginesillo se detuvo irresoluto.

—¿Por dónde habrá echado?—dijo.

Y no atreviéndose á detenerse más, siguió á la aventura por la que tenia al frente; pero se habia equivocado, Casilda habia tomado por la derecha, y corriendo, siempre asustada, creyendo tener á su tio encima, siguió por la de la derecha, y continuó hasta salir á la plaza por la callejuela donde estaba la casa del sacristan.

Torció, y se encontró junto á la casa del cura.

En una reja habia un hombre.

Casilda, por instinto de conservacion, creyendo que aquel hombre seria uno de los del pueblo, y que la conoceria, se acercó á él, le asió, y le dijo:

—Ampáreme usted; mi tio viene detrás de mí, y me vá á matar.

El hombre se volvió, la vió junto á sí, la asió, y la dijo:

—Tranquilícese usted; junto á mí no mata nadie á ninguna mujer.

—¿Qué es eso?—exclamó de detrás de la reja una voz sonora y simpática.

—Es una pobre chica que viene huyendo,—contestó el que habia asido á Casilda.

Éste era el marqués de Olite, y Dolores la persona que estaba detrás de la reja.

Un momento despues, la puerta de la casa del cura se abria, y Casilda estaba bajo el amparo de Dolores y del marqués de Olite, á los cuales refirió, estando con Dolores por la parte de adentro de la reja y por la parte de afuera el marqués, lo que le habia acontecido, esto es, que habia cometido la imprudencia de irse con su novio, y en el primer momento de su fuga se le habia echado encima un forastero amigo de don Braulio, que habia parado aquella noche en la casa, y que ella, creyendo que su tio vendria detrás del forastero, habia escapado.

Tranquilizáronla Dolores y don Fernando, despidióse éste de Dolores, y se fué á averiguar lo que habia resultado de aquel suceso.

CAPITULO XI.

En que las elecciones de Cercedilla salen todavía al encuentro de los sucesos de esta historia.

I.

Apenas se habia separado de la reja don Fernando, cuando dos hombres que habian salido, llevando uno de ellos un farol, de una de las casas de la plaza, se le echaron encima.

—Alto á la justicia,—dijo el uno de aquellos hombres.

El marqués se detuvo y esperó como todo el que nada tiene que temer de la justicia cuando ésta le manda detenerse.

II.

Don Usufructo Gamella se habia echado á la calle cerca de la media noche para oler si habia reunion de

gentes que se ocupasen de las elecciones, como quien en ellas estaba tan empeñado.

Al ver á don Fernando creyó haberse puesto en camino de un gran descubrimiento y por lo mismo le mandó que se detuviese.

Acercóse el alcalde.

—Alumbra, Corneja,—dijo don Usufrúcto con el acento lleno de autoridad.

El alguacil levantó el farol é iluminó con él de lleno el semblante de don Fernando.

—Usted es forastero,—dijo.

—Cierto que sí,—contestó don Fernando.

—¿Y á qué ha venido usted al pueblo?

—A asuntos propios.

—A asuntos propios, eh, á las elecciones, eh, usted debe ser un buen pájaro, eh.

—Yo soy un ciudadano que tengo derecho á ir adonde quiera.

—Sí señor, sí; pero con pasaporte.

—Aquí está el mio,—dijo don Fernando.

Y lo entregó al alcalde.

—El excelentísimo señor marqués de Olite,—leyó con asombro don Usufructo.

Y quitándose vivamente su sombrero exclamó:

—Perdone vuecencia, ya se vé, no sabe uno con quien habla, perdone vuecencia; y luego de noche nada tiene esto de particular, excelentísimo señor; y en tiempo de elecciones en que hay que andar muy listos, porque viene á los distritos mucho pillo, á estafar á los electores de buena fé: vuelvo á pedir mil perdones á vuecencia.

—Basta, basta, señor alcalde,—dijo don Fernando,—póngase usted el sombrero, que hace mucho frio.

—En efecto, excelentísimo señor, tenemos el invierno muy duro.

—Razon es que haga frio, estamos en su tiempo y además de esto metidos en la sierra y no es esta noche muy cruda, algunas he pasado yo mucho peores sin más amparo que el hueco de una peña.

—¡Ah! vuecencia será aficionado á la caza; y la aficion á la caza dá muy malos ratos.

—Como por ejemplo el que está usted pasando, porque usted de seguro vá á cazar algo.

—¡Ah! no, no señor:—se apresuró á decir don Usufructo;—yo no cazo, sino que cumplo con mi obligacion rondando, como que con esto de las elecciones hay tanta gente forastera en el pueblo que no hay que fiar, pero ya que he encontrado á vuecencia le acompañaré. ¿A dónde vá vuecencia?

Esta era una pregunta indirecta.

—Me siento un poco incómodo de una afeccion de que padezco y voy casa del médico, por cierto que no sé dónde el médico vive y me he quedado aquí en la plaza dudando entre llamar ó no llamar á una casa para preguntar dónde vive el médico.

—Vea aquí vuecencia,—dijo el alcalde,—que vuecencia hace como los enfermos pobres mientras se pueden tener de pié que van á ver al médico en su casa en vez de que el médico vaya á verlos á la suya.

—Tenia poco sueño y además impaciencia porque la afeccion de que padezco es peligrosa y es preciso aplicar-

la pronto remedio, de modo que dije: es preciso que el médico venga pronto, si se le manda á llamar puede tardar; mejor es que vaya yo y así ahorraremos por lo ménos la mitad del tiempo.

—Francamente, excelentísimo señor,—dijo don Usufructo en voz bastante baja para que no lo oyese el tio Corneja que iba delante,—vuecencia viene á las elecciones y por eso vá vuecencia á ver á don Braulio, porque ya se vé, como todo el mundo dice que don Braulio es quien hace aquí los diputados y eso es mentira, yo no digo que don Braulio no trabaje y que no sirva, pero si no se cuenta conmigo no se adelanta nada: porque como yo soy el alcalde y los conozco á todos, y sé de qué pié cojea cada uno, hago de ellos lo que quiero, porque no les tiene cuenta estar mal conmigo.

—¿Y quien tiene las probabilidades de la eleccion?—dijo el marqués.

—Quién ha de ser, el candidato del partido á quien favorece la opinion pública; del partido que sin querer avances imprudentes, no quiere tampoco reacciones temerarias, de la union liberal, excelentísimo señor: yo no sé si vuecencia será unionista.

—Yo soy marqués.

—Bueno, bien, marqués:—dijo don Usufructo quedándose á oscuras porque conocia marqueses en todos los partidos, hasta en la democracia.

Decir yo soy marqués cuando se trataba de un color político, era lo mismo que no decir nada, y sin embargo, Fernando habia dicho la verdad, no era más que marqués.

En cuanto á partido, no pertenecia á ninguno.

III.

Iban camino de la casa del médico á la que se dirigia maquinalmente don Usufructo.

—¿Y no le parece á vuecencia,—dijo éste,—que el partido mejor de todos los partidos es la union liberal?

—A mí no hay un partido, sea cual fuere, que no me irrite, y de buena gana dejaria al país sin ninguno que seria lo mismo que si una persona caritativa curase su lepra á una noble y hermosa cabeza.

—¡Ah, diablo! ¿con que para vuecencia los partidos son una lepra?

—Son á mi juicio, el único mal que tenemos en España.

—Bueno, bien,—dijo don Usufructo;—yo lo conozco, pero, ¿cómo se vive sin partidos?

—Partiéndolos.

—¡Todos!

—Todos.

—Pero señor, ¿y cómo se iba á gobernar?

—Perfectamente.

—¿Y quién sostendría entonces á los gobiernos?

—La razon.

—Pero señor; si la razon no la conoce nadie.

—Pues por eso mismo viven los partidos, porque no se conoce la razon.

—¿Pero no habrá ni siquiera uno bueno?

—El mejor es el peor, porque el mejor, segun él mis-

mo dice, es el que manda, y es el peor, porque cuando manda, manda en provecho propio y en perjuicio de la nacion.

—Diablo, diablo, y qué cosas dice vuecencia; pero los partidos son la nacion.

—No, no señor, la nacion lo es todo ménos los partidos.

—Pues entonces, señor, ¿qué son los partidos?

—Sociedades anónimas de caballeros de industria que viven y se agitan á costa de la gran masa nacional.

—Jesus, jesus, y qué cosas que dice vuecencia.

—Como que no quiero ser ministro, ni subsecretario, ni siquiera, siquiera gobernador.

—Pues mire vuecencia, yo no sé que se vá á hacer, porque partidos tenemos para rato.

—¿Quién sabe, quién sabe? una tormenta, cuando es de buena ley, lo barre todo.

—Mire vuecencia,—dijo don Usufructo,—quisiera yo saber si vuecencia se interesa por algun candidato, por que á pesar de que vuecencia dice que no pertenece á ningun partido, cuando vuecencia está en el pueblo es sin duda por las elecciones.

—¿Y si yo propusiera á usted un candidato?

—Seria diputado, excelentísimo señor.

—¿Bajo qué condiciones?

—Bajo las condiciones de que hiciera vuecencia todo lo que pudiera por el pueblo.

—Más claro, más claro.

—Como vuecencia tendrá mucha influencia en Madrid...

—Muchísima.

—Y como el gobierno tiene influencia en las provincias...

—Indudablemente.

—Como que la centralizacion es el sistema de estos hombres, y el de los otros, y el de todos.

—Pues.

—Yo creo que bien se me podria hacer á mí diputado provincial.

—Eso es, diputado provincial de real órden por eleccion popular.

—Sí, así se hacen.

—Perfectamente, farsa, farsa, farsa, y siempre farsa. La industria llevada á la política, la intriga convertida en ciencia, adelante. Pero veamos, concedido, que se le dará á usted y á los que le sirvan todo lo que quieran, ¿me puede usted hacer diputado á don Antonio Cantillana?

—¡El candidato conservador! el de oposicion, y yo que estaba comprometido con el gobierno.

—Puede usted ó no puede.

—Sí, si señor que puedo, pero...

—Ya, se necesita algo contante y sonante para la demás gente, ¿no es esto?

—Yo no he dicho eso á vuecencia, pero ya que vuecencia lo ha dicho, esa es la verdad, en este mundo nadie se mueve más que por el interés, si es lo que yo digo, señor, á qué vienen todas estas palabras de patria, libertad, rey, ley, religion, órden, justicia, economías, moralidad, reforma, ¿á qué todo esto? ¿por qué no decir: di-

nero, mando, vanidad, empleos? válgame Dios, si así á lo ménos se diria la verdad, y tendríamos á qué atenernos, y se diria, ¿quiere usted representarnos? pues tanto, verdad es que eso es lo que se dice, y por lo mismo que se dice eso, yo no sé por qué se dice lo otro.

—Eso se dice aquí, en el mercado, y lo otro se dice en el teatro, porque lo que aquí pasa no se imprime en letras de molde, y lo que allí se habla pasa estereotipado á la historia, y, ¿á dónde vamos á parar si allí se dijera, lo que ménos me importa á mí es el rey ni el Roque, yo uso de un lenguaje convenido, me apoyo en un sistema aceptado, cubro las apariencias y no supongo que las gentes sean tan de buena fé que detrás de lo que yo digo no vean lo que yo quiero? Eso es ya muy conocido, señor alcalde, y por lo mismo vengamos á la verdad del negocio. ¿Cuánto quiere usted para que don Antonio Cantillana vaya al congreso á defender el órden, la moralidad y la justicia?

—Yo no quiero nada, señor marqués, nada absolutamente, yo no tengo ambicion, pero los electores teniamos ya preparada la votacion para el candidato unionista y será necesario empezar á trabajar de nuevo y con muy poco tiempo, porque ya vé usted, mañana se decide la eleccion.

—Bien, bien, ¿cuánto querrán los electores?

—Yo creo que á última hora bastará con cuatro mil duros.

—¿Y para qué se han hecho los presidios?—murmuró para sí don Fernando,—á qué situacion hemos llegado.

—No me parece mucho,—dijo el alcalde, que no habia

podido oir las palabras del marqués, creyendo que murmuraba del precio.

—No, amigo mio, no,—dijo el marqués,—lo que me sorprende es la baratura.

Pesóle al alcalde de no haber pedido más.

—Veamos ahora de qué manera he de garantir yo el pago de esos cuatro mil duros.

—Con un simple pagaré de vuecencia, no faltará en el pueblo quien los facilite.

—Pues bien, casa del médico extenderemos el pagaré.

—Pues mire vuecencia, ya estamos en la puerta: llama, Corneja.

Corneja, que iba provisto de su vara de alguacil, de la cual no se separaba nunca, y con la cual dormia, segun afirmaban los del pueblo, llamó con ella fuertemente á la puerta del médico, produciendo un ruido terrible, porque la vara de justicia del tio Corneja era un garrote con borlas.

Aunque el golpe fué seco y retumbante, y Corneja esperó dos ó tres minutos, nadie contestó.

—Pues señor, están en el otro mundo y es menester apretar de firme,—dijo el tio Corneja.

Y á seguida retumbó una especie de cañonazo, que tal fué el estruendo que produjo el garrote de justicia de Corneja, aplicado con ímpetu sobre la puerta.

Muertos que hubieran estado los de adentro, se hubieran puesto de pié de un salto.

Despertaron todos los que podian despertar, esto es, don Braulio, Colodro y la tia Flauta, despavoridos to-

dos, y hubiéramos podido decir que con las orejas aguzadas si hubieran sido asnos.

—¡Calla!—exclamó don Braulio, encontrándose solo,—¿pues á dónde se ha ido Bartolote? ¡ah, pillo, infame! sí, eso es, la pobre Casilda; y yo, ¡bestia de mí! tonto, retonto, que le confío un gran secreto.

Y saltó en calzoncillos blancos de la cama, cogió una escopeta que tenia en la alcoba, atravesó la sala, y entró en la cocina, á tiempo que la atravesaba hácia la puerta de la calle un desgavilado bulto blanco, con un candil en la mano.

—Tente ahí, pícaro,—dijo don Braulio, echándose la escopeta á la cara,—no te me quieras escapar, porque te abraso las entrañas.

—A ver si se deja usted de bromas, nostramo,—dijo Colodro,—y no me vaya usted á pegar un tiro equivocadamente, despues del susto que me han dado.

—Perdona, hombre, perdona, que yo creí que eras otro,—dijo don Braulio, retirando la escopeta,—pero, ¿por qué te has levantado tú tambien?

—¿Pues qué no ha oido usted lo que ha sonado?—dijo Colodro.

—Sí,—contestó don Braulio,—he oido entre sueños un estrépito muy grande.

Sonó en aquel momento un nuevo golpe más retumbante que el anterior, y no fué menester abrir la puerta, porque la puerta, resentida ya, se abrió, torcido su fiador.

Don Braulio, que creyó invadida su casa, viendo entrar un bulto con un farol en la mano, apuntó.

—No sea usted bárbaro, don Braulio,—exclamó el alguacil, abriendo los brazos en cruz, levantando en la una mano el farol y en la otra el garrote.

Pero habia llegado tarde la observacion.

Antes de que acabase de pronunciar sus palabras el tio Corneja, don Braulio habia hecho fuego.

Pero como tenia miedo y le temblaba la mano, la bala, en vez de dar en el tio Corneja, dió en el farol y le apagó.

—Vaya, bueno,—dijo el alcalde,—siempre ha de ser usted así, súbito y temerario; pues digo, si en vez de ser usted un tirador de los de tres al cuarto, quien se echa la escopeta á la cara es el cura: ¡rézale al santo del dia! ¡Corneja! porque en vez de venir á casa del médico no hemos ido á casa del párroco.

—Oiga usted, señor alcalde,—dijo don Braulio,—¿y á usted quién le manda entrar así, atropellando el inviolable domicilio de un ciudadano? pues de buen humor estoy yo, hombre, para que me vengan á mí con ilegalidades.

—La culpa la tiene la puerta,—dijo Corneja,—que era endeble, y sobre todo, ustedes que parecia que se habian muerto, porque cuando se abrió la puerta, no era que la abria yo, sino que llamaba.

El marqués se reia, porque el lance no era para otra cosa.

Don Braulio, en calzoncillos blancos, con gorro negro de dormir, y Colodro en paños menores, hubieran hecho reir al mismo espíritu de la tristeza.

—Vamos, vamos, entendámonos, don Braulio,—dijo

el alcalde,—y métase usted para adentro, que hace mucho frio y está usted muy ligero.

—Primero que yo me meta para adentro,—dijo don Braulio,—tengo que saber lo que falta en mi casa.

—Oiga usted, don Braulio,—dijo el alcalde,—á mí no me llame usted ladron, porque médico y todo como es usted, lo meto á usted en la cárcel y vá usted á presidio, ó me borro el nombre que tengo.

—No sea usted animal, don Usufructo,—dijo don Braulio,—que yo no hablo con usted cuando digo que voy á ver lo que me falta.

—Corriente,—dijo don Usufructo,—en no faltándome á mí al respeto, todo está bien; pero, ¿qué es lo que le falta á usted, don Braulio?

—En primer lugar, me falta de la cama un hombre.

—¡Hombre! ¿que le falta á usted un hombre de la cama?—dijo el alcalde, abriendo mucho los ojos.

—Si señor; me falta de la cama un hombre que se acostó conmigo, y ahora mismo voy á ver si falta de la cama una mujer, que mucho me lo temo, y no espero más, y allá voy. Echa á andar, Colodro; alumbra.

Colodro, descalzo, seco, negro, en camisa, echó á andar, y se metió en el cuarto de la tia Flauta, que de miedo se habia tapado la cabeza con la manta.

—Pero hombre, ¿dónde te has metido?—dijo don Braulio.

—¡Toma!—dijo Colodro,—¿pues no es la tia Flauta una mujer?

—No señor, la tia Flauta es una vieja.

—¡Ah, ya!—dijo Colodro.

Y perfectamente convencido, dió cinco pasos y se metió en el cuarto de Casilda con su candil en ristre.

Don Braulio entró, y apenas habia entrado, se oyó una especie de berrido, un berrido de angustia, de desesperacion, de amenaza.

—¿Qué le ha sucedido á usted, don Braulio?—dijo el alcalde, que con el marqués y Corneja habia seguido al médico.

—¿Qué me ha de suceder?—dijo don Braulio,—que me han quitado mi niña, que me la han robado; ¿dónde está mi niña?

—Deje usted, don Braulio, que eso me corresponde á mí ya, como primer magistrado que soy de este pueblo,—dijo el alcalde, entrándose.

—Mire usted, mire usted,—dijo don Braulio,—la cama vacía.

—¿Y dice usted que le han robado su niña?

—Si señor.

—Pues no se la han robado á usted, don Braulio.

—¿Cómo que no me la han robado? ¿pues no vé usted que no está ahí?

—Si señor que lo veo, pero no se la han robado á usted, es que ella se ha ido.

—¡Qué se ha de haber ido la niña de mi alma! ¿con quién se habia de haber ido, si era una inocente la pobrecita?

—Mire usted, don Braulio, aquí no están ni los zapatos ni la ropa.

—Bueno, bien, ¿y qué?—dijo don Braulio.

—Que para haber usted estudiado tanto, es usted muy torpe.

—¿Cómo que soy yo torpe?

—Si señor,—dijo el alcalde;—mire usted, la niña se ha acostado, porque ahí está patente el hoyo en la cama, y luego se ha levantado, si señor, porque si no se hubiera levantado estaria ahí, y se ha vestido, porque si no se hubiera vestido, los vestidos se hubieran quedado ahí, y se ha calzado, porque si no se hubiera calzado, ahí estarian los zapatos; y mire usted, si la hubieran robado, la hubieran tapado la boca y se la hubieran llevado en bruto, porque no puede usted creer, ni nadie, que el ladron ó los ladrones se entretuviesen en vestirla y en calzarla: ella se vistió y se calzo, y sin decir esta boca es mia ni armar ruido, se largó, porque le dió la gana.

—Me parece que tiene usted razon, don Usufructo,—dijo don Braulio aturdido,—pero si esto no puede ser, si era una inocente.

—El inocente lo es usted, que la habia creido inocente á ella, como si hubiera ya mujeres inocentes en el mundo; vamos, cállese usted, don Braulio, que dá pena el ver que haya usted estudiado tanto para saber tan poco.

—Eso es que me la ha seducido el infame de Bartolote.

—¿Y quién es ese Bartolote?—dijo el alcalde.

—El hombre que me ha faltado de la cama.

—Pues, don Braulio,—dijo el alcalde,—todo lo que yo puedo hacer es levantar á seis vecinos honrados para

que me den auxilio, y salir á buscar los delincuentes sin pérdida de tiempo, no embargante que mañana por la mañana pregonaré yo un bando, para que si está oculta en alguna casa del pueblo ó caserío de su jurisdiccion su sobrina de usted, el vecino que la tenga oculta, la presente, so pena de la pena á que hubiera lugar.

—No hay necesidad de cansarse,—dijo el marqués,—esa jóven está en la casa del cura.

—¿Cómo que está en la casa del cura?—dijo don Braulio.

—Si señor, sí, en la casa del cura, y encargada á una excelente señora que ha venido ayer de Madrid.

—Pero, ¿cómo sabe vuecencia eso, señor marqués?—dijo con tono de autoridad el alcalde,—¿qué hacia usted á estas horas en la casa del señor cura?

—Hablaba con una señora.

—¡Ah, que hablaba vuecencia con una señora, sin conocimiento del señor cura! porque el señor cura es un santo varon, que no puede permitir que á estas horas esten hombres en su casa.

—La señora con quien yo hablaba,—contestó tranquilamente el marqués,—estaba dentro, yo estaba fuera, y entre ella y yo habia una reja.

—¡Ah, ya!—dijo el alcalde sonriendo,—ya entiendo, y entiendo además otras muchas cosas ya; pero, ¿qué diablo hace usted, don Braulio, mirando asombrado al señor marqués?

—Ya se conoce que usted, señor alcalde, no se ha encontrado nunca al alma en pena por esos vericuetos.

—El alma en pena, don Braulio, es el marqués de

Olite,—contestó don Fernando,—tranquilícese usted, que nada hay perdido, Casildita habia cometido la debilidad de escaparse con su novio.

—Ya decia yo que no la habian robado, sino que se habia ido,—dijo el alcalde.

—¡Conque su novio!—exclamó don Braulio,—¿pues quién era su novio?

—Segun nos ha dicho, un jóven que ha sido estudiante,—contestó el marqués.

—¡Ah! Ginesillo Medio-dedo,—exclamó don Braulio, y se encaró con Colodro.

—¿Y á mí qué me cuenta su merced?—dijo éste, respondiendo á la mirada amenazadora, terrible, que tenia fija en él su amo.

—Si cuando yo salia de la sala vecina, y te ví, y no te conocí, y te apunté con la escopeta, te hubiera descerrajado el tiro y te hubiera partido el corazon, me alegraría.

—¿Y por qué se habia usted de haber alegrado de haberme pegado á mí un tiro?—dijo todo hosco Colodro.

—Porque tú tienes la culpa; si tú hubieras despabilado á Ginesillo Medio-dedo como has despabilado á otros, que para eso te pago y tengo principalmente, no hubiera sucedido esto.

—Y mire usted, ¿qué sabia yo?—dijo Colodro,—si ellos han pegado la hebra sin darme á mí parte y sin que yo lo vea.

—Lo que hay de extraño aquí,—dijo el marqués, cortando la disputa,—es que esa jóven dice que escapó, separándose de su novio porque la seguia su tio, y estaba

aterrada porque decia que su tio y su novio habian reñido, y que á ella le parecia que su tio habia caido al suelo como un hombre á quien matan.

—Pues á mí no me ha matado nadie,—dijo don Braulio,—ni yo he despertado hasta que han armado ustedes un estrépito de quince mil y más demonios, á mi puerta.

—Me parece,—dijo el alcalde,—que esto es cosa de mirar por los alrededores de la casa.

—Pues mire usted, señor alcalde,—dijo Colodro,—si se ha ido, se ha ido por el corral, que lo que es por la puerta, no, que eché yo la llave y me la metí debajo de la almohada, como todas las noches.

—Pues vamos á reconocer el corral,—dijo el alcalde,—pero vístase usted por Dios, don Braulio, y tú tambien, Colodro, que van ustedes á coger una pulmonía; pues bonito viene el viento por lo alto del puerto.

—Sí, si señor, seamos prudentes,—dijo don Braulio, á quien le temblaba la voz de cólera,—fíese usted, fíese usted en las niñas que parecen unas santas, y en los amigos de toda la vida: no somos más que unos calzonazos de buena fé, y por pillo que sea un hombre, siempre hay otro pillo que le dá quince y falta. Vamos, vamos, voy á vestirme, porque esto no se puede quedar así.

Y salió del cuarto, precedido de Colodro que alumbraba, y seguido del marqués, porque el alcalde y el alguacil, á invitacion del primero, se habian metido en el corral.

IV.

En el corral encontraron la escalera puesta junto á la tapia.

—Pues Corneja,—dijo el alcalde,—no hay que preguntar por dónde se han ido; y sabes que me alegro, Corneja, que le está muy bien empleado al médico, que la echaba de tunante, y que nos estaba jorobando siempre con que su sobrina era la niña mejor criada, y la más prudente, y la más inocente del pueblo. Monta sobre la tapia, Corneja, y echa una mirada por la callejuela, que aquí espero yo.

Corneja, garrote en mano, superó la tapia, saltó á la callejuela, y á poco se le oyó gritar:

—¡Señor alcalde, señor alcalde, un hombre tendido boca abajo y muerto!

Y como si Corneja hubiera tenido miedo de estar á solas con un muerto en una callejuela oscura, volvió, saltó, y al llegar junto al alcalde, dijo:

—Si usted quiere enterarse mejor, vaya usted, que yo á estas horas, aunque fuera más alguacil que el Angel de la Guarda, patron de los alguaciles, no me estoy junto á un muerto.

—Ni yo tampoco, aunque sea más alcalde que Poncio Pilatos,—dijo el alcalde,—que no me gustan á mí estas cosas á estas horas; esperemos á que vengan los otros y que vaya don Braulio, que como médico no les temerá á los muertos.

V.

En aquel momento don Braulio, vestido ya, y don Fernando, precedidos por Colodro que alumbraba, y que se habia puesto de prisa los calzones y la chaqueta, entraban en el corral.

—¿Sabe usted lo que sucede, don Braulio?—dijo el alcalde, cuya voz era poco segura, no sabemos si á causa del frio ó del miedo.

—¿Y qué sucede?—dijo don Braulio.

—Sucede que Corneja ha ido á hacer un reconocimiento á la callejuela, y se ha encontrado con un hombre muerto.

—¡Diablo!—dijo don Braulio,—¿con un hombre muerto?

—Si señor, sí,—contestó Corneja.

—¿Es un hombre grande, con el pelo rubio oscuro, y en él algunas canas?

—Grande, si señor que es,—dijo Corneja,—pero no me he podido enterar de esas menudencias del pelo rubio y de las canas, porque la noche está oscurilla, y porque á mí, cuando veo un muerto, se me enturbian los ojos.

—¿Pero no es Ginesillo Medio-dedo, no es verdad?—dijo don Braulio.

—¡Quiá! no señor, es un forastero,—contestó Corneja.

—¿Y por dónde sabes tú que es un forastero?—contestó el alcalde.

—Mire usted, señor alcalde,—dijo Corneja,—á los del pueblo los saco yo por el olor, y este difunto no me ha olido á mí á lo que me huelen los del pueblo.

—¿Pero qué hacemos aquí?—dijo don Fernando;—es necesario ir á ver en qué estado se encuentra ese hombre.

—Yo no voy,—dijo don Braulio.

—¿Cómo es eso?—dijo el alcalde,—pues qué, ¿les teme usted á los muertos, don Braulio?

—No señor, yo no voy si no vá la justicia.

—¿Y para qué hace falta la justicia?—dijo vivamente el alcalde.

—Para que dé fé del estado en que se encuentra el cadáver cuando yo le reconozca.

Una ráfaga de viento apagó el candil que tenia en la mano Colodro.

—Pues estamos bien,—dijo don Braulio,—esto solo nos faltaba; anda, Colodro, anda, y enciende la linterna con que me alumbras cuando me llaman tarde de noche, anda y vuelve pronto, hombre.

VI.

—Pues digo á usted,—dijo Corneja,—que si ese pobre hombre no estaba muerto cuando yo llegué y se estaba desangrando, con la prisa que nos damos por socorrerle, no dejará de pasarlo bien.

—¿Y quién te ha dado en este entierro vela, Corneja?—exclamó de mal humor el alcalde,—si no se le ha socorrido ya, es porque es necesario llenar ciertas formalidades: ¿has visto tú que se socorra á ningun herido

en el momento en que se le encuentra, aunque esté echando el alma por la boca?

—De lo cual resulta que se mueren muchos.

—A ver si te callas, alguacil,—dijo don Usufructo,—y no te metes en lo que no te incumbe.

—Pues á mí ya vé usted, señor alcalde, aunque se muera medio mundo, en no muriéndome yo ni ninguno de los mios, qué se me dá.

VII.

—Vamos, aquí está la linterna,—dijo Colodro, entrando en el corral con una encendida.

—Ea, pues, adelante, señor alcalde,—dijo el marqués,—vamos á ver lo que es esto.

Y echó hácia la escalera portátil, que continuaba arrimada á la tapia, y subió por ella.

El alcalde, por los respetos del marqués, y porque llegado á aquel punto no podia dispensarse, le siguió.

Siguióle como su adjunto, Corneja, y detrás se fueron don Braulio y Colodro.

VIII.

Cuando estuvieron ya del otro lado, Colodro adelantó con la linterna, y retrocedió de repente; en vez de un hombre tendido habia visto un hombre sentado en una gruesa piedra, arrimada á la entrada de una casa como para servir de asiento.

Aquel hombre se tentaba el cogote con las dos manos, y luego se las miraba.

—¡Bartolote!—exclamó don Braulio.

—¡Calla!—dijo Corneja,—¿es usted el hombre que estaba tendido hace poco en medio de la callejuela?

—Si señor, yo soy,—contestó Bartolote.

—¡Conque eres tú, tú, amigo traidor, tú, amigo infame!—exclamó don Braulio en el colmo de su furor, cerrando los puños y enseñándolos á Bartolote.

—¿Qué estás tú ahí diciendo de amigo traidor y de amigo infame?—dijo Bartolote,—leal y muy leal soy para tí, y por serlo tanto me veo de este modo, que todavía se me vá la cabeza, y casi, casi, no sé donde estoy.

—Pero, en fin, ¿usted es el muerto?—dijo el alcalde.

—Si señor, yo soy el que se ha podido tener por muerto; por lo que creo, he estado algun tiempo sin sentido, y se me ha podido creer difunto: pero vámonos, si á ustedes les parece, que el frio de la noche me está haciendo mucho daño, y cuando estemos en mejor lugar yo informaré acerca de lo que ha sucedido.

—Pues llevemos á este hombre á su casa de usted, don Braulio, por ser la más cerca, y porque siendo usted el médico le podrá asistir mejor.

IX.

Bartolote fué conducido á la casa de don Braulio, pero no por la tapia, sino dando vuelta por la callejuela.

La puerta de la casa estaba todavía abierta.

—Vea usted, vea usted,—dijo don Braulio,—si mientras hemos estado entretenidos hubieran querido robarme, ¿quién lo impedia?

—¿Y quién ha de robar á usted en el pueblo, don Braulio?—dijo el alcalde,—si todo el mundo sabe que tiene usted tan empleado y tan puesto á ganancias su dinero, que no hay un real en su casa.

—Yo no me muevo de aquí,—dijo Bartolote, sentándose junto á la chimenea,—que traigan fuego, porque yo estoy helado.

—A ver si traes un carro de leña, Colodro,—dijo el alcalde.

Colodro desapareció, dejando sin más luz á las demás personas que allí se encontraban, que el escaso reflejo que partia de un poco de fuego que quedaba en la chimenea.

—¿Y usted quién es?—dijo el alcalde á Bartolote.

—Yo soy Bartolomé García, y por apodo me llaman Bartolote,—respondió éste.

—¿Qué profesion tiene usted?

—Mayordomo.

—¿De quién?

—De la señora doña Mercedes Cancamusa.

El marqués hizo un movimiento.

Bartolote no le habia visto antes en la callejuela, porque el marqués se habia quedado detrás de todos; ni podia verle entonces, porque además de estar bastante retirado el marqués, se habia quedado en la sombra.

—¿Doña Mercedes Cancamusa?—dijo el alcalde;—vaya un apellido raro.

—Pues mire usted, señor alcalde,—dijo Bartolote,—

así y todo, es una señora que tiene altísimas relaciones y que puede mucho.

—¿Y á qué ha venido usted al pueblo, señor mayordomo?—dijo el alcalde.

—Me ha enviado mi ama.

—¿A propósito de las elecciones?

—No señor; á propósito de cierto buen mozo por el que se interesa mi ama.

—¿Y no hay en esto nada que tenga que ver con las elecciones?—dijo el alcalde.

—No señor; para maldita la cosa necesitamos ni mi ama ni yo de ocuparnos de las elecciones, y quebrarnos la cabeza, pero la verdad es que yo estoy muy malo, que me duele demasiado el cogote; tal estacazo me han arrimado en él á traicion, que he visto más estrellas que arenas tiene la mar, y me he quedado sin habla y sin movimiento.

—Bien empleado te está, por tunante, Bartolote,—exclamó don Braulio.

—Bueno, bien,—dijo Bartolote,—sirva usted á los amigos, cuide usted de su hacienda y de su honra, y sea usted maltratado por servirlos, para que despues le llenen á usted de improperios.

A este tiempo ya Colodro habia echado un brazado de leña en la chimenea, y se habia levantado una llama viva y alegre.

X.

—¿Y en qué me has servido tú?—dijo don Braulio.

—Si señor, sí, veamos lo que ha sucedido,—dijo el alcalde.

—Lo que ha sucedido,—dijo Bartolote,—es que viniendo al pueblo á cumplir con lo que me ha mandado mi ama, me encontré anoche sin saber cómo, y despues de muchos años de no haberle visto, así como veinte, á don Braulio Zancudo, que en otro tiempo fué muy amigo mio; me vine con él á su casa, y habiéndome con él venido, conocí á su sobrina, y, ciertamente, me interesé por ella.

—¡Ah, pillo, pillo, repillo!—exclamó don Braulio.

—No sé á qué vienen esos insultos,—contestó Bartolote,—digo, señor alcalde, que me interesé vivamente por la Casilda, primero por lo que ella es en sí, despues por lo que la estima mi amigo don Braulio, y mucho más cuando don Braulio me dijo que esa niña es hija natural del señor duque del Humbroso.

—¡Bandido!—exclamó don Braulio, al ver que Bartolote soltaba de aquella manera, y como quien dice en medio de la calle, su secreto.

—¡Hija natural del señor duque del Humbroso!—exclamó el alcalde.

—Y con dos millones, impuestos en el banco inglés, que son suyos, y cuya renta se come mi amigo Braulio Zancudo.

Don Braulio quiso contestar y no pudo; le ahogaba la cólera; era una víctima demasiado lastimosa de su buena fé.

—¡Hija natural del señor duque del Humbroso!—exclamó creciendo en asombro el alcalde,—¡con dos millones en el banco inglés, cuya renta se come don Braulio!

—Le aseguro á usted, don Usufructo,—exclamó ciego ya de cólera don Braulio,—que no saldrá diputado don Simon Martinez Cuero, á pesar del interés que tiene usted en ello, si usted no mete en seguida en la cárcel á ese tunante calumniador.

—¿Y qué me importa á mí don Simon Martinez Cuero, ó pellejo, ó tripa, ó lo que sea?—dijo el alcalde,—lo que á mí me importa es averiguar la parte que pueda haber de crímen en la ocultacion del estado de esa jóven: ¡pues ahí es nada lo que se ignoraba en el pueblo! ¿conque la Casilda es hija de un duque, y tiene dos millones en el banco inglés, y usted se está comiendo la renta, don Braulio?

—Protexto,—dijo don Braulio,—esta es una calumnia que me levanta ese pillo de Bartolote: ¡infame! y que te cure otro, que lo que es yo, no; ¡enemigo íntimo, bribon! ya, ya sé yo lo que tú te habrás propuesto, apoderarte de Casilda; pero te equivocas, te engañas, eres un tonto, porque la voy á casar en tres dias con Ginesillo Medio-dedo, que es á quien ella quiere, y con quien se escapaba.

—¡Ah! ¿sí? pues él ha sido,—exclamó Bartolote,—él ha sido el que me ha puesto en peligro de muerte, de un garrotazo dado á traicion.

—Bien empleado te está, porque eres un pillo,—exclamó don Braulio.

—Yo soy un hombre de honor,—exclamó con acento melodramático Bartolote.

—Pero señor, veamos cómo ha sido toda esta trabacuenta,—dijo el alcalde,—yo soy aquí la autoridad que representa á la ley, y ordeno y mando que se me informe de todo como hubiere acontecido, para obrar como hubiere lugar.

—Eso quiero yo,—dijo Bartolote,—para que usted, señor alcalde, providencie como hubiere lugar, y para que cada cual ocupe el lugar que le corresponde.

XI.

El marqués observaba y callaba.

Colodro alumbraba con la linterna mirando á derecha é izquierda, sin entender lo que oia.

El alcalde se sentó y se caló la montera hasta el cogote.

Don Braulio estaba vivamente inquieto.

Bartolote sobrexcitado.

La tia Flauta, en zagalejo, asomaba la cabeza á la puerta del pasillo.

—Declare usted lo que tuviere que declarar, caballero,—dijo el alcalde.

Cuanto un principio social es más trascendental, más sublime, se presta más á la parodia.

La justicia estuvo allí representada en parodia.

Bartolote se tentó su dolorido cerviguillo, hizo dos

ó tres gestos de dolor, que habian respondido á otras dos ó tres presiones de sus dedos sobre la parte magullada, y dijo mirando de través y medrosamente á don Fernando:

—Yo he venido á este pueblo á asuntos particulares: en él me he encontrado inesperadamente á mi antiguo amigo don Braulio Zancudo, que me trajo á su casa: en su casa conocí á una jóven muy notable, y cuando nos recogimos y nos acostamos juntos, por no haber otro acomodo, mi amigo don Braulio y yo, éste me reveló la historia de esa señorita, esto es, que era hija natural del duque del Humbroso y de doña Mercedes Cancamusa, mi ama.

—¡Calumniador!—exclamó don Braulio,—yo no he dicho eso.

—Señor don Braulio,—dijo el alcalde,—deje usted hablar al declarante, que usted declarará cuando le llegue su vez; y no interrumpa más, porque si vuelve á interrumpir le echo á usted una multa que lo baldo. Siga usted, caballero.

—Prosigo,—dijo Bartolote:—me reveló además mi amigo don Braulio, que el padre natural de esa señorita la habia comprado unos padres que la legitimasen, y la habia impuesto dos millones de reales en el banco inglés al cinco por ciento, lo cual produce una renta de cinco mil duros anuales, que por espacio de trece años se ha estado comiendo mi amigo don Braulio Zancudo.

—¡Mentira!—dijo don Braulio.

—Veinticinco duros de multa,—exclamó el alcalde, dando un golpe en el suelo con su vara de justicia,—ó

en su defecto cincuenta dias de cárcel. Continúe usted, caballero.

—Yo, con lo que habia oido á mi amigo don Braulio Zancudo,—prosiguió Bartolote,—no pude dormirme: y estando despierto, oí cierto ruido que indicaba que alguien andaba por la casa; é ignorando lo que pudiera ser, me levanté cuidadoso, y como no sabia lo que podia sobrevenir, para estar dispuesto á todo, me vestí, y salí, y registré, y llegué al corral á tiempo en que esa señorita se escapaba con un hombre: salté detrás de ellos, los llamé; la jóven escapó, la seguí, y no pude continuar siguiéndola, porque me detuvo un garrotazo que me alcanzó en la parte posterior de la cabeza, haciéndome caer al suelo, donde he estado sin sentido no sé cuánto tiempo: por lo mismo, pido se prenda y se encause al llamado Ginesillo Medio-dedo, novio de la señorita Casilda, tanto por el delito de seduccion y rapto de una menor, como por el delito de asesinato frustrado, contra un hombre de bien, que pretendia impedirle su primer crímen.

Bartolote se calló.

—Bien, muy bien,—dijo el alcalde, que no sabia por donde salir,—ya se providenciará.

—Aquí no hay que providenciar nada,—dijo el marqués,—esto es demasiado grave, y yo me encargo de arreglarlo.

—Yo no puedo tolerar esto que sucede,—dijo el alcalde,—resulta, primero que en poder de don Braulio Zancudo hay una niña que viene de gran familia, que es rica, y que el don Braulio se está comiendo la renta de lo

suyo; y si no se come todo lo suyo, es sin duda porque lo suyo está tan bien arreglado, que no tiene uñas don Braulio para quedarse con ello.

—Mire usted, señor alcalde, ó señor diablo,—dijo don Braulio,—que el que á usted le hayan hecho la autoridad del pueblo, porque los brutos no saben lo que se hacen, no quiere decir que usted tenga autoridad para insultar á nadie, ni meterse en los negocios de nadie, y mucho ménos sabiendo que si nos metemos á averiguar, todo lo que usted tiene es del pueblo.

—Mire usted,—dijo el alcalde,—que si dejo á un lado la vara de la justicia, y me voy sobre usted, le castigo, y de tal manera, que toda su ciencia de usted no le baste para quitarse de encima lo que le venga por el castigo que yo le dé. Porque mire usted que nadie me ha dicho lo que usted me ha dicho, y mucho ménos, delante de inferiores: porque aquí están con tanta boca abierta para contárselo á todo el mundo, mi alguacil Corneja, que es un hablador indecente, al cual le tengo que sentar la vara, y su criado de usted Colodro, que aunque es un bruto, que anda de taberna en taberna, en tomando dos vasos de vino, tiene una lengua, ¡que ya!

—Cálmese usted, señor alcalde,—dijo el marqués,—y usted, señor don Braulio, no se exceda, que al fin y al cabo el señor alcalde es una autoridad á quien se debe respetar; y si no respetamos el principio de autoridad, no tenemos derecho á que se nos respete á nosotros mismos, porque habremos establecido la insubordinacion, la indisciplina, la ruptura de todo lo que es necesario para sostener el órden social.

—Pero, señor marqués,—dijo don Braulio,—si este hombre se propasa... ¿Pues no dice que yo me estoy comiendo la renta de Casilda, y que si no me como lo de donde viene la renta es porque no tengo uñas para ello, y eso es lo mismo que llamarme canalla ó tomador del dos? Y eso no lo sufro yo, porque el alcalde no sabe lo que se dice. Y, señor marqués, cuando á uno le pegan, no hay que quejarse de que uno conteste á la bofetada con un tiro, ¿entiende usted? y yo sé bien que si revolvieran ciertas cosas en el pueblo...

—Vamos, vamos,—dijo el marqués,—al fin y al cabo son ustedes amigos, señores; no hay que maltratarse de ese modo, ni llevar las cosas á términos peligrosos: lo que sucede es una cosa muy sencilla, en lo que he podido juzgar: al señor don Braulio le han confiado una niña, la cual está envuelta en un secreto de familia. No hay que pensar tampoco en que el señor don Braulio sea un hombre de tan mala fé que haya procurado y procure crecer con lo que á la niña corresponde, y aunque no hemos llegado á ese caso, yo estoy seguro que cuando don Braulio tenga que dar cuentas, las dará tales y de tal manera, que nada tendrá que perder respecto á su buena reputacion.

Extremecióse don Braulio cuando oyó la palabra cuentas.

Se cubrió de sudor frio, y sus dientes dieron los unos contra los otros, como un hombre atacado de epilepsia.

La palabra cuentas le horrorizaba.

Si daba cuentas tenia que quedarse desnudo, como

habia llegado al pueblo, porque todo lo que poseia lo debia á la renta de Casilda, de la cual se habia apoderado.

El alcalde estaba tambien incómodo.

No conocia el terreno que pisaba.

XII.

—Lo que se ha de hacer aquí,—dijo el marqués,—es una cosa muy sencilla, dar por no sucedido lo que ha sucedido.

—Eso es,—dijo Bartolote,—y yo me quedaré con el estacazo que me ha molido las costillas.

—Amigo mio,—dijo el marqués que habia visto en Bartolote su enemigo en el mero hecho de ver en él un espion de doña Mercedes Cancamusa, que le habia seguido hasta el pueblo,—á eso se expone el que se mete donde no le importa.

—La culpa tengo yo, que me he metido en este negocio por impedir que mi amigo don Braulio tenga un disgusto: siempre que se obra bien, en estos tiempos en que todo el mundo obra mal; se sale con las manos en la cabeza.

—Señores,—dijo amostazado el marqués,—tal es la condicion de nuestros tiempos; todo el mundo obra mal y, sin embargo, se empeña en que se le tenga por un ángel: el que aparece con una inmensa fortuna, á los cuatro dias de haber salido de un salon de limpia-botas en donde por cuatro cuartos servia á todo el mundo, pondrá el grito en el cielo si se pretende averiguar el orí-

gen de su fortuna; la mujer impura que sin renta ni industria legítima de ningun género, ni nada que pueda aparecer decente, se presenta con un magnífico tren, bien ataviada, poniendo á su servicio á la moda, pondrá tambien el grito en el cielo, si se pretendiese entrar en el misterio de su vida. Hoy todos pretendemos pasar por buenos, sin procurarnos lo que poseemos por los buenos medios; esta es una época lamentable, no tanto por la corrupcion de que está saturada, sino por la hipocresia con que pretende cubrir sus vicios: las caretas son trasparentes, se han hecho de cristal, y sin embargo se vé al hombre horrible, de semblante corroido, pretender aparecer hermoso, y creyendo que todo el mundo lo cree así. Hemos perdido el sentido comun; pero no quiero pronunciar discursos, ni perder el tiempo en generalidades: lo que sucede lo sabe todo el mundo, lo conocemos perfectamente. No hay que hablar de esto: vengamos al negocio.

El marqués hablaba como quien manda y está seguro de ser obedecido.

Don Braulio tenia miedo.

Bartolote estaba contrariado porque se le habia deshecho su intriga.

El alcalde, casi furioso, aunque no lo demostraba, porque se veia contenido por un poder extraño, cuando él estaba acostumbrado á arrollarlo todo usando omnímodamente de la autoridad que se le habia confiado.

Colodro y Corneja pensaban de una manera que puede reducirse á estas palabras:

—¡Anda, anda, y qué bien que les busca este señor las cosquillas; mira, mira como se callan.

Colodro y Corneja representaban la opinion pública, que se alegra cuando un diputado, prescindiendo de la forma parlamentaria, pone como un trapo á un poder.

—Aquí no ha sucedido nada,—dijo el marqués siguiendo en su tono imperativo,—ya sé yo que no podrá ocultarse en el pueblo la explotacion de esa señorita; pero como esa señorita no permanecerá en el pueblo, importa eso muy poco.

—¿Cómo que no permanecerá en el pueblo esa señorita?—dijo probando una rebeldia don Braulio,—¿pues quien me va á quitar el dominio legítimo que tengo sobre ella?

—Su mismo padre el duque del Humbroso; mi amigo,—contestó súbitamente el marqués.

Tembló de nuevo el mísero de don Braulio.

La horrenda perspectiva de las cuentas, se presentó á su vista, aterrándole.

El marqués continuó:

—He resuelto que esa señorita se vuelva con nosotros á Madrid. En cuanto á ese Ginesillo Medio-dedo, que segun parece á seducido hasta cierto punto, á esa jóven, ya se verá lo que debe hacerse con arreglo á lo que se averigüe, y teniendo siempre en cuenta la felicidad si no completa, posible, de esa señorita. En cuanto á usted, amigo mio, que se queja del palo que le han dado, repito lo que ya tengo dicho: quien se mete en lo que no le importa, se expone mucho á encontrar lo que no le conviene. En cuanto á usted,—añadió dirigiéndose al alcal-

de,—he dicho. En cuanto al diputado que ha de elegir el pueblo...

—Señor marqués,—contestó el alcalde,—mire vuecencia que aquí hay dos inferiores y hay cosas que no deben arreglarse así como quiera en mitad de la plaza.

—Me importa muy poco; todo lo que se hace hoy aquí, allá y en todas partes, en España como en Francia, en Inglaterra, como en el Perú, se hace á ojos vistas. Y sobre todo no soy yo quien retiene á esos dos inferiores, ni porque estén presentes he de dejar yo de decir todo aquello que se deba decir.

—¡Vamos, fuera; al corral!—dijo don Braulio á Colodro y Corneja.

Colodro obedeció refunfuñando, pero como Corneja no estaba bajo la jurisdicion del médico, se mantuvo quieto.

—¿No vé usted, señor don Usufructo,—dijo don Braulio,—que he echado al corral á la acémila que me sirve? ¿Por qué no echa usted á ese estúpido?

—Porque ese necesita sin duda, que yo le enderece la vara,—dijo el alcalde.

Y se fué á Corneja con el baston de caña de Indias y puño de plata.

Corneja se vió obligado á obedecer, y se largó.

Don Braulio se fué detrás de él y cerró la puerta del corral: luego cerró la otra del postigo.

—Esto se ha debido hacer desde el principio. Cancion nos vá á quedar en el pueblo, para yo no sé cuanto tiempo, con lo que han oido esos bribones.

—Será una cancion más, de las muchas que hay en todos los pueblos,—dijo el marqués.

—Si señor, pero no habia necesidad.

—Concluyamos, señores,—dijo el marqués,—que es muy tarde y yo tengo sueño. Respecto á la señorita Casilda, nos la llevamos á Madrid: en esto no hay que decir una sola palabra: lo he dispuesto así, y así será. En cuanto al acta...

—Y bien, en cuanto al acta, ¿qué señor marqués?—dijo el alcalde.

—¿No hemos convenido en que será elegido diputado el señor don Antonio Cantillana?

—Pero, señor marqués, ahora que estamos solos le diré que todo está ya hecho: los otros candidatos se han gastado hasta la cerilla de los oidos, con personas influyentes, y nos pueden dar un mal rato y tomar de nosotros una venganza grave si no se les sirve. Ya vé vuecencia; por mi parte nada quiero; yo tengo valor cívico para resistir todas las consecuencias que sobre mí vengan por haber cumplido con mi deber porque yo estoy seguro que cumplo con mi deber atendiendo á las indicaciones de una persona tan importante, tan digna, tan ilustrada como vuecencia; sé que cuando vuecencia se interesa por don Antonio Cantillana, es porque á la causa pública conviene que ese señor represente como diputado de la nacion los intereses del distrito de Cercedilla; pero no todos son tan patriotas y tan desinteresados como yo, excelentísimo señor.

—Está usted soltando un discurso inútil,—dijo riyéndose el marqués,—y no es usted tan rudo para alcalde

de pueblo. Creo que ha hecho usted mal en trabajar para otros en las elecciones, porque usted debia trabajar para sí mismo. Y aseguro á usted que lo que acaba de decir hubiera causado gran sensacion en el seno de la representacion nacional.

—Pues mire vuecencia que no creo yo haber dicho nada que mereciese la pena.

—Sí, hombre, sí, usted ha hecho aquí lo que allí hacen todos: afectar un patriotismo que no sienten y marchar hácia su negocio protestando que todo lo hacen por el interés público, por la gloria nacional, por la moralidad, por... por... por...

—Señor marqués, yo digo lo que siento.

—Lo que usted siente es el compromiso en que se encuentra, y toda su peroracion de usted viene á parar á lo siguiente: «yo estoy comprometido, yo me expongo á que me averigüen ciertas cosas y me arruinen ó poco ménos, y, ¿qué voy ganando en el negocio?»

—Señor marqués...

—Nada, nada, concluyamos; que como repito tengo sueño. ¿Cuánto se necesita para indemnizarle á usted del compromiso en que se pone? ¿No me ha dicho usted poco antes, cuando veniamos á esta casa, cuando estábamos solos, cuando nadie nos oia, que se necesitaban cuatro mil duros?

—¿He dicho yo eso, excelentísimo señor? Indudablemente lo he dicho porque no puedo suponer que vuecencia falte á la verdad; pero hay que distinguir porque si yo he dicho eso, no es por mí cuyo purísimo patriotis-

mo le aseguro á vuecencia no necesita recompensa de ningun género, sino por los demás.

—Vamos, vamos, señores, ¿qué se necesita, cuatro mil duros? Bien, importa poco, ocho mil. ¿Quiere usted hacerme el favor de un papel don Braulio?

—Si señor. Sí, señor excelentísimo,—contestó el médico, que sudaba la gota gorda, porque no sabia por donde iba á salir aquello,—pase vuecencia si quiere á mi despacho.

Como sabemos estaban en la cocina.

Pasaron á la sala del médico donde habia una gran mesa.

Se sentó en un antiguo sillon el marqués.

Don Braulio le puso delante un pedazo de papel.

El marqués escribió lo siguiente:

«Pagaré á...»

—¿A favor de quien estiendo el pagaré?

El alcalde se rascó la oreja.

—A favor de don Braulio,—dijo.

—No, no señor, no me metan ustedes á mí, en estos belenes, que no quiero nada que huela á cuentas. Yo soy hombre muy cabal, y no quiero que haya el más leve motivo para que se dude de mi probidad, de mi justificacion, de mi buena fé.

—¿A favor de quien estiendo este pagaré?—repitió el marqués.

—Estiéndalo vuecencia á favor de don Usufructo.

—No señor, no, de ningun modo: yo soy una autoridad y no puedo mezclarme en estos negocios.

—¿A favor de quién?—repitió el marqués.

—Pues señor,—dijo el alcalde,—á favor del fiel de fechos.

—¿Y cómo se llama ese señor fiel de fechos?

—Se llama Agapito de Salteafuera.

—Bien, muy bien.

Y el marqués siguió escribiendo:

«Pagaré á la órden de Agapito de Salteafuera, fiel de fechos de Cercedilla, á la vista en Madrid, ciento sesenta mil reales.

»Cercedilla, etc.

EL MARQUÉS DE OLITE.»

—Tome usted,—dijo el marqués al alcalde despues de haber echado polvos al pagaré.

—Muy bien, excelentísimo señor, pero aseguro á vuecencia que de esto no es para mí ni un ochavo. ¿Y cómo no? En caso de que yo atropellase la moralidad ó la justicia, no seria por un interés mezquino, sino por servir á una persona tan buena, tan digna y tan respetable como vuecencia.

—Basta, basta, me marcho que es muy tarde. Amigo mio, tenga usted la bondad de acompañarme á mi posada,—dijo el marqués dirigiéndose á Bartolote.

Bartolote se echó á temblar de los piés á la cabeza.

Habia venido á espiar al marqués por mandato de su ama, y el marqués le habia apresado.

Bartolote no estaba muy tranquilo acerca de las consecuencias de verse en poder del marqués; pero no se atrevia á negarse.

Sin embargo, probó un medio y dijo:

—Me duele tanto esta contusion, que no sé si podré llegar hasta el alojamiento de vuecencia, porque á la verdad me dán vértigos y he dominado más de un vahido.

—No importa, no importa, amigo mio,—dijo el marqués,—yo le daré á usted el brazo y si se pone usted malo en el camino, llamaré á una casa y no faltará quien le conduzca. Nada, nada, acompáñeme usted.

—Sea como vuecencia quiere,—dijo Bartolote poniéndose de pié.

El marqués se puso su sombrero y se encaminó á la salida.

Llegó á la puerta que no fué necesario abrir porque estaba abierta, y que no era fácil de cerrar porque el animal de Corneja habia violentado su cerradura.

El marqués se despidió.

—Señor don Braulio, celebro mucho la ocasion de haber conocido á usted: lo que soy, lo que tengo, lo que puedo y lo que valgo, está á la disposicion de usted. Señor alcalde, ¿usted se queda?

—¿Qué me he de quedar yo teniendo vuecencia que atravesar el pueblo cuando se encuentra lleno de mala gente por eso de las elecciones? No, señor, no, de ninguna manera. Don Braulio, como dueño de la casa cuyas puertas no me atrevo á tocar, haga usted el favor de soltar al Corneja y darle un farolillo para que su excelencia no tropiece, que el piso es muy malo, y si no se lleva luz se expone cualquiera á quedarse perdido en un carril.

Don Braulio soltó á Corneja y mandó á Colodro que le diese una linterna.

Al fin se pusieron en marcha.

XIII.

—Pues señor, está muy bien,—dijo don Braulio,—se me ha escapado Casilda, se ha apoderado de ella éste marqués ó éste demonio, y sabe Dios por donde resultará esto. ¡Y yo, bestia de mí, que he empleado mi dinero en tierras que no puedo meter en el bolsillo y llevármelo á otra parte! En fin, no hay que apurarse, la situacion no es todavía tan difícil que hayamos de desesperarnos. ¡Estúpido! ¿Por qué habré tenido yo tanta confianza con Bartolote? ¡Ya se vé, le creia un bribon de talento que se uniria á mí como uña y carne para hacer negocio! Pues no señor, no; el mal más grave de los que hoy nos afligen es que los tunantes no saben serlo, y que no se puede uno fiar, porque su avaricia le pone á uno en peligro de ir á presidio. ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! en fin, veremos.

Y don Braulio se acostó y poco despues roncaba de nuevo lo que queria decir que era un tunante que dominaba todas las situaciones.

XIV.

El alcalde, seguido de Corneja acompañó al marqués y á Bartolote hasta la casa de la tia Piñona, á la cual el marqués llamó.

La tia Piñona, atenta á la ganancia que podia produ-

cirle su ilustre huésped, no se habia acostado y como trasnochaba, estaba del peor humor del mundo.

Abrió y dijo sin poder dominar su mala educacion:

—Vaya, señor, yo creia que su excelencia se acordaria de que las gentes tienen que dormir.

El marqués no contestó á la tia Piñona, se volvió al alcalde y le dijo:

—Conque vamos, señor alcalde, ya sabe usted lo que hay que hacer.

—Sí, señor marqués,—dijo el alcalde.—Que vuecencia pase muy buena noche.

El alcalde, seguido de Corneja, se alejó.

La tia Piñona cerró la puerta.

Bartolote habia entrado con el marqués.

—¿Es éste otro huésped?—dijo la tia Piñona, como quien dice: «hay tambien que pagarme por este señor.»

—Sí,—contestó el marqués,—es mi mayordomo, póngale usted una cama en el mismo aposento en que está la mia.

—Muy bien, señor, muy bien, pero ya sabe vuecencia que dos huéspedes no son lo mismo que uno.

—Naturalmente,—dijo el marqués,—eso no hay que advertirlo. Haga usted cuanto antes lo que le he dicho.

Una vez solo el marqués, dijo á Bartolote:

—Acuéstate.

—¡Cómo, señor marqués!—dijo Bartolote,—¿acostarme al par que vuecencia?

—Sí, porque yo me voy á acostar tambien; estás enfermo.

—En verdad, en verdad, señor marqués: que he reci-

bido un golpe formidable, y que solo lo fuerte de mi constitucion, ha podido resistir, pero así y todo he estado sin sentido más de media hora.

—¿Por que te has puesto en el caso de que te suceda ese percance?

—Ya le he dicho á vuecencia ó por mejor decir, ya me lo ha oido decir vuecencia; porque mi amigo Braulio Zancudo me reveló el secreto del orígen de esa jóven; yo sentí ruido, Braulio estaba en siete sueños, me levanté, me vestí y llegué á tiempo, no de impedir el rapto de esa jóven, sino de recibir el golpe que me dió su novio.

—¿Y á que has venido al pueblo?—dijo el marqués cambiando de objeto en la conversacion.

—Ya lo sabe vuecencia, me ha enviado mi señora doña Mercedes Cancamusa.

—¿Y á qué?

—Siguiendo á vuecencia.

—¡Ya, siguiéndome! ¿y qué importa á doña Mercedes que yo vaya á esta parte ó á la otra?

—Doña Mercedes está enamorada de vuecencia.

Se extremeció nuevamente el marqués.

Doña Mercedes era la que habia causado la locura que le habia tenido errante por valles y selvas durante algunos meses; doña Mercedes habia sido el grande amor del marqués, y Bartolote le decia de improviso que doña Mercedes le amaba.

—Eso es imposible,—dijo el marqués,—tu señora no ama á nadie, tengo motivos para creerlo.

—Mi señora no se olvida jamás de vuecencia, mi se-

ñora se quejaba de que una funesta equivocacion hubiera hecho que usted se ofendiese y se alejase.

—Yo no te conozco,—dijo el marqués,—no te he visto nunca.

—Porque yo he entrado al servicio de la señora hace tres años, cuando ya vuecencia habia roto con ella.

—Y tu señora, ¿te ha confesado que me amaba?

—No, no señor de ninguna manera, doña Mercedes no tiene conmigo confianza alguna, pero me repite á cada instante: «estoy con mucho cuidado por uno de mis mejores amigos, el señor marqués de Olite, del cual no sé lo que haya sido de él,» y cuando doña Mercedes decia estas palabras, yo conocia que amaba á vuecencia, además de eso, hemos viajado por Europa y por América y en todas partes ha preguntado cuales eran las personas de distincion que en el lugar donde ella estaba se encontraban y yo comprendí lo siguiente: «cuando mi señora hace estas preguntas, es que quiere saber del señor marqués, que le busca.»

—¿Crees tú que haya ido á buscarme á casa de mi tio el conde de Rabigo?

—Estoy seguro de ello, señor marqués.

—La encontré esta mañana muy temprano, y la verdad, como mi tio es hombre de negocios...

—No sé que sea mujer de negocios mi señora,—dijo Bartolote.

—¿Y en qué se ocupa?—preguntó el marqués.

—En nada, en viajar, en pasear en ir á esta reunion, ó á la otra, á los espectáculos, en hacer obras de caridad.

—¿De qué vive?

—No lo sé, de su dinero, señor marqués.

—Pero bien, ¿de dónde la viene ese dinero?

—Lo ignoro, pero siempre tiene cuanto necesita á pesar de que gasta mucho.

—Ese es un misterio,—dijo el marqués.

—Misterio el cual yo no he descubierto todavía.

—Tú cumples con tu deber encubriendo á tu ama.

—No, porque mi verdadero amo es vuecencia.

—Tienes razon, pero aunque yo sea tu amo, quiero que continúes al servicio de doña Mercedes.

—Perfectamente, señor.

—¿Qué hombre es ese don Braulio á quien he conocido esta noche?—dijo el marqués cambiando de nuevo de conversacion.

—Ese don Braulio, señor, es una especie de pillo de mal género, que en su mocedad vivió de muy mala manera, contrajo muy malas relaciones y al fin y al cabo cansado de una vida para la que no tenia valor aunque sí sobrado ingenio, buscó no se cómo, por medio de una mujer, la plaza de médico de el pueblo en donde una aventura le procuró la tutela de esa señorita Casilda.

—Cuéntame, cuéntame eso,—dijo el marqués,—pero acuéstate, hombre, acuéstate, enfermo como estás te sostienes muy mal en pié, ¿qué importa que te acuestes aquí? no nos vé nadie, yo puedo dormir en el aposento donde duerme mi mayordomo.

—¿Pero de veras, señor, me nombra vuecencia su mayordomo?

—Sí, mi mayordomo al servicio de doña Mercedes.

—Muy bien, señor, serviré á vuecencia de tal manera, que se alegrará de haberme cogido espiándole.

—Así lo espero y si no peor para tí, porque yo no tolero que se me sirva mal; cuentame las relaciones de esa señorita Casilda, con el médico don Braulio tu amigo, pero acuéstate antes.

El marqués se habia acostado ya, ayudado á desnudar por Bartolote, á pesar del mal estado en que le habia puesto la paliza de Ginesillo Medio-dedo.

Bartolote se acostó respetuosamente vestido, no se echó sino que se quedó incorporado en la cama.

CAPITULO XII.

Desenlace de las elecciones y aparicion de un antiguo personaje.

I.

En esta disposicion contó al marqués todo lo que sabia acerca de Casilda, pero se guardó muy bien de decir que habia contraido proyectos acerca de ella.

—Muy bien, muy bien,—dijo el marqués,—pero son ya las tres de la mañana; las elecciones empezarán mañana á las diez, concluirán á las tres y á esa hora nos vamos á Madrid, Bartolote; cuando lleguemos te vás á casa de tu señora y la cuentas lo que has visto ménos el que yo te he tomado á mi servicio. ¿Entiendes?

—Sí, señor, sí.

—Pues á dormir.

El marqués se envolvió en la ropa del lecho y á poco se quedó dormido.

Bartolote se desnudó y se acostó formalmente: á pe-

sar del dolor que sentia en el cogote, se durmió también.

Al dia siguiente á las dos y media de la tarde, terminado el escrutinio, la mesa proclamó diputado por el distrito de Cercedilla á don Antonio Cantillana, con gran sorpresa de don Modesto y de don Simon Martinez Cuero, que querian comerse á los agentes que les habian ofrecido que serian diputados y á los cuales habian pagado largamente.

—Bien, bien hecho, ¿quién sabe lo que sucede en unas elecciones? se compromete este, el otro, el de mas allá y luego á lo mejor, faltan; esto es una piratería, nosotros no lo hemos podido remediar, hemos servido perfectamente á usted, pero no podiamos prever que se nos hiciera traicion; esto tendrá mal resultado, porque á nosotros no nos engaña nadie á mansalva, pero en fin ya no tiene remedio, se conoce que ese marqués que ha venido anoche á última hora, ha seducido á fuerza de sacrificios á los electores.

—¿Pero nosotros nos hemos de quedar sin dinero y sin acta?

Los agentes se encogian de hombros.

—¿Y qué quiere usted que hagamos nosotros? por nuestra parte podemos darle á usted lo que nos ha correspondido, pero á los demás, ¿quién se lo pide, cómo se publica eso, ni cómo se cita á juicio de acreedores á los que toman dinero, se comprometen y luego faltan á ello? Estas cosas son muy serias, señor don Modesto, ó señor don Simon esto es muy grave, no hay mas que tener paciencia y para otra vez vivir mucho mas prevenido.

—Lo que equivale á decir que no hay mas que fastidiarse y dejarse robar y dar las gracias, vayan ustedes con Dios.

—Queden con Dios,—dijeron los agentes,—que otra vez será otra cosa.

En fin, don Antonio Cantillana salió del susto triunfante con su acta en el bolsillo; asistió á la gran comida que se daba en la casa del pósito á los electores, costeada segun se decia por lo bajo, por el fiel de fechos; como que el fiel de fechos tenia en su bolsillo un pagaré de ocho mil duros, firmado por el señor marqués de Olite, que por lo mismo no hacia otra cosa que preguntar:

—¿Conocen ustedes al marqués de Olite?

Y todos respondian.

—Hombre si el marqués de Olite es un señor muy rico, pero se dice que ha estado loco ó que lo está.

Esto inquietaba terriblemente al fiel de fechos porque decia:

—Supongamos que está loco el marqués, y que tiene sus bienes en tutela. ¿Cómo reclamo yo estos ocho mil duros? No, esto seria haber obrado con demasiada mala fé; yo que he soltado seis mil duros, ¡válgame Dios! para otra vez aseguro que no he de andar tan ligero y en cuanto concluya la comida, me voy á Madrid detrás de ese marqués, y en cuanto llegue le presento el pagaré y salimos de dudas.

Pero como el marqués no comia, á lo ménos con los electores, mientros duraba el festin electoral se puso en camino, y es el caso, que no se puso en camino solo, sino que se pusieron tambien en camino con él, el cura el ca-

pellan don Cleofás con su pierna entrapajada tendido sobre un almohadon de un coche, las dos sobrinas del cura, doña Práxedes, Teresa, Dolores y Casilda.

El cura no se habia quedado en el pueblo porque decia:

—Un canónigo no debe estar ni un momento más en la parroquia de una villa.

Y entregó los libros y todo cuanto tenia que entregar al teniente, que quedó haciendo de cura párroco.

Doña Práxedes se habia pasado toda la noche sacando de entre el trigo los diez mil duros en onzas de oro, que le habia dado el fiel de fechos en dos taleguitos y los habia metido en el baul lo que habia hecho decir al mozo del pueblo que habia puesto ciertos muebles y utensilios del cura en un carro:

—¡Cuanto pesa esto, señor, qué rico debe ser don Silvestre.

En fin, el cura habia dejado poder al alcalde para que arrendase en el estado en que se encontraba la sementera y las haciendas que tenia en el pueblo; podia decirse que don Silvestre se traslaba á Sevilla con una renta de treinta y seis mil reales, doce mil de la canongía y veinticuatro mil que le producian sus tierras de Cercedilla.

Don Cleofás se habia vuelto á Madrid porque nada tenía que hacer en el pueblo á que solo habia ido para buscar un retiro á Dolores, pero Dolores impresionada por su nuevo amor, por un amor que creia el más grande, el único de su vida, por el amor del marqués, habia dicho que no queria sentenciarse á la soledad de aquel pueblo y que se volvia á Madrid; Teresa era la que iba

muy triste, se dejaba en el pueblo á don Antonio Cantillana hecho ya diputado; una secreta inquietud decia á Teresa que ella no habia sido mas que un medio del cual don Antonio Cantillana se habia valido para llegar á ser diputado por medio de la influencia del cura; al capellan le inquietaba tambien el que se quedase en el pueblo don Antonio, pero decia:

—Bueno, él jurará, tomará asiento, puede ser que no quiera casarse con esta; pero en fin, veremos si puede burlarse de ella viviendo yo ó no puede burlarse, porque en cuanto se me pase á mí esto del tobillo, nos veremos las caras.

Las dos sobrinas del cura, iban contentísimas porque salian del pueblo á ver mundo; como quien no dice nada para vivir en Madrid algunos dias divirtiéndose, y despues para ir á ver á Sevilla, que segun las habian dicho, era una ciudad tan buena ó mejor que Madrid.

Cuando entraban por la puerta de Bilbao en dos coches los dos curas y sus dos familias por decirlo así, á caballo el marqués y su ayuda de cámara Ambrosio, y detrás á alguna distancia Bartolote haciendo su papel de espia, desembocó por la puerta otro ginete, de color de cobre, bravío, terrible.

Dolores que iba asomada á la portezuela hablando con el marqués vió al indio y se inmutó.

El indio se puso verde y lanzó una mirada furiosa al marqués de Olite porque aquel indio era Kin Kakop Atahualpa.

El marqués ni aun siquiera reparó en el indio, si hu-

biera reparado le hubiera mirado con un altivo desden y hubiera pasado adelante.

El indio no se volvió, pero cuando habia entrado el coche que conducia á Dolores por la puerta, esperó algunos minutos y se puso en seguimiento del coche.

Éste fué á parar delante de la fonda de las Peninsulares con el otro coche en que iba don Silvestre y su familia.

Toda aquella gente desembarcó, se metió por el ancho portal, subió por las anchas escaleras y á poco estaba instalada en aquella especie de arca de Noé.

Kin Kakop Atahualpa, permaneció algun tiempo indeciso á la puerta de la fonda, y despues se dirigió á lo largo de la calle de Alcalá, tomó por la de Peligros y por la plazuela de Bilbao, fué á la calle de Hortaleza y se metió en su casa.

II.

Bartolote se fué al hotel de Lóndres, y encontró á doña Mercedes, que le esperaba impaciente.

—Y bien,—preguntó á Bartolote,—¿dónde ha ido?

—Al pueblo de Cercedilla,—contestó Bartolote.

—¿Y á qué?

—A hacer un diputado.

—¿Cómo un diputado?

—Sí; estamos en tiempo de elecciones.

—¡Ah! es verdad, me habia olvidado,—dijo Mercedes,—¿y se ha metido ahora en la política el marqués?

—Así parece.

—¿Y no ha ido más que á eso?

—Lo ignoro, señora; eso solo es lo que he podido saber, y que por su influencia ha salido diputado don Antonio Cantillana.

—¡Cómo! ¿ha triunfado el candidato conservador?

—Sí, señora; si allí ha habido una intriga de quince mil y más demonios; en fin, una hora antes de la proclamacion del diputado, no se tenia seguridad acerca del candidato en quien pudiera recaer la eleccion.

—¿Y estás seguro de que á eso solo ha ido el marqués á ese pueblo?

—A eso solo, señora.

—Bien, retírate.

Bartolote habia cumplido el compromiso á que se habia obligado con el marqués; verdad es que el marqués le habia impuesto, no ya respeto, sino temor, porque el marqués le habia dicho:

—Tú podrás hacer lo que quieras, venderme ó serme fiel, pero si me vendes, mira cómo te adobas el pellejo, para que yo no pueda cobrarme en él la traicion que me hayas hecho.

Y de tal manera creia Bartolote capáz al marqués de hacer lo que ofrecia, que ya hemos visto de qué manera engañó á su señora en beneficio del marqués.

CAPITULO XIII.

I.

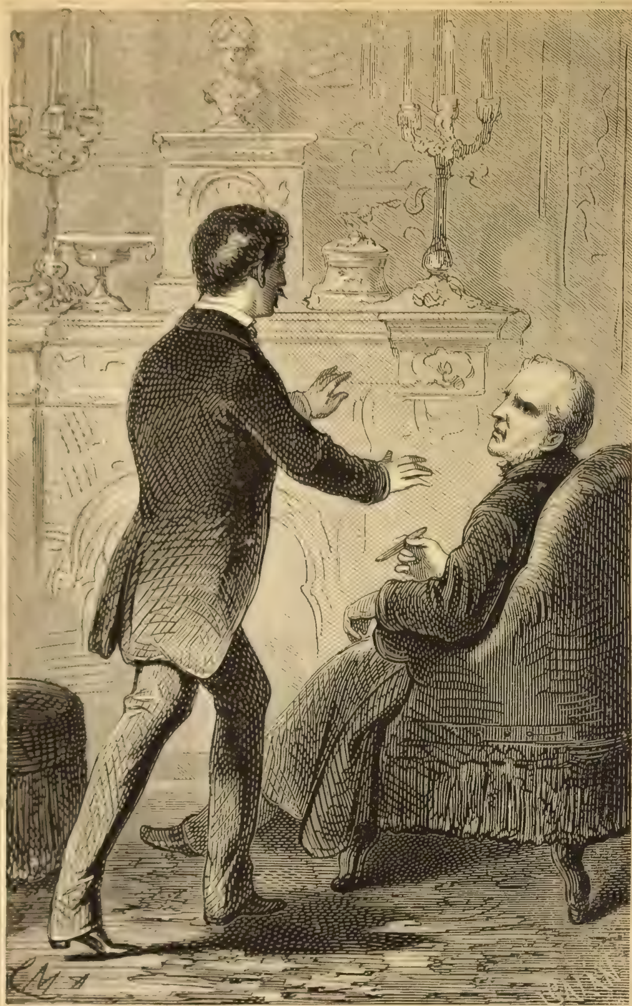
Primeras consecuencias de las elecciones de Cercedilla.

El duque del Humbroso se fastidiaba terriblemente, no sabia qué hacerse, tenia todo lo que en la parte material puede desearse, todo el respeto y todas las consideraciones sociales que pueden exigirse.

Era al oscurecer, y estaba sentado junto á una chimenea en su sombrío gabinete, fumando un enorme cigarro habano, cuando le anunciaron al señor marqués de Olite.

—¡Eh, diablos!—dijo el duque,—¿de dónde sale ahora ese? ¿no decian que andaba como una cabra montesa por el campo, y que su tio el conde de Rabigo le dejaba, por no verse obligado á meterle en una casa de locos?

—Si señor, sí,—dijo el ayuda de cámara á su amo,—



Don Fernando se acercó al duque con las manos extendidas.

eso se ha dicho y eso se dice, pero la verdad es que en el señor marqués no se vé indicio alguno de locura y está esperando, señor.

—Nada, nada, que pase al momento.

—¿Aquí?

—Aquí, sí; el marqués de Olite es una persona de confianza, como de la casa.

A poco entró don Fernando, y se acercó decididamente al duque con ambas manos extendidas.

El duque ni aun se habia levantado, lo que significaba que tenia una gran confianza con el marqués.

—Siéntese usted, siéntese usted, mi querido Fernando,—le dijo,—reciba usted la enhorabuena, porque al fin le vemos á usted sano y salvo, y con las apariencias del mejor juicio del mundo.

—En efecto, don Juan,—dijo el marqués,—yo no sé qué ha pasado por mí durante algun tiempo, que segun dicen, se me ha tenido por loco; por mi parte yo no me acuerdo de nada más que así como en un sueño, de que he pasado muy mala vida; mi tio dicen que me ha dejado en paz corriendo por esos montes, y siempre seguido de tres criados suyos para que cuidasen de mí, porque le dolia meterme en una casa de locos.

—Eso se ha dicho, y todo el mundo ha elogiado la conducta de su tio el conde.

—Sí, pero mi buen tio creia de buena fé, que estar por esas montañas era lo mismo que andar por los paseos de Madrid ó por las calles, y que yo no me encontraria nunca con los lobos ni con los toros cerriles. Crea usted, don Juan, que he escapado por milagro, sin contar las

grandes heladas, las nevadas, los torrentes, los aguaceros.

—Nada, nada, amigo mio, ha vivido usted como don Quijote en Sierra-Morena.

—Más bien como Cardenio,—replicó don Fernando,—pero no es ese el caso; me alegro mucho, muchísimo, por usted, de haber estado en esa situacion.

—¿Que se alegra usted por mí?

—Si señor, por usted, porque he descubierto algo que atañe á usted en gran manera.

—¡A mí!

—Si señor, á usted; he encontrado en ese pueblo en poder del médico...

—¿Pero qué pueblo es ese? si no hemos hablado de ningun pueblo.

—¡Ah! es verdad, no hemos hablado de ningun pueblo; pues bien, ese pueblo es Cercedilla.

—¡Cercedilla!—dijo el duque, poniéndose pálido.

—Si señor, Cercedilla; ¿no tiene para usted ningun interés ese pueblo?

—No; creo que tengo allí algunas propiedades.

—¿Y no cree usted que tiene usted allí una hija?

Esta brusca pregunta del marqués aturdió al duque.

—¡Una hija! ¿quién le ha dicho á usted que yo tengo una hija en Cercedilla?

—Don Braulio Zancudo, médico del pueblo.

—¡Ah! ¿el médico del pueblo de Cercedilla se ha permitido decir que tiene en su poder una hija mia?

—No, no señor, eso no lo ha dicho á nadie don Braulio, sino en confianza á un grande amigote suyo; una

sucesion de acontecimientos me hizo que yo descubriese este secreto, porque en el pueblo todos han creido hasta ahora que Casilda es sobrina de don Braulio.

—Esa es una historia muy antigua,—dijo el duque,—una locura de los últimos tiempos de mi juventud: yo, que debia haber renunciado para siempre á las mujeres, porque siempre he salido mal pagado de ellas, me enamoré de una mujer terrible, de una mujer admirable, de una de esas mujeres que se apoderan de nuestra alma y de nuestros sentidos, que nos envenenan el corazon, que nos pierden, y á las cuales no se olvida nunca.

—¿Se llamaba Mercedes esa mujer, don Juan?

—Si señor, Mercedes se llamaba y se llama, porque existe.

—¿Era esposa de un intendente de ejército que estaba siempre viajando?

—En efecto,—contestó el duque.

—¿Tenia un apellido muy raro, un apellido extraño, que estaba en inarmonía con su talento, con su hermosura, con su alma?

—Sí, don Fernando, sí; usted conoce á esa mujer.

—Pero me parece imposible, don Juan, de todo punto imposible, que esa mujer á quien yo me refiero sea la madre de esa Casilda, que cuenta ya quince años.

—¿Y por qué, amigo mio, por qué?

—Porque la mujer á quien yo me refiero tiene en la actualidad, cuando más, veintiseis.

—¡Ah! una juventud eterna, amigo don Fernando; hace quince años esa mujer era tan jóven como ahora.

—Es verdad; yo la conozco desde hace tres años, y es siempre la misma, no pasa un dia por ella.

—Sí, es de esas mujeres que cuando dan el bajonazo se ponen viejas en veinticuatro horas, pero que entretanto tienen la juventud más fresca del mundo.

—Pero encuentro otra dificultad, para que sea la mujer á que yo me refiero la madre de Casilda.

—¿Y qué dificultad, don Fernando?

—Que esa mujer es la mujer más pura, la virtud más severa que he conocido; me cuesta trabajo creer...

—Don Fernando, acaba usted de convencerme de que conoce usted á la madre de Casilda; pero para terminar todas las dudas, ¿cómo se llama esa virtuosísima y hermosísima señora que usted conoce, que es esposa ó viuda de un intendente de ejército?

—Estamos al corriente, don Juan,—dijo don Fernando,—no hay duda alguna, esa señora se llama doña Mercedes Cancamusa.

—En efecto,—dijo el duque.

—Pero no acabo de convencerme,—repuso don Juan,—que una mujer tal como Mercedes, haya sucumbido á ser amante de nadie.

—¡Oh! amigo mio,—dijo el marqués,—ese es un remordimiento que me aquejará siempre.

Ya sabemos que el duque era de buena fé, hombre de corazon, cuando un móvil cualquiera no le obligaba á ser un canalla, á lo que sucumbia con suma facilidad, tal vez por debilidad de carácter, y sin medir bien las consecuencias.

—¡Ah!—dijo de una manera singular el marqués,—

¿con que doña Mercedes es para usted un remordimiento?

—Sí, amigo mio, sí, y vá usted á saber por qué. Hay en Madrid muchas casas perfectamente reputadas, que debian estar bajo la vigilancia de la policía; casas adonde llevan los maridos á sus mujeres, los padres á sus hijas, creyendo de buena fé aquellas casas santuarios del honor. En una de estas casas, que me era muy conocida, conocí yo á Mercedes Cancamusa hace diez y seis años, cuando ella tenia veinticuatro indudablemente.

—¿Pues qué tiene ya cuarenta años Mercedes?

—Sí, amigo mio, sí, exactamente cuarenta años; yo tuve interés en informarme, me informé, y me informé completamente: tuve en mis manos su partida de bautismo.

—¿Y quién se fía de las partidas de bautismo, don Juan? Estamos en la época de las falsificaciones; se falsifican los padres de la misma manera que se falsifican los billetes de banco.

—Y de la misma manera que se falsifican los maridos.

—¡Cómo!

—¡Ay, amigo mio! no extrañe usted que yo acabe por casarme con esa divina mujer.

—¡Pero duque!

—Puedo legitimar á mi hija Casilda.

—¡Una hija adulterina!

—No, amigo mio, no, una hija natural, porque si bien yo era casado cuando tuve con Mercedes á mi pobre Casilda, Mercedes no lo era.

—¡Que no era casada Mercedes!

—No señor, no.

—¿Pues y el intendente de ejército que viajaba contínuamente por el extranjero?

—Amigo mio, ese intendente era un marido falsificado, es decir, un antiguo amigo del padre de Mercedes, que estaba encargado de ella, y que para cubrir las apariencias la llamaba su mujer.

—¡Ah! una historia misteriosa.

—Don Fernando, yo tengo confianza en el honor de usted, y puedo revelarle un secreto; permítame usted, vuelvo al momento.

II.

El duque se levantó, salió, y volvió á poco con una carpeta atada con una cinta de seda azul, dentro de la cual habia algunos papeles.

Se sentó de nuevo, puso la carpeta sobre la tabla de mármol de la chimenea, y abriéndose la bata y despues el chaleco, y por último la camisa, mostró á don Fernando una ancha cicatriz en el costado derecho.

—Esta cicatriz,—dijo,—se relaciona con estos papeles.

—¡Ah! ¿un duelo?—exclamó el marqués.

—Si señor, sí, un duelo á muerte, del que no resultó mi muerte por un milagro; un duelo con el príncipe de Valeuski, madgiar, húngaro, especie de lobo feroz, que me dijo cuando convalecí de la herida:

—Siento mucho que un hombre de honor no pueda

batirse con otro dos veces por un mismo asunto; me quedo con una sed rabiosa de tu sangre.

—¿Y por qué está relacionada esa herida con esos papeles, que sin duda son los papeles de familia de Mercedes?

—¿Por qué? porque el príncipe Miguel de Valeuski, uno de los más formidables y más ricos madgiares de Hungría, es el padre de Mercedes.

—¿Y es rico?

—Riquísimo, como que tiene suyas más de cincuenta mil almas.

—¡Ah! pues entonces ya se sabe de dónde saca Mercedes el contínuo, el inagotable oro con que sufraga sus gastos y sus caprichos.

—Y sus obras de caridad,—observó el duque;—pero continúo: Conocí á Mercedes en una de esas casas peligrosas que gozan de una reputacion sin tacha, gracias á la buena fé y á la ignorancia acerca del mundo en que vive la gran parte de la generacion actual. Yo conocia demasiado aquella casa. La dueña de ella era una criolla de Puerto-Príncipe, que decia tener en las Antillas haciendas y más haciendas: se la creia millonaria, porque su casa estaba admirablemente puesta. Se renovaba frecuentemente el moviliario, y se daban con frecuencia *soirées* espléndidas, que terminaban por una cena verdaderamente confortable.

Un mulato, tenido tambien por millonario, era el cónyuge de esta criolla.

III.

Mercedes me deslumbró, me fascinó, me embriagó, me volvió loco, y acudí á doña Petronila, que así se llamaba la criolla.

—¡Ah! no, no,—me dijo,—Mercedes viene aquí de buena fé; es una virtud intransigente, y yo no me atrevo á proponerla unas relaciones imposibles, segun su manera de pensar, con un hombre casado. A más de eso, Mercedes es casada tambien; y aunque pasa casi todo su tiempo separada de su marido, que viaja, es un modelo de esposas.

Cuando yo supe, porque me lo contó doña Petronila, que el intendente de ejército Sardinilla estaba todo el año viajando por el extranjero, siempre con comisiones del gobierno; que solo de año á año venia; que permanecia quince dias al lado de su mujer, y que á los quince dias volvia á irse, vi en ello un misterio. No podia comprenderse cómo un hombre, poseedor legítimo de un tesoro tal, se resignaba voluntariamente á privarse de él. Necesité esclarecer este misterio, y apelé á la servidumbre íntima de Mercedes. Corrompí á su doncella de confianza, y por ella supe que cuando el intendente venia á visitar á su mujer de año á año, vivia en la casa como un huésped, tratado con afecto por Mercedes, pero con el afecto de una amiga. El misterio crecia: pero no podia aclarármelo la doncella; doña Petronila tampoco: pero Mercedes recibia cada quince dias

una carta, y cada quince dias su mayordomo volvia de una casa de banca con una fuerte cantidad que tenia todos los visos de asignacion. Era extraño que una fuerte asignacion se enviase constantemente por tan cortos intervalos.

Esto tenia, sin embargo, su razon: Mercedes queria estar siempre libre para emprender un viaje: así es, que las letras que contenian las cartas, iban siempre á los lugares en que se encontraba.

Recurrí al mayordomo: pero me encontré con una fidelidad que no podia combatirse sino á fuerza de oro.

Gasté cuanto fué necesario, y al fin supe que las letras que el mayordomo cobraba, venian de París, libradas por una de las principales casas de banca de aquella capital. Yo estaba perdidamente enamorado de Mercedes.

En cuanto conocí la casa de donde partian las letras de cambio giradas á su órden, me fuí á París, y en aquella casa pregunté el nombre de la persona que enviaba gruesas cantidades á Madrid á doña Mercedes Cancamusa.

Me dijeron que no conocian á aquella persona aunque era cierto que de la casa se habian girado y se giraban fuertes cantidades sobre Madrid á la órden de doña Mercedes Cancamusa.

IV.

La policía sirve para muchas cosas, se pone de buena fé al servicio de aquel que la pide informes sobre una persona, á pretexto de ejercitar un derecho.

La policía francesa que es una de las mejores del mundo, me dijo al fin que la persona que giraba por medio de la casa C... fuertes cantidades sobre Madrid á la órden de doña Mercedes Cancamusa, era un viejo oficial húngaro, emigrado, llamado Victoriano Cárcamos, que vivia en la calle del Temple, número 50, tercer piso.

Entre Cárcamos y Cancamusa hay cierta analogía; por lo mismo, podia haber algo de comun entre doña Mercedes Cancamusa y don Victoriano Cárcamos.

Me fuí al número 50 de la calle del Temple, tercer piso, y me encontré en la modesta, mejor dicho, en la pobre habitacion de un soldado viejo.

El señor don Victoriano Cárcamos me recibió con suma finura.

A primera vista comprendí que era un hombre de honor, y que nada se podia recabar de él por dinero.

Entonces pensé en valerme de un medio poco noble, es cierto, pero que mi pasion disculpaba, dije al señor Cárcamos, que me habia enamorado de tal modo de doña Mercedes Cancamusa, que habia tenido necesidad de informarme acerca de todo cuanto fuese referente á ella, que habia sabido la extraña manera que tenian de tratarse como matrimonio el intendente de ejército Sardinilla

y doña Mercedes Cancamusa, manifesté al húngaro, por último, que si aquel era, como yo sospechaba, un matrimonio aparente, pedia al padre ó jefe de la familia de doña Mercedes, su mano, ofreciéndola mi título y mi grandeza de España.

V.

Esto produjo buen efecto en el viejo veterano, que incapaz de valerse de una superchería, no la sospechaba en mí, noble de raza, perteneciente á la altiva aristocracia española. Era completamente un hombre de buena fé. Me escuchó con una atencion séria, y acabó por revelarme que doña Mercedes Cancamusa era hija natural del madgiar príncipe de Valeuski, su hija única y queridísima, habida desgraciadamente en una pobre chica de condicion humilde de las montañas de Vizcaya.

VI.

El príncipe Valeuski, deslumbrado por la gloria de Napoleon, habia ido á servir en su ejército y componia como voluntario, parte de la legion extranjera del ejército que ocupaba la península.

Al fin de la guerra cuando se retiraban los ejércitos franceses, Miguel de Valeuski, se extravió en el país vasco, y una pobre niña de quince años, que guardaba unas cabras, sirvió de guia al ginete húngaro que caminaba á pié, llevando su caballo de la brida, porque el animal,

excesivamente fatigado no podia soportar el peso de su ginete.

El príncipe iba cansadísimo, la pobre niña le prestó como cabalgadura el humilde asno de su hato y le condujo á su caserío.

En él estuvo tres dias gozando de la franca hospitalidad del país vasco Miguel de Valeuski; su agradecimiento fué huir una noche con la hija del hogar que tan hospitalariamente le habia admitido dentro de sí.

Valeuski se habia enamorado de Marta, y la inocente Marta habia creido á Valeuski que la habia ofrecido casarse con ella en su tierra.

Pero desgraciadamente esto no sucedió, y pesóle harto al madgiar de la vileza que habia cometido con Marta, cuando amó de tal manera á su hija Mercedes, y hubiera hecho de buena gana el sacrificio de su vanidad gerárquica por legitimarla.

Pero Marta habia muerto un año despues de haber dado á luz á Mercedes á quien se habia puesto este nombre por la voluntad de su madre, y el apellido Cancamusa, porque este era el plebeyo apellido de Marta.

Mercedes se educó hasta los quince años en un convento.

A esta edad mostró una terrible antipatía á la clausura, su padre que la adoraba la sacó de ella. Poco despues, Mercedes expresó su deseo de viajar, y sobre todo, de conocer la lengua y la patria de su madre.

Tambien se satisfizo su deseo; pero enfermo y achacoso el príncipe de Valeuski, encargó su hija al señor de Sardinilla, antiguo comisario de guerra, afrancesado,

que al hacerse la paz habia salido de España con los ejércitos franceses.

Una grande amistad habia unido durante la campaña al principe húngaro y al comisario de guerra, hasta el punto de que se trataban como hermanos.

Sardinilla era además hombre maduro y de gran confianza para el príncipe: se encargó, pues, de acompañar á Mercedes, y para que nada pudiese decirse tomó á su lado la posicion aparente de marido.

Fuertes recomendaciones lograron se rehabilitase al antiguo afrancesado, y se le concediese un puesto en la administracion militar española.

Mercedes cumplió en España sus diez y seis años; á los diez y ocho hablaba el castellano con la correccion de una española, pero Sardinilla, puesto en contacto inmediato con Mercedes, se apasionó de tal manera de ella que comprendió lo prudente que seria una separacion, ni Mercedes podia amarle por su edad ya avanzada, ni el príncipe Valeuski, por más que Mercedes fuese su hija natural, se la hubiera dado por esposa.

Entonces empezaron las largas ausencias de Sardinilla, se confiaba demasiado en la educacion, en la virtud y en el honor de Mercedes, para atreverse á dejarla sola sin miedo, con casa montada como mujer casada.

Los resultados demostraron que no en vano se habia confiado en la virtud y en la dignidad de Mercedes, puesto que en cuatro años en que habia vivido completamente libre viajando con su servidumbre por donde habia querido, no habia dado el más ligero motivo por el que pudiese acusársela.

Y estaba vigilada desde la sombra por gentes explendidamente pagadas.

En aquellos cuatro años, habia ido dos veces á visitar á su padre.

Esta fué la historia que me contó el viejo veterano Cárcamos.

Esta historia aumentó mi amor y mi empeño: me encontraba còn una heroina de novela; con una vírgen aparentemente casada.

Continué, no sé con cuanta audacia en mi supercheria: me fingí soltero, y supliqué al honrado Cárcamos sirviese de intermediario entre el príncipe Valeuski y yo, para pedirle la mano de su hija, y en vista de la contestacion del príncipe, ir yo mismo á Hungría y pedirle en forma la mano de su hija.

Estaba resuelto á ser bígamo, exponiéndome á la pena que sobre mí trajese mi audacia.

Pero Dios ó el diablo lo dispusieron de otra manera.

VII.

El príncipe Valeuski vino en persona á París á contestar á la carta que le habia escrito en nombre mio su viejo amigo Cárcamos.

Habitaba yo en el Hotel Inglés, en un departamento excesivamente caro, y por consecuencia grandemente espléndido, porque en París no se puede tener una cosa excesivamente cara, sin que brille mucho; los franceses se han consagrado al culto de la exterioridad; el lujo es

en París y en las principales ciudades de la Francia un principio de utilidad y de conveniencia industrial.

Me sorprendió la visita que recibí: á mi buen conocido don Victoriano Cárcamos seguia un hombre admirable; de seis piés de altura, envuelto en pieles, pero en pieles riquísimas, y hermoso, aunque ya con la tez arrugada y los largos cabellos canos, tan hermoso como su hija Mercedes, que es un retrato encantador de su padre.

Maravillóme la altivez y la majestad del terrible madgiar, que sin embargo me trató de igual á igual con una cortesanía admirable.

—He debido venir,—me dijo,—porque pidiéndome vos por esposa una hija mia, natural, me favorece, y aunque me hubieseis pedido una hija legítima mia, yo os la hubiera dado, satisfecho con emparentar con un gentil hombre español.

La situacion se hacia verdaderamente difícil, el príncipe Valeuski, disminuyó en gran manera mi audacia: sin embargo, me habia ya lanzado demasiado y no era posible retroceder.

Se convino en el casamiento y el príncipe Miguel de Valeuski, hizo traer de Pesth la partida de bautismo de Mercedes y copia del acta de reconocimiento de Mercedes como hija única natural del madgiar príncipe Miguel de Valeuski.

Esos dos documentos están ahí en esa carpeta escritos en latin, está además en latin y en castellano el contrato matrimonial.

Se convino en que yo pediria la real licencia para

casarme, y con el pretexto de activar su despacho, partí para Madrid trayéndome esos papeles.

VIII.

Cuando me ví en camino, respiré, aquello se habia hecho demasiado sério.

Desde el momento empecé á buscar el pretexto que debia librarme del compromiso en que me encontraba metido: pero mi amor por Mercedes se irritó, y me atreví á todo.

Pagué expléndidamente á la criolla que me procuró engañando á Mercedes, una entrevista á solas.

IX.

Hay recuerdos, mi querido don Fernando, que enrojecen siempre de vergüenza á un hombre de honor, que en un momento de extravío, de exacerbacion de la pasion, de locura, se ha olvidado de lo que debe á los demás, de lo que á sí mismo se debe.

Permítame usted que omita un relato repugnante: me convertí de hombre en bestia feroz, cometí un verdadero atentado, mas que un atentado, un crímen por la fuerza, y el resultado de aquel crímen fué Casilda.

X.

Quedéme peor que antes porque Mercedes que no me despreciaba, me despreció desde entonces con razon: y no fué esto solo; la criolla y su esposo el mulato, sin que se supiera de donde venia el golpe, fueron sorprendidos por la policía, presos, encausados y sentenciados sin que en el proceso apareciese ni aun indirectamente Mercedes.

Pero yo no tuve duda de que el golpe provenia de ella.

Desde el momento en que la policía penetró en la casa del mulato y de la criolla, un registro dió los elementos para un ruidoso proceso.

Encontráronse pruebas de falsificaciones, de estafas, de torpezas; se probó en la causa que los tales esposos no poseian ni un palmo de tierra en ninguna parte, ni renta alguna que pudiese justificar los enormes gastos con que engañaban á la gente de buena fé que los creia millonarios.

Adelante: el mulato murió en presidio, y la criolla en la cárcel.

XI.

De presumir era que Mercedes, que de una manera tan terrible se habia vengado de los miserables que la habian perdido, intentase contra mí una venganza.

Yo no podia ser preso ni encausado por delitos, á no ser que Mercedes, echando á la calle su reputacion, me acusase de la violencia que yo habia ejercido contra ella.

Esto no era de presumir: la venganza vino de otra manera.

XII.

Aún no habian pasado quince dias desde el torpe hecho de que habia sido víctima Mercedes, cuando se presentó en mi casa el señor Cárcamos.

Su semblante no podia ser más hostíl ni más avieso.

—Tengo el disgusto,—me dijo,—de venir á emplazar á usted en nombre de mi amigo; mejor dicho, de mi hermano el madgiar príncipe Valeuski.

—¿Y por qué me emplaza ese señor?—pregunté á Cárcamos.

—Por el abuso que usted ha hecho de su buena fé,—me contestó el señor Cárcamos,—pidiéndole su hija por esposa cuando es usted casado.

—¿Y no más que por eso?—pregunté mirando profundamente á Cárcamos.

—Nada más que por eso,—respondió severamente Cárcamos,—y es bastante: hágame usted el favor de decirme con quien he de entenderme para arreglar este negocio.

Le indiqué dos de mis amigos, y tres dias despues, en el Soto de Migas-Calientes, nos batimos á espada el madgiar y yo.

Valeuski habia venido á Madrid solo para matarme, segun su dicho.

Es para mí todavía un misterio si supo ó no la ofensa que yo habia inferido á Mercedes.

XIII.

A los primeros pases me habia herido gravemente el madgiar.

Intervinieron los testigos, creyéndome herido de muerte; me hicieron sobre el campo la primera cura, me metieron en un carruaje, y me trajeron casi moribundo á mi casa.

Un mes largo estuve entre la vida y la muerte.

Al fin, convalecí, y curé; pero he quedado muy delicado del pecho, y obligado á observar un método excesivamente rígido.

Cuando estuve fuera de peligro, el madgiar vino á visitarme, y me dijo estas solas palabras:

—Siento mucho que las leyes del honor me impidan batirme dos veces con un hombre por una misma causa: agradeceré á usted mucho me dé motivo para que le mate.

Y se fué.

XIV.

Pasó el tiempo, pero no el amor desesperado que yo sentia por Mercedes.

Gastando cuanto fué necesario, pude tenerla espiada.

A causa de este espionaje, supe que si á los seis meses de mi falta habia hecho Mercedes un viaje á Andalucía, consistia en que estaba en cinta de una manera visible.

Mis espías siguieron hábilmente hasta su retiro á Mercedes. Este retiro era una casa de campo cerca de Córdoba.

Mercedes dió en ella á luz á una niña.

Esa niña era Casilda.

XV.

Pretendí desde el momento apoderarme de mi hija: mi objeto era tener un medio para obligar á Mercedes.

Dado su carácter, debia amar excesivamente á su hija.

Pero en todo un año no hubo ocasion de apoderarse de ella.

Se habia temido sin duda que yo pretendiese apoderarme de la niña, y se habian exagerado las precauciones.

Pero como yo gastaba largamente mi dinero y tenia buena gente á mi servicio, aprovecharon el primer descuido, y la niña fué robada y confiada por mí á una jóven viuda, pupila mia, que acababa de perder un hijo, y que se prestó á criar á mi hija, llevándosela al pueblo de Cercedilla.

Murió á los tres años, y yo dí la tutela de mi hija á un hombre de quien tenia excelentes informes: á un tal don Braulio Zancudo, médico titular de la villa de Cercedilla.

XVI.

—Un bribon deshecho, don Juan,—dijo don Fernando,—un pillo, en cuyo poder ha estado á punto de perderse Casilda.

—¡Cómo!—exclamó el duque.

Don Fernando contó al duque del Humbroso lo que habia acontecido la noche anterior en Cercedilla.

En cuanto el duque supo que Casilda estaba en el hotel de las Peninsulares, dijo á don Fernando:

—Dispénseme usted, voy á vestirme; despues de lo que ha acontecido, necesito ver al momento á mi hija.

Poco despues volvió el duque, vestido ya, bajaron ambos amigos, y entraron en un carruaje.

—A la fonda de las Peninsulares,—dijo el duque.

XVII.

—¿Y no conoce usted á su hija?—preguntó don Fernando.

—No,—contestó con algo de embarazo el duque.—Apenas habia sido robada Casilda, recibí una carta anónima, pero que por lo que contenia descubrí á la persona que la habia escrito, desfigurando su letra.

Aquella carta la tengo bien presente: decia así:

«No te envié tu hija en el momento en que nació, porque ignoraba si la amabas ó no: me la has robado, y esto me prueba que la amas. Si has pretendido hacerte

de ella una prenda para obligarme, te engañas: yo sé que aunque para mí has sido un infame, serás un buen padre para tu hija. Por otra parte, á tí te toca hacer frente á las resultas de un delito de que no soy responsable, ni siquiera cómplice.

»Nada esperes de mí; todo lo que puedo hacer es renunciar á mi venganza, por no privar de un fuerte apoyo á mi hija.

»Me voy á viajar por el extranjero: olvídate de mí; y si alguna vez vuelvo á Madrid y tú estás en él, ni aun pretendas verme, porque todo será inútil.»

En efecto, pasaron cuatro años sin que yo supiese por dónde andaba Mercedes.

Con el tiempo se templó mi pasion.

Sobrevinieron para mí nuevos empeños, y aun acabé por olvidarme de que en Cercedilla tenia una hija.

Lo que nos hace amar á nuestros hijos, no es el ser hijos nuestros, sino la costumbre de tenerlos al lado, de sufrir sus impertinencias, de gozar sus caricias infantiles.

Yo, puede decirse, que ni aun he visto á Casilda; la habia hecho una fortuna de dos millones de reales, que estaba confiada á un hombre de bien, á lo ménos así lo creia yo, y nada tenia que hacer ya: este era un negocio completamente concluido.

En cambio, no he podido olvidar nunca á mi pobre hija Enriqueta, cuyo paradero y cuya suerte ignoro.

A este punto se detuvo el coche delante de la fonda, y poco despues entraron en ella el marqués y el duque.

XVIII.

El indio, que habia dejado su caballo y habia vuelto, estaba en la puerta de la fonda.

Pero al ver el indio al duque, inclinó la cabeza, se encubrió, y el duque pasó sin reparar en él.

CAPITULO XIV.

En Madrid.

I.

Don Cleofás estaba impaciente: decia, que teniendo él casa, no tenia para qué estar en una fonda, á lo que contestaba don Silvestre, que no era una buena partida, habiendo estado juntos en el pueblo, y habiéndoles sucedido juntos tantas cosas, separarse de la compañía por una razon de egoismo.

—Si usted tuviera una casa muy grande donde cupiéramos todos,—añadia don Silvestre,—comprendo que cuanto antes debíamos emanciparnos de la fonda, porque todo esto es muy caro y muy malo; pero como usted probablemente vivirá en un tabuco, porque la renta de un capellan de monjas no creo yo que sea bastante para vivir en un palacio, comprendo que no podemos ir allá todos, y que cabiendo mejor aquí en este gran salon que nos han dado, aquí estamos mejor.

—Mire usted, don Silvestre,—dijo don Cleofás,—yo estoy que la camisa no me llega al cuerpo; en primer lugar, mis monjitas, que no me han visto en tres dias, que me quieren mucho, que estarán con cuidado.

—Don Cleofás, esta no es hora de ver á las madres, porque el convento estará ya cerrado á piedra y lodo.

—No le hace, no le hace; cerrado á piedra y lodo para todo el mundo, sí, pero para mí no, porque yo soy de la casa; y además de eso, don Silvestre, mire usted, Teresa está que parece que la han dado cañazo; Teresa piensa sin duda como yo, esto es, que ese hombre del diablo de quien se ha enamorado, en cuanto se haya visto diputado, se habrá olvidado de la promesa que la ha hecho de casarse con ella, y creerá que hay bastante con la canongía que por su recomendacion me han dado: y mire usted, don Silvestre, si he de tener á mi lado triste, y mustia, y desgraciada á Teresa, mejor quisiera no haber salido nunca de Madrid, ni haber estado en toda mi vida en Cercedilla, y continuar con mi pobreza de capellan de monjas; porque le aseguro á usted que el roquete me vá á pesar mucho, si yo veo á la pobre Teresa llorar y afligirse: estoy con el alma en un hilo, y por eso me urge ir á ver cuanto antes á don Antonio Cantillana, para saber á qué atenernos, y respirar si don Antonio es hombre de bien, ó pensar en la providencia que hay que tomar si don Antonio es un pillo, que quiere burlarse de nuestra buena fé.

—Pero, hombre de Dios, si el diputado por Cercedilla tenia que asistir al banquete que daba á los electores, y es posible que el banquete dure todavía, porque Dios

sabe cuánto se tenia preparado: si don Antonio no vendrá hasta mañana, ¿qué prisa le corre á usted, hombre de Dios, que no parece sino que aquí y entre sus amigos le vá á usted á pasar algo malo?

—Bueno, bien,—dijo don Cleofás,—está visto que yo he venido á este mundo para tener paciencia: me estaré por esta noche, pero mañana por la mañana salgo pitando á decirles á mis monjitas la misa de alba, á meterme en mi casita, y á buscar despues á ese señor Cantillana.

II.

Esta conversacion la tenian los dos clérigos, sentados el uno en una butaca, y el otro junto á él en la punta de un sofá.

Junto á la chimenea, profundamente abstraidas y pensativas, estaban Dolores, Teresa y Casilda: en medio de ellas, en un sillon, inquieta, y como gallina en corral ageno, estaba la señora Práxedes.

Las dos sobrinas del cura de Cercedilla andaban de acá para allá, mirando los relojes y los floreros que habia en las consolas, mirándose en los espejos, examinando las grandes láminas en litografía que estaban en las paredes; y que representaban los amores de Matilde y Malek Adel, y asombrándose de tanto lujo; porque para ellas todo aquello era maravilloso.

La alfombra ordinaria que cubria el pavimento; el papel bastante sucio y ahumado que forraba las paredes; la seda descolorida de los muebles y de las cortinas; los dorados de los marcos de cuadros y de espejos, todo esto

fascinaba á las pobres lugareñas, y se sentian allí con miedo, como si su conciencia las hubiera dicho que tanta grandeza no se habia hecho para ellas.

Y sin embargo, nada tan puro, tan fresco y tan inocente como ellas, habia entrado hasta entonces en aquel tétrico salon del hotel, que contenia cuatro grandes dormitorios, por cuya causa habian colocado en él á aquella especie de tribu.

III.

De improviso se levantó el tapiz de la puerta de entrada, y un camarero dijo:

—El señor duque del Humbroso: el señor marqués de Olite.

Se levantaron todos ménos Teresa, que permaneció impasible.

El duque y el marqués entraron.

IV.

Lo primero que vió el duque fué á Dolores, y se puso mortalmente pálido.

—¿Quién es esta señorita?—dijo al marqués el duque.

—¿Ha reconocido usted á alguien en ella?—le respondió don Fernando.

—Sí, sí, pero más tarde, dejemos esto por ahora,—contestó el duque, que temblaba de los piés á la cabeza, sin poder contener la conmocion que le agitaba, y se dirigió á Dolores; la saludó como si hubiera sido una perso-

na extraña, pero sin poder ocultar el efecto que sobre él habia causado la jóven, y que ésta interpretó de otro modo, y despues fué saludando á todas las personas que allí estaban.

—Y bien,—dijo á los dos eclesiásticos, que estaban vestidos con sus ropas talares;—¿ustedes son, el uno el capellan de las monjas de Santa María Magdalena, y el otro el cura párroco de la villa de Cercedilla?

—Servidor de usted, caballero,—dijo cada uno de los eclesiásticos, creyendo que por lo ménos tenia encima al ministro del ramo, es decir, al ministro de Gracia y Justicia.

—Necesito hablar con ustedes, señores, donde de nadie podamos ser oidos,—dijo el duque, de manera que no pudieran oirlo más que los dos eclesiásticos y don Fernando, que formaba parte del grupo.

—Pues para que ustedes puedan hablar con libertad,—dijo don Fernando,—yo voy á invitar á estas señoras á que demos un paseo; la mañana está hermosísima; la mayor parte de ellas no ha visto la córte, y creo que aceptarán gustosas la invitacion que voy á hacerlas.

En efecto, don Fernando, ayudado por Dolores, logró que cada una de aquellas hembras se metiese en su departamento á vestirse, por lo cual se quedaron ya solos el duque y los dos eclesiásticos.

V.

—Encuentro con ustedes, señores, y encargadas exclusivamente á su cuidado, segun me ha dicho el señor

marqués de Olite, á dos jóvenes que me interesan en gran manera, porque francamente hablando, y como en confesion, señores, esas dos jóvenes son hijas mias.

Abrieron tanto ojo y tanta boca los dos eclesiásticos al oir esta grave revelacion de un personaje, que, segun ellos, creian podia serles de gran provecho si lograban los tomase en su estimacion.

—Yo soy el duque del Humbroso,—dijo éste,—y puedo, ya que han sido ustedes hechos canónigos, hacerles mañana obispos. Como ustedes comprenden, las relaciones, los amigos, lo hacen todo cerca del gobierno.

—Excelentísimo señor,—dijo don Cleofás,—yo estoy bastante satisfecho con mi canongía de la santa iglesia catedral de Sigüenza.

—Y yo con la de la santa iglesia catedral de Sevilla.

—Esto no obsta,—continuó don Cleofás,—para que hagamos por vuecencia todo cuanto esté en nuestra mano.

—Déjense ustedes, por Dios, de tratamientos,—dijo el duque.—Lo que yo desearia por el momento, seria que ustedes no se alejasen tan pronto de Madrid, y que mantuviesen en su poder á esas dos jóvenes que son mis hijas, como he dicho á ustedes.

—Esas jóvenes,—se apresuró á decir don Silvestre,—no pueden ser más que doña Dolores y Casilda, porque lo que es en cuanto á mis sobrinas, no son hijas de nadie.

—No, no me refiero yo á sus sobrinas de usted, señor cura, sino cabalmente á esas dos jóvenes que usted ha nombrado, á Dolores y á Casilda. Conque, cuento con que ustedes se detendrán en Madrid algunos dias, el

tiempo suficiente para que yo determine la situacion de esas jóvenes.

—Convenido, señor duque, convenido,—dijo don Silvestre.

—Inútil es decir que de mi cuenta corren los gastos,—replicó el duque.

—¡Oh, señor duque!—exclamó don Cleofás,—esto es ya demasiado, es llevar muy adelante la galantería; además de eso, yo no puedo moverme tan pronto de Madrid, aunque supiera que me exponia á perder mi canonicato por no ir á tomar posesion á tiempo; yo tengo que arreglar aquí ciertos negocios de mi ama doña Teresa, que se encuentra en una situacion muy difícil, á causa de haber ido al pueblo de Cercedilla, de lo cual tiene en gran parte la culpa una de las señoras hijas de usted, doña Dolores.

—¡Cómo, cómo! ¿qué es eso?—dijo el duque.

—Sí, sí señor; doña Dolores, que quiso irse adonde nadie la conociese, apartarse del mundo, y como yo conocia á éste, que es mi antiguo amigo, en Cercedilla, dije: pues á Cercedilla me la llevo, se la encargo á mi amigo Silvestre, y él cuidará de ella. Yo creí de buena fé que Cercedilla no era camino para ninguna parte, que por allí no podia pasar nadie, pero me engañé porque me encontré que Cercedilla es un camino como otro cualquiera para hacer un diputado, y cuando á mí se me ocurrió llevar á la señora hija de usted á Cercedilla, estaba Cercedilla cabalmente ocupada en elegir su diputado, esto es, su representante ó su padre; y tales cosas han pasado allí, excelentísimo señor, que juro á vuecen-

cia por mis órdenes y por cuanto hay de sagrado en la tierra, que el haber tenido yo compasion y caridad de su señora hija de usted, me ha costado la paz del alma; y sabe Dios lo que vendrá respecto á mi pobre Teresa, que estaba muy tranquila sin acordarse de lo que era el amor ni el matrimonio, y ahora la tiene usted atosigada, y triste, y llorosa, porque el diputado por el distrito de Cercedilla la encontró al paso, supo que era ama de un cura que era amigo del cura del pueblo, y el muy pillo, sin duda para asegurar su eleccion, empezó á hacerla el amor, y como mi ama es una inocente que nunca ha andado en esos tratos, lo ha tomado tan á pecho y de tal manera se le ha despertado el amor que le dormia en las entrañas, que ahora mismo, señor duque, estoy yo atosigado, sin saber lo que tengo que hacer, si romperle el alma, salvas mis órdenes, al diputado, si no se casa con Teresa, ó rompérsela á Teresa para sacarla del cuerpo los amores del diputado.

—¡Báh, báh!—dijo el duque,—creo que no será necesario ninguno de esos dos extremos lamentables; nada de romper el alma; un sacerdote no debe ni puede hacer tal cosa.

—Poco á poco, señor duque; un sacerdote porque sea sacerdote no debe dejarse pisar, atosigar, destrozar y estar hecho juguete de un cualquiera que se acerque á él, confiado en que por respeto á su sotana le ha de dejar impune; ¿que un sacerdote es de peor derecho que cualquier otro hombre? no, no señor; un sacerdote antes que todo es un hombre, y debe ejercer su derecho de cuantas maneras le sea posible.

—Pero, amigo mio, usted habla de su derecho, y segun lo que resulta de lo que usted dice, quien debia hablar de derecho era su ama de usted.

—Yo tengo el derecho de proteger á los séres de quien me he encargado,—dijo don Cleofás;—yo llevé á la Teresita sana, salva y alegre á casa de don Silvestre, y la he traido cabizbaja, herida, medio muerta; ella no ha dado motivo para esto, que ha sido una traicion que se la ha hecho ó que pretende hacérsele, y pretendiendo yo, procurando yo, haciendo yo que esta traicion no se cumpla, cumplo con mi deber, porque éste, como usted sabe, no es asunto para ser llevado ante los tribunales; pero hay un tribunal supremo, un tribunal que juzga de una manera muy distinta de como juzgan los tribunales de por acá abajo, el tribunal de Dios, y por ante este tribunal yo haré lo que deba hacer.

VI.

Don Cleofás estaba verdaderamente atribulado, asustado, cuidadoso; el estado en que se encontraba su Teresita, le tenia poco ménos que con el alma en un hilo.

Teresita habia adquirido una misantropía que le parecía muy peligrosa á don Cleofás; era necesario curarla de esta misantropía, y hacer que se casase con don Antonio Cantillana, que despues de haber sido diputado no se presentaba á rendir el homenaje de su amor, á aquella á quien debia su acta de padre de la patria.

VII.

Don Silvestre estaba contrariado, porque habia dicho para sí:

—Este zopenco de Cleofás, con su Teresita ó con su diablo, vá á estomagar de tal manera á este señor, que no se le vá á encontrar dispuesto para nada que sea provechoso despues de haber abusado de él Cleofás: mire usted qué le importará á Cleofás que su ama esté triste ó alegre, ni que se case ó no se case; si fuera su hija, lo entendería, pero un ama que se atreve á enamorarse, en perjuicio del buen servicio á que debe consagrarse por su amo, por su compañero, por su hermano; vamos, este Cleofás está loco.

—Tranquilícese usted, amigo mio,—dijo el duque á don Cleofás,—y no tome tan á pecho eso que sucede; estamos en una época de intereses materiales; comprendo perfectamente que un candidato que esté en la gestion de su acta, se agarre á un clavo ardiendo, esto es muy comun; esa señora le debió parecer un punto bastante fuerte para llegar á la diputacion, y ha usado de él: usted dice que esa señora se ha afectado demasiado, que se ha enamorado grandemente, que necesita casarse para ser feliz; pues bien, yo le prometo á usted que se casará, sin que tenga que ponerse usted con sus hechos en inarmonía con su estado; yo conozco mucho, muchísimo á don Antonio Cantillana.

—Es un pillo, ¿no es esto?

—Algo hay de eso: ahora, para ser algo, es necesario tambien ser algo pillo, porque el que no es pillo es tonto, y los tontos no han servido nunca mas que de carne de cañon: sepa usted que ser hoy pillo, en la buena acepcion de la frase, es una necesidad, porque ó engañamos ó somos engañados, no hay remedio, hay que pegar ó ser pegado, y el que se está quieto se fastidia; hay una multitud de ratones sociales que se entretienen en roer las masas inertes; nada, nada, amigo mio, don Antonio Cantillana es pillo por necesidad, algo más marcado que los otros, es cierto, pero en fin, yo espero que si intervengo en este negocio, esa Teresita se casará y tres más, con ese Cantillana.

—¡Ay señor duque! si usted me saca del aprieto en que me encuentro metido por mi ama,—dijo don Cleofás,—no sabré de qué manera agradecérselo á usted.

—Nada, nada, amigo mio, estense ustedes algun tiempo en la córte, y ya veremos.

En este punto salian las señoras cada cual de su respectivo departamento, vestidas y calzadas, y dispuestas á ir á paseo.

Los aspectos eran completamente distintos.

Dolores estaba verdaderamente elegante, como no podia ménos de estarlo.

Las sobrinas de don Silvestre eran unas verdaderas señoritas de pueblo, con su ropa un tanto corta, su mantilla subida á todo lo alto de la cabeza, y el abanico empuñado á manera de arma. Casilda, deliciosa, con su traje lugareño y su distincion natural.

Teresa parecia lo que era en efecto, una especie de

hija de Madrid, de manola fina, con su gran manton, su mantilla de casco, su traje un tanto corto; estaba verdaderamente hermosa.

—¿Es esta la señora en cuestion?—dijo el duque, mirándola de una manera que quemó la sangre de don Cleofás, cuyo entusiasmo respecto al duque se contrajo un tanto, temeroso de encontrar en él un nuevo peligro.

—Si señor,—dijo don Cleofás,—esta es mi ama Teresita.

—Muy señora mia.

—Teresita,—dijo don Cleofás llamando aparte á su ama, y acercándose con ella al duque,—este caballero está encargado de hacer que cuanto antes te cases con ese otro señor que se llama don Antonio Cantillana.

—¿Pero quién le mete á usted en eso, don Cleofás?—dijo poniéndose muy colorada Teresita;—¿y quién le ha dicho á usted que yo necesito casarme? ¡Válgame Dios! ¡pero señor, qué cosas tiene usted, don Cleofás!

—Nada, hija mia, nada, no se avergüence usted, que esto es lo más natural del mundo. Usted ha visto un hombre que ha gustado de usted, y usted ha gustado de él, han mediado algunas palabras, y usted ha contraido con la violencia de la impresionabilidad, un amor que hace necesaria una union para que usted sea feliz.

—Pero, caballero, si todo eso lo sueña don Cleofás,—dijo Teresa, haciéndose grosera á cambio de sostener su pudor y su dignidad,—si yo no necesito casarme con nadie, yo estoy muy bien como estoy, y todo lo que ha pasado en el pueblo no ha sido más que una tontería.

—¿En qué quedamos, Teresa?—dijo don Cleofás,—¿con que lo que ha pasado en el pueblo no es más que una tontería? ¿por qué estás tan triste, y con las lágrimas en los ojos, y sin que haya quien te saque una palabra del cuerpo, y sin comer, sin beber, sin dormir, hecha un alma en pena? Pues hombre, está bueno, ¿con que ahora salimos con que todo lo que pasó en el pueblo y todo lo que ha podido suceder, no ha sido más que una tontería? ¡báh, báh! á mí no me engañas, tú estás enamorada hasta el alma, y ese señor no me inspira confianza, ese señor es un pícaro, ese señor ha abusado de nosotros, y por vida de Santa Bárbara, patrona de los artilleros, que si encuentro á ese señor, me voy á él y veremos lo que sucede.

—Acuérdese usted de la tapia, don Cleofás,—dijo don Silvestre que se acercaba.

—Aquí no hay tapia que valga, señor,—dijo don Cleofás,—y como yo me remangue las mangas, ya veremos para lo que hemos nacido.

La verdad era que don Cleofás se habia encolerizado de tal manera al verse burlado por Teresa, que no sabia lo que decia.

El duque se echó á reir.

—Nada, nada, sosiéguese usted, señor canónigo; usted no saldrá de Madrid sin que su ama se case con ese don Antonio Cantillana, aunque usted me permitirá que le diga que creo que lo mejor seria que no se casase.

—¡Cómo! ¡qué dice usted! ¿con que aquí se cumple con un refran que dice que es peor lo roto que lo descosido y el remedio que la enfermedad?

—Nada, nada, tomemos tiempo, y por ahora vámonos á pasear,—dijo el duque.

—He hecho que vengan tres carruajes de alquiler de dos caballos, para que quepamos todos, porque si vamos á pié por esas calles, vamos á parecer una caravana,—dijo el marqués de Olite.—Nos iremos hácia la Moncloa. Los carruajes no pueden entrar, porque allí no pueden entrar coches de alquiler, pero bien nos conocen los porteros, y aunque se queden en la puerta los coches, entraremos las personas; á las niñas les gustará mucho la fábrica de china, los jardines. Señor don Silvestre, espero que con el señor duque y conmigo ocupará usted un carruaje, llevando en su compañía á la señorita Casilda.

—Muy bien, no tengo inconveniente.

—Don Cleofás, con la señorita Dolores y Teresa, pueden ocupar otro carruaje,—dijo el duque,—y esa señora con las otras dos, ocuparán el tercero.

—Me parece muy bien,—dijo don Cleofás;—ea, pues vamos: ¿le parece á usted, señor duque, que comamos en las ventas de Alcorcon? haremos que mientras paseamos por la Moncloa, los carruajes vayan á esperarnos allí: de la Moncloa iremos á la Casa de Campo, y de la Casa de Campo á las ventas, porque yo supongo que usted se prestará á hacer un ejercicio de legua y media, y creo que esto á estas señoras no las desagradará.

—Muy bien, muy bien; lo que siento es no haber sacado del equipaje las escopetas,—dijo don Silvestre.

—Amigo mio, ni en la Moncloa ni en la Casa de Cam-

po se puede cazar sin un permiso especial, y no llega á tanto mi influencia.

—Pues es lástima, porque me han dicho que en la Moncloa y en la Casa de Campo hay perdices como pavos.

—Otro dia, señor don Silvestre, tiempo hay; ya cazaremos toda clase de aves, amigo mio, de tal manera, que ha de quedar harto de caza.

—Se entiende, de caza lícita,—contestó don Silvestre.

—Pues claro está, señor canónigo, claro está; caza de pluma y pelo, de la que se mata con plomo.

—Así, así,—dijo don Silvestre,—y perdone usted mi observacion, porque con la gente de Madrid siempre estoy escamado, porque me parece que nunca habla de buena fé.

—Creencia general y errónea que se tiene de la gente de Madrid en los pueblos,—dijo el duque.

—Como dicen,—dijo don Silvestre,—que en Madrid no hay madrileños, sino que la poblacion de Madrid está compuesta de todos los pillos de todas partes, vea usted por qué la gente de los pueblos nos rechiflamos cuando habla con nosotros alguno de Madrid.

—Vamos, vamos, señor don Silvestre, señor don Cleofás, señoras, á los carruajes,—dijo el marqués,—el dia está hermosísimo, y no hay que desaprovecharle.

—Pues yo no voy,—dijo la señora Práxedes,—se me ha ido la cabeza y se me ha puesto el cuerpo malo en el carricoche en que hemos venido desde el pueblo, y no vuelvo á meterme en coche, sino á la forzosa.

—Bueno, bien,—dijo don Silvestre,—quédate ahí, Práxedes, hija mia, porque si vienes contra tu voluntad nos vas á quemar la sangre.

—Pues yo tampoco voy,—dijo Teresa,—me duele mucho la cabeza y me voy á acostar.

—Ay, no, hija mia, no,—dijo don Cleofás,—si estás mala no vengas, porque lo primero es la salud, y si crees tú que te hago falta para algo, tampoco voy yo.

—¿A que se vá á descomponer esto?—dijo la mayor de las sobrinas del cura,—y á mí que me gusta tanto ir en coche, si empiezan todos á decir que se quedan...

—No, Mariquita, no,—dijo Teresa,—por mí no se descompone nada, yo no necesito que se quede aquí don Cleofás, ese dolorcillo de cabeza que tengo, se me pasará durmiendo.

—¿De veras, Teresa?

—Sí señor, sí señor, de veras, esto no es nada.

—Ya sé yo, ya sé yo lo que eso es,—dijo don Cleofás,—las elecciones, pero yo lo arreglaré todo: ea, adios; hija mia, y no te apesadumbres tú, que estoy yo aquí, y ello acabará, como debe acabar.

—Ea, pues vamos,—dijo el duque.

Todos salieron.

VIII.

Abajo habia tres grandes carretelas, cerradas, de alquiler, que se parecian algo á un tren de lujo.

En la una de ellas, entraron Casilda, Dolores, el duque y el marqués.

En la otra, Juana, María y los dos canónigos.

La otra se despidió por innecesaria.

Los carruajes tomaron el camino de la Moncloa.

Llegaron á ella y hubieron de detenerse á la puerta porque no tenian papeleta para entrar.

En la Moncloa no se permite la entrada á carruajes notoriamente de alquiler.

Pero el duque y el marqués eran muy conocidos de los porteros, y gracias á este conocimiento y á que los carruajes disimulaban su calidad de alquilones, entraron.

Al llegar al paseo de los cipreses, los carruajes se detuvieron; salieron de ellos las personas que los ocupaban y entraron en aquel pintoresco paseo.

IX.

El dia era hermosísimo, uno de esos dias del invierno en Madrid en que dormido el viento, parecen dias de primavera.

Las lugareñas y don Silvestre iban asombrados, todo les llamaba la atencion.

Las calles de árboles tiradas á cordel con sus cenefas de arrayanes, los cipreses que segun decia Juana parecia que los habian peinado y los habian atusado, para que estuvieran buenos mozos, los invernaderos, las fuentes, las estátuas, aquello era magnífico.

Sin embargo, Casilda, aunque lugareña, no se asombraba de nada, habia leido mucho, habia adivinado mucho y habia visto en su imaginacion infinitamente mas

que aquello, estaba además muy triste, se la habia arrancado del pueblo separándola de don Braulio, no sabia cual era su situacion definitiva y se acordaba mucho de Ginesillo Medio-dedo, á quien no habia podido avisar de nada porque Ginesillo creyendo haber muerto no ménos que á un hombre, se habia escapado á la sierra y no habia parecido, y Casilda se creia de buena fé enamorada de Ginesillo, como que Ginesillo tuerto ó derecho era su primer amor, ese primer amor de las niñas que generalmente es en ellas su primer ensayo, lo que no impide muchas veces que el primer ensayo de amor de una mujer decida de su porvenir.

Pero providencialmente Casilda no se hallaba en este caso.

Bartolote habia sido de buena fé, sin presumirlo el instrumento de la Providencia.

Casilda, pues, estaba muy distraida.

X.

No lo estaba ménos Dolores.

Mejor dicho, Dolores estaba dominada por un triple sentimiento, la fascinaba la ardiente mirada del marqués fija en ella con insistencia, la extrañaba y la causaba un cuidado del que no podia darse cuenta, la mirada singular que en ella fijaba á cada momento el duque del Humbroso, mirada que tenia mucho de comun con la que alternativamente fijaba el mismo duque en Casilda.

Por último, desde que habia entrado en Madrid la

habia aquejado y la aquejaba cada vez más el recuerdo de Luis, de quien habia huido.

En esta disposicion de ánimo entraron en el sombroso paseo de los cipreses.

XI.

Los dos canónigos y las dos sobrinas del uno de ellos, iban delante asombrándose de todo, extrañando los cuadros artificiales de los jardines y lastimándose de que en tanta tierra no se viera una sola hortaliza.

—Para qué sirve todo esto,—decia Juana,—en el pueblo las flores que salen, salen porque lo quiere Dios, á mí me gusta más un bancal de coles, que no todas estas cosas tan arregladitas y tan cuidaditas. Válgame Dios y de qué manera se tira en la córte el dinero, pues floja huerta que podia haber aquí.

A Casilda, por el contrario, la halagaba todo aquello y no se asombraba como Juana y como María al ver flores entre cristales y encerradas en escaparates como decian las lugareñas.

En cuanto al marqués y al duque, cada cual habia dado el brazo á una de sus compañeras de carruaje.

El marqués adelantaba con Dolores, detras iba el duque con Casilda.

Hablaban con grande interés ambas parejas.

El duque interrogaba minuciosamente á Casilda, y Casilda, sin darse cuenta del por qué habia simpatizado con el duque, contestaba con suma facilidad.

El duque se asombraba de la cultura natural que encontraba en Casilda y decia para sí:

—Soy libre, nadie tiene que pedirme cuenta de mis acciones, ¿por qué no reconocer á esta niña como mi hija natural; al mismo tiempo que reconozco á la otra como mi hija legítima?

XII.

El marqués, cada vez más enamorado, exigía de Dolores una respuesta definitiva.

—Estoy muriendo,—decia,—debo á usted el haber curado de mi locura, lo que aumenta el amor que por usted me embriaga.

—¿Y cómo quiere usted,—contestó Dolores,—que yo fíe en el amor de un hombre que habiéndose vuelto loco por otra, cura de aquella locura y contrae un nuevo amor?

—¡Ah, señora! la mujer que me volvió loco es una mujer excepcional, usted la conocerá y comprenderá hasta qué punto ha tenido razon de ser deplorable el estado en que he permanecido durante algunos meses.

—¿Quién es esa señora, amigo don Fernando?

—Esa señora es un misterio,—contestó el marqués,—una mujer por la cual pasa el tiempo sin que se sienta su paso, una hermosura y un carácter excepcionales, una virtud á toda prueba, pero una virtud que desespera, una virtud que me enloqueció.

—¿No amaba usted á esa mujer, marqués?

—No lo sé, era casada.

—¿Que era casada?

—Sí, señora.

—Pues entonces hacia muy bien en ocultar lo que por usted sentia, si sentia algo, una mujer casada no se pertenece, pertenece antes que todo á su dignidad; y estas valientes mujeres que por su dignidad martirizan su corazon, deben ser amadas con toda el alma, con todo el corazon de un hombre, porque á la hermosura de su cuerpo, se une la hermosura de su alma.

—Yo me volví loco.

—¿Y yo he curado á usted de esa locura?

—Señora yo soy vivamente impresionable, el desden de Mercedes me volvió loco, el desden de usted me mataria.

—Cesemos, cesemos, don Fernando, si esa señora tuvo una razon de dignidad para ocultar á usted su amor si le sentia, yo tambien tengo otra razon de dignidad para no aceptar los amores de usted.

—¿Es usted casada? creo que no.

—No amigo mio, no he tenido nunca valor para casada, no he amado nunca, me he engañado siempre, he creido amor lo que nada tenia del amor, segun ahora le comprendo.

—Cuidado, Dolores, cuidado; que podria yo encontrar en las frases que acaba usted de decir una adorable confesion para mí.

—Al decir que nunca he comprendido el amor como le comprendo ahora, no quiero decir, marqués, que yo esté enamorada: puede sentirse el amor sin tener un objeto en que cifrarlo; la experiencia no nos lo enseña

todo por nosotros mismos, aprendemos tambien en los sucesos de los demás. Por último, yo no puedo ser su esposa de usted, y no siendo su esposa de usted, por una razon de dignidad, no puedo, no debo amarle.

—No se ama porque se puede ó no se puede, porque se quiere ó no se quiere, se ama porque se ama; el amor viene á nosotros, no le buscamos; quien mató de improviso la locura que me mantenia errante entre breñas, con una vida salvaje, es la mágia, el atractivo irresistible de la hermosura de usted, del alma que se trasparenta á través de esa hermosura.

—Cuidado, marqués, cuidado no se engañe usted.

—Estoy seguro de no engañarme: ya he dicho á usted que el amor contrariado por otra mujer, me causó una funesta locura; he dicho tambien, que si usted contraría el amor que por usted siento, esta nueva contrariedad me causará la muerte.

—¿Y si yo fuera indigna del amor de un hombre honrado?—dijo Dolores, haciendo un violento esfuerzo.

—Eso es imposible,—contestó don Fernando,—usted es digna del amor de un caballero.

—Cuidado, cuidado; no pretenda usted alzar el velo que cubre el pasado de una mujer.

—¡Dios mio!—exclamó don Fernando.

—Y bien, sí,—dijo Dolores,—mi pasado es escandaloso.

—¡Señora!

—Sí, soy una mujer, por desgracia muy conocida; por eso he pretendido ocultarme de las gentes, é irme á vivir en las entrañas de una sierra, en un pequeño pueblo

donde nadie me conociese, y concluir allí mi vida desventurada.

—¡Cómo, señora!

—¿No ha oido usted hablar nunca de una célebre actriz: que se ha hecho su reputacion en América, de la Adela Madreselva?

—¿Y qué tiene usted de comun con esa mujer?—exclamó agonizando el marqués.

—¿Qué tengo de comun? que Adela Madreselva y Dolores son una misma persona.

Un rayo que hubiera caido á los piés de don Fernando, no le hubiera causado la terrible impresion que le causó esta ruda revelacion de Dolores.

Sucedieron algunos momentos de silencio.

—¿Lo vé usted?—dijo Dolores,—de seguro que el amor de usted, despues de esta revelacion, ha cambiado de manera de ser.

—No, no señora,—contestó el marqués,—mi amor se ha hecho más intenso, más desesperado, y se ha convertido para mí en un infierno; por piedad, si esto es una prueba, no la prolongue usted. Qué, ¿quiere usted saber si yo la haria mi esposa, á pesar de su pasado, aunque usted fuese esa Adela Madreselva? Pues bien, sépalo usted: hay situaciones en que el hombre no es dueño de sí mismo, en que la pasion le domina, le absorbe, en que es esclavo de sí mismo, en que acepta el ser amado con toda su alma, tal cual sea aquel sér. Si esto es una prueba, ya he contestado á ella; sea usted quien fuera, Adela Madreselva con toda su historia de libertinaje, de pasion, de locuras, de aventuras, sea usted, como lo pare-

ce, la mujer más pura del mundo, yo no puedo vivir sin usted, y es más, no puedo vivir ni tranquilo ni contento sino siendo usted mi esposa.

—Es que yo no lo consentiré,—dijo Dolores,—porque yo soy esa mujer que oculta su historia de desórdenes, con un nombre supuesto, con el nombre de Adela Madreselva.

—¿Y cuál es el verdadero nombre de usted?

—No lo sé: mi madre me llamaba Dolores; no he conocido más familia que mi madre; ignoro la historia de aquella desventurada, pero debió ser terrible, porque murió, á mi modo de ver, de remordimiento.

Iban tan cerca los unos de los otros, que el duque oyó estas últimas palabras.

—¡Muerta de remordimiento!—exclamó para sí.

Ni el marqués, ni Dolores, ni la misma Casilda, que iba al lado del duque, oyeron estas palabras que el duque habia pronunciado, porque no habian pasado de ser un murmullo.

—¿De manera,—dijo el marqués,—que usted es hija del misterio?

—Sí; en mi familia debe haber una historia terrible, pero si yo pudiera disponer de un secreto que he sorprendido al lado de la tumba de la que yo llamaba mi madre, yo podria probar á usted como soy hija legítima, de legítimo matrimonio, y de una alta persona que conoce usted mucho.

—¿Y quién es esa persona?

—Permítame usted, marqués; este es un secreto que no me pertenece; tenga usted compasion de mí, soy muy

desgraciada; voy á decir á usted mi última palabra: yo no he amado nunca; tengo el alma vírgen; he creido amar como usted, y como usted, al amar de veras he comprendido que no habia amado nunca.

—¿Y quién ha causado esta revolucion en su alma de usted?

Dolores no contestó con la palabra, pero sí con los ojos: miró de una manera tal al marqués, que éste tembló de los piés á la cabeza, se cubrió de sudor frio, se puso malo: la mirada de Dolores habia sido elocuente, le habia dicho en un solo instante: «el hombre á quien yo amo, el hombre que me ha hecho comprender el amor, el hombre á quien adoro, eres tú.»

Porque la mirada no habla nunca de usted, el alma no entra nunca cuando siente en las convenciones sociales.

Sucedió un silencio muy largo.

—Será usted mia,—dijo don Fernando,—mia, á pesar de todo; ¿qué importa? el sér humano no es el cuerpo, es el alma; su alma de usted está vírgen como la mia; estas dos almas se han comprendido, ¿quién podrá separarlas?

—Mi voluntad.

—Quien ama no tiene voluntad,—dijo el marqués,—quien ama es esclavo de su amor.

—Sí, sí; no tiene valor bastante para impedir con un sacrificio los inconvenientes, las desgracias que pueden venir con el tiempo.

—¿Y qué desgracias son esas que pueden sobrevenir á dos que se aman como nosotros nos amamos?

—¿Y el honor de nuestros hijos?—exclamó Dolores, fijando una mirada sublime en el marqués.

—¡El honor de nuestros hijos!

—Sí, Fernando, sí; la mujer deshonrada lega su deshonra á su descendencia: no, no quiera usted que un dia un sér perverso, mal educado, pueda revelar á una hija mia la deshonra de su madre.

—¡Dios mio!—exclamó don Fernando,—pero esto es imposible; yo voy otra vez á volverme loco.

—Valor, Fernando, valor; nuestra situacion es terrible: no me pesa de que nos hayamos encontrado, puesto que la impresion que he causado en usted le ha vuelto la razon y le ha arrancado de la vida imposible que llevaba entre breñas, miserable, enfermo, pero busquemos fuerzas en nuestra propia conciencia; nosotros podemos amarnos con toda nuestra alma, estrecharnos la mano, absorbiendo mútuamente nuestras miradas sin ir más allá, satisfechos con nuestro propio amor.

—Dolores, Dolores, es usted mi locura, mi ambicion, mi esperanza de una felicidad desconocida: ¿qué importa el mundo? Nos iremos de aquí adonde no nos conozcan.

—A todas partes irá la fama; no se puede prever un dia funesto en que un acontecimiento casual descubra un misterio que se cree cubierto de una manera imponderable; no, no, Fernando, amo á usted demasiado para permitir que nadie al verme asida á su brazo de usted, llevando el nombre de su esposa, se sonría y tenga derecho á desesperar á usted.

—¡Oh! basta, basta; usted no me ama, Dolores; si usted me amara, no pronunciaría esas terribles palabras.

—El cirujano que corta un miembro gangrenado, no es criminal, cumple con su obligacion y nada más.

—Pero el dolor es terrible.

—El dolor pasa, amigo mio, sobreviene la curacion, nos falta un miembro, pero la separacion de aquel miembro de nuestro cuerpo impide nuestra muerte; resignémonos, conformémonos con la voluntad de Dios.

—No puedo conformarme, estoy desesperado; ó usted ó la muerte.

—No entremos en el terreno del romanticismo, Fernando.

—El amor, la pasion, han sido siempre románticos; el romanticismo es una cosa, y otra el absurdo de los desesperados; hemos nacido para sentir; pues bien, cuando sentimos con toda la fuerza de nuestra alma, con toda la delicadeza de nuestros nervios; cuando el sentimiento nuestro enferma, y nos mata, estamos dentro del buen romanticismo, es decir, dentro de la exaltacion de nuestra pasion; por eso nada tiene de extraño que yo diga como si escribiera un melodrama del año treinta y cinco: «tu amor ó la muerte,» porque cuando digo esto, digo la verdad; sin su amor de usted no quiero, no puedo vivir.

—Ese es el primer acceso de la pasion,—dijo Dolores,—pero esto pasa; el alma acaba por satisfacerse con la reciprocidad del amor, y podremos estimarnos, usted á mí y yo á usted, porque usted me ha considerado rehabilitada á sus ojos, y yo á usted, porque veré que ha recobrado completamente la razon, y que es usted por lo mismo más digno de ser amado.



Levantó los ojos y vió á Dolores.

En aquel momento pasaron junto á un banco de piedra, en que estaba una jóven leyendo un libro.

Dolores la vió y ahogó un pequeño suspiro, pero aquel suspiro avisó á la jóven que leia.

Levantó los ojos, vió á Dolores y se puso pálida.

Inmediatamente una séria expresion de inmensa severidad apareció en su semblante, y miró con sus hermosos ojos azules al marqués, que llevaba del brazo á Dolores.

—¡Andrea!—exclamó ésta.

—Sí, Andrea,—contestó la jóven, levantándose y dejando el libro sobre el banco;—Andrea, que está sola en el mundo, porque todos los que la han amado la han abandonado.

—¡Que la han abandonado!

—Sí, la han abandonado, pero no á la pobreza, eso seria injusto decirlo; la han dejado en posesion forzosa de un gran capital que no la pertenece, obligada á mantener una casa y un tren que no son suyos, únicamente para que los encuentren cuando vuelvan sus dueños; en una palabra, señora, yo soy una depositaria, y me alegro mucho de haber encontrado á usted para que me libre del peso de mi depositaría.

—¡Qué acento, Andrea, qué severidad tan inmerecida!—dijo dulcemente Dolores,—usted debe juzgar por apariencias equívocas, y la estimo á usted demasiado para que no me duela el mal juicio que parece tiene usted de mí. Permítame usted, marqués, necesito explicarme con esta señorita, á quien amo como amaria á mi hermana. ¿Quiere usted que paseemos un poco, Andrea?

—¡Oh! sí,—contestó ésta,—puesto que usted desea explicarse conmigo; yo ansío tambien una explicacion.

—¡Ah! me parece que aquella carretela me es conocida,—dijo Dolores, viendo un magnífico tren que adelantaba al paso por uno de los costados del jardin.

—¡Oh, ya lo creo!—dijo Andrea,—como que esa carretela es de usted.

—Marqués,—dijo Dolores,—se me ha ocurrido súbitamente una idea, y tengo la debilidad de encariñarme con las ideas que me parecen buenas.

—¿Y qué idea es esa, señora?

—La de despedirme de usted; me encuentro con que mi linda depositaria, como ella dice, tiene aquí mi carretela, y que allá en Madrid tengo una casa; la idea que se me ha ocurrido es la de volver á ella. Esa casa está en la calle de Hortaleza, número 4, cuarto cuarto. Esto no es decir, marqués, que yo ofrezca á usted mi casa, no puedo ofrecerla; dos solteras jóvenes no pueden recibir amigos, pero sí amigas, y voy á ofrecerla á esas niñas.

Y Dolores, acompañada de Andrea, que empezaba á transigir con ella, se dirigió al lugar donde en grupo con el duque del Humbroso y los dos eclesiásticos, estaban Casilda, Juana y María.

El marqués se quedó aturdido, sin saber lo que aquello significaba.

—La otra me volvió loco,—dijo,—y ésta me vá á matar.

XIII.

—Amigas mias,—dijo Dolores, dirigiendo la palabra á Casilda y á las dos sobrinas de don Silvestre,—os presento en esta señorita una amiga, á quien amo como á una hermana. Señor don Cleofás, cuando usted me encontró en la portería del convento de las Recogidas de Santa María Magdalena, huia yo, por razones que no son de este lugar, de mi casa, en la cual se quedaba como depositaria mi amiga Andrea; la he encontrado, y me veo obligada, por los títulos que á mi cariño tiene, á no volverme á separar de ella: tengo que darla cuenta de muchas cosas; me permitireis, pues, que con ella me vuelva á mi casa, en donde os esperaré con impaciencia; vivo calle de Hortaleza, número 4, cuarto cuarto. Adios, pues, amigos mios, y hasta la vista, que deseo sea muy pronto. Señor duque, esta invitacion alcanza tambien á usted, y me causará mucho placer verle en mi casa.

—Gracias, señorita,—dijo conmovido el duque;—yo en una ocasion fuí á su casa de usted, y tuve el sentimiento de no encontrarla en ella; cuando vuelva, espero que no me suceda lo mismo.

—Pero, señor, ¿qué escopetazo es este que se nos suelta de tenazon?—dijo don Silvestre,—¿qué le vamos á decir á doña Práxedes y á doña Teresa cuando volvamos?

—Nada, señor cura, nada, sino que las invito á pasar conmigo parte de esta noche en mi gabinete.

—Poco á poco,—dijo don Cleofás, que cojeaba todavía un poco de su pié derecho, y cojeaba mucho más de su credulidad, escarmentado ya de lo que le habia acontecido,—que no tengamos aquí una mala partida de usted, doña Dolores; que no se nos vaya usted á hacer noche y nos quedemos sin el gusto de volver á verla, y sobre todo con el cuidado de lo que la haya acontecido á usted.

—¡Ah! no, no, descuide usted, amigo mio, ya he visto lo inútil que es querer apartarnos del mundo, porque el mundo vá á buscarnos adonde quiera, ó mejor dicho, porque le llevamos en el corazon; me encontrarán ustedes de seguro hoy, mañana, pasado mañana, siempre, ó á lo ménos en algun tiempo por ahora, en el cuarto piso de la casa número 4 de la calle de Hortaleza.

—Maldito si me fío,—dijo don Cleofás,—estoy ya cansado de ser hombre de buena fé; pero en fin, no tenemos derecho alguno para detener á usted; usted se vino, si usted se vá, usa libremente de su derecho, aunque no debia permitirse nada que huela á libertad; la libertad ha traido las córtes, y las córtes las elecciones, y las elecciones la barahunda de cosas que de cuatro dias á esta parte han influido tan gravemente en la paz de mi corazon: vaya usted, vaya usted con Dios, señora, y esté usted segura de que no tardaré en ir á informarme de si en efecto nos ha abandonado usted ó nó.

—Esperaré á ustedes con impaciencia,—dijo Dolores;—adios, amigos mios, hasta la noche á más tardar.

Y asiéndose del brazo de Andrea, se dirigió hácia el carruaje.

El cochero sonrió de placer.

El lacayó saltó del pescante, abrió, sombrero en mano la portezuela, y miró lleno de contento á su ama.

—Sí, sí, estoy aquí,—dijo Dolores, entrando en el carruaje con Andrea,—no me habia muerto: á casa, pero por el puente de San Fernando y la Casa de Campo; está el dia hermosísimo, y quiero dar una vuelta.

Partió la carretela, y Dolores saludó sonriendo á los que se quedaban en el paseo, como se quedan en el muelle del puerto los que ven hacerse á la vela un buque donde se les vá un amigo.

CAPITULO XV.

Explicaciones.

I.

—¿Y por qué esa severidad conmigo, hija mia?—preguntó á la jóven Dolores, apenas estuvieron en el carruaje.

—¿Por qué? porque hay cosas que yo no comprendo ni puedo comprender.

—¿Y qué es lo que no comprende usted, tratándose de mi?

—Que tenga usted el corazon tan duro.

—¡Que tengo yo duro el corazon!

—Sí, si señora.

—¿Qué pruebas tiene usted de ello?

—Hay un hombre que está loco por usted, que vive por usted, que por usted se ha perdido, y no se sabe dónde está.

—¡Cómo! ¡un hombre que por mí se ha perdido, que no se sabe dónde para!—dijo Dolores, poniéndose pálida.

—Si señora.

—¿Y qué hombre es ese?

—¿No lo adivina usted?

—¿Es Luis?

—¿Pues quién otro habia de ser sino don Luis Sanchez de Leiva? Él, que la ama á usted con toda su alma; él, que se ha desesperado, cuando habiendo venido á casa con un caballero, que acabo de ver entre las personas que acompañan á usted, al encontrarse sin usted, se desesperó, hizo su equipaje y se fué, y aún no se sabe por dónde anda. ¿Sabe usted lo que puede acontecer á un hombre que ama de tal manera, si llega á desesperarse?

—¿Y qué culpa tengo yo, Andrea, de que Luis se haya enamorado de tal manera de mí? ¿Podemos disponer de nuestro corazon, podemos decirle calla, ó ama, siente ó no siente? No, eso es imposible: el amor, la amistad, el odio, son pasiones que no se sienten, que no se imponen, que no se mandan; que en vez de ser mandadas, nos mandan á nosotros; que se imponen ellas en vez de ser impuestas.

—Sin embargo, hay personas á quienes no se puede dejar de amar si se tiene el corazon libre, y Luis es una de ellas.

—¡Ah, Andrea! usted juzga por su corazon el corazon de los demás; así sucede siempre, así piensan todos, y así es que todos se engañan, porque todos pretenden

que los demás sientan á la manera que sienten ellos, y no pueden comprender que siendo ellos incapaces de hacer una cosa, otros sean capaces de hacerla, ó que siendo ellos capaces de tal ó cual sentimiento, otros no le sientan. De aquí las graves equivocaciones, de aquí que todo el mundo se engaña, de aquí en gran parte el desórden social en que estamos envueltos. Pero vengamos á la cuestion, Andrea; usted ama á Luis.

—¡Yo!

—Sí: usted le ama con toda la fuerza, con toda la voluntad de su corazon vírgen; le ama usted con la abnegacion del amor más sublime, con un amor insensato, con un primer amor, con un amor que se satisfaria con ver feliz al sér amado, aunque usted no participara de su felicidad.

Andrea se puso vivamente encendida.

—¿Y quién ha dicho á usted esto, Dolores?—exclamó.

—¿Quién? usted misma.

—Yo no me acuerdo de haber dicho á usted nada.

—¿Y los ojos, y el semblante, y la ansiedad contínua, y el tierno interés que usted manifestaba, creyendo de buena fé que nadie lo conocia, á Luis?

—Yo siento por Luis un vivo agradecimiento; ¿no vé usted el traje que me cubre?

—Sí, un traje de luto.

—Mi madre murió hace poco tiempo; yo estaba agonizando en un desvan, sin esperanza, abandonada de todo el mundo, socorrida solo por una vieja portera, sin medios, y hacia todo cuanto podia hacer con subirme

una taza de caldo, y darme conversacion y consolarme: sin Luis, ¿qué hubiera sido de mí? y sin usted tambien. Es cierto, yo amo á Luis, amo á usted; los amo por agradecimiento, y no puede ménos de dolerme en gran manera el ver que ni usted es feliz ni puede hacer feliz á Luis.

—¿Y en qué apoya usted esa creencia?

—Pues qué, ¿hace un momento no la he visto á usted del brazo de un hombre, amado sin duda?

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—dijo sonriendo Dolores.

—Los ojos, el semblante, la satisfacion que rebosaba de todo su sér de usted al lado de ese hombre.

—Y bien, sí,—dijo Dolores,—mi corazon es un infierno de contradicciones, de aspiraciones imposibles. ¿Feliz yo? ¿Usted cree que la felicidad se ha hecho para mí?

—Creo que todo el que quiere ser feliz puede serlo.

—¡Ah, hija mia! ¿tiene usted el secreto de la felicidad?

—Sí; el secreto de una felicidad relativa.

—¿Y quiere usted patentizarme ese secreto?

—Sí, consiste en la resignacion, en satisfacernos con aquello que Dios nos dá, en tener valor para sufrir las contrariedades, los dolores, las enfermedades, la miseria, la muerte; el alma humana puede sobreponerse á todos los dolores, y cuando se ha sobrepuesto á las miserias y á las pasiones humanas, goza de una felicidad amarga, triste, dolorosa si se quiere, pero siempre una felicidad, porque la felicidad consiste en la tranquilidad del espíritu, en la paz de la conciencia, en la aspiracion

á otra vida mejor, en la creencia de que esta vida de acá abajo no es más que un tránsito más ó ménos penoso.

—¡Ah, Andrea, Andrea! nos veremos dentro de algunos años.

—Dentro de algunos años,—dijo sonriendo tristemente Andrea,—¿usted cree que viviré yo mucho tiempo?

—Cómo, hija mia, ¿está usted ya desesperada?

—Desesperada no, triste sí, y esta tristeza me corroe, me mata.

—Y llama usted á eso felicidad.

—Sí, porque tengo el valor suficiente para sufrir todas las pruebas que Dios me envie.

—Poco á poco, niña, he visto asomar en su semblante de usted los celos.

—¡Los celos!

—Sí, los celos mas terribles y mas sublimes que he conocido en toda mi vida, porque los celos, no eran por usted sino en nombre de un hombre amado por usted, usted ha identificado de tal manera su existencia con la de Luis, que ama usted lo que él ama, siente usted lo que él pudiera sentir, y lo ama y lo siente con la misma intensidad conque podia sentirlo el corazon de Luis.

—Es verdad he sentido una amargura infinita al ver á usted al lado de aquel hombre, de la manera que la he visto, porque me he dicho: si Luis lo viera, qué seria de él.

—¡Oh, Dios mio! la voy á hacer á usted la mas feliz de las mujeres, Andrea, y esta buena obra será para con Dios un mérito que podrá hacer me trate en lo sucesivo con misericordia.

—¿Que me vá usted á hacer feliz?

—Sí por cierto, porque voy á hacer que Luis conozca el tesoro que tiene en usted.

Andrea se encendió más vivamente.

—No, no, yo no amo á Luis de esa manera.

—¿Qué sabe usted cómo le ama ó cómo no le ama, hija mia? En fin no hablemos más de esto, déjeme usted hacer, hablemos de cualquier cosa; el dia está hermosísimo, ¿no es verdad? es lástima que este rio no sea mas caudaloso, (pasaban entonces por el puente de San Fernando,) el campo me encanta, estos grupos de árboles aquí y allá, este terreno cubierto de musgo siempre verde, estos accidentes poéticos y originales y las enramadas y las ondulaciones del terreno y las casitas blancas perdidas entre el follage, todo esto es encantador, y cuenta conque Madrid no es lo mas pintoresco que digamos, pero las márgenes de los rios aunque sean tan humildes como el Manzanares, son siempre frondosas, son siempre bellas; pero Dios mio, qué distraida está usted, Andrea; ¿y dice usted que no ama? sí, sí, usted ama con toda su alma, con la grande humildad del amor, con la resignacion del amor, todo esto consiste en que Luis no ha dicho á usted: yo te amo, yo soy tuyo; en que no ha tomado usted posesion del corazon del hombre á quien ama, que si hubiera llegado ese caso, no toleraria usted que ese hombre amase á otra, ni aun que la mirase, es usted muy jóven, muy pura, muy inocente; mira usted el mundo á través de su bella poesía, pero usted sueña y es necesario que usted no sueñe. Vamos, vamos anímese usted, Antonio, más deprisa, más deprisa á los ca-

ballos, necesito llegar pronto á casa, por el camino más corto.

—Muy bien, señorita,—dijo el cochero.

—¿Y qué es de Luis?

—No se sabe.

—¡Cómo!

—Tomó dinero se despidió de mí desesperado y yo me quedé llena de amargura; yo comprendí que iba á buscar á usted.

—Pues es muy posible que me hudiera perdido para no volver á parecer jamás,—dijo Dolores,—pero está visto que Dios no quiere que yo me pierda, que viva en paz.

—¿Y qué ha pasado por usted, Dolores?

—Me alegro que me lo pregunte usted, con eso entretendremos el tiempo hasta llegar á casa, y aún quedará que contar para cuando lleguemos á ella porque lo que me ha acontecido es en extremo original; ya vé usted, he vuelto cuando pensé en no volver, estaba decidida á pasar por muerta.

Y Dolores empezó á relatar todo lo que la habia acontecido desde el momento en que enferma y desesperada salió de su casa.

II.

Andrea la escuchaba con asombro.

La relacion aún no habia concluido, porque como sabemos era larga, cuando la carretela paró á la puerta del número 4 de la calle de Hortaleza.

—A la cochera;—dijo Dolores á los criados cuando bajó del carruaje.

Entró en la casa.

—¡Jesus, señorita!—dijo la portera,—¿aquí usted otra vez? Vamos, me alegro; ya lo decia yo, cosas de la señorita, se le habia puesto en la cabeza el viajar, y sin pararse en la hora ni en hacer equipaje se ha ido y ella volverá, decia yo á la señorita Andrea, no llore usted que volverá, la señorita tiene estas cosas: ¡cuántas veces ha estado ya perdida tres ó cuatro dias y luego ha vuelto á parecer!

Dolores se puso vivamente encendida.

—Es verdad,—dijo ésta.

—Pero es que esta vez ya habian pasado dos meses y yo me habia puesto ya en cuidado; pero ya la tenemos aquí; y, ¿qué tal ha ido, señorita, qué tal ha ido?

—Muy bien, amiga mia,—contestó Dolores,—hasta luego.

Y subió.

Dolores encontró su cuarto perfectamente arreglado, tal como le habia dejado, su cama estaba hecha como esperando: todo en su lugar.

Andrea, á pesar de la tristeza que se arraigaba en el fondo de su alma, tenia el semblante alegre, amaba á Dolores y las explicaciones de Dolores la iban satisfaciendo.

El relato de Dolores continuó, sentadas las dos jóvenes la una enfrente de la otra, delante de la chimenea.

CAPITULO XVI.

De la buena comida que se comieron algunos de nuestros personajes.

I.

La separacion de Dolores del resto de los paseantes influyó sobre ellos.

Las muchachas se pusieron de mal humor porque habian tomado cariño á Dolores.

Don Cleofás no cesaba de decir:

—Se nos escapa, se nos escapa.

—Mire usted, don Cleofás,—dijo don Silvestre,—cuando una liebre se le levanta á uno de entre los piés y se le escapa por delante, el demonio que la pegue un escopetazo, hay cazadores temerarios que hacen esto, pero pierden la pólvora, y doña Dolores se ha escapado así, hubiera usted perdido las palabras, don Cleofás, qué le hemos de hacer, lo que yo digo es, que concluyamos cuanto antes nuestro negocio, porque yo estoy inquieto

en este Madrid, por mis sobrinas, que mire usted que ya han pasado tres ó cuatro pisaverdes á caballo y las han mirado de una manera irreverente y las muchachas se han puesto coloradas y con contento de que las miren. Si señor, no hay que decirme á mí que no, señoritas.

Era la primera vez que el cura de Cercedilla llamaba señoritas á sus sobrinas, tal vez porque se encontraban en la corte.

—Vosotras sois unas tontas, unas necias y en vez de extrañar á estos espiritados, que no se atreverian á ir por el campo en un dia de viento, de miedo de volar sin alas, os parecen el *non plus,* ¡el se acabó!

—Válgame Dios, don Silvestre, qué cosas dice usted,—exclamó don Cleofás,—si las chiquillas lo miran todo de la misma manera porque todo lo extrañan, embobadas y con los ojos muy abiertos, y se han puesto coloradas cuando ha pasado alguien y las ha mirado, ha sido porque están como gallina en corral ageno y creen que las van á echar.

—¿Y estaba como gallina en corral ageno su ama de usted en Cercedilla, don Cleofás?

—Hombre, don Silvestre,—dijo el capellan de las monjas,—esto es lo mismo que pegarle á uno un trabucazo, vé usted que estoy que me ahogo con lo de Teresita y viene usted á recordármelo.

—Pues si señor, porque no quiero que á mis sobrinas les pase lo que á su ama de usted.

—Pues si está de Dios les pasará,—dijo don Cleofás.

—Pues para que no les pase, porque quien quita la ocasion quita el peligro, lo que es mañana me largo yo

de Madrid, para presentarme antes de tres dias á mi prelado.

—Me parece, don Silvestre que se echan más de cuatro dias de aquí á Sevilla.

—Hombre, don Cleofás, y qué mas dá que se echen tres que se echen cuatro, usted no está muy en su acuerdo, se para usted en unas cosas...

—Tiene usted razon, don Silvestre, tiene usted razon, estoy que no me tiento, tengo aquí una indisposicion y un frio en el estómago y una incomodidad que no paro, que no vivo, que no respiro, que temo que me dé algo hasta que yo agarre por los cabezones á don Antonio Cantillana, que por más que el señor duque me ha dicho que arreglará esto; á estos señores se les olvida lo que no les interesa.

II.

—¿Y quien ha dicho á usted, señor canónigo,—dijo sobreviniendo el duque que hasta entonces habia estado hablando con gran interés con don Fernando, y al acercarse habia oido las últimas palabras de don Cleofás,—que yo no me intereso por los asuntos de mis amigos como por los mios propios? yo tengo la seguridad de que ese señor á quien no conozco, pero que indudablemente es muy conocido puesto que se ha hecho elegir diputado, se casará con esa señora porque ya le buscaremos algun flaco por donde atacarle.

—El mejor flaco que se le puede buscar es el de las costillas, señor duque, creame usted.

—Pero usted que es,—exclamó el duque,—clérigo ó *requiem,* quiero decir, como estos hombres que es necesario apartarse de su paso para prolongar el dia del viaje á la eternidad.

—Mire usted, señor duque,—dijo don Cleofás,—yo soy un hombre pacífico, muy pacífico, extremadamente pacífico; la mansedumbre es mi cualidad dominante, pero que no se metan conmigo, que no me inquieten sobre todo, una qué es tan principalísima para mí, como mi buena ama, porque entonces... mire usted, señor duque figúrese usted que aquí está sobre su afuste un magnífico cañon de á treinta y seis, fábrica de Sevilla, cobres de Méjico y Riotinto, limpio y reluciente como un oro, hermosísimo, ya ve usted se puede uno mirar en él la cara, pasarle la mano por el lomo, acariciarle, eh, la pieza se estará quieta, puede usted meterle el brazo hasta el hombro por la boca, examinar á su gusto si tiene escarabajos, puede usted montarse en él, hasta si tiene usted fuerzas agarrarse á los *espeques* y hacerle girar, nada, inofensivo, como yo, en cuanto á genio digo, pero añadamos que ese cañon tiene un saquillo de pólvora bien atacado, sobre el saquillo un bote de metralla bien atacado tambien y en el oido un estopin; ¿eh, comprendido?

—No señor,—dijo el duque,—no comprendido, no sé adonde va usted á parar.

—Vengo á parar á que si hay un imprudente que juega con el cañon y arrima aunque sea una colilla de cigarro al estopin, bum, bum, se queda sordo, y mata al desgraciado que pasa por delante de la pieza; pues bien, señor duque, conmigo se puede hacer todo lo que se quiera no

tocándome al estopin, y mi estopin señor duque, es Teresa.

—¿En qué Seminario tienen piezas para la instruccion de los alumnos?—dijo el duque.

—En el Seminario de Segovia,—contestó don Cleofás,—pero yo no estuve en ese Seminario, porque yo fuí de la clase de tropa, sargento primero de la quinta batería rodada del quinto regimiento.

—Ah, ya, hombre, bravo, bien,—dijo estrechando con sus dos manos una de don Cleofás, que se sonrió con toda su alma,—ya entiendo, lo que no entiendo bien, es cómo puede convertirse un sargento primero de artillería rodada en clérigo.

—Pues ahí verá usted, la santa providencia de Dios que por tan intrincados caminos lleva al hombre á su vocacion, ahi verá usted, señor duque, de qué modo las vanidades de la tierra se desvanecen entre el polvo por la infinita misericordia del Señor, ahí verá usted como el que ménos á propósito parece para la vida contemplativa humilde y penitente, se siente un dia tocado en el corazon y apartado de todo lo mundano y deleznable que extraviando nuestra alma, nos lleva á una perdicion segura.

—Hombre, hombre,—exclamó don Silvestre,—mire usted que saco la escopeta para cazar ese sermon que está andando á bofetadas con lo que dijo usted antes de aquella pieza de á treinta y seis.

—Mire usted, don Silvestre, usted para salirnos con un símil, hubiera salido con su paleteria, cada uno habla de lo que entiende, y la verdad es que si yo tuviera

que predicar un sermon mañana, me veria negro, y si ahora, vé usted todo ese campo estenso, toda esa llanura, vé usted esa colinita que tenemos aquí á la derecha, pues supóngase usted que en esa colinita tengo yo á mi cargo dos piezas de á diez y seis, que me las entreguen ahora mismo, para enviar una detrás de otra peladillas huecas á una gran masa enemiga, aguantando el fuego de sus cañones, ¿sabe usted á qué se reduciria todo? á remangarme la sotana, y, ¡fuego! y como si tal cosa, impávido.

Y don Cleofás se levantó de un salto, avanzó el cuerpo y se puso en la actitud de un artillero que apunta, y luego levantándose y dejando caer de nuevo su sotana, añadió:

—Es la costumbre, yo he estado más tiempo en la milicia del rey, mucho más tiempo que en la milicia de Cristo, y vea usted ahí por qué me seria mucho más fácil portarme bien como artillero, que como predicador, y la verdad es, don Silvestre, que cuando yo veo desfilar por secciones una brigada crugiendo el cureñaje que no parece sino que los indinos de los cañones dicen con aquel estrépito que arman, ¿quién se mete con nosotros? y á los seis machos tan campantes, que parece que no tiran de nada, y sobre los de silla los conductores, y los sirvientes en su puesto, tan buenos mozos, jefes, sargentos y cabos á caballo, y el rico estandarte; mire usted, me alegro en el alma, como usted, don Silvestre, como usted si viera usted salir de repente un paleto cuando usted no tuviera escopeta.

—Pues se equivoca usted, don Cleofás, porque me echaria á llorar.

—Bueno, bien, don Silvestre, he estado desgraciado en la comparacion, no me vaya usted á levantar ahora una cantera; mire usted que cuento lo de la tapia.

—Pero, ¿ha visto usted qué dos curas, duque?—dijo rápidamente y aparte el marqués de Olite.

—¿Y qué es lo de la tapia?—preguntó el duque.

—Una invencion para cazar lechuzas,—dijo don Cleofás,—y no se hable más de esto, porque don Silvestre se pone malo, se figura que todavía está allí.

—Compañero, usted abusa,—dijo don Silvestre,—pero de muy buena manera.

—Vamos, señores,—dijo el duque,—que tienen ustedes un humor admirable.

—Sí señor, sí,—contestó don Cleofás,—en no tocándome á mí, á mi ama, á mi pobrecilla que es tan buena, yo soy completamente feliz, y en dejando á don Silvestre cazar á su gusto, pluma y pelo, y buscar votos apuntando con la escopeta, es el hombre más dichoso de la tierra.

—¿Qué es eso de los votos con la escopeta?—preguntó don Fernando.

—Mire usted, señor marqués,—contestó don Cleofás,—lo de la tapia era cazar lechuzas, lo de sacar votos con la escopeta, era cazar grajos, porque qué más grajo que un elector que se atraca de lo que ofrecen este y el otro como de carne muerta.

—Mala comparacion tambien, don Cleofás,—dijo don Silvestre;—para las comparaciones está usted desgraciado.

—Bueno, hombre, ¿qué más dá? si yo no quiero echar-

la de sábio ni de agudo; pero se vá poniendo ya el sol, el airecillo es húmedo y frio, y sobre todo me vá entrando un raimiento, quiero decir, tengo un apetito, que si á ustedes les parece, nos meteremos en los coches y nos iremos á la fonda á que nos den de comer, y en seguida nos iremos á casa de doña Dolores, que no se me olvida, ¡qué se me ha de olvidar á mí! Hortaleza, 4, cuarto, á que nos dé el plus café.

—Convenido,—dijo el duque,—iremos todos.

—Yo no puedo ir,—dijo aparte al duque el marqués de Olite,—me lo ha prohibido, y no quiero contrariarla.

—Pues al Real ó al Casino, marqués, á pasar el fastidio.

—O á fastidiarme más,—dijo el marqués,—á no ser que me vaya á consolarme ahora viendo á mi tio.

—Puede usted tener un encuentro peligroso,—dijo con un acento indefinible el duque.

—Bueno, bien, corriente, una víctima más; en fin, como usted quiera; pero vamos hácia los carruajes, porque esa gente se vá acomodando ya en ellos.

III.

En efecto, Casilda, don Silvestre y sus dos sobrinas se habian colocado en una de las carretelas.

En la otra se acomodaron don Cleofás, y el duque y el marqués, que obligaron al primero á ocupar el asiento de preferencia, no sin un reñido combate, que dilató lo ménos por cinco minutos la marcha.

Al fin los carruajes se pusieron en movimiento.

—¿Tendrá usted la bondad,—dijo el duque á don Cleofás,—de contarnos de qué manera se trasformó usted de sargento de artillería en clérigo, y despues de esto lo de la tapia?

—Mire usted, señor duque, lo de mi conversion con mucho gusto se lo contaré á ustedes con sus pelos y señales, aunque la historia sea un poco profana, porque toda la culpa la tuvieron, primero mi buena fé, y despues una mujer á quien Dios haya perdonado.

—¡Siempre ellas!—dijo el marqués de Olite.

—Siempre ellas, no,—dijo don Cleofás,—porque ya no puede conmigo ninguna mujer; para mí no existen.

—Buen descubrimiento,—dijo el duque,—¿su ama de usted no es mujer?

—¡Ah! esa es distinto; aquella era mi demonio, y ésta es mi hija.

—No, su estopin de usted,—dijo el marqués,—siempre ellas.

—Pues bien, sí, si señor, siempre ellas,—dijo don Cleofás,—y para dar gusto á ustedes, allá vá la historia de mi conversion, pero prevengo que á lo de la tapia no toco, porque si yo lo cuento como fué, me pega un escopetazo don Silvestre, y se pierde, porque si ustedes le hubieran visto... en fin, señores, ya me iba yo á ir del seguro; no se puede tocar á eso, yo me disloqué un pié.

—¡Cómo!

—Si señor, me caí de risa, y si no me caigo... en fin,

nada, lo que es don Silvestre por poco no se vá del susto; no importa, aquella maldita escalera con aquella balumba....

—Que nos vá usted á matar de curiosidad, don Cleofás.

—En fin, yo todavía cojeo.

—Que no digamos,—dijo el marqués,—que tiene usted mala intencion, y que quiere usted mortificarnos.

—Pues señor, nada, mientras no me dé licencia don Silvestre, yo no lo cuento.

Don Cleofás estaba de muy buen humor, porque se ponia con suma facilidad en la situacion de las circunstancias del momento.

Era un buen hombre en toda la estension de la palabra.

Un hombre admirable por su sencillez y por su buen corazon.

De repente suspiró, y dijo:

—No siento más que mis monjitas; ¡pobrecillas! cuando yo pienso en el trago que las voy á dar cuando las diga que me han hecho canónigo de la santa Catedral de Sigüenza... ¡válgame Dios! ¿y por qué no he de ascender yo? ¿no es esto? ¿por qué no he de ascender?

—Es muy justo,—dijo el duque,—todas las carreras tienen una escala, y la de la Iglesia es brillante; pero la historia, don Cleofás, la historia, no la de la tapia, que no insistimos, sino la de la conversion.

—Bien, muy bien, no tengo por qué callar esa,—dijo don Cleofás.

Y empezó, y relató con mucha gracia y sin difusiones, el motivo de su pase del uniforme á la sotana, his-

toria que no repetimos porque ya la conocen nuestros lectores, y el que la haya olvidado, si quiere puede buscarla en su lugar.

En el punto en que don Cleofás acababa, se detenian los carruajes delante de las Peninsulares.

Las muchachas, que tenian más hambre que don Cleofás, subieron rápidamente las escaleras, y con un instinto admirable, en vez de irse á su cuarto, dieron en la cocina, de donde las echó groseramente un pinche, y retrocedieron, haciendo retroceder á los que distraidos las seguian.

Al fin, con la ayuda de un camarero dieron en el salon tétrico interior, donde los habian colocado.

Allí era ya de noche, y sobre cada una de las tres consolas ardian dos candelabros con tres bujías.

—¡Báh, báh, báh!—exclamó don Cleofás,—¿á qué es gastar tanta cera? la cuenta vá á subir al cielo.

—Señor sacerdote,—dijo el camarero,—la cuenta está ya pagada para todo el tiempo que estén ustedes aquí, y se han recibido órdenes de que el salon esté con toda la decencia de que es capáz.

—Pues señor, bien,—dijo don Cleofás,—mañana por la mañana me voy á mi casa, yo no quiero abusar.

—Y yo mañana á la tarde me marcho á Sevilla, despues de que dé gracias al señor ministro y al señor don Antonio Cantillana, que ya habrá venido, porque tampoco quiero ser gravoso.

—Comamos, comamos,—dijo el duque, cortando aquellas protextas,—mi amigo el marqués de Olite y yo nos convidamos.

—¿A comerse á sí propios?—dijo don Cleofás,—muy bien.

—Ya ha pasado la primera mesa redonda,—dijo el camarero,—y la segunda no es hasta las siete.

—¿Y qué falta nos hace la mesa redonda? ¿crees tú que somos nosotros comisionistas de fábrica, de los que vienen á atracarse con los guisotes á destajo en la mesa redonda, y luego tienen el valor de decir que en España no se sabe comer?—dijo el marqués de Olite,—dile al cocinero, que salvo aquello que ya no tenga remedio, prepare bien los platos, ¿entiendes? que se detenga en su confeccion, y la comida aquí, que se eche mano de las ostras frescas.

—Señor mio, en casa todo es bueno, de primer órden,—dijo encampanándose el camarero.

—Mira, si sigues mintiendo de ese modo y con tal aplomo, te quedas sin propina.

—Bien, si señor, se hará lo que se pueda para mejorar, si es posible.

—Posibilísimo, hombre, posibilísimo, la comida aquí; buen servicio, buena servidumbre y buenos vinos.

—¿Cuántos cubiertos, señor?

—¿Cuántos somos?—dijo el marqués,—tres señoras, cuatro señores, y otras dos señoras que no han salido, nueve.

—¿Qué precio, señor?

—Media onza, sin los vinos.

—¡Jesus, Jesus!—exclamó don Cleofás,—¿y quién se come todo eso?

—Nos es imposible servir hoy cubiertos de media onza, no alcanza á tanto la lista.

—¡Peste!—exclamó el marqués,—hé aquí lo inmejorable.

—Cuando se encargan...

—Bien, bien, que traigan lo mejor que haya y que pongan luego la cuenta.

—Muy bien, señor, pero debo advertir que no hay más vinos que Rhin, Champagne, Burdeos y los del Reino.

—Sí, Rhin de la Mota del Marqués; blanquillo, al que se le han echado cortezas de jamon para que tenga algun *bouquet*.

El marqués estaba de muy mal humor, y la pegaba con la fonda.

—El Champagne, de seguro, género de botica, y el Burdeos de la Rioja: vamos pronto.

El mozo salió murmurando:

—Si lo tengo yo dicho, si aquí cada vez que viene, creo que por divertirse, uno de estos señoritos, que gastan el dinero como agua, y que han ido á todas partes, hay que echarse á temblar: ¡pues mira tú, las ostras, que están mezcladas las de hace tres dias con las de ayer y con las de hoy! anda, que se entretengan mirando la que tiene la boca abierta, aunque á ellos los infames, les importa tres pitos que la casa se desacredite ó no; y que el tal señorito es capáz de saltarme un ojo por una ostra que le sepa mal: Monsieur Chifleau,—dijo el camarero, entrando en la cocina,—ha llegado la hora de ver lo que se hace.

—¿De ver qué?

—De servir nueve cubiertos con todo lo mejor que haya, muy bien hecho, muy bien hecho, porque son personas que se les conoce á legua que tienen muy bien hecho el paladar, y que están muy acostumbrados á grandes mesas.

—Pues mira tú, Cerraja, se la pones muy larga, muy larga, ¿entiendes? y, vamos á ver, ¿de qué precio han pedido los cubiertos?

—De á media onza, sin los vinos, pero yo he dicho que no puede ser.

—¡Cómo, insensato! mientras tenga yo huevos y manteca, y leche y cacerolas, y el horno en punto, y harina de flor, y conservas en lata, y cangrejos en la plazuela de San Miguel, les hago una docena de platos montados, y les pongo por ellos de cuenta dos mil reales; anda, anda, záfio, ¿has visto tú que se atasque ningun boticario, por grande que sea la receta que le lleven? pues lo mismo es un cocinero: Pigriciento, á ver cómo preparas un pastel de codornices con adorno de cangrejos, una sopa á la tortuga, otra á la imperial, dos de puré, á escape, hijos mios; yo voy á hacer el *menú*, es decir, mi proyecto, porque lo que voy á poner en él, aún no está hecho, pero se hará.

Y Monsieur Chifleau se fué á una mesa, tomó un papel, y escribió con tinta azul y una hermosa letra francesilla, un largo *menú* ó lista de lo que debia servirse.

—Toma, toma, Cerraja, lleva esto, hijo, y á ver si despues de pasar la vista por este *menú*, no dicen que es un grande *hotel* la fonda de las Peninsulares.

—Con tal de que coman con los ojos y por escrito, todo irá bien, y le advierto á usted, Monsieur Chifleau, que habrá regalo, que yo entiendo á la gente.

—Bueno, hombre, bueno; la mejor palabra que has dicho ha sido esa; anda con Dios.

—Monsieur Chifleau, que no vaya á saltarme á mi un ojo.

—Descuida, hombre, descuida.

El mozo subió triunfante con el *menú*.

—Pues señor,—dijo,—se pueden servir cubiertos de media onza; yo ignoraba... aquí está el *menú*; inmediatamente vá á traerse la mesa, á cubrirse, pêro es necesaria una paciencia de diez minutos.

—Muy bien, hombre, muy bien,—dijo el marqués.

Cerraja salió.

IV.

Suprimimos, por no dar en difusos, en pesados, todo lo que sucedió hasta que, atiborrados de cosas indigestas, se levantaron de la mesa nuestros personajes.

Las lugareñas se asombraban de todo; del ramillete, de las garrafas, de los dorados, de la vajilla, de lo grande de los cubiertos, de la multitud de encurtidos de que estaba cubierta la mesa, y se quedaron mirando con estupor las bandejas llenas de ostras, figurándose que las servian piedras partidas, á las que habian añadido una cosa que les daba repugnancia.

—¡Jesus!—exclamó Juana,—¡qué asco! ¿y eso se come?

—Sí, señorita,—contestó Cerraja, que hacia de mayordomo,—están riquísimas y muy gordas, como que la luna está en creciente y acaban de llegar á la plazuela del Cármen.

—Pues mira tú, si las cogieran los muchachos de Cercedilla, ¡qué pedrea armarian con ellas! yo no como eso.

—Ni yo,—dijo doña Práxedes.

—Yo las probaré,—dijo Casilda, que era más lista.

—No, hija mia,—contestó el duque,—si no has comido nunca ostras te van á repugnar.

—Pues yo ya llevo cuatro,—le dijo don Silvestre,—yo me atracaba de ellas cuando estaba en la Coruña, por supuesto, cuando estaban baratas: ¿á cómo están?

—A doce reales, señor cura.

—¡A doce reales, hombre!—exclamó don Silvestre, mirando atónito al mozo,—será el millar.

—No señor, la docena,—contestó Cerraja.

—Desengáñese usted, don Cleofás,—dijo don Silvestre, sorbiéndose el agua de una ostra,—no se puede venir á Madrid sin escopeta, y no se acuerdan del infierno, señor; ¡qué atrocidad! Pues ya no me parecen tan buenas.

—Coma usted, coma usted, señor canónigo,—dijo el marqués.

—Pero si ahí no hay para empezar, señor mio; si yo creí que cada uno cargaríamos con un par de cientos; en fin, veinte cuartos, ó veinticuatro, ó treinta no son

gran cosa, pero con un par de cientos de ostras, ya tenemos la media onza de la comida: en Madrid debe ser la gente muy rica.

—No señor,—dijo Teresa,—es que en Madrid nadie come ostras.

—Vaya, mujer, me alegro; estás de buen humor, Teresita,—exclamó don Cleofás,—y te gustan, hija mia, ¿no es verdad? son muy ricas; vamos á ver si no vuelves á ponerte triste, Teresa, y lo que siento es que en Sigüenza no habrá ostras para dártelas si te vuelves á poner triste, para ver si te alegras.

—Es que me dolia la cabeza, don Cleofás; he dormido y me he puesto buena.

—Vaya, pues bien, mujer; pues duerme mucho.

Este episodio de Teresa cortó la cuestion de las ostras.

Siguió la comida.

A las lugareñas les parecieron lombrices los macarrones al timbal, y se negaron á comerlos.

A los dos platos preguntaron si habia morcilla.

Extrañaron no ver magras con huevos y tostadas fritas en la manteca, y sobre todo el que no hubiera pavo asado, albóndigas y arroz con leche, ó natillas.

Buena y rancia cocina española, tan buena como otra cualquiera cocina al natural, con su indispensable garbanzo y su embutido de cerdo, que será lo último que se desarraigue de España dentro de cien años, si acaso lo exigiese la moda.

Por último, empachados más que satisfechos, á excepcion del duque y del marqués, que comieron muy

poco, por amor á sus estómagos, y de Teresa, que habia recaido en su melancolía, salieron para dirigirse á casa de Dolores.

Al llegar á la puerta de las Peninsulares, el duque dijo á sus comensales:

—Dispénsenme ustedes si me separo; iré más tarde á reunirme con ustedes; tengo que evacuar un negocio con el marqués.

—Muy bien, señor duque,—dijo don Cleofás,—pero que no falte usted, que es usted muy simpático y muy divertido; ni usted tampoco, señor marqués.

Don Cleofás ignoraba que al marqués le estaba prohibida la casa de Dolores.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego,—dijeron unos y otros.

Y se separaron.

—¿Y qué negocio tenemos que evacuar nosotros, duque?—dijo don Fernando.

—Necesitamos comer,—contestó el duque,—vámonos á Lhardy.

—Bien, acompañaré á usted, pero no tengo gana; me han divertido esas buenas gentes, mejor dicho, me han entretenido; pero estoy que me ahogo, duque, estoy que me ahogo; esa mujer... Dolores...

—Vamos, vamos, invertiremos el órden; tomaremos Champagne antes de todo y se alegrará usted: en el fondo de cada botella de Champagne cuando es bueno, hay por lo ménos dos horas de alegría, de la alegría de los dioses; vamos, hijo mio, vamos, que yo tambien tengo penas pero más agudas: empeños y desesperaciones: va-

mos á casa del buen Lhardy á que nos dén algo que se pueda comer.

Y arrastró consigo á don Fernando, haciéndole doblar la fachada del Buen Suceso, y dando poco despues con su presencia en su casa, un alegron á Lhardy.

CAPITULO XVII.

La *soirée* de Dolores.

I.

Tomaron un *consomé* (caldo), un pastel de Strasburgo trufado, dos chochas en su grasa y una botella de Borgoña.

Se separaron despues, y el duque se fué á casa de Dolores.

Ésta parecia animadísima.

Habia comprendido lo que más divertia á sus tertulianos: habia enviado por una baraja, y despues de haber tomado riquísimo café de Moka, estaban jugando todos clásicamente al *burro*.

Doña Práxedes se ponia de un humor infernal cuando se quedaba pollina, y con sus biliosas salidas hacia desternillar á todos.

Pero el duque notó que bajo la ficticia alegría, tanto

de Dolores, como de Andrea, como de Casilda, se ocultaba un hondo pesar.

Dolores sufria el vaiven de sus pasiones, de sus contracciones, de sus dudas, su descontento de sí misma, su desesperacion.

Andrea devoraba su orfandad del alma.

Casilda pensaba en Ginesillo Medio-dedo.

Teresa, se nos habia olvidado incluirla en la lista de los tristes, se desesperaba consigo misma, porque no podia olvidar á don Antonio Cantillana, que se habia convertido para ella en una cosa, que solo para ella podia existir, tratándose del tal tuno, en un bello ideal.

Don Cleofás se reia de buena fé, pero de cuando en cuando miraba con el rabo del ojo á Teresa, y se ponia sério.

En cuanto á don Silvestre, hacia trampas para dejar burra á su ama de gobierno, por oirla.

Porque decia el bueno de don Silvestre:

—Me alegro de que te quedes asna, Práxedes, porque así rabias, y como desde que te conozco no has hecho más que rabiar, me parece que me falta algo cuando estoy á tu lado y no estás rabiando.

—Pues no rabio,—decia doña Práxedes.

Y en seguida la soltaba don Silvestre la última carta de la baraja, que no la encartaba, y decia:

—Cuenta.

—¡Y que un sacerdote haga esto!—exclamaba doña Práxedes.

Don Silvestre se reia con toda la boca y con todos los pulmones, y Práxedes volvia á rabiar.

II.

El duque causó una especie de revolucion al entrar. Pero se apresuró á restablecer el órden.

—Nada, nada,—dijo,—quieto todo el mundo; acabo de tomar café con el marqués; voy á fumar un cigarro, y en seguida tomaré parte en la asnada general, porque creo que se juega al burro.

—En efecto, duque,—dijo tristemente Dolores, mirando con ansiedad á su padre, ansiedad que pasó rápidamente,—esto me entretiene mucho más que me entretendria una *soirée*.

—¡Ah! el burro es muy divertido,—dijo don Silvestre,—ó más bien la burra, y sino que lo diga Práxedes.

—Pues no me incomodo, don Silvestre, se fastidia usted, que yo no me incomodo más que cuando me dá la gana, y me carga sobremanera que usted crea que yo me incomodo cuando usted quiere.

—Vamos, paz, concordia, armonía; continúen ustedes; lo repito, voy á fumar, y en seguida entro en juego.

III.

El juego siguió.

La presencia del duque habia establecido cierta reserva.

Parecia como que el duque habia llevado consigo una nueva atmósfera.

Aquello se fué haciendo fastidioso, y los concurrentes empezaron á dar muestras de que querian retirarse.

El primero que se levantó fué don Cleofás, que era el más rudo, el más francote.

Todos se levantaron.

—¿Qué es esto,—dijo Dolores,—nos dejan ustedes ya?

—Si señora, sí,—dijo don Cleofás, mirando su relój,—son cerca de las diez, y la costumbre... ya se vé, es necesario acostarse temprano para levantarse pronto, y mañana tenemos mucho que hacer don Silvestre y yo.

—No, no me opongo,—dijo sonriendo Dolores,—nada de violentar las costumbres; pero Casilda se queda conmigo; ¿no es verdad, hija mia?

—Sí, si señora, como usted quiera,—contestó tímidamente Casilda.

Sobrevinieron los saludos.

Se fueron los dos canónigos con doña Práxedes y sus dos sobrinas, y se quedaron solos Dolores, Casilda, Andrea y el duque.

La maritornes quitó la mesa de juego que se habia improvisado, que no era otra cosa que la mesa de la cocina, sobre la cual se habia puesto una cubierta de cama de damasco azul, y restableció en su lugar el bello velador de mosaico.

Andrea se levantó, y asió de la mano á Casilda.

—Voy,—dijo,—á establecer en la casa á esta señorita.

—No, no,—dijo el duque,—siéntese usted, Andrea,

junto á mí; usted para nosotros no es una extraña. Siéntate tú tambien, hija mia,—añadió dirigiéndose á Casilda.—Estamos en familia.

Todos se sentaron.

Dolores en una butaca frente á la que ocupaba el duque, Casilda y Andrea en dos sillones entre los dos.

CAPITULO XVIII.

Un reconocimiento original.

I.

El duque encendió un nuevo cigarro, y dijo:

—No, no, Andrea, usted no es para nosotros una extraña: yo he venido con frecuencia á verla á usted, á informarme de si se habian recibido noticias de Dolores, y he visto con placer que usted es un ángel. La revelacion que voy á hacer, más bien, mi triple revelacion, podeis y debeis oirla las tres. Esta revelacion se reduce á estas solas palabras: las tres sois mis hijas.

II.

Renunciamos á decir ó á pretender expresar la sensacion que estas palabras produjeron en las tres jóvenes. Se pusieron pálidas y temblaron.

Se miraron de una manera suprema la una á la otra, y hubo un momento de solemne silencio.

—Tranquilizaos,—dijo el duque,—y no hagamos aquí una escena de melodrama. Voy á explicarme.

El duque se recogió en sí mismo, y despues de algunos segundos, dijo:

—La Providencia se vale de medios muy extraños, y rara vez habrá producido una situacion semejante á esta. Rara vez tres criaturas, hijas del mismo hombre y de tres mujeres distintas, habrán aparecido ante un padre, sin conocerle, en un mismo punto, y á una misma hora, conociéndolas su padre. No hay nada inverosímil. Dios hace las grandes situaciones con arreglo á su divina voluntad. Tú, Enriqueta,—continuó el duque, dirigiéndose á Dolores,—porque Enriqueta te llamas, y así te llamarás desde hoy, con la adicion del título de marquesa de las Nogueras, eres mi hija legítima; sé que lo sabias, solo faltaba que nos explicáramos; tengo todos los medios para reconocerte, y esto se hará solemnemente mañana. Ni una palabra acerca de tu historia y de la historia de tu madre; hay que dejar en paz á los muertos, y procurar en cuanto nos sea posible la felicidad de los vivos que amamos. Nada más tengo que decirte, Enriqueta; tiempo tendremos para explicarnos completamente, aunque toda explicacion es inútil.

—¡Ah, señor!—exclamó Dolores, levantándose conmovida.

—Nada, nada de melodrama, Enriqueta,—dijo el duque,—siéntate; y tú, Casilda, oye.

Los grandes ojos pardos de la jóven se fijaron con ansiedad en su padre.

—Los que has creido tus padres,—dijo el duque,—no han existido nunca. Don Braulio, el médico de Cercedilla, fué hace muchos años encargado por mí de tu crianza, y no puedo quejarme; te ha educado bien, eres casi una sábia, eres una buena niña, y me enorgullezco al verte tan hermosa; tienes algo de señorita de pueblo, pero eso no importa; muchas han venido á Madrid como tú, y ahora se las cita como modelos de elegancia, de distincion, de buen gusto: espero legitimarte; tu madre es libre y yo lo soy tambien: espero que la que te ha dado el sér, aunque no me encuentre bello ni jóven, me encuentre conveniente; tú no entiendes de esto, hija mia, eres una niña candorosa; tu buena fé no puede explicarte que en el mundo se anteponga todo á la conveniencia.

III.

El duque se engañaba.

Su candorosa hija Casilda empezaba á comprender que no la era conveniente Medio-dedo, y aunque le amaba, porque al fin se habia fugado con él, lo que no se habia dicho al duque, anteponia á su amor su conveniencia.

El duque continuó dirigiéndose á Andrea, y como si hubiera concluido con Casilda:

—Tú, hija mia, me has revelado candorosamente que eras mi hija hace dos dias, refiriéndome tu sencilla y dolorosa historia; yo estaba resuelto á reconocerte, y

aprovecho esta ocasion; yo soy el forastero que conoció á tu madre en Arechavaleta, aquel forastero á quien no pudo encontrarse, que era entonces un loco, y causaba desgracias sin pretenderlo; desgraciadamente no puedo legitimarte, porque tu madre ha muerto, pero haré cuanto puede hacer mi amor para indemnizarte, para hacerte feliz.

—¡Ah, señor, señor! ¡qué momento este para mí!— dijo Andrea,—¡qué momento tan supremo!

—Basta, basta, hija mia; dejemos, dejemos como ya he dicho el melodrama en su lugar; este es un asunto concluido: estais con vuestra hermana mayor, en su casa; constituís, pues, una familia, y yo os dejo, tengo mucho que hacer; se está constituyendo el Congreso, y es necesario que yo acuda á mi puesto de honor como hombre político; tengo que ver á los ministros y á mis amigos; conque, hasta mañana, hijas mias, hasta mañana: almorzaré con vosotras, y despues nos ocuparemos de la tarea legal de los reconocimientos.

Y el duque se levantó, cogió su sombrero y su baston, encendió un nuevo cigarro, y se fué, dando un estrechon de manos á cada una de ellas.

El duque bajó por las escaleras murmurando:

—He cumplido con mi deber: ¿qué cuenta tiene que pedirme Dios? ninguna; el hombre peca porque nace propenso al pecado, pero si se enmienda, si corrige sus faltas, si deshace en cuanto puede el mal que ha hecho, ha cumplido: vámonos á ver á doña Mercedes Cancamusa; á esa sílfide, á esa ondina, á esa pureza inmaculada, á esa víctima mia; ¿qué me importan á mí los ministros

y los diputados? pero era necesario decir algo á esas chiquillas, disculparse de algun modo; la verdad es que yo me iba enterneciendo, y á mí no me gustan los enternecimientos: el enternecerse me parece cosa de pobre hombre, y la verdad es que el corazon me late: ¡eh, pára, cochero!—añadió, dirigiéndose á uno que pasaba con la veleta puesta, es decir, con la tablilla en donde dice: *se alquila.*

El duque entró, diciendo al cochero:

—Al hotel de Inglaterra, calle del Arenal.

El duque podia haber dado la vuelta, haber llegado á su casa, y haber mandado enganchar un carruaje; pero no quiso entretenerse, le latia el corazon pensando en Mercedes.

Durante la ligera comida que habia hecho con el marqués de Olite, éste le habia hablado de Mercedes, y habian convenido en que el marqués iria á prepararla, de modo que existia ya una cita entre Mercedes Cancamusa y el duque del Humbroso.

CAPITULO XIX.

De qué manera puede creerse un hombre feliz.

I.

Mercedes habia escuchado con una cólera sorda al marqués de Olite, que con una indiferencia irritante la habia hablado del duque del Humbroso, anunciándola su visita.

—Es necesario,—la dijo,—que pienses en tu porvenir, eres rica, en buen hora, pero no tienes verdaderamente una posicion, el duque del Humbroso te cree, con una buena fé que espanta, la mejor mujer del mundo, qué te importa, está ya viejo, es un calavera gastado que la echa de hombre sério y que se cree respetable, y hombre de mundo, ¿por qué no complacerle, por qué no llamarte duquesa del Humbroso?

—Yo te amo,—exclamó Mercedes,—¿por qué no te unes á mí?

—Ah, no, no, mi querida Mercedes,—exclamó el marqués,—los aires de la sierra durante tres años me han modificado, me han convertido, me han curado, soy ya otro, completamente otro, me enamoras, me encantas cuanto quieras, pero no me dominas ya, Mercedes.

—Tú amas á otra.

—Puede ser, hija mia, puede ser.

—Me vengaré.

—No digas esas cosas, Mercedes, no te hagas un mal autor de dramas, te anuncio formalmente que entre nosotros todo lo que no sean unas relaciones efímeras ha concluido, no desaproveches, pues, la ocasion; una mujer millonaria como tu, no está bien sola, no puede montar verdaderamente casa, no puede hacer los honores de grandes recepciones, no puede brillar más que de una manera excéntrica, como brillan todas las aves de paso; nada, hemos concluido, me voy y te anuncio para esta misma noche la visita de mi buen amigo Humbroso.

—Adios,—dijo con acento reconcentrado Mercedes,—nos veremos, hijo mio.

—Oh, ya lo creo que nos veremos, y mucho, con mucha frecuencia, adios.

II.

Cuando se quedó sola Mercedes, meditó.

—Y bien,—dijo,—si no ha caido de nuevo á mis piés Fernando, es quizás porque me he humillado á él, y vamos claros, salvemos nuestra conciencia, amo yo á Fernando por sí mismo ó porque me puede dar una posicion

mejor que la que tengo, puede ser: el duque del Humbroso, aquel á quien por un capricho rechacé, el padre de mi hija, mi hija, hace algun tiempo que su recuerdo, mejor dicho, la idea de mi hija, me inflama el corazon y me le lastima. Diablo, diablo, nos modificamos insensiblemente, el duque cree en lo intachable de mi reputacion; ¿y por qué no creerla; quién hay que pueda, sin causar escándalo acusarme de una indignidad, nadie, he tenido tacto, por qué no ser duquesa del Humbroso? Bien sí, qué importa, haré de él lo que quiera, por mí no han pasado los años, estoy si cabe mejor que cuando el duque... Sí, sí, le recibiré, pero es necesario que me prepare.

Y se fué á la estancia que en la fonda la servia de tocador y llamó á sus doncellas.

El duque la encontró vestida con una hechicera negligencia.

Con un traje oscuro que hacia resaltar su blancura y un ligero y sencillo tocado sobre un peinado sin pretensiones, pero muy bello.

No tenia más joyas que unos ligeros aretes de diamantes.

Recibió al duque tranquila y grave.

El duque al darla la mano se extremeció.

—Horrible, absurdo, espantoso, fenomenal,—dijo.

—¿A qué viene todo eso, señor mio?—dijo la Cancamusa.

—Quince y veinticinco, cuarenta,—respondió el duque, mirando cada vez más absorto, cada vez con los ojos más dilatados, á Mercedes.

—Esa es la cuenta, quince y veinticinco; pero esa cuenta me recuerda una fecha que no favorece á usted duque: siéntese usted.

—No me siento si antes no se me contesta á una peticion que voy á hacer.

Y el duque retenia en su mano trémula, la mano suave de la Cancamusa.

—Veamos,—dijo ésta.

—Mañana me voy á la vicaría, pago lo que me pidan por un mandamiento cerrado, en cinco minutos obtengo la real licencia, anuncio mi casamiento á todo el mundo y á todo el mundo invito para una *soirée* en mi casa mañana por la noche, á cuyo fin haré que se prepare todo. Sí ó nó.

—Mañana haré los honores de la *soirée* que usted dá en su casa.

—Oh, divina,—exclamó el duque cayendo de rodillas.

—Por Dios, amigo mio, por Dios, que no estamos en el teatro,—exclamó Mercedes alzando vivamente al duque,—afortunadamente no nos ha visto nadie.

Se engañaba.

Bartolote veia y oia por una rendija de la puerta, atisbaba, no en nombre suyo ni de Braulio, sino en nombre del marqués de Olite, que como sabemos, le habia pagado muy bien, y Bartolote estaba por lo positivo.

—Tienes razon, Mercedes, tienes razon,—dijo el duque levantándose,—yo no sé como ha sido esto, cabalmente me repugna el que las situaciones de la vida se lleven á lo melodramático, ¿con que sí?

—Sí.

—¿Mañana?

—Mañana.

—Pardiez, ahora mismo voy á ver al ministro para que me despache mi licencia, á la litografia á que hagan las esquelas, la nota, la nota, no recuerdo bien.

—Mercedes Cancamusa.

—Bueno, hija del madgiar húngaro...

—No; mi padre no aparecerá nunca como mi padre, yo tengo una partida de bautismo en Pamplona, es decir, radica allí, que la partida legalizada en forma la tengo yo, y por ella aparece que soy hija de don Pedro Mengüeta y de doña Mercedes Tapizo, hija legítima; no sé si han existido esos dos señores, mi padre arregló esto como los papeles que legalizaban mi ficticio enlace con el señor Sardinilla, difunto; yo soy viuda.

—¿Tienes tú esos papeles?

—Sí, todos, mi partida de bautismo, mi partida de desposorios, la de defuncion de Sardinilla: yo estoy viuda.

—Dame esos papeles.

III.

La Cancamusa salió de la habitacion y volvió á poco trayendo unos papeles que entregó al duque.

—Bien, muy bien,—dijo el duque,—con dos testigos que identifiquen tu persona, estamos al corriente, por ante la vicaría los tenemos, el marqués de Olite, el conde de Elche, muy bien, adios.

—Adios, hijo mio.

—¡Ah, qué cabeza!—exclamó el duque,—se me olvidaba lo más importante, tenemos una hija, una hija deliciosa, una hija admirable.

—¡Oh, hija mia!—exclamó la Cancamusa,—y, ¿dónde está?

—Te la traeré mañana, tiene casí tu estatura, y no es tan hermosa como tú, porque tú eres la mujer más hermosa del Universo, te la traeré mañana muy temprano, es necesario que la equipes, para que asista á la ceremonia á fin de que la reconozcamos inmediatamente, haz sudar á tu modista, págala á peso de oro.

—Descuida, descuida, la niña se presentará divinamente, espero con impaciencia el nuevo dia.

—Adios, hija, adios, hasta mañana muy temprano.

Y el duque escapó exclamando:

—Oh, la edad modifica las personas, y yo que temia que no me recibiese ó que si me recibia fuese para hacerme sentir su desprecio y su odio, ¡ah! y no ha perdido nada, está mejor que antes, diablo, diablo, yo me aburria, me fastidiaba, ahora es distinto, tengo una mujer encantadora, admirable, dignísima, ¡oh! cuanto me van á envidiar: esto es ya distinto, mi vida se embellece, Dios sasisface al fin mi corazon.

Y á todo esto, el duque era arrastrado por el simon donde se habia metido, hácia la casa del ministro á quien iba á pedir su real licencia para casarse.

CAPITULO XX.

Arreglo de familia.

I.

Amaneció el dia siguiente algo nublado.

Aún no eran las ocho de la mañana, cuando el duque del Humbroso tiraba de la campanilla de la casa de Dolores.

Abrió la gallega, y dijo:

—Las señoritas están durmiendo.

—No importa,—contestó el duque,—dila á la señorita Dolores que yo estoy aquí, que no se incomode; puede recibirme en la cama.

La gallega miró con espanto á aquel señor, y permaneció indecisa.

Pero el duque la empujó, la quitó de su paso, adelantó, y se metió en el dormitorio de Dolores, que dormia profundamente, fatigada por un largo insomnio.

—Buenos dias,—la dijo el duque, en cuanto Dolores

abrió los ojos,—¿no me esperabas, eh? has pasado buena noche, ¿no es esto, hija mia?

—Si señor, sí, muy buena,—contestó Dolores,—¿y usted?

—¡Ah! yo no me he acostado; si me acuesto, no me levanto á esta hora, ¡imposible! he tenido que preparar mucho, porque me caso esta noche, Enriqueta.

—¿Sí? ¿y con quién?

—Con lo madre de Casilda.

—Me alegro, ¡pobre chica!—contestó Dolores.

—Por lo mismo vengo por ella, para llevársela á su madre, que la prepare para ser presentada.

—¡Ah! yo he podido excusarle ese trabajo á esa señora,—dijo Dolores.

—No, no, te basta con el trabajo que tendrás para prepararte tú, porque asistirás, y para preparar á Andrea, que asistirá tambien. ¡Ah! esto vá á hacer época, vá á ser uno de esos acontecimientos extraños de que hay pocos ejemplos, un hombre que se casa, y que al casarse reconoce tres hijas de distintas mujeres, y las presenta al mundo: las pruebas de este reconocimiento vendrán despues. ¡Oh, mi querida Enriqueta! esta noche habrá una grande de España más, bellísima, encantadora, y te acosarán los pretendientes; ¡ah! no te pongas pálida, Enriqueta, no te aflijas, tienes cuatro millones de renta, hija mia, y cuatro millones de renta lo hacen todo, todo; no he dicho nada, adelante: en el mundo en que vivimos, el dinero, la posicion, lo son todo.

—¡Ah, señor! no; ¿y el corazon?

—¡Báh, el corazon, el corazon! yo creia que tú no

creias en el corazon, mujer; en fin, se está uno engañando siempre, conociendo siempre que la buena fé es una ceguedad: pero vamos, vamos, que estoy muy deprisa; llama y manda que avisen que se levante Casilda.

—¡Oh! déjeme usted que me vista,—contestó Dolores, que estaba muy triste, y que á pesar de la situacion tenia en su pensamiento en lucha el recuerdo de Luis y el del marqués de Olite.

II.

El duque salió, y Enriqueta se echó apresuradamente una bata, tomó un abrigo, se recogió los cabellos en una cofia, y se fué al dormitorio donde en un mismo lecho dormian tranquilamente Andrea y Casilda.

Las despertó, se vistieron, y fueron al gabinete donde esperaba el duque.

—Pero estás recien vestida, á la diabla,—dijo el duque, refiriéndose á Casilda,—es necesario que te arregles un poco, hija mia; voy á llevarte á tu madre.

—¡Mi madre!—exclamó Casilda.

—Sí, tu madre, sí; no hay que ponerse por eso tan pálida ni echarse á temblar; vamos, Andrea, hija mia, llévatela y vístela cuanto antes, estoy deprisa.

Las dos jóvenes salieron.

—Pero esto es terrible, señor,—dijo Dolores,—¡que precipitacion!

—¡Ah! yo soy así,—contestó el duque,—no estoy

acostumbrado á esperar; tengo impaciencia tambien de cogerlos por sorpresa.

—¿Y por qué reconocerme á mí?—dijo Dolores,—yo estoy ya cansada de la vida, yo he buscado un retiro donde esconderme del mundo.

—Y en buen hora has buscado un retiro, porque al buscarle, por una sucesion de coincidencias te he conocido yo, y me has procurado el conocimiento de mis otras dos hijas; tengo un derecho á que heredes mi nombre, el de tu madre; ¿qué vamos á hacer con el marquesado de las Nogueras? ¿dejar que pase á un lejano pariente lateral, á un pillo? ¡ah! te ordeno, te mando que ocupes tu posicion, y retírate despues y escóndete cuanto quieras, aunque no veo motivo; todo lo que puede suceder es, que nuestros conocimientos vean, en fin, á una hija pródiga que vuelve al hogar paterno y recoge su herencia. Serás fácilmente absuelta, es más, te envidiarán, porque verán en tí una novela viviente, cuya última parte es deslumbrante. Déjate, déjate de recelos y de escrúpulos, Enriqueta; la que tiene cuatro millones de renta tiene cuanto necesita tener.

—Pero no la felicidad.

—Tú amas á alguien, y me parece que le conozco; el marqués de Olite, ¿no es verdad?

—No,—dijo Dolores,—no le amo.

—¡Báh! los lábios dicen no y los ojos y la conmocion dicen sí; voy á decírselo al bueno del marqués.

—¡Ah, no por Dios, padre!—exclamó Dolores,—no creemos esperanzas que no pueden realizarse; no sé si amo ó si no amo al marqués de Olite, no sé si amo ó no

amo á otro, pero sea como quiera, ni seré amante de nadie; ni me casaré con nadie. Tengo ya un amor que no me abandonará nunca, nunca.

—¿Y qué amor es ese?

—La muerte.

—Está visto, no puedo librarme del romanticismo. ¡La muerte! ¡la muerte una muchacha que empieza á vivir, una hermosísima niña! ¡báh, báh! esto es violento, esto es ilógico; pasará... pero, ¡calla! ya están ahí esas. ¡Oh! muy bien, muy bien Casilda, con tu trajecito de lugareña. Ya se vé, como es tan robusta, tan alta, tan Andrómaca, tan Cleópatra, no han podido servirte los trajes de tus hermanas. Quedáos con Dios, hijas mias. Enriqueta, al oscurecer vendrá por vosotras dos un carruaje mio; es necesario que os presenteis en regla; llégate á la modista, Enriqueta; ¿tienes dinero?

—¡Oh! si señor.

—Pues entonces, nada. Adios.

Y dió el brazo á Casilda, y se la llevó.

La muchacha iba aturdida. No sabia lo que le pasaba. A la puerta de la casa esperaba al duque un *clarence,* en el que entró con su hija, mandando le llevasen al hotel de Inglaterra.

III.

Cuando la Cancamusa vió á su hija con aquel traje, lo primero que se la ocurrió, fué decir:

—¡Oh, Dios mio, cómo me la traes!

—Háblala en griego, hija mia, á ver si así tu madre

le empieza á respetar. O sino háblala en latin, ó dale una leccion de medicina ó de jurisprudencia: ¡tenemos una sábia!

—Lo que tenemos es una hija hermosísima y pura,—exclamó la Cancamusa, y abrazó con pasion á Casılda, y la besó en la boca.

Casilda se conmovió.

Creyó que era del corazon el fuego del ardiente beso de la Cancamusa, y era que ésta no sabia besar de otra manera.

—¡Oh, qué feliz soy!—dijo el duque,—¡qué grupo! ¡y ese grupo es mio! vamos, os dejo: me voy á activarlo todo. A la caida de la tarde estaré aquí por vosotras. ¿Tienes joyas, Mercedes?

—¡Oh! sí.

—¿Pero dignas de nosotros?

—¡Oh! sí.

—Pues bien, excusamos un quehacer. Adios, hasta la tarde.

Y se fué.

La Cancamusa se quedó contentísima con su hija.

El positivismo habia triunfado en ella.

¿Qué importaba que no amase al duque, si llegaba por él á una alta posicion?

CAPITULO XXI.

Los quehaceres de don Cleofás.

I.

—Pues señor, esto es muy triste,—decia don Cleofás, almorzando en el tétrico salon de las Peninsulares con don Silvestre, doña Práxedes y las dos niñas, porque Teresa no se habia levantado ni querido almorzar; decia que estaba mala, y don Cleofás se ahogaba.

—Esto es muy triste,—repetia,—mi caridad por doña Dolores me ha perdido, porque si no la hubiera yo llevado á Cercedilla, no hubiera conocido Teresa á ese pillo, que me la ha vuelto loca, ¡á ella, que era tan pacífica! ¡Cien bombas de á catorce! Aunque yo no le hubiera conocido á usted, don Silvestre, no le hubiera hecho nada, porque si yo no le hubiera conocido á usted, no hubiera ido á Cercedilla, y Teresa no hubiera conocido á don Antonio.

—¡Hombre!—exclamó don Silvestre,—no sea usted tan repetido, que ya esto es por demás.

—Pues no he de ser repetido, si estoy tan lleno que se me sale del cuerpo.

—Pero eso no quita que se esté usted engullendo todo cuanto le ponen por delante.

—Calle usted, calle usted, don Silvestre, que con el sentimiento no sé lo que me hago, y trago y trago sin tomar gusto á nada.

Y diciendo esto, se levantó y se fué á un sillon, donde estaban su manteo y su sombrero, y se los puso.

—¿Pero se vá usted, don Cleofás?

—¡Pues no me he de ir, hombre! Necesito buscar á ese don Antonio del infierno. Oye tú, Teresita,—añadió dirigiéndose al sitio donde estaba Teresa,—yo voy á arreglar tu negocio, y lo arreglo, ó Dios me tenga de su mano.

—Pues yo me voy con usted, don Cleofás, no sea que haga usted alguna barbaridad, porque usted no está en su juicio.

—Mire usted, don Silvestre, más vale que no venga usted, porque si viene vá usted á salir con una de las suyas, que lo vá á echar todo á perder.

—Como se echa á perder, de seguro, es si vá usted solo. ¡Y que me haya yo venido á Madrid sin escopeta!...

—Mire usted, don Silvestre,—dijo doña Práxedes,—creo que tiene razon don Cleofás en querer ir solo. Déjelo usted, y si le meten en la cárcel por lo que haga, él se lo habrá buscado.

—Yo no abandono á mis antiguos amigos,—exclamó

don Silvestre, poniéndose su sotana y su sombrero.—Vamos, compañero, vamos.

—Le digo á usted que no,—dijo don Cleofás.

—Pues mire usted,—dijo don Silvestre,—por donde usted vaya he de ir yo; veremos cómo usted se me quita de encima.

—Pues bien, bueno, vamos. Mire usted, don Silvestre, si se encuentra usted con otra tapia como aquella ó cosa semejante, no se queje usted.

II.

Y los dos curas salieron.

—Hijas mias,—dijo Práxedes,—cobijaos y vamos á la iglesia más próxima á pedir á Dios que no suceda nada.

—¿Y vamos á dejar sola á Teresita?

—No señora, no, que Teresita vendrá con nosotras, porque á ella es á quien importa más, que nada suceda. Y si no se ha levantado, no es porque la suceda nada, sino porque no la vea llorar don Cleofás. ¡Válgame Dios, y qué fuerte la ha dado! ¡malditos sean los hombres! ¡y qué bien que he hecho yo en no querer á ninguno!

III.

Entretanto los dos eclesiásticos habian llegado á la puerta de la fonda, y se habian detenido, mirándose el uno al otro.

—¿Y á dónde vamos?—dijo don Cleofás.

—Es verdad, que no sabemos adonde vamos, porque

no sabemos en donde vive ese don Antonio Cantillana.

—Lo que arguye mala fé de su parte, puesto que no nos ha dicho las señas de su domicilio; y échese usted á buscar á un diputado en Madrid, sin saber donde vive.

—Compañero,—dijo don Silvestre,—vamos á buscar á un memorialista, que esos lo saben todo, y él nos dirá por qué conducto se puede encontrar á un diputado. Venga usted conmigo, que yo me acuerdo que en la calle de Espoz y Mina, á lo último, á la derecha, al lado de la calle de la Cruz, en el portal de un casuco, hay un memorialista.

—Pues vamos allá.

IV.

Echaron á andar bien deprisa los dos eclesiásticos, y llegaron pronto.

Preguntaron al memorialista y éste les dijo, que donde les darian razon exacta, seria en la portería del Congreso.

—Tome usted por su trabajo,—dijo don Cleofás; y le dió ocho cuartos.

Despues de esto tomaron casi al trote por la calle del Gato, la de la Gorguera, la de la Cruz, á las Cortes, y por la calle del Florin, dieron en la portería del Congreso.

—Servidor de usted,—dijo don Cleofás á un portero.

—Muy señores mios,—contestó éste,—¿en qué puedo servir á ustedes?

—Diciéndonos donde vive don Antonio Cantillana.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe usted, si es diputado?—dijo don Cleofás impacientándose.

—No conozco á ningun diputado de ese nombre.

—Hombre si le han elegido ayer en el distrito de Cercedilla.

—Ah, eso es distinto,—contestó el portero,—un diputado nuevo, en el ministerio de la Gobernacion, donde ya habrán remitido el parte, les dirán á ustedes dónde vive.

—Quede usted con Dios, y usted dispense.

—No hay de qué, señores, vayan ustedes con Dios.

Trasladáronse los dos eclesiásticos cuanto deprisa pudieron al ministerio de la Gobernacion, Puerta del Sol.

Se metieron, preguntaron por la dependencia en que pudiesen darles razon, dieron despues de mil vueltas y revueltas en una portería y allí les dijeron que todavía no habian ido los oficiales, que era muy temprano que no podian dar razon.

—¿Y á qué hora vienen los oficiales?—preguntó don Cleofás que estaba ya atufado.

—A las once empezarán á venir.

—Y son las nueve, señor, son las nueve,—dijo don Cleofás mirando su relój,—este Madrid es un infierno, aquí se muere uno, aquí aunque necesite uno á un hombre para que le recoja las entrañas, espérese usted un poco, no hay medio de dar con él: mire usted don Silvestre vámonos ahí enfrente al café de Correos á espe-

rar, quede usted con Dios,—añadió dirigiéndose al portero.

Y se fueron sin esperar la contestacion.

Se perdieron en el *mare magnum* de callejones del ministerio.

Se metieron en dos ó tres dependencias y al fin tuvieron que guiarlos y echarlos por otra escalera distinta á aquella por donde habian subido.

Don Cleofás se iba templando más y más.

—Pero hombre nos vamos á meter en un café con hábitos,—dijo don Silvestre,—¿qué dirán?

—Qué han de decir, que nos hemos puesto malos, que digan lo que quieran, que no se comete ningun pecado con entrar en un sitio público á tomar café, y yo lo necesito porque tengo revuelto el almuerzo, ea, y andando.

Y se metieron en aquel viejísimo café de Correos que habia antes del ensanche de la Puerta del Sol, café que tenia salida á la calle de Preciados casi frente al otro ya olvidado café de Gaspar Amato.

Los dos curas se metieron en uno de los más lóbregos rincones.

—Lo vé usted don Silvestre,—dijo don Cleofás,—aquí no nos vé nadie.

—¿Y cómo nos han de ver, señor, si estamos á oscuras?

—Me parece que nos podemos atrever á pedir una copita, don Silvestre, primero por la oscuridad y despues que no hay un alma.

—¿Pero qué dirá el mozo?

—Que ha de decir,—dijo don Cleofás,—lo que le importa es vender, y esto no es nuevo.

—Don Cleofás, que está usted muy templado y si yo me templo tambien, porque bebamos una gotita, me parece que nos encierran hoy en la cárcel de la corona.

—Mire usted, don Silvestre, á mí se me dá ya tanto por lo que vá, como por lo que viene, esto es una infamia, la pobrecilla se está muriendo, ese hombre tiene cara de tuno, dejémonos de buena fé, no sea que cuando acordemos no tenga remedio.

V.

—¿Qué ha de ser?—dijo acercándose un camarero.

—Oiga usted.—contestó don Cleofás con cierto misterio,—traiganos usted café y una copita de ron y marrasquino á cada uno.

—Muy bien padres,—contestó en voz baja el mozo, y con un acento y una expresion que querian decir: descuiden ustedes que no se lo diré á nadie.

Y se fué.

—Ve usted, don Silvestre, como todo se arregla en este mundo,—dijo don Cleofás.

—Lo que veo;—contestó don Silvestre,—es que usted es todavía sargento primero de artillería.

—Pues hable usted, don Silvestre, que si vé usted pasar por ahí á un gato, y se le figura á usted que es una liebre se dispara usted tras él.

—Hombre, la aficion.

—Pues bueno, si usted tiene su aficion, yo tambien

tengo la mia, y sobre todo, mi ama, mi pobre Teresa, la infeliz que cuando se ha acordado de querer á un hombre ha dado el gran batacazo. Ay Dios mio, y mis monjitas, ya ve usted, don Silvestre, como estaré yo, que no me acordaba de que hay monjas en el mundo: mire usted, ya tenemos en qué pasar el tiempo, nos tomaremos eso y nos iremos á Santa María Magdalena, son las nueve y media, señor, nada mas que las nueve y media y hasta las once ú once y media no hay medio de ver á esos señores.

En aquel momento llegó el mozo con el servicio, les echó el café y llenó las copas.

Tanta prisa tenia don Cleofás, que se tomaba el café hirviendo, y refunfuñaba con don Silvestre porque lo tomaba despacio.

—Sabe usted, don Cleofás,—dijo don Silvestre,—que estoy por cogerlo á usted, y exhorcizarlo y llenarle de agua bendita de los piés á la cabeza porque me parece que los malos se han apoderado de usted.

—Lo que usted tiene que hacer, don Silvestre, es acabar pronto, y si no quiere usted venir conmigo irse y dejarme en paz de si yo tengo ó no tengo los malos en el cuerpo, que lo que yo tengo es la resolucion firmísima de que nadie se burle de mi Teresita, que esto de matar á una mujer para ser diputado, no lo manda Dios, y si no hubieran inventado los diputados, seria mucho mejor, habria mas paz en el mundo, vamos, gracias á Dios que ya se ha tomado usted el café, tráguese usted ahora esa copa y vámonos.

Y don Cleofás llamó á grandes golpes sobre la mesa.

Acudió el mozo.

Le dió don Cleofás medio duro.

Cobró, tomó su propina y los dos clérigos salieron del café por la Puerta del Sol, siguiendo la calle de la Montera, y la Red de San Luis, y la calle de Hortaleza, llegaron en menos de un cuarto de hora á las Recogidas de Santa María Magdalena; tan deprisa iban.

Todo el mundo miraba á aquellos dos clérigos característicos que caminaban al vapor.

Al entrar por la portería, Agapito, que andaba sotaneando por allí, el diminuto Agapito se quedó estático.

—Válgame Dios,—dijo,—usted por aquí, señor capellan.

—Canónigo, señor mio, canónigo de la Santa iglesia Catedral de Sigüenza;—observó don Silvestre.

—¡Canónigo!—exclamó Agapito batiendo las palmas;—que sea enhorabuena, válgame Dios; canónigo, y cuanto se van á alegrar las madres, digo, cuanto van á llorar, señor, porque; ¿cómo ha de continuar un canónigo siendo capellan de monjas?

—Oiga usted, Agapito,—dijo don Cleofás,—abra usted el locutorio y diga usted á las madres que yo estoy aquí.

Agapito sacó una llave de su faltriquera, abrió una puertecilla en la cual empezaban unas escaleras, y al fin de ellas se encontraron en un pequeño aposento esterado de blanco con dos sillones de baqueta á los dos lados de una doble reja y con una imágen al óleo de la Magdalena en la pared del fondo.

Frente á la reja del locutorio, habia dos ventanas

guarnecidas con vidrios ordinarios cubiertos con cortinillas blancas.

Entre los dos sillones, habia un brasero muy limpio, con fuego, en una estrecha tarima de nogal, con su gran badila de metal, de figura de concha.

A poco de haberse sentado los dos eclesiásticos, cada uno en su sillon, se abrió la puerta del fondo de la habitacion oscura que estaba al otro lado de la reja, y aparecieron como hasta una docena de monjas, que adelantaron vivamente hácia la reja.

—Válgame Dios, don Cleofás, Jesus, y cuanto hemos rogado por usted.

—¿Qué ha sido de usted?

—¿Dónde ha estado usted?

Todo esto lo dijeron en coro las buenas madres, con un interés por su capellan que enternecia.

—Señoras,—dijo don Cleofás,—he estado en Cercedilla.

—¿Y á qué ha ido usted á Cercedilla?—preguntó con acento de queja la superiora.

—A hacer una obra de caridad.

—Ah, entonces bien ido,—dijo la portera.

—Pero á nosotras no nos llegaba el hábito á la carne,—repuso la sacristana.

—Pues aquí estoy, señoras mias, aquí estoy para servir á ustedes.

—Vaya, bueno, gracias á Dios,—dijo la superiora,—tomarán ustedes chocolate, ¿no es verdad?

—Ay, no, no señora hemos almorzado fuerte.

—Ah, pues entonces un poquito de almibar.

—Muchas gracias, madre Tránsito, no nos hace.

—Ah, entonces no porfio.

—Pero diga usted, padre capellan, ¿qué obra de caridad es esa que usted ha hecho, para que nosotras le ayudemos á usted si podemos?—dijo la madre Rosaura de la Presentacion que era una monja de mediana edad y de bastante buen parecer.

—Dios trajo, señoras, una noche á una señorita á tirar de la cadena de la portería de ésta Santa casa de Recogidas, una señorita muy buena, que ha tenido una suerte muy mala, cuya historia no sé y para hablar de la cual señorita, hace falta más tiempo de aquel de que yo dispongo, porque son ya las diez y cuarto.—Y sacó su relój.—Y á las once empezarán á ir los oficiales al ministerio de la Gobernacion.

Y guardó el relój.

—¿Y á qué tiene usted que ir, y usted perdone, padre capellan, á tratarse con empleados?—dijo una monja jóven y lindísima, que se llamaba sor Aurora de las Cinco llagas.

—¡Ay, hija mia!—contestó don Cleofás,—que como lo sabe bien mi compañero don Silvestre Parrondo, cura propio que fué, y aún lo era ayer, de la villa de Cercedilla, y que presento á ustedes con recomendacion...

—Muchas gracias,—dijo don Silvestre, mirando á don Cleofás y sonriendo, y volviendo la cabeza hácia las monjas y bajándola,—humilde capellan y servidor de ustedes.

—Muy señor nuestro,—contestó la superiora.

—Pues como iba diciendo,—dijo don Cleofás,—yo

necesito ir á entenderme con los oficiales del ministerio de la Gobernacion que entienden en las elecciones, porque necesito casar...

—¿A esa señorita?—saltó una monja incipiente de diez y ocho años, que se llamaba sor Púdica del Santo Sepulcro.

—No señora, hija mia,—contestó don Cleofás,—que esa señorita si quiere casarse los tiene á docenas.

—¡Jesus, Jesus, y qué perdicion!—dijo la superiora,—¡que anden así las mujeres, extraviadas por el enemigo, habiendo casas del Señor! ¡y que el enemigo ande tan suelto que se apodere de los sacerdotes y los meta en estos negocios!

—Madre, la caridad puede y debe meterse en todas partes,—contestó algo amostazado don Cleofás.

—No lo he dicho yo por tanto,—contestó dulcemente la superiora,—sino porque me espanta que sobren en el mundo tantas mujeres, y falten tantas en el claustro.

—Madre, el matrimonio es una vida tan perfecta como la que más, y cuando las mujeres tienen vocacion al matrimonio, es necesario en caridad agarrarles por la cola al marido que se les escapa, para que no se desesperen y se mueran de desesperadas, ó se mueran de tristeza y en pecado. Pero, en fin, señoras mias, esta es una historia muy larga,—añadió don Cleofás, sacando de nuevo su relój,—y son ya las diez y media. Yo necesito agarrar á don Antonio Cantillana, diputado por Cercedilla, para que se case, cumpliendo con su obligacion con mi ama Teresita; para cogerle, necesito saber dónde vive, y para saberlo, es necesario que yo me ponga

frente á frente con los empleados que entienden en las elecciones, y Dios sabe con qué gusto me pondria frente á frente de ellos con una seccion de artillería. Estoy sofocado.

VI.

La noticia de que Teresita, á quien querian mucho las monjas, como que era ama de su capellan, y además de esto por su carácter particular, simpático y bonachon, iba á casarse, cayó entre las monjas como una bomba, acometiéndolas una especie de estupor.

—¡Cómo! ¿qué?—exclamó sor Púdica del Santo Sepulcro, cuando se hubieron recobrado un tanto de la sorpresa,—pues nosotras creíamos que Teresita estaba muy contenta con usted, y que no pensaba casarse.

—Pues no, no señoras,—dijo don Cleofás,—por lo que se vé, no estaba muy contenta conmigo, y quiere estar más á gusto. ¡Mala batería contra el sistema representativo! ¡y que la Constitucion haya venido al fin y al cabo á estropearme mi casa!

—La Constitucion es muy mala,—dijo la superiora, que la echaba de docta,—como que al fin y al cabo la inventaron los jacobinos.

—Vamos, vamos,—dijo don Cleofás levantándose,—el tiempo vuela. De aquí al ministerio de la Gobernacion hay media legua, y no podemos detenernos, compañero, si hemos de llegar á tiempo.

Don Silvestre se habia levantado tambien.

—¿Y cuándo acabará usted los negocios de su ama?—

dijo la superiora con cierta ansiedad,—á fin de que le tengamos á usted completamente, porque nos encontramos muy mal sin usted, don Cleofás.

Se puso excesivamente amarillo y colorado el bueno del clérigo, porque llegaba el momento supremo, el momento terrible.

—Vamos, vamos,—dijo al fin,—es necesario no vacilar, ni dejar de largar el primer cañonazo por temor á la contestacion del enemigo. Yo, señoras, no puedo permanecer al lado de ustedes.

—¡Ah, nos abandona usted por su ama!—exclamó la superiora, mientras las otras monjas miraban ya de una manera hostil á don Cleofás.

—Señoras,—exclamó éste,—yo no abandono á ustedes, sino obedeciendo una órden superior. El señor ministro de Gracia y Justicia me ha enviado mi nombramiento de canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Sigüenza. ¡La Constitucion, y siempre la Constitucion! ¡el sistema representativo! ¡maldito sea! ¡cien baterías!

—¡Canónigo, canónigo!—exclamaron en voz baja y lúgubre las monjas.

Don Cleofás comprendió que despues de aquello iba á descargar una tempestad, y se pronunció en fuga, despidiéndose á la carrera, y dejando á la comunidad sumida en una negra tristeza.

Don Silvestre le siguió.

VII.

—¡Ay, cuándo usted vuelva la que le espera!—dijo á don Cleofás.

—Ya lo sé, compañero, ya lo sé, y por lo mismo no vuelvo. Las escribiré; déjeme usted en paz, compañero. No tengo más que amarguras. ¿No vé usted lo que me quieren las pobrecillas hijas mias? ¡Y qué trabajo me cuesta separarme de ellas! ¿Y mi pobre Teresa?

—Pues buen remedio, don Cleofás; renuncie usted á su plaza de canónigo.

—¡Cómo! ¿habiendo sido nombrado por su majestad? Esto seria una rebeldía, un desacato: me comprometeria: creerian que yo era un desafecto. Nada, nada, es necesario resignarse con la voluntad de Dios.

—Pues resignémonos, don Cleofás,—contestó don Silvestre,—y hagamos acopio de resignacion, por si algun dia se les ocurre nombrarnos obispos.

—¡Ay, qué cosas, qué cosas, don Silvestre! ¿ha visto usted?

—Sí, sí, ya veo.

—Pero vamos por Dios deprisa, don Silvestre, que van á dar las once.

Y los dos canónigos siguieron á gran paso hácia la Puerta del Sol, llamando como antes por su celeridad la atencion de los transeuntes, porque parece que á la idea del clérigo van unidas las ideas de la indiferencia á

todo lo mundano, y del contínuo reposo, de la contínua parsimonia.

VIII.

Llegaron, al fin, al ministerio de la Gobernacion, y en él, despues de muchas vueltas y revueltas, y de muchas preguntas, dieron al fin con un oficial encargado del registro de los diputados que iban saliendo.

Oyó la pregunta de don Cleofás, papeleó por algunos minutos, y dijo:

—En efecto, aquí está: «El gobierno ha triunfado en el distrito de Cercedilla. Ha sido elegido por unanimidad el candidato ministerial don Antonio Cantillana.»

—Bien, sí, ya lo sabemos,—dijo don Cleofás,—como que nosotros hemos hecho esas elecciones.

—¡Hombre! ¿sí? sea enhorabuena,—dijo el empleado.

—El señor es el cura párroco de Cercedilla,—dijo don Cleofás,—y ahora canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla, como yo de la de Sigüenza.

—Servidor de usted,—dijo don Silvestre.

—Muy señor mio,—contestó el oficial.

—Pero es el caso,—dijo don Cleofás,—que nosotros, para un asunto importantísimo, necesitamos saber dónde vive ese señor.

—¡Ah! de eso no tenemos aquí antecedente alguno. Pero dejen ustedes, veremos.

Y tocó un timbre.

Apareció un portero.

El oficial escribió en una cuartilla de papel: «Ami-

go Pancho: Hazme el favor de ver si se tiene algun antecedente, ó si se sabe dónde vive don Antonio Cantillana, diputado electo por Cercedilla. Aquí ha estado doña Rosario, y acabo de echarla con cajas destempladas. Sírvate esto de aviso, y prepárate,—Pepito.»

Dobló esta cuartilla, la metió en un sobre, la cerró con lacre, y dijo al portero.

—Lleve usted esto al oficial de la seccion de policía.

Sonóle ágrio esto á don Cleofás.

No le parecia muy tranquilizador recibir noticias del novio de su Teresita por medio de la policía.

—Siéntense ustedes, señores, siéntense ustedes ahí junto á la chimenea,—dijo Pepito,—dispénsenme ustedes, estoy atareado, acansinado, con esto de las elecciones, no puedo perder un momento.

—¡Malditas sean ellas! ellas tienen la culpa,—dijo don Cleofás, que no sabia ocultar nada de lo que sentia, acercándose á la chimenea, y sentándose en un sillon.

Imitóle don Silvestre.

El oficial tomó un pliego de oficios, timbrado con la razon oficial del ministerio de la Gobernacion, y escribió:

«Mi querida Cristina: Anoche no pude verte; el jefe me tuvo hasta las tres de la mañana liado con despachos telegráficos, y tomando notas, y haciendo cómputos acerca de la mayoría probable que tendrá en el Congreso el gobierno.

»Estoy aburridísimo; tú te habrás aprovechado de la ocasion para hablar de largo con el teniente, pero esta noche será la mia, porque he conspirado con la sec-

cion de órden público, se soltará un aviso alarmante, y se pondrá la guarnicion sobre las armas. Gustavito se fastidiará en el cuartel, y si tú no quieres fastidiarte; que te lleve tu mamá á Capellanes, yo iré, apelando á una enfermedad ficticia. Hasta la noche.»

¡Cuántas veces, abusando de la buena fé del gobierno, se habrá puesto la guarnicion sobre las armas, por un asunto tan trivial como el que contenia la carta de Pepito!

IX.

Los curas se impacientaban. Tardaba en venir la contestacion.

Pepito habia cerrado su carta y la habia entregado á un portero para que la llevase á su Dulcinea.

Hé aquí cómo los empleados públicos pueden ser empleados en servicios particulares.

X.

Vino al fin el informe de la seccion de policía, que con una indiferencia verdaderamente espartana entregó Pepito á don Cleofás para que se enterase.

Éste leyó:

«Pepin: Has hecho muy bien en espantarme á doña Rosarito, que se me vá subiendo á las barbas, y te doy las gracias. En cuanto á don Antonio Cantillana, diputado por Cercedilla, no hay aquí antecedente alguno, pero aproveché la venida de Colacho, que es una

gacetilla vieja y un polizonte como no hay dos, y me dijo haciendo aspavientos y abriendo la boca: «Buen pillo se ha echado por defensor el gobierno.»

A don Cleofás se le oprimió el corazon, se le atajó el resuello, se detuvo, y luego siguió:

»Este indivíduo, cuando tenia quince años, vendia naranjas en la plazuela de la Cebada, ó patatas, ó castañas, segun la estacion; tambien solia agarrarse al pescado. Anduvo en el degüello de los frailes y en el saqueo de los conventos en 1834. Le encausaron y le sentenciaron á dos años de presidio, que extinguió en Valladolid. Volvió al presidio un año despues de haber extinguido su primera condena, por el robo de una mula: estuvo ocho años en el Ferrol; salió de allí á los veintiseis, y se le vió de levita y muy bien portado en todos los sitios públicos de Madrid. Estuvo de gurrupié en la partida del duque, y por último, de la noche á la mañana se le vió convertido en agente de Bolsa, en cuya otra partida continúa. Hace tres años se metió en el periodismo y en la política, y se ha hecho un hombre importante. Le han rehabilitado á cencerros tapados, y es sugeto que influye mucho. Vive en la calle de la Gorguera, número 8, cuarto principal. Es cuanto puedo trascribirte acerca de este indivíduo. A Cristina la ví anoche en la Iberia á primera hora, con su madre y con un señor mayor; te lo aviso para tu gobierno. No puedo menearme de aquí, hijo; á las cinco nos iremos juntos y hablaremos.—Tuyo,—Panchito.»

XI.

El aviso con que terminaba la carta de Panchito, no pudo recibirlo, porque don Cleofás le dijo:

—¿Usted tiene inconveniente en que yo guarde este informe?

—De ninguna manera, señor mio, de ninguna manera,—contestó con su indiferencia oficial y su gravedad de cobachuelista, Pepito.

—Pues muchas gracias,—dijo don Cleofás, que tenia la voz entrecortada por la cólera,—usted dispense por lo que le hemos molestado.

—No hay de qué, señores, no hay de qué; vayan ustedes con Dios.

Los dos clérigos salieron.

XII.

—¿Qué diablos habrá leido don Cleofás?—murmuraba don Silvestre,—me parece que se le ha reventado la escopeta en las manos.

Al llegar al patio se detuvo don Cleofás, y dijo á don Silvestre:

—Compañero, mire usted lo que hemos hecho en servicio de la nacion, haciendo padre de la patria á ese criminal; mire usted, mire usted por qué hombre se ha apasionado, se ha vuelto loca, ha enfermado Teresita; sí, todos los pillos tienen suerte; pero, ¡quién habia de

creer!... parece un hombre de bien, un caballero. Don Silvestre, todo es mentira; no podemos fiarnos de la camisa que tenemos puesta; yo no soy yo, ni usted es usted; en el mundo no hay más que fantasmas disfrazados de lo que no son; ¡el sistema representativo! de todo esto tiene la culpa el sistema representativo.

Seis ú ocho soldados de la guardia que andaban por el patio, se habian acercado, excitados por la descomposicion de aquel cura, que hablaba récio y manoteaba, y le miraban con esa picaresca expresion que tienen los soldados españoles.

—Por Dios, don Cleofás,—dijo don Silvestre,—modérese usted, que estamos juntando gente.

Don Cleofás reparó en los cazadores, y olvidándose de la sotana y creyéndose todavía sargento primero por una excitacion de los nervios, exclamó:

—A ver si tiro yo del sable y os siento la mano, pícaros, ¿qué teneis que hacer aquí? pues á fé á fé que si fuera menester tomar á la bayoneta una batería no andaríais tan listos.

Los soldados, por respeto al traje, se retiraron murmurando:

—Vaya un clérigo, se ha vuelto loco á la fuerza.

—Vámonos, vámonos,—dijo don Silvestre, que estaba asustado de la escitacion de su compañero,—y hágame usted el favor de moderarse, don Cleofás, que con lo que á usted le pasa, no sabe usted lo que se hace, mire usted, ¡decir que iba usted á tirar del sable, Jesús, Jesús, qué hombre, qué génio!

—Mire usted, don Silvestre, cuando veo á mi alrede-

dor soldados: no sé tratarlos de otro modo que como los he tratado siempre, no lo puedo remediar, no hay sotana que valga, se me vá el santo al cielo.

—Tiene usted razon, y se le queda á usted en el cuerpo el diablo.

—Tiene usted razon, tiene usted razon, don Silvestre, yo no sé lo que me pasa, me moderaré y echaré paciencia, pero mire usted, y entérese usted, y juzgue usted.

Don Cleofás dió el informe á don Silvestre que le leyó y dijo:

—Bueno, bien, pues esto se reduce á que esta misma tarde se lleve usted á Teresita á Sigüenza y á que tenga paciencia, ya se le pasará.

—No se le pasa, no se le pasa, don Silvestre, la conozco bien, no se le pasa, tiene muchísimo corazon mi pobre Teresa, y se le ha cogido todo ese malvado, nada, nada, no hay remedio, que se case, que se case, ese hombre tiene ya solapadas sus picardias y mejor le ha de ir á ella con él siendo malo que sin él, que yo la conozco mucho, y si yo la presento este informe, me expongo si lo cree, á que se me muera de sentimiento, y si no lo cree, que es lo más probable, porque las mujeres no creen nada de lo que se les dice de los que quieren, como no sea bueno, me tomará aborrecimiento; vámonos, vámonos al número 8, de la calle de la Gorguera, cuarto principal.

—Vamos, pero mire usted don Cleofás que ha de estar usted en órden, porque si no yo me encargo de poner órden en usted y en él.

—Descuide usted, descuide usted, don Silvestre, que

yo ya estoy puesto en el burro y dispuesto á lo que venga y todo por esa infeliz: descuide usted que yo hago de mí lo que quiero.

—Dios quiera que usted no se engañe á sí propio: vamos allá, pero como llegue usted á tirar del sable saco yo la escopeta.

Los dos clérigos salieron del ministerio con honores, porque la guardia, avisada por los otros, estaba toda en el portal esperando para verlos.

—Calla,—dijo un reenganchado que estaba entre la guardia,—pues si es el sargento Tormenta, que porque le hizo una trastada una, se desesperó y se metió cura, que ha de estar loco, pues buen génio tiene el angelito, si no os venís, con sotana y sombrero de canal os come á bofetadas; pero tenia su batería al pelo, el ganado, las piezas, el material, en regla, y si le hubierais visto en Peñacerrada al pié del cañon, y venga, y toma, y era muy bueno, y muy cristiano, y no nos sobaba, muy hombre de bien, y muy caritativo, pero templado, anda, anda, que se fien de que lleva sotana, vamos, muchachos, no le he hablado porque no dijera y porque se le conocia que estaba de mal humor, de hombre de bien le pasarán á él cuantas cosas le pueden pasar á un hombre, ya veis, se creyó que era una santa, una indina que habia rodado más que una granada de ventaja. Calla, las doce, el relevo, ahora dos horitas de *pasma*, bueno.

Y el reenganchado se fué á tomar al armero su fusil, como otros varios.

XIII.

Entretanto habian llegada á la calle de la Gorguera, y á la puerta del cuarto principal del número 8 los dos canónigos.

Don Silvestre asió la mano de don Cleofás que la alargaba hácia la campanilla, y le dijo:

—Por última vez, moderacion y prudencia.

—Descuide usted, descuide usted don Silvestre, que ya estoy sereno,—dijo don Cleofás que echaba llamas por los ojos, y manejaré este negocio con blandura, pero déjeme usted llamar.

Don Silvestre dejó en libertad la mano de don Cleofás que llamó moderadamente.

Se abrió la puerta y apareció un criado de levita y con corbata blanca.

El recibimiento estaba además muy bien puesto.

El criado que estaba prevenido se sonrió al ver á los dos curas y les dijo:

—Pasen ustedes, señores, pasen ustedes, lo primero que me encargó el señorito cuando llegó fué, que cuando ustedes viniesen los introdujese, pasen ustedes.

Entraron, cerró la puerta el criado, abrió otra, se encontraron en una antesala, y pasaron despues á otra sala mas recargada de objetos, de ricos muebles, de dorados, de cuadros de pacotilla, de anchos cortinajes, era en fin ese lujo de mal gusto; ese lujo de almacen que se vé generalmente en todas partes.

El arte llora, ha pasado su tiempo.

Era hijo del idealismo, y el idealismo yace sepultado bajo el dinero.

El lujo es una necesidad en los ricos, pero el lujo de hoy, es pesado, de mal gusto, embiste, mortifica.

XIV.

—El señorito vendrá al momento,—dijo el criado.

Y se retiró.

XV.

—Pero ha visto usted, ha visto usted, don Silvestre,—exclamó don Cleofás,—qué casas tienen hoy los presidiarios.

—Que quiere usted, amigo mio, todo está revuelto, la constitucion...

—El sistema representativo,—exclamó sulfurado don Cleofás.

Se abrió una puerta de cristales, y apareció en bata encarnada con chinitos y con un gorro bordado de oro de terciopelo azul con gran borla y tan primoroso que parecia hecho para conservarle debajo de un fanal, la grotesca y saludable humanidad de don Antonio Cantillana que extendió sus dos anchas manos y adelantó con la sonrisa en los lábios hácia los dos clérigos.

Estos le tomaron las manos, pero don Cleofás se la apretó tanto y de tal manera, que Cantillana no pudo ménos de decir:

—Caramba, señor canónigo, que me ha lastimado usted.

—Pues todavía le tengo que lastimar á usted algo más,—exclamó destemplado don Cleofás.

—En qué quedamos compañero,—dijo don Silvestre metiéndose por medio,—dónde están sus propósitos de usted de ser prudente.

—Aquí no nos vé nadie,—dijo don Cleofás soltando su manteo y su sombrero, y poniéndolos sobre un sillon,—yo no soy el canónigo don Cleofás de Aguablanca sino el sargento Tormenta de la primera batería del quinto regimiento montado, y á mí,—y cerró el puño y amenazó:—nadie me la hace que no me la pague.

—Pero señor,—dijo verdaderamente asustado Cantillana;—que es esto, no comprendo...

—¿Por qué no dijo usted á mi Teresita cuando se puso á requebrarla que era usted dos veces licenciado de presidio?

—Qué, qué, qué es eso que usted dice, señor don Cleofás,—exclamó Cantillana.—¿Qué enemigo mio ha hablado con usted y ha pronunciado esa infame calumnia?

—Tengo aquí un informe de la alta policía del reino sobre usted; entérese usted.

Y dió á Cantillana el informe que le habia dado Pepito el encargado en el ministerio, de la materia de elecciones.

—Bien, bien, perfectamente,—dijo don Antonio,—este es un chisme de oficina ese señor que se mete á dar noticias mias á un oficial de Gobernacion, y estos dos oficiales tan indiscretos, bien, muy bien, saldrán, sal-

drán, yo les enseñaré á que calumnien á los hombres de honor; me hago de la oposicion si el gobierno no me hace justicia, y esta doña Rosario, doña Rosario, se la separará.

Por una coincidencia diabólica, doña Rosario era la buena moza que mantenia don Antonio.

—Qué títeres hay hoy en los altos puestos,—continuó;—qué escándalo, nada, nada, es necesario moralizarlo todo, es necesario ordenarlo todo.

Y se metió el informe en el bolsillo interior de la bata.

—¿Y cómo usted, señor don Cleofás, tan bueno, tan honrado, ha podido deducir nada de una cosa tan vaga? ya se vé, la falta de esperiencia, pero yo demostraré á usted que soy digno de su aprecio, digno de esa buena señora que me ha favorecido con su afecto: y, ¿dónde está dónde está para que yo tenga el gusto de ir al momento á ponerme á sus piés?

—Mire usted, don Antonio,—exclamó don Cleofás bajándose los puños de la chaqueta que se habia levantado,—que á mí no me la dá nadie, mire usted que aunque yo tenga que perder mi canongía porque no vaya á tomar posesion de ella, me estoy aquí hasta que usted se case con mi ama, entiende usted, y que todo lo que puede ser es que gane usted tiempo, pero cuanto mas tiempo gane usted, peor, que estará más cargada la nube y la tormenta será mas fuerte.

—La calumnia,—dijo Cantillana,—los efectos de la calumnia, bien dijo aquel que dijo, calumnia que algo queda.

—Lo que ha de quedar aquí, es usted casado con doña Teresa y doña Teresa con usted,—dijo don Cleofás,—y si usted no es un pillo, me alegraré mucho, y si lo es usted que tenga paciencia, que coma con la cuchara que ha escogido, y si revienta, en paz, que bien se estaba en mi casa sin amoríos la inocentona, válgame Dios, cuando una cuarentona dice allá voy, ni un cohete á la congreve se puede comparar con ella, en fin he dicho cuanto tenia que decir. Teresita está conmigo y con la familia de mi compañero en la fonda de las Peninsulares, en el número 4 del segundo piso, si quiere usted venir ahora, venga usted, y si no, vaya usted cuando usted quiera, pero si usted tarda ya estoy yo aquí, y ya no se me pierde usted, porque para perderse tiene usted que dejar de ser diputado y se me figura á mí que antes que dejar de ser diputado es usted capáz de cualquier cosa, hasta de casarse con la amiga del diablo, cuanto mas con mi Teresita que es una buena mujer.

—Vamos, vamos allá, don Cleofás, espérense ustedes un momento á que me vista, usted se convencerá de que no hay motivo para nada de esto. Con permiso de ustedes, vuelvo al instante.

Y Cantillana salió por la misma puerta por donde habia entrado.

XVI.

—Me parece que se podia haber ahorrado muy bien todo esto,—dijo don Silvestre.

—Hombre, no tenga usted tan buena fé,—dijo don

Cleofás,—que si ese hombre se ha amansado, es porque yo le he apretado las clavijas, porque me ha tenido miedo: y deje usted, que de miedo en miedo estoy seguro de llevarle á las bendiciones; y estoy por no ser canónigo y quedarme aquí á la mira de Teresita, para que ese hombre la haga feliz por respetos á mis puños. No, sino estaos quedo y os comerán las moscas. Vaya, hombre, ¿cómo hacia usted los electores en Cercedilla? ¿No los hacia usted á escopetazos? Pues bueno, yo le hago *ad terrorem* un marido á mi Teresita. Es un buen sistema para con los pícaros. Andarse en contemplaciones con ellos es perderse. Nada, palo y más palo como á los machos falsos, y déjeme usted á mí, que yo bien me sé donde me aprieta el zapato.

—Por lo que veo,—dijo don Silvestre,—me parece que hace usted bien; pero ya se vé, como nuestra posicion es tan delicada...

—Hombre, hágase el bien y hágase por cualquier camino. Y me está espantando que ahora se ande usted con tantos repulgos, manejándose usted como se ha manejado siempre con los de Cercedilla, á palos...

—Hombre, aquí como aquí, y allí como allí. Aquellos son unos brutos.

—Y aquí son unos pícaros.

—Bueno, hombre, bien, con tal que éste no nos haga alguna...

Y don Silvestre, pensaba en su canongía, que le parecia que estaba en el aire.

—Por mi parte,—dijo,—esta misma tarde me marcho á Sevilla en un carruaje, aunque me cueste un ojo

de la cara. La cuestion es tomar cuanto antes posesion de la canongía, que, la verdad sea dicha, no me fío yo mucho de este señor.

—Hombre, ¿no se fía usted de él para la canongía, y quiere usted que me fíe yo en lo tocante á la pobre Teresa? Lo que usted queria, don Silvestre, era que yo no le disgustase, por si nos quitaba ó no nos quitaba los canonicatos. Hombre, en todo hay que pensar, pero, cállese usted, que le siento venir.

XVII.

Apareció en efecto don Antonio, vestido con cierta elegancia atildada, con esa elegancia que determina un gran cuidado en el traje.

—Cuando ustedes quieran, vamos,—dijo, acabando de ponerse un guante.

—Cuando usted quiera, señor don Antonio,—dijo don Silvestre.

—Vamos andando,—dijo don Cleofás.

Salieron.

Al abrirles la puerta el criado, que ya conocian, Cantillana le dió dos cartas, mandándole las llevase al momento.

Bajó despues, y los eclesiásticos se encontraron con un elegante carruaje de cuatro asientos, con dos hermosos caballos.

—¡Ah!—dijo don Cleofás,—por lo ménos Teresita tendrá coche.

—A las Peninsulares, Juan,—dijo Cantillana al laca-

yo, entrando en el carruaje despues que los dos eclesiásticos.

XVIII.

Leamos las dos cartas que Cantillana habia entregado á su criado.

—El sobre de la una decia:

«Excelentísimo señor ministro de la Gobernacion. de su amigo, Antonio Cantillana.»

El otro decia:

«Doña Rosario Trespiés.»

Sin más.

Leamos la dirigida al ministro.

«Amigo T...: Si yo he de servir lealmente al gobierno en las árduas cuestiones que se preparan, es necesario que el gobierno me sirva á mí. Adjunta es la calumnia que ha emanado para mí de dos oficiales de la secretaría del cargo de usted. Es necesario que hoy mismo queden cesantes ese Pepito y ese Panchito. Resérveme usted sus plazas; tengo para ellas dos sugetos recomendabilísimos.—Suyo de corazon,

A. Cantillana.»

La otra carta contenia lo siguiente:

«Señorita: Incluyo á usted un billete de dos mil reales, como completo de su asignacion por este mes. En adelante viva usted de la cesantía de Panchito. Toda súplica, todo recurso será inútil. Lo sé todo. Ex-suyo,

A. Cantillana.»

Como ven nuestros lectores, las elecciones de Cercedilla traian cola.

Es mucho, es mucho el trastorno que causan las elecciones.

Se hacen sentir hasta en el gabinete de las busconas.

CAPITULO XXII.

De la negra aventura que aconteció á Kin Kakop Atahualpa.

I.

El órden de nuestro relato nos obliga á ponernos en busca de don Baltasar Kin Kakop Atahualpa.

Sabemos que nuestro indio estaba sediento de tres cosas: primera, de vengarse de aquel á quien debia el haber sido juzgado muerto, y haber estado en el hospital gravemente en peligro; apoderarse nuevamente de Clotilde, que era su sueño; y cobrar los millones de la indemnizacion que le debia el gobierno, por sus contratas en el Perú durante la guerra de la Independencia.

El juez de primera instancia, descubriendo que Clotilde estaba casada con don Luis Sanchez de Leiva, le habia iluminado, haciéndole pensar en un marido ofendido que habia pretendido matarle.

El indio no conocia á Estéban. Estéban para él era uno de esos secretos que guardan las mujeres de historia en las sinuosidades de su vida, porque aunque le habia visto una vez en América, no se acordaba de él ni le suponia en Madrid.

Kin Kakop se gastó largamente con la policía su dinero, y logró encontrar el rastro de Luis.

Se averiguó que Luis habia vivido algunos dias con la señorita doña Adela Madreselva, que ésta se habia escapado, que Luis habia ido á buscarla, y que por la vuelta de la señorita doña Adela Madreselva, se sabia que ésta habia estado en Cercedilla.

Kin Kakop preguntó hácia qué punto del mundo estaba Cercedilla: se lo dijeron, y emprendió el camino.

II.

Era por la tarde.

Un ladron con aspecto de campesino honrado, á quien habia preguntado Kin Kakop, le extravió, y lo que es más, se le ofreció como guia.

Kin Kakop aceptó.

III.

Como á las doce del dia, con un frio de treinta grados, y bajo una densa cerrazon, se encontraba Kin Kakop al pié del cerro de la Maliciosa, cabalmente jun-

to á la pendiente rampa que terminaba en la cueva que habia servido de domicilio al marqués de Olite.

Kin Kakop, que era malicioso, creyó ver en su guia el empeño de internarle más y más.

Se arrepintió de haber cedido á su buena fé, detuvo su caballo, y dijo á su fingido guia.

—Ni Dios pasó de la cruz, ni yo paso de aquí: vete, que aunque tarde, te he conocido, y eres tú poco hombre para quedarte conmigo.

—De modo y manera,—dijo el ladron,—que usted dice lo que quiere, caballero, porque yo soy un hombre honrado, y no hay necesidad de levantarle falsos testimonios á ningun pobre, que aunque nadie lo oye lo digo yo, y es una lástima que por una futesa que usted me dá por guiarle, me llame usted ladron.

Y á todo esto el ratero se habia aproximado.

De improviso se habia agarrado á una pierna de Kin Kakop, y con una extraña agilidad le habia echado fuera del arzon.

El indio, sin embargo, se levantó como una fiera, pero el bandido habia dado un puntazo al caballo, y éste habia partido, perdiéndose á lo largo del barranco, y llevándose las pistolas de Kin Kakop.

Le quedaba á éste, sin embargo, el cuchillo, de que no se desprendia jamás, y echó mano de él.

Pero no las habia con cojo ni manco, y el paleto se puso en facha con una navaja de palmo y medio en la mano, y empezó un combate cuerpo á cuerpo y puñal á puñal, en que no podia decirse á primera vista quien era el que llevaba la ventaja.

Sabe Dios lo que hubiera acontecido, si no hubieran aparecido un hombre á caballo y un mozuelo á pié, que el caballo guiaba, por lo alto del barranco.

Aquel era un atajo por donde se cortaba mucho camino para Cercedilla.

El ginete, que vió la situacion en que se encontraban los dos combatientes, intervino desde lejos, diciéndoles:

—¡Eh! ¡alto ahí! ¡no hay que matarse! estaos quietos, que allá voy yo.

Este ginete era Luis; el que le guiaba, Medio-dedo, el amante favorecido de la Casildica.

Dejemos al ladron y al indio menudeando sus golpes, porque tenian la gente encima, adelantando de prisa hácia ellos á Luis y á Medio-dedo, y veamos cómo estaban juntos.

IV.

Luis se habia valido de la policía para encontrar á Dolores, como se vale de ella todo el que quiere encontrar algo que se le haya perdido, ya sea cosa ó persona, y por una sucesion de coincidencias, que serian largas de exponer, la policía habia averiguado que en la casa del cura de Cercedilla habia una señora, cuyas señas convenian con las que de la señorita perdida habia dado á la policía don Luis.

Sabíase además que aquella señorita habia ido á aquel pueblo con el capellan de las monjas de Santa María Magdalena de Madrid, y completándose los infor-

mes se supo que algun tiempo antes habia salido una mañana un enfermo ó enferma, muy tapado con mantas, de la portería de Santa María Magdalena, y habia ido á parar á casa del capellan de las monjas, calle de Santa Brígida, y que se habia llamado al médico que asistia en sus enfermedades al capellan.

Preguntóse directamente á don Ruperto, y se sacó de claro en claro que en efecto la señorita que se buscaba habia estado enferma casa del capellan, y que, apenas restablecida, se la habia llevado éste á Cercedilla.

Luis se puso en camino, y llegó al pueblo dos horas despues de haber salido de él Dolores con las personas que la acompañaban.

Luis supo que Dolores volvia á Madrid; estaba rendido, y pernoctó aquella noche en Cercedilla, poniéndose en marcha al amanecer.

Pero habia una niebla densa, no tomó guia, y antes de llegar á la carretera se extravió, perdiéndose en las asperezas de Guadarrama.

Notólo cuando vió que de quebradura en quebradura no daba con el camino, y se resignó á que la suerte le deparase el encuentro con algun pastor ó campesino que pudiese servirle de guia.

De improviso, al revolver de un barranco, le salió al encuentro un mozo pálido, al parecer hambriento y tiritando, que le dijo:

—Señor caballero, por el amor de Dios apiádese usted de mí y deme algo que comer, si lo lleva, que hace veinticuatro horas que ando por estos andurriales huido, temblando de frio y de hambre, muriéndome.

Luis se descolgó el cabás que llevaba con algunos fiambres, lo abrió y lo presentó á Medio-dedo, que él era, que devoró los fiambres y el queso que en el cabás habia, á pesar de que entre todo componian un conjunto de cuatro á cinco libras.

Despues Luis le dió una de las cantimploras que contenia el cabás, y que estaba llena de ron.

Medio-dedo bebió y se confortó.

—¿Y no tendria usted algo que yo me pusiera en la cabeza?—dijo Medio-dedo,—que la tengo traspasada de frio.

Luis, que era caritativo, se quitó la bufanda y el carrik, y los dió á Medio-dedo.

—Pero usted se vá á quedar desabrigado, señor,—dijo Medio-dedo, envolviéndose la cabeza con la bufanda, que era ámplia.

—Anda, anda, muchacho,—dijo Luis,—que aunque me quedo solo con el paletot, voy bien aforrado; además es necesario que me guies hasta la carretera, porque tú conocerás el terreno.

—Si señor, sí,—dijo Medio-dedo,—á media legua de aquí está la Maliciosa, y orillita de la Maliciosa el camino real.

—Ea, pues anda,—dijo Luis.

—El camino por aquí es muy áspero,—contestó Medio-dedo,—pero descuide usted, que yo llevaré el caballo de la mano y todo irá bien.

Y Medio-dedo tomó del diestro al caballo, y echó á andar.

V.

—¿Y por qué andas tú huido, muchacho,—dijo Luis.

—Por qué he de andar huido,—contestó haciendo un puchero Medio-dedo,—porque he matado sin quererlo á un señor, amigo del tio de mi novia, que es el médico del pueblo de Cercedilla.

—¿Y por qué hiciste tú eso?

—¡Toma! porque me iba, me llevaba escapada á mi novia.

—¡Válgame Dios, hombre, válgame Dios! ¿y estás tú seguro de que has matado á ese señor?

—Sí, señor, que se cayó al suelo y dió un batacazo y no se levantó.

—Pues hombre,—dijo Luis,—yo he estado toda la noche en el pueblo, he preguntado, porque me importaba, qué novedades habia en él, y no me han dicho que se hubiera hecho una muerte; y ya vés tú que en los pueblos, cuando sucede una muerte, están hablando de ella tres años.

—Pues mire usted,—dijo animándose Medio-dedo,—puede ser que no le haya matado, ni le haya pasado nada, sino que se cayera; y si eso fuera verdad, mire usted que yo estoy que me muero por Casildica, y Casildica está que se muere por mí.

—Deja, hombre, deja, que á Madrid vamos y en Madrid sabremos lo que haya de cierto; no te aflijas tú, que has dado en buenas manos.

—Vaya, pues muchas gracias, señor,—dijo Medio-dedo.

Y continuaron hablando, hasta que al cabo de una hora y al descender por el barranco de la Maliciosa, vieron al indio y al ladron, procurando cada cual de ellos partirse de una puñalada.

Viendo Luis que su intimacion no habia servido de nada, sacó sus pistolas, echó pié á tierra, y adelantó hácia los contendientes.

—¡Alto!—les dijo con las pistolas amartilladas,—¿qué es esto?

Pero de improviso, al ver el cobrizo color del indio, que habia quedado inmóvil como el bandido á la intimacion armada de Luis, éste, decimos, de repente se puso densamente pálido, y ardió en sus ojos algo terrible.

—¿Eres tú Kin Kakop Atahualpa?—dijo.

—Sí,—contestó el indio,—yo soy.

—¿Conoces tú á Clotilde?—exclamó Luis.

—Sí, como te conozco á tí, que eres su marido,—contestó Kin Kakop.

Hubo un momento de sombrío silencio.

—¡Ah! pues estamos en duelo, no por ella, que la desprecio, sino por la infamia que me has hecho robándomela: uno de los dos ha de quedarse aquí.

—¿Y cómo?—dijo Kin Kakop,—yo no tengo armas.

—Las tengo yo,—exclamó Luis,—estas pistolas; toma, muchacho,—dijo Luis á Medio-dedo,—cuando yo te lo avise, dá esa pistola á ese hombre.

Medio-dedo tomó el arma temblando.

Luis se puso á diez pasos de distancia.

—Concluyamos,—dijo Luis,—cuando tengas la pistola tiraremos á discrecion; aquí es necesario prescindir de formalidades: dá esa pistola á ese hombre,—añadió Luis, dirigiéndose á Medio-dedo.

Éste entregó la pistola á Kin Kakop, y se retiró.

—¿Conque á discrecion?—dijo Kin Kakop,—pues allá vá.

Y armando la pistola y apuntando rápidamente disparó.

Sonó casi simultáneamente otro pistoletazo.

En un duelo en regla no hubieran podido ser más simultáneos los disparos.

Luis quedó de pié, con el brazo extendido hácia Kin Kakop.

Éste vaciló, y cayó.

Le habia atravesado el pecho la bala de Luis.

—Recoge esa pistola,—dijo éste á Medio-dedo,—y dámela.

Medio-dedo se acercó temblando al indio, le quitó la pistola, y la entregó á Luis.

Éste cargó de nuevo las pistolas, valiéndose de uno bolsa de municiones que llevaba á prevencion, las puso en las pistoleras, y luego se acercó al indio, que se habia incorporado y se apretaba la herida, pálido de terror.

—Me basta,—dijo Luis,—con que sepas que á mí no se me burla impunemente. Ahora el médico debe hacer su deber. Y yendo á su caballo y quitando la maleta en que llevaba ropa blanca, sacó una camisa y una tohalla, las rasgó, se proveyó como pudo de vendajes, y haciendo

que le ayudasen el bandido, que no lo parecia, y Medio-dedo, que estaba aterrado, hizo segun arte la primera cura á Kin Kakop.

VI.

El antiguo médico-cirujano de la Armada ostentaba una serenidad admirable.

Habia tenido razon para herir, y generosidad bastante para curar.

El indio se conmovió.

—¡Vive Dios!—dijo,—que al fin encuentro un hombre de corazon, y que me pesa haberle ofendido.

Luis no contestó.

Continuó haciendo su cura.

—Es tan hermosa, tan tentadora...—exclamó Kin Kakop,—es un demonio.

Luis continuó en su silencio.

—¡Ah, qué hombre!—exclamó el indio, y calló á su vez.

La cura se terminó en silencio.

Cuando hubo concluido Luis, dijo al ladron:

—Tú debes de ser de por aquí.

—Sí, señor,—contestó el bandido,—soy pastor de cabras: iba á juntarme con mis compañeros cuando me encontré á este señor, que me dijo que se habia perdido y queria llegar pronto al pueblo de Cercedilla.

—¿Y á qué iba usted á Cercedilla?—preguntó al indio Luis.

—A buscar á usted.—contestó el indio.

—¿Con qué objeto?

—Con el de vengarme.

—¿De qué?

—De haber sido acometido á traicion y maltratado de tal modo que me creyeron muerto.

—Ya vé usted que yo no acometo á traicion,—contestó Luis.

—Yo no conocia á usted más que por los informes de ella, y ella me habia dicho que era usted un sér débil: creí, pues, que por ella me habia acometido usted. No encontraba otro que pudiera tener interés en matarme.

—Pues otro ha sido,—dijo Luis.

—Sí, sí, ya lo he visto. Es usted fuerte, sereno, valiente. Otro fué: pero, ¿quién?

—Búsquelo usted.

—Le buscaré, los buscaré á los dos, y la generosidad que usted ha hecho conmigo, curándome despues de haberme herido, no quedará sin recompensa: le libertaré á usted de esa mujer, le dejaré libre, porque los encontraré, sí, los encontraré aunque se hayan ocultado en el centro de la tierra, si es que no muero, que creo que no, porque he sido herido muchas veces gravísimamente y me he salvado.

VII.

Luis no contestó.

Se volvió al bandido, y dijo:

—¿Están muy lejos tus compañeros, los pastores?

—Sí, señor, tres leguas á lo ménos,—contestó el bandido.

—¿Y no hay por aquí un lugar donde albergar á este hombre y cuidarle?—preguntó Luis.

—Bien cerca tenemos la cueva de la Maliciosa,—contestó el bandido,—mírela usted.

Y señaló el boquete de la cueva en lo alto de la cuestecilla, á cuyo pié se encontraban.

—Pues bien, conducidle allí,—dijo Luis.—Tú,—añadió dirigiéndose al bandido,—cuida de él. La herida ha sido diagonal, y no ha interesado ninguna parte importante. Esto, si se atiende bien al herido, será cosa de quince á veinte dias.

—¿De veras?—exclamó alentándose Kin Kakop.

—Sí,—contestó Luis.

Y volviéndose á Medio-dedo y al bandido, dijo:

—Conducidle.

Los dos levantaron con trabajo al indio, porque era muy pesado, y treparon por la cuestecilla que terminaba en la entrada de la cueva.

Luis los siguió.

Cuando estuvieron dentro, vieron en un ángulo gran cantidad de heno seco, que parecia por su depresion haber servido de lecho.

En medio de la cueva se veia un monton de ceniza, y algunos fragmentos de leña requemada.

El bandido y Medio-dedo pusieron á Kin Kakop sobre el lecho.

—Aquí ha vivido alguien,—dijo Luís.

—Sí,—contestó el bandido,—aquí ha vivido un loco,

á quien todos los de la comarca llamaban el alma en pena y le temian. Pero yo creo que era un desesperado que no se sabe por donde anda ahora, porque hace algunos dias que no le vemos. Antes solíamos encontrarnos con él: iba muy derrotado; nos pedia le diésemos de comer, le dábamos de lo que llevábamos, él nos lo agradecia, y se iba.

—Bien,—dijo Luis, sacando de su bolsillo seis onzas,—toma, con esto puedes atender al herido; busca á tus compañeros y cuidadle. Tú vente conmigo, Ginesillo.

Medio-dedo se fué detrás de Luis, que salió de la cueva sin despedirse de Kin Kakop.

Llegó al lugar donde estaba inmóvil su caballo, montó en él, y se alejó guiado por Ginesillo.

VIII.

—Aquí estoy muy mal,—dijo Kin Kakop al bandido.—¿Está muy lejos tu gente?

—A la revuelta de la Maliciosa,—contestó el bandido,—debe haber alguno, ¿pero qué nos vá en cuidar de usted ó no? ¿por qué hemos de gastar nada de este dinero que se me ha dado?

—¡Ah! no por Dios,—dijo Kin Kakop,—yo soy rico, riquísimo, millonario y os cubriré de oro si me salvais. Si no se hubiera quedado en Madrid un jóven á quien yo protejo,—añadió Kin Kakop refiriéndose á Juanito el practicante de las salas de clínica de San Cárlos,—yo no necesitaria de que nadie me cuidase, él me sacaria ade-

lante como ya me ha sacado otra vez. ¿Podeis vosotros entrar en Madrid?

—Ya lo creo,—contestó el bandido,—á nosotros no nos conocen mas que las justicias de los pueblos de Guadarrama.

—Pues bien yo os daré una carta para mi banquero que os entregará una fuerte cantidad, y otra para Juanito, para que venga á asistirme con su mujer. Pero es necesario que me lleveis á un lugar mejor que este.

—Ahí á la vuelta está el cortijo de la Maliciosa,—dijo el bandido,—y puesto que hay dinero, ¿por qué no?

—En la maleta que se ha llevado mi caballo,—dijo el indio,—hay quinientas onzas de oro.

—No cuente usted con eso: á ese caballo ya lo habrán cogido, y ni él ni nada de lo que lleve encima es de usted.

—No me importa, yo os daré otro tanto si me cuidais y vais al momento á Madrid á fin de que venga Juanito.

—Pues á la obra,—dijo el bandido;—vuelvo al instante.

Y salió.

IX.

Kin Kakop pasó media hora en una penosa espectativa, al fin sintió los pasos de algunos hombres y entraron cuatro con el bandido en la cueva.

Dos de los cuatro tenian la misma facha que el bandido.

Los otros dos parecian gente del pueblo ó del cortijo.

Traian sobre unas angarillas hechas con cuatro palos, dos colchones, dos almohadas y mantas.

Kin Kakop fué puesto en aquella cama y abrigado con las mantas, despues de lo cual aquellos cuatro hombres cargaron con él y salieron de la cueva yendo delante el bandido.

CAPITULO XXIII.

De cómo Luis encontró grandes novedades casa de Dolores.

I.

Tanto caminaron Luis y Ginesillo, llevando á largos trechos á la grupa á este último, Luis, que llegaron á Madrid y á la casa número 4 de la calle de Hortaleza, donde vivia Dolores.

A la puerta habia una bellísima carretela cerrada, con un tronco de hermosísimos caballos.

No lo extrañó esto Luis, porque Dolores habia conservado parte de su tren, pero cuando se dirigió á los criados para que le tuviesen el caballo, creyendo que eran de casa, se encontró con que no los conocia.

Vió además en la portezuela un blason ducal.

—¿De quién es este carruaje?—preguntó.

—Del señor duque del Humbroso,—le contestaron.

—Ah, ya, sí,—dijo Luis.

Y luego añadió para sí:

—¿Qué será esto?

Y llamó á la portera.

Presentóse esta y empezó á hacer aspavientos al ver á Luis.

—Si ya lo decia yo,—exclamaba,—que usted y la señorita parecerian cuando ménos se pensase. Y eso que á la señorita Andrea se la ahogaba con un cabello.

—Bien, bien,—dijo Luis:—tenga usted mi caballo hasta que pase algun mozo de cordel que lo tenga.

—Muy bien, señor:—dijo la portera tomando no de muy buena gana las riendas del caballo.

—¿Está en casa la señorita Dolores?—preguntó Luis.

—Sí, si señor, y se va á alegrar mucho de ver á usted. Arriba están don Cleofás y don Silvestre y sus dos amas y las dos sobrinas.

—No conozco á esa gente,—respondió Luis.—Pero, ¡ah! ya, sí, ¿ese don Cleofás es el capellan de las monjas de la Magdalena?

—Yo no sé,—contestó la portera,—pero puede muy bien ser capellan, porque es clérigo.

—Vamos, quede usted con Dios. Tú, Ginesillo, ven conmigo.

II.

Subieron al cuarto cuarto y Luis llamó.

Se abrió la puerta, y al ver la maritornes á Luis, se fué para adentro gritando:

—Aquí está, señorita, aquí está el señorito Luis.

Se oyeron pasos precipitados.

La maritornes volvió á aparecer en el recibimiento.

—Alborotadora;—dijo Luis,—llévate á éste á la cocina.

No le pareció costal de patatas á la maritornes Ginesillo porque se apresuró á llevárselo.

Luis entró, y en la antesala, se encontró con Dolores y con Andrea, y retrocedió asombrado.

Las dos jóvenes estaban admirablemente vestidas, descotadas, ricamente prendidas.

—Oh, ¿qué es esto?—exclamó Luis.

—Esto es que hoy es un gran dia,—dijo Dolores,—sobre todo porque pareces tú. Entra, entra, tengo que darte cuenta de grandes acontecimientos.

Y estrechó la mano de Luis y sin soltársela atravesó con él la sala y entró en el gabinete.

Andrea los siguió palpitante.

Hacia ya tiempo que comprendia la pobre niña que amaba con toda su alma á Luis.

—Hé aquí nuestro perdido,—dijo Dolores entrando en el gabinete,—el amigo de quien tanto he hablado á ustedes.

Se levantaron don Cleofás, don Silvetre, Teresa, doña Práxedes y sus dos sobrinas.

—Quieto, quieto todo el mundo,—dijo Luis,—nada de cumplimientos: yo soy de la casa y ustedes, por los antecedentes que tengo, grandes amigos de Dolores.

—Oh, si señor,—dijo don Cleofás que estaba muy preocupado,—grandes amigos.

—¿Usted es el capellan de las monjas de Santa María Magdalena?—dijo Luis dándole la mano.

—Si señor, sí, lo soy,—dijo don Cleofás,—capellan y servidor de usted.

—Muy señor mio y amigo,—contestó Luis.

Y volviéndose á don Silvestre, dijo:

—Este señor debe ser el cura propio de Cercedilla.

—Lo fuí, señor mio; lo fuí, y soy siempre su servidor,—dijo don Silvestre extrechando la mano que le presentaba Luis.

—Sí, sí, ya sé,—dijo éste,—son ustedes canónigos, no recuerdo de qué catedrales, me lo han dicho en el pueblo.

—¡Cómo! ¿has estado en Cercedilla?—preguntó Dolores.

—Sí, hija mia, sí, era necesario buscarte.

—¿Y quién te ha dicho que yo habia ido á Cercedilla?

—La policía.

—¡Ah! pues la señora policía es muy indiscreta.

—Cuando se la paga bien su indiscrecion. El gobierno cree de buena fé que la policía solo le sirve á él y la verdad es que la policía sirve á todo el mundo. Pero sentémonos, señores.

Y Luis se sentó delante de la chimenea, muy cerca de ella, como quien necesita calentarse bien, entre los dos clérigos que ocuparon las butacas.

III.

Arrojemos una ojeada sobre el aspecto de las personas que estaban en el gabinete.

Los clérigos vestian como siempre sus hopalandas.

Doña Práxedes y las dos niñas, sus trajes lugareños de dia de fiesta.

Teresa, que estaba muy triste y muy guapa, fuerza es decirlo, un ancho traje de percal inglés de medio color oscuro, un gran pañuelo liso de Manila, color de gayomba y su mantilla de casco, con blondas.

Estaba pálida y peinada con algun tanto de negligencia.

Andrea habia fijado la atencion de Luis.

Tenia un traje descotado de etiqueta, color de rosa bajo, con encajes blancos y ramilletes de verde mar cogiendo los festones.

Tenia el brazo completamente desnudo, pulseras de oro esmaltadas, sin pedreria, una cruz de perlas al cuello, pendiente de un cordon de oro, en la cabeza un ligero prendido de flores de azahar, y pendientes muy sencillos, pero muy elegantes; el peinado era precioso.

Andrea estaba hermosísima y encendida, sobrescitada, como avergonzada de tener los brazos y los hombros desnudos.

Dolores vestia tambien de etiqueta.

Un traje de moaré-antique, color de hoja seca, con encajes negros: una cinta negra al cuello con una cruz de

oro: en la cabeza un prendido de verbenas rojas; pendientes de oro sin piedras á la moda, y pulseras de oro esmaltadas, sin pedreria.

—Pero señor, ¿qué es esto?—dijo Luis,—¿á qué esos trajes á esta hora?

—Estamos esperando á nuestro padre,—dijo Dolores.

Luis se levantó como si un mecanismo le hubiera lanzado de la silla.

—¡Vuestro padre!—exclamó.—Pues qué, ¿Andrea es tu hermana, Dolores?

—Sí, sí, mi hermana querida. Mi padre ha escuchado su historia y la ha reconocido. Él fué quien se perdió para la madre de ésta en Arechavaleta.

—¡Ah, ya, sí!—exclamó Luis recordando, y miraba intensamente á Andrea, que fijaba su mirada en el suelo.

Dolores miraba de una manera fija y profunda á Luis y Andrea.

Estaba densamente pálida, vacilaba entre Luis y el marqués de Olite.

IV.

—Como viene usted de fuera,—dijo con su monstruosa franqueza don Cleofás,—no sabe usted nada. Nosotros tampoco sabiamos nada á las tres de la tarde, pero tuvimos que venir á ampararnos para un asunto grave de doña Dolores, y nos la encontramos rodeada de modistas que cada una tenia en la mano un pedazo de tela. Esto

era un campamento, caballero, un campamento, no se veia más que tela por todas partes como sucede en los campamentos cuando están armadas las tiendas, no faltaba más que la artillería, la artillería, si yo estuviera al cascabel de un cañon, apuntando adonde yo me sé, y cargado de metralla...

—Sí, sí, ya sé,—dijo Luis,—que usted ha sido un bravo sargento de artillería del quinto regimiento montado.

—¿Quién le ha dicho á usted eso?

—La policía.

—Pero señor, ¿por qué ha de meterse la policía en todo?—dijo don Cleofás.

—A mí me importaba saber quién era la persona de quien se habia amparado Dolores, y me han dado de usted muy buenos informes, don Cleofás, y tales, que será para mí una grande satisfaccion en que usted sea verdaderamente mi amigo.

—Aunque no hubiera hecho nada más que verle á usted la cara, lo seria, caballero, cuyo nombre ignoro,—contestó don Cleofás.

—Luis Sanchez de Leiva,—dijo Luis, satisfaciendo la curiosidad de don Cleofás; y volviéndose hácia don Silvestre, añadió:—lo mismo digo de usted, tengo tambien de usted excelentes informes, señor canónigo.

—Silvestre Parrondo, servidor de usted,—dijo don Silvestre.

—Me han dicho que usted se sirve de lo cazador para ser cura, y de lo cura para ser cazador.

—Pues no le han engañado á usted, señor don Luis,

porque para manejar á aquellos brutos hay que andar á escopetazos con ellos, y para que le dejen á uno cazar por aquellos andurriales sin quitarle la escopeta, es necesario ser su cura.

—Pero comamos,—dijo Luis,—porque supongo que vosotras no habeis comido.

—Nosotras no comemos,—dijo Dolores,—lo que nos sucede es demasiado grave, y no tenemos gana de comer, estamos excitadas.

—Vea usted, vea usted,—dijo don Cleofás,—lo que son las cosas, quitárseles á estas señoras las ganas de comer, particularmente á doña Dolores, á quien reconocerá esta noche su padre como hija legítima, por lo cual entrará desde el momento en posesion del título y de las rentas del marquesado de las Nogueras, con grandeza de España.

—Yo tambien estoy aturdido,—dijo Luis,—¿pero qué es esto?

—¡Ah! pues aún hay más,—dijo Dolores,—tenemos otra hermana, que vá á ser legitimada por el casamiento de nuestro padre con una señora á quien conoció hace quince años.

—¿Y qué señora es esa?

—Una doña Mercedes Cancamusa, á quien no conozco aún, pero que conoceré dentro de poco. ¡Oh! ahí está el duque,—añadió Dolores, oyendo que un carruaje paraba delante de la casa, y poniéndose intensamente pálida.

Hubo un momento de silencio en todos, de un silencio de espectativa.

Sonó un fuerte campanillazo, y á poco entraron en

el gabinete, y se detuvieron al ver tanta gente, el duque del Humbroso y el marqués de Olite.

—¡Ah!—dijo el duque,—si son nuestros buenos conocidos... quieto, quieto todo el mundo: ¿y usted aquí tambien, don Luis? ¡cuánto me alegro! Dispénsame, Enriqueta, hija mia, dispénsame si traigo conmigo al marqués; no queria venir, porque tú le habias prohibido, á título de soltera, viniese á visitarte, pero el pobre está delirando por tí, tiene proyectos, yo los tengo tambien; viniendo conmigo no creo incurra en una rebeldía á tus órdenes: pero vamos, hijas mias, vamos; oscurece, la ceremonia debe ser á primera hora de la noche: ¿pero qué hace usted, señor don Cleofás, qué hace usted?

—¿Y qué tengo que hacer yo?—preguntó don Cleofás.

—¡Cómo! ¿pues no le ha dicho á usted Enriqueta?...

—Doña Dolores no me ha dicho nada.

—Enriqueta, señor mio, Enriqueta de Velasco y Ossorio, y Navascués, y Rua-Figueroa, y Landiño, etc. etc. Doña Dolores fenece esta noche, y como á usted la debo, señor canónigo, al enlazarme yo con una señora, á quien amo desde hace muchos años, he pensado, he deseado que usted sea quien eche sobre nosotros la bendicion del Señor, y acerca de esto avisé á Enriqueta para que avisase á usted.

—¡Oh, mi cabeza!—exclamó Dolores,—¿dónde está esa carta, señor, dónde está esa carta? no la he leido; ¡ah! en mi tocador; una distraccion.

—Nada, no la busques, Enriqueta, no hace falta, porque no decia más que lo siguiente: «Deseo que me enla-

ce de una manera indisoluble con mi mujer, el señor don Cleofás de Aguablanca: dile que esté corriente al oscurecer.»

—Como si se tratara de una pieza de á treinta y dos,—murmuró don Cleofás, á quien le sentaba muy mal ir á casar á nadie sin haber comido, pero no atreviéndose á hacer la objecion, dijo:—supongo, señor duque, que en casando á ustedes nada tendré yo que hacer allí.

—Hombre, si á usted le molesta el encontrarse entre gentes á quiénes no conoce, en concluyendo la cosa puede usted escurrirse.

—Sí, sí, señor duque, yo no estoy acostumbrado á esas altas reuniones; voy, voy con ustedes; permítanme ustedes diga dos palabras á mi compañero: don Silvestre, una vez que nos han convidado aquí á comer, y que yo me voy, y que sabe Dios cuándo volveré, coman ustedes, que el que más y el que ménos tendrá tanta hambre como yo, pero apártenme ustedes, que no me quede yo sin comer.

Entretanto el duque y el marqués hablaban en un grupo con Dolores y Andrea.

Luis, que estaba inmediato, escuchaba con una cólera íntima las galanterías que el marqués de Olite decia ardorosamente á Dolores.

—Conque, vamos: ¿vamos, señor don Cleofás?—dijo el duque.

—Al momento,—contestó don Cleofás, arreglándose su hábito y buscando su sombrero.

—¿Y usted por qué no viene, amigo don Luis?—dijo el duque.

—¡Ah! acabo de llegar de Cercedilla, estoy aún en traje de camino.

—Pero despues...—insistió el duque.

—Y bien, sí,—contestó Luis,—iré más tarde.

—¡Ah! me alegraré que sea cuanto antes... Adios, adios señores; vamos, hijas mias, acabad de arreglaros los abrigos.

Estos abrigos eran elegantísimos, de riquísima cachemira, blancos, bordados y de una belleza puramente oriental.

Salieron las dos jóvenes, el duque, el marqués, y don Cleofás, que iba renegando, porque se lo llevaban sin comer y le apartaban de Teresita en una situacion gravísima.

V.

Todos se quedaron tristes.

—Pues señor,—dijo Luis despues de un largo espacio de silencio,—comamos.

—Sí,—dijo don Silvestre,—comamos, pero que le aparten á don Cleofás.

CAPITULO XXIV.

Una fiesta inusitada.

I.

Los salones del duque del Humbroso estaban resplandecientes.

Se habian hecho verdaderas maravillas.

De la mañana á la tarde se habia renovado casi por completo el mueblaje, se habian reemplazado los cortinajes que estaban un tanto ajados, se habian variado alfombras y lámparas, se habian puesto flores por todas partes, en jardineras, en tiestos, en jarrones; aquello era un jardin nocturno bajo techo, y todo producia un bellísimo efecto.

El duque habia convidado á medio mundo; y lo excéntrico en que el duque del Humbroso se casaba de buenas á primeras, de improviso, que la ceremonia debia ser á las ocho de la noche, que despues habria *soirée*

chantant, para lo cual estaban invitadas las primeras partes del teatro Real, que se bailaria por último, y que á las tres no habria *buffet* sino cena formal, habia sacado de quicio á todo el mundo, y si se hubiera pedido dinero por los billetes, los revendedores hubieran hecho un gran negocio.

El duque habia incurrido en la excentricidad suma, en vista de acompañar á la esquela de convite el programa de la funcion.

Aquel programa decia:

«El duque del Humbroso recibirá de las siete á las ocho; reconocerá solemnemente como hija suya legítima á la señora doña Enriqueta de Velasco, de Ossorio, de Navascués, de Rua-Figueroa y Landiño, marquesa de las Nogueras, encontrada providencialmente por su padre; despues de esto se casará con la señora doña Mercedes Cancamusa; reconocerá despues como hija de ambos y la legitimará, á la señora doña Casilda de Velasco etc.; reconocerá despues como hija natural, habida de una señora ya difunta, á la señorita doña Andrea de Velasco, etc., etc.; despues de esto se cantarán varias piezas de los mejores maestros, por las primeras partes del teatro Real, acompañadas por los profesores de la orquesta del mismo, se leerán algunas poesías, despues se bailará hasta las tres, á cuya hora se servirá por el señor Lhardy la cena cuyo *menú* acompaña.» Suprimimos el *menú*, y continuamos con el programa: «despues de la cena, los dueños de la casa darán las gracias á los convidados por la honra que les han hecho, y cada cual se irá donde le parezca.»

II.

El duque sabia lo que se hacia.

Era necesario que aquello apareciera algo estrambótico, para evitar, excitando á los convidados, se les ocurriese no asistir.

Muchas veces, la gran suscricion de un libro, consiste en la manera como se presenta la primera entrega.

El duque no habia hecho más que repartir un prospecto excéntrico para hacer muchos suscritores, como si dijéramos, muchos convidados.

Las modistas, los sastres y los joyeros debieron hacer un obsequio al duque del Humbroso, incluyendo á los peluqueros, porque esta fiesta les produjo una buena venta inesperada.

No quedaron en las joyerías joyas que no se alquilasen, y hasta se alquilaron cabellos, y aún hay quien cuenta que se alquilaron ojos.

A las siete y media los salones estaban literalmente obstruidos, y los que iban llegando se aterraban, porque veian la imposibilidad de entrar.

¡Cuánto colorin, cuánta seda, cuánto relumbron, cuánta espalda y cuánta garganta desnuda, que hubiera sido mejor las hubieran tapado, para que no se hubiera formado mala idea del bello sexo! ¡Qué ruido, qué atmósfera, qué calor!

El duque no habia contado con tanta gente, y es que muchos se habian colado dando un papel doblado en vez de la papeleta de convite.

Trescientas de estas estafas se encontraron cuando se revisaron los billetes, y aun algunos falsos; lo que quiere decir que el litógrafo que habia hecho las invitaciones se habia quedado con algunos para vender á los deseosos, que ya saben donde tienen que ir por billetes.

El duque se aterró.

Lhardy no habia contado con tanta gente.

Pero era hombre de inteligencia viva y de buenos recursos, y no se aturdió; llamó á su mayordomo, y le dijo:

—Que quiten las mesas de los salones destinados á comedores, para que pueda ensancharse esta gente.

—Pero, señor, ¿y cómo luego se van á preparar las mesas?

—No hay necesidad de prepararlas; no habrá cena.

—Pero, señor, ¿qué dirán?

—No dirán nada; no habrá cena, pero será lo mismo que si la hubiera.

—Mire vuecencia, señor, que muchos vendrán solo por cenar.

—No me muelas, Fabricio, te doy demasiada confianza.

—Es que la gente viene de buena fé.

—Pues por lo mismo que viene de buena fé debe engañársela.

—Señor, señor, ¿pero cómo nos vamos á componer?

—Ya te lo diré; que quiten cuanto antes estas mesas, que desembaracen estos salones, que podamos andar y respirar.

—Lhardy vá á enviar ya todo; ahí están el jefe y sus ayudantes, y nuestro jefe está preparado tambien.

—Pues que sigan preparando; este es un secreto de estado, Fabricio, sobre todo pronto, prontísimo fuera de en medio las mèsas, y en estando esto hecho, á iluminar y á abrir las puertas.

Fabricio se retiró, murmurando:

—Esto vá á ser una campanada, una vergüenza; ¿qué dirán? y entregarle á Lhardy diez mil duros por una cosa que no se come... bien es verdad, ¿qué culpa tiene él? mañana convido á todos los perros callejeros de Madrid; pero, ¿qué rareza será esta? ¿porque ha cargado mucha gente? lo mismo sucede en todas partes, porque en este Madrid se cuelan, y cuando ménos uno se cata y pasa sirviendo, se vé uno al mancebo de la barbería de la esquina muy atildado, hablando con la señora duquesa de tal, que no le conoce, se coló; hay hombres en Madrid que no tienen más que un vestido negro y dos camisas, y que andan por la calle hechos unos zarrapastrosos, que se han provisto como han podido de este atalaje, para colarse donde quiera que se come, sin contar con los rateros que se cuelan, porque siempre se pierden pulseras y abanicos, y del guardaropa faltan los mejores abrigos y los mejores sombreros, hasta los cubiertos y los platos desaparecen; en cada salon debia haber una pareja de guardia civil; ¡báh, báh! en ninguna parte sucede esto; si la concurrencia es más que la convidada, comen lo que hay, y alcanza hasta donde llega, á más que hay el recurso de limpiar todos los fonduchos de Madrid. Bueno, bien, vamos á destruir nuestra obra

arquitectónica en que estamos trabajando desde esta tarde; fuera las mesas, fuera los ramilletes, los candelabros, las flores; y estaba delicioso el salon grande, parecia preparado para el festin de Baltasar... solo una ventaja tenemos, que no habrá que pagar una cuenta de cubiertos robados, de piezas de vajilla robada: en la última *soirée* que dió hace diez años el señor, se llevaron un candelabro de plata que tenia vara y media de altura; ¿cómo se lo llevarian? hubo quien se atrevió á decir que yo me habia quedado con él; ¡infames! ¡calumniadores! bueno, bien, cuando se ocurra otra, ya tendré yo cuidado de pedir comida y bebida bastante para trescientas personas más de las convidadas; ¡qué lástima! esta noche prometia, ¡paciencia! ¿Y qué pensará hacer el señor, para que sin haber cena parezca que la ha habido? En fin, lo sabremos cuando se nos aclare este *secreto de Estado*, como dice el señor duque.

Media hora despues, quitadas las mesas, encendidas las luces, se abrieron cuatro salones más.

Los convidados tuvieron espacio donde esparcirse y aquello fué otra cosa.

Todo consistia, no en que se hubiera colado nadie, sino en que aturdido el duque, habia distribuido seiscientas esquelas y solo habia encargado á Lhardy trescientos cubiertos.

III.

Don Cleofás tenia un hambre que no veia, metido en un gabinete con las señoras, esto es, con doña Mercedes Cancamusa, con Dolores, Casilda y Andrea.

Estaban allí además, el duque, el marqués de Olite y el conde de Elche, como testigos, y un notario encargado de legalizar los reconocimientos.

Mas allá del gabinete habia un salon cerrado aún, en que se habia puesto un ostentoso altar.

Aquel era el escenario.

Aún no se habia levantado el telon.

Los actores, por decirlo así, estaban en el vestuario; y don Cleofás sentado en un sillon junto á la chimenea, se armaba de paciencia para dominar su hambre, y miraba á cada paso el gran relój puesto sobre el tablero de la chimenea, porque sabia don Cleofás que á las ocho debia darse principio á aquello.

Al fin llegó la hora tan anhelada.

El duque dió la órden y un maestresala abrió de par en par las puertas del salon donde estaba el altar.

Los convidados invadieron el salon.

La puerta del otro extremo estaba aún cerrada.

Al fin se abrió y los convidados hicieron calle.

Apareció el duque del Humbroso llevando de la mano á una mujer hechicera, en una palabra, á doña Mercedes Cancamusa y á la derecha, tambien de la mano, á

una mujer tambien hechicera, deslumbrante, en una palabra, Casilda.

Vestian con un lujo inusitado é iban cubiertas de joyas.

Pero no se admiraba en ellas la sencillez y al mismo tiempo la elegancia, el buen gusto y la distincion, como en Dolores y Andrea que iban detrás.

Seguian don Cleofás y el notario.

Y por último el marqués de Olite y el conde de Elche.

Un criado de frac y corbata blanca conducia el libro necesario para los desposorios, que contiene la epístola de San Pablo que se lee á los novios.

El cura párroco de San Luis, que habia cedido su derecho á peticion del duque á don Cleofás, estaba á la derecha del altar, como convidado, con su teniente y otros dos capellanes amigos.

Algunos prelados convidados por el duque se veian al otro lado del altar.

Todo era uniformes, todo grandes cruces, todo prendidos, todo alhajas, y se veian algunas mujeres hermosísimas, en todos los semblantes aparecia una gran curiosidad.

El duque dijo con voz tranquila y reposada sin esforzarla mucho.

—Señores, reconozco en esta señorita, en Casilda de Velasco, á una hija mia natural, y la legitímo, uniéndome á su madre la señora doña Mercedes Cancamusa.

El duque calló porque no tenia más que decir.

Sucedió un galante murmullo de aprobacion y se procedió á los esponsales.

IV.

Despues de ellos, el duque asió de la mano á Dolores y la presentó.

Un murmullo de admiracion acogió á la jóven.

—Os presento, amigos mios,—dijo el duque,—á la señorita Enriqueta de Velasco, marquesa de las Nogueras, mi querida hija, de la que he estado separado mucho tiempo porque ha acompañado á su difunta madre, en sus viajes por el extranjero.

Dolores adelantó á saludar, á responder á las muestras de complacencia de las unas y de los otros.

Se restableció el órden y el duque asiendo á Andrea de la mano, que estaba aterrada, conmovida, dijo:

—No tengo inconveniente, señores amigos mios, en presentaros el fruto de una locura de mi juventud, la señorita Andrea de Velasco, es mi hija.

La pobre Andrea se desmayó.

Aquel incidente patético produjo una sensacion profunda.

La murmuracion habia empezado ya.

—¿No conoceis,—decia uno,—á esa marquesa de las Nogueras que ha viajado por el extranjero?

—No,—contestaban los preguntados.

—¡Ah! pues bien, yo no la conozco tampoco,—decia el de la pregunta sonriendo con malicia, y decia la verdad, porque no la conocia.

Sin embargo, aquella sonrisa maliciosa era una ilustracion infame de su pregunta y de su respuesta.

Lo más escandaloso de la vida de Dolores estaba sepultado en América.

Los que en Madrid la conocian, estaban allí pero callaban, era necesario cumplir con las convenciones sociales.

Adela Madreselva, habia muerto.

De la marquesa de las Nogueras nada habia que decir sino que habia viajado durante muchos años por el extranjero y habia vuelto á la casa paterna y que su padre la presentaba.

Acerca de doña Mercedes Cancamusa, no habia nadie que se atreviese á decir una sola palabra.

Los que estaban allí que la conocian, se hacian lenguas acerca de su reputacion, y decian que el duque, al casarse con ella, no hacia más que reparar una infamia que contra ella habia cometido quince años antes.

Respecto á Casilda y á Andrea, no se decia más que ésto entre el sexo feo:

—La legitimada por este casamiento, es un magnífico partido, porque á más de que los bienes libres del duque son inmensos, su madre es riquísima.

—¿Pero y la otra, la hija natural?

—Oh,—respondian,—entrará á la parte con sus hermanas en los bienes libres del duque y á más de eso la harán una fortuna.

—Y es la más cándida de las tres.

—Es una perla.

Habia ya tres ricas herederas más á cuya mano po-

dia aspirarse, y los buscadores de fortuna, ó de aumento de fortuna por el matrimonio preparaban sus baterias.

Empezó inmediatamente la parte de canto y literatura anunciada en el programa, y don Cleofás usando de la autorizacion que se le habia dado para retirarse, se escurrió.

Salió á la calle de Fuencarral tomó por la Red de San Luis, se metió por la calle de Hortaleza y luego en casa de Dolores.

CAPITULO XXV.

De cómo puede suprimirse una cena sin que nadie piense que ha sido suprimida.

I.

—Uf, qué calor, qué mareo, cuanta gente, cuantas luces, miedo me estaba dando á mí de pensar que podian meter allí un metrallazo. Jesucristo, yo no sirvo para estas cosas, si estoy media hora mas allí, me ahogo. Jesus, Jesus, ustedes habrán comido ya.

—No señor, no, amigo don Cleofás,—dijo Luis que estaba pálido é impresionado,—hemos esperado á usted.

—Muchas gracias señores, muchas gracias, pero yo no puedo esperarme, siento una debilidad extrema, temo que me dé un vahido.

Luis llamó.

Acudió la criada y recibió la órden de servir la mesa.

Esta estaba en la sala, porque como sabemos el cuarto de Dolores era pequeño y el comedor se habia habilitado de dormitorio.

Sentáronse á la mesa en medio de la cual aparecia una enorme y humeante sopera.

La bendijo don Silvestre porque don Cleofás estaba ocupado en prenderse apresuradamente la servilleta, despues de lo cual habia embestido con el pan y empezó la comida.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio.

Todos tenian hambre y quien come bien y de prisa, no habla.

Solo Teresa y Luis estaban desganados.

Teresa no habia quedado satisfecha de su entrevista con don Antonio Cantillana, y sobre todo de que hubiera dicho que el casamiento no podia realizarse tan pronto como deseaba, porque habia que hacer preparativos y atar cabos y, etc.

Las mujeres sienten bien, y mucho más cuando aman, y la pobre Teresa comprendió que Cantillana no la amaba, que se habia burlado de ella, que la habia hecho instrumento de elecciones.

No sabia la pobre Teresa que don Cleofás habia tomado sobre sí casarla y que era muy capáz de ello.

II.

Luis agonizaba.

Se sentia solo en el mundo:

Aquel lindo cuartito habia quedado para él lleno de un vacío insoportable.

Se habian llevado de él su familia, esto es, Dolores y Andrea.

Si queria verlas tenia que ir á buscarlas á los salones.

Habian cambiado de posicion.

No podia vivir con ellas en una dulce intimidad como con dos hermanas.

—¿Y por qué, por qué no he de ir yo? sí, sí, es necesario que yo vaya,—exclamaba para sí,—quiero ver como las recibe el gran mundo; quiero ver qué efecto ha causado en ellas su cambio de fortuna: Andrea, tambien Andrea, y bien, me alegro, yo no podia hacerla un porvenir, y lo tiene hecho; sí, sí, Dios sabe lo que hace yo no puedo aspirar ya á nada. ¡Clotilde!...

Y por Clotilde su pensamiento le llevaba á la cueva de la Maliciosa donde habia dejado atravesado de un tiro á Kin Kakop Atahualpa.

Esto le traia la idea de Medio-dedo, del amante de una hija legitimada y reconocida por el duque.

—Ah, melodramas de la vida,—exclamaba,—qué situaciones.

III.

—Señor don Luis,—dijo interrumpiendo el monólogo mental de éste, don Cleofás, que ya habia aplacado en parte la ferocidad de su hambre,—sabe usted á quien he visto al salir de casa del señor duque, ese hombre debe ser mucha persona, está en todas partes por lo visto; si señor, pues he visto á don Antonio Cantillana, al novio

de esa, pero es verdad usted no está en antecedentes, usted no sabe lo que ha pasado á causa de esas malditas elecciones en Cercedilla, yo se lo contaré á usted todo; la verdad es que si yo me he venido de allí sin hablar con el señor duque acerca de lo que me interesa, ha sido porque el hambre me apuraba, yo soy muy delicado de estómago, muy metódico, si no cómo á mis horas me indispongo. ¿No se anima usted á que vayamos á casa del duque? Aquello está magnífico, tres veces magnífico, y qué música rompió cuando yo salia, qué, ni la de mi regimiento, y eso que hasta los sargentos pagábamos para costearla. ¿Con que iremos, sí no es verdad, don Luis? y usted puede venir tambien si quiere don Silvestre, ¿por qué no viene usted?

—No señor, no, yo no dejo por nada en el mundo tristes y solas á doña Práxedes y á las niñas, y luego qué, un mareo como usted dice...

—La verdad es,—dijo don Cleofás,—que yo tampoco dejaría sola por nada en el mundo á Teresita, que si voy es por su bien, no te desconsueles tú, hija mia, que todo se arreglará, conque don Luis, ¿viene usted ó no viene?

—Sí señor, sí,—contestó Luis,—mientras ustedes acaban de comer yo voy á afeitarme y á vestirme.

—Pero coma usted, hombre de Dios,—dijo don Cleofás,—si segun dejé yo aquello vá á durar hasta mañana.

—Yo he comido ya lo que tenia que comer,—dijo Luis.

Y se levantó, se fué á su cuarto y se afeitó y se vis-

tió apareciendo á poco de frac negro, corbata y guante blanco, poniéndose un bello abrigo de medio color.

—Ea, pues vamos,—dijo don Cleofás que estaba impaciente;—no te apures tu, Teresita, hija mia, que si yo voy á casa del señor duque, es por tí.

—Pero vámonos todos,—dijo don Silvestre,—¿qué vamos á hacer aquí? Esas señoras se quedarán en casa de su padre. Vámonos, vámonos á la fonda, ya me he detenido yo más de lo que creia, todo por este don Cleofás, pero mañana me marcho á Sevilla sin remedio ninguno. Quiero parar al fin una vez, descansar. Vamos Teresita, vamos Práxedes, vamos niñas.

Todos salieron.

En la Red de San Luis se separaron; don Silvestre, Teresa, Práxedes y sus sobrinas, siguieron por la calle de la Montera hácia las Peninsulares.

Don Cleofás y Luis, torcieron por la Red de San Luis, entraron en la calle de Fuencarral y luego en la casa del duque.

Afortunadamente no habia llovido.

Las aceras estaban secas y no se le deslució el calzado á Luis.

Dejó en el guarda-ropa su abrigo y subieron.

A la entrada de los salones, un criado que estaba junto á una mesa donde habia una bandeja llena de tarjetas, les detuvo.

—¿Tienen ustedes la bondad de las esquelas?

—Somos de la casa,—dijo Luis.

—Yo soy el capellan que ha casado á su excelencia,—dijo don Cleofás.

El criado saludó y los dejó pasar.

Le habian impuesto respeto por su aspecto, el eclesiástico y Luis.

Cuando entraban en el gran salon la célebre A.., prima donna absoluta del teatro Real, cantaba un ária de Julieta y Romeo.

Todos escuchaban atentísimamente.

La cantante y los profesores de la orquesta del teatro Real que la acompañaban, llenaban el salon de una magnífica armonía.

Don Cleofás y Luis se habian detenido á la puerta porque el salon estaba completamente lleno.

—Yo diria,—exclamó don Cleofás dirigiéndose en voz baja á Luis,—que de aquí al cielo, si los asuntos de la tierra que tocan á mi ama de gobierno, no me tuvieran impaciente de hablar con el señor duque.

Pero Luis no le escuchaba.

Tenia fija la vista en un grupo que habia junto á la segunda consola del lado de los balcones.

Las personas que componian aquel grupo, eran Dolores y el marqués de Olite.

Ella estaba sentada delante de la consola.

El marqués de Olite, apoyado en la consola é inclinado hácia Dolores hablando con ella con el mayor interés.

Dolores escuchaba con la cabeza inclinada y de tiempo en tiempo la levantaba, miraba al marqués y sonreia lánguidamente, pero de una manera triste.

El corazon de Luis estaba ennegrecido por unos celos horribles; su estómago frio, su boca amarga, arrojaba fuego por los ojos.

Una nueva decepcion le amargaba el alma.

—Le ama, le ama,—decia,—ó por lo ménos propende á él. Es inútil, inútil de todo punto pretender regenerarla. Es la nube que vá adonde el viento la lleva. Es la mariposa que vuela de objeto en objeto, que se revuelve alrededor de todas las luces y se quema en ellas las alas, es una organizacion irritada, sedienta, hambrienta, que busca tal vez un bello ideal sin encontrarle. Es la aventurera de amor, que olvida la aventura pasada para entregarse á la presente. ¡Ah! yo, yo que la amo, yo que no he alentado otro amor como el suyo, como el que ella me inspira. ¡He nacido para la desgracia!

De improviso se colorearon las mejillas de Luis y ardió en sus ojos un fuego extraño.

Contra su voluntad su mirada se habia apartado del grupo compuesto por Dolores y el marqués de Olite, y habia ido á encontrarse con otra mirada.

Aquella mirada salia de los ojos de una mujer que estaba sentada seis sillones mas allá, ó mejor dicho, seis personas mas allá de Dolores.

Aquella mujer, mas bien, aquella niña, era Andrea.

Detrás de su sillon habia un hombre viejo, calvo, de aspecto muy distinguido, que de tiempo en tiempo la dirigia la palabra.

Andrea contestaba con disgusto sin volver la cabeza, sin dejar de mirar á Luis.

Aquel viejo era el baron de Guadalfeo, nobilísimo, grande de España, millonario y sensual con la asquerosa sensualidad del mono.

Andrea le habia rejuvenecido segun la habia di-

cho, inflamando su sangre introduciendo en ella fuego.

Andrea habia sufrido esta grosera galantería y habia callado.

IV.

Continuaba siempre mirando á Luis.

En su mirada habia amor, ansiedad, dolor, celos.

Veia que Luis sufria con la mirada ardiente, sombría, fija en Dolores y en el marqués de Olite.

De pronto Andrea se enrojeció.

La mirada de sus ojos se hizo vaga.

Los inclinó.

Habia sentido la mirada atenta, profunda de Luis.

En aquel momento terminó su canto la A... y sucedieron estrepitosos y nutridos aplausos que duraron cinco minutos.

Cuando los aplausos pasaron, los hombres que estaban alrededor del salon, en las puertas, en el estrecho callejon abierto á lo largo del salon, entre los sillones, se pusieron en movimiento para entregarse de nuevo al galanteo interrumpido por el canto.

Se disponia de una especie de intermedio de algunos minutos, hasta que M... el poeta festivo, bufon obligado de todas las altas soirées y su cronista gacetillero, leyese una poesía picante, inspirada por su musa juguetona, en loor de los novios.

Despues S... el largo, leeria una letrilla.

Habria una especie de intermedio de algunos minutos

y luego cantaria el barítono C... una pieza de Luisa Miller:

—Creo,—dijo don Cleofás á Luis,—que podemos aprovechar este momento en que todo se revuelve. Tengo hambre de hablar con el duque y no le veo.

—El duque está allá, al otro extremo del salon con su mujer y con una de sus hijas,—dijo Luis.—Vamos allá.

—¡Válgame Dios, qué bullicio! no se puede pasar,—decia don Cleofás siguiendo á Luis por entre la multitud masculina que obstruia el callejon.—No se ven más que pisaverdes insustanciales, y viejos verdes que hablan con las mujeres como si fueran muchachos. Aquí todos están locos, señor, y no sé cómo las mujeres no se mueren de no tener quien las hable mas que estos galanes averiados. ¡Mala bomba de á catorce! Poder de Dios, si á mí me dejaran tirar del sable y no me dijeran nada por lo que hiciera... ¡Uf! yo me ahogo aquí. ¡Qué olor, Dios mio, esto se masca! ¡Qué olor, que no se sabe á lo que es!

Y el padre Cleofás adelantaba codeando y levantando su sombrero de canal para que no se lo estropeasen.

Al fin, llegaron con mil trabajos adonde estaba embelesado el duque, entre doña Mercedes Cancamusa y Casilda, hecho todo amor y más dulce que la miel hiblea.

—Me parece,—dijo mirando con ansia á Mercedes,—que voy á hacer que se acabe esto.

—¿Y cómo, amigo mio?—exclamó Mercedes un poco inquieta.

—Echándolos á la calle.

—¡Cómo! ¿Pero estás loco?

—¡Ah, no!—contestó sonriendo el duque,—los echaré sin echarlos. Casilda, hija mia, levántate, busca á tus hermanas Enriqueta y Andrea, y dilas que se vengan para acá. Es necesario ponernos en salvo á fin de que no nos atropellen.

—Pero, hijo mio...—exclamó llena de curiosidad la Cancamusa,—no te entiendo. ¿Qué misterio es este?

—Nada, nada, nos vamos á divertir mucho. Anda, Casilda, hija mia, dí á tus hermanas que vengan, pero sin que lo note nadie; un secretillo dicho ligeramente, una de esas hechiceras monadas que teneis las niñas.

Casilda se levantó.

En aquel punto llegaban al duque, Luis y don Cleofás.

—¡Oh, mi querido amigo!—exclamó el duque levantándose,—bien creia yo que no dejaria usted de favorecernos. ¿Y usted, mi querido señor don Cleofás, se ha decidido al fin á pasar una mala noche?

—A lo que me he decidido, señor duque,—dijo con su rudeza de cañon don Cleofás,—es á hablar sériamente á usted de un asunto que me interesa demasiado. ¿Puede usted otorgarme un cuarto de hora de atencion?

Tomó un aire de contrariedad el semblante del duque, pero no se atrevió á negarse.

—Debo á usted mucho, amigo mio; todo lo que ha sucedido y sucede aquí esta noche proviene de usted. Soy con usted. Hágame usted el favor, don Luis, de hacer sociedad á mi mujer mientras yo vuelvo.

Luis, que habia mirado profundamente á Mercedes, se sentó junto á ella en el sillon que habia dejado el duque.

Éste se fué con don Cleofás.

—¡Ah!—exclamó Luis en cuanto se quedó solo con Mercedes,—¿cuántos años hace desde que nos vimos en Valparaiso?

—Por mi cuenta diez á lo ménos,—contestó Mercedes.

—¿Y el duque sabe?...

—¡Oh! no por Dios, amigo mio, silencio. La Mercedes Cancamusa íntima, vista por la parte de adentro, no es conocida aquí: lo que aquí se conoce de ella es una divinidad bravía con una reputacion sin tacha; silencio.

—¿De modo que el duque obra de buena fé?

—¡Oh! sí, cree de buena fé que yo no he tenido amores con nadie, ni aun con él, hasta ahora.

—Pero una coincidencia, una eventualidad cualquiera...

—Hay un excelente recurso, amigo mio: la calumnia impera; todas las reputaciones de hoy, tanto las despreciadas como las respetadas, son calumniosas; digan lo que quieran al duque, nada podrán probarme, porque yo jamás he soltado prenda, y la verdad que digan pasará por calumnia infame.

—¿De suerte, que este casamiento para usted ha sido una cuestion de negocio?

—Por supuesto, una cuestion de posicion social. Pero hablemos de otra cualquier cosa, nos miran con intencion: ¡ah! vá á leer M...; escuchemos.

—¿Sabe M... algo de usted?

—No.

—Pues dese usted la enhorabuena, porque de otro modo lo sabria todo el mundo, y con ilustraciones, y estaba usted expuesta á salir en caricatura.

—¡Ah! no; M... no se mete con aquellos á quienes explota, por el contrario, es una trompeta de su fama; hay que pagarle de una manera directa para que aumente nuestra reputacion; pero silencio, que vé mucho; puede notar que hablamos mientras que lee, ofenderse su amor propio, y él, que náda sabe, inventar algo, que seria mucho peor.

M... leia.

Salian de acá y allá carcajadas, y habia un trasparente ataque al duque, esto es, al anfitrion de los malos versos que leia, y que hacian gracia porque hincaban el diente.

Dejémosle haciendo las delicias de aquel tan alto cuanto ignorantísimo auditorio, compuesto de pícaros y de bribones de buena fé, salvas escasas y honrosas excepciones de familias de buena fé que no sabian donde estaban, y busquemos al duque y á don Cleofás, á quienes hemos perdido de vista.

CAPITULO XXVI.

Continuacion del anterior.

I.

El duque habia llevado á don Cleofás á su cuarto, que no estaba abierto al público, á su cuarto de viudo, donde debia dormir por la última vez por entonces.

La ostentosa alcoba nupcial, el tálamo, estaba abierto para que todos le admirasen, recargado de flores, perfumado, blanco, encantador.

II.

—Si señor, sí,—dijo el duque,—á usted se debe todo esto, porque usted, lleno de caridad, amparó á mi hija Enriqueta cuando huia desesperada, y habiendo resuelto apartarse del mundo la llevó usted á Cercedilla á punto de las elecciones.

—Sí, si señor,—dijo don Cleofás,—este ha sido un enredo de cerezas, pero una de las cerezas enredadas ha sido mi pobre Teresita, y ha de saber usted, señor duque,—añadió con ímpetu don Cleofás, arreglándose el manteo y sentándose junto á la chimenea,—que un tal don Antonio Cantillana, diputado electo por Cercedilla, que debe el ser diputado á razones que seria largo enumerar, es el goloso que se ha enamorado de mi Teresita, y como don Antonio Cantillana está ahora mismo en su casa de usted, creo yo que usted le conoce.

—Yo lo creo; le conozco mucho como agente de negocios, y viene frecuentemente á casa, porque yo por entretenerme en algo, por no aburrirme, soy hombre de negocios tambien.

—Pues ha de saber usted, señor duque, que si don Antonio ha salido diputado, ha sido porque prometió á mi Teresita que se casaria con ella, y usted no sabe la revolucion que ha causado ese pillo en el inocente corazon de mi ama, en un corazon que no habia amado nunca, pero que guardaba encerrado más amor que pólvora hay en un polvorin: calcule usted, señor duque, que á un polvorin se le pone fuego, y se marcha uno á ver lo que pasa desde lejos, y que el fuego que se ha arrimado á la puerta llega á la pólvora; ¿le parece á usted que yo estoy en el caso de permitir que el señor Cantillana vea desde su escaño de diputado, cómo rebienta mi pobre Teresa? no señor, no, porque le apunto un cañon de á veinticuatro, y le envio una granada que le parto por la mitad.

—¡Válgame Dios, señor sargento!—dijo el duque,—

¡qué por alto lo toma usted, y con qué desesperación, cuando de tal manera desplega las baterías!

Y el duque se reia de muy buena fé.

—¿Y qué quiere usted que haga?—contestó el canónigo,—esta mañana fuí yo á casa de ese señor, preparado á todo, dispuesto á romper el fuego, y el muy pillo se asustó, se hizo el chiquito, y se vino conmigo á la fonda á ver á Teresita; ¿y sabe usted lo que sucedió? que él estuvo muy fino, muy amable, y ella se alegró mucho, pero yo estaba viendo la maniobra; se nos llamaba la atencion por el flanco izquierdo para atacarnos por el centro, todo era mentira, disculpas, pretextos; me he convencido de que obra de mala fé, de que es un bribon digno de su historia de presidiario, y de que lo que quiere es que yo, con el cebo de la canongía, me marche y me lleve á Teresa, como hacen los rateros que estafan á los forasteros: y yo declaro que renuncio á la canongía si he de tenerla en desgracia de mi ama, y me quedo aquí y rompo el fuego de cañon en brecha, y veremos lo que sucede.

—Lo que sucederá, señor don Cleofás,—dijo el duque,—se lo voy á decir á usted; ¿tiene dote esa señora?

—Tiene un dotecillo de cincuenta ó sesenta mil reales de lo que le dejaron sus padres.

—¡Báh! ¡bicoca! con la sola intencion de votar en pró del gobierno, se tiene el doble y más en esta legislatura, en que se tratarán cosas muy graves: si el dote ascendiera á un millon de reales, ya seria distinto.

—¿Y de dónde vamos á sacar ni Teresa ni yo una tal cantidad?—dijo don Cleofás,—pero, y bien, si no pode-

mos sacar de ninguna parte ese millon, yo puedo sacarle á don Antonio las entrañas; y estará de ver en presidio un honrado sacerdote por haber hecho un bien á la humanidad, quitando de en medio un tuno.

—No hay necesidad de un extremo tan terrible,—contestó el duque,—ese millon le tiene usted.

—¡Yo! ¿y dónde?—exclamó escandalizado don Cleofás.

—Aquí,—dijo el duque levantándose, yendo á una papelera y abriéndola.

Don Cleofás comprendió.

—Yo no puedo consentir eso, de ninguna manera, señor duque,—exclamó, poniéndose encendido hasta en el blanco de los ojos.

El duque habia abierto un libro de talones del banco, y en uno de ellos habia escrito en guarismo y letra un millon de reales, y habia firmado.

Cortó despues el talon, adelantó, y dijo dándolo á don Cleofás:

—Hé aquí el dote de esa señora.

—No, no, y no,—dijo don Cleofás,—¿por quién me toma usted?

—Por el hombre á quien debo mi felicidad, que vale más que un millon, señor canónigo; si usted no hubiera tenido caridad para mi hija Enriqueta, yo no la hubiera encontrado, nada de esto sucederia; evitemos, evitemos que el fuego llegue á la pólvora y estalle el polvorin; yo soy inmensamente millonario, esto para mí nada significa, y salvemos á esa señora; tenga usted caridad para ella como la ha tenido para mi hija.

—Señor duque, esto es muy violento.

—Es usted el hombre más honrado y de mejor fé que conozco,—dijo el duque,—y bien, si no quiere usted aceptarlo, será lo mismo, lo aceptará Cantillana, pero habrá la diferencia de que se lo guardará, y esa señora no tendrá derecho á ello.

—Que se casen, que se casen y basta.

—¿Y los hijos, señor canónigo? Esto debe emplearse en una finca; constituye el dote de esa señora; asegurarlo: Cantillana es un hombre audáz, expuesto siempre á una quiebra ó á algo más, créame usted; usted en esto ni entra ni sale; usted es un curador de esa señora y nada más; no tiene usted en ello provecho alguno.

—El provecho que yo tengo,—exclamó conmovido don Cleofás,—es quedarme sin Teresa, á la que estaba muy acostumbrado; nadie me hará como ella la cama ni las sopas de ajo; nadie me cuidará como me cuidaba ella; en fin, yo la quiero como si fuese mi hija.

—Por lo mismo tome usted,—dijo impaciente el duque.

—Pues venga,—dijo haciendo un movimiento de decision don Cleofás.

Y como si hubiera tomado un ascua, se metió rápidamente el talon en un bolsillo de los interiores de su chaqueta.

—Ahora permítame usted; espéreme usted aquí algunos minutos.

El duque salió de su gabinete á un saloncito cerrado tambien para la concurrencia, y tiró de una campanilla.

Se le presentó á poco Fabricio.

—Búscame enseguida al señor de Cantillana que está

en los salones, y dile que venga al momento, que le necesito para un asunto importantísimo.

—Muy bien, señor.

—Luego te vás al gran salon, y dices á las señoras, que estarán allí cerca de la orquesta, que se vengan á mi gabinete y que se traigan consigo á don Luis y al marqués de Olite, que tengo que decirles... esto se lo dices secretamente á la señora.

—Muy bien,—contestó Fabricio.

—Despues que estén aquí las señoras, el marqués de Olite y el señor de Cantillana, vienes, que tengo que darte una órden.

Fabricio se fué.

A los diez minutos, entraban en el saloncito donde estaba el duque, Cantillana, Mercedes, Dolores, Casilda, Andrea, el marqués de Olite y Luis.

No sabian para qué se les llamaba, ni el uno ni los otros.

III.

—No sabia yo que era usted un torpe, amigo Cantillana,—dijo el duque.

—¡Torpe! ¿y por qué?—contestó sonriendo Cantillana.

—Porque deja usted escapar los millones como si fueran vencejos que van de paso.

—¡Quién, yo! pues bien sabe usted, duque, que soy un buen aprovechador de negocios. Apropósito, ¿á cómo andamos del negocio de aquel don Baltasar Kin Kakop,

el del Perú, el de la indemnizacion por subsistencias del ejército?

—Eh, con estas cosas que á mí me han sucedido, no he podido ver á los del Consejo de Estado;—dijo el duque.

—Este es un buen negocio,—dijo Cantillana,—hay justicia de parte del reclamante, y porque se le haga justicia dá dos millones. Todo consiste en que usted escite á la sala del Consejo encargada del espediente que no se duerman; ya vé usted que en esto no hay nada, esto puede pasar por lo más desinteresado del mundo, y que los respetos de usted bastan para que se active este negocio, tomamos cada uno un millon á la sordina y nadie tiene que decir que el señor duque del Humbroso es el alma de un agente de negocios.

—Basta, basta, Cantillana, se hará eso; pero, ¿en qué estado tiene usted su casamiento con cierta señora?

—¿Con qué señora?

—Con el ama de un cura.

—Ah, ya, sí, Teresita; no me conviene de ningun modo, señor duque; fué un recurso de que yo me valí para triunfar en las elecciones de Cercedilla, y lo siento, es una mujer tan fresca, tan buena moza, tan pura, que me ha llenado el ojo; y aun creo que me ha enamorado, pero seria un disparate, hay que contener al corazon, el corazon es un estúpido y me inquieta esto de veras, ¡qué amor el de esa mujer!

—Sí, el polvorin, como dice su cura.

—Desde el momento en que la hablé, duque, se puso pálida, tembló, pero es necesario prescindir de esto, es-

tos son sueños, cuando nos olvidamos de lo positivo cometemos un disparate, es pobre como un raton y en cuanto al cura vá á ser necesario armarle alguna zancadilla, porque es feroz, ha sido sargento de artillería y cuando se atraganta cierra los puños y embiste.

—Sí, sí, ya se le conoce mucho, ¿pero respecto á esa señora se ha decidido usted?

—Si señor, estoy dando largas al negocio y si el cura se pone muy feroz me acojo á mis influencias, le encierran en la cárcel de la Corona, le abren espediente y le destierran.

—¿Y si esa Teresita tuviera un millon de dote, Cantillana?

—Un millon, ah, un millon,—exclamó éste abriendo enormemente los ojos,—eso sería distinto.

—¿Se casaría usted?

—¡Oh, sí! porque francamente, me enamora, me vuelve loco, es tan fresca, tan robusta, aparece tan jóven á pesar de que tiene ya treinta y cinco ó treinta y seis años, que no me pesaria no establecerme con ella; ¿pero de dónde ha de haberla venido ese millon? á no ser que el cura sea...

—El cura es un infeliz, ese millon se lo he dado yo porque le estoy agradecido.

—¿Sí, duque, sí?

—Si señor, mañana Teresita comprará una casa y pasado mañana...

—Nos casamos,—dijo don Antonio.

—El clérigo se marcha á su catedral de Sigüenza y usted, Cantillana, se queda con su víctima.

—¡Ah, no! con mi compañera, y ganaré en economía, porque se encargará de la casa, me están robando, me cuesta un doble de lo que debia costarme.

—¿Con que esto es cosa resuelta?

—Sí, de todo punto resuelta.

—Permítame usted, Cantillana, voy á dar algunas órdenes á mi mayordomo.

Y tiró de la campanilla.

Se presentó Fabricio.

—Mira,—le dijo el duque,—pégale fuego á las colgaduras del gabinete azul, con maña, Fabricio, y en cuanto arda, das la voz de ¡fuego! ¡fuego!

—Pero señor, se van á atropellar, se van á matar por las escaleras, van á salir de sopeton á la calle y puede armarse una revolucion.

—Haz lo que te he dicho, no quiero que nadie diga que no hay cena bastante, ó que la cena es mala.

—Bueno, bien, señor, se hará como vuecencia manda.

—Esto cuanto antes.

Fabricio salió.

El duque y él habian hablado en voz muy baja.

IV.

Cantaba C... complaciéndose con ella, su ária favorita de *Luisa Miller*.

De improviso sale una llamarada inmensa por una de las puertas del salon.

Se oye una voz terrible que grita:

—¡Fuego! ¡fuego!

¿Y dónde está Homero para que le encarguemos la descripcion de lo que allí sucedió?

Nosotros nos creemos insuficientes.

La gente se puso de pié aterrada.

El canto de C... se ahoga.

Los instrumentos son abandonados por los músicos.

Se determina un movimiento brusco, rudísimo, terrible, hácia la puerta del salon.

Las gentes se prensan, se estrujan, se atropellan.

Pero afortunadamente las puertas de aquella antiquísima casa, son grandes.

El primer salon, vácia su gente en la antesala.

Se precipita la corriente humana por las escaleras.

Caen los unos sobre los otros y al fin todos salen á la calle despavoridos, cojeando el uno, torcido el otro, jorobado aquel, ellas descotadas, ellos de frac.

Los carruajes que esperan, creen que sucede algo espantoso y corren.

La policía acude, se multiplican las voces de ¡fuego! ¡fuego!

Todo es desórden, todo atropello. En las escaleras, en los salones, en los gabinetes, han quedado viejas flacas y gente débil que no pueden levantarse por sí mismos, y que van recogiendo los criados.

Todo el mundo cree de buena fé que ha habido un incendio, y sin embargo, aún no habia llegado la primera *jeringa*, como dicen los madrileños, es decir, la primera bomba, cuando ya el incendio no existia.

Las colgaduras del gabinete azul se habian quemado y á esto se reducia todo.

Las paredes no tenian tapicería, estaban pintadas al temple, el techo era macizo de bóveda deprimida como los demás de la casa.

Los gruesos de los muros y los vanos de las puertas, habian impedido que el fuego se comunicase á los otros salones.

Los criados, por sí solos, habian dominado el incendio.

La policía habia recogido en las camillas del Refugio cuatro nobles viejas que se habian encontrado medio exánimes en las escaleras y algunas ilustraciones de la patria cargadas de años que no habian podido resistir al empuje.

Las escaleras, el portal, hasta la calle, estaban sembrados de flores, de tocados y hasta de alhajas, lo que queria decir que estaba allí el ratero humanitario que acudia á prestar sus auxilios.

En los salones se habian quedado algunas pollas tísicas, la gente débil, en fin, que no habia podido resistir la emocion.

Algunas niñas y algunas no niñas, estuvieron perdidas tres ó cuatro horas, apareciendo por fin, desgreñadas, pálidas, hechas otros tantos demonios.

A las tres de la mañana, en fin, hora en que habia debido tener lugar la cena, todo estaba en calma.

La policía se habia retirado, se habian retirado los carruajes.

Los despojos que habian cubierto el campo del estrago, habian desaparecido hasta el último trapo.

Solo al otro dia, al amanecer, encontró una gallega

una flor de azahar entre la juntura de dos adoquines, una flor de pasta.

Si hubiera sido á lo ménos de oro, esmaltada, la pobrecilla hubiera sacado su dia.

Y sin embargo, la guardó, porque un gallego lo guarda todo.

Al dia siguiente *La Correspondencia* decia en un largo suelto que se le habia dado ya escrito:

«Anoche se turbó, por un desgraciado accidente, la magnífica fiesta de bodas del señor duque del Humbroso, en el momento en que el simpático y adorable C... hacia las delicias del escogidísimo auditorio cantando su ária favorita; á causa de lo profuso de la iluminacion, se incendiaron las colgaduras de un gabinete.

»Una inesperada voz de alarma, dió ocasion para que los convidados creyesen en peligro sus vidas, y pretendiendo salvarse se determinára una confusion que ha producido lamentables desgracias.

»La respetable señora duquesa viuda de ··· cayó y sufrió una pisada en la garganta que la ha puesto en un estado verdaderamente lamentable.

»El diplomático señor C... se ha dislocado un brazo pretendiendo salvar á la hermosísima señorita A...

»Por último, y obligándonos á dar más pormenores, diremos que ha habido diez señoras y once caballeros con fracturas, y treinta señoras y cuarenta y cinco caballeros, con contusiones más ó ménos graves.

»El señor duque del Humbroso está desesperado, y hoy no ha hecho otra cosa que visitar, con su simpática

señora y sus hermosísimas hijas, á aquellos de sus amigos que han salido mal parados de su fiesta.

»Ah, se nos olvidaba decir que nuestro querido amigo el simpático escritor señor M... ha hecho prodigios de valor, y que á su serenidad y á los esfuerzos del señor duque del Humbroso, se ha debido el que el incendio no se propague.

»Cada dia nuestro amigo, ya con su talento, ya con su buen humor, ya con sus virtudes, se hace más merecedor de las simpatías de las personas que sienten bien.

»Damos la enhorabuena á nuestro querido amigo M...»

A *La Correspondencia* no se le ocurrió decir por cola de este suelto:

Todo ha consistido en que el señor duque del Humbroso no ha querido que sus convidados encontrasen escasa la cena, y los echó, pegándo fuego á su casa.

Algunos sueltos más abajo se leia:

«El distinguido y apreciable periodista y hombre político don Antonio Cantillana, que como dijimos anteayer ha sido electo diputado por el distrito de Cercedilla, contraerá muy en breve matrimonio con la simpática y bella señorita doña Teresa Salmeron, hija de una ilustre familia de la montaña.»

A nadie que leyó esto se le ocurrió de seguro, que la simpática señorita era una pobre mujer, ama de un capellan de monjas y que andaba en el casamiento no ménos que un millon de reales.

El público es siempre un indivíduo de buena fé, y se le engaña como á un papanatas.

¡Oh, qué historias saldrian si se profundizase debajo de las gacetillas de *La Correspondencia de España;* qué comedias, qué dramas, qué tragedias!

Bien es verdad que el público es al mismo tiempo un indivíduo egoista; mientras no se le ponga el pan caro y no haya jaleo, lo demás le importa muy poco.

Cuando la opinion pública se excita por un crímen, gran parte de la excitacion consiste en que el público necesita un espectáculo en el Campo de Guardias.

De lo que resulta que el público es malo de buena fé.

Es un indivíduo humano colectivo que tiene su parte de ferocidad y su instinto dictador.

Por eso las dictaduras le ofenden y se vuelve contra ellas.

V.

Aquella tarde salieron para Sevilla con unos arrieros, don Silvestre, doña Práxedes y las dos niñas.

Anunciamos que estos personajes salen definitivamente de la escena.

Pero por si han interesado algo á nuestros lectores, les diremos que don Silvestre fué muy feliz, que no volvió á meterse en elecciones, que cazó mucho en los sotos de Sevilla; que doña Práxedes se apergaminó más y más, y echó facha de indivíduo de esos que parece que Dios acartona para conservarlos contínuamente como momias vivas; que la mayor de las niñas, se casó con el sochantre de la catedral, y la menor con el sobrino de un librero que tenia el privilegio de vender la bula; que tu-

vieron muchos hijos, y cerraron los ojos á don Silvestre y á doña Práxedes, y que murieron, cerrándolas los ojos sus nietos; todo esto, contando con el porvenir, con el tiempo que aún no ha venido, porque los novelistas dominamos lo pasado, lo presente y lo porvenir.

¿Qué más dá mentir en pasado que en futuro, ni qué importa que mintamos, si nuestra mentira es inocente, y el público bonachon cree de buena fé que todo lo que sacamos del entendimiento que nos ha dado Dios para entretenerle, es la verdad y no más que la verdad?

Y así, gracias tambien á la buena fé, anda como Dios quiere.

¡Vivan las gentes de buena fé, que son infinitas, que todo lo creen y todo lo convierten en sustancia!

Damos á esto de mano, porque sobre esto podrian escribirse cien volúmenes de verdades, desgraciadamente muy tristes.

La buena fé, que ilustrada es una virtud, ignorante es la causa de un incalculable número de desgracias públicas y privadas.

VI.

Don Cleofás, comprada una casa para Teresita en un millon y doscientos mil reales, que suplió el duque, en una de las mejores calles de Madrid, don Cleofás, repetimos, se fué solo, triste, llorando, á tomar posesion de su canongía en la Catedral de Sigüenza, dejando depositada casa del duque, hasta que se casase, á su Teresa.

Podia decirse que el pobre don Cleofás era supremamente desgraciado.

Su buena fé le habia dicho, engañándole, que aquella Teresa que tan bien le cuidaba, que le era tan simpática, á quien amaba como á una hija, que habia llegado á la edad madura sin amar, no amaria nunca, no se separaria de él, le cuidaria, y por último, le cerraria los ojos.

Solo la buena fé hace cálculos de felicidad sobre el corazon humano, sujeto á las pasiones, instable como el viento que mueve las inertes arenas del desierto ó las aguas del Océano.

Pero cuando la buena fé ha sufrido una decepcion, cuando se derrumba el castillejo de naipes que ha levantado nuestro deseo, se apodera de nosotros la fria verdad con su terrible positivismo.

Don Cleofás, que dormia profundamente, despertó; al despertar se sintió desgraciado, herido en el noble corazon.

Se vió abandonado por aquella Teresa por quien tanto habia hecho.

Recordó aquel sábio versículo de la Escritura: «por ésta dejará á su padre y á su madre,» y como cuando se vé una parte de la verdad se vé toda, don Cleofás tembló por el porvenir de Teresa, por un dia en que el pillo con quien se habia casado perdiese no solo lo suyo, mal adquirido, sino la donacion que el duque habia hecho á Teresa, por un dia en que Teresa fuese la mujer de un presidiario, y lleno de amor para ella, porque el amor es inmortal y no hay nada que lo mate, se fué á tomar

posesion de su canongía de la Catedral de Sigüenza, diciendo:

—Ahorraré, ahorraré de mi sueldo para cuando la pobre Teresa venga á pedirme desesperada y miserable pan para sus hijos.

CAPITULO XXVII.

De modista á dama.

I.

Kin Kakop pasó el sino, atravesado de parte á parte, en la hacienda de la Maliciosa.

Rastrojo, que así se llamaba el bandido que se habia quedado encargado de él, y ocho compañeros suyos, que andaban viviendo miserablemente en la sierra, de lo que salia, cuidaron tanto de él, que al fin y al cabo al mes y medio le pusieron en estado de montar á caballo y de irse á donde mejor le pareciese.

Verdad es que la primera causa de la curacion de Kin Kakop habia sido Juanito, que habia acudido con Julia, su mujer, y sobre todo Julia, que era una costurera de ojos negros, viva y traviesa, que no se habia separado ni un punto del lado del herido.

Kin Kakop se habia acostumbrado de tal manera á la

muchacha, que no podia respirar sin ella, y se lo decia á Juanito, y Juanito, lleno de buena fé, aunque Julia no hubiera salido más que para una cosa precisa, se iba á buscarla, la apuraba y la hacia volver al lado de Kin Kakop, que era malo, desagradecido, infame, y no podia vivir sino haciendo daño.

Julia, que era una loca, que no se habia casado con Juanito más que por casarse, al poco tiempo de estar velando y sirviendo á Kin Kakop, dijo de repente para sí, mientras Kin Kakop la miraba con toda la fuerza de sus enormes ojos negros:

—¡Calla! pues no es malo el hallazgo que hago; ¡pues no me gusta á mí este salvaje! yo creo que me gusta porque es una cosa rara; pero se me figura á mí que le voy á tomar mucha ley; ¡pobre Juanito!

Y nosotros decimos tambien: ¡pobre Juan de buena fé!

Aún no estaba completamente restablecido el indio, cuando ya existia entre él y Julia una pasion incontrastable.

Julia habia visto que desde que pudo escribir Kin Kakop, habia escrito á Madrid, y que al poco tiempo habia venido de Madrid como emisario, un hombre fino, de pocas palabras, que soltaba un talego de oro, que cuando se iba se repartia entre los bandidos, que tenian como prisionero á Kin Kakop, y se imponian á él en complicidad con el capataz de la hacienda.

Julia se entendió con don Bruno, que era el que iba y venia, y tuvo trastienda bastante para insinuarse con él y sacarle del cuerpo que era agente de Kin Kakop,

y que Kin Kakop era un indio peruano, que no sabia los millones de pesos fuertes que tenia en el Perú y en Méjico.

Julia vió ya en lontananza la gran casa, la gran servidumbre, el magnífico tren, el numeroso guarda-ropa, los brillantes, las perlas, la buena mesa, las diversiones de todo género, y vendió su alma al diablo de la vanidad, del lujo y de la intemperancia.

Juanito era un buen muchacho, un excelente jóven lleno de buena fé respecto de Julia, inflamado por un avaro amor á la ciencia.

Julia calculaba bien, contando con el carácter de su marido.

—Por mucho que tengamos,—decia,—por mucho oro que corra de las manos de mi Baltasar para nosotros, creerá que todo es hijo del agradecimiento de Baltasar, que le debe dos veces la vida; no recelará, se estará allí con su anatomía y sus librotes, y del hospital á casa y de casa al hospital; ¡oh, qué vida, qué vida tan deliciosa! cuando madama Henriette, que es tan soberbia, y nos trataba á todas las oficialas á sopapos, me vea á mí tan ancha y tan elegante, y tan hermosa y tan jóven en una magnífica carretela, que ella no ha podido tener, hundiendo las calles de Madrid, rabiará y se volverá loca; y luego, Juanito es entequillo, está medio tísico, no vivirá mucho, y yo adoro á mi Baltasar, y él me adora; si me quedo viuda se casará conmigo. ¡Báh! mi madre se murió llorando, porque decia que yo me quedaba pobre y desamparada; ¡qué tonterías! ¡si no se sabe dónde está la suerte de las criaturas!

Julia era una infame de buena fé, porque pensaba en toda esta sucesion de horrores como en la cosa más natural del mundo.

Terribles efectos de la mala educacion.

II.

En resúmen, Kin Kakop, despues de haber comprado á los bandidos por una fuerte suma su libertad, restablecido ya y fuerte, se salió con Julia y con Juanito á la carretera, y por la carretera se fué á Madrid, buscando su indemnizacion, y aunque no pensaba estar mucho tiempo, montó casa, equipó magníficamente á Julia y á Juanito, y Julia tuvo no ya solo su tan anhelada carretela, sino coche, landó, berlina, faeton, charavan, un tren completo con troncos magníficos de raza, como que á Kin Kakop le brotaba el dinero de entre los dedos.

Juanito, muy elegante, se pasaba los dias enteros y aún las noches, en las salas de clínica y en el anfiteatro del Colegio de San Cárlos; y salvos los momentos en que iba á gestionar el pago de su crédito, Kin Kakop acompañaba en la casa, y en la calle, y en el teatro, y en el gabinete á Julia, acabando por confesarla que no habia amado á nadie como á ella, á lo que Julia habia respondido:

—Yo no sabia lo que era el amor; yo creia que solo se podia amar á los jóvenes bonitos, y me encuentro con que te adoro y me muero por tí, que eres feo como una noche oscura.

Y Juanito, el pobre, sin sospechar nada, continuaba adorando á su mujer y á la ciencia.

Él creia que todo lo que hacia por ellos Kin Kakop era puro agradecimiento, porque en verdad, sin los prodigiosos esfuerzos, sin el infinito cuidado, sin el tino de Juanito, Kin Kakop hubiera muerto á la primera de aquellas dos veces.

Kin Kakop tenia una especie de veneracion por Juanito, ó mejor dicho, por su salvador, porque tenia tal fé en él, que decia:

—Supongamos que me cortan la cabeza, Juanito acude y me la pega de nuevo, y se gobierna de modo que salgo adelante, sin que me quede más que la cicatriz alrededor del cuello.

Pero esto no impedia que Kin Kakop fuese amante de la mujer de su salvador, ni aun se le ocurria que hacia mal en ello. ¿Qué más daba? Era indio, no habia salido nunca de América mas que para aquel desgraciado viaje que habia hecho á España, y estaba acoplado, por decirlo así, á las latas costumbres americanas. Además, cuando habia venido á Madrid, como era un Creso, habia sido presentado en todas partes, y habia visto que en casas muy altas tolerado, consentido y hasta mimado por el marido, habia un ayudante, por decirlo así, de la señora.

Kin Kakop no podia explicarse que hubiese hombres bravos, caballeros, y de alta posicion que tolerasen esto, si esto no estuviera sancionado por la costumbre.

¡Oh, la buena fé, la buena fé! Hombres hay incapaces de tolerar la más leve mancha sobre su honra, que sin

embargo aparecen deshonrados ante todo el mundo, ignorándolo ellos, estando muy lejos de suponer una infamia en la esposa y una traicion en el amigo.

El dia que cae la venda de los ojos de estos hombres de buena fé, sucede una cosa horrible.

Hé aquí la razon de muchos dramas que no son ficticios, ni se representan entre bastidores, sino que llevan un escándalo más y un nuevo terror á la humanidad que siente y piensa.

III.

Kin Kakop Atahualpa, adorando á Julia y siendo adorado por ella á espaldas del marido, creia encontrarse en una situacion muy comun, en una situacion aceptada por las costumbres.

Julia era hermosa, viva, traviesa, ocurrente, casi diabólica; modista acostumbrada á todos los excesos que en ella, para la gente de manga ancha, eran otras tantas gracias.

Polkadora eterna, que estaba allí siempre donde se bailaba y donde no se vendian más que billetes de *caballero*, dándose gratis todos los que se querian de *señora*.

Concurrente hasta las altas horas de la noche á los cafés donde se canta, adonde no concurren más que mujeres alegres, maulones, pollos tronados, y ese moderno tipo español y puramente andaluz ó madrileño que se llama *chulo*, el cual tipo se encuentra en todas las esferas sociales, aunque no en todos los lugares.

Bebia ron y marrasquino, fumaba un pitillo, murmu-

raba con gracia, se informaba á la media hora de estar en un café de la vida y milagros de las compañeras.

Tenia una gran vivacidad para encontrar la salida oportuna á las truhanerías de los galanes de medio pelo.

Estaba fresca, reluciente.

Vestia con suma gracia; la chispeaban los ojos y sonreia de una manera adorable.

Aunque jóven, era vieja en la infidelidad.

Queria mucho á Juanito, porque decia que era un tipo de novela.

Sus greñas largas, sus mejillas flacas y pálidas, sus ojos siempre febriles, su seriedad, su aplomo, su gran corazon, que se exhalaba en una mirada; todo esto encantaba á Julia. Además de esto, Juanito era un sábio.

Pero Juanito era esclavo de la medicina.

Las salas de clínica de San Cárlos le sujetaban como un esclavo. Unicamente los domingos podia salir un rato, rato empleado en polkar con Julia, en los salones de un parador, extramuros de la puerta de Atocha: despues, en el café del mismo local donde se bailaba, tomaban café con leche y una copa, que pagaba generalmente Julia, porque era más rica que Juanito, y al oscurecer se separaban á la puerta del colegio, dándose un fuerte apreton de manos; Juanito se iba á cuidar de sus enfermos, y Julia á otra cita con otro prójimo, á quien no queria más que para que la bailara en los salones bajos de monsieur Chuleta, calle del Colmillo.

En la esquina de la misma calle á la de Hortaleza, habia un café, donde entre once y doce de la noche, terminado el baile, Julia tomaba café con tostada y una

copa de ron y marrasquino, pagándolo todo su bailador, esto es, Periquito.

En seguida la acompañaba hasta la entrada de la calle de la Comadre, donde Julia vivia en compañía de un matrimonio.

Allí Periquito y Julia se apretaban la mano y se citaban para el dia de fiesta siguiente.

IV.

Julia, pues, tenia esas costumbres abiertas y francas de las modistas, y precision de acompañante por la mañana, de otro acompañante al medio dia, y de otro tercer acompañante á la noche; del novio de primera hora, del café tal, de la cena de última hora del café cual; muchachas que no se sabe cuando descansan, cuando reposan: que se acuestan tarde, que se levantan temprano, bailando siempre, amando, conociendo á todo el mundo, tratándose con toda clase de gente, y á pesar de esto, vivas, ligeras y buenas chicas en el fondo.

Julia estaba, pues, preparada á recibir el bautismo del lujo.

Aun en los tiempos de su mayor miseria, esto es, cuando solo ganaba una peseta casa de madama Henriette, cuando vivia en compañía de un matrimonio más pobre que ella, en un zaquizamí muy encaramado en lo alto de una casa de vecindad, se las componia de modo que su pobre traje era de buen corte, elegante, llevado con cierta distincion, cierta viveza y una excesiva gracia.

Así es, que en cuanto tuvo peluquero que la arregla-

ra la cabeza desde el momento en que se levantaba, esto es, á las diez, porque aún no habia contraido la costumbre de la molicie, cuando despues sus doncellas, que debia al amor del indio, la vestian con las galas que el indio la compraba; cuando se iba á tiendas á hacer nuevas sangrías al bolsillo del indio, puesta á la última moda, hecha un figurin, nadie la hubiera conocido como Julia, la modista, sino como una señorita que iba en un magnífico tren á tiendas, á comprar lo más nuevo, lo más costoso.

Muy pronto todos los dueños de establecimientos de modas, los joyeros, las floristas, todos los industriales del lujo la conocian, la mimaban, la adulaban y procuraban tenerla lo más contenta posible, porque Julia se habia convertido en una gran parroquiana.

Es más: los que la habian conocido en otra situacion, aun aquellos mismos que la habian conducido y tomado con ella café con tostada en el café de San José, dependientes y horteras de tienda, y aun dueños de ellas, se desentendian de lo pasado y guardaban á la señora doña Julia todo el respeto y consideracion que se guarda á un bolsillo siempre abierto, que á la primer cosa desagradable se cierra, para ir á abrirse á otra parte.

El cambio es la razon de nuestro tiempo.

El consumidor en grande, puede estar seguro de que los vendedores le tratarán con un respeto fanático, para hacer que persista dejándoles buenas ganancias.

Julia se pavoneaba, pero sin afectacion, es decir, se *habia crecido,* pero no se habia enorgullecido.

Habia echado cierta gravedad, porque tenia dema-

siado talento para no permitirse asomar vivamente la cabeza á la portezuela del magnífico carruaje en donde iba, para saludar á este ó al otro conocido, cosa que hacen las chicas que tienen la cabeza á pájaros.

Julia ostentaba ya la gravedad de la opulencia.

Julia era una realidad: ¿qué le importaba su pasado? ¿qué la miseria suya de un año antes? ¿su novio practicante de medicina y los otros novios destinados á entretenerla?

Nada; era necesario correr un velo sobre esto.

Julia tenia la disculpa de los millones, porque en Madrid, como se sabe, todo es mentira.

Se la veia en el teatro Real, en una platea de las más próximas al proscenio, con el riquísimo indiano don Baltasar Kin Kakop, y se decia: esa muchacha es el agujero por donde se le van á ir al indio todos sus millones.

Esa señora es millonaria, es preciso tratarla como la corresponde por su clase.

V.

Cuando aparecia en el teatro Real, habia una especie de revolucion de preguntas y de respuestas.

Todas las altas concurrentes al teatro, altas las unas por su nacimiento, las otras por su fortuna, reconocieron una nueva rival, una nueva competencia de lujo y de joyas, y necesitaron saber quién era aquella intrusa.

No faltó alguno que dijo que la habia visto de oficiala casa de madama Henriette, lo cual no se creyó, por-

que no podia comprenderse que una oficiala de modista pudiese llegar á un aspecto tal de distincion y de elegancia como el que aparecia en Julia.

En fin, la muchacha fué entablada.

Baltasar Kin Kakop era feliz, porque Julia, elevada, por decirlo así, creció en hermosura, y era más fresca y más bella que Clotilde, sin ser tan hermosa.

Juanito, por su parte, no se cuidaba de nada de esto; almorzaba bien, comia bien, vestia bien, iba en carruaje al Colegio de San Cárlos, y se consagraba exclusivamente á la ciencia, creyendo, como ya hemos dicho, que todo lo que el indio hacia por su mujer, hasta el acompañarla á todas partes, era por agradecimiento de que le habia salvado la vida dos veces.

Tal era la situacion en que se encontraba el indio.

Curado del amor de Clotilde, porque le habia reemplazado con ventaja, puesto que el indio, que no conocia las menudencias de Madrid, creia que Julia era una excelente chica, y no habia tenido más novio que su marido, y se atribuia el mérito de la conquista: además de esto, los negros ojos de Julia le embriagaban, le hacian sentir una embriaguez inexplicable.

Kin Kakop no queria otra cosa que cobrar los sesenta millones de reales que España le debia por la indemnizacion á que tenia derecho por la guerra del Perú, y como era rencoroso y no perdonaba á nadie que le habia ofendido, toda su ambicion se reducia á buscar á Estéban y á Clotilde, castigarlos, é irse despues á los Estados-Unidos, á Nueva-York, con Julia y Juanito, á vivir tranquilamente en medio del esplendor y de la riqueza.

CAPITULO XXVIII.

Un originalísimo amigo.

I.

Sucedió una cosa extraña, esto es, que el indio en vez de sentirse lleno de venganza contra Luis, se sintió agradecido.

Luis era el marido de Clotilde.

Luis le habia encontrado en la sierra, se habia batido con él y le habia puesto á dos dedos de la muerte.

Pero Kin Kakop se explicaba esto.

—Yo hubiera hecho lo mismo,—decia,—pero no hubiera sido tan generoso, la verdad es, que él, despues de herirme, de ponerme fuera de combate, en vez de rematarme, en vez de saciar la justa cólera que contra mí debia sentir, me hizo la primera cura, y no se separó de mí, sino cuando me dejó entregado á gente que de mí cuidase, ese hombre es mi amigo, una mujer tan despre-

ciable como Clotilde,—conocia ya Kin Kakop á Julia cuando pasaba esto, y estaba enamorado de ella,—no debe ser un obstáculo para que se estime á un hombre de corazon. Necesito buscar á ese caballero.

II.

En efecto, un dia que Luis estaba solo en su casa, en la antigua casa de Dolores, en aquella casa abandonada en que solo habia quedado para él soledad, un dia en que Luis estaba tétrico, meditabundo, apenado, sentado junto á la chimenea, revolviendo en su pensamiento todas sus desdichas, llamaron á la puerta y la maritornes que habia quedado en la casa, la misma que habia servido á Dolores y á Andrea entró y le dijo:

—Ahí está un señor muy grande, muy alto, muy feo, muy colorado, con unas greñas muy grandes y unos ojos que dá miedo verle, preguntando por usted y me ha dado esta tarjeta.

Luis la leyó:

En aquella tarjeta que tenia doblada una punta se leia: «Baltasar Kin Kakop Atahualpa.»

Luis se puso levemente pálido, no porque fuese cobarde sino por irritacion.

Creyó que el indio venia á provocarle de nuevo.

—Que entre al momento ese caballero,—contestó.

Y salió á recibirle á la sala.

Entró Kin Kakop y en el momento extendió las dos manos hácia Luis.

Luis aunque reservado, tendió sus dos manos al indio: El indio se las estrechó vivamente.

—A través de aquella puerta veo una chimenea con buen fuego,—dijo,—y no quiero privarle á usted de esta comodidad, porque usted me reciba con etiqueta. Quien viene á ver á usted es un buen amigo. Pasemos á ese gabinete señor don Luis.

Luis se dirigió hácia el gabinete. Hizo pasar á Kin-Kakop y poco despues, los dos antes enemigos, estaban sentados frente á frente.

—Y bien,—dijo Luis con acento severo y con el semblante nublado,—¿qué significa esto? ¿por qué viene usted á buscarme?

—En primer lugar, señor don Luis,—dijo el indio,—á mí me gustan mucho los hombres alentados, los hombres de corazon.

—Muchas gracias.

—Ruego á usted que no considere en mí al hombre que le ha ofendido, porque no le conocia. Esa ofensa ha sido vengada por usted.

—Y bien, ¿qué?

—Veo que doy con un hombre como á mí me gustan los hombres; con un hombre tenaz y esto vá á concluir definitivamente. Si usted no quiere correr un velo sobre lo pasado, si usted no quiere comprender que todo lo que ha acontecido ha sido causa de una equivocacion, de haber juzgado yo por las apariencias, dispuesto estoy á que usted acabe de satisfacerse.

—Y bien, ¿qué?—dijo reservado siempre y cada vez con la palabra más acentuada Luis.

—Que mande usted enganchar un carruaje, nos salgamos al campo, dejemos el carruaje en la carretera, nos metamos tierras adentro hasta llegar á la espesura, y allí yo me dejaré pegar un tiro por usted.

—¡Ah! eso no,—exclamó Luis.

—Creo que estamos hablando dos hombres.

—Lo creo así.

—Creo que despues de lo que se ha dicho podemos hablar con suma franqueza.

—Sí.

—Creo que usted estará perfectamente curado de todo lo que parezca amor respecto á esa mujer.

—Sí, Clotilde solo me inspira desprecio.

—Pues bien, una cosa que inspira desprecio tanto á usted como á mí, porque no puede ser de otra manera, no debe obligarnos á que esperemos una resolucion necesaria, lo que importa aquí son las buenas relaciones entre usted y yo.

—Pues debe usted comprender, que usted para mí, como Clotilde, son cosas pasadas ya, y que me importa muy poco de ella y de usted.

—Lo comprendo, pero yo he ido buscando siempre por el mundo una mujer y un hombre.

—Ah, ya, Diógenes no buscaba más que un hombre. Diógenes era muy raro; Diógenes debió haber buscado antes una mujer. Tal vez comprendió que no habia una sola mujer buena en el mundo, y por consecuencia no buscó lo que estaba seguro de que no existia.

—Sin embargo, don Luis, esta cosa es una cosa necesaria á nuestra materia y aun á nuestro espíritu.

—Es verdad, por desgracia.

—Pues bien,—continuó Kin Kakop,—yo he buscado siempre un hombre y una mujer. He creido encontrar en muchas mujeres la mia y me he equivocado. Clotilde me pareció la mujer adorable, la mujer inmensa, la mujer de espíritu, y de un espíritu divino, la mujer que podia hacer la felicidad de un hombre sobre la tierra, y me engañé viendo despues que era una bribona, convengamos en que era una bribona.

—Bien, convengamos, pero...

—Pero, permítame usted, bribona que ha dado ocasion á que yo encuentre á ese hombre.

—Gracias,—dijo con gran reserva Luis, porque no sabia adonde Kin Kakop iba á parar.

—Yo sé, señor don Luis que usted tambien ha encontrado su mujer.

—¡Yo!

—Si señor, usted.

—¿Que he encontrado yo la mujer de mi deseo?

—Si señor.

—¿Cómo?

—Permítame usted una nueva confianza que me he tomado. Me he informado mucho acerca de usted y de las personas con las cuales está puesto en inmediatas relaciones.

III.

Esto era verdad.

Ya sabemos que el indio, á causa de su indemniza-

cion, estaba en relaciones con don Antonio Cantillana y con el duque del Humbroso.

Habia hablado ya varias veces con ellos.

Habia sabido que Luis era amigo suyo.

Se habia puesto, en fin, en antecedentes de su vida.

Para Kin Kakop, de aquellos antecedentes resultaba, que Luis habia adorado y adoraba á Dolores; que con Dolores habia sido tan desgraciado como con Clotilde; que existia Andrea; que Andrea era víctima de una pasion de ánimo; y que aquella pasion de ánimo, segun las apariencias, era causada por Luis.

Supo que Andrea era una mujer excepcional, porque hay que llamar excepcional en nuestros tiempos á una criatura en la cual el espíritu es todo y la materia nada; una de esas criaturas que idealizan el amor, le subliman, le convierten en una poesía delicada.

Kin Kakop tomó cuantas noticias le eran necesarias para aproximarse como un amigo á Luis.

Por esta razon le habia dicho que él tambien habia encontrado su mujer.

Kin Kakop, por agradecimiento á Luis, estaba haciendo el oficio de mediador.

IV.

—¿Que yo he encontrado mi mujer?—dijo Luis, poniéndose pálido.

—Sí; usted ha encontrado la mujer de sus aspiraciones, el ídolo de su corazon, que haria á usted completamente feliz uniéndose con ella.

—En primer lugar, no puedo unirme á nadie: soy casado.

—Puede ser usted viudo, y de eso me encargo yo.

—¡Cómo!

—Sí,—contestó el indio, dejando ver una mirada lúgubre, por la que habia visto pasar la muerte Luis; mirada que no comprendió, mirada que se referia á otra persona.

—¡Cómo!—exclamó Luis.

—Sí. Clotilde y Estéban, ese par de bribones, están en Lóndres.

—Y bien, ¿qué?

—¿Qué? nada. Esa es cuenta mia.

—No ha debido usted decirme eso. Yo no puedo buscarlos, lo cual le prohibo.

—En buen hora: no hablemos de eso. Respeto la prohibicion de usted. Pero supongamos, sin que yo intervenga, que Clotilde muere.

—¡Dios la perdonará!

—Bien; pero perdónela Dios ó no, muriendo Clotilde queda usted libre.

—Si yo quedara libre...—exclamó Luis.

—Si usted quedara libre, ¿qué?

—Me volveria á Dios, abandonaria el mundo, me arrojaria á los piés del altar, seria sacerdote.

—Sí, y llevaria usted al Señor sus pasiones rugientes, su desesperacion, sus lágrimas por el amor. No, don Luis; si usted se queda alguna vez libre, debe usted unirse á su mujer.

—¡Otra vez, señor mio! Y, ¿quién es mi mujer?

—¿Quién? Andrea de Velasco.

—¡Andrea de Velasco!—exclamó Luis con extrañeza.

V.

Porque á la verdad, Andrea habia ocultado tenazmente su amor á Luis, aquel amor que ella habia sentido al principio sin comprenderle, y que solo una situacion de sentimiento la habia dejado comprender.

La pobre niña habia devorado la sed, el hambre de su alma.

Luis la habia visto triste, pálida, concentrada, pero lo habia atribuido todo aquello á su orfandad, á su carácter particular; Luis no habia podido comprender que Andrea le amase; enloquecido además por el enamoramiento que le inspiraba Dolores, no habia tenido lugar de explicarse su propio corazon. Este pensaba contínuamente en Andrea, se deleitaba solo en el recuerdo de su mirada, de su sonrisa, pero Luis, como nos acontece tantas veces, se equivocaba acerca de sus propios sentimientos; Luis creia que lo que sentia por Andrea no era otra cosa que una viva simpatía, y una profunda compasion por la desgracia en que colocaba á Andrea su manera particular de pensar.

Luis no habia creido ni podido creer que amaba á Andrea como ella le amaba á él; no habia podido comprender tampoco que hacia mucho tiempo que habia dejado de amar á Dolores, que lo que sentia por ella, que

lo que equivocaba un amor delirante, era un tenaz empeño de amor propio, una ardiente sed de dominar á aquella mujer, de mirarla rendida, de verla á sus piés, llorando, confesando su falta, diciéndole que á él solo amaba.

Muchas veces equivocamos una cuestion de amor propio con una cuestion de corazon.

Para nosotros mismos, para explicar nuestras sensaciones, para descifrarnos el misterio de nuestra alma, como siempre, hombres de buena fé, á nosotros mismos nos engañamos, siendo al mismo tiempo los sacrificadores y la víctima de nosotros propios.

Luis, que habia buscado el alma de una mujer, no podia amar á Dolores, en la cual habia encontrado el alma manchada y llena de recuerdos que eran para ella un remordimiento, y que de tiempo en tiempo coloraban sus mejillas.

No, un hombre de corazon no puede amar con la pureza de alma, con la virginidad del corazon á una mujer que ha perdido todos los encantos morales, que son la primera hermosura de la mujer.

Andrea tenia todo esto, y todo esto lo amaba en Andrea de una manera inconsciente, Luis; así es que para él fué un rayo de luz la revelacion del indio.

—¿Usted cree que Andrea me ama?

—Creo más,—dijo el indio,—creo que si usted no ama á Andrea, Andrea, más pronto ó más tarde, morirá consumida por el fuego de su corazon. Tema usted á la tísis, señor don Luis; usted es médico, y debe extremecerse por el porvenir de esa mujer.

—Si eso fuera cierto, me habria usted hecho un favor inestimable.

—Cierto, ciertísimo. ¿Cree usted que el duque del Humbroso no es un hombre de mundo? Parece el hombre de mejor fé, y sin embargo, guarda bajo este aspecto mentido un corazon malvado.

—Creo cualquier cosa de cualquiera, porque tengo perdida la fé en la humanidad,—contestó Luis.

—Pues bien; el duque del Humbroso, que moralmente hablando es despreciable, pero que tiene una gran perspicacia, me ha dicho: amo á esta hija natural más que á ninguna de las otras, no sé por qué; esta muchacha es un ángel humano á quien han dejado bajar á la tierra para humanizarse; yo no sé cómo esta chiquilla se las ha compuesto, que pienso en su porvenir, y no en su porvenir material, porque ese lo tiene asegurado, sino en el de su corazon. No puedo quitármela de encima, y no porque ella me busque, sino porque yo siempre deseo estar á su lado. Necesito hacerla feliz, y no estoy en el caso de ir á buscar al hombre que únicamente puede hacer dichosa á Andrea. Le estoy hablando á usted con franqueza, Kin Kakop; yo le sirvo á usted en su negocio con el gobierno, sírvame usted en un negocio de familia: á quien ama Andrea es á don Luis Sanchez de Leiva, un excelente muchacho, un loco que ha ido por el mundo con el corazon en la mano, tropezándole en todas partes y lastimándole. Ha encontrado á mi hija en una situacion excepcional; mi hija le ha comprendido, y se ha enamorado de él locamente. Ella nada me ha dicho, pero yo lo conozco: cuando viene don Luis y mis criados

le anuncian, una súbita expresion de alegría, de expansion y felicidad ilumina el semblante de Andrea, expresion que hace desaparecer al momento el pudor, pero yo lo veo, yo lo conozco, mi hija adora á don Luis. Es necesario, pues, que usted influya con ese señor: le advierto á usted, don Luis,—añadió Kin Kakop,—que el duque, como todo el mundo, ignora que nosotros hemos tenido motivo para rompernos el alma, y que usted me la ha roto; por consecuencia, me cree en la situacion de poder aproximarme á usted. Le estoy hablando con suma franqueza, vendiendo al duque del Humbroso, que solo queria que interviniese en este negocio buenamente; de ninguna manera deseaba que yo dijera á usted todo lo que él me ha dicho.

—Continúe usted, don Baltasar,—dijo Luis.

—Pues bien, voy á continuar diciéndole algo de que hará usted desprecio, por que ya sé yo que usted es desinteresado y le basta con lo que administra en nombre de Dolores.

VI.

Luis se enrojeció.

La verdad era que él no tenia nada; si se habia quedado en la casa, era porque él no habia tenido valor para encontrarse en la miseria y se habia asido de aquella mujer que habia sido tan terrible, que le habia abandonado por otros, que habia jugado con su corazon.

La realidad se presentaba terrible á los ojos de Luis:

esto es, él no era una virtud sólida, una dignidad á prueba, no era en fin, en toda la extension de la palabra, un hombre de honor.

—Pues bien,—continuó Kin Kakop comprendiendo el rubor de Luis,—usted es completamente desinteresado, le basta á usted para vivir modestamente con lo que tiene y lo que le dan sus rentas.

—¿Y el duque dijo algo más?

—Me dijo: no omita usted medio alguno: si con dinero se puede comprar la felicidad de mi hija, dinero tengo yo sobrado para hacer que ese hombre se apresure á hacerla feliz.

Luis se levantó.

—¿Es esta una proposicion, ó solamente el relato de palabras dichas por el duque?

—Siéntese usted, señor don Luis: si fuera una proposicion no me hubiera valido de estos medios; es que estoy agradecido á usted porque no quiso matarme en la sierra cuando tenia derecho para ello, porque he visto en usted un hombre de corazon, porque encontré á mi hombre en el enemigo, y si yo hubiera querido hacer lo que usted dice, le hubiera dicho: ¿cuántos millones quiere usted para ser feliz?

—Concluyamos, don Baltasar. En la intervencion de usted, que tiene por objeto el que yo me una con Andrea, vá envuelto ese ofrecimiento, porque Andrea es tambien millonaria. Su padre la ha hecho de sus bienes, con asentimiento de las hermanas, una fortuna inmensa; pero yo no he pensado nunca en eso, yo no he pensado jamás en Andrea pobre ni rica sino como en una hermana de mi

alma, mi alma está desgarrada, herida; yo amo á otra mujer.

—A doña Enriqueta, á la señora marquesa de las Nogueras.

—Tal vez, pero la marquesa de las Nogueras es para mí imposible por mil razones; la primera porque vive Clotilde, la segunda porque yo no puedo ofrecerla mi mano, despues es rica, y creería que me vendia á la riqueza, y además, hablando con franqueza, no tengo confianza en Dolores, yo la llamo así y la llamaré siempre. Ella no me ha amado nunca ni puede amarme, ha sentido hácia mí una atraccion involuntaria, me ha estimado quizás más que á ningun hombre, pero no la impresiono, no dispongo completamente de su alma, no, yo seria tan desgraciado con Dolores como lo he sido con Clotilde. Señor don Baltasar, olvido todo lo que entre nosotros ha sucedido, olvido que á pesar de conocerme me ha herido usted en mi honor, olvidando todo lo que si no se olvidara determinaria entre nosotros un odio á muerte, yo le agradezco el extremo interés que por mí se toma. Yo soy un hombre entregado á su destino, entregado á la fatalidad; yo soy un corazon muerto, yo no puedo pensar en nada, y por otra parte, prohibo á usted con toda la seriedad, con toda la energia de que soy capaz, que busque á Clotilde para librarme de ella, porque si esto acontece, don Baltasar, no extrañe usted que otro dia no sea generoso.

—El peor medio que existe en el mundo para hacerme á mí desistir de un propósito,—dijo Kin Kakop,—son las amenazas. Si hay un peligro en que yo

busque á Clotilde, yo le arrostraré, libraré á usted de ella.

—Es que ese peligro existe desde el momento en que yo tenga la sospecha de que usted usa de los medios que estén á su alcance para destruir á Clotilde, para que desde ese momento le diga yo á usted: salgamos y concluyamos este negocio.

—No, yo no aceptaría, y á más de esto, usted no es uno de esos hombres, que como el caballerito Estéban, hieren á traicion, se valen de la ocasion y dan un golpe sobre seguro. No, don Luis, usted no es asesino, y yo no me bato más con usted, con que amigo mio, no hay más que tener paciencia con lo que haga el indio bravo don Baltasar Kin Kakop. Quedamos perfectamente amigos, ¿no es esto?

—No sé qué responder á usted, amigo; por ahora creo que aún haya motivos de enemistad. Con esa condicion, corriente, amigo don Baltasar.

Y se levantaron y se dieron las manos.

—Pues bien,—dijo el indio,—creo que usted, sin que yo se lo encargue, aprovechará la revelacion que le he hecho. La señorita Andrea de Velasco, la hermosísima señorita Andrea de Velasco, la mujer pura, la mujer sensible que no tiene más amor que este, es por usted infeliz; usted es un hombre de corazon, un noble hombre. No sea usted tenaz; resígnese usted á ser desgraciado porque esa pobre niña sea feliz.

—Confieso que no conocia á usted, don Baltasar, que le creia rudo, zafio.

—Qué quiere usted; yo en otros tiempos era un hom-

bre que apenas sabia hablar; pero he tenido siempre el corazon en mi sitio. Allá en los inmensos bosques de mis estados de América, hubo un tiempo en que no vivia mejor que en mi cabaña, rodeado de mis cazadores, en una palabra, saliendo por la mañana en busca del tigre y á toda clase de caza de animales, y á la pesca y á arrostrar todos los peligros, la sed al atravesar las grandes praderas; un búfalo me volvia loco, allí donde veia uno, allí estaba con los mios. Una india, tan salvaje como yo, era mi amor de un dia, que se reemplazaba con otro que duraba veinticuatro horas. Luego me fuí al Perú á negociar; conocí allí á Clotilde, la amé, me sucedieron por ella desgracias, sentí sed de venganza, corrí tras ella, viajé despues por los Estados de la Union y luego por Europa y me fuí civilizando poco á poco, fuí aprendiendo á hablar; siempre tuve un corazon de fuego, de cera, impresionable, dotado de una sensibilidad exquisita. No se me comprendió bien, se me juzgó por las apariencias, mi corazon se ha formado en los desiertos de América, allí donde todo es poético, donde se habla al corazon, donde todo representa á Dios. Sí, lo comprendo, mi aspecto es bravío, mi carácter parece salvaje; pero bajo este aspecto existe un corazon que se ha educado entre la civilizacion americana y la europea. Con que amigo mio, espero que nos veremos con frecuencia. Lo que debe usted hacer es vestirse é irse á casa del duque, meterse en el cuarto de la señorita Andrea y empezar á hacerla feliz; prepárela usted para decirla que la ama, y verá usted cómo la niña empieza á resucitar, por decirlo así, verá usted cómo desaparece su palidez y

cómo vuelve otra vez á su hermosura. Con que he dicho bastante, señor don Luis. Soy su amigo de usted despues de haber sido su enemigo á muerte. Adios y hasta otro dia.

Y el indio soltó las manos de Luis y escapó.

CAPITULO XXIX.

Luis solo.

I.

Luis quedó perturbado.

La noticia de que Andrea le amaba, habia sido para él, como hemos dicho ya, un rayo de luz.

Habia comprendido su corazon.

Aquella compañera leal, desinteresada, amante, que tan en vano habia buscado siempre, era Andrea.

Pero Andrea era hermana de Dolores; ¿y cómo prescindir de Dolores?

Ésta era el empeño tenaz de Luis.

Lo invencible.

Lo que no habia podido dominar.

Lo que por el contrario, le habia tenido siempre dominado.

Además de esto, existia otra rémora de amor propio, que en vano se esforzaba por hacer callar Luis.

Dolores se mostraba muy predispuesta en favor del marqués de Olite.

Siempre que habia ido á casa del duque del Humbroso, Luis, en ocasion en que habia estado en ella el marqués de Olite, habia notado que Dolores no podia contenerse, por más que se esforzaba; de tiempo en tiempo una rápida mirada de sus ojos iba á pararse en la mirada siempre avara que mantenía constantemente sobre ella el marqués de Olite.

II.

Antes de seguir adelante, tenemos que hacer una explicacion.

Despues de la noche de las célebres, y para algunos funestas bodas del duque del Humbroso, Luis se volvió solo y triste á casa de Dolores.

La gallega, que habia servido á un tiempo de cocinera y de doncella á Dolores y á Andrea, se asombró de verle volver solo.

—¿Pues y las señoritas?—dijo.

—Las señoritas, María,—contestó tristemente Luis,—se han quedado en su casa.

—¡Cómo! Pues qué, ¿no es esta su casa?—dijo con el cándido asombro de la ignorancia la gallega.

—Sí,—contestó Luis,—pero tienen otra casa mejor; se han quedado en la del señor duque del Humbroso, que es su padre.

—¡Ah! eso es otra cosa,—dijo María, haciéndose la reácia,—¿con que nos quedamos solos?

—Sí, vete á acostar.

—Pues buenas noches, señorito.

Y María se fué.

III.

Luis encontró en la casa un vacío horrible, un vacío insoportable.

Era para él aquella casa tan dolorosa, que le lanzaba de sí.

Lo que quiere decir, que el permanecer en aquella casa era para Luis un tormento insoportable.

Allí, junto á la chimenea del gabinete, estaba la butaca donde se sentaba Dolores, donde permanecia durante largos espacios, con la cabeza inclinada sobre el seno y profundamente meditabunda.

Frente á aquella butaca, la otra donde se sentaba Andrea, y donde permanecia profundamente abstraida.

En aquella papelera era en la que Dolores escribia algo que guardaba, que podia ser sus memorias, porque estamos en el tiempo de las memorias, porque son infinitos los que escriben por la noche antes de acostarse lo que les ha acontecido durante el dia, lo que han pensado, lo que han proyectado, lo que han sentido.

Allí, en el pequeño estante de señora, que estaba puesto sobre una preciosa consola, haciendo juego con la papelera, los libros en que leian ambas jóvenes.

Allí, en aquella preciosa y elegantísima alcoba, el lecho donde ambas habian dormido, donde ambas habian estado gravemente enfermas.

Aquella casa estaba llena de hermosos recuerdos para Luis.

—¡Ah!—exclamó,—es necesario que esto concluya, es necesario que yo me separe de todo; soy una figura completamente fuera de cuadro, un hombre solo escapa por cualquier parte; además de esto, pediré al duque que me procure una plaza de médico de cualquier villorrio, y me iré allí á vejetar, á olvidarme de todo, á esperar que la exacerbacion de mi sangre me traiga la tísis, y á que la tísis acabe lenta y dulcemente conmigo: nada de lo que hay aquí me pertenece; no tengo sueño; estoy poseido de una terrible excitacion nerviosa; distraigámonos en algo; hagamos el inventario de los valores que aquí quedan.

Y Luis abrió la papelera, y fué examinando todos los objetos de valor, los treses, las acciones de carreteras, las alhajas y el dinero que allí habia.

Esto en realidad no era otra cosa que entretenerse.

Pero el entretenimiento se acabó muy pronto.

A las dos nada tuvo que hacer; todo estaba hecho; el inventario se habia extendido hasta los muebles.

Se sentó junto á la chimenea, que estaba apagada, como que nadie habia cuidado de ella.

Sintió frio.

El doble frio de la estacion y el de la calentura.

Le alarmó el estado de su cabeza.

Sentia una gran rigidez en los cartílagos cervicales, le zumbaban los oidos y sentia latidos en el cerebro.

Se acostó en el lecho de Dolores, y al fin y al cabo la reaccion de sus nervios gravemente irritados, le con-

dujo á un sueño denso y profundo, del que no despertó hasta las doce del dia siguiente.

IV.

Dolores, Andrea, el duque, el marqués de Olite, la Cancamusa, todo lo que le habia impresionado el dia anterior, se habia revuelto de una manera extraña en su cerebro.

Pero al despertar se encontró con la cabeza ligera, con el corazon fortalecido y casi regularizada la circulacion de la sangre.

Almorzó ligeramente, tomó el inventario y salió á pié.

El dia estaba hermosísimo.

Temiendo que aún, todavía no fuese hora de recibir casa del duque, se fué á dar una vuelta por la calle de la Montera, Puerta del Sol, la calle de Alcalá, y tomó café en el Suizo.

Allí habló de una manera indiferente, como si hubiera sido el hombre á quien ménos cosas sucediesen en el mundo, con algunos necios conocimientos.

Oyó lo que se decia acerca de la extraña terminacion de la fiesta de bodas del duque del Humbroso.

Oyó los comentarios que se hacian sobre esto, y vió que aquel ligero incendio que habia alarmado á la multitud, se habia considerado por todo el mundo, no como una casualidad, sino como una pesada broma dada por el duque á sus conocimientos.

Es decir, que nadie habia dado en la razon del incendio.

Se sabia, porque en Madrid se sabe todo, que á Lhardy se le habian pagado diez mil duros por la cena; ¿cómo creer que el temor de no dar de cenar bien á sus convidados, habia obligado al duque á apelar á aquel recurso?

Tanto más, cuanto que muchas gacetillas humanas de primera tijera, que habian ido á comer pasteles á casa de Lhardy, habian encontrado á éste desesperado, porque aquel incendio habia impedido luciese él uno de los mejores banquetes que habia dispuesto.

La verdad del incendio, como otras tantas verdades, habia quedado sepultada en el misterio, y todos de buena fé creian haber dado en el quid, esto es, que el duque del Humbroso se habia permitido una broma pesadísima é inexplicable.

V.

A las dos salió del Suizo, y llegó á las dos y media casa del duque del Humbroso.

Pero se encontró con que tanto el duque, como la duquesa, como la marquesa de las Nogueras, como Casilda y como Andrea, habian salido de visitas á casa de los convidados.

—¡Ah!—exclamó Luis,—pues como ha salido estropeado medio mundo, por breves que estas visitas sean, ya tenemos hasta la noche.

Y se salió despechado.

Milagrosamente se acordó, porque no estaba para acordarse de nada, que no habia dejado á la gallega dinero para la compra.

—¡Pobre muchacha!—dijo,—es necesario que no se quede sin comer.

Pero cuando llegó á la casa se encontró con que María tenia dispuesta la comida.

—¿Quién te ha dado el dinero?—la preguntó Luis.

—Yo no necesito dinero para ir á la plazuela, señorito,—contestó María,—las cocineras como yo tienen conducta en todas partes.

—Vaya, pues bien,—dijo Luis,—así me ahorro de comer mal en la fonda.

En este momento entró Pedro, el cochero de Dolores.

Ésta habia tenido siempre los criados del tren fuera de la casa.

Tenia alquilada una cochera muy capáz, con habitaciones para los criados y gran cuadra.

Como que mantenia tres troncos de excelentes caballos.

—La órden, señorito,—dijo Pedro.

—Vete y engancha.

—¿Y qué engancho, señorito?

—El dia está hermosísimo,—dijo Luis,—la Fuente Castellana estará muy concurrida.

—Entonces engancharé la vitoria; al venir acá he encontrado tres ó cuatro.

—Bien.

—¿Nos ponemos las levitas y las botas, ó los levitones solos?

—Botas y levita,—dijo Luis,—no hace frio.

—Muy bien, señorito; dentro de diez minutos estoy aquí.

—El último dia de lujo,—dijo para sí Luis.

A los diez minutos, el lacayo subió, y dijo:

—Ya está el carruaje, señorito.

Luis bajó.

—A la Fuente Castellana,—dijo.

Luis era bello, é iba además elegante.

La victoria era preciosa, y el tronco de grande alzada, jóven y vivo.

Los criados iban admirablemente puestos.

Llamó la atencion de muchas de las beldades que van á ver y á ser vistas á todas partes, y buscando acomodo.

Luis no reparó en nada; iba metido dentro de sí mismo.

A la caida de la tarde, cuando estaba cerca de la puerta de Recoletos, en una de las vueltas, Luis dijo:

—A casa, Pedro.

En ocho minutos, los poderosos caballos pusieron el carruaje á la puerta de la casa.

—¿Me espero, señorito?—dijo Pedro.

—No,—contestó Luis,—á la cochera, mañana á las doce á recibir órdenes.

—Muy bien, señorito.

Luis subió.

Se hizo servir la comida.

Comió muy poco.

Mudó de traje.

Dió dinero á María por el gasto de aquel dia, y para el del siguiente, y se fué á casa del duque del Humbroso.

V.

Habia vuelto ya.

El duque le recibió con los brazos abiertos.

—¡Oh! ¡qué molesto, que fatigoso es,—le dijo,—el ser hombre de relaciones! ¡qué fastidio y qué quejas tan groseras, señor! ¡qué afan por hacerle á uno responsable de la manera más cortés del mundo, así indirectamente, de lo que aconteció anoche, de un accidente imprevisto que me ha destruido tres cuadros de la escuela italiana, y dos de la española que estimaba yo mucho, y que me ha hecho saltar un mármol antiguo inapreciable! ¡ah, estúpidos, estúpidos! creer que uno puede permitir bromas de tal especie, empezando por exponerse á reducir á cenizas nuestra antigua casa-solar, y destruir los objetos artísticos que en ella hay... parece que han apostado á decir monstruosidades; estoy tranquilo; puede muy bien el juez del distrito preguntar cuanto quiera: ¿á quién puede ocurrírsele que nadie ponga fuego á su casa, á no ser que la tenga asegurada de mala fé por un valor excesivo? yo nada tengo que ver con las sociedades de seguros de incendios, me parece eso de muy mal tono; quédese para los que hacen casas, para especular con ellas, y para los almacenistas de géneros: un duque del Humbroso no puede permitirse esas miserias.

—Bien, bien,—dijo Luis, que habia escuchado sin interrumpirle al duque,—todo eso es mucha verdad, pero de algo se ha de murmurar; el vulgo está en todas partes, amigo mio, y como vulgo piensa, y como piensa deduce.

—Pues la verdad es,—dijo el duque,—que el incendio no ha sido casual, y sino, recuerde usted que yo antes de que aconteciese llamé á mi familia y á mis amigos, es decir, los puse en lugar donde no corriesen peligro alguno, si el incendio, como pudo suceder, se hubiera propagado, fué corregir una equivocacion mia; como esto ha sido un relámpago, tenia yo la cabeza dada al diablo, convidé á más de seiscientas personas, y no encargué á Lhardy cena mas que para trescientas.

—¡Ah, ya! sí, comprendo,—exclamó Luis.

—Pues, preferí que se llevara el diablo á la casa, á que nadie, convidado por mí, pudiera decir que se habia quedado sin comer; esto no lo comprende nadie, ¿no es verdad? Pues bien, silencio, riámonos entre nosotros; afortunadamente lo que ese ligero incendio ha destruido no llega á diez mil duros.

—¿Pero y las caidas, duque? Si muere alguno de esos vejestorios...

—¡Báh! que se fastidien, don Luis, que se fastidien; todo antes de dar lugar á que me menosprecien; ellos creen de buena fé que el incendio, porque no se ha propagado, ha sido una broma; mejor, así cuando los convide otra vez, no vendrá medio mundo á comerme un lado; para vivir bien en este mundo es menester tener algo de pillo de buena manera; desengáñese usted, todo

consiste en cubrir bien las apariencias; vámonos, vámonos al comedor, ya es hora; tengo un excelente apetito.

—Yo he comido ya, duque.

—Mal hecho; pero eso no importa, usted es de la casa: venga usted con nosotros, come el marqués de Olite.

—Ese es tambien, á lo que parece, de la casa, ¿no es verdad, duque? me alegro,—dijo Luis,—el marqués de Olite es un excelente jóven, á quien estimo mucho.

El duque lo creyó de buena fé; con tal acento de verdad lo habia dicho Luis.

VII.

Pasaron al comedor, en el que ya estaban las señoras y el marqués de Olite.

Éste salió vivamente al encuentro de Luis, y le estrechó las manos.

No estaba en antecedentes.

No sabia que estrechaba la mano de un hombre que le miraba con odio á causa de sus celos.

Luis, muy hombre de mundo, disimuló, acompañó en el comedor al duque y su familia, y notó lo que habia notado durante un corto espacio que habia observado á Dolores y al marqués de Olite la noche anterior, es decir, que Dolores vacilaba.

En Andrea nada notó, porque Andrea sufria, callaba y no miraba á nadie.

Además de esto, Luis no tenia ojos mas que para Dolores.

A las nueve concluyeron de tomar el café, y el duque invitó á todos á ir al teatro Real.

Pero de una parte, que Dolores no estaba en situacion de ánimo de ir al teatro, y de otra una mirada de Luis la contuvieron, y con un pretexto, se quedó.

Luis acompañó al duque, á su familia y al marqués de Olite hasta los carruajes.

—¿Y usted no viene, don Luis?—dijo el duque.

—No, amigo mio,—contestó Luis,—dispénseme usted.

—¡Ah! ¿tiene usted que hacer?—dijo el duque sonriendo,—comprendido; me alegraré mucho que salga usted bien en sus asuntos, como es de esperar.

Y entró en el carruaje.

El marqués de Olite no comprendió nada, pero Luis comprendió perfectamente en las palabras del duque lo que sigue:

—Me alegraré mucho que mi hija Enriqueta y usted se casen.

Los carruajes se alejaron.

Luis se fué á dar una vuelta, para que los criados no reparasen que volvia á meterse en la casa desde la puerta.

Pero le llamó de improviso la atencion un mozangon que iba corriendo á todo cuanto podia correr, detrás de uno de los carruajes del duque, y que iba gritando:

—¡Casilda, Casilda!

Aquel mozangon iba vestido á lo paleto, porque era ni más ni ménos que Medio-dedo.

Luis habia rechazado á Medio-dedo por medio de los criados del tren de Dolores, y habia hecho muy mal, por-

que Medio-dedo se habia entendido con ellos, y les habia contado que la señorita Casilda era su novia, que él no sabia por donde la habia venido aquello de señorita y ser hija de un duque, y que él no la perdonaba, porque entre ellos habia mares como montañas, y que él se tenia que casar con ella por encima del duque, y que con silbarla él, se iria detrás como una cabrita.

Alegróse mucho la canalla cocheril de Dolores de haber tropezado con este escándalo, y dijeron al muchacho donde vivia el duque, y que ellos, valiéndose de los criados de su excelencia, le arreglarian el negocio de sus amoríos.

Y como Medio-dedo no tenia nada que hacer, y le habian dicho donde el duque vivia, se habia pegado á la esquina de enfrente de la puerta de la casa, y cuando la vió salir y meterse en el carruaje, echó á correr detrás de él, como ya hemos dicho, llamando á voces á Casilda.

Comprendió la situacion Luis, corrió tambien, y agarró por el collarin de la chaqueta á Medio-dedo.

VIII.

—¿A dónde diablos vás, y por qué gritas de ese modo?—le preguntó Luis.

—Mire usted, don Luis,—contestó Medio-dedo,—yo voy adonde me hace falta, porque lo que es á mí nadie me quita mi novia, para que usted lo entienda; y ella me quiere y yo la quiero, y aunque sea más duquesa que todas las duquesas juntas, yo me he de casar con

ella, porque sí, porque me tiene dada palabra y mano, y yo me entraba todas las noches en su cuarto por las tapias del corral.

—¡Muchacho!—exclamó Luis,—pues no me habias tú dicho nada de esto.

—¡Toma! porque no era menester, pero cuando le aprietan á uno las clavijas, es menester decirlo todo.

—¡Hombre!—exclamó Luis,—parece la niña más inocente del mundo, y vea usted con lo que salimos ahora: ¿con que hay de por medio un compromiso formal?

—Y vaya si hay *comprometimiento*,—dijo Medio-dedo,—ella se ha de casar conmigo; ¡si sabré yo que se tiene que casar conmigo! sí, señor; ¿y quién le ha mandado á don Braulio decirle á mi padre cuando se la pidió para mí que yo no servia para ella? vaya si sirvo, eso ya lo veremos; pero ahora que hablamos de don Braulio, por ahí anda don Braulio, hecho un abucáncano, paseándose por la acera de enfrente, y comiéndose con los ojos, los balcones de la casa del duque, y me ha visto, y me ha hablado, y me ha tratado como amigo, y me ha dicho: aprieta tú por tu parte, muchacho, que yo apretaré por la mia, que de aquí ha de salir algo.

—¿Quién es ese don Braulio?—dijo Luis.

—¿Pues no se lo he dicho á usted ya, cuando le dije por qué andaba yo huido? Don Braulio es el médico de Cercedilla, y dicen que era tio de Casildica, y ahora salimos que no es nada de ella.

—¿Pues y por qué viene entonces don Braulio á rondar la casa del duque?

—Yo no lo sé; pregúnteselo usted, que allí está en aquella esquina.

—Yo no tengo nada que ver con ese hombre,—dijo Luis,—en cuanto á tí, toma dos duros para que te diviertas, y anda, vete y no vuelvas á parecer por aquí, no hagas barbaridades, que ya veremos lo que se hace en tu negocio.

—Bueno,—dijo Medio-dedo, cediendo á las circunstancias, porque tenia miedo á Luis,—lo que usted me mande.

—Pues vete, y que no te vuelva ya á ver por estos sitios.

Medio-dedo se fué cabizbajo.

—¿Qué me importa á mí de todo lo que suceda?—dijo Luis,—si yo no sé cómo salir de la situacion en que me encuentro; ese marqués de Olite... ella...

Y se volvió á casa del duque, subió y dió una tarjeta para la señora marquesa de las Nogueras á uno de los criados de escalera arriba.

En el momento fué introducido en un magnífico gabinete puesto con un lujo excesivo.

Dolores le salió al encuentro.

—Sé á lo que vienes,—dijo,—tienes celos.

—¡Celos!—exclamó Luis,—para tener celos es necesario amar.

—¡Ah!—exclamó Dolores,—¿con que de nada me ha servido mi industria?

—¿Qué industria?

—La de favorecer en la apariencia al marqués de Olite.

Tembló Luis.

—¡Ah! tú me amas,—exclamó Dolores,—tú me amas con toda tu alma.

—¿Qué hay de verdad en esto?—dijo Luis, que ya no creia en nada.

—Hay de verdad, que yo no conozco la verdad,—dijo Dolores,—hay de verdad, que yo no me comprendo á mí misma; hay de verdad, que te amo, que tu amor representa mi felicidad; hay de verdad, que mi fé y mi conciencia se revuelven contra mí, á pesar de que he contraido hace algun tiempo ideas fatalistas.

—¡Ah, Dolores!—exclamó Luis,—¡ideas fatalistas!

—Sí, Luis, sí: yo creo que el sér humano no es responsable de lo que hace, porque siempre obra obligado por una fuerza superior á sus medios de resistencia.

—Eso seria la absolucion universal de todas las faltas, eso seria entregar la sociedad al cáos, eso seria no entendernos, Dolores. Es necesario atenernos á las costumbres, á esa legislacion convenida por la sociedad para que la vida social sea posible.

—Pues bien, con arreglo á las costumbres, me matas,—contestó Dolores,—vacilo, no sé qué hacer, perdóname.

—No me hables de esto. El tiempo, el tiempo dirá lo que ha de ser. Es decir, que tú misma no te comprendes... es decir, que el marqués de Olite influye sobre tí...

—El marqués de Olite está por mí loco, el marqués de Olite no me ha injuriado como tú, el marqués de Olite no vé en mí una criminal, vé una desgraciada; el

marqués de Olite me ama más que me has amado tú; y he visto con temor que en el fondo del corazon humano hay un sentimiento que nos domina á todos, el egoismo.

—Es decir, que tendré necesidad de matar al marqués de Olite...

—Luego me amas.

—Dolores, en el fondo de nuestra alma nos encontramos, á nuestro despecho, con algo que lo domina todo, con un amor superior á todos los amores, con el amor propio.

—¡Ah!—exclamó Dolores,—pero esto es un combate, nos herimos mútuamente, nos herimos á muerte.

—Me parece que lo mejor es que no nos ocupemos de esto, y que vengamos al objeto que me ha traido.

—¿Y qué objeto es ese?

—El objeto de entregarte este inventario que he hecho de tus muebles y de todos los valores que hay en tu casa.

—¡Ah! esto es lo más cruel que has hecho contra mí en toda tu vida, Luis.

—¿Y por qué? ¿qué derecho tengo yo á nada de esto? Yo cumplo con mi deber.

—Eso es tuyo, Luis.

—Yo no recibo...

—Esa palabra no debe existir nunca entre los dos, sino inspirada por un amor propio, repugnante. Dime tú, ¿no he influido yo de una manera tan grave en tu vida, que bien puede decirse que á mí debes las desgracias que te han acontecido?

—No hablemos de eso, Dolores.

—Pues bien, no, hablemos de lo otro, y por último si eso me pertenece, yo no he de usar de ello; sé tú su depositario. ¡Quién sabe si mañana necesitaré esa pobre fortuna que he dejado allí! ¡Quién sabe si mañana la marquesa de las Nogueras se verá obligada á recurrir á lo que tras sí ha dejado!

—Ese es un pretexto, Dolores. Yo no puedo aceptar un donativo tuyo.

—¿Y qué quieres?

—¿Qué quiero? Salir de aquella casa, dejarla en depósito á tu padre.

—Mi padre se negará á ser depositario, no le conoces bien. ¡Depositario de unos efectos el duque del Humbroso! ¡el hombre que porque no se notara que no habia cena bastante para sus convidados, puso fuego á su casa! Ah, no, no, no puede ser, tendrias que abandonarla. ¿Porque de quien se puede fiar una hoy, para entregar valores, que si para mí no son cuantiosos porque tengo una renta colosal, son cuantiosos para otros que poseen una mediana fortuna? Luis, guarda ese inventario. ¡Quémalo! Espera, yo no puedo decirte nada, no me comprendo, no sé lo que pasa por mí, ignoro si estoy en el principio de una conversion necesaria, ó si empieza á determinarse para mí una nueva vida de desórdenes, de abandono á las pasiones, impetuosa, terrible. Déjame, déjame en libertad. Si me amas, no tienes derecho para esclavizarme; si no me amas, no tienes tampoco derecho para inquietarme, para enojarme, déjame, déjame, y espera acerca de mí lo que Dios quiera que sea.

—Estás muy triste, Dolores, me causas miedo, luchas

contigo misma; tu pasado se revuelve contra tí; no tienes paz en el alma, no puedes tenerla; temes que por todas partes te señale un dedo terrible; no te atreves á asociar á tí á un hombre que mañana puede hacerte responsable de tus escesos pasados porque se vuelvan contra él, y le causen el desprecio público. Soy duro lo comprendo, pero esta es la dureza de la verdad, tú lo conoces demasiado, tú sufres, tú empiezas á enfermar, me alarmas, me aterras.

—¿Y por qué tomarse ese cuidado por mí? ¿Qué importa? una hoja seca se la lleva el viento y no se sabe adonde, y hay que dejarla entregada á su destino.

—Dolores, yo no puedo prescindir de tus sufrimientos; si no te amo como un amante, porque has matado en mí ese amor, te amo como te amaria un buen padre, un buen hermano; me intereso por tu felicidad.

—¡Mientes!—dijo Dolores,—mi hermosura te irrita, el amor satánico que por mí has sentido, se revuelve en tí más poderoso que nunca. Yo soy la que retrocedo, yo que sé que nunca me perdonarás lo que por mí has sufrido; yo, que sé que nuestra union, si fuera posible, seria para nosotros un infierno, yo soy la que me hago atrás, la que procuro enamorarme sin conseguirlo del marqués de Olite, que está loco por mí, yo la que pretendo establecer entre nosotros una nueva dificultad, yo que te amo tambien y que estoy desesperada.

—Dolores, acabarás por hacerme perder la razon.

—No, evitemos esto, tengamos juicio, seamos buenos amigos, Luis, esperemos; ¡quién sabe! déjame, déjame expiar mis faltas que puede ser que un dia me vea pu-

rificada de ellas y me ames con toda tu alma, y si la purificacion me mata, me llores como una cosa pura que hayas perdido.

Y los hermosos ojos de Dolores se llenaron de lágrimas.

—¡Oh! qué tormento, por qué te conocí,—exclamó Luis.

—Acaso esto no sea verdad, acaso esto no sea mas que procuro obtener para contigo una posicion en que te veas obligado á respetarme, acaso esto no sea otra cosa que un medio de una mujer de imaginacion. No, Luis, espera, esperemos, quédate en mi casa guardando eso que podrá mañana hacerme falta. No vengas á mí con una cosa ridícula entre nosotros, con una cuestion de vanidad. Todo lo que hay en la casa, es tuyo, usa de ello vive bien, déjate de tomar resoluciones, esperemos, el tiempo, el tiempo, Luis... Te lo confieso, no me comprendo á mí misma, esperemos á que esto se determine.

—Bien, Dolores, permaneceré en tu casa, te guardaré aquel pequeño capital, viviré como el administrador que gasta del tanto por ciento que le corresponde de los bienes que administra.

—Bien, perfectamente, tú has dado en la fórmula, Luis. Así se concilia todo y como yo no quiero vender ni mis caballos, ni mis trenes, como es necesario mantenerlos, mantenlos de mi capital y como para que se conserven bien es necesario usarlos, úsalos Luis.

—Es decir que viniendo á la realidad, lo que haces es darme una posicion.

—Sí, la de administrador mio, una posicion que nadie sabe, ¿estamos?

—No disputemos más. Adios, Dolores.

—¿Te vas?

—Sí, mi presencia se va haciendo enojosa; soy muy débil, he sido siempre lo que has querido tú, haré lo que me mandas.

—Lo que te mando, no, lo que te suplico; pero ya que tienes miedo de estar junto á mí, adios Luis, adios, pero ven á verme todos los dias; mi padre te estima, te estima mi hermana Andrea, te estimamos todos, es necesario que no te hagas extraño para nosotros; conque adios, ¿eh? vendrás mañana á almorzar con nosotros...

—Sí, con tal de que no almuerce tambien con vosotros el marqués de Olite.

—Bueno, te juro que no almorzará.

—Pues adios, Dolores.

—Adios.

Y Luis salió.

IX.

Luis volvió á su casa, llamó á Pedro y le dijo:

—Desde hoy me sirves á mí, ¿entiendes?

—Muy bien, señorito, eso ya lo sabia yo, porque estaba seguro de que la señorita no venderia sus trenes ni nos despediria, estima demasiado á sus criados, á sus caballos, y esto de llevarnos á la casa del duque era impracticable; en las cocheras y en las caballerizas del señor duque, no cabe ya ni un solo carruaje, ni un solo

tronco de caballos; ¿qué habia de hacer la señorita? ¿deshacerse de esto? Me alegro, con que es decir que sin variar de señora, tenemos un señor.

—Sí, la señorita me ha encargado de que cuide de su casa, no quiere levantar ni trastornar esta casa en que ha vivido tanto tiempo.

—Me alegro muchísimo, señorito.

—Pues bien, haz de manera que yo esté contento de vosotros, cuidad bien de la cochera y de las caballerizas, y que no tengamos ni un disgusto.

—Descuide usted, señorito.

Y Pedro se fué.

En seguida Luis llamó á María y la dijo:

—Oye muchacha, tú eres demasiado buena moza y tu novio se vá á enojar mucho si sabe que vives sola en compañía de un hombre solo.

—¿Y eso qué le hace, señorito?

—Le hace mucho, yo me intereso por tu reputacion, tú no puedes permanecer aquí.

—¿Es decir que usted me despide?—dijo María haciendo un puchero y echándose á llorar,—no esperaba yo esto.

—No, mujer, no te despido, es que te traslado, es que te envio con la señorita.

—Y yo que estaba acostumbrada á esta casa, ¿qué voy á hacer con tantos criados?

—El señor es muy bueno, tú eres una excelente muchacha y no te abandonará nunca; además yo te voy á pagar algo por el traspaso, toma.

Y la dió un billete de cuatro mil reales.

—¿Qué es esto, señorito?

—No lo ves.

—Yo no sé leer.

—Doscientos duros.

—¿Doscientos duros en este papel? Yo no creí que habia billetes mas que de veinticinco.

—Sí, los hay, ya lo ves; cámbialo y que te den doscientos duros. Voy á darte una carta para la señorita Dolores.

Luis escribió lo siguiente:

«Dolores: no he creido oportuno, viviendo solo, tener mujeres en mi compañía, y mucho ménos siendo buenas mozas, como lo es María. La pobre se ha echado á llorar cuando la he dicho que no puede continuar sirviéndome, se ha creido despedida, yo te la envio, mantenla á tu lado, es una buena muchacha. Tuyo, Luis.»

María se fué con la carta á casa del duque del Humbroso, y Dolores la recibió y la nombró su primera doncella.

María, pues, estaba perfectamente colocada; habia ascendido en categoría y tenia un dote de cuatro mil reales.

Luis entabló una vida verdaderamente de soltero.

Tomó un ayuda de cámara al que dió un salario con el cual debia mantenerse y comer donde mejor le pareciese.

En cuanto á la limpieza de la casa, la habia encomendado á los mozos de cuadra á quienes por este nuevo trabajo aumentó el salario.

Luis comia donde primero le cogia, en la fonda que

encontraba á mano, á veces en un figon, segun su capricho.

Vivia libre como un soltero de buena fortuna.

En esta situacion estaba cuando fué á visitarle Kin Kakop Atahualpa.

X.

La revelacion de Kin Kakop, fué para Luis un rayo de luz, como ya hemos dicho.

Se iluminó su alma, abandonó por un momento el recuerdo de Dolores, y fué á posarse en la contemplacion de lo que valia la cándida, la hermosa Andrea.

Luis comprendió que tal vez aún no habia acabado la felicidad para él sobre la tierra, pero Clotilde, aquella mujer aborrecida, aquella mujer despreciable, aquel obstáculo; Kin Kakop podia ser un sér original, un sér excéntrico, un hombre que por capricho se encargase de dejar libre á Luis, pero esto le repugnaba grandemente, porque si hubiera aceptado la idea de Kin Kakop, hubiera sido lo mismo que convertirse en un asesino, asesino de lo más depravado que puede darse, puesto que sobre él no podia caer la responsabilidad del crímen.

La situacion de Luis, por lo tanto, era demasiado difícil.

Su corazon se embrollaba más y más.

¿Amaba á Dolores ó era que por ella sentia un empeño invencible?

Andrea era para él ese ángel humano, que despues que hemos apurado una vida de desórdenes, de intran-

quilidad, de dolores, viene á ser como el perdon de Dios, como el premio de todos los sufrimientos que han pasado por nosotros.

Luis no sabia ni podia explicarse nada; lo que sabia únicamente, era que su alma se habia inflamado á la sola idea de que una mujer tan pura y tan cándida como Andrea de Velasco, le amaba.

El indio le habia sumido en la mayor de sus perplejidades.

¿Se habria engañado el duque del Humbroso al decir á Kin Kakop Atahualpa que Andrea amaba á Luis, y que él veria con gusto el enlace de los dos jóvenes? ¿Sería esto una mentira del indio? ¿seria que éste en vez de ser su amigo buscaba de una manera ingeniosa una venganza?

Luis se redujo á lo que se hubiera reducido un hombre de sus circunstancias: á observar por sí mismo, y á deducir de los hechos.

Así pues se fué á casa del duque del Humbroso.

Era la hora del paseo, las dos.

Hacia un dia hermosísimo.

—Duque,—dijo Luis,—tengo un capricho.

—Cual, amigo mio, sentiré mucho que sea un capricho de tal especie que no pueda yo satisfacerlo.

—Ah, no, todo consiste en que me voy con ustedes á paseo, he visto dos carruajes á la puerta.

—Es verdad, somos muchos, no hay sin embargo bastantes parejas, me encuentro solo con cuatro mujeres y como estoy en mi luna de miel, no quiero separarme de mi Mercedes, ni quedarme solo con ella, que esto sería

ridículo, y luego á dónde diablos van tres chicas solteras, se repararía en esto, se murmuraría, necesito casarlas, montarlas casa, que vivan de una manera independiente, que me dejen á mí en paz con mi mujer estirándome á mi gusto, esta es la frase: pero esto durará poco, tengo novios para las tres.

—Ah, sí,—exclamó Luis.

—Sí, amigo mio, sí, con usted tengo una gran confianza, le considero á usted como una parte integrante de mi familia, como un pariente próximo; creo cosa hecha el casamiento de mi hija la marquesa de las Nogueras con el marqués de Olite, Mercedes parece oponerse á ello, no sé por qué, pero esto importa poco, no estoy de humor de ceder á estravagancias en cosas que son capitales, Mercedes dice que el marqués de Olite es un loco, que no puede hacer la felicidad de ninguna mujer, á lo que ella se figura, que le parece versátil, despreciador hoy de lo que le impresionó ayer, pero yo me atengo á mis propias observaciones; para el marqués de Olite, Enriqueta es una felicidad suprema, un universo, un cielo, una eternidad, y Enriqueta se conmueve cuando la hablan del marqués de Olite, cuando no le vé está inquieta, cuando le anuncian, se alegra.

De buena fé el duque del Humbroso desgarraba, no sabemos si el corazon ó el amor propio de Luis, que tuvo bastante fuerza de voluntad para que no saliese á su semblante la terrible impresion que le habia causado la afirmativa del duque, acerca del amor de Dolores hácia el marqués de Olite.

—En cuanto á Casilda,—continuó el duque,—tengo

tambien para ella: cuento con el calavera de mi sobrino Estéban, que se fué huyendo con una bribona, y del cual me han dicho se encuentra en Lóndres, acabando de gastar el dinero de no sé quién, que aquella bribona se llevó, tendré allí á alguien que esté á la mira, y que cuando Estéban se encuentre desesperado, y en la miseria, y aburrido de la mujer que á tal punto le ha llevado, se lo traiga, le echo una peluca como para él solo, hago de manera que vuelvan á darle de alta en la marina Real, en la que le dieron de baja porque habia desaparecido, le retengo en Madrid en el ministerio, ó en el Museo Naval, ó al frente de la flota del Buen Retiro, y le caso con Casilda; estos calaveras suelen ser luego buenos maridos, mucho más, si su mujer es como Casilda, una rica heredera; calcule usted que debe heredar la inmensa fortuna de su madre, que es millonaria, íntegra, y á más una tercera parte de mis bienes libres: esto es cosa concluida: en cuanto á Andrea, la tengo tambien marido, pero no seguro; eso dependerá de las circunstancias, pero, en fin, allá veremos, allá veremos; con dinero é inteligencia se hacen milagros.

—¿Y quién es el marido que usted destina á la señorita Andrea?

—¡Bastante le importará á usted!—dijo sonriendo el duque,—es un secreto, amigo mio, es un secreto; esto dependerá de las circunstancias; pero estamos haciendo esperar á las niñas; veamos como nos dividimos, don Luis, somos dos, y ellas cuatro; los carruajes dos carretelas: carguemos, pues, cada uno con dos, yo iré con Enriqueta y Casilda, usted con Mercedes y Andrea; ha-

go el sacrificio de separarme de Mercedes, porque nó me sácio; la luna de miel de los viejos es dichosísima, como que es un manjar que ya no se esperaba, un fruto de la juventud; ¿le parece á usted vayamos al Prado, lleguemos al Retiro y paseemos á pié? El dia está delicioso, se ha compuesto el invierno, pero no hay que fiar, porque Madrid en cuanto á atmósfera, es más voluble que una mujer galante; hemos tenido dias asperísimos, de una crudeza insoportable, y es muy posible que mañana se nos vuelva á nublar el hermoso cielo de Madrid; aprovechemos, pues, esta buena ocasion: ¿con que sí?

—Perfectamente, duque,—dijo Luis.

El duque tocó un timbre.

Se presentó un ayuda de cámara.

—A las señoras, que pueden bajar á los carruajes: vamos,—añadió dirigiéndose á Luis.

XI.

Se hizo la division como el duque lo habia indicado.

Ocuparon los asientos de preferencia en la una de las carretelas en que entró el duque, Dolores y Casilda.

En la que entró Luis, Mercedes y Andrea.

Aquellos dos carruajes debian llamar grandemente la atencion, por la excesiva hermosura y por la elegancia de las señoras que conducian.

En diez minutos, las dos carretelas llegaron al patio grande del Retiro, y nuestros personajes bajaron de ellos.

El duque del Humbróso dió el brazo á Dolores.

Mercedes, que estaba en el secreto, se asió al brazo de Casilda.

Luis se vió obligado á dar el brazo á Andrea.

Muy pronto el duque, Dolores, Mercedes y Casilda formaron un solo grupo.

Detrás, profundamente distraidos, iban Luis y Andrea.

No hablaban.

Parecian un matrimonio, cuyos dos indivíduos se habian acostumbrado el uno al otro.

Hacia mucho tiempo que Luis y Andrea no se encontraban en situacion de hablar particularmente.

Temia cada cual romper el silencio.

Ella porque amaba á Luis.

Luis porque le habian dicho que Andrea le amaba, y le impresionaba aquel amor.

Su alma dolorida, solitaria, tendia hácia aquella compañera, hácia aquel consuelo.

Habian recorrido ya la calle de las estátuas, habian torcido sobre la derecha, deslizándose á lo largo del gran estanque hácia la fuente Egipcia, y aún no habian hablado una sola palabra Andrea y Luis.

Esta situacion era extraña, y más elocuente por su silencio que una conversacion empeñada.

Al fin, Luis rompió el silencio.

XII.

—¿Estás contenta, Andrea?—dijo.

—Como siempre,—contestó Andrea,—resignada.

—¡Resignada! Has sido reconocida por tu padre.

—Sí, es verdad,—dijo Andrea,—el que abandonó á mi pobre madre, el que determinó su desventura y su muerte, aquel de quien no se pudieron tener noticias, ha parecido al fin, y no hay que quejarse; ha cumplido con su deber, ha reconocido á su hija, la ha dado una pingüe herencia, la ha asignado un dote cuantioso: ¿qué importa que yo sea una hija natural? Hoy llevo el apellido del duque del Humbroso, y me desean los pretendientes de todos géneros, de todas figuras, de todas edades, hasta los solterones que se llaman hombres sérios, que están consagrados á las altas tareas de la política, me buscan, me adulan, pretenden que me aficione á ellos, creen de buena fé que yo creeré en sus protextas de amor, de delirio: ¡ah! soy muy feliz; estoy rodeada de criados que se apresuran á servirme; tengo cuanto puede procurar el dinero; me envidian jóvenes infatuadas con su alcurnia, me cercan ilustres pretendientes, se me hace la córte por todos lados, puedo escoger marido á mi gusto, entre los altos personajes políticos, entre los representantes de la antigua nobleza: bien, muy bien, soy muy feliz, así lo creen todos, y así lo voy creyendo yo, porque cuando todos dicen una cosa, es necesario creer en ella, aunque sea un absurdo.

—¡Oh, qué amargura, Andrea, qué desesperacion!

—No, Luis, no; yo me he resignado siempre á la voluntad de Dios; cuando al volver de una enfermedad busqué la tumba de mi madre y no pude encontrarla; cuando tuve que considerar como tumba suya la larga extension de la hoya comun, me resigné; cuando enfer-

ma y débil, el trabajo de mis manos no bastó para mi subsistencia; cuando sobrevinieron el hambre y la miseria, y el peligro de muerte por consuncion; cuando me vi sola, abandonada como un mueble viejo en un pedazo de desvan, temblando de frio, devorada por la calentura, sin tener más consuelo que la vieja portera, que subia de largo en largo tiempo á traerme una taza de caldo, que yo no podia tragar, me resigné; cuando me recogisteis tú y Dolores, cuando cuidasteis de mí como dos hermanos, sentí algo nuevo, algo que no habia sentido, un consuelo inefable; pero vuestro conocimiento me produjo tambien dolores, dolores punzantes, me resigné; Luis, luego la fortuna me ha sonreido, soy rica, pretendida y en medio del fausto, en medio del bullicio del mundo, oyendo siempre adulaciones y protestas de adoracion, siento una soledad inmensa, un inmenso vacío del alma, y me resigno tambien.

—Pero enfermas, Andrea, enfermas,—exclamó vivamente Luis, y con un interés tal, que una llamarada de alegría inflamó el alma de la niña.

—¡Ah! no, te equivocas,—dijo Andrea,—estoy resuelta, de todo punto resuelta; esperaré algun tiempo por no disgustar á mi padre, y despues...

—Despues, ¿qué?

—Despues, tengo en el pensamiento un proyecto, á que me voy aficionando cada dia más.

—¿Y qué proyecto es ese?

—El de ser fundadora.

—¿Fundadora de qué?—preguntó con extrañeza Luis.

—Fundadora de una comunidad de religiosas.

—¡Andrea!

—Sí, Luis, sí; pienso, hace algunas noches, antes de acostarme, borroneo en un papel el plano de mi convento.

—Vamos, tú estás loca, Andrea.

—No, sino muy cuerda; supon tú una extension dada de terreno, cercada de una alta tapia, dentro un jardin y una huerta; del un lado, la fachada del convento, en medio, la iglesia, una iglesia pequeñita, á los dos lados de la iglesia, dos galerías, sin vistas á la calle, con ventanas al jardin; en estas galerías, seis celdas en cada una; detrás de la iglesia, corriendo la galería, en el centro, la celda de la fundadora; á la derecha, el refectorio; á la izquierda, la sala de *profundis;* en la parte baja, independiente de la alta, la portería, el vestíbulo de la iglesia, los locutorios, á los cuales se bajará por una escalera interior, y á los que se entrará por la izquierda del vestíbulo, donde estará el torno; á la izquierda, las habitaciones del capellan, del sacristan, del demandadero; el resto, para despensa y otras oficinas necesarias: ¿no te parece bonito mi plan? ¿un pequeño claustro alrededor de una pequeña iglesia? En cuanto á las religiosas, deben ser doncellas que se hayan quedado huérfanas y solas en el mundo como me quedé yo.

—¡Báh, báh, sueños!—exclamó Luis,—esto es encerrar el amor en una tumba.

—¡El amor! yo no amo á nadie,—dijo Andrea.

—Mira,—dijo Luis,—mírame y ten los ojos fijos en mí, para contestar á la pregunta que te voy á hacer.

Andrea levantó la cabeza que llevaba inclinada, y miró con ansiedad á Luis.

—¿A quién amas?—le preguntó éste.

La pobre Andrea no pudo mentir ni contenerse.

Brotó de sus ojos, ó mejor dicho, se exhaló un relámpago de pasion, que envolvió el alma de Luis y le hizo experimentar una sensacion deliciosa, una sensacion terrible por su intensidad; comprendió entonces que su destino estaba fijado, que al fin habia encontrado su bello ideal, su compañera, pero lo comprendió sintiendo un dolor agudísimo.

Aquello era otro sueño.

Aquella felicidad no podia realizarse.

Existia Clotilde.

Entonces Luis pensó, como en una esperanza, en Kin Kakop Atahualpa, de una manera instintiva, sin voluntad, sin conciencia.

Este pensamiento le horrorizó.

Era el pensamiento de un crímen cometido indirectamente, sin responsabilidad ante la justicia humana, pero con una tremenda responsabilidad ante la justicia divina.

Porque el que desea la muerte de otro, el que sabe que aquella muerte ha de ser llevada á cabo por una tercera persona, y no procura impedirla con todas sus fuerzas, por todos los medios que están á su alcance, es cómplice de aquella muerte, y responsable de ella ante Dios.

Tiene un número infinito de formas el crímen.

Pero sea cualquiera la forma bajo la cual se le cometa, no puede evitarse su responsabilidad.

XIII.

Andrea estaba aterrada.

Lo que acababa de acontecer, suplia con mucha ventaja á una ámplia y franca manifestacion de amor.

Andrea, que juzgaba por el sentimiento, no pudo engañarse, porque el sentimiento no se engaña jamás.

Luis la amaba.

Su amor era la resurreccion del alma de Luis, pero Andrea se engañó acerca del carácter del amor de Luis.

El amor no tiene más que una expresion, más que una manifestacion.

Pero vá á sus consecuencias naturales, á la refundicion de dos séres en un solo sér, feliz por la realizacion de un deseo idéntico.

Andrea no tenia experiencia.

No conocia ese amor febril, calenturiento, ese amor que guarda dentro de sí la impura levadura de la materia.

Andrea era inocente.

Creia ella de buena fé que podia existir y existia un amor puro, inmaterial, inmaculado, un amor del alma, amor de madre, de hija, de hermana á un tiempo, amor resúmen de todos los amores, amor infinito, increado, inmortal, amor de los cielos, que para su satisfaccion no necesitaba para nada de nada de lo que existe en la tierra, amor que refundia en una dos almas semejantes, amor tranquilo, dulcísimo, feliz, soñado, en una palabra, Andrea.

Así es el primer amor de todas las vírgenes á quienes no ha prostituido el alma una perversa educacion.

Así es, que el primer amor de una vírgen no se realiza jamás, porque no se realiza lo imposible.

La materia vá reclamando sus fueros, vá tomando parte en el amor á la par que el espíritu, y el grande amor humano, el amor necesario para que el hombre y la mujer lleguen al destino para que han sido creados, y respondan al orígen de donde vienen, es aquel que armoniza las tendencias del espíritu con las necesidades de la materia.

Sin dejar de ser material, es espiritual; espiritual dentro de su materialismo.

Este amor no le conocia Andrea, no le sentia.

Luis no comprendia el amor que sentia Andrea.

Obraban los dos de buena fé, y se engañaban.

XIV.

Luis, como un sér á quien despues de una larga prision entre tinieblas, de una prision de toda la vida sale á la luz y á la libertad que nunca habia conocido, encontró un universo nuevo en Andrea.

Pasó rápidamente como el recuerdo de un sueño fatigoso, de una pesadilla horrible, todo lo que habia sentido y sufrido.

Comprendió que hasta que habia conocido á Andrea y la habia amado, no habia conocido ni amado á la mujer tal como la mujer debe considerarse, el complemento del sér de un hombre, su hermana, su amiga, su

alma, su voluptuosidad, la fuerza y la virtud, la madre de la familia, la compañera consagrada por Dios, la piedra angular del hogar, el ser inestimable que constituye la unica felicidad posible del hombre.

La mujer vana, ignorante, caprichosa, llena de defectos, insoportable; no es una compañera, un consuelo de los infortunios, sino un inconveniente, un ser pegadizo y molesto, una causa de desesperacion.

La mujer liviana, la mujer sin pudor, la que se revuelve en el lodo, la que no siente ni una sola de las aspiraciones sublimes del espíritu, la mujer que no es más que materia y materia corrompida, la hembra estúpida desprovista de toda dignidad, que afrenta á su padre, á su marido y á sus hijos, y se levanta impávida, desvergonzada, audáz, sobre el polvo de su honra y de la de su familia, no puede considerársela como mujer sino como un mónstruo, como un absurdo, como una excepcion inverosímil, por más que esta excepcion se multiplique por todas partes y á todas partes acuda y en todas partes haga gala de su desvergonzado cinismo.

Esta mujer no es como creen todos la única mujer.

Esta mujer es la excepcion vergonzosa, es una fístula de la lepra social á que todos están tan acostumbrados, que no conocen la lepra.

La mujer es la que como Andrea ha nacido, para la pureza, para la virtud, para la familia, para un solo amor ó para la muerte.

XV.

La situacion en que los dos se encontraban, era sumamente difícil, porque amándose cada cual con toda la fuerza de su alma, no se comprendian, no podian comprenderse.

Aquel amor que habia brotado de una sola mirada en una situacion á propósito, tenia detrás de sí el martirio.

Todo dependia en el porvenir, de las circunstancias.

Luis no se atrevió á avanzar demasiado rápidamente en aquel amor y dijo para sí:

—Es necesario no aventurar esta felicidad que Dios me ofrece, compadecido sin duda de mis sufrimientos, es necesario adelantar de una manera segura, apoderarme de su voluntad, hacerla transigir con la situacion en que nos encontramos, y ello será en más ó ménos tiempo, esto es todo; su amor crecerá, se irritará y llegará al fin á las últimas consecuencias.

De improviso cortó estos pensamientos de Luis, y la abstraccion deliciosa en que se encontraba sumergida Andrea, un accidente imprevisto y grave.

CAPITULO XXX.

La justicia ó la providencia representada por una navaja.

I.

Luis habia oido el ruido de algunos bastonazos dados enérgicamente, y dos voces irritadas, la del duque del Humbroso y la de Medio-dedo.

Vengamos á los antecedentes de esta situacion.

Los criados, salvas raras excepciones, son una canalla espantosa.

Aborrecen á sus amos y se alegran de todo el mal que les sucede.

Entre amos y criados existe el intransigente antagonismo del pobre que sirve y del rico que manda.

La dureza y los abusos de los amos en general, determinan el odio de los criados hácia los amos.

De modo que los que siempre han sido amos buenos, y más que amos, protectores de sus domésticos, rara vez

logran obtener criados que les agradezcan lo que para ellos son, los estimen y los amen.

El criado es el enemigo íntimo, indispensable.

II.

Los de la cochera de Dolores se alegraron cuando se enteraron, ya lo hemos dicho, de la situacion en que se encontraba colocada una hija reconocida y legitimada del duque del Humbroso, con aquel Tenorio de pueblo, que brutalmente enamorado de Casilda era capáz de todo por ella.

Los criados de Dolores se pusieron en connivencia con los del duque, y muy pronto Casilda recibió la carta siguiente escrita con una letra desigual é ininteligible, con una ortografía bárbara, pero no con mala diccion porque la habia inspirado el sentimiento:

«Casildica de mi alma,—decia aquella carta,—estoy que me muero, y no puedo vivir sin verte, sin hablarte, á tí te han hecho una señorona, pero creo yo que tú no querrás que se muera tu Ginesillo, acuérdate de lo que hablábamos por las tápias del corral y acuérdate de que te escapaste conmigo y de que si no sucede lo que sucedió serias ahora mi mujer, y estaríamos muy contentos en el pueblo. Yo me paso los dias y las noches escondido junto á la casa del señor duque que ha resultado ser tu padre, me parece que poniéndome mas junto á tí estoy mejor, pero no te veo y entran tantos señoritos en tu casa, que estoy rabiando de celos, tú eres muy buena hembra Casildica, y sabe Dios si te habrás enamorado

ya de alguno, y se llevará otro lo que es mio: los mataría á todos Casildica, y yo voy á hacer algo aunque me ahorquen, porque estoy desesperado, escríbeme palomita mia, y dime que me quieres siempre; mira tú que tu Ginesillo se muere.»

III.

Ginesillo era un bárbaro de buena fé.

Habia creido en las protextas de amor de Casilda, que no habia pasado de esto, porque lo que habia supuesto Ginesillo, era mentira.

Nunca habia saltado las bardas del corral, ni penetrado, como habia asegurado á Luis, en el aposento de Casilda.

Pudo haber sucedido la deshonra de Casilda, si cuando huyó con Medio-dedo, no hubiera surgido el suceso que impidió que Medio-dedo aprovechase aquella fuga.

Cierto es que Casilda era solapada, que habia engañado al que creia su tio, teniendo amores secretos con el mozo mas codiciado por las muchachas del pueblo.

Pero por fortuna no habia dado ningun paso en falso y puede decirse se habia engañado respecto á lo que creia su amor por Medio-dedo.

Casilda, mujer al fin, y mujer no de aquellas de que dijimos que por su virtud llegan á constitur la felicidad de la familia, se habia creido enamorada de Medio-dedo, solo porque Medio-dedo la habia distinguido á ella y por ella se habia decidido, cuando por ser bien acomodado su padre, y por ser buen mozo, valiente y travieso á lo

lugareño, se lo disputaban las mozas del pueblo incluyéndose entre ellas á las hijas del alcalde, y á las sobrinas del cura, y á las hijas del boticario, como si dijéramos, la aristocracia de Cercedilla.

Pero cuando Casilda se vió en otra posicion, cuando comparó á Cercedilla con Madrid, la casa de don Braulio con los salones de la de su padre y se encontró riquísima y adulada, y obsequiada y pretendida por lo tanto, por lo más esperimentado de los *busca dotes* de la corte, se le evaporó de improviso el amor de Medio-dedo, y se quedó solo con el enojoso recuerdo de haberse empleado tan mal cuando no sabia ella quien era, y dando gracias á Dios, porque aquellos amoríos no habian tenido las consecuencias espantosas que sin que ella lo supiera habia mentido Medio-dedo.

IV.

Ya sabemos que Casilda habia absorbido toda la ciencia que se encerraba en la librería de don Braulio, que aunque pequeña era escogida, que sabia latin y griego tal vez mejor que muchos que lo han cursado en las universidades, que tenia nociones bastante extensas de medicina, de botánica, de terapéutica, de toxicología; que conocía la historia sagrada y la profana medianamente, que escribia con la regularidad del carácter de imprenta, que tenia, pues, el entendimiento cultivado, que era una pequeña sábia. Así es, que traerla de Cercedilla á Madrid, y ponerla en contacto con gentes barnizadas, fué trasformarla.

Como Casilda tenia don de imitacion, muy pronto se asimiló á lo que la rodeaba.

Se trasplantó por decirlo así, y dejó de ser una lugareña inteligente, para convertirse en una señorita instruida. Al trasplantarse dejó en Cercedilla su piél social, como dejan su piel física las culebras, y en aquella piel abandonada, quedaron envueltos los amores de Medio-dedo.

Casilda se encontraba ocupada en la gran tarea de elegir un hombre que fuese digno á la par de su hermosura, de su juventud, de su pureza, de su talento y de su fortuna.

Tenia á varios en lista, á los cuales favorecia del mismo modo, pero sin decidirse por ninguno.

Y todo esto hecho con un aspecto candoroso, con una mirada tímida, con un acento dulce.

Ya sabemos qué la doblez era una de las cualidades componentes del ser moral de Casilda, y se habia hecho, pues, una coqueta de primer órden.

Una coqueta peligrosísima puesto que no lo parecia.

Y en esta situacion grave, cuando Casilda entraba en campaña contra el gran mundo; se presentaba lleno de buena fé, el estúpido Medio-dedo, reclamando los derechos de que se creia en ejercicio sobre el corazon de Casilda.

Esta se irritó.

Y no cometió la torpeza de contestar por escrito, sino que llamó á la doncella qué se habia atrevido á darla aquella carta, sirviendo de último eslabon de la cadena criaderil que conspiraba en favor de Medio-dedo, con la

sana intencion de divertirse á costa de sus amos y la dijo:

—Cuando me diste esta carta, creí que seria de uno de los conocimientos de casa, pero me he encontrado conque es una insolencia de una persona á quien no conozco, dí á quien te la ha dado lo que has visto hacer.

Y arrojó la carta á la chimenea.

—Añade, que si insiste en su incomprensible empeño, dará lugar á que yo mande le dén una paliza, y si tú no quieres ser despedida, no vuelvas á encargarte de estas cosas.

La criada se disculpó como pudo; dió la respuesta de Casilda á uno de los ayudas de cámara del duque, éste á uno de los ayudantes de la cocina, el ayudante á un palafrenero, y el palafrenero á Pedro, el cochero de Dolores, conducto por donde la carta habia llegado á Casilda.

Pedro reprendió ágriamente á Medio-dedo por haber afirmado lo que era mentira y haber expuesto á una multitud de ilustres criados á ser despedidos y aun á algo más, porque el duque no sufria chanzas acerca de su familia.

—Ya decia yo, mostrenco,—dijo Pedro concluyendo su filípica,—que era muy raro que una señorita tal, como la señorita Casilda, hubiera tenido amores contigo, animal, y amores como los que tú dices, pues qué más quisieras tú, tonto, cállate y no me vuelvas á hablar más de eso, porque te tomo los morros.

—¿Que no, que no he tenido yo dares y tomares con Casildica?—exclamó Medio-dedo,—pues bien, eso lo veremos.

Y se calló y no habló una palabra más acerca de aquello, con una firmeza verdaderamente digna de otra educacion y de otra posicion.

V.

Pero se dió á espiar á Casilda.

Trabó amistad con un mancebo de una barbería establecida frente á la casa del duque, y allí se pasaba las horas muertas.

Don Braulio, que andaba tambien á la husma viviendo en Madrid de oculto, solia acompañar muchas veces á Medio-dedo, con el cual, por la identidad de la situacion habia contraido una gran amistad.

Todas las noches, don Braulio se reunia con Bartolote en un cafetin de la calle del Clavel, y allí se estaban charlando largamente, conspirando de muy buena fé don Braulio, y Bartolote dándole cuerda para ir despues á contarlo todo al marqués de Olite, á cuyo servicio habia pasado definitivamente, despues del casamiento de doña Mercedes con el duque.

El marqués de Olite habia sabido satisfacer la ambicion de Bartolote, poniéndole en situacion, como mayordomo suyo, de hacer en poco tiempo una buena fortuna.

El marqués de Olite se encogia de hombros y se reia cuando Bartolote le daba cuenta de los siniestros proyectos que los celos inspiraban á don Braulio.

—Llegará un dia,—decia el marqués,—en que el diablo tire de la manta y todo se sepa, y se miren los unos

á los otros para ver quién ha engañado á quién; dejemos rodar la bola y que se compongan como puedan: yo veo claro en esta cuestion; Enriqueta ha sido una loca, pero ha variado de posicion, es otra; me ama, yo la adoro, la consideraré como viuda de mil maridos, y adelante: me parece que se acerca el dia de que se formalice nuestra union: y ese pobre Luis, tan desgraciado, es necesario casarle con Andrea.

El marqués de Olite, que creia saberlo todo, ignoraba las grandes relaciones que habian existido, y el empeño que existia entre Dolores y Luis, y creia á éste su amigo, cuando Luis le aborrecia.

VI.

Así las cosas, el mismo dia en que el duque, con su familia y con Luis, paseaba por el Retiro, cuando los carruajes partieron para su casa, Medio-dedo salió de la barbería y dió á correr detrás de los carruajes.

Medio-dedo era fuerte, terrible, á cierta distancia, y trotando por en medio de la calle, siguió á los carruajes sin perderlos de vista, y cuando salieron de ellos, al duque, á su familia y á Luis.

Mientras éstos fueron por donde habia gente, Medio-dedo se mantuvo á distancia, pero cuando más allá de la casa de fieras se aventuraron por una calle solitaria. Medio-dedo rodeó por otra calle, adelantó de frente hácia Casilda, que iba del brazo de Mercedes, y la dijo con acento brutal y demudado de cólera:

—Los que andan por el mundo se encuentran alguna

vez; á ver si echas á andar conmigo, que aquí nadie tiene que ver contigo más que yo, y que no meta yo mano, porque te rajo.

—¿Qué dice ese tuno?—exclamó el duque, volviéndose,—¿qué es esto?

Y como Medio-dedo hiciese un movimiento, el duque, que tenia la sangre muy viva, le dió de bastonazos.

Esto fué funesto, porque Medio-dedo, que no era cobarde, y que estaba irritado, sacó su navaja, acometió al duque, y le hirió, arrollándole y haciéndole caer.

Al caer el duque, dió con la cabeza contra una piedra, y se hirió tambien.

Acudió Luis, y Medio-dedo se volvió contra él, pero esto ya era distinto.

Ya conocemos á Luis.

Era fuerte, sereno y bravo.

Acometió á Medio-dedo, y sin que éste lograse herirle, le desarmó y le sujetó.

Las señoras estaban aturdidas, acudiendo al duque, que echaba sangre por dos partes.

Dos guardas de la casa real, que se habian apercibido de aquello, acudian.

Medio-dedo gritaba sin cesar:

—Si señor, sí; mataré á medio mundo, porque Casildica me dió palabra y mano, y es mia, y á mí no me la quita nadie, y me la tienen que dar.

Por último, Medio-dedo fué preso.

Curado el duque allí mismo por Luis, fué conducido

despues á uno de sus carruajes y á su casa, en la que no tardó en presentarse el juez de primera instancia.

El escándalo se habia hecho inevitable.

Las heridas del duque eran graves, y no podia dejar de instruirse el proceso.

Muy pronto el gran mundo tuvo de que ocuparse.

A más de esto, habian circulado con profusion anónimos, en que se contaba en estracto la vida y milagros de la señora duquesa del Humbroso, esto es, de doña Mercedes Cancamusa.

Estos anónimos procedian de don Braulio, que estaba irritado, terrible, fuera de sí.

VII.

—A esto se lo lleva el diablo,—decia algunos dias despues Kin Kakop á Luis, á quien habia ido á visitar,—todas las trapacerías de esa familia van á salir á luz, sin contar con que yo puedo comprometer y comprometeré al señor duque del Humbroso, que es un bribon muy fino y muy simpático; ya verá usted, ya verá usted la que se arma, don Luis; deje usted que las cosas marchen naturalmente, y salve usted lo único que es digno de respeto en esa familia, la pobre Andrea.

—¡Oh! la amo, la amo como no he amado nunca,—decia Luis,—pero, ¿cómo salvarla?

—Dios proveerá, amigo mio, Dios proveerá,—decia Kin Kakop,—¡quién sabe! ¿Tiene usted algo que mandarme para los Estados-Unidos? desaparezco de la escena, me marcho; en fin, perdono al duque del Humbroso;

ya tengo en el bolsillo los millones que me debia España, y me voy á establecerme á Nueva-York; ¿no podré esperar que usted vaya por allá alguna vez? Nueva-York es la mejor ciudad del mundo, el apogeo de la civilizacion, el refinamiento de las comodidades; ¿por qué no se marcha usted allá con Andreita?

—Veremos, veremos,—dijo Luis,—porque la amo tanto, y ella parece amarme de tal manera, que estoy dispuesto á todo, pero necesito permanecer aquí hasta que concluya el enredo en que se encuentra metido el duque del Humbroso.

—¿Y se muere ó no se muere?—dijo Kin Kakop.

—Mucho me lo temo,—dijo Luis,—la humoracion del duque es muy mala, y la supuracion de sus heridas, principalmente la de la cabeza, es alarmante.

—¡Báh! un bribon ménos,—dijo Kin Kakop levantándose,—y adios, amigo mio, hasta la vista; me marcho esta tarde, no ofrezco á usted nada por delicadeza, porque estoy seguro de que usted no lo aceptaria; no he dicho nada, pero me alegraria de que se quedase usted con algunos de los millones que me ha pagado el gobierno español.

—Gracias, muchas gracias,—dijo tranquilamente Luis, que miraba ya al indio con indiferencia, porque habia olvidado completamente á Clotilde,—vaya usted con Dios y buen viaje; puede ser que alguna vez nos veamos en Nueva-York.

—Pues hasta la vista, don Luis,—dijo el indio, estrechándole la mano.

Y se fué.

Aquella tarde se puso en camino para París, acompañado de Juanito y de Julia.

Al otro dia de estar en París tomó billetes de primera cámara en la administracion de los paquetes ingleses del Lloid para Lóndres, adonde llegó á los dos dias.

Inmediatamente fué á verse con el constable del distrito, y le dijo en buen inglés:

—Caballero, vengo á Inglaterra en demanda de un hombre y de una mujer, español él, inglesa-americana ella, con los cuales tengo pendientes asuntos de gravísimo interés; hé aquí escritos sus nombres, sus señas y cuanto es necesario para que pueda encontrarlos la policía.

—Muy bien, caballero,—contestó el constable,—¿sus señas de usted?

—155 Kingstoon Street, segundo piso, número 40; adios.

—Adios.

Al dia siguiente un *policemen*, esto es, un indivíduo de la policía, fué á llevarle la noticia circunstanciada por escrito acerca de lo que habia pretendido.

CAPITULO XXXI.

En que el diablo tira de la manta.

I.

Las circunstancias en que se encontraban nuestros personajes eran penosas.

Teresa vivia mal con su marido; no podia acostumbrarse á que no parase en casa más que el tiempo necesario para comer y dormir, ni á que fuese á las tres de la mañana, teniéndola levantada para esperarle, porque Teresa no podia reposar tranquila si no tenia en su casa á su Antonio, ni á que no la acompañase á ninguna parte, ni á que la llevase al teatro á un palco, y se fuese y volviese despues á última hora por ella.

Teresa estaba acostumbrada á la vida metódica de don Cleofás, á acostarse temprano, á levantarse temprano, á almorzar á las nueve, á comer á las dos, á cenar á las ocho, á pasar un rato de conversacion en casa

de cada vecina, á pasear con la mujer del médico y con la hermana del carpintero, con esta ó con la otra amiga, á no ir al teatro nada más que por la tarde, cuando habia comedia de mágia, á vivir en una tranquila actividad.

Despues de casada, pasó cuatro dias muy buenos, pero al quinto cambió la escena Cantillana; en cuanto almorzó se fué á la Bolsa, y luego al Congreso, volvió á las nueve, comió y se fué, y no pareció hasta las tres de la mañana, y así fué en los dias siguientes. Se quejó Teresa, y Cantillana la impuso silencio de muy mala manera.

Lloró y vinieron las recriminaciones.

La paz del matrimonio estaba turbada.

Teresa supo que Cantillana no se habia casado con ella, sino con su dote, y que en la realidad estaba relegada á ser una alta ama de gobierno.

Esto hacia infeliz á la pobre Teresa, que no tenia nadie que la consolase, porque no se atrevia á manifestar á don Cleofás la situacion en que se encontraba, sino que temerosa de que don Cleofás abandonase á Sigüenza é hiciese una barrabasada, le escribia tres veces por semana, diciéndole que su marido era muy bueno, que la queria mucho y que estaba muy contenta.

Con la única con quien se quejaba amargamente Teresa, era con Dolores.

Pero Dolores no estaba para consolar á nadie.

Su padre se encontraba en una situacion muy difícil, en peligro de muerte; las murmuraciones del gran mundo llegaban hasta Dolores; su vergonzosa historia, la

no ménos desastrosa de Mercedes Cancamusa, los plebeyos amoríos de Casilda y de Medio-dedo, que habian producido una causa criminal, eran el platillo de la conversacion de todo el mundo.

No habia reunion en que no se hiciese cada noche esta pregunta.

—¿Cómo está el duque del Humbroso? ¿Qué resulta del proceso? ¿Hay alguna nueva noticia acerca de sus hijas?

Aquella historia llamaba la atencion general, y se queria estar al corriente de ella.

II.

Por otra parte, Dolores sufria horriblemente del corazon.

Vacilaba entre el marqués de Olite y Luis.

El apasionado amor de don Fernando la embriagaba, pero una tendencia irresistible la llevaba hácia Luis, y entonces la devoraban los celos.

No tenia duda de que Andrea y Luis se amaban con toda su alma.

Los tenia entre los ojos.

Los veia sufrir.

Luis, comprendiendo mal el género de amor puro, tranquilo, inmaculado, que por él sentia Andrea, pugnaba por vencer su virtud, no pudiendo unirse á ella de una manera legítima.

Esto hacia sufrir á Andrea, que se defendia de una manera heróica, y que cada dia se enamoraba más y

más de Luis, porque veia cuanto sufria y cuan desesperado estaba.

III.

El estado del duque se habia agravado de una manera terrible.

Habia encontrado debajo de su almohada, sin saberse quién allí lo habia puesto, un grueso pliego.

—Cuando esto han puesto aquí,—dijo el duque,—debe ser una cosa muy reservada.

Y esperó á estar solo, y abrió el pliego.

En él encontró algunas cartas firmadas con el nombre de Mercedes, é indudablemente suyas por el carácter.

Aquellas cartas eran escandalosas.

Venian á constituir una historia epistolar incompleta, pero gravísima.

Toda aquella reputacion de virtud, de firmeza, de afirmacion, de consagracion al deber, se habia perdido.

Mercedes aparecia una mujer liviana, aventurera, pervertida.

El lenguaje de aquellas cartas era grosero, obsceno, imposible.

Una hechicera fantasma se desvanecia para el duque, quedando en su lugar un asqueroso esqueleto.

El duque no podia tener duda.

Aquella era la letra indudable de Mercedes.

La terrible revelacion anónima, se debia á los celos

de don Braulio, á la traicion de Bartolote, confidente íntimo de Mercedes, y á la falta de delicadeza de algunos amantes de un dia, de la Cancamusa.

Esto habia costado mucho dinero á don Braulio, pero lo habia gastado contento por vengar sus celos.

Don Braulio era una excepcion rarísima; á través de los años habia conservado y acrecido una pasion frenética por una mujer, á quien solo habia conocido durante seis horas.

Para el duque habia sido aquel golpe mucho más funesto que la puñalada que le habia dado Medio-dedo, y la herida que se habia hecho en la parte posterior de la cabeza al caer.

—¡Hipócrita!—dijo,—¿quién habia de haber ni aun sospechado en ella esta historia secreta? pero, ¿de qué me quejo? ¿no tengo yo una historia secreta de infamias, no he acrecido mi fortuna por medio de toda clase de negocios, y hasta de crímenes, no se me ha tenido á mí por un cumplido caballero? ¿por qué, pues, quejarme de lo que me sucede? ¿qué es ella más que una bribona hipócrita, digna esposa de mí, como son dignas hijas mias Enriqueta, manchada por una vida de escándalo, Casilda, que con su primera liviandad ha dado ocasion á la muerte de su padre, porque yo moriré; Andrea, próxima á sucumbir á unos amores ilícitos, y yo, yo, que si no hubiese sido herido hubiera dejado ya libre á Luis de Leiva de un crímen? ¡Oh! lo que me sucede es providencial.

Se operaba una reaccion en el que podia llamarse moribundo duque.

Se sentia herido por la misma arma conque él habia herido á otros.

La infamia agena que contra él se ejercitaba, remordia su conciencia, recordándole las infamias que él habia ejercitado contra otros.

Habia creido con una crónica buena fé, que ser infame para los demás, no es sentenciarse á ser sacrificado por la infamia.

El furor del duque no conocía límites, y este furor agravaba sobremanera el mal estado de sus heridas.

Guardó aquellas cartas debajo de la almohada, é hizo llamar á la duquesa.

IV.

Acudió Mercedes.

El duque se quedó solo con ella.

—Busca debajo de la almohada,—la dijo.

Mercedes buscó.

—Aquí hay cartas,—dijo.

—Bien, sí, cartas son, leelas,—dijo el duque.

Mercedes abrió una de ellas y no pudo contener un movimiento de sorpresa y de espanto, ni la mortal palidez que salió á su semblante.

El duque ya no tuvo duda.

—¿Y qué es esto?—dijo Mercedes,—¿qué infamia es esta? ¿qué has podido creer en lo que dicen la infame suplantacion de mi letra y de mi firma?

—No, hija mia, no,—contestó el duque.—Yo no puedo creer en la autenticidad de ningun escrito, porque

por mi sugestion, por mi dinero, se han falsificado muchos. Te he hecho ver esto para que comprendas que tienes muchos enemigos.

Pero el acento del duque era terrible; su mirada penetrante, amenazadora aunque impotente, se fijaba sombría en la Cancamusa.

—Y bien,—dijo ésta,—veo que no hay medio de convencerte de que esto es falso.

Y apareció en su semblante una expresion de firmeza y de lucha que acabó de irritar al duque.

—Y bien,—dijo Mercedes,—¿qué derecho tienes tú á hacerme responsable de la verdad de lo que estas cartas dicen, si tú me abriste el camino de la impureza por medio de una infamia?

—¡Ah!—exclamó el duque.

—Sí;—continuó Mercedes,—¿qué derecho tienes tú á poseer una mujer pura y digna cuando siempre has sido impuro y miserable?

—Lo que te digo es, que si es verdad lo que esas cartas dicen, cartas que son tuyas; porque he visto en el movimiento de tu semblante, en la expresion de la mirada, que esas cartas, por desgracia, son verdad. Bien, bien, no hablemos mas de esto. Si muero te quedas libre, si no muero, ¿qué importa? las caretas han caido de nuestro semblante, nos conocemos ya, Mercedes, pero es necesario que quien se ha atrevido á tanto sea castigado, es necesario que averigües, que sepas...

—¡Oh, sí!—exclamó Mercedes,—sí, me parece que adivino quien ha sido, creo conocer á la persona capáz de esto.

—¿Y quién es?—dijo el duque.

—¿Quien ha de haber sido? don Braulio, el médico de Cercedilla.

—¡Don Braulio, el médico de Cercedilla!—exclamó el duque.—Y, ¿qué motivos tiene ese hombre para hacer eso?

—Tuve amores con él hace tiempo, amores de seis horas,—contestó Mercedes de una manera repugnante.—Ese hombre es quien se ha atrevido á mandarte esos escritos.

—Pues bien,—contestó el duque:—es necesario que ese hombre no pueda difundir lo que sabe.

—Lo ha difundido ya, lo sabe todo el mundo, nuestra mútua historia está bajo el dominio del público.

El duque calló, rugió y voltearon sus ojos en sus órbitas de una manera terrible.

—¡Ah! ¿conque es inútil?—dijo,—¿conque un reptil que se ha cruzado en nuestra vida, puede desde su infamia difundir la nuestra en la sociedad, ponernos en ridículo, cerrarnos todas las puertas, entregarnos al desprecio público? ¡Oh! es inútil, de todo punto inútil, el mal conduce al mal; la hipocresia de nada sirve, porque un dia la verdad arranca los antifaces y quedan descubiertos los semblantes en toda su deformidad. ¡Oh, sí, la providencia, la providencia! Vete.

Mercedes salió murmurando:

—Y bien, ¿qué importa?—dijo,—yo no le amaba, no pude amarle, Braulio me ha hecho un gran servicio descuidando á Casilda, haciendo que se enamorase de ella ese perdido brutal, que ha puesto en tal estado á ese

hombre. Se murmurará, bien, ¿y qué? Lo que se murmure aquí, no se conoce en otra parte. Yo siempre seré la viuda del duque del Humbroso que era lo que me hacia falta, una alta posicion, oro me sobra, lo que más me importa es mi hija, al extranjero no habrá llegado su historia, la casaré bien y nos iremos á otra parte donde nos tengan que respetar todos.

En esto se habia resuelto la conmocion que habia experimentado Mercedes.

Se habian unido dos miserables, y les importaba poco de la deshonra cuando la deshonra se descubria.

Pero era necesario engañar al mundo.

En Madrid no podian continuar despues de que se terminasen los negocios que estaban todavía marchando, pero en otra parte podia ejercitarse la hipocresía y obtenerse una posicion respetada y envidiable.

V.

Todos aquellos altos tunantes que se habian creido de buena fé, se habian engañado los unos á los otros; estaban frente á frente y se encogian de hombros; ¿qué importaba si la moneda falsa habia pasado ya?

El duque se agravó de tal manera por aquella nueva escitacion, de tal gravedad eran sus heridas, que tres dias despues murió llevando tras de sí á la tumba el escándalo.

El proceso contra Medio-dedo, adquirió con la muerte del duque una gravedad espantosa.

Podia calcularse que ménos que de cadena perpétua

no escaparía el amante de Casilda, pero el proceso estaba siendo el objeto de la diversion pública.

A cada momento, á cada declaracion, se iba esclareciendo más aquella historia de escándalo.

Resultaba que Casilda, la hermosa jóven distinguida, la perfectamente educada, la que habia sido el objeto de la ambicion general, la hija reconocida novelescamente por el duque del Humbroso, como hija de la mujer más de moda de Madrid, la Mercedes Cancamusa, habia tenido unos amores trascendentales con un paleto, que irritado porque se la quitaban habia acometido á lo salvaje al duque y lo habia echado á la eternidad.

Muerto el duque, todos sus amaños, todas sus bajezas, todo lo que habia hecho para atraer su fortuna y su influencia; salió á luz.

La situacion en que aquella familia se encontraba, era de todo punto insostenible, pero estaba retenida por el proceso, y, ¿cómo abandonarle sin procurar convencer de falsedad á Ginesillo Medio-dedo, y restaurar de esta manera la honra ya demasiado maltratada de la familia?

Y sin embargo de esto, ninguno de los pretendientes de Casilda y aun de Andrea cejaban, porque decian para sí, prácticos ya en la índole del mundo en que vivian: de esto se hablará ocho dias, un mes cuando más, despues se olvidará todo, nadie se acordará del escándalo y lo positivo será que el que se case con esas jóvenes, habrá hecho una gran fortuna.

El Dios oro, el Dios de nuestro tiempo, lo dominaba todo.

CAPITULO XXXII.

Otro que cae, no bajo la providencia sino bajo la venganza.

I.

Pero no era doña Mercedes Cancamusa mujer que se dejase insultar impunemente.

Apenas salió de su breve, pero repugnantísima escena con el duque, su marido, cuando envió un criado á casa del marqués de Olite, con el mensaje para Bartolote de que se le presentase al momento.

Bartolote se apresuró á acudir.

—Ven aquí, napolitano,—le dijo Mercedes,—si yo te encargase una puñalada no lo extrañarias, ¿no es verdad?

—Hasta ahora, la señora me ha encargado muchas cosas, pero ninguna tan grave como esta; todas han sido intrigas amorosas, pasatiempos, pero esta es muy grave.

—Eso quiere decir,—dijo Mercedes,—que por lo mis-

mo que es grave, gravísima, el precio debe ser muy alto.

—No lo digo por eso, señora,—contestó Bartolote,—estamos en una tierra en que se puede quitar de en medio á un prójimo, con ménos responsabilidad que en otros tiempos. Por ejemplo, yo puedo buscar á un tunante, que sin preguntarme quien soy y de donde vengo, sin tomar garantía ninguna más que un poco de dinero, se encuentre con la persona que á usted le estorbe, le dará un pisoton, se trabará de palabras, y le meterá una puñalada que le deje sin habla. No es de gran importancia el servicio que usted me pide; pero sepamos quien es la persona que estorba á usted.

—El médico de Cercedilla,—contestó roncamente Mercedes.

—Ya se lo tenia yo dicho á Braulio; Braulio es un tonto, un sér en el cual la buena fé es escandalosa; cree que se puede hacer todo sin peligro, y que donde quiera que entre podrá salir. Ya se lo tenia yo dicho, estaba irritado, amaba á usted de una manera frenética.

—Se ha atrevido á decírmelo, y por cierto en un lugar poco á propósito.

—En cualquier parte, señora.

—Habia yo salido sola, y me habia ido á misa á Santo Tomás; al entrar en la cancela, se acercó y me dijo: hace muchos años nos vimos aquí mismo, salimos, y nos fuimos...

—Sí, á la fonda de los Carabancheles, donde estuvieron ustedes seis horas.

—¡Ah! ¿te lo ha revelado eso don Braulio?

—Sí, si señora, y me ha dicho que no ha podido olvidar á usted, y que á pesar de los años que han trascurrido, que cada momento ha sido más terrible su pasion por usted.

—Pues bien, don Braulio se atrevió á amenazarme, á decirme que turbaria mi paz doméstica, que pondria en práctica cuanto fuera necesario para vengarse de mí por haberme casado con el duque. Yo le envié noramala, y el desprecio irritó de tal manera á ese hombre, que ha adquirido yo no sé cómo, cartas mias que no hubiera querido yo que conociese el duque. Nuestro rompimiento, si la muerte no se apodera del duque, es cosa concluida; necesito, pues, vengarme, no porque me importe romper con el duque ó no, sino porque me irrita la intencion que ha tenido de hacerme daño. Así, pues, Bartolote, veamos si eres digno de la amistad que yo te he tenido siempre.

—Muy bien, señora, muy bien; mañana á la noche, *La Correspondencia* traerá un suelto que se ocupe de la catástrofe de don Braulio.

—Toma lo que quieras,—dijo Mercedes, abriendo una papelera, y mostrando á Bartolote un legajo de billetes del Banco.

—El dinero no viene mal nunca, y yo pienso arreglarme, y voy á tomar cuanto baste para que con lo que tengo, pueda realizar una renta para vivir cómodamente.

Y Bartolote tomó diez mil duros.

Mercedes ni aun se ocupó de qué era lo que habia tomado Bartolote.

Era millonaria.

A más de eso, el duque la habia dado por amor mucho dinero.

II.

Bartolote salió, se fué al cafetin donde hablaba todas las noches con don Braulio, y estuvo oyéndole acerca de sus proyectos de venganza contra la Cancamusa, porque don Braulio no se daba aún por suficientemente vengado.

Bartolote le dió la razon en todo; le dijo que hacia bien, que puesto que tanto tiempo habia consagrado su amor á aquella mujer, y aquella mujer era de otro, estaba en el caso de vengarse.

En fin, á las diez se retiró don Braulio, y apenas hubo salido del café, cuando Bartolote se dirigió á un hombre grueso que, envuelto en un paletot y con un sombrero de fieltro, estaba bebiendo con algunas mujeres en una mesa inmediata.

—Amigo,—le dijo,—¿tiene usted la bondad de oir dos palabras?

—¿Y qué tiene usted que hablar conmigo?—dijo aquel hombre, con acento de maton y con una grosería insolente.

—Nada, compadre; veo que no me he engañado, y que usted es el hombre que me conviene.

—¿Que yo le convengo á usted?

—Sí por cierto.

—¿Y para qué?

—Tengo que darle una noticia que le interesa mucho.

—Ea, pues vamos,—dijo cambiando de tono y haciéndose más amable el maton.—Quedaos con Dios, niñas; hasta luego.

Y se desembarazó de la mesa y salió, siguiendo á Bartolote.

Éste le llevó á la solitaria plazuela de Bilbao, entre los árboles.

—Tú eres un tunante de marca mayor, hijo, y no te estrañarás de lo que voy á proponerte,—le dijo Bartolote.

—¿Y qué es lo que usted tiene que proponerme?

—Nada, que estorba un cristiano, y es menester hacer que no estorbe.

—Ya, usted quiere que se despache á uno.

—Sí, hombre, sí.

—Y, ¿quién es ese señor?

—Importa poco que te diga su nombre, porque no le conoces, pero pásate mañana por la calle de Fuencarral, y observa en la barbería que está antes de la calle del Desengaño, frente á la casa del señor duque del Humbroso.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, hombre, nada; mírame, ¿me conocerás mañana?

—Sí, señor.

—Pues bien, cuando pases mañana, yo estaré hablando con un hombre, y si al pasar tú le digo: «estamos al corriente,» aquel es el hombre que hay que quitar de en medio.

—Muy bien, compadre. Me parece que no es el primer gato que ha desollado usted.

—Te importa poco esto. Vamos á ver cuánto quieres por ese trabajo.

—Segun y como. Yo no lo puedo hacer; tengo que buscar quien lo haga, y si el tal está apurado de maravedises, lo hará por poco, y si no lo está porque le haya ido bien y haya hecho algun buen negocio, será cosa de más plata.

—Nada, cantidad redonda á tu cuenta y riesgo,—dijo Bartolote.

—Pues cantidad redonda, señor mio: diez mil reales.

—Corriente; hé aquí cinco mil,—dijo Bartolote, sacando dos billetes del bolsillo.—Cuando se haya hecho el negocio, recibirás los otros cinco mil.

—¿Y á dónde voy á recibirlos?—contestó con desconfianza el otro.

—Nada, no hablemos de esto más; toma los diez mil reales, pero te repito una cosa.

—¿Qué?

—¿Tú tienes buen ojo?

—¡Vaya si lo tengo!

—¿Estás seguro de que me conocerás mañana á la noche cuando pases por la calle de Fuencarral?

—Le digo á usted que sí.

—Pues entonces corriente; anda, vete, y á ver cómo se cumple.

—Oiga usted,—dijo el maton,—yo lo haria por mí mismo, porque yo sé como se hacen esas cosas, pero como usted me ha hablado en el café delante de todos, y á

mí me conoce todo el mundo, y usted tiene la fisonomía abultada, y es usted alto, pueden haberlo notado los de la policía, que están en el café siempre; si yo hago el negocio puede usted verse comprometido, y á mí no me gusta que los que me mandan trabajar se comprometan. Las malas noticias corren, con que por lo mismo tengo que valerme de otro, y no sé yo si podrá despacharse el negocio mañana á la noche ó pasado mañana.

—Veinticuatro horas más ó ménos no son cosas, hijo, por las cuales deba uno desistir. Aún te doy tres dias, pero si dentro de tres dias ese hombre viene á hablar conmigo al café de donde hemos salido, te busco, porque no faltará tambien quien me diga quién eres, y te abro en canal.

—Descuide usted, que no tendrá necesidad de hacer eso.

Y el tunante se fué.

III.

Doña Mercedes Cancamusa apagaba los fuegos de un enemigo terrible.

Estaba segura de que don Braulio no dejaria de perseguirla, de atormentarla, de acosarla y de llevar á todas partes la crónica escandalosa de su vida, mientras pudiese hacerlo.

Por esta razon no vaciló.

La importaba demasiado que no se llegase á conocer su reputacion perdida.

Don Braulio se creia completamente seguro.

No suponia que la Cancamusa fuese capáz de llegar al extremo á que la hemos visto llegar.

No comprendia que Bartolote, su antiguo amigo, pudiese cometer contra él la traicion de servir á la Cancamusa, para ajustar su asesinato.

En fin, no se le habia ocurrido la más leve idea del peligro que le amenazába.

Lo único que se le habia ocurrido á don Braulio, era que la Cancamusa, por evitar que pusiese en conocimiento de todo el mundo los misterios de su vida, se resignaria á él. Don Braulio esperaba.

Aquella misma noche estaba, como de costumbre, en el cafetin de la calle del Clavel con Bartolote, que se mostró con él más amigo que nunca y más bromista.

Bebieron largamente, y pagó Bartolote: despues llevó á cenar á don Braulio á una de las mejores fondas, acompañándole por último hasta la célebre posada de Zaragoza, en la que don Braulio se habia aposentado.

Al dia siguiente don Braulio, á las doce, como de costumbre, fué á dar conversacion en la apariencia á la barbería, pero en realidad á observar si salia sola la Cancamusa, para seguirla y hablarla.

Bartolote llegó á las doce y media.

—¡Hola, buen mozo!—dijo á don Braulio, que estaba á la puerta de la barbería,—¿qué tal te vá? ¿has digerido ya la cena de anoche? con el atracon que te diste, temí que en la posada te diese un tártago, de que no te pudiese sacar toda tu ciencia.

—No, Bartolote, no; cuando uno está disgustado, se exacerba la bilis y se aumenta la potencia de los jugos

gástricos: aunque hubiera cenado mucho más, lo hubiera digerido del mismo modo.

—*Estamos al corriente,*—dijo Bartolote.

La conversacion se habia cortado bien para que Bartolote pudiese decir la seña de reconocimiento al tunante con quien habia hablado la noche anterior, y que acababa de pasar.

—No tan al corriente como crees,—dijo don Braulio,—mientras doña Mercedes no se venga á razones, puede decirse estamos, no al corriente, sino completamente atascados; estoy resuelto á todo: ella no sabe con quién ha dado; me despreció el otro dia en la puerta de Santo Tomás, y desde entonces he empezado á vengarme.

—Pues guárdate de ella, Braulio,—le dijo con una profunda intencion Bartolote,—porque mi señora sabe deshacerse de lo que la estorba.

—¡Báh! tu señora no es más que una loca, una caprichosa, que como la sobra el dinero, se divierte de la manera que puede: yo te aseguro que ella será mi esclava.

—Como quieras, Braulio,—dijo Bartolote,—yo te aviso, y quédate con Dios, que tengo mucho que hacer.

Bartolote echó hácia la Red de San Luis, y antes de llegar á ella encontró al pillo de la noche anterior, que iba acompañado de otro.

Don Braulio permanecia en la puerta de la barbería mirando á la casa del duque.

El tunante con quien se habia convenido Bartolote, le reconoció, pero ni aun le miró, pasó de largo.

Bartolote pasó así mismo de largo con la mayor in-

diferencia, como si no hubiera conocido á aquel hombre.

El que le acompañaba vestia de una manera decente, y aun podrá decirse elegante, pero tenia la fisonomía de charran.

No hay que fiar de la fisonomía. Hay muchos que tienen la fisonomía de tunantes, y son personas muy conocidas y respetables, y muchos que tienen fisonomía de santos y son unos verdaderos bribones.

Los dos asesinos siguieron la calle adelante.

Antes de llegar á la barbería, el uno dijo al otro.

—¿Ves aquel que está allí?

—Sí,—contestó el preguntado.

—Pues bien, aquel es.

—No se me despintará.

—Pues bueno, á ver si el negocio puede hacerse esta noche, que á lo que creo median asuntos de gran interés, y puede ser que nos den algo más de los cuatro mil reales que nos han dado.

Como se vé, un charran engañaba al otro, puesto que solo hablaba de cuatro mil reales, cuando habian sido diez mil los que le habian dado como precio del asesinato.

Pasaron.

El que habia de hacer el negocio, miró sin reparar en él, y de la manera más natural del mundo á don Braulio; pero le miró lo bastante para que no se le despintase.

Cada hombre nace predispuesto á una cosa.

El que ha de ser asesino, nace con las cualidades necesarias para serlo.

Algo más allá, se separaron los dos tunos.

El encargado de la ejecucion, por decirlo así, llegó á la barbería y entró en ella.

—¿Me afeita usted, maestro?—dijo.

—Para eso estamos, caballero,—contestó el dueño del establecimiento.

—Pues sobre la marcha: un solo repaso, que yo tengo poca paciencia; y tenga usted la mano ligera, porque aunque parece que no, tengo el cútis muy delicado.

—Eso vá en encarnaduras,—dijo el barbero,—pero descuide usted, que tengo una mano que no se me siente: ¿usted es andaluz?

—Si señor,—contestó el tunante,—yo soy *gaditano,* del barrio de San Antonio, y me llamo el Niñito.

Todo esto era mentira.

El tal se llamaba Pescozon, era natural de Sevilla, del barrio de San Bernardo, y se habia venido á Madrid, huyendo por una muerte mal hecha.

Madrid es el sumidero, el agujero donde se esconden los grandes bribones de España.

No sabemos en qué pueda consistir, que estando en Madrid, por razon de ser córte, mejor que en ninguna otra parte la policía, Madrid sea, sin embargo, el refugio casi seguro de todos los que han evitado, no solo el presidio, sino aun el patíbulo.

En Madrid estamos muy expuestos al concurrir á los cafés, á entablar conocimiento con un hombre á quien de buena fé se le cree decente, y, sin embargo, es muy posible que este hombre decente esté sentenciado á

muerte en garrote vil, en rebeldía, por un crímen horrendo.

Las partidas de juego, las casas de prostitucion, ciertos cafés y ciertos lugares, son el abrigo de un número infinito de bandidos escapados de Ceuta y de la argolla.

Esto sucede sin duda, porque no puede evitarse, porque las grandes capitales son una Babel, en la cual se confunde todo el mundo, y porque la policía está, por decirlo así, aclimatada, cansada, y tiene perdido el olfato.

Y sin embargo, este incalculable número de bribones son un peligro social: están siempre dispuestos á tomar un fusil en una insurreccion, proclamando una idea humanitaria, que es para ellos un medio para apoderarse de la situacion, para romper las leyes, y entregarse descaradamente como vencedores á los mismos crímenes por los que se encuentran huyendo de la ley.

Afeitó el barbero en dos periquetes á Pescozon.

Pescozon sacó una peseta, y la dió al barbero.

El barbero se echó á buscar la vuelta en el bolsillo.

—No se incomode usted, hombre, no se incomode usted rebuscando cuartos, porque yo soy una persona muy principal, y nunca tomo la vuelta de la moneda que doy.

—Vaya, pues bueno, muchas gracias,—dijo el barbero.

Pescozon entretanto se arreglaba la corbata.

Cuando estuvo listo, tomó su sombrero de la percha, salió, y haciendo como que reparaba en don Braulio, dijo:

—¡Hola, don Anastasio! ¿usted por aquí?...

—Usted se equivoca, amigo mio,—dijo de mal humor don Braulio,—yo no me llamo don Anastasio.

—¡Hombre! es verdad, usted perdone, pero se parece usted á un antiguo amigo mio que era chalan, como una gotita de agua á otra gotita: en fin, nada se ha perdido por esto; hay muchas personas que se parecen en el mundo á otras, y yo soy además un poco corto de vista; pero vea usted, siquiera por lo que se parece usted á mi amigo, quisiera obsequiarle á usted.

Don Braulio conoció desde luego que el hombre que le hablaba era un verdadero pícaro, pero reflexionó y se dijo:

—Puede ser que alguna vez necesite yo del auxilio de uno de estos canallas, en Madrid no conozco á nadie, ¿por qué no me he de hacer relaciones por lo que pueda ocurrir?

Y como este pensamiento le pasase de una manera rápida, dijo sin detenerse á Pescozon:

—Vaya, pues mire usted, á mí tambien me es usted simpático, con que yo soy quien vá á convidar á usted y no usted quien me convide.

—Hombre, lo mismo me dá á mí,—dijo Pescozon,—que entre buenos amigos no hay que andar en si pagas tú ó si pago yo, porque yo entiendo que entre buenos amigos los bolsillos deben ser cosa comun.

—No tanto, compañero, no tanto,—dijo algo receloso don Braulio,—que para llegar ese caso es menester que la gente se trate mucho y se sepa á qué atenerse.

—Pues mire usted compañero,—dijo Pescozon,—para que llegue pronto el caso de que nos conozcamos perfec-

tamente, cuanto mas pronto nos tratemos mejor; conque vamos andando. ¿A usted le gusta lo fino ó lo basto?

—¿Qué dice usted?

—Que podemos ir al café ó á la taberna.

—Mire usted, si hubiera buen vino me importaria poco la taberna porque aunque yo soy médico de Cercedilla, aquí nadie me conoce; pero qué diablos, yo como soy médico soy algo químico y conozco que el vino de las tabernas sabe á cieno y está además fortalecido con sulfato de cobre, es decir que es un veneno y que si hubiera un hombre que bebiera de una vez una cantidad respetable de ese vino, reventaba: por eso no quiero ir á las tabernas.

—Pues vámonos al café, hombre.

—Tambien en los cafés el vino vale muy poco, pero no es tan perjudicial ni tan dañino como el de las tabernas.

—Válgame Dios, hombre, y qué cosas dice usted, comparito,—dijo Pescozon adelantando con don Braulio á lo largo de la calle de Hortaleza,—pero vámonos al café. ¿Quién repara en que si el vino puede ó no puede envenenar, en que si sabe ó no sabe á vino y si tiene esas cosas que usted dice? el vino es lo mismo que el tabaco y la cuestion es acostumbrarse á él sea bueno ó malo, que luego no se repara en lo que se bebe y todo nos parece bueno y vamos andando, pero en fin sea como usted quiera y vámonos al café.

Don Braulio y Pescozon se metieron en un café situado esquina á la calle de las Infantas y á la calle de Hortaleza, y don Braulio se sentó en un rincon oscuro, como que no le agradaba mucho que le vieran con un hombre de mala facha como Pescozon á pesar de que es-

taba bien vestido, como cualquier vecino honrado, y pidió dos copas de ron.

—Mire usted, compadre,—dijo Pescozon,—déjese usted de copas; que traigan una botella, y en acabándose que traigan otra, y luego otra hasta que nos hartemos, que á mí no me gusta beber á tasa ni á palo seco. Oye, tú, muchacho, ¿hay aquí salchichon, hay jamon en dulce, qué es lo que hay?

—Hay huevos fritos, bisteks, chuletas, y salchichon y queso de gruyer, y queso de bola; en fin todo lo que ustedes quieran.

—Oiga usted: ¿y no hay aquí aceitunas de la reina?

—Si no las hay se pueden traer.

—Bueno, pues traiga usted como un plato con colmo de aceitunas de la reina.

—Está bien.

—Oiga usted: ¿aquí no hay bocas de la Isla?

—No señor, no he oido nunca hablar de eso.

—¡Vaya!... y diga usted, ¿aquí hay percebes?

—Si en la casa no los hay los hay en los andaluces, cuando vienen; pero no sé si hoy los habrá ó no.

—¿Y si no hay percebes, habrá langostines?

—Bueno, se verá.

—Pues si hay, que traigan de las dos cosas, porque este compañero y yo tenemos muy buenos dientes.

Don Braulio, aunque no era muy generoso, no se oponia.

Estaba viendo que se le armaba una cuenta larga, pero en aquello mismo su buena fé le decia:

—Este tunante ha comprendido que yo puedo necesi-

tarle, y se entra conmigo en buenos términos de trato, gastándome el dinero: conque vamos adelante: quién sabe si el duque no se muere si éste podrá servir para quitármele de enmedio, porque la gran cuestion con que tengo que combatir es la Cancamusa, que si al fin y al cabo me despreció cuando la hablé en la cancela de Santo Tomás, conozco que se acordaba de mí, y que no la pesaria tener ahora amores más largos que los que tuvo conmigo.

Pensando de esta manera, sin saber que estaba delante de su verdugo, no hacia óbice alguno á lo mucho que pedia Pescozon.

En fin, el mozo volvió trayendo, á falta de percebes y de langostinos, almejas en gran cantidad, un plato de aceitunas sevillanas y una botella de ron.

—¿De qué es esta botella?—dijo Pescozon.

—¿No han pedido ustedes ron?

—Sí, hombre, sí; pero el ron es bueno para la sosiega, y no para comer: ¿no hay manzanilla?

—No señor.

—Vamos, aquí no hay nada.

—Pues no sé por qué han venido ustedes al café en lugar de ir á los andaluces: allí tendrán ustedes de todo.

—Sí, ¿eh? pues mira ya no te doy propina, y aunque me da vergüenza porque yo no doy nunca ménos de un duro de propina cuando se me sirve bien, por desvergonzado no te daré ya ni dos cuartos.

—Pero señor, si yo no he ofendido á usted; si esto no ha sido más que una observacion,—dijo el mozo cam-

biando de tono:—yo soy muy servicial, y estoy aquí para servir á todo el mundo, y cuanto más sirvo más contento estoy porque así gano más, porque naturalmente, sirviendo bien á todas las personas, todas gratifican.

—Vamos, vamos, déjate de letras menudas y tráete dos botellas de manzanilla con sus correspondientes cañitas; conque vete por ellas á los andaluces, y si no tienes dinero para pagarlas, yo te lo daré.

—No me hace falta el dinero, y voy por ellas volando.

—Ea, pues largo, que tenemos que hablar cosas de mucha entidad y no necesitamos quien nos estorbe.

El mozo se fué.

—Cualquiera diria,—dijo don Braulio,—que traemos entre manos alguna cuestion de gran monta, cuando esto no es más que nos hemos visto, que hemos simpatizado y nos hemos reunido para pasar un rato alegremente.

—¡Ay amigo, y lo que nosotros tenemos que decirnos!... ¡pues si yo le digo á usted todos mis conocimientos!... ¿le gustan á usted las mozas, señor mio?

Don Braulio se puso alerta.

Creyó que se las habia con un comisionista de amor.

—Hombre, sí, me gustan mucho las buenas mozas, pero cuando no se conocen, hay que andarse con mucha reserva.

—¡Cállese usted! ¡reserva!... ¡si yo no hablo aquí de malas mujeres!... ¡dónde vamos á parar!... me estimaria yo muy poco si le hablase de ello: es que yo tengo una comadre que se llama Rosarito, del barrio de Santa María de Cádiz, y que es viuda, y que si no se casa aun-

que tiene muchos dineros, porque su marido que era carnicero los ganó muy bien, es porque quiere casarse, por conservarlos, con un hombre arraigado, que tenga un por qué decente para vivir en gracia de Dios: no se lo digo á usted porque me haya parecido un buen marido para mi comadre, no señor: así que salgamos de aquí vamos á ir á casa de Rosarito, y vá á ver usted cómo canta una soleda que se va usted á volver loco, señor médico: cuando simpatizan dos personas, como nosotros hemos simpatizado, se sacan á relucir todas las cosas buenas: yo saco á relucir á mi comadre, y usted saca á relucir lo que tenga, y, en fin, de correspondencia en correspondencia seremos los mejores amigos del mundo.

—Pues no me parece mal,—dijo don Braulio, que era alegre de génio y amigo de divertirse, lo que no impedia que mantuviese tenaz su pasion volcánica por la Cancamusa.—Bebamos y comamos, que despues nos divertiremos todo lo que á usted le dé la gana.

—Pero diga usted, señor médico, ¿cómo es su gracia de usted? no me acuerdo.

—Braulio.

—Pues oiga usted, don Braulio, lo primero entre amigos es que no se desuellen unos á otros, porque donde hay pega no hay amistad: lo que hoy se gaste, y durante el tiempo que nos tratemos, á escote, ¿comprende usted? y mucha franqueza sobre todo, esto es lo que conviene.

—Hombre, yo no he pensado en eso siquiera, porque siempre que salgo á la calle voy bien aforrado, y sino, mire usted.

Y don Braulio metió la mano en el bolsillo, y sacó una docena de onzas.

Brillaron los ojos de Pescozon, pero tan rápidos al mismo tiempo, que don Braulio no pudo notarlo.

—Bueno es saber que lleva oro,—dijo para sí Pescozon, á fin de elegir mucho mejor el sitio donde se pueda hacer algo bueno: comparito, tú eres un tonto que te entregas al primero que llega, ó un pillo muy largo que me necesitas para algo: en fin, de aquí á la noche veremos lo que te saco del corazon, ó lo que te suelto en él; veremos, comparito.

En aquel momento se acercó el mozo.

—Aquí están,—dijo,—las botellas de manzanilla y las cañas.

—Bueno, muchacho; ¿y las has descorchado ya?

—Sí, señor.

—Bueno, así me gusta á mí,—dijo Pescozon,—me parece que te vas á llevar una buena propina.

—No lo hago por eso,—dijo el mozo.

Y se fué.

—Conque, lo dicho, señor médico,—dijo Pescozon,—somos amigos, ¿no es verdad? Usted á mí me es muy simpático.

—Hombre, y usted tambien me lo es á mí,—contestó don Braulio.

No se sabia quién iba de peor fé.

Pescozon necesitaba asegurar á don Braulio.

Don Braulio habia conocido que Pescozon era hombre capáz de cualquier cosa, y le trataba con todo el cariño que podia, por si acaso le necesitaba.

—Ea,—dijo Pescozon,—pues mire usted, de esto hemos dado fin, y yo no quiero beber más, porque esta manzanilla está remostada, y todo lo que no sea la manzanilla fresquita del Puerto, no hay para qué; conque, llamaremos y pagaremos, ¿eh?

—¿Cómo es eso de que pagaremos?

—Hombre, ¿pues no se ha de pagar?

—Sí señor, pero yo pago esto, despues usted pagará lo otro.

—¿Pues no habíamos dicho que á escote?—insistió Pescozon.

—Hombre, bien,—dijo don Braulio,—pero yo entiendo el escote á mi manera.

—Vamos á ver cómo es su manera de usted.

—Pues entre dos amigos, decir á escote, es que uno gaste un dia y otro otro dia; por lo mismo, el dia de hoy es mio.

—Bueno, señor médico, pues mañana será mi dia.

—Corriente.

Don Braulio llamó, dando fuertes palmadas: acudió el mozo.

—¿Cuánto es?—le dijo don Braulio.

—Ciento quince reales,—respondió el mozo.

—¡Hombre!—exclamó don Braulio, dando un salto sobre la silla,—¿ciento quince reales por esto?

—¡Pues vaya usted! ¿no se hace usted cargo de que se han traido dos botellas de manzanilla, y medio barril de aceitunas, y seis libras de almejas, y una botella de ron?

—Pero si del ron no se ha tomado más que una copa...—dijo Pescozon,—y de las botellas de manzanilla

queda una, y están ahí la mayor parte de las aceitunas, y dos libras de almejas...

—Eso no es cuenta mia,—dijo el mozo,—llévenselo ustedes; yo lo he pagado á toca teja en el mostrador de los Andaluces y en el mostrador de aquí.

—Nada, nada,—dijo don Braulio,—no hay que disputar por eso; tienes razon, tienes razon; toma seis duros, y guárdate de propina los cinco reales que sobran y lo que ahí se queda, y hasta el valle de Josafat, porque de aquí sale uno muerto.

—Vayan ustedes con Dios, y muchas gracias,—dijo el mozo.

Salieron por la puerta de la calle de Hortaleza, y Pescozon echó hácia la Red de San Luis.

IV.

—¿Dónde vive la Rosarito?—le preguntó don Braulio.

—En la calle de Pelayo,—dijo Pescozon.

—¡Calla! ¿y dónde está la calle de Pelayo?—dijo don Braulio.

—¿No ha estado usted nunca en Madrid?—dijo Pescozon.

—Mucho, hombre, mucho, como que soy yo madrileño, del barrio de Toledo, para lo que gustes mandar.

—Y entonces, ¿cómo no sabe usted que la calle de Pelayo es la calle de San Anton?

—¡Calla! ¿la han mudado el nombre?

—Si señor, sí; si ahora se muda todo, si esto es no entenderse; mire usted; los que antes se contentaban con

ir de chaqueta, ahora van de levita, y vaya usted á conocer á los tunantes, esto es una perdicion: tunante hay sentenciado á muerte en rebeldía, que se pasea muy campante en Madrid, sin que nadie se meta con él y hecho un señor: antes se decia vámonos á la fonda, y ahora se dice vámonos al restaurant; en fin, aunque todo se queda la misma cosa, á todo se le cambia el nombre: ya se habla de otro modo, mire usted, antes á un tonto se le llamaba tonto, y ahora se le dice hombre de buena fé.

—Sí, hombre, sí, como se llama á los diputados que compran el acta para vender el voto, padres de la patria; pero amigo, por aquí no se vá á la calle de Pelayo ó de San Anton.

—Ya se vé que no,—dijo Pescozon,—pero antes de ir á casa de la Rosarito, para que usted conozca alguna vez á una hembra buena, tengo yo que ir ahí á la calle de los Negros, á darle á un amigo una contestacion urgente; es persona de confianza y muy campechana, pero tiene un poquillo de *timba* en su casa, y si usted no quiere jugar, quédese usted en la puerta.

—Hombre, no, pues si no hay cosa que me guste á mí más que un entrés,—dijo don Braulio, que lo que procuraba era tener contento á aquel pillo, en quien habia visto un arma.

—Bueno, pues si le gustan á usted los *entreses* y los *elíjanes*, lo que yo le puedo decir á usted, es que allí se juega á la *barda*, ó por si usted no lo entiende, porque no me parece usted jugador, se juega limpio, porque todas son personas decentes, que se entretienen en jugar como podrian entretenerse en coger moscas; ya vé usted

que entre caballeros estaria muy feo el que se andase con fullerías.

—Pues me alegro mucho de haberme encontrado con usted, amigo, porque á mí me gusta el juego, y como hace veinte años que yo falto de Madrid, y no conozco á nadie, me estaba fastidiando.

—Pues mire usted, ya estamos,—dijo Pescozon, metiéndose en la estrecha y súcia calle de los Negros, por un portal lóbrego, que parecia por lo triste y por lo mal que olia una boca del infièrno.

Subieron al piso principal, y abrió una buena moza muy descarada.

—Vamos, Gertrudillas,—dijo Pescozon,—quítate de en medio para que pasemos mi amigo y yo, que como estás tan gorda, abultas y estorbas.

—Vaya, ¡y qué fino vienes tú hoy! no sabia yo que era un estorbo.

—Hombre, aquí en el callejon, sí, porque esto es muy estrecho, en otra parte, ¡qué has de estorbar tú, cielo! ¿oyes? ¿está ahí Mercadillo?

—Sí, pero está ocupado con unos amigos.

—Eso no le hace; llévanos á la sala de adentro, que este señor es un amigo mio muy de confianza; oiga usted, señor, ¿como se llama usted? para que yo lo presente, porque hay señoras.

—Me llamo don Braulio Zancudo, médico de la villa de Cercedilla, y propietario.

—Y rico, ¿eh?

—Medianamente, lo que basta para comer gallina todos los dias.

—Ajá, me parece bien,—dijo Pescozon.

Entretanto, la buena moza adelantaba por un pasillo largo y estrecho, á cuyo fin habia una puerta, que abrió, que daba paso á una sala en que habia una larga mesa cubierta por un tapete verde, sobre la cual pendia una lámpara de dos bombas con pantalla, y que estaba encendida, porque allí se habia hecho noche cerrando la habitacion.

Alrededor de la mesa habia sentados hombres y mujeres; ellos bien vestidos, muchas de ellas hasta elegantes.

Por fuera del círculo de las sillas, habia muchos hombres de pié.

Don Braulio habia entrado en una infame casa, en que se unian en un repugnante maridaje la prostitucion y el juego.

En uno de esos pozos inmundos que tanto abundan en Madrid.

La buena moza que acababa de entrar, dijo en voz baja, rápida y de todo punto imperceptible:

—Mucho ojo, un *primo* con Pescozon.

Nadie contestó, pero se sintió en aquella concurrencia una especie de sensacion, de latido, por decirlo así.

La *encerrona* estaba hecha.

V.

Entraron un momento despues Pescozon y don Braulio.

—Buenas tardes, señoras y señores,—dijo el primero

en voz alta,—nos entretenemos, ¿eh? me alegro: aquí presento á ustedes á mi amigo don Braulio Zancudo, médico de la villa de Cercedilla, propietario y rico.

—Sea enhorabuena,—dijo la dueña de la casa, que era cincuentona, y que estaba sentada al lado de la cabecera, es decir, del que tallaba.

—Para servir á ustedes, señoras y señores,—dijo don Braulio, haciéndose el inocente.

—Vamos, Pepita,—dijo Pescozon á una chica como de diez y siete años, fuertemente hermosa, y vestida con suma elegancia, que estaba á la derecha del *gurrupié,* esto es, el encargado de pagar las puestas á los puntos que ganaban, y de recoger las de los que perdian.

La chica hizo un hueco, y apareció no se supo por donde una silla.

—Don Braulio,—dijo Pescozon,—esta señorita es malagueña, bien se le conoce en los ojos árabes que tiene, persona muy decente, y con pension, porque es hija de un brigadier; su mamá es esta respetable señora,—añadió refiriéndose á una estantigua apergaminada y seca, vestida con un lujo chillon.

—Muy señoras mias,—dijo don Braulio, sentándose.

—Servidoras de usted, caballero,—dijo la mamá,—calle del Mediodía grande, número 15, cuarto principal, tiene usted su casa; estamos indefectiblemente allí desde las seis á las nueve de la noche, despues se nos encuentra ó aquí ó en el café del Gato, plazuela de la Cebada, donde hay una chica que canta admirablemente.

—Muchas gracias, señora, ya tendré el honor de visitar á ustedes.

—Cuando usted guste,—dijo la mamá.

—¡Jesus y qué entrometida es, y qué sin vergüenza, esa doña Escolástica!—dijo una preciosa polla, aunque algo pálida y demasiado lánguida, á un jovenzuelo descarado,—mira tú, si ese tonto nos venia bien á nosotros, Emilito, y tan tronados como estamos.

—Deja, Agustina, deja que él tome la carnada, y ya nos veremos,—contestó Emilito.

—Señores, con confianza,—dijo Pescozon,—el señor don Braulio es muy buen sugeto, continúen ustedes divirtiéndose.

—Juego,—dijo Mercadillo, que era el que tallaba, volviendo la baraja.

—Pero se ha barajado, se ha cortado,—dijo una voz bronca y poco atenta, desde uno de los extremos de la mesa.

—Cuando nadie dice nada, no hay para qué hable uno,—contestó Mercadillo.

—Juego,—dijo don Braulio, sacando un gran bolson de seda verde, que atrajo las miradas de todos los concurrentes, por lo repleto que estaba.

El banquero volvió otra vez boca abajo la baraja, y permaneció quieto.

—¿Cuánto hay de banca?—preguntó don Braulio.

El gurrupié contó: resultaron tres mil y quinientos reales.

—Copo,—dijo don Braulio, volviendo una sota que estaba en el albur contra un caballo.

—Juego,—dijo el banquero.

—Juego,—dijo la misma voz bronca que habia hablado antes desde el extremo de la mesa.

—¿Para qué? ¿para retirar la puesta?

—No señor, para doblarla.

—Juegue usted.

—Sobre ocho otros ocho,—dijo el de la voz bronca, arrojando sobre la mesa ocho napoleones, que el gurrupié tomó y puso sobre el caballo.

Pero apenas habia sucedido esto, un hombre de ojos entornados, moreno, con unas grandes patillas y muy mala cara, se acercó al que habia doblado la puesta, y le dijo:

—Oiga usted, caballero, haga usted el favor de no abusar, que eso no tiene gracia ni está bien.

—Déjeme usted á mí en paz, ó *grazno* y le abro al tonto los ojos,—dijo el otro,—y si usted no lo quiere así, espérese usted á que se acabe este belen, y nos tomaremos lo que usted quiera, que no tengo yo partida la capa con nadie, y cuando pasen rábanos, ¿qué hay que hacer sino comprarlos?

—Bueno, hombre, bien, con tal de que usted cumpla luego...—dijo el otro.

—Yo haré lo que me dé la gana; por lo pronto cobrar la puesta, porque ha salido mi carta.

El gurrupié vió lo que importaban las puestas, lo sumó con lo que habia en la banca, y dijo á don Braulio:

—Ha perdido usted seis mil reales.

—Vaya, pues tome usted, amigo, dijo don Braulio.

Y dió los seis mil reales en oro al banquero, que pagó á los que habian ganado.

—Juego,—dijo Mercadillo.

—Juego yo,—dijo don Braulio, que habia estado mirando atentamente la baraja,—fuera de la que está debajo y la que se ha visto, copo al tres.

—Juego,—dijo el de la voz ronca,—allá van esos mil reales al as.

Volvió el banquero la baraja.

—Cuidado, que muerde,—dijo don Braulio.

Mercadillo le miró, y le aturdió la mirada que tenia fija en él don Braulio.

Aquella mirada queria decir:

—Cuidado, que sé que debajo de la segunda está la mia.

Hay momentos en que un tunante se siente dominado, se descompone y deja de ser tunante.

A la tercera carta salió el tres, y don Braulio dijo al gurrupié:

—Recoja usted todo eso, y con lo de la banca venga acá.

—Vamos claros,—exclamó irritado el de la voz ronca, porque se le habian llevado mil reales,—¿á quién se encierra aquí?

—Aquí no se encierra á nadie,—dijo don Braulio,—y en prueba de ello, si se me permite, yo voy á tallar á la *barda* doscientas onzas.

—Pues si señor, ¿por qué no?—dijo Mercadillo,—aquí cabe todo el mundo.

—Vaya, pues, Pepita, recoja usted eso que habia en

la banca,—dijo don Braulio,—para que tenga usted con que apuntar.

La muchacha se puso pálida y encendida, y miró á don Braulio con un amor infinito.

Todos aquellos tunantes y tunantas sintieron un no sé qué respecto á don Braulio, una cosa que pudiera haberse llamado incertidumbre mortal.

¿Era un tonto ó un pillo? ¿Un millonario ó un caballero de industria?

Don Braulio dió un bolsillo al gurrupié, y le dijo:

—Cuente usted.

El gurrupié vació el bolsillo, contó el dinero, y dijo:

—Aquí hay ciento treinta onzas.

—Pues con setenta más, doscientas,—dijo don Braulio, sacando oro á puñados del bolsillo,—vaya usted contando.

—Doscientas cinco,—dijo el gurrupié.

—Pues guarde usted el pico para tomarse un café,—dijo don Braulio.

—Muchas gracias, caballero, servidor de usted,—contestó el gurrupié.

Don Braulio dió la vuelta, se sentó en el sillon que habia dejado Mercadillo, y dijo á la dueña de la casa, que estaba á su izquierda, pasando los dedos por el borde de la baraja y mirándole:

—Señora, quien le procura á usted las barajas, es un tunante; están marcadas, ésta á lo ménos.

—¡Jesus!—exclamó la gran mujer,—¿marcadas dice usted?

—Que venga aquí quien tenga buena vista,—dijo don

Braulio,—que yo no necesito que me lo diga nadie; en fin, el mal se remedia cuando se conoce; que vayan ahí á la tienda de al lado, y se traigan media docena de barajas de las que compran para jugar los hombres de bien.

Diez minutos despues habia diez barajas empaquetadas aún sobre la mesa.

Mirólas bien don Braulio, desempaquetó una, y dijo:

—Estas son buenas y grandes; ea, señores, vamos á ver lo cierto, hoy se vá á jugar aquí bien por casualidad; á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga: vamos, Pepita, corte usted, que tiene usted unas manos preciosas, hija; me estoy muriendo por ellas desde que las ví.

—Muchas gracias, pues no se muera usted,—dijo con acento zalamero Pepita.

Y cortó.

—Juego,—dijo don Braulio, echando el albur.

Hubo un momento de indecision.

Aquello era desacostumbrado.

Al fin, cayeron algunos duros á ambos lados.

—Mucho se me teme por lo que veo,—dijo don Braulio tirando el gallo.

Las puestas fueron menores.

—Juego,—dijo don Braulio.

Y volvió la baraja, y empezó á tirar de la manera más limpia del mundo.

VI.

—¿Qué hombre nos has traido aquí?—dijo Mercadillo á Pescozon.

—Hombre, yo no lo sé,—dijo Pescozon,—este hombre es un encargo.

—¡Un *muló*!—dijo Mercadillo.

—Sí,—dijo Pescozon,—un *muló* para esta noche.

—¿Y eres tú el que le tienes que *mulabar*?

—Sí, hombre, he tomado ya dos mil reales á cuenta, y el otro me ha dicho que sin remedio, vea yo lo que viere, que hay mucho compromiso.

—Pues mira, mejor, así, aunque tenga las manecitas de plata, y se lleve todo el dinero, si tú le *amulabas* en buen sitio...

—Ya, basta; y, ¡caramba si tiene manos de plata! mira, se ha llevado las cargadas.

—Juego un entrés,—dijo el de la voz ronca.

Don Braulio tiró el entrés.

El otro puso un billete de á cuatro mil reales.

—Juego,—dijo don Braulio.

Al volver dejó ver la doble.

—Bueno, bien, no me pesa,—dijo el de la voz ronca,—eso se ha hecho en regla; mil duros al elíjan.

—Con verlo basta, compadre,—dijo don Braulio.

—Ahí van cinco de á cuatro,—contestó sin ofenderse el de la voz ronca.

Echó el elíjan don Braulio, y dijo:

—Juego.

Y volvió la baraja.

El cuarto rey apareció.

—Palabra compadre,—dijo el de la voz ronca,—¿se espera usted á que yo vaya por fondos?

—Si estoy aquí, estaré, y si no, en otra parte.

—Pero hombre, y volverá usted.

—Segun se me ponga.

—Nada hay que decir á eso,—dijo el de la voz ronca,—á usted le ha soplado la suerte, buen provecho; ea, hasta despues ó hasta nunca.

Y se fué rebozándose en su capa torera y despeinando al embozarse á una cuca, que exclamó:

—Vaya un bárbaro.

A la media hora nadie en la casa tenia dinero, á excepcion de Pepita que habia jugado con método y de más de seis mil reales que la habia regalado don Braulio solo habia perdido quince duros.

—La casa abona por sus puntos de costumbre,—dijo sofocada la enorme matrona dueña del garito.

—Con verlo basta,—dijo friamente don Braulio.

—¿Qué no tengo yo responsabilidad?—exclamó sofocada doña Pilar,—anda tú, Alfileres y dile á don Cosme que te dé al momento dos mil duros.

Alfileres era el que habia hablado con el hombre ronco y no se habia atrevido con él.

—Ves tú ahí, Pepita,—dijo doña Pilar,—si tú fueras buena, con ese dinero que tienes nos entretendriamos hasta que viniera Alfileres.

—¿Que tengo yo dinero, señora?—exclamó Pepita,—

si el señor don Braulio, nos ha llevado hasta cinco reales que tenia yo reservados para un botecillo de Cold-cream y á mamá la ha dejado aspergis.

—Vaya, bien,—dijo doña Pilar con un retintin, bajo el cual asomaba la cólera,—se tendrá presente, queridita, para cuando haga falta.

—Bueno, me parece que no hará falta, señora,—contestó la vieja madre de la chiquilla que contaba ya con don Braulio.

—Yo no *armo* á nadie,—dijo éste,—y mucho ménos cuando tallo, si no tallara seria distinto, esperemos á que vengan esos dos mil duros.

—¿No hay quien ponga un burlote entretanto?—dijo doña Pilar.

—Advierto á usted, señora, que yo admito hasta cuartos,—dijo don Braulio,—y que no consiento se burlotee teniendo yo las manos en la masa, conque vamos á ver.

Y barajó y dió á cortar á Pepita.

Pepita cortó.

Don Braulio tiró el albur, pero no se hizo puesta ni por un solo céntimo.

Todos habian quedado limpios y Pepita que no lo estaba queria pasar por limpísima para ser consecuente.

Se levantaron todos y se dividieron en corrillos.

Don Braulio se acercó á Pepita y la habló de establecimiento de relaciones de amor.

—Ay, caballero,—dijo Pepita,—yo estoy mala, yo me intereso por usted y tengo que decirle á usted una cosa, véngase usted conmigo para adentro, yo oigo mucho.

Don Braulio se fué detrás de la muchacha que se metió con él en un aposentillo.

—Es necesario que nos volvamos cuanto antes,—dijo la jóven,—yo he oido que el que ha venido con usted ha dicho á Mercadillo que se habia obligado á matarle á usted.

—Gracias, chica, gracias,—dijo don Braulio,—te voy á hacer feliz, muchacha, ya sé por donde puede venir esto, ¡ah, doña Mercedes, doña Mercedes! nos veremos, nos veremos, veremos, hija, veremos: toma estos mil duros,—y se los dió en billetes:—no salgas esta noche de tu casa, yo iré á verte.

—Muy bien, señor, muchas gracias.

Y salieron volviendo á la sala de juego.

La muchacha habló rápidamente con su madre y la dió algo.

La madre se escurrió hácia donde estaba doña Pilar.

—Si me pone usted un pagaré de veinticuatro mil reales,—la dijo,—aquí hay mil duros.

—Vaya, sí, hija, sí, venga usted para allá;—dijo doña Pilar.

VII.

Seis minutos despues decian algunos tunantes:

—Que no se juega, no hay banca.

—Perfectamente,—dijo don Braulio que oyó estas palabras separándose de Pepita y ocupando su lugar,—hay de banca dos mil duros.

Al cuarto de hora se habia vuelto á quedar todo el

mundo sin dinero, á pesar de que don Braulio habia ganado nada mas que diez mil reales.

Los armados de la casa se habian quedado con la mitad de la armadura.

Don Braulio se reia á mandíbulas batientes.

—Eh, muchacho,—dijo á Pescozon,—vente conmigo que ese Alfileres no ha encontrado adonde prender, vaya con Dios; á los piés de usted, doña Pilar, á los piés de ustedes señoras, Pepita, lo dicho esta noche iré á verte, hija mia.

—Cuando usted guste, caballero,—contestaron á la vez la madre y la hija.

VIII.

Aquel dia célebre no se ha olvidado aún en el garito de la calle de los Negros, que aún existe ó existia, no estamos seguros.

Todo lo que hemos dicho resulta de los datos que tenemos á la vista, esto es, de unos largos apuntes que se nos remitieron anónimos, con un sobre y con el título de *Memorias de cuatro pillos*, sobre los cuales hemos escrito este libro.

Nosotros creemos que no hay cuatro pillos, sino uno solo, y que este uno solo debió ser don Braulio.

IX.

Éste y Pescozon, que iba indeciso y aun con miedo, salieron á la calle.

Empezaba á oscurecer.

En la Red de San Luis, don Braulio se detuvo junto á un coche de plaza.

—¿A dónde vamos?—dijo Pescozon.

—¿A dónde?—dijo don Braulio,—al Campo de Guardias, adonde nadie nos vea ni nos oiga, donde nos entendamos frente á frente.

—Yo no tengo que entenderme con usted,—dijo Pescozon,—y sobre todo, si quiere usted que nos entendamos, vámonos casa de la Rosarito y allí hablaremos.

—¿Qué número es el de la Rosarito?—dijo don Braulio.

—Quince, de la calle de Pelayo.

—Pues á la calle de Pelayo, número quince,—dijo don Braulio, dirigiéndose al cochero.

Y entró en la berlina.

Pescozon entró tambien alarmado y medroso.

—Conque te habias comprometido á matarme esta noche,—le dijo bruscamente don Braulio.

—¡Yo!

—Vaya, hombre, sí, tú.

—Pues mire usted, puede ser que sea verdad,—dijo Pescozon,—porque, ¿á qué estamos en el mundo más que para ganarnos la vida?

—Como los demás para guardarla, muchacho, y te advierto que no eres tú quien me mata á mí, como has visto que los de la casa adonde me has llevado, no servian para robarme.

—Ya, ya,—dijo Pescozon,—en mi vida he visto otra los ha dejado usted asustados.

—Y tú tienes miedo.

—Pues ya lo creo que tengo miedo, porque usted parece un infeliz, y á lo infeliz balda usted al moro Muza.

—Mira, muchacho, nos hemos juntado dos tunantes, y es menester que nos tratemos á la buena fé; tú te habrás comprometido á matarme por dinero; bueno, yo te daré dinero para que me digas quién te ha mandado matarme.

—Sonsi,—dijo Pescozon,—que ya estamos casa de Rosarito, y ahí hablaremos, y no hay que guardarse de ella, porque ella es mujer que sirve para todo.

Bajaron, despidió don Braulio el carruaje, y entraron en una casita pequeña, pero de buena apariencia, en que solo vivia un vecino, y este vecino era la gaditana Rosarito Melquiza, la alegre prendera y prestamista de todos los vendedores é industriales menudos del barrio de San Anton.

Abajo tenia la tienda, la habitacion arriba.

Se metieron en la tienda don Braulio y Pescozon, y les salió al encuentro una buena, buenísima moza, como de veintiocho á treinta años, con esa gracia y ese atractivo peculiar á las gaditanas, peinada á la andaluza, con rico manton de Manila con las puntas cruzadas atrás, y traje de merino de medio color de lila, con adornos.

—¿Qué se ofrece, señores?—dijo con un marcado ceceo, y sonriendo con mucha amabilidad.

—Qué ha de suceder, Rosarito de mi vida,—dijo Pescozon,—sino que este señor, que es don Braulio Zancudo, médico del pueblo de Cercedilla, propietario y muy rico, viene aquí á empeñar una prenda.

—¡Ay, Jesus!—dijo Rosarito,—¿y siendo usted tan rico, señor, se vé usted obligado á empeñar?

—Párese usted, moza:—dijo Pescozon,—lo que este señor viene á empeñarle á usted, es el corazon y las entretelas.

—Hombre, Pescozon, que me has dejado parada la sangre de ese escopetazo; ¡válgame Dios y qué prendas de tan mal empeño trae este caballero! en fin, hablaremos.

—Mira tú, Rosarito,—dijo Pescozon,—¿por qué no cierras la tienda, que tenemos que hablar mucho, y largo, y secreto?

—Pues, hijo mio, si yo la cierro siempre al oscurecer; señora Pepa, venga usted acá.

Apareció una criada vieja y desgabilada.

—Encienda usted luz arriba, y luego cierre usted.

—Muy bien, señora Rosario.

—Vamos, señores,—dijo la Rosarito.

Y echó por unas escaleras.

Pescozon encendió un fósforo.

Entraron en una salita, y poco despues la señora Josefa entró con una bujía encendida en un candelero de metal.

CAPITULO XXXIII.

De pillo á pillo.

I.

Se quedaron solos la Rosarito, que de cada vez llenaba más el ojo de don Braulio, éste y Pescozon.

—Vamos á ver, Rosarito,—dijo este último,—que lo que hay que hablar es muy gordo; apuesto á que está en tu casa el Nenito.

—Hombre, sí, allí está durmiendo la siesta.

—Pues llámale y hablaremos.

Rosario entró en una alcoba, cuyas vidrieras abrió, y á poco salió el Nenito, que dijo:

—¿A qué viene esto, Pescozon?

—Esto viene á que todo lo sabe este caballero,—contestó Pescozon,—á que me ha hablado francamente, y que yo creo que ó se le *mulaba* aquí, ó se le oye.

Don Braulio se hizo á un rincon rápidamente, sacó un rewólver, y dijo:

—A mí no se me *mulaba* por ahora.

—Pare usted la jaca, compadre,—dijo el Nenito,—que aquí se atiende á razones; usted hable, y veremos lo que se puede hacer.

—Yo hablo á distancia,—dijo don Braulio,—porque entre amigos, con verlo basta, y quien aquí mata á alguien si no se me canta de plano la verdad, soy yo.

—Todo eso está de más,—dijo el Nenito,—porque aquí no se mata á nadie.

—Ni lo consentiria yo en mi casa,—dijo la Rosarito.

—Vamos claros,—dijo don Braulio, dirigiéndose á el Nenito,—¿tú eres capáz de meterle á un cristiano en el bolsillo una carta, sin que él lo sienta?

—¿Y no es más que eso?

—No más.

—Pues amigo, si con eso se arregla todo, venga la carta; pero yo no le entiendo á usted.

—Vaya,—dijo don Braulio,—¿quién te ha pagado á tí para que me mates?

—Yo no le conozco,—dijo el Nenito.

—¿Es un señor alto, grueso, como de treinta y cinco años, un poco ordinario, moreno, con grandes patillas y grandes bigotes, con los ojos negros, que tiene así algo de extranjero en el habla, y las manos grandes y vellosas?

—Si señor, ese es,—dijo el Nenito.

—¿Ha hablado conmigo esta mañana en la puerta de una barbería en la calle de Hortaleza?

—Si señor, sí, el mismo es.

—Vaya bien, Bartolote: ¿y cuándo tienes tú que ir á

darle la razon á ese hombre de si me has matado ó no?

—Esta noche.

—¿A dónde?

—Al café de Venecia.

—Bueno, pues irás,—dijo don Braulio, dirigiéndose á el Nenito,—y le dirás que el asunto está despachado; pero mientras se lo dices, le metes en el bolsillo una carta que yo te daré.

—Muy bien,—dijo el Nenito,—y ¿dónde está esa carta?

—Es necesario escribirla, y en buen papel, en papel fino, elegante, y con un sobre.

—Por eso descuide usted,—dijo la Rosarito,—que yo tengo de todo eso, porque tengo que escribir muchas veces á personas muy decentes.

—Bueno,—dijo don Braulio,—dame papel y tintero.

La Rosarito salió, y volvió á poco, y puso sobre la mesa un tintero de metal y un cuadernillo de papel y algunos sobres.

—Es menester que busques lacre,—dijo don Braulio.

—Muy bien; tambien le tengo.

—Ahora, salíos de aquí,—dijo don Braulio.

Los dos tunantes salieron.

Don Braulio se sentó en la mesa, dejó junto á sí el rewólver, sacó una cartera, de ella una carta, y la estuvo estudiando.

Aquella carta era una de las de la Cancamusa, que don Braulio, como sabemos, habia comprado á algunos de sus antiguos amantes.

Durante dos minutos, don Braulio no hizo otra cosa

que estudiar la carta y estar atento, por si se abria la puerta, para echar mano al rewólver.

Al fin, se puso á escribir.

La letra era exactamente parecida á la de Mercedes.

Hé aquí lo que habia escrito don Braulio.

«Bartolote: Me tienes muy disgustada. Sabes cuánto me importa que muriera don Braulio Zancudo: ese hombre ha sido amante mio, y en la posicion en que me encuentro, puede comprometerme. Tú me prometiste, por un dineral que me sacaste, matar á ese hombre, y todavía vive. No te veo; huyes; necesito escribirte. Espero que serás prudente, y quemarás esta carta. Si no te basta con los diez mil duros que te he dado, pídeme más, que estoy resuelta á cualquier sacrificio, con tal de verme libre de un compromiso.

»Mercedes.»

—Bien, perfectamente,—dijo don Braulio,—los peritos calígrafos declararán que esta letra es completamente igual á la de la señora duquesa del Humbroso. Pongámosla el sobre.

Y doblando la carta, la metió en un sobre, la lacró, luego la sobrescribió: «Al señor Bartolote Corsini, mayordomo de la señora duquesa del Humbroso.» Despues rompió el sobre de la carta.

—Podeis entrar,—dijo don Braulio, yendo á la puerta de la sala con el rewólver en la mano.

Entraron el Nenito, Pescozon y Rosarito.

—Toma la carta que te he dicho,—dijo á el Nenito don Braulio.

—Bien, eso está muy bien,—dijo el Nenito ,—puede usted estar seguro, que aunque ese señor esté abrochado hasta el pescuezo, y no tenga bolsillo que se le vea, le meto esta carta sin que lo sienta.

—Muy bien, eso es lo que hay que hacer.

—Pero vamos á cuentas, ¿qué ganamos en esto?

Don Braulio vació sobre la mesa su bolsillo, y dejó en ella en billetes del Banco lo ménos cuatro mil duros.

—Chicos, chicos,—dijo la Rosarito,—negocio hecho; no seais tontos, que bastante dinero dá don Braulio por meter una carta en el bolsillo.

—Sí, si señora,—dijo con cierto acento de dominio el Nenito á la Rosarito,—todo eso está muy bien, pero el sugeto que me ha mandado que mate á este señor, es un hombre que si no le sirvo, me mata.

—Yo te juro que si le metes esta carta en el bolsillo, no podrá matarte, porque le prenderán.

—¡Que le prenderán!

—Si señor, porque yo iré contigo, armaré camorra con él despues que le hayas hablado, sobrevendrán los agentes de la autoridad, habrá motivo para que le prendan y le registren, y le encontrarán esa carta, y con la carta irá á presidio él y la persona que le ha encargado que me mate.

—Esto sí que es bueno; yo creí que llevaba á don Braulio á una encerrona, y nos ha dejado á todos sin un cuarto, bueno; aquí, pensando que íbamos á matarle, y se nos escapa, y en vez de que le matemos, nos pone de su parte, y se sirve de nosotros para que echemos á pre-

sidio á un tuno; esto vá bien, esto es lo que se llama ser un hombre de *chapa*.

—Pues qué, ¿te crees tú,—dijo don Braulio,—que te ibas tú á *quedar* conmigo, así como quien se *queda* con un monigote? ¡Cá, hombre, eso no puede ser! Conque vamos, ¿estais resueltos á todo?

Vacilaron los dos bribones.

—Si le habeis tomado miedo á Bartolote, más miedo teneis que tomarme á mí, porque yo soy peor que Bartolote, y sino, ya lo veis por las muestras que os he dado.

—Nada, nada, Nenito, lo que nos conviene es servir á don Braulio; ya veis que lo que nos pide es mucho ménos que lo que nos pedia el otro, y nos lo paga mucho mejor.

—Esa razon me convence; conque, voy á irme acercando al café de Venecia.

—Y yo voy contigo, porque hago falta; te esperaré á la puerta, y luego me avisas de lo que has hecho.

—Bien, bien, muy bien; vámonos.

—Oiga usted, buena moza, despues de esto yo volveré por aquí á que hablemos.

—Mire usted, señor, me parece á mí que nos haremos muy amigos.

—Eso será lo que tase un sastre,—murmuró para su coleto el Nenito.

II.

Don Braulio, el Nenito y Pescozon, salieron de casa de la Rosarito, pero no por la tienda, sino por el portal, alumbrándoles la señora Josefa, que era criada de la Rosarito.

Cuando se encontraron en la calle, el Nenito dijo á Pescozon:

—Tú estás aquí de más; no tengo yo necesidad de que el señor don Braulio vaya con cuidado, porque somos dos y él uno.

—Cá, cá, yo no llevo cuidado; tengo yo ojos en todas partes, hasta en el cogote: pero bueno será que se vaya, porque no hace falta para nada.

—Pues entonces á la par de Dios; ya me contarán ustedes lo que haya sucedido.

—Pescozon se separó de ellos.

—¿No te parece que tomemos un coche?—dijo don Braulio á el Nenito.

—Me parece bien, así llegaremos más pronto, y nos excusaremos de que por casualidad nos encuentre Bartolote juntos.

—Pues por eso lo decia yo, que por lo demás, tiempo hay desde aquí hasta las diez de la noche de andar cien leguas. Conque, tomaremos aquí en la plazuela de Bilbao un carri-coche que nos lleve á la calle del Prado.

En efecto, en la parada de la plazuela de Bilbao, tomaron un simon.

—Dígame usted, don Braulio,—dijo el Nenito,—no por nada, sino porque es menester saber con qué gente trata uno y de quién se fía, ¿conocia usted ya á Pescozon?

—No, hombre, ha sido una porcion de casualidades. Pescozon es un buen muchacho, y me parece que si alguna vez se me ocurre algun otro negocio, me valdré de él.

—Por lo mismo le tenia yo; es un buen muchacho, está sentenciado á muerte en rebeldía por la audiencia de Sevilla, por cosas que son naturales, por haberse guardado mucho dinero y dar alguna puñalada en la panza agena; en fin, desgracias que suceden á un hombre en los tiempos que atravesamos, en que para ganar dinero es menester inventar la pólvora.

—Sí, sí, es un excelente muchacho.

—Y, diga usted, ¿es de mucha trascendencia el negocio que se trae entre manos?

—Hombre, esto es una cuestion antigua; yo estoy enamorado de esa señora, y no me ha hecho caso, y esa señora, que sabe que soy malo, ha encontrado un medio de vivir tranquila, ha querido matarme.

—Pues con matarla á ella esta usted del otro lado.

—¿Quién? ¡yo matar á esa señora! primero me arrancarian las entrañas. Yo no quiero matarla, yo lo que quiero es comprometerla, encausarla, que la pongan á la sombra, que la desesperen, que la deshonren, eso es lo que quiero; pero matarla, no, primero mataría á medio mundo antes de que la tocaran un solo cabello. ¿Sabes tú lo que es estar enamorado?

—No lo diga usted, que me van dando intenciones de matarle á usted solo porque Rosarito le habla á usted con cariño.

—Déjate de tonterías, que las mujeres siempre tienen sonrisas para el hombre que ellas quieren y para el que las paga, y yo no amo nunca á quien me sirve; porque yo no pago, á mujeres que no quiero; á la que yo quiero, á la que yo estoy queriendo hace veinte años, desde una tarde en que estuve seis horas con ella, es á la duquesa del Humbroso.

—Me parece á mí que por muchas garras que tenga la duquesa del Humbroso, no se escapa de las de usted, porque usted no se anda con chiquitas, y dá récio y donde no se pestañee, porque este mundo es así, y es menester buscárselo todo de la manera que se pueda. ¿Y no le teme usted al señor Bartolote?

—¡Cá, hijo! Bartolote y yo somos antiguos camaradas, y no tenemos que temernos el uno al otro.

—Y, diga usted, ¿siendo camarada de usted ese señor, ha entrado en proposiciones para que le maten á usted?

—Sí, pero es más amigo del dinero, eso no tiene nada de particular.

—Maldito sea el dinero,—dijo el Nenito,—que obliga á un hombre á hacer cosas que le ponen en el compromiso de arrastrar una cadena, ó de que se le apriete el pescuezo; y es el caso que sin el dinero no se puede pasar nadie; ¡válgame Dios! pero dígame usted hablando con franqueza, ¿usted me jura que no se ha enamorado de la Rosarito?

—Hombre, no.

—¿Me jura usted que no volverá á verla?

—Hombre, no.

—Pero, ¿qué quiere usted decir, que lo jura ó no? á mí me gustan las cosas claras.

—Mira, te afirmo y te juro que no vuelvo á ver más á esa mujer, si no la encuentro en la calle: si la veo, haré la vista gorda; si me sigue, andaré muy de prisa; si me persigue, llamaré á un guardia civil para que me la quite de en medio.

—Bueno, pues con eso me quedo satisfecho y contento,—dijo el Nenito,—pero vea usted que ya estamos á la entrada de la calle del Prado, y que no es bueno que el coche llegue hasta la puerta del café.

—Tienes razon, hijo; bajémonos aquí.

Y don Braulio llamó al cochero, le mandó que parase, se paró, pagó don Braulio, y se fueron él y el Nenito juntos hácia el café.

A cierta distancia, don Braulio dijo á el Nenito:

—Adelántate.

Éste adelantó, y entró en el café.

Orilla del piano, y cerca de la cantarina, en una mesa, estaba bebiendo un vaso de ponche, Bartolote.

Llegó á él el Nenito, y le saludó.

—Hola, amigo, para servir á usted.

—¿Qué es eso?—dijo Bartolote,—¿está ya hecho el negocio?

—¡Báh, hecho y rehecho! ¿Si creerá usted que lo que se me encarga á mí, tardo mucho tiempo en hacerlo? El pobre hombre allí se ha quedado en la calle de San Anton, espatarrado junto á una esquina. Allí hay un mun-

do de municipales y de guindillas, y el inspector que ha venido, y, en fin, hay un escándalo de quince mil y más demonios.

—¿Y ha escapado el otro?

—Bueno es el otro para no escapar. En cuanto vió á don Braulio se acercó á él y le atizó entre las costillas y el costado derecho una puñalada, que el pobre hombre no hizo más que dar un alarido y caerse, y Pescozon siguió adelante como si tal cosa. Yo he venido por el sitio de la ocurrencia y he visto toda la barahunda que allí hay y le he venido á avisar. Pero hombre que está usted muy desabrigado, deje usted que le abroche que hace mucho frio y aunque no he sido ayuda de cámara, le abrocharé de manera que no le entre el frio que hace.

Y al abrochar el paletot á Bartolote, con la facilidad mas grande, le dejó en un bolsillo la carta.

—¿Con que está usted contento, amigo?—añadió.

—Contentísimo y en cuanto acabe de tomar este ponche me marcho á ver la ocurrencia porque habrá todavía muerto para algun tiempo, mientras el juez de primera instancia instruye las primeras diligencias.

—Por supuesto, si señor; yo me voy por que no conviene que nos vean juntos no sea que se sospeche algo y se enrede algun compromiso. Ea, con que quede con Dios señor mio. Y si otra vez ocurre algo, á este café vengo yo siempre y no hay más que avisar.

—Anda con Dios, anda con Dios, y gracias.

III.

Salió el Nenito y dijo á don Braulio que estaba en la puerta de una casa que habia en la acera de enfrente:

—Ya está el negocio hecho, tiene ya la carta en el bolsillo y vá á salir.

—Bueno, pues mira, vete y busca por ahí dos agentes de policía, y diles que aquí hay dos sugetos contrapunteados y que vá á suceder una desgracia, ¿entiendes?

—Ya, corriente, descuide usted.

Y se alejó.

A los cinco minutos salió del café Bartolote.

—Eh, Bartolote,—le dijo don Braulio,—¿á dónde vas, muchacho?

Bartolote se plantó, se estiró, se quedó estático, inmóvil y sintió algo de pavor.

—¡Cómo! ¡tú por aquí!—le dijo Bartolote.

—Sí, hombre, sí, yo por aquí; ¿y por qué no he de andar por aquí? ¿pues qué, acaso me he muerto?

—¿Y á qué me dices si te has muerto ó no?—exclamó despavorido Bartolote.

—Hombre, tú has debido beber mucho, no estás en caja; á ver el pulso, hijo... válgame Dios, pulso alterado, fuertísimo. Mira, es menester que te sangren.

—No, hombre, no, es que he tenido un disgusto con una mujer que vive ahí en la calle de... á quien me he propuesto levantar de su baja posicion.

—Pues mira, vete tú á levantar á esa mujer de su

baja posicion, qué yo me voy á la cama, porque estoy malo.

—Espérate, hombre.

—Vamos andando. Díme tú, Bartolote, qué te he hecho yo, para que quieras matarme.

—¡Cómo! ¿quién te lo ha dicho? yo no he querido matarte.

—¿Cómo que tú no me has querido matar? si tú has tomado dinero de la Mercedes Cancamusa, porque esa mujer sabe que yo puedo comprometerla y necesita matarme, y has sido un mal amigo, un falso, un perdulario.

Bartolote se irritó.

—Y bien, esos canallas me han vendido, pero estamos aquí solos.

—¿Y qué importa que estemos aquí solos? pero no estamos solos, no; porque conmigo traigo mi rewólver, y si te mueves te levanto la tapa de los sesos.

Bartolote se pegó á la pared.

A este tiempo oyó pasos precipitados don Braulio, y á la luz de un lejano farol vió dos tricornios de los agentes de policía que se acercaban.

Bartolote irritado, habia echado mano á un largo cuchillo, á tiempo que don Braulio le aseguraba dejándole inmóvil poniéndole al pecho el cañon del rewólver.

—¡Al asesino! ¡socorro!—gritó don Braulio.

Bartolote no podia moverse.

Si huia estaba expuesto á que le disparase don Braulio que se habia puesto terrible, y en caso de que le prendiesen los agentes de la autoridad, nada habia de grave

puesto que aquello podia pasar por una reyerta entre dos antiguos conocidos.

Permaneció, pues, inmóvil.

Los agentes de la autoridad llegaron y al ver á un hombre conteniendo con un rewólver á otro que tenia un ancho y largo puñal en la mano, prendieron á este último.

—Bajo mi responsabilidad,—dijo don Braulio,—pido que se conduzca al momento á este hombre que ha querido asesinarme, y no lo ha conseguido, á causa de estar prevenido yo, á casa del inspector.

—Irán ustedes los dos,—dijo uno de los agentes.

—Pues bien, no tengo inconveniente en ir,—contestó don Braulio.

—Bien, vamos,—dijo Bartolote,—esto se reduce á una tonteria: veamos lo que tú dices al inspector.

—Yo diré lo que es verdad, Bartolote, que has querido asesinarme.

—Vamos, echen ustedes á andar,—dijeron los agentes públicos.

Habia empezado á reunirse alguna gente.

Don Braulio y Bartolote echaron á andar yendo entre los municipales, uno detrás y otro delante.

La gente les siguió y se detuvo haciendo corro á la puerta del inspector, donde los introdujeron los agentes de policía.

Era la hora de la oficina nocturna.

El inspector estaba allí.

Apenas don Braulio se encontró en el despacho de este funcionario, cuando dijo para sí:

—El negocio es mio.

—Y bien,—dijo el inspector á los guardias,—¿qué es esto?

—Estos señores dirán lo que ha sucedido.

—¿Y qué tienen ustedes que decir?

—Yo digo,—respondió don Braulio,—que este señor que se llama Bartolote Corsini y que es un antiguo amigo mio, ha querido asesinarme.

—Mientes,—dijo Bartolote.

—Si miento ó no, que se le registre, señor inspector, que yo sé que tiene sobre sí la prueba de que ha querido asesinarme por encargo de una alta persona.

—¡Que yo tengo sobre mí las pruebas!...—contestó con sonrisa feroz Bartolote,—las pruebas de que por encargo de una alta persona he tratado de asesinarte... pues bien que se me registre á ver si la prueba se encuentra.

El inspector mandó á uno de los guardias registrase á Bartolote, y en efecto, apenas se habia andado en sus bolsillos se encontró una cartera y una carta.

Lo que contenia la cartera eran objetos indiferentes.

En cuanto á la carta que estaba abierta sobre el lacre roto, era ya otra cosa.

Allí resultaba, que Bartolote Corsini habia recibido el encargo de la duquesa del Humbroso, de asesinar á don Braulio Zancudo.

El inspector tomó esto, como no podia ménos de tomarlo, en consideracion, y mandó que se condujese al gobierno civil, y se le incomunicase, á disposicion del gobernador, al señor Bartolote Corsini, mientras él da-

ba el parte circunstanciado y apoyado en las pruebas, para que el gobernador determinase lo que debia hacerse.

Bartolote rugia como un lobo cogido en la trampa.

Conocia la gravedad del suceso, y se veia desarmado, impotente, por la astucia de don Braulio.

El inspector dejó á éste en libertad, puesto que contra él no resultaba otra cosa, sino que habia sido acometido por un asesino, del cual se habia librado milagrosamente.

Bartolote fué conducido al gobierno civil.

Poco despues llegó el parte del inspector, al cual iba unida la carta original.

El gobernador envió á Bartolote á la cárcel, mandando se le incomunicase, y pasó el tanto de culpa al juez de primera instancia, que no pudo ocuparse de él hasta dos dias despues.

IV.

En este intermedio murió el duque del Humbroso.

Mercedes Cancamusa no sabia que hacer, inquieta por la desaparicion de Bartolote, de la que no se habia dado noticia.

Cuando se prende y se incomunica á un hombre, el secreto se queda generalmente, cuando no ha habido escándalo, en manos de la autoridad respectiva.

El juez de primera instancia tomó declaracion á Bartolote, que negó.

Dijo que no conocia aquella carta; pero presentada

que le fué ésta, añadió que le parecia ser aquella letra la de la señora duquesa del Humbroso, á quien habia servido como mayordomo cuando era soltera, pero que aquello debia ser una falsificacion, porque no habia antecedente alguno por el cual la señora duquesa del Humbroso tuviese interés en la muerte de don Braulio Zancudo.

Que lo que en la carta se decia de antiguos amores de don Braulio Zancudo con la señora duquesa del Humbroso, era de todo punto falso, puesto que se podia probar que hacia más de veinte años que don Braulio Zancudo estaba establecido en el pueblo de Cercedilla como médico, y Mercedes Cancamusa jamás habia ido á aquel pueblo.

El juez, en la duda de si aquella carta seria auténtica ó falsificada, estuvo algun tiempo indeciso; pero no pudo dilatar la prision de la duquesa del Humbroso, acusada de una manera tan grave.

La ley se previene asegurando á los presuntos criminales, y como criminal presunto de tentativa de asesinato sobre don Braulio Zancudo, médico de la villa de Cercedilla, el juez de primera instancia se personó en casa de la duquesa viuda del Humbroso, y con muchas ambigüedades, despues de un largo rato de visita, la declaró que no podia eximirse del terrible deber de prenderla, puesto que contra ella existia una acusacion de asesinato.

—¿Y podrá usted decirme, señor juez, en qué se funda esa extraña acusacion?—preguntó Mercedes.

—No debiera decírselo á usted, señora, pero sin em-

bargo, como considero á usted ya presa, la diré que prendo á usted, tristemente obligado por mi deber, por presuncion de conato de asesinato contra la persona del médico de la villa de Cercedilla don Braulio Zancudo.

—¡Yo!...—exclamó la duquesa, que aparecia completamente serena, alterándose solo con una expresion terrible,—¿y qué tengo yo que ver con ese hombre que no conozco?

—Existe, señora, una carta de usted, y si no de usted, falsificada, en que encarga usted á un tal Bartolote Corsini dé muerte al tal don Braulio Zancudo, porque puede comprometerla á usted gravemente como mujer casada, por revelaciones de su vida de soltera.

Por muy serena que fuese la duquesa, no pudo ménos de ponerse densamente pálida y de temblar.

Temió que Bartolote la hubiese comprometido, envolviéndola en una intriga unido á don Braulio, para sacar de ella todo el partido que ambos quisiesen.

—Esta es una infamia de dos miserables, señor juez,—dijo Mercedes,—y espero que usted, engañado por ella, no llegará hasta el punto de llevar á cumplido efecto mi prision.

—Dispénseme usted, señora,—dijo el juez,—no puedo dejar de prender á usted: una prueba verdadera ó falsa existe contra usted en el proceso que estoy instruyendo, y esa prueba es terrible: así, pues, suplico á usted evitemos toda violencia, que me seria muy doloroso emplearla, y que mande usted se prepare uno de sus carruajes, para llevarla con el mayor decoro posible á una habitacion de la alcaidía de la cárcel de mujeres.

—¡Oh, Dios mio! protexto, esto es terrible.

—Admito la protexta de usted, señora, y deseo que esto se aclare y aparezca su inocencia, como espero: pero por lo demás, no puedo dispensarme, mi duro deber me obliga.

—¿Y mi hija Casilda y otra hija de mi difunto esposo el duque, que están bajo mi cuidado?

—Nada tengo que ver con eso; puede usted nombrarlas una persona que cuide de ellas y que las autorice.

—Bien,—dijo Mercedes,—puesto que no hay remedio, nombro para que cuide de mis hijas y esté al frente de mi casa, mientras se declara esta infame intriga, á la marquesa de las Nogueras.

El juez se mantuvo inflexible, y la duquesa mandó preparar un carruaje, en el cual fué llevada á la cárcel de mujeres.

V.

Siguió adelante el proceso.

Desgraciadamente, los peritos calígrafos declararon que aquella carta, comprobada con otras indubitables, podia atribuirse á la señora duquesa viuda del Humbroso, por parecer escrita por su propia mano.

Además de esto, aparecieron en el proceso, enviadas de una manera anónima, cartas escandalosas escritas por la duquesa á varias personas.

Todo se volvia contra ella.

Su historia, que habia ocultado con una hipocresía admirable, salia á luz.

Algunos malos negocios aparecian tambien comprendidos en el proceso.

El juez no pudo dispensarse de echar sobre los acusados la pena correspondiente al conato de asesinato.

Se apeló por los acusados de esta sentencia.

Entretanto, don Braulio se gozaba en su triunfo.

Nada tenia que temer ya.

El duque del Humbroso habia muerto.

Mercedes estaba sobradamente castigada por el delito de haberse casado con el duque, en daño de los celos de don Braulio.

Don Braulio meditaba ya el proyecto de evasion de Mercedes Cancamusa, evasion que ésta debia agradecerle, y que, como todo lo que habia hecho antes, debia probarla el intenso amor que por ella sentia.

A más de esto, evadida Mercedes, no podia disponer de medio alguno.

Don Braulio se habia propuesto apoderarse de tal punto de ella, que solo dependiese de él.

Dejemos en este estado este negocio, y volvámonos á ver lo que pasaba por otros de nuestros personajes.

CAPITULO XXXIV.

En que la pobre Teresa busca de nuevo desesperada á su buen don Cleofás.

I.

Los dos canónigos permanecieron en sus catedrales.

Don Cleofás, triste, disgustado, esperando con ansia dos veces á la semana, carta de Teresa.

Don Silvestre vejetando.

Las cartas de Teresa á don Cleofás eran como hemos dicho, consoladoras.

La pobre mentia.

Pero aunque aquellas cartas estaban escritas al parecer por una persona feliz, un secreto instinto decia á don Cleofás que aquellas cartas mentian.

La mentira, así como la verdad, tiene una fisonomía, un carácter indudable.

Don Cleofás, pues, agonizaba, y no se atrevia á escribir á Teresa sus temores, porque temia equivocarse.

Sus cartas á ella giraban siempre sobre este pensamiento:

«Dios haga continúes siendo tan feliz como yo lo deseo.»

Pero un dia antes de que hubiesen trascurrido dos meses desde el casamiento de Teresa, don Cleofás se encontró con ella en Sigüenza, pálida, desfigurada, enferma, y con un saco de noche debajo del brazo.

—¿Qué es esto?—exclamó con el alma helada don Cleofás,—¿cómo es que te vienes así tan de improviso, sin escribirme?

—¿Y qué habia de hacer yo en Madrid,—exclamó llorando Teresa,—si no tenia donde estar?

—¡Cómo! ¿qué? ¡ese pillo!—exclamó don Cleofás, estirando los brazos y cerrando los puños,—¡ah! esto no ha de quedarse así; ahora mismo voy á pedir licencia al señor obispo, y nos marchamos á Madrid.

—¿Y para qué?—dijo Teresa,—¿se sabe acaso dónde está?

—¡Cómo!—exclamó don Cleofás, poniéndose mortalmente pálido,—¿se ha escapado?

—Si señor, sí,—contestó Teresa, cuyo llanto crecia.

—Pero no se habrá llevado ni la casa, ni tu dote... Teresa.

—Todo se ha perdido, todo.

—¿Cómo todo?—exclamó don Cleofás.

—Si señor, sí, la casa que era mi dote, se vendió hace quince dias.

—¡Cómo, cómo! ¿y por qué se vendió? él no podia venderla.

—Si señor, sí, porque yo dí mi consentimiento para que se vendiese.

—¿Y por qué diste tú ese consentimiento, estúpida?

—Porque le queria.

—¿Pero no era rico ese hombre?

—¡Ay! yo no lo sé, yo no sé qué negocios traia entre manos, que de la noche á la mañana se ha perdido, y luego ha venido á casa y lo ha entregado todo, todo, gracias á que he podido sacar lo puesto y una poca de ropa blanca.

—¿Y tú no sabes nada?

—No señor, pero Antonio era gerente de la sociedad de crédito la Utilitaria, y la sociedad ha quebrado.

—Si ha quebrado, como tú, ha sido robada; y ese infame bribon... ¡ya lo creo! diputado, padre de la patria, para inspirar confianza, para reunirse con algunos bribones y engañar á los incautos, ofreciéndoles ganancias irrealizables; ¿y por qué sucede esto, señor, por qué sucede esto? si la libertad ha de producir el que no puedan evitarse tales estafas, tales robos, la libertad es una cosa muy mala, que echa á perder muchas familias; pero, ¿por qué ha de ser eso la libertad? no señor, no, eso no es el derecho, la libertad, sino el abuso, el crímen: ¡ah, infames, infames! ¡y tú abandonada! mira, mira, Teresa, lo que yo siento es que lo vás á tomar á pechos y te me vás á morir.

—Ay, no, no señor, estoy desengañada. Lloro ahora, porque... porque el dolor del golpe está muy reciente, pero me he convencido de que no me amaba, y luego, que han salido unas cosas en cuanto se ha descubierto la ver-

dad... ese hombre ha estado dos veces en presidio, don Cleofás: ese hombre, que tan vilmente me ha engañado, no merece ni aún que se le recuerde; si lloro, es porque conozco que he sido el juguete de un criminal.

—Ya lo sabia yo, Teresa, ya lo sabia, pero, ¿quién te lo decia entonces, si estabas loca? y luego, que Cantillana habia sido rehabilitado, que su historia se habia perdido, que ocupaba una gran posicion.

—¡Oh! si yo lo hubiera sabido, se me hubiera quitado el amor que le tomé, no sé cómo,—exclamó Teresa,—¿cómo podia yo continuar queriendo á un hombre, dos veces presidiario por crímenes, á un hombre que solo se casó conmigo por coger el dote que el duque me habia regalado?

—No me digas, Teresa, que si yo te hubiera dicho lo que sabia de Cantillana, te hubieras curado de su amor, porque me desesperas. Yo creia de buena fé que tú serias como todas las mujeres, que en enamorándose no reparan en nada.

—¡Ah! no, yo no soy así, y en prueba de ello, mire usted, don Cleofás, ya no lloro; vengo á quedarme con usted, á cuidarle; figurémonos que nada de esto ha sucedido, que no hemos ido á Cercedilla.

—Maldita sea, amen,—exclamó don Cleofás.

—Que no hemos conocido á ese hombre,—continuó Teresa,—que no nos hemos movido, en fin, de la calle de Santa Brígida, y que usted es todavía capellan de las monjas de Santa María Magdalena.

—No, eso no, Teresa, que estoy mejor siendo canónigo; trabajo ménos, me encocoran ménos, y gano más;

pero me has muerto, Teresa, me has muerto; si yo me convenzo por lo que en tí veo, de que si hubieras sabido lo que era ese hombre, no te hubieras casado con él, no me consolaré jamás.

—Pues bien, sí, es menester que usted se olvide de esto como yo,—dijo Teresa, que se habia rehecho, y que tenia el alma noble y digna, y por consecuencia fuerte;—ha sido un mal paso, una equivocacion, pero se ha salido pronto de ella, y dentro de algun tiempo, dentro de algunos meses, don Cleofás...

—Qué, Teresa, qué...—preguntó con ansiedad el canónigo.

—Dentro de algunos meses tendré un amor que nunca me abandonará, que me amará.

—Bomba y metralla,—exclamó el canónigo,—conque así estamos.

—Sí, don Cleofás, sí,—exclamó Teresa poniéndose vivamente encendida.

—Bueno, bien,—exclamó don Cleofás,—esto quiere decir que es menester buscárselas, si señor, sí, yo no tengo nada, nada mas que mi sueldo, pero he ahorrado algo en estos dos meses, ya ves no tengo mas que una vieja criada que se mantiene con una oblea y yo gasto muy poco, con diez reales vivo y me sobra y ahorro veinte y pico; con poco mas de los diez reales viviremos todos, Teresa, podemos ahorrar para comprar cada tres meses una lámina de á dos mil reales de deuda del Estado, ya ves tú, ya ves tú que en ocho ó diez años así, cuando yo muera os dejaré á tí y á tu hijo una fortunita: vamos, no hay que desesperarse, confiemos, confiemos

en la misericordia de Dios, no nos apuremos porque necesitamos conservarnos. ¡Ah! cuánto voy á querer á tu hijo, Teresa, ó á tu hija, que no sabemos aún, le quiero ya, pero, ¿de veras, hija mia, te has desengañado? ¿Te se ha quitado la pasion funesta que cogiste por ese hombre, como quien coge una pulmonia? qué, señor, si aquello fué un cañonazo; válgame Dios, válgame Dios, y cómo hemos pagado aquí las historias y los pecados de la señora marquesa de las Nogueras.

Apenas pronunció este nombre don Cleofás, lanzó una exclamacion de alegria.

—¡Ah!—exclamó,—la marquesa de las Nogueras, pues nos hemos salvado, Teresa, nos hemos salvado, se ha salvado tu hijo. No, no, en esto que pienso no me engaña mi buena fé, mi desventurada buena fé; doña Dolores ó doña Enriqueta es buena, muy buena á pesar de todas sus trapisondas, mira, este no es negocio en que yo puedo meterme, pero debes meterte tú en él, mira Teresa, por ahora vas á descansar á tomar posesion de esta casa que es tuya y así que descanses, así que te repongas en lo posible del trastorno que debe haberte causado lo que te ha sucedido que es gravísimo, pediré yo licencia al obispo y nos iremos á Madrid, primero porque del agua vertida la recogida, á ver si podemos salvar algo del naufragio, y despues para que vayas á ver á doña Dolores y la cuentes lo que te pasa que ella no te dejará sin consuelo.

—¡Ay! yo no tengo cara para eso,—dijo Teresa.

—Pero tienes un hijo, entiendes tú, un hijo por el que debes violentarte, además de eso, ¿crees tú que nada te

debe la señora marquesa de las Nogueras? pues ella ha sido la causa de todo lo que te sucede, porque si no hubiéramos ido á Cercedilla, nada de esto hubiera acontecido: dejémonos, dejémonos de ser gentes de buena fé, que ya has visto lo que de ser gente de buena fé se saca: no te digo yo por esto que nos echemos á pícaros, de ninguna manera, Dios me libre de tal idea: pero, Teresa, pedir cuando se tienen obligaciones no es un pecado, ni recibir cuando se tiene necesidad, una bajeza: piensa en tu hijo: si no hubieras salido con esa contra de la batalla, yo no te diria esto, volveriamos á nuestra antigua vida, y ya procuraria yo dejarte abrigadita, pero tu situacion es muy distinta y es necesario que pienses en ella.

—Ya hizo bastante el señor duque del Humbroso, pero lo que el diablo trajo, el diablo se lo llevó.

—Nada, nada, no hablemos más de esto; descansa, que despues veremos.

II.

Teresa se estableció en casa de su antiguo amo, mejor dicho, de su padre.

Don Cleofás se asombró á los dos dias.

Teresa se habia repuesto.

Parecia que no habia sentido lo que le habia acontecido, que habia dominado el grito de su amor propio, que se habia resignado al engaño que se la habia hecho.

Sin embargo, la pobre Teresa sufrió horriblemente, pero por ahorrar sufrimientos á aquel buen señor, que tanto habia hecho por ella, que tanto la amaba, oculta-

ba con una fuerza de voluntad infinita el estado de su espíritu.

Don Cleofás, que habia nacido para ser bonachon y crédulo, tenia la seguridad de que su hija adoptiva se habia curado completamente, ó mejor dicho, que no se la daba nada por don Antonio Cantillana, y aún más, que se alegraba de que hubiese desaparecido.

III.

A los cuatro dias, don Cleofás pidió licencia á su prelado.

Se la concedió éste, porque era un buen señor y estimaba á don Cleofás, porque se le habia hecho simpático, y don Cleofás, en un carro de violin, se trasladó con Teresa á Guadalajara, y allí tomó la diligencia y pasó á Madrid, á una casa de huéspedes en la calle de la Justa, adonde lo llevó el primer agente de este género de establecimientos que encontraron en la administracion de diligencias.

Al dia siguiente, Teresa fué á ver á Dolores.

IV.

Llegamos, pues, á la situacion del resto de nuestros personajes.

Dolores se habia encargado de la casa de su padre, por la muerte de éste y por la prision de doña Mercedes Cancamusa.

El escándalo que se habia dado, era formidable.

Ya fuese el juez, ya fuese el escribano ó los que tenian conocimiento de la causa, una multitud de hechos gravísimos habian salido al público.

Bartolote, irritado, furioso por lo que le acontecia, habia puesto de manifiesto toda la vida y milagros de doña Mercedes Cancamusa.

En cuanto al duque, habian salido tambien á luz trapos muy súcios.

La historia de Dolores se conocia completamente, así como se creia por todos que Casilda era una lugareña trasformada en señorita, que habia dejado en el pueblo una historia escandalosa.

De Andrea no se decia nada, porque, como hija natural del duque, estaba en la sombra, y por lo tanto no figuraba más que para los pretendientes que iban á caza de su gran dote.

Dolores no iba á ninguna parte; se mantenia encerrada en casa, y solo algun dia que otro salia en carruaje con sus hermanas al campo.

La tísis de Dolores se habia determinado de una manera grave.

Luis la cuidaba y la trataba con la amistad de un hermano, pero Dolores comprendia que habia dejado de amarla, al par que veia que su amor hácia Andrea crecia hasta convertirse en una pasion.

Existia una lucha tremenda entre aquellos personajes.

El marqués de Olite habia empezado á notar frialdad en Dolores.

Dolores, impresionable como siempre habia sido, pe-

ro impresionable por el momento, no habiendo amado nunca verdaderamente mas que á Luis, desde que comprendió que éste se habia curado de su amor, y llenaba su alma con el amor de otra, habia pensado sériamente en sí misma, y se habia desimpresionado del marqués de Olite.

Sin embargo, le recibia como un amigo.

Conocia además que Casilda se habia enamorado de don Fernando; y éste, irritado por la frialdad que notaba en Dolores, habia empezado á inclinarse hácia la jóven; pero le contenia el temor del ridículo en que debia verse colocado si se casaba con ella.

Casilda habia abierto su corazon á Dolores.

—De todos esos que me rodean, que me asedian, que pretenden que yo los elija, ninguno deja de fastidiarme soberanamente, y el único á quien yo abriría con toda la alegría de mí alma mi corazon, es un hombre que ni aun siquiera ha reparado en mí.

—¿Y qué hombre es ese?—dijo Dolores.

—Ese hombre es el marqués de Olite.

V.

Acontecia, que á punto que las dos hermanas estaban empeñadas en aquella conversacion, se acercó al portier de la puerta del gabinete don Fernando, que acababa de llegar, y cuyos pasos no habian sentido las dos jóvenes, porque los habia apagado la gruesa alfombra.

Al oirse nombrar el marqués, incurrió en una falta

de discrecion, es decir, permaneció detrás del portier, y escuchó.

—¿Y amas tú á don Fernando?—preguntó Dolores.

—Sí, hermana mia, con toda mi alma,—contestó Casilda,—es el único hombre á quien he amado.

—¡El único hombre á quien has amado!...—dijo Dolores,—¿pues no ha causado la muerte de nuestro padre el amor insensato que has sentido por un muchacho de Cercedilla?

—¡Ah! no,—exclamó Casilda,—esa es una impostura; si fuera verdad, yo te lo confesaria; como no nos escucha nadie, tú serias indulgente conmigo, porque sin que te ofendas, Enriqueta, tú necesitas de la indulgencia de los demás; pero ese miserable miente: es cierto que yo le he tenido por novio: me aburria en el pueblo, no sabia que hacerme, no conocia el amor, sentia su necesidad; allí no habia nadie mejor que Ginesillo Medio-dedo, se lo disputaban todas las mozas, y yo sentí halagada mi vanidad con que Ginesillo, el gran seductor de Cercedilla, se decidiese por mí; pero yo no le amaba, no podia amarle: te juro que ese infame mentia, desesperado, para obligarme, comprometiendo mi honra, á que me casase con él.

—Pero eso ya no es posible,—dijo Dolores,—porque ese hombre está encausado por la muerte de nuestro padre, y probablemente será condenado á cadena perpétua; sin embargo, sigue sosteniendo eso que tú llamas su impostura.

—Mírame á la frente, hermana,—dijo Casilda, con una energía y una expresion tal, que no podia dudarse

de la veracidad de sus palabras,—¿vés tú en ella alguna mancha?

—¡Oh! ¿quién se fía de las apariencias?... Casilda, ¿á qué ese empeño en negarme lo que, como tú dices muy bien, no te puedo reprender?

—¿Y por qué he de confesar lo que es falso? soy pura del cuerpo y del alma, y no amo sino á don Fernando, que ni siquiera repara en mí.

VI.

Don Fernando, que escuchaba, absorbió las palabras, los movimientos, las miradas de Casilda, y se convenció, porque era hombre de mundo, que no habia duda de que Casilda hablaba con toda la sinceridad de su alma.

Comprendió tambien que aquel patan, Ginesillo Medio-dedo, abultase las inocentes relaciones que habia tenido con Casilda, para comprometerla á que se casase con él, y que parte del empeño de éste era la herencia de Casilda.

El marqués no quiso permanecer allí más tiempo, porque si sobrevenia una visita, se veria obligado á entrar.

Se retiró, pues, silenciosamente, y salió.

Los criados no lo extrañaron.

Todo aquello se reducia á una visita muy corta.

Las dos hermanas quedaron entregadas á su conversacion.

VII.

Don Fernando fué á su casa, se llenó los bolsillos de billetes de banco, y se dirigió despues á la cárcel de villa, á cuyo alcaide pidió le dejase ver en un aposento de la alcaidía á Ginesillo Medio-dedo, para hablar con él de un asunto muy importante.

El alcaide, por respeto á la posicion del marqués, no se atrevió á negarse á esto; le introdujo en una de las habitaciones de la alcaidía, y poco despues entró en ella Ginesillo Medio-dedo.

—¿Me conoces?—le dijo.

—Sí, señor, conozco á vuecencia, sé todo lo que le ha sucedido: sé que vuecencia andaba loco por los cerros y los valles en la sierra de Guadarrama, en los alrededores de Cercedilla, y luego se curó, y sé que es grande de España y muy rico.

—Y bien, ¿crees que si te protejo escaparás mejor que si no te protejo?

—Vaya que sí, señor marqués, si vuecencia me proteje me echarán á la calle.

—¿Qué estás diciendo, tunante? ¿conque á la calle, despues de haber causado la muerte al duque del Humbroso, por una puñalada y por las heridas que se causó al caer?

—Y, diga vuecencia, si á vuecencia le hubieran dado de palos y hubiera llevado una navaja en el bolsillo, ¿qué hubiera hecho?

—Aunque la paliza que te dió el duque, es una causa atenuante en tu favor, eso no importa, de cadena perpétua no escapas, porque tú le provocaste.

—¡Ah! como que yo iba por lo mio.

—¡Cómo que ibas por lo tuyo! ¿y qué es lo que llamas tuyo?

—¡Casilda!

—Casilda no lo ha sido ni lo será nunca.

El marqués dijo con tal seguridad estas palabras, que Ginesillo se quedó con la boca abierta y la mirada insegura.

—Vamos, sé franco, confiesa que si tú has hablado en daño de la reputacion de Casilda Velasco, ha sido porque querias comprometerla á que se casase contigo: ya no puede casarse, porque no hay medio de que se case una mujer con el hombre que ha matado á su padre. El Cid, un caballero que no has conocido, pero cuyo nombre conocerás, mató al padre de la mujer con quien se casó, pero aquellos eran otros tiempos y otras costumbres, y tú no puedes hoy casarte con Casilda: si continúas sosteniendo que has sido amante de Casilda, y esto es falso, como yo lo creo firmemente, cometes una iniquidad, ¡imbécil! y yo te abandono.

—¿Y qué queria vuecencia que hiciera, señor marqués?—dijo Medio-dedo,—pues si yo no decia eso, no podia tener la esperanza de que esa señorita se casase conmigo.

El marqués no tuvo duda de que Casilda era pura: lo habia visto en sus palabras y en sus miradas, y despues lo comprobaban las palabras y las miradas de Medio-dedo.

Esto le bastaba.

Habia renunciado á la esperanza de ser esposo de Enriqueta, habia comprendido, sin que le quedase duda ninguna, que á quien amaba Enriqueta, el hombre á quien pertenecia su alma, era Luis.

A más de esto, de tal manera habia administrado el conde de Rabigo la hacienda de su sobrino, en los tres años que la habia tenido á su cuidado, por encontrarse su sobrino loco, que éste, cuando tomó posesion de sus bienes, se la encontró tan empeñada, que apenas podia sostener su rango.

Entraba esto por mucho en el amor de don Fernando hácia Dolores, porque el mundo en que vivimos es muy positivista, y si se dá una parte al amor, se dá otra infinitamente mayor al interés.

Dolores era una fortuna fabulosa para el que se casase con ella, porque además de los seis millones de renta del marquesado de las Nogueras, tenia otros cuatro millones de renta del ducado del Humbroso, de que habia entrado en posesion por la muerte de su padre.

Casilda no era ni con mucho tan rica como Dolores, pero la tercera parte de los bienes libres de Dolores, que correspondia á la dote de diez millones que el duque la habia asignado, constituia una gran fortuna.

Don Fernando fué prudente; miró á lo positivo, se encontró con que Casilda estaba, si cabe, más hermosa, más jóven, más fresca y en mejor estado de salud que Dolores; sabia, porque lo habia sorprendido sin quererlo, que Casilda le adoraba, y se decidió.

Ofreció, pues, á Medio-dedo, protegerle para que pudiese pasar bien la vida en presidio.

Medio-dedo, que no era tonto, como lo probaba el plan que habia desplegado para comprometer á Casilda, aceptó y dijo un dia al juez:

—Tengo que retractarme en parte de las declaraciones que he dado.

El juez le preguntó sobre qué, y Medio-dedo dijo:

—He calumniado á la señorita doña Casilda de Velasco: es cierto que habló conmigo alguna vez por las tapias del corral de la casa del que pasaba por su tio, de don Braulio, el médico de Cercedilla, pero no he tocado nunca una mano de esa señorita.

El juez se apresuró á hacer constar esta declaracion favorable, que reponia en su honra á una señorita, y lo mismo que se habia difundido la situacion difícil de Casilda, se difundió la falsedad de esta declaracion.

Así mismo, el marqués, que sabia el terreno que pisaba, asalarió á esos busca-vidas que entran en todas partes, para que destruyesen con elogios la mala impresion que habian causado las noticias anteriores, así es, que al poco tiempo se rehabilitó la fama de la jóven, y la maledicencia no tuvo ya más víctima que morder que la pobre Dolores.

VIII.

Un dia hubo una escena terrible para ésta, entre ella y el marqués, porque afectó grandemente el amor propio de Dolores.

El marqués estaba solo con ella.

—Y bien,—la dijo,—Enriqueta, yo he notado en usted una variacion, y no conozco la causa de ella.

—¿Qué causa es esa, marqués?—dijo Dolores.

—La causa la conoce usted tan bien como yo, esa causa se llama Luis.

Dolores se puso vivamente encendida.

Las palabras del marqués eran de todo punto inconvenientes, y no habia nada que le disculpase.

El marqués debia ir derecho á algun objeto.

Dolores se rehizo, volvió á su estado normal, esto es, á la intensa palidez que determinaba en ella la tísis, y preguntó:

—¿Y con qué objeto me dice usted eso, marqués?

—¡Oh! el objeto es sencillo, Enriqueta, yo no me obstino en lo que no puede ser.

—Sí, es cierto, no puede ser que yo deje de amar al único hombre que he amado en mi vida, á Luis: cierto es que usted puede decir que yo he aceptado sus amores, que hasta me he mostrado enamorada de usted; pero esto consistia en que yo procuraba defenderme, en que pretendia de una manera insensata reemplazar con un nuevo amor el amor antiguo que no podia arrancar de mi alma. Luis se ha casado, señor marqués, y por lo tanto no puede ser mi esposo, y hace mucho tiempo que estoy decidida á cortar mi vida de desventuras: me he trasformado, me he regenerado; he comprendido que la mejor curacion que podia tener de mi amor, era otro amor nuevo, pero no lo he conseguido, y

usted habrá comprendido perfectamente que de algun tiempo atrás nuestras relaciones se habian enfriado.

—Sí: á medida que he visto que se han ido enamorando de una manera profunda Luis y Andrea.

—Es verdad, y lo que siento es que ellos no puedan ser felices, porque lo que para mí es un obstáculo, lo es tambien para Andrea: mucho sufrirá la pobre, pero estoy segura que nunca manchará su pureza. Pero veamos el objeto de esta conversacion.

—Marquesa,—contestó el marqués de Olite,—suplico á usted no juzgue mal de mí por lo que voy á decirla: el corazon humano es incomprensible; mi corazon no era tampoco de usted; yo caí bajo un deslumbramiento, pero la amaba con los sentidos.

—Bien, bien, marqués, continúe usted: pasemos por alto la razon de su amor de usted á mí; vengamos á la conclusion.

El marqués se turbó.

—Ha contribuido además, la frialdad de usted.

—No, mi frialdad, no; es que he recobrado la razon; esto tenia que ser alguna vez.

—Sea como quiera,—dijo el marqués, he notado que usted no me amaba.

—Y bien, concluyamos.

—Al notar que usted no me amaba, he creido notar que se inclinaba á mí, Casilda.

—¡Ah! sí, es verdad.

—Y sin poder yo evitarlo, el recuerdo de Casilda se ha convertido en un sentimiento contínuo para mí; he

descubierto al fin, que la amo como no he amado á ninguna mujer.

—¡Ah! sí, y viene usted á pedirme su mano, como su curadora que soy, ¿no es esto?

—Sí, marquesa, sí: contando con que usted, en su alta discrecion, comprenderá las razones que tengo.

—Sí, marqués, las comprendo, las estimo en lo que valen, y concedo á usted la mano de mi hermana Casilda, porque Casilda ha sido esplícita conmigo, y si usted la ama, ella tambien le ama á usted.

—¡Oh, no me habia engañado!—exclamó el marqués, cuya turbacion crecia de momento en momento,—es la primera vez que no me engaño.

—Y yo me alegro mucho de esto, y deseo que sean ustedes felices. Las circunstancias en que nos encontramos, el luto de papá, el proceso funesto en que está envuelta mi madrastra, hacen que este casamiento no se pueda realizar tan pronto como yo quisiera: es necesario esperar á que terminen estas cosas, y sobre todo á que concluya el luto; pero desde hoy será usted considerado por mí como el prometido esposo de Casilda.

El marqués se levantó, saludó aturdido á Dolores, la estrechó friamente la mano, y salió.

Aquel mismo dia fué el en que Teresa se presentó casa de Dolores, preguntando por ella.

Pasaron el recado á Dolores en el momento mismo en què salia el marqués de Olite.

Dolores, que se habia quedado profundamente aturdida, pensativa, irritada en su amor propio, y que deploraba los resultados de su vida de locuras, sintió una

espansion de consuelo al anunciarle la visita de Teresa.

Se acercaba á ella algo bueno, algo puro, algo bondadoso; tenia necesidad de consuelo, y se apresuró á mandar introdujesen á Teresa.

Teresa entró, y se quedó encogida delante de Dolores.

—¡Cómo! ¿qué es esto?—dijo ésta,—¿por qué no me abraza usted, Teresa? ¿qué he hecho que justifique esa frialdad, ese encogimiento?

—¡Ah, señora!... ¡qué buena es usted!—dijo Teresa, arrojándose en los brazos de Dolores, y besándola con ardor en la boca.

—No, hija mia, ni buena ni mala; soy una criatura que ha sufrido mucho, y tiene sobre sí las consecuencias de su pasado: usted no entiende de esto, Teresa, y es usted muy feliz no entendiéndolo. Siéntese usted. ¿Y cómo le vá á usted? ¿qué es de Cantillana?

—¡Ah, señora! Cantillana ha huido.

—¡Ah! es verdad,—exclamó Dolores,—me lo han dicho, porque siempre hay alguien que trae las malas noticias, y lo ha sido para mí la desgracia de su marido de usted; pero estoy de tal manera, tengo la cabeza tan aturdida... sí, sí, es verdad, y, ¿qué es lo que ha pasado?

—Señora, no sé lo que ha sucedido, pero la verdad es que el dote que me habia dado su señor padre de usted, se lo ha llevado ese hombre, y luego ha empeñado la casa, y yo me he encontrado en la calle.

—¡Usted, Dios mio, usted se vé así!

Teresa, que aconsejada por don Cleofás, habia ido á buscar la proteccion de Dolores, franca, leal é inexper-

ta, no habia preparado como otras el terreno, sino que viéndose obligada á llegar al objeto de su visita, llegó á él cuanto antes y de la manera que pudo.

—Si señora, y sucede...

—¿Qué sucede?—dijo Dolores.

—Mire usted, no siento que ese hombre haya huido, porque para mí ha sido muy malo, no lo sabe usted bien; me ví abandonada, desesperada; tuvo valor para decirme que se habia casado conmigo por mi dote, y por último desengaño, me ha abandonado cuando...

—¿Cuando qué?...

—Cuando dentro de algun tiempo...

—Bien, sí, sí, comprendo,—dijo Dolores,—y, ¿se ha quedado usted sola en el mundo, sin recursos?

—Tengo á don Cleofás, á mi buen padre, pero mi hijo...

—¡Ah! bien, Teresa, bien, descuide usted, haremos cuanto se pueda porque no sea para usted una desgracia la mala conducta de su marido: ¿y ha venido usted sola?

—No señora, no,—contestó Teresa,—ha venido conmigo don Cleofás.

—¡Cómo! ¿cómo es eso? ¿está en Madrid don Cleofás y no ha venido á verme? esto es una inconsecuencia; ¿qué le he hecho yo?

—Nada, señora, nada, pero hemos hecho muy mal el camino, primero en carro, hasta Guadalajara, despues, apretados como sardinas en una mala diligencia, desde Guadalajara hasta Madrid; don Cleofás está muy cansado, mucho, porque ya es cuerpo de años, como usted sabe, señora.

—Vamos, vamos, Teresa, es usted cándida como una niña; no sabe usted decir una mentirilla sin que se la conozca; don Cleofás, valiéndome de una expresion suya, es fuerte como un cañon de batir, solo que ha creido que seria mejor que viniese usted sola, ¿no es esto?

—Sí, si señora, es verdad,—contestó Teresa muy encendida, y con los ojos llenos de lágrimas.

—No hay que apurarse, Teresa, que soy su amiga de usted, más que su amiga, su hermana; es usted una mujer escelente: ¿dónde se ha quedado don Cleofás?

—En la calle de la Justa, número 24, cuarto tercero de la izquierda, donde nos hemos metido de huéspedes,—contestó Teresa.

Dolores tocó un timbre.

Se presentó inmediatamente un criado.

—Que enganchen un carruaje,—dijo Dolores,—y cuando esté, venga usted por una carta que tienen que llevar.

Dolores, apenas se hubo ido el criado, se levantó, abrió un secreter, y escribió:

«Señor canónigo: ¡Mil bombas y mil cohetes á la Congreve! ¿Por qué no ha venido usted con Teresa? Dejémonos de niñerías, es usted tan cándido como ella; cuando yo, desesperada, caí en la puerta del convento de Santa María Magdalena, cuando conocí á usted, no me negué á ir á su casa, no rechacé ninguno de los sinceros favores que á usted debo, y á Teresita; creo que esto bastará para que se ponga usted el manteo y el sombre-

ro, y se venga usted á casa: suya agradecidísima y afectuosa,

»DOLORES.»

Apenas habia escrito y cerrado Dolores esta carta, en cuyo sobre puso el nombre y las señas de don Cleofás, apareció el criado.

—Ya está el carruaje, señora,—dijo.

—Pues bien, que lleven esta carta á su direccion, y que se pongan á las órdenes de la persona á quien vá dirigida.

—Muy bien, señora.

El criado se fué con la carta.

—¡Qué buena es usted!—dijo Teresa,—¿por qué los que son buenos han de ser desgraciados? ¿por qué lo permite Dios?

—Porque nosotros tenemos la culpa, Teresa,—dijo Dolores,—vamos, alégrese usted, tranquilícese usted, está usted en su casa; no habrá usted almorzado, ¿no es verdad? es temprano.

—He tomado en la leonera adonde hemos ido á parar, una jícara de infame chocolate.

—¡Ah! pues almorzaremos juntas cuando venga el señor canónigo; voy á hacer que llamen á Casilda y á Andrea, se alegrarán mucho de ver á usted.

Y Dolores tocó de nuevo el timbre.

Se presentó un criado, y recibió la órden de llamar á Casilda y á Andrea.

Estas sobrevinieron, y hubo un momento de espansion, porque entrambas querian mucho á Teresa.

IX.

Entretanto, don Cleofás leia y releia la carta de Dolores.

—¡Ah! no me he engañado,—dijo,—á pesar de todo es un corazon excelente; pero, ¿por qué es ella quien me escribe y no el duque? ¡Báh! lo habrá tomado esto como asunto propio; pues señor, no hay que andarse con cumplimientos ni con tiesuras cuando de tan buena voluntad se nos ofrece.

El buen don Cleofás cogió un saco de noche, metió en él unos peines y un espejo con que se habia peinado Teresa, únicos objetos que del saco de noche habian salido, se puso la sotana, el manteo y el sombrero, y llamó á la patrona.

Era esta de la misma facha y fecha que todas las pupileras de bajo pelo, que no parece sino que Dios las ha hecho en un mismo molde.

—Me voy, señora,—dijo,—aunque lo siento, pero tengo casa en Madrid.

La pupilera apretó el gesto de una manera incivil, irritante.

—Vaya,—dijo,—pues si yo lo hubiera sabido, no hubiera comprado dos mantas de Palencia para las camas.

—Creo que yo no se las he mandado comprar á usted,—dijo, templándose al humor de la pupilera, don Cleofás, que, como sabemos, era enérgico,—con pagarle á usted la cuenta, estamos listos, y á desfilar por sec-

ciones. Un dia á dos pesetas, dos individuos, diez y seis reales; vea usted si esa es la cuenta.

—¡Qué ha de ser esa la cuenta, si son dos dias!—dijo la pupilera.

—¡Cómo dos dias! ¿usted llama dos dias á quince horas, mujer de Dios?—exclamó don Cleofás.—Llegamos anoche á las ocho de la noche, y son ahora las once de la mañana.

—Ayer se cuenta por un dia y hoy por otro, porque se ha puesto comida para ustedes, y anoche han dormido aquí.

—Vaya bueno; bien, pues tome usted ocho pesetas y asunto concluido, y no me caliente usted más la cabeza, que á mi las bribonadas me irritan.

—¡Cómo bribonadas! que á mí no me insulta nadie,—exclamó la pupilera,—y si usted no se reporta, llamaré al celador; la culpa me tengo yo, que no le he pedido á usted anoche quince dias adelantados.

—Ea, quíteseme usted de delante,—dijo don Cleofás, agarrando su saco,—porque si no, le echo á usted los machos encima: ¡vaya una tia!

—¡Pues vaya un sacerdote!—dijo la pupilera, resuelta á no ceder.

—Muchacho,—dijo don Cleofás al lacayo que estaba á la puerta.

Este se acercó sombrero en mano.

La pupilera retrocedió al ver que un lacayo de tan buen corte se quitaba el sombrero para aquel clérigo.

—Toma ese saco,—dijo don Cleofás,—ponle en el pescante, y vámonos á casa.

—Cuando usted guste, señor,—dijo el lacayo.

Don Cleofás salió, y detrás de él el lacayo, que cerró la puerta.

—¿Si habré cometido yo alguna barbaridad?—dijo la pupilera,—¿si me saldrá caro el haberme puesto de punta con ese señor? porque ese es criado suyo; yo creí que venia á buscarle para algo;—y la pupilera se fué á un balcon.—¡Calla! ¡ese es un coche de gran lujo! ¡qué caballos! ¡y se mete en él el cura! ¿y á qué ha venido á casa una persona que tiene tal carruaje? á la fuerza, ese señor no es cura, ese señor es un conspirador; ya se sabe que nos la andan armando, que quieren quitarle al pueblo su triunfo de 17 de julio; es necesario avisarle al alcalde de barrio, porque los liberales somos muy confiados, y á mí no me la dan, que por una parte los neocatólicos, y por otra los de la union liberal, nos la andan buscando. Petra, Petra, hija mia, ven acá.

Apareció una criadita, muy infeliz y muy jóven, casi una niña, muy mal traida, que era la única servidumbre de la pupilera.

—Mira, hija,—la dijo ésta,—anda, vete á casa del alcalde de barrio, ya sabes, el tendero de la esquina, y dile que venga, que tengo que contarle cosas muy graves.

La muchacha salió, y á poco estaba allí el respetable alcalde de barrio, con su képis con galon de plata, lo que queria decir que era capitan.

Los prohombres del partido progresista y su pontífice Espartero, sabian dos horas despues que los neo-católicos conspiraban, y se pensaba en medidas extraordinarias.

Por poco, por poco, no se pone la milicia nacional sobre las armas.

X.

Abandonemos la política, y volvamos á casa de Dolores, á punto que entraba en ella don Cleofás.

Se le recibió con una viva alegría; despues de los cumplimientos, don Cleofás dijo:

—Calla, y el señor duque, ¿no se habrá levantado todavía?

—Mi padre no se levantará más,—dijo tristemente Dolores.

—¡Ah, ese luto, ese luto!—exclamó don Cleofás,—¿con que ha muerto su excelencia?

—Pero, ¿de dónde sale usted, don Cleofás? pues qué, ¿no sabe usted lo que ha pasado por casa? todo el mundo se ocupa de ello.

—Es que Sigüenza, señora, está fuera del mundo,—dijo don Cleofás,—y ésta no me ha escrito nada.

—Yo tampoco he sabido nada hasta ahora,—dijo Teresa,—yo no salia de casa, ni tenia ojos más que para lo mio, que era muy triste.

—Vamos, vamos, es necesario sobreponerse á todo,—dijo Dolores,—aquí donde ustedes me ven, me quedo sola en el mundo otra vez: dentro de un año se casará mi hermana Casilda, mi hermana Andrea tal vez se case tambien, yo me casaré más tarde, estoy ya desposada, me casaré con un esposo que no me abandonará nunca, nunca, con el no ser, con el reposo de la tumba.

—¡Báh!—exclamó don Cleofás,—y decia usted que no habláramos de cosas tristes.

—No, amigo mio, no; para mí la idea del descanso es una idea agradable, pero deseo tener á mi lado el mayor número de afectos posibles, y cuento con que ustedes no saldrán de mi casa, don Cleofás, mi querida Teresa.

—Todo eso está muy bien, señora,—dijo don Cleofás,—perfectamente; pero, ¿y mi canongía?

—Ya obtendremos para usted una licencia de seis meses, y despues una próroga de otros seis.

—¡Oh! ¿y qué dirá mi obispo?

—¿Qué ha de decir? nada; pues qué, ¿un canónigo no puede tener asuntos importantes en Madrid que le ocupen durante un año?

—Hay además,—dijo don Cleofás,—el recurso de mi agregacion á San Isidro.

—¡Báh, báh! pues se hará todo eso,—dijo Dolores,—ahora vamos á almorzar.

CAPITULO XXXV.

Noticias importantes.

I.

Corrió el tiempo.

Pasó un año.

Durante este año habian acontecido muchas cosas.

Sucesivamente, el tribunal inferior habia condenado á veinte años de cadena á Medio-dedo, por homicidio efectuado con provocacion contra el excelentísimo señor duque del Humbroso.

Don Antonio Cantillana habia sido sentenciado, como reo de quiebra fraudulenta, por el tribunal de Comercio, á ocho años de presidio, mediando, como es de ley, un juez de primera instancia.

El mismo Cantillana, por falsificacion de billetes de banco, habia sido sentenciado en primera instancia á veinticuatro años de cadena, esto, por supuesto, en rebeldía.

Bartolote y la duquesa viuda del Humbroso, habian sido sentenciados, por conato de asesinato sobre la persona de don Braulio Zancudo, médico titular de la villa de Cercedilla, á doce años de cadena el uno, y á doce de prision en el Modelo de Madrid la otra.

Los amores de Casilda y del marqués de Olite habian llegado al frenesí, y cumplido el luto por el duque, se habian casado y se habian ido á los estados que el marqués tenia en Navarra, desempeñados ya por el inmenso patrimonio que al casarse habia recibido Casilda.

En realidad, se habia quitado de en medio, para dar tiempo á que la buena sociedad de Madrid se fuese olvidando de la historia de aquel casamiento.

Andrea y Luis se adoraban, pero de distinta manera; ya lo hemos dicho, el amor de Luis era un amor volcánico, en que tenia tanta parte el espiritualismo como el materialismo.

En Andrea, el amor era puramente espiritual, y si alguna parte habia tomado en él la materia, Andrea, con su virtud, hacia callar á sus sentidos, y no olvidaba nunca que Luis era casado.

Dolores se habia quedado verdaderamente sola, en esa terrible soledad del corazon.

Luis la amaba, pero con un amor extraño, con el amor de un padre, de un hermano.

El desprecio que en otro tiempo habia debido á Dolores, le habia curado completamente de todo otro amor, pero que influia poderosamente en el terrible amor que Luis sentia por Andrea.

II.

Estaba para cumplirse el año de permanencia en Madrid de don Cleofás, permanencia que era de todo punto inútil, como no se la considerase desde el punto de vista de hacer compañía á Teresa.

Nada se habia adelantado respecto á los asuntos de ésta.

Su dote se habia perdido definitivamente, y nada habia á qué agarrarse, porque los acreedores de Cantillana apenas habian percibido el medio por ciento del producto del rico moviliario y de los buenos cuadros que en su casa habia dejado Cantillana.

Un niño que Teresa habia dado á luz cinco meses antes, habia nacido completamente pobre.

Dolores habia sido su madrina, cuando fué bautizado como hijo legítimo de don Antonio Cantillana y de doña Teresa Salmeron.

Sobre la cabeza del niño habia caido no solo el agua de salud, sino las lágrimas de don Cleofás, que le habia bautizado.

Un dia de primavera, estando en el jardin de la casa de Dolores, ésta, don Cleofás, Teresa con su hijo en brazos, y algo apartados, Luis y Andrea, que hablaban con sumo interés, apareció el baron de Sanfelices, antiguo amigo de la familia, y dió dos noticias que causaron una conmocion general.

La una era la de que la duquesa viuda del Humbroso habia desaparecido de la cárcel de mujeres.

La otra, que de la del Saladero se habia escapado Bartolote.

Y como si Dios hubiera permitido otra grave coincidencia, un criado adelantó con una bandeja de plata, y en ella una carta voluminosísima, para Luis.

—Permítanme ustedes,—dijo éste.

Y abrió el pliego.

En él venian una carta y un manuscrito.

La carta decia:

«Mi querido enemigo: He cumplido como un hombre de honor; Clotilde ó Fanny, como mejor usted quiera, ha sucumbido; dentro de poco, por el gobierno civil de la provincia de Madrid, recibirá usted los documentos justificativos; es usted completamente libre, y de esta manera he reparado la ofensa que, no conociéndole, le hice en otro tiempo.

»Al señor don Estéban de Santiponce le ha faltado un cabello para que no le cuelguen de una cuerda, delante de la prision de New-gatte.

»Yo me marcho á los Estados-Unidos con mi familia, que se ha aumentado con una magnífica pareja *bull-dog* (perro de presa); recibo las gracias que indudablemente me dará usted, desde el fondo de mi corazon, que ofrezco á usted en Nueva-York, cuartel 7.°, calle 85.°, número 173, primér piso, número 60: no hay escaleras; se sube á máquina; mi número 60 me ha costado un millon de dollars; soy sócio, pues, de la compañía poseedo-

ra de la misma casa, del inmenso hotel número 173, y tengo que pagar á la compañía el tanto por ciento correspondiente al alquiler que yo pagaria si fuese inquilino; véngase usted por acá con la señorita Andrea; tengo en mi posesion un departamento admirable. Suyo afectísimo,

»B. KIN KAKOP ATAHUALPA.

»New-York 4 de marzo de 1856.»

Luis se puso malo.

Era una noticia demasiado grave.

Era una noticia que le salvaba.

Pero aquella noticia le anunciaba la muerte de una mujer á quien habia amado con toda la fuerza de su impresionabilidad, que habia sido su esposa.

Habia mucho de amargo, mucho de terrible en la noticia de la libertad de Luis.

—Dispénsenme ustedes,—dijo,—he recibido una noticia muy grave, me he afectado, y dejo á ustedes.

Y se alejó, metiéndose el manuscrito en el bolsillo.

III.

Dolores, Casilda y Andrea se alegraron de que se hubiera evadido Mercedes.

—Pero esto es grave,—dijo Dolores,—todo el mundo vá á creer ahora que yo he protegido la evasion de Mercedes, que la he comprado á peso de oro, y volveremos á tener escándalo, y tal vez tendremos informaciones judiciales.

—Y bien,—dijo el baron,—en cuanto al juicio público, en vez de producir esto un escándalo, se encontrará una grandeza de alma, no comun, en usted, porque para salvar á una sentenciada tan ilustre como su madrastra, deben haber sido necesarios grandes sacrificios.

—Juro á usted,—dijo Dolores,—que yo habia pensado en esto, pero para más tarde, para cuando hubiese sobrevenido la sentencia definitiva; esto me ha cogido completamente de sorpresa, porque nada he hecho; cierto es que he enviado fuertes cantidades á Mercedes, y que con ellas tal vez se ha procurado la libertad; ningun cargo puede hacérseme, porque Mercedes es inmensamente rica: cierto es que estaba completamente aislada, que su administrador general, su *tu-autem*, ese Bartolote, habia sido preso, que no podia recibir dinero, y que se la vigilaba severamente, pero yo he encontrado medio de que reciba cantidades de gran consideracion.

—Lo que quiere decir,—observó el baron,—que usted ha protegido indirectamente la fuga de su madrastra.

—¿Y la de Bartolote?—dijo Dolores.

—Por ahí debe andar el marqués de Olite,—contestó el baron.

Y continuaron hablando del mismo negocio.

Andrea estaba vivamente impresionada.

¿Qué carta era aquella tan voluminosa, que habia causado una sensacion tan profunda en Luis?

Luis leia en aquel momento en la casa que habia tomado para sí, dejando aquella en que habia habitado Dolores, desde que, por decirlo así, se habian roto sus relaciones, viviendo muy modestamente, y adquiriéndo-

se como médico el dinero que necesitaba para cubrir sus pequeños gastos de hombre solo.

Luis se habia mudado á un cuartito principal muy pequeño en la Red de San Luis.

Dolores se habia visto obligada á hacerse cargo de todo lo que habia quedado en la casa número 4 de la calle de Hortaleza.

Pero antes de poner en conocimiento de nuestros lectores lo que contenia el manuscrito que leia Luis, veamos de qué manera se habian evadido Mercedes Cancamusa y Bartolote.

Empecemos por éste.

CAPITULO XXXVI.

Continuacion del anterior.

I.

Don Braulio, en cuanto fué puesta en comunicacion Mercedes, se fué á verla.

El alcaide entregó á Mercedes una tarjeta de don Braulio, diciéndola:

—Una persona que parece decente y que se llama grande amigo de vuecencia, me ha dado para vuecencia esta tarjeta.

—Braulio Zancudo,—leyó Mercedes, y se puso pálida.

¿Para qué la buscaba aquel hombre? ¿cómo el alcaide no habia reparado al leer la tarjeta en que aquel don Braulio Zancudo era el mismo por cuya causa se procesaba á la duquesa viuda del Humbroso?

La verdad fué que el alcaide no leyó la tarjeta.

Si la hubiera leido y se hubiera opuesto á que entrase don Braulio, éste hubiera allanado las dificultades.

Pero la casualidad lo hizo mejor haciendo que al alcaide no se le ocurriese leer aquella tarjeta.

Mercedes era mujer de corazon y no sintió miedo alguno, porque se aproximaba á ella don Braulio.

No era tampoco de presumir un crímen, porque nadie á no estar loco ó desesperado, comete un crímen en la cárcel, ahorrando de este modo á la policía el trabajo de que le prendan.

Tampoco los que se suicidan se acuerdan de ahorrar trabajo á los conductores de muertos, yendo á matarse al cementerio, porque el mejor suicidio seria irse á la hoya grande y de tapadillo enterrarse en ella, así se ahorraria escándalo y no se haria trabajar á nadie. Todo se reduciria á embozarse.

II.

Entró don Braulio.

La Cancamusa le recibió sonriendo.

Don Braulio se desconcertó.

No esperaba tanta serenidad.

—Adios, Braulio,—exclamó la Cancamusa,—¿qué tal desde la otra tarde?

Braulio abrió enormemente los ojos.

—¿De qué tarde habla usted?

—¿De qué tarde he de hablar, sino de aquella felicísima tarde en que pasamos juntos seis horas en la fonda de los Carabancheles?

—¡Ah!—exclamó don Braulio,—¿te acuerdas, alma mia?...

—¡Oh! sí, sí, me acuerdo, no lo he olvidado, no puedo olvidarlo, eso fué ayer.

—¡Ayer, y han pasado veinte años largos!...

—Para mí esos veinte años no han existido.

—¿De veras, señora?

—¿Por qué me llamas señora?

—Ah, sí, es verdad, aquella tarde no te llamaba señora, como tú dices; pero es el caso que ahora eres la excelentísima duquesa viuda del Humbroso, y entonces eras simplemente doña Mercedes Cancamusa.

—¿Y qué más dá, amigo mio, qué más dá? ¿crees que la que de aquella manera te amó ha podido olvidarte?

—Creo lo que veo,—dijo don Braulio:—la verdad es que no pude volver á echarte la vista encima, y que para librarte de mí hiciste que se me diese la plaza de médico titular de la villa de Cercedilla.

—¡Oh! eras muy peligroso, Braulio, yo estaba muy comprometida: mi marido era una fiera, por amor á tí fingí que de mí te alejabas, cansada, arrepentida de haberte conocido; pero despues que quedé viuda de mi primer marido, me hubiera alegrado mucho volverte á ver.

—Sabias dónde estaba.

—No me atreví, sin embargo, tu amor era violento, y hubieras podido comprometerme.

—Sí, tienes razon: mi amor es violento como una tempestad, como un rayo; por amor hácia tí soy capaz de todo.

—Sí, sí, ya lo sabia yo.

—Y por eso, sin duda, mandaste á Bartolote Corsini me despachase.

—Yo no he mandado tal cosa: eso es una calumnia,—exclamó la Cancamusa.—Sabes tú demasiado que yo no he escrito esa carta funesta.

—Lo sé,—dijo don Braulio bajando la voz;—y lo sé tanto, como que esa carta la he escrito yo.

—¿La has escrito tú?

—Sí, por tí, por mi amor que no transige: además de esto, sino has escrito esa carta es porque no necesitas escribir á Bartolote para encargarle que me matase, y Bartolote recibió de tí ese encargo; pero el que vela por los hombres de buena fé y de corazon, como yo, hizo que el crímen me fuese descubierto y que pudiese probarle. Bartolote tomó mal sus medidas; pero, eso no importa, has sido presa, encausada, te sentenciarán; pero la sentencia será ilusoria; yo te salvaré.

—¿Que me salvarás, Braulio?

—Sí, te salvaré, de seguro, pero escucha; cuando te salve huiremos de España.

—Bien.

—Yo lo tengo preparado todo: el duque del Humbroso, tu marido, ha muerto sin tener lugar de pedirme cuentas, y he quedado en posesion de más de tres millones de reales que se me habian dado para constituir la fortuna de Casilda, y que tengo á mi nombre en tierras en Castilla: venderé esa hacienda y con esos tres millones...

—¿Qué importan esos tres millones cuando yo soy inmensamente rica?—dijo Mercedes.

—Bien: importa poco que lo seas ó no: con la renta de los tres millones podemos vivir en cualquier punto decentemente sin necesidad de tocar á tu patrimonio: quiero que comprendas que mi amor es de todo punto desinteresado: una vez fuera de España, nos casaremos si te parece bien.

—Muy bien, Braulio, yo siempre te he amado y no he podido olvidarte jamás.

—¡Y qué hermosa estás, amada mia!... parece que no ha pasado una sola hora desde aquella tarde de hace veinte años en la fonda de los Carabancheles: es que tu amor me enloquece: no creia que hubiese un amor que resistiese á tanto tiempo: ¡ah! un amor como el mio es inmortal.

—Pues bien, es necesario ser prudentes: es necesario que no vengas por aquí con frecuencia y que cambies de nombre cuando vuelvas, ha sido una imprudencia dar la tarjeta con tu nombre como si el alcaide no supiera por qué se me instruye causa y se me tiene presa.

—Y bien, ¿qué importa? yo soy una de las partes de este pleito criminal y pudiera suceder que yo viniera á avenirme contigo, porque en estos asuntos importa mucho el perdon de la parte.

—¿Y tú me perdonas, Braulio, no es verdad?

—Sí; aunque no comprendo por qué has querido asesinarme.

—De miedo: estaba casada, te veia terrible, furioso, mi posicion era delicada, comprometida y tuve miedo de tí: perdona.

—Sí, sí; lo comprendo, y hasta cierto punto has te-

nido razon; pero la verdad es que Dios no ha querido que muera, lo ha dispuesto de otro modo y sin duda está escrito que nos casemos.

—Pues si está escrito, Braulio, se cumplirá. Ahora vete: importa que no reparen que hablamos durante mucho tiempo.

Don Baulio se despidió, y salió lleno de esperanza.

La Cancamusa habia sido tan hábil y tan cómica que habia engañado á don Braulio cuyo amor propio era escesivo.

Recordaba aquella tarde en que se habian visto por primera vez y encontraba más amante que entonces á Mercedes.

—Sí,—se decia al salir de la cárcel;—se sacrificaba á su posicion; pero una vez muerto el duque y puesta en el apuro en que se encuentra, para ella es una felicidad que la ame y la salve... ¿y cómo diablos se vá á hacer esto? bien, venderé todos mis bienes, me haré con dinero y luego me introduciré en la cárcel y haré en ella buenas relaciones.

III.

En efecto, don Braulio vendió sus tierras, las redujo á dinero, impuso éste en el banco inglés, para estar preparado á todo, y se quedó con veinticinco mil duros para entrar en operaciones.

Muy pronto tuvo de su parte á los dependientes inferiores de la cárcel.

Solo faltaba un pretexto para llegar á la salvacion de Mercedes.

Este pretexto fué, cuando llegó el caso, una enfermedad de Mercedes.

Don Braulio se entendió con los médicos de la cárcel y éstos declararon que doña Mercedes estaba muy mala, por lo cual se mandó la trasladasen al hospital; pero Mercedes representó, suplicó y logró permanecer en la alcaidia, á pesar de que decian los médicos tenia fiebre, y en la cárcel no se tiene á los presos calenturientos.

Se exigieron hermanas de la caridad.

Una noche, mientras estas hermanas dormian en una habitacion inmediata, una de las presas de la cárcel, que asistia como criada á Mercedes, la vistió completamente un hábito y unas tocas de hermana de la caridad.

Cuando estuvo vestida se acercó á una ventana y arrojó un papel.

Aquella era una señal.

Inmediatamente llamaron á la puerta de la cárcel y dijeron que era necesario fuese al momento á la casa de hermanas de la caridad, Sor María de la Asuncion que era una de las que estaban asistiendo á Mercedes.

Pero no se las avisó. El alcaide estaba tambien comprometido y Mercedes salió delante de los empleados inferiores, vestida de hermana de la caridad para reunirse á otra hermana falsa que habia llegado en un coche.

Por la mañana se echó de ménos á Mercedes.

Sobrevino la correspondiente sumaria.

El alcaide se descargó conque no habia podido no-

tar la equivocacion y que habia creido que la que salia era la hermana Sor María de la Asuncion.

En fin, por más que se hizo y se pretendió averiguar por qué medios se habia escapado la duquesa viuda del Humbroso, nada pudo obtenerse.

Hubieron de contentarse con deponer al alcaide á quien importó muy poco, porque le habia quedado el riñon bien cubierto.

Don Braulio esperaba en la inmediata puerta de Fuencarral á Mercedes en una silla de posta y provisto de un pasaporte en el que aparecia el nombre de don Braulio Perez y su esposa doña Mercedes de Lora, que pasaban á París á asuntos particulares.

El pasaporte estaba visado por el ministerio de Estado en toda regla, y habian respondido de la identidad de las personas dos vecinos de casa abierta.

No habia pues que detener hasta la frontera á los dos fingidos esposos.

Sin embargo, la policía de las poblaciones del tránsito que habia sido avisada por telégrafo, detuvo la silla de posta y la reconoció; pero no era aquella señora la que se buscaba.

Las señas no convenian.

Se hablaba de una mujer esbelta, jóven y hermosa y se habia encontrado una mujer gruesa, colorada, encendida, con una berruga en la nariz y ésta roma y con los cabellos entrecanos.

No podia pues creerse que aquella señora era ni esbelta, ni jóven, ni hermosa y por consiguiente Mercedes Cancamusa, duquesa viuda del Umbroso.

Toda esta trasformacion la habia operado Braulio.

Pasaron en fin tranquilamente la frontera.

Fué necesario continuar la causa de Mercedes en rebeldía.

Don Braulio no se detuvo en Francia porque en el país vecino hay extradicion. Estuvo algunas horas en París, partió para Calais, desembarcó con Mercedes en Douvres, pasó á Lóndres, retiró del banco sus tres millones de reales más los veinticinco que tenia en él Mercedes Cancamusa, y pasando á Southamton se embarcaron para Nueva-York donde habia determinado establecerse definitivamente.

En cuanto á Bartolote, su evasion habia sido comprada por el marqués de Olite y habia acontecido de la manera mas natural del mundo, saliendo por la puerta.

Todo esto se redujo á que formaron causa al portero de golpe y el fiscal pidió para él la pena correspondiente de presidio.

Esto le importaba muy poco al portero: se le habia pagado convenientemente la pena.

Bartolote se fué perfectamente disfrazado á Navarra á dar las gracias al marqués de Olite, á quien encontró cerca de Tafalla, en una magnífica casa de campo.

—Y bien, ¿qué dices de esto?—dijo el marqués.

—¿Qué he de decir? que todo se lo ha llevado la trampa: han sobrevenido sucesos inesperados y ha cambiado la situacion: necesito vengarme.

—¿Y de quién?

—¿De quién sino de ese infame don Braulio?

—¡Sabe Dios dónde estará!

—Esté donde estuviere, yo le encontraré, señor marqués, estoy seguro de ello. La policía francesa es muy buena y no lo es ménos la inglesa; le seguiré el rastro, y cuando le encuentre, esté seguro de que me vengo.

—Déjate de tonterias, Bartolote; vete á Inglaterra y vive allí tranquilamente.

—¡Ah! ¡no! el que me la hace me la paga. Y á usted, ¿qué tal le vá?

—Soy muy feliz, Bartolote, completamente feliz: tengo una esposa admirable, y no sé como pude volverme loco por la tal Mercedes Cancamusa.

—¡Ah! esa mujer es un demonio. Y vamos claros, señor marqués: puesto que usted se ha casado ya y ha prescindido completamente de doña Mercedes, ¿puedo ser explícito con usted? yo adoro á esa mujer y no se la cedo á Zancudo.

—En fin, haz lo que quieras,—contestó el marqués,—pero no permanezcas mucho tiempo aquí: te se debe buscar con empeño: el proceso que te se ha instruido ha causado mucho escándalo y á los reos prófugos de este género se les busca con mucha actividad: estamos cerca de Francia, métete por la frontera, no te detengas en París y vete á Lóndres; llévate ese medio millon en billetes del banco francés que tenia preparado para tí, y sé feliz: escríbeme alguna vez Bartolote.

—¡Gracias! señor marqués, escribiré á usted cuando haya llegado á mi posicion definitiva.

Bartolote salió aquel mismo dia para Francia.

Llegó á París y entabló relaciones con el primer agente de policía que encontró sobre su paso.

Bartolote hablaba varias lenguas y entre ellas el francés, admirablemente.

El polizonte francés nada encontró de extraño en que un español fuese buscando á una mujer que se habia escapado con un hombre, y tanto fué, y vino, y averiguó, que al fin descubrió que un matrimonio español que tenia por nombres Braulio y Mercedes habia pasado por París hacia algunos dias y se habia dirigido á Calais pasando á Inglaterra.

Bartolote hizo el mismo camino y pasó á Lóndres.

Allí por la policía, y muy desembarazadamente, por no existir tratado de extradicion de criminales entre España é Inglaterra, averiguó que el matrimonio en cuestion habia pasado á Southamton.

La policía de Southamton le dijo que el tal matrimonio se habia embarcado en el paquete *Serpiente* de la compañía traslántica con destino á Nueva-York.

Esperó la salida de otro nuevo paquete y cuando se hizo á la mar, le llevaba consigo á la primera de las ciudades de los Estados-Unidos.

CAPITULO XXXVII.

Noticias.

Estamos, pues, en el caso de leer el manuscrito que Kin Kakop Atahualpa habia enviado á Luis.

El manuscrito, cuya letra era menudísima, como si se hubiese cuidado de no emplear mucho papel por no hacer un pliego demasiado voluminoso, decia así:

HISTORIA DE LA BUSCA DE DOS BRIBONES,

por el indio

DON BALTASAR KIN KAKOP ATAHUALPA.

Dedicada á su grande amigo don Luis Sanchez de Leiva.

I.

Nunca he sido escritor, amigo mio, ni aun para mis cartas, porque siempre he tenido secretario á quien he informado de lo que tenia que decir y él se las ha compuesto como ha podido.

La relacion de lo que me ha acontecido desde que llegué á Lóndres en busca de don Estéban de Santiponce, ex-teniente de fragata, y de Clotilde ó Fanny Thompson, ex-querida mia y de no sé yo cuanta otra gente, y ex-esposa de usted, no puedo confiarla á nadie, porque si bien en esta relacion hay hechos públicos en los cuales han intervenido las sábias leyes de la vieja y conservadora Inglaterra, hay tambien detalles que un cualquiera no podia presentar bien, aunque se le informase: es preferible que yo lo haga como pueda.

Entremos en materia.

II.

Pongo números imitando á ciertos novelistas á los cuales imitan otros porque este es el siglo de la imitacion.

Hay muy pocas cabezas que inventen y muchos que pidan privilegio de invencion para sí por lo que otros han inventado.

Esta es una época verdaderamente comunista y socialista.

Nadie tiene nada suyo, porque en cuanto lo enseña ó ello se deja ver, viene otro y se lo quita, y sino, traslado á Clotilde.

Esto de traslado, se me ha pegado de los muchos pleitos que he tenido, porque no hay hombre rico á quien no acosen pleiteantes aunque no sea más que por llegar á una transacion despues de aburrirlos, transacion á que sucumben la mayor parte de los acometidos haciendo una

operacion aritmética que viene á hacerse sobre este cálculo:

Si transigiendo suelto cuatro, y no transigiendo se llevan doce las costas, transijo.

Yo no he transijido nunca porque me alegro de que me saquen dinero.

Tengo curiosidad de saber si hay medio de acabar con mi fortuna, á no ser que me pusiera yo á pagar los gastos de la Francia y de la Inglaterra por dos ó tres años.

Los ingleses me llamarian filántropo y los franceses un hombre honesto.

Renuncio á estos honores calificativos.

No digo nada de los españoles, porque estos están acostumbrados á encogerse de hombros, tanto cuando les dan, como cuando les quitan.

España es una nacion de caballeros que tienen la grandeza de la indiferencia á todo.

III.

Dije que iba á entrar en materia y estará usted diciendo:

—Y bien, ¿cuándo se acaba este párrafo?

¿No conoce usted, amigo mio, que no soy escritor, y le estoy dando vueltas al negocio sin entrar en él, porque temo envolverme en el relato?

Pero ello será preciso á no ser que me sentencie á estar escribiendo toda mi vida, é ir remitiendo á usted un

voluminoso manuscrito por entregas, sobre cosas que nada le interesan.

Decididamente empiezo.

IV.

Llegué á Lóndres con mi idolatrada Julia y con mi muy querido amigo su esposo.

Me hacen feliz estos chicos.

En cuanto él llegó á Lóndres se informó dónde estaba el hospital más concurrido, y se fué allá diciéndome que no queria perder ni una sola hora de estudio á la cabecera de los enfermos, y que en gran parte su aficion por hacerse un médico terrible á la muerte, consistia en que él queria saber lo bastante para hacerme inmortal mientras él viviese, á causa de lo agradecido que está por la alta posicion que me debe.

Julia le oye abriendo mucho los ojos, pero no comete la tonteria repugnante de hacer comentarios acerca de esto, cuando está á solas conmigo, que es la mayor parte del dia, del mes y del año.

En fin, estoy esperimentando que el obrar bien produce buenísimos resultados.

Estos dos chicos me hacen feliz:

El está siempre de guardia para que las enfermedades no se burlen de mí, y ella procura hacerme grata la vida, á fin de que no me ataque ninguna de esas infinitas enfermedades que proceden del fastidio: porque, amigo mio, Juanito,—y habla ahora la ciencia,—dice que el fastidio es una enfermedad preliminar, una especie de

prólogo, una preparacion infame, que empieza por atacar los jugos gástricos, quitándonos el apetito, dificultando la digestion, alterando esa distribucion de humores ácres y dulces en la economía del cuerpo humano, desequilibrándolo todo.

De suerte que Juanito dice:

—Supongamos que por un tiempo dado se fastidia clásicamente un hombre pobre de fosas nasales, largo de garganta, deprimido de pecho y delgado de piernas, el fastidio, atacando su estómago, producirá la tísis.

Ya vé usted de que manera el fastidio puede ser el prólogo de la tísis, señor don Luis.

Y como yo tengo la nariz afilada, el cuello largo, los hombros estrechos, deprimido el esternon, y enjutas las piernas, Julia, que me adora, procura por todos los medios que están á su alcance que yo no me fastidie, y para entretenerme más, como sabe el empeño que yo tengo en quedarme pobre, gasta, amigo mio, que es una alegría.

Se han muerto ya dos viejas, las dos de rabia, porque una extranjera ha llevado á Hay Market seis caballos, que han dejado atrás á los suyos en una lucha de dos segundos.

Yo creo que se han muerto de rabia al comparar lo que ellas son con lo que es Julia.

Aquí la muchacha ha hecho fanatismo, como dicen los italianos, porque como es morena, y tiene los ojos negros, y es viva é intencionada como un gorrion, reuniendo á esto la movilidad y el descoco de una mona, andan los lores, y los vizcondes y los barones tras la

circasiana, hija del negro, como la han puesto, porque en Inglaterra tambien se ponen motes, y ella ha dado en la manía de hacerles rabiar, así es que muchas veces, cuando voy á su cuarto, me encuentro que no está, y es que se ha ido á hacer rabiar á un lord.

Luego me cuenta cosas que me hacen desternillar de risa: es verdad que á veces tengo que esperar las tres de la mañana para oir el relato de las aventuras de Julia.

¡Oh! estos muchachos me hacen feliz...

—Dios los hace, ó por mejor decir, nos hace,—exclamó Luis, interrumpiendo su lectura,—¡estúpidos! pero, ¿cuándo vá á acabar este hombre? y es el caso que me entretiene.

Y continuó leyendo.

Estos chicos me hacen feliz, completamente feliz.

Julia me ha dicho el otro dia regocijándose, porque en el fondo es cándida, una palabra grave, grave y deliciosa.

Ya tengo quien me herede, amigo don Luis.

—Dentro de un año eres hombre muerto, salvaje,—murmuró Luis, sobre la lectura,—¡la Providencia, oh, sí, la Providencia! al hombre se le viene encima su mala obra, y le aplasta; ¡yo, yo no he hecho ninguna mala obra que se me venga encima, yo he sido siempre una víctima de mi incansable buena fé! continuemos.

V.

Voy á entrar por fin en materia, amigo don Luis.

Julia vino un dia sofocada, no, miento: no vino: se habia quedado muy sofocada en la constablia.

Quien vino fué un *policemen*, que me dijo con esa respetuosidad glacial de los agentes de la ley en Inglaterra:

—Caballero, una pupila de usted, mis Julia... he olvidado el apellido,—está detenida en la constablia del centésimo trigésimo distrito, por presuncion de conato de espendicion de billetes falsificados del banco de Inglaterra.

¡Ah, don Luis, don Luis! lo primero que me sucedió, fué que se me subió un tarugo del estómago á la garganta, y se me descompuso el cuerpo.

Ví en el policemen el hombre feo y negro de Newgatte, el tablado, la trampa, los dos palos funestos, su trabesaño, la cuerda, y al extremo de la cuerda la bella garganta de mi Julia, y bajo los piés de mi Julia la trampa, y el hombre negro con la mano puesta en la clavija.

¡Oh, me sentí extrangular!

La adoro.

Se me pasó aquella revolucion que se habia apoderado de mí, y dije al policemen.

—¿Está usted seguro?

—Tengo la seguridad de que mis Julia está en la cons-

tablia del centésimo trigésimo distrito municipal de la ciudad de Lóndres, por queja y detencion de mister qué sé yo cuantos,—no me acuerdo del enredado nombre que me dijo el de policía,—almacenista de perfumes, á quien mis Julia quiso estafar, dándole para pagar una caja de perfumería que solo valia dos libras, un billete del banco de Inglaterra, de ciento, falso.

Volvió á anudárseme la garganta.

—Gracias, muchas gracias por el aviso, señor mio,—dije al de policía,—voy inmediatamente.

—No se incomode usted, caballero, porque es inútil, no puede usted ver á mis Julia, porque está privada de toda comunicacion; á más de eso, que usted vive en el cuadragésimo distrito.

—Y entonces, ¿á qué ha venido usted á avisarme?

—¡Ah, caballero! yo no he venido á avisar á usted; vengo á llevarme á usted preso, como presunto cómplice de mis Julia, puesto que á usted solo es á quien ha citado esa señora.

—Pues, amigo mio,—dije amostazado,—esa señora tiene un marido, que es una cosa suya, mucho más propia que yo por ante las leyes.

El de la policía sacó una cartera, y dijo:

—¿Cómo se llama ese caballero?

—Se llama Juanito.

—¿De qué?

—Juanito Vardales: que no vaya usted á poner doble v.

—Muy bien,—dijo el de policía,—hágame usted el favor de entrar en ese gabinete.

—Señor mio, veo que en Inglaterra todo es mentira.

—Hágame usted el favor de entrar en aquel gabinete,—dijo el de policía, señalando una puerta con ese baston municipal de la ciudad de Lóndres, que parece una mano de mortero, única arma que lleva un hombre de policía, ó un policía-hombre (policemen) en Inglaterra.

—¿Y la inviolabilidad del domicilio?—dije yo, haciéndome fuerte en el derecho que me daba el piso sobre el territorio inglés.

—Caballero,—me contestó con su fria é inalterable urbanidad el agente de la ley,—¿consideraria usted como domicilio un carruaje de alquiler?

—Me parece que le voy yo á hacer á usted algo,—exclamé algo amostazado.

—Me han visto entrar, caballero,—dijo el policía, con una séria y encantadora franqueza, como quien dice: comprendo que es usted mucho hombre para mí, una especie de fiera, pero me importa poco; detrás de mí tengo las leyes y mis compañeros.

—Insisto sobre la decantada inviolabilidad del domicilio en Inglaterra,—dije yo.

—Caballero,—me contestó el policemen, con la misma urbanidad, y siempre sério,—este es un espacio alquilado, ni más ni ménos que un carruaje. Usted no puede llamarse domiciliado aquí, sino situado, y se ha cumplido con la ley pidiendo su consentimiento al dueño del hotel: además de esto, usted no es ciudadano inglés, y no puede usted estar en el goce de uno de los más preciosos derechos de la ciudadanía inglesa.

—Es verdad,—dije, acabando de perder la paciencia,—para los ingleses, todo hombre que no es inglés es una especie de bestia, con la que se puede hacer todo lo que se quiera.

—Esa es una apreciacion particular,—dijo el impasible policía,—y en Inglaterra concedemos una ámplia libertad á la idea, con tal de que no sea subversiva.

—¿Tendrán ustedes un catálogo de las ideas subversivas, á fin de que no nos equivoquemos los extranjeros?

—Caballero, el valor del tiempo es inestimable, y lo estamos perdiendo. Hágame usted el favor de entrar en aquel gabinete.

—Amigo mio,—exclamé cerrando los puños y hablándole como si fuera sordo,—sepa usted que yo soy marino, y que puedo irme por el balcon con la facilidad del mundo.

—Perfectamente,—dijo el inglés,—á lo largo de la calle hay cuatro hombres de policía.

No habia remedio.

Me metí en el gabinete, pero me quedé mirando á través del portier, lleno de cuidado: hay que temer la intervencion de los agentes de la ley en Inglaterra en nuestros negocios, porque las leyes son excesivamente severas, lo cual produce el acrecimiento de la gravedad de los crímenes; porque allí se mata por cualquier cosa, para evitar el ser denunciado por un acometido á quien se deje vivo. Así es, que se encuentran despues de una niebla negra, cadáveres de personas asesinadas por extrangulacion ó por golpes de *cassetete* (rom-

pe-cabezas), personas á quienes solo se ha robado el sombrero, el abrigo y el relój.

Perdone usted por el entre paréntesis, que traduce la palabra compuesta francesa *cassetete;* ya sé que usted conoce perfectamente el francés, pero temo que se le pierdan á usted estas memorias, que alguno se las encuentre y las imprima, y los lectores tiren el impreso, y se empeñen en que no pueden entenderle porque no han entendido una de sus palabras.

Continúo.

VI.

El hombre de policía (policemen), se puso á pasear gravemente con los brazos cruzados á lo largo del magnífico salon perteneciente al gran departamento que yo habia tomado en el hotel del Rhin, que es tan magnífico y tan caro, que pasan años enteros sin que se alquile, y segun se me dijo, su último alquilante fué el emperador Nicolás, autócrata de todas las Rusias. Cuentan tambien, y no le cuentan como locatario, porque solo estuvo veinticuatro horas en el local, que un alto hombre político de España, que fué enviado como plenipotenciario extraordinario á Lóndres para un arreglo de la deuda, queriendo dar esplendor al gobierno que le enviaba, preguntó cuál era la habitacion más cara de Lóndres, y le llevaron al hotel en cuestion. Llegó, pues, la mañana, y cuando le sirvieron el almuerzo encontró la mesa preparada imperialmente para cien cubiertos, y una nube de criados con frac y corbata blanca, y peinados de

peluquero, como dice Julia, que se rie mucho con ellos ó se reia. Al ver todo aquel aparato, el sesudo don Antonio decia:

—Ustedes se han equivocado; no somos más que mi secretario y yo.

—Mister Terrazo,—dijo el mayordomo encargado de dirigir la maniobra,—en esta habitacion y en el hotel del Rhin, no se sirven ménos de cien cubiertos.

—Y bien,—dijo el señor Terrazo,—que sirvan.

Y se sentó tranquilamente.

El servicio de platos fué interminable, de tal manera, que no se comprendia á qué hora se habia de comer, puesto que para comer es necesario almorzar.

No concibo más que dos situaciones en que aparezca más determinadamente la pequeñez humana.

La que representa un hombre que vá solo á la luz de las lámparas por la Basílica de San Pedro, ó la de mister Terrazo y su secretario comiendo al extremo de la inconmensurable mesa cargada de vajilla de plata, de preciosidades del Japon, de frutas y flores de todas las estaciones y de todos los climas, servida por tres docenas de criados inmejorables, magníficos; y sin embargo, mister Terrazo no se achicó, ni se le alargaron las narices; y es que quien nace con cabeza de grande hombre no se desvanece á ninguna altura, ni le asombra nada, inclusos el Niágara y el Pico del Himalaya.

Comió hasta que no pudo más, y se levantó.

—¿A qué hora la comida, mister Terrazo?—preguntó el mayordomo.

—A las seis,—contestó gravemente don Antonio.

Y se retiró majestuosamente, es decir, creyéndose majestuoso, porque yo no creo que pueda serlo un hombre de tres piés y medio de estatura.

Le conozco mucho, porque me puse en relaciones con él para aquel asunto de mi indemnizacion. ¡Qué habia yo de hacer, mas que agarrarme á personas influyentes!

Es una tontería perder una millonada de duros cuando uno no los gasta.

Tratándole, me convencí de hasta qué punto puede llegar la buena fé de un estúpido que se cree hombre grande, porque otros tan estúpidos como él le estiman en un precio antitético, haciéndole por su posicion, visible y por su nulidad, un hombre antífrasis.

Don Antonio envió á su secretario á convidar á la embajada de España, á la de Italia, á la de Francia, para que se aprovechase la comida; pero en cuanto el ministro residente de España vió el departamento y la mesa cubierta, dijo al otro ministro trashumante:

—Apuremos el dia de hoy, amigo Terrazo, pero antes de las doce de la noche márchese usted á otra parte.

—¿Y por qué, amigo mio?—dijo sonriendo don Antonio.

—¿Usted sabe cuánto cuesta esto?—replicó el otro.

—Un par de mil reales diarios,—dijo el señor Terrazo.—Vengo á un arreglo de la Deuda, y es necesario alzar el crédito de nuestro país con una gran representacion.

—No queramos alzarle tanto, amigo Terrazo, que añadamos una fuerte partida inútil al déficit. Mister,—

añadió el embajador, volviéndose al mayordomo,—¿qué se paga por esto?

—Mil libras, sir.

—¿Diarias?—dijo el embajador, sonriendo como quien cree inútil la pregunta.

—Es verdad,—contestó el mayordomo.

—Noventa y seis mil reales diarios todos los dias, como dicen en nuestro pueblo, señor Terrazo. En Lóndres es fácil entrar en cualquier parte, pero salir, no tanto. Créame usted, amigo mio: de sobremesa, véngase usted con nosotros como si fuera usted uno de los convidados; el palacio de la embajada es cómodo y elegante.

—¡Oh! ¡noventa y seis mil reales! ¡esto es absurdo! ¡esto es imposible!—exclamó don Antonio, en mal inglés, volviéndose al mayordomo.

Este contestó volviéndose respetuosamante:

—La última persona que hace tres años habitó durante quince dias este departamento, fué su majestad el emperador de todas las Rusias.

Antes de las diez de la noche, no estaban ni el señor Terrazo ni su secretario en el hotel del Rhin.

El ministro residente se compuso como pudo para saldar la cuenta.

Figúrese usted lo que pareceria un policemen con su casaca abrochada y su sombrero de fieltro, paseándose á lo largo de un salon asombroso, y diciendo sin duda con su lógica de polizonte:

—Ciertamente, estos deben ser falsificadores de billetes, cuando se atreven á gastar tanto.

Cinco minutos despues de estar en acecho, por decir-

lo así, el policía, entró Juanito con un bulto debajo del brazo.

Al ver al agente público, se detuvo lleno de extrañeza y aún de miedo, lo que produjo una acometida del policemen, no hácia Juanito, sino hácia la puerta por donde habia entrado, para cubrírla.

Juanito se volvió azorado, con los piés en disposicion de huir, como un torero que se encuentra en la jurisdiccion de un toro, y como un torero malo, que le tiene miedo.

El agente de policía sacó con gran calma su libro de memorias y dijo:

—¿Es usted mister Juanito?

—Si señor,—contestó balbuceando el pobre Juan, que sabia inglés, porque le habia estudiado, para estudiar las obras de los médicos ingleses.

—Pues bien, caballero,—dijo el de policía,—en nombre de la ley yo prendo el cuerpo de usted.

—Yo preso, ¿y por qué?—dijo Juanito abriendo los brazos; y el objeto que tenia debajo de uno de ellos cayó por el suelo, causando un ruido sordo, horrible, porque hay ruidos que lo son.

Se abrió el paño con que aquel bulto iba envuelto, y apareció una cabeza humana, completamente afeitada.

Yo solté una carcajada magnífica, una carcajada á todo trapo.

El inglés abrió de nuevo su libro de memorias, lanzó una mirada á la cabeza, otra á Juanito que estaba delante, crispado é inmóvil como un griego que hubiese visto delante de sí la cabeza de Medusa, (las relaciones con

Juanito me iban haciendo erudito, y por lo que llevo contado me parece que sin haber yo escrito nada, valgo mucho más que muchos novelistas célebres); el inglés escribia: hubiera dado cualquier cosa por saber lo que escribia.

Despues, cuando se aclaró el negocio, como usted verá, tuvo aquel buen inglés la bondad de dejármelo leer.

Lo copié, y tengo á la vista la copia.

«He hecho un descubrimiento importante para la satisfacion de la justicia: no solamente con fabricantes de billetes falsos lós que he venido á prender, sino asesinos: tengo á mi vista ante mis piés y más cerca que de los mios de los de un mónstruo, una cabeza humana, y como si esto no bastase al aparecer aquella cabeza, el otro asesino ha soltado una carcajada.—Para dar parte al señor constable.»

Despues de haber escrito esto, el agente guardó el libro de memorias.

Se inclinó, envolvió la cabeza se la metió debajo del brazo, y dijo sin alterarse en lo más mínimo á Juanito:

—Venga usted conmigo.

—Señor mio, esa cabeza la he traido yo del anfiteatro de mister Kunther,—exclamó Juanito todo descompuesto y aterrado, temiendo que una equivocacion y un juicio violento trajesen sobre él funestísimas consecuencias.

—Venga usted conmigo,—repitió el policía.

—Señor mio, yo he comprado esa cabeza á mister Kunther, para trabajar con reposo en mi casa,—repitió Juanito echando toda su alma en estas palabras.

—Venga usted conmigo,—dijo el agente.

Y como esta fuese la tercera intimacion, agarró á Juanito por la solapa de su paletot y le arrastró consigo hácia la puerta del gabinete donde yo me encontraba.

Venia á recogerme.

Yo salí de entre el portier.

—Basta de violencias,—dije,—ese jóven y yo iremos adonde se nos lleve, nuestra inocencia aparecerá, pero suplico á usted se garantice la seguridad de los valores que yo dejo aquí, que son inmensos.

El policemen sacó la cartera y escribió.

Aquello de los inmensos valores parecia comprobarle la idea de que nosotros éramos billeteros falsos y á más de esto, asesinos.

—Nadie entrará aquí,—dijo,—hasta que entre un agente de la ley, y todo queda garantizado; síganme ustedes.

—No tengas cuidado, Juanito,—le dije yo,—nosotros no corremos peligro alguno: todo lo que puede suceder es que ahorquen á Julia, y en fin, hijo, tú y yo lo sentiremos mucho, pero peor seria, creo que esto no necesita insistir mucho en ello, que nos ahorcasen á nosotros.

—Si eso sucede me abro la laringe con un escalpelo,—exclamó Juanito que adoraba á Julia,—¡mi buena esposa! ¡mi excelente esposa! ¡un modelo de fé conyugal!

Desengáñese usted, don Luis, todos los hombres nacen para una cosa.

VII.

—Eso ya lo habia yo dicho, indio,—exclamó Luis al llegar á este punto de su lectura,—todos nacemos predestinados, la cuestion está en la predestinacion, ¡ah! ¡la buena fé de la vanidad! ¡creer que nosotros no hemos de sufrir lo que hacemos sufrir á los demás, ó mejor dicho, que nosotros no hemos de engañarnos, como los demás se engañan! pero éste maldito indio tiene cierta facilidad para el relato: bien: si en vez de escapar muerto, escapa pobre, que una de las dos cosas ha de acontecerle si continúa tres ó cuatro años amando á Julia, puede echarse á fabricante de novelas á tanto por entrega; del mal el ménos. Continúo.

VIII.

El negocio se aclaró.

Habia sido una broma de lord Cunther que le habia metido en el bolsillo á Julia un billete de banco falso, á Julia la multaron, el lord sufrió un castigo por su broma, y como siempre hay un último mono que se ahogue, su mayordomo, probado que fué que él entregó unas veinte mil libras en billetes falsos á su amo, fué ahorcado.

Julia no quiso estar en Lóndres el dia de la ejecucion porque solo al pensar que podia no haberse aclarado la

equivocacion y estar ella en lugar del otro, la descomnia el precioso cuerpo.

—Vaya, vaya,—decia mientras un carruaje nos llevaba á Wesminster,—es imposible tratarse con los lores, excelentes señores que por no rebajarse no miran los billetes y los dan de buena fé, quiero decir, se los meten á una en el bolsillo y se vá una tan fresca á comprar una caja de perfumeria y dá una el billete y la entretienen traidoramente, y luego viene uno de esos tios feos de la casaca abrochada y la mete á una en un coche, y la llevan á una á una casa, y la encierran á una en un cuarto donde hay quince ó veinte mujeres borrachas y desvergonzadas, que empiezan por arañarla á una, y que querian inscribirme en no sé que registro, y á no ser porque lord Cunther se portó como un caballero y dijo que yo era extranjera y que no conocia las costumbres, me inscriben, pero me echaron un sermon, y, ¡ay Jesús! ¡qué sermon! yo no podia entenderle y para que le entendiese buscaron un interprete, porque aquí, hijos mios, hay que tragarse la tajada con hueso y todo, y si uno no quiere, como á los pavos las nueces, se la meten.

IX.

Hasta entonces no habia hablado de inscripcion Julia y esto me extrañó, escitó mi curiosidad.

—¿Qué género de inscripcion es esa, Julia?

—¡Ay, hijos mios!—contestó,—hay aquí unas rarezas que no se pueden sufrir: figuraos que aquí está prevenido que cuando á un extranjero le den un billete, an-

tes de tomarle llame á uno de la policía para que le informe de si es legítimo ó no, primero para proteger al extranjero y que no le suceda la desgracia que está sucediendo por una equivocacion, á ese pobre Paul, mayordomo de lord Cunther, que era un excelente chico, yo os lo aseguro, pobre muchacho, por no haber llamado á uno de policía para que viese los billetes: además por si son falsos, para coger infraganti al que los expende y cuando se sale bien de esto, porque se prueba que no se ha tenido culpa, le inscriben á uno por tonto por la primera vez y le echan una multa; porque, hijos mios, en otras partes se rien de los tontos y abusan de ellos, pero aquí los castigan.

En efecto, don Luis, Inglaterra es el país de las rarezas, mire usted que pretender inscribir á Julia por imprevision...

Decididamente Inglaterra es un gran pueblo, llega en cuanto á la seguridad individual y en cuanto al cumplimiento de las leyes hasta lo minucioso, hasta lo pequeño, casi hasta lo absurdo.

X.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Luis,—pues hizo muy bien en irse de Inglaterra Kin Kakop porque sino, atendiendo á esa ley que castiga á los tontos, de tonteria en tonteria y por tonto impenitente y relapso, aumentando la pena por reincidencia le envian á Botany-Bay: ¡oh! ¡esto es ya lo cómico de la buena fé!

CAPITULO XXXVIII.

Continúa la historia.

I.

Paul, el ahorcado, nada pudo aclarar.

Habia dicho que en el banco le habian entregado con una órdon de su señor veinte mil libras, que las llevaba en un paquete y que se encontró con una jóven hermosísima al parecer, meridional por el acento, pero inglesa en cuanto al tipo, que le pidió francamente la convidase á gin, y á cerveza negra, y á ron.

Seducido por la belleza de aquella jóven á quien habia visto en el vestíbulo del banco, entró en una taberna.

Aquella mujer le embriagó, no de la terrible mistura de gin, cerveza negra y ron, sino de voluptuosidad, y le dijo la esperase un momento, que se habia acordado de un asunto urgentísimo, que volvería á los diez minutos.

Paul estaba sentado sobre el paquete de billetes á los que sujetaba un cordon.

Keti que así se llamaba la muchacha en cuestion, volvió á poco y arrastró consigo fuera de la taberna á Paul, del cual se separó con un pretexto citándole para la noche en la misma taberna.

Paul llevó á su señor Lord Cunther, las veinte mil libras en billetes del banco inglés, de cien libras.

El papel estaba exactamente atado como se le habian entregado en el banco á Paul.

Paul no encontró por la noche á Keti en la taberna, pero hizo poco caso de esto, porque este género de mujeres rara vez asiste con puntualidad á una cita.

Así las cosas, Lord Cunther usó de los billetes que habia llevado Paul, y tuvo la ocurrencia, bromeando con Julia, de meterla en el bolsillo del traje uno de los billetes falsos cuya ilegitimidad se descubre en la tienda del perfumista.

Pero Paul no pudo probar que le habia sido escamoteado el paquete de billetes de banco legítimos, sustituyéndole con otro paquete de billetes falsos, lo que era incomprensible puesto que por las declaraciones de Paul constaba que en la taberna habia estado sentado sobre el paquete.

Keti no habia parecido por más que la hábil policía la habia buscado.

Así es, que se tuvo á Paul como espendedor de billetes falsos, y se le ahorcó al desgraciado.

En cuanto á Julia, ya lo he dicho: escapó solamente con una fuerte reprension por haber sido cándida y con

la amenaza de ser inscrita si volvia á recaer en una candidez semejante.

II.

Para mí era indudable que Paul habia sido engañado y que habia el infeliz pagado con la vida su engaño, y la aficion por una buena moza.

En aquella buena moza, por las señas habia yo reconocido á Clotilde ó Fanny.

Luego que estuve en Lóndres, como la policía inglesa no habia podido dar con ella, lo que significaba que Clótilde era más sagaz que la policía, me dije yo:—me echo á polizonte,—y me puse á buscar á Clotilde.

III.

Yo estaba completamente persuadido de que Clotilde se hallaba en relaciones con los falsificadores de billetes, y el banco fué el objeto de mi atencion.

Me fuí á él algunos dias y miré á todas las mujeres de todas clases y condiciones, de todos aspectos que al banco concurrian, y ninguna ví que pudiese parecerme Clotilde aunque desfigurada.

Al fin, un dia encontré en el vestíbulo á una mujer vestida con cierta elegancia aunque de una manera rara por los vivos colores de su traje, y fuertemente hermosa.

Mi vista es muy perspicaz.

Noté que las narices de aquella jóven eran postizas y

aun me pareció que su color moreno y el negro de sus cabellos eran artificiales.

Me acerqué decididamente á ella y vacilé.

Aquella mujer no se conmovió: me miró como sino me hubiera conocido.

Clotilde no podia hacer otro tanto: debia haberse asombrado, debia haber temido al verme aproximar á ella de una manera decidida.

Sin embargo, no desesperé, la dije cuatro galanterías y la convidé para la taberna inmediata, cabalmente para aquella taberna en que dos meses antes habia bebido con el desgraciado Paul.

Aquella jóven no se negó sino que me dijo:

—Caballero, es usted tan amable que á pesar de que espero vez para cambiar, no tengo inconveniente en acompañar á usted por un momento.

Y salió conmigo y entró en la taberna.

Yo me quedé un tanto rezagado á la puerta; ví un hombre de policía y le llamé.

El agente entró.

En aquel punto ví un movimiento de sorpresa y de terror en la desconocida que adelantó rápidamente hácia otra puerta de la taberna para buscar la salida que á otra calle la taberna tenia.

—Aquella mujer huye, dije al hombre de policía: es sospechosa y puedo decir algo de ella.

Entonces el de policía adelantó, alcanzó á la desconocida y la detuvo.

O era Clotilde pintada, desfigurada por una nariz postiza ó no lo era.

Si era ella, bastaba con lavarla y hacer que apareciese su verdadera nariz y su color propio, así en la tez como en los cabellos, puesto que quedaba consignado en el proceso de Paul las señas completas de Fanny ó Clotilde, segun yo creia ó de la desconocida que él habia dicho haberle engañado.

Ella por sospechosa, y yo por haberla denunciado fuimos conducidos á la constablia del distrito.

Hablé largamente con el constable le puse en antecedentes, y el constable reconoció á la mujer sospechosa.

En efecto: la nariz era postiza, magníficamente contrahecha y perfectamente adherida á la piel.

Se la lavó y apareció su color blanco y el rubio de sus cabellos.

IV.

Los jueces acabaron de probar la identidad ó el gran parecido de Clotilde, á quien yo reconocí, con aquella desconocida que habia estado con el ajusticiado Paul en la taberna.

Pero no fué esto solamente, sino que registrado el domicilio de Clotilde, que ella era, se encontraron muchos billetes de banco falsos y fué preso mientras dormia, ¿quién dirá usted?

El señor don Estéban de Santiponce ex-teniente de fragata, el amante que habia huido con Clotilde.

En fin, amigo don Luis, probada la criminalidad de Fanny ó Clotilde, fué ahorcada hace un mes en Tiburn en presencia de un numerosísimo concurso que acudia

atraido por la belleza de la sentenciada que se habia hecho célebre en la sesion del jurado.

En cuanto á Estéban de Santiponce se le hizo presenciar la ejecucion, y como hubiesen abogado en su favor algunas causas atenuantes, fué desportado á Botanny-Bay.

V.

Vea usted cómo y de qué manera tan cómoda, he librado á usted de la espina que punzaba su existencia y que no podia usted quitarse de ninguna manera.

Para ello no he tenido que cometer ningun crímen, amigo mio, lo que hubiera sido á usted de todo punto antipático y horrible.

Los crímenes de esa miserable son los que la han llevado á su trágico fin.

Doy á usted la enhorabuena y le suplico no sea tan débil que se horrorice por el desastre de Fanny.

Fanny habia nacido para perecer de mala manera.

Debe usted alegrarse mucho de eso y casarse con la señorita Andrea de Velasco cuanto antes, que es la antítesis, el reverso de lo que ha sido Fanny.

VI.

Ahora bien, Julia estaba muy inquieta en Lóndres. Lo que habian hecho con ella por una equivocacion la habia asustado y decia á cada paso.

—Con esta gente no se puede respirar, no se atreve

una á hacer nada ni á ir á ninguna parte temerosa de incurrir en una tonteria, y de que la agarren y la inscriban por tonta: vámonos,—me decia echándome los brazos al cuello,—á otra tierra donde podamos vivir mejor.

—Si vamos á los Estados-Unidos, la dije, allí hay las mismas costumbres.

—Sí, pero no lores que gasten bromas tan pesadas.

—Es verdad: aquella es una república democrática; pero en cuanto á rigidez existe allí mayor que entre los isleños.

En fin, arreglé los negocios que tenia que arreglar en Lóndres, me embarqué, vine á Nueva-York, y compré la magnífica habitacion donde vivimos, con un hermoso jardin y un delicioso pabellon donde puede usted venir con su señora y estar mejor que en ningun hotel de París ó Lóndres.

Yo pienso acabar aquí mis dias, y Juan está loco de contento en este hermoso país, que es el país de la ciencia, de la alegría y del trabajo; trabaja sobre los muertos y los que van á morir, con un furor terrible, y me cree siempre su padre, y lo mismo de su mujer.

Adios amigo mio, cuente usted siempre con mi amistad infinita. Lo que podia separarnos, el obstáculo que podia hacer que usted me mirase con prevencion, ha desaparecido. En el Gobierno Civil de Madrid debe estar ya el testimonio de la ejecucion de Fanny completamente autorizado. Yo he cuidado de esto y deben haberle recibido antes que usted reciba esta carta mia.

Pásese usted por allá y obtenga usted un testimonio de su viudez, que es indudable.

Con que hasta la vista, porque espero que para usted sea tentadora la perspectiva de ver esta admirable ciudad, la mejor del mundo y donde con dinero no se echa de ménos nada, nada, porque se encuentra hasta lo imposible.

Concluyo porque estoy fatigado de tanto escribir.

Contésteme usted.

Suyo,

KIN KAKOP ATAHUALPA.

VII.

Luis sintió un horror frio.

Era libre, completamente libre, pero le habian libertado el crímen y el patíbulo.

Luis era compasivo, y sus ojos se llenaron de lágrimas por Fanny ó Clotilde.

El ódio de los corazones generosos no vá más allá de la tumba.

Sobre la tumba, la hiel del ódio se convierte en lágrimas.

Todo se perdona á los muertos: y si se ha perecido tan miserablemente como Fanny, se siente por ellos una vivísima compasion.

Sin embargo, y á vueltas de esto, tal es la debilidad del corazon humano, Luis sintió en el fondo de su alma una viva alegría.

El obstáculo que hacia imposible su felicidad por la posesion legítima de Andrea, habia desaparecido.

Luis no pudo contenerse.

Se vistió y fué al Gobierno Civil donde tenia algunos conocimientos.

Preguntó allí, puso en antecedentes á uno de sus amigos del Gobierno, y le presentaron el testimonio inglés en que constaba su viudez.

—Necesito un testimonio legal de esto, un testimonio bastante para que no pueda ponerme abstáculo si pienso contraer un nuevo matrimonio,—dijo á su amigo.

—Y bien, le tendrá usted al instante, mañana puede usted recogerle, don Luis,—le dijo aquel.

—Sí, pero yo quisiera que se ocultase en todo lo posible la causa de la muerte de mi difunta esposa, porque esto es horrible como usted conoce muy bien.

—¡Ah! ¡eso no importa!—dijo el empleado del Gobierno Civil: pondremos en vez de muerte judicial por resultado de un proceso, una muerte violenta: es lo mismo: en la vicaría no se meterán en preguntar de qué manera ha sido la muerte violenta de su esposa de usted; se contentarán con saber que usted es libre y puede contraer matrimonio.

—Muchas gracias, don Francisco,—dijo Luis al empleado en el Gobierno,—mañana... ¿y no podrá ser antes, amigo mio?

—De modo que si á usted le urge mucho, lo dejaremos todo y dentro de dos horas puede usted volver por ese documento.

VIII.

Luis salió, tomó un carruaje de plaza en la parada de Platerías y se fué al campo á reponerse de su conmocion.

A las dos horas volvió y recogió el documento en cuestion, en que constaba su viudez, pero sin constar el motivo de la muerte de Clotilde, mas que de una manera vaga.

El jurado inglés habia puesto la siguiente nota á aquel testimonio.

«Se libra este documento para que el señor don Luis Sanchez de Leiva pueda hacer constar que es libre por muerte de su difunta esposa Fanny Thomson, que ocultando su nombre, se casó con el señor de Leiva bajo el de Clotilde, así lo firmamos y hacemos autorizar en Lóndres.»

Seguian la fecha y las firmas.

IX.

A la noche volvió á casa de Dolores, Luis, y se encerró con ella.

—Mira,—la dijo.

Dolores leyó aquel documento y se extremeció.

—¿De qué ha muerto esta mujer?—exclamó:—¿cuál ha sido el género de muerte de que aquí se habla?

—El patíbulo,—contestó Luis.

—¡Ah!—dijo Dolores,—esto es terrible, de todo punto terrible, ¡la Providencia!... cada culpa lleva en sí su castigo. ¡Oh, Dios mio! yo tambien seré castigada de una manera terrible, lo estoy ya, ¿no es verdad, Luis, que á mí me queda muy poco tiempo de vida?

—No, hija mia, no,—contestó Luis,—tranquilízate, resígnate, y tal vez con muchos cuidados, con tranquidad... vete á una provincia, vete con el buen don Cleofás á Sigüenza, y vive allí tranquila.

—¡Oh! no puedo vivir tranquila: todo lo he perdido en el mundo,—dijo Dolores.

—¿Todo?—exclamó aturdido Luis, y sintió renacer una chispa de su antiguo amor.

—Sí, todo,—dijo Dolores,—la paz de la conciencia, el aprecio de mí misma, el aprecio del mundo: una sobre otra, las desgracias han venido sobre mí, sobre mi familia, y he renunciado á todo.

—¿Que has renunciado á todo, Dolores?

—Sí, á todo; y voluntariamente.

—Explícate, Dolores, explícate; ¿agrava tu situacion el que yo ame á Andrea?

—No, Luis,—contestó tristemente Dolores,—estoy muy contenta, porque te amo como á un hermano y quiero que seas feliz; esto me dará algo de felicidad.

—¡Dolores!...—exclamó Luis.

—No te engaño, no, y en prueba de ello, voy á disponerlo todo para que os caseis Andrea y tú.

—¡Cómo!...

—Sí, cuanto antes: mira, tienes razon; como debo irme á una provincia, como debo vivir tranquila en me-

dio de una vida sencilla y metódica, en ninguna parte estaré mejor que en casa de don Cleofás, al lado de mi excelente amiga Teresa; pero no puedo llevar conmigo á Andrea, ella te ama, y tú no has de seguirnos á Sigüenza: necesito que te cases para quedarme libre.

—¿No mientes, Dolores?

—No: mi más ardiente deseo es tu felicidad, y si he de morir, moriré en paz.

Esto fué lo único que hablaron sobre aquello Luis y Dolores.

Inmediatamente, ésta empezó á prepararlo todo.

La canastilla, la donacion que hacia á su hermana de sus propios bienes libres, para aumentar su fortuna; hizo, en fin, todas las diligencias necesarias.

Andrea era feliz.

Habia leido el documento en cuestion, y nada habia extrañado.

Solamente habia dicho á Luis:

—¿Y cómo ha sido la muerte violenta de esa desgraciada?

—Los ingleses son muy raros, amada mia,—la dijo Luis,—y llaman muerte violenta á una combustion expontánea causada por la embriaguez.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Andrea,—¡una muerte causada por excesos repugnantes!... ¡cuánto ha debido hacer sufrir á usted esa mujer!

—Pero tú compensarás mis sufrimientos, haciéndome el hombre más dichoso de la tierra.

Andrea sonrió como un ángel.

Ocho dias despues, era esposa de Luis, y Dolores los

dejaba en su gran casa de la calle de Fuencarral, y partió para Sigüenza con don Cleofás, Teresa y su hijo.

X.

Pero Luis y Andrea no pudieron permanecer en Madrid.

Una alarmante carta de don Cleofás los arrancó de él.

La situacion de Dolores era terrible.

Se agravaba de dia en dia, crecian su palidez, su fiebre, su languidecimiento, y empezaba á escupir sangre.

Luis marchó apresuradamente con Andrea á cuidar de la pobre enferma.

XI.

La tísis es una enfermedad larga, penosa, terrible.

Los tísicos, por más que sepan que lo están, tienen siempre esperanzas de vida; pero los que están á su alrededor no pueden tenerla.

Y cuando se vé acercarse lentamente y hácia la tumba á un sér querido, simpático, que si ha cometido grandes faltas, tiene sobre sí el tremendo castigo de la tísis; cuando se vé á una pobre jóven, de la cual se ha apoderado esa terrible enfermedad, esa enfermedad incurable, ante la cual la ciencia se confiesa impotente, ¿quién no se extremece al ver aquel enflaquecimiento, aquellas manos diáfanas, aquellas mejillas pálidas, aquellos ojos en que brilla el opaco fuego de la calentura?

Esto es formidable, terrible.

Y cuando se ha amado á ese pobre sér, cuando se ha perdido su amor por sus excesos, excesos á los que debe el terrible estado en que se encuentra, considerándola terriblemente castigada, viéndola ya muerta, el odio cesa, y renace otra vez el amor, pero un amor desesperado, triste, impotente.

Luis sentia todo esto.

Una amargura infinita se hacia sentir en su corazon mirando á Dolores, contemplándola sentada en un sillon, sin fuerzas para levantarse, débil como una niña.

Meditaba cuán feliz podia haber sido aquella desgraciada, si no la hubiera extraviado su temperamento, sus nervios, la falta de su madre, su vida aventurera, su vida de locuras.

Andrea era un ángel para Dolores.

Sabia que en otro tiempo se habian amado Dolores y Luis.

Sin embargo, aquel recuerdo no existia para ella; no veia en Dolores más que un pobre sér débil, desventurado, á quien mataba su conciencia, y sobre cuya hermosa cabeza se posaba la descarnada mano de la muerte.

XII.

La situacion, pues, era tristísima.

De nuevo se ponia á prueba la buena fé de Luis, que habia nacido para engañarse siempre: indignado por las locuras, por los desórdenes de Dolores, irritado contra

ella, viendo vacilar siempre aquella alma volcánica, que habia buscado siempre un bello ideal, un sér soñado, sin encontrarle, y que en los momentos de su arrepentimiento se habia inclinado hácia el marqués de Olite, fascinada por la situacion excéntrica en que la habia encontrado, y por su amor calenturiento: Luis, repetimos, que no habia encontrado apoyo, y amor verdaderamente dicho, en Dolores, se habia creido curado y satisfecho con el purísimo amor de Andrea.

Pero cuando vió á Dolores devorada por la tísis, estenuada, pálida, espiritualizada por esa terrible dolencia, que siempre es poética; cuando en sus hermosos ojos vió el fuego de un amor supremo para él, de un amor mártir y resignado; cuando comprendió que á pesar de las locuras de Dolores, él habia sido su único amor, se le llenó el alma de amargura, y se operó una terrible reaccion en su conciencia.

—¡Y qué!—dijo,—¿acaso la he dado yo el ejemplo de la lealtad y del exclusivismo del amor? ¿no fuí yo su primer amante? ¿no la dejé probar los celos, rindiendo homenaje á la hermosura de otras? cuando la creí muerta, ¿no me consolé y me olvidé de ella? ¿no me casé con otra? ¿con qué derecho pedimos los hombres á las mujeres una lealtad y un exclusivismo de que no somos capaces para ellas? ¡y me ama la desgraciada! ¡me ha amado siempre! ¡acaso soy yo la causa de esa terrible tísis que la mata!

Luis volvia á ser víctima de su buena fé.

La causa de la tísis de Dolores, era la exacerbacion de sus nervios, irritados porque no habia encontrado so-

bre la tierra el ángel-sueño con figura de hombre que hubiera llenado sus aspiraciones.

Dolores, nacida para el amor, no habia podido realizarle, y la inflamacion de su sangre la mataba.

XIII.

El canónigo tenia una vieja casa en Sigüenza, de aquellas que recuerdan la edad media, para restaurar y amueblar las cuales, y ornamentarlas con arreglo á su estilo, seria necesario un tesoro.

Casas de solar, que vienen á ser el esqueleto, ó mejor dicho, el estuche vacío de una inmensa grandeza muerta.

Casas construidas en los siglos XIV y XV, por potentados que se hombreaban con los reyes, y que de tiempo en tiempo han venido al abandono y la degradacion, hasta el punto de que se las alquile por tres reales diarios, que era lo que costaba al canónigo aquel inmenso caseron, que tenia en su frontispicio, un grande escudo con banda diagonal, en que estaba grabado el mote *Ave-María*, blason de los Lasos de la Vega.

Habia en aquella casa salones inmensos con riquísimos techos de ensambladura.

Alguno que otro ajimez gótico que habia resistido á bárbaras reconstrucciones.

El canónigo ocupaba una parte infinitesimal de la casa, en un ángulo al mediodía, y la habia amueblado de una manera modestísima.

En esta parte habia un saloncito, con alcoba, y con

mirador al huerto, pero mirador plebeyo, con una balaustrada de madera y un alero, sostenido por piés de madera tambien.

Aquel mirador daba sobre un gran huerto destartalado, en que por nada habia entrado el arte, cargado de grandes y viejos árboles frutales, de nogales, de castaños, de alguno que otro copudo álamo negro, y velado por la parte de la casa y alrededor de las tapias, por viejas parras desvencijadas.

La hortaliza y las flores fuertes, las flores que resisten á la intemperie, tapizaban el terreno en desórden.

A nosotros nos gusta mucho más un huerto bravío, de vejetacion poderosa y libre, que un monótono parterre á la inglesa.

Nadie compone mejor lo bello que la naturaleza; nadie agrupa mejor que ella, nadie produce mejores contrastes.

La obra de Dios es siempre infinitamente superior á la obra de los hombres.

Un detalle de un bosque, una quebradura de una montaña, tres pinabetes sobre un repecho, algunos mimbres sobre el flanco de una hondonada, llegan al sumum de la belleza artística; porque el arte no es otra cosa que lo bello del natural.

XIV.

Dolores se levantaba tarde, tomaba un vaso de leche, y si hacia sol, la sacaban en un sillon al mirador.

Los dias malos, la ponian junto á una chimenea encendida.

Andrea la acompañaba siempre; dormia con ella en la misma alcoba, cuidaba de ella como una madre de un hijo pequeño enfermo.

Dolores se volvia como una sensitiva hácia Andrea, y la amaba con toda su alma.

Andrea la leia libros muy bellos, muy poéticos, muy dulces, muy puros.

La Imitacion de Cristo, los Psalmos de David, los Profetas, el Evangelio, las Obras de San Pablo, los sermones de Bossuet y de Fenelon, las inspiradas páginas de Santa Teresa de Jesus, la Historia de los Mártires.

Nadie habia inspirado esto á Andrea; se debia á su propia eleccion.

Andrea habia tenido siempre el alma contemplativa y triste, era una excelente jóven; habia obedecido siempre al sentimiento, y no se habia engañado, porque el sentimiento, cuando se siente bien, es la razon suprema del alma en sus relaciones con la materia.

Se asombran muchos de que un pobre sér sencillo acierte siempre, y llegue hasta el punto de que pueda atribuírsele un espíritu profético, y, sin embargo, ha sido siempre extraño á la ciencia humana. Es que no ha razonado, es que ha sentido bien, y no ha podido engañarse.

Estos séres son siempre poéticos y siempre poetas, aunque nunca hayan escrito un solo verso.

La poesía es el sentimiento, ya lo hemos dicho, la razon suprema.

Los profetas, no eran otra cosa que poetas sublimes, que almas melancólicas, tristes, profundas, inmensas.

Ellos por las impresiones de lo presente, comprendian lo pasado y profetizaban lo porvenir.

Eran los hombres de Dios, como hoy los que viven del sentimiento puro, son las criaturas dulces, á quienes Dios ama, y que tienen contra todos los martirios posibles, el escudo fortísimo, el escudo de diamante de la resignacion.

Andrea era una bienaventurada.

No habia encontrado su felicidad en Luis, en aquella inteligencia viciada, en aquel corazon irritado como el de Dolores, por la insensata y devoradora sed de un imposible.

Pero Andrea, si no era feliz, no era desventurada.

Estaba armada de toda la indulgencia, de todo el amor, de toda la caridad que se necesita para amar á los pobres y débiles séres extraviados á quien nos ha unido el destino, á pobres enfermos que obedecen á las leyes de su enfermedad.

XV.

Teresa era otra dulce criatura, no tan instruida, no tan inteligente como Andrea, pero toda corazon á su manera, toda sentimiento sencillo y resignado.

Fuera de las horas que la ocupaban los quehaceres domésticos, estaba siempre con su hijo en brazos al lado de Dolores.

XVI.

Luis se habia hecho devoto de una manera exagerada.

Es el extremo á que van á parar los hombres de imaginacion y de corazon soñador, á quienes ha tratado duramente la fortuna.

Por la mañana se iba á oir la misa que decia en la catedral don Cleofás, y muy pronto acabó por ayudarla.

Luego, mientras don Cleofás estaba en el coro, él se quedaba en el crucero, le recogia el canónigo y se iban á casa.

Ya se sabia adonde iban; á la habitacion de Dolores hasta que volvia otra vez la hora del coro, y volvian á la catedral.

Algunos dias en el invierno, despues del coro, por la mañana, daban un paseo por las afueras de Sigüenza, y filosofaban cada cual á su manera.

La artillería ocupaba siempre una gran parte en las cándidas y originales elucubraciones de don Cleofás.

Las frases: ¡cien bombas! ¡mal cohete á la congreve! ¡por vida de una de á treinta y seis! reemplazaban en la boca del canónigo á las que son en la de otros groseras interjeciones, que no se encuentran en el diccionario.

Don Cleofás no habia perdido nada de su vigor.

Debajo de la sotana quedaba la casaca del artillero, era un bueno, un excelente hombre, pero poco sufrido.

Y el caso era que lo aguantaba todo con un valor heróico, salvo que se ponia de un humor infernal.

—¡Mil baterias de sitio!—exclamó un dia refiriéndose á Dolores y paseando con Luis que iba cabizbajo,—¡y se nos ha de morir sin que podamos romperle la cabeza á la muerte! ¡fuego y bombas! ¡no puedo resistir esto! ¡tengo el alma en la garganta! Siempre que voy á casa, entro con miedo y no me atrevo á preguntar hasta que meto las narices en su cuarto: temo que se nos haya ido mientras estábamos en la catedral: ¿y qué me dice usted, señor don Luis, qué me dice usted?

—Estamos á mediados del otoño, el tiempo es templado, no hay que temer por ahora una definitiva exhacerbacion de la sangre; á las primeras heladas, allá á fines de diciembre, cuando ménos lo pensemos, en el instante en que nos parezca más animada...

—¡Tristísimo profeta!—exclamó don Cleofás.

XVII.

Un dia, Dolores, que estaba al sol en el mirador teniendo á la izquierda á Teresa con su niño, dijo á Luis que acababa de entrar con don Cleofás:

—Necesito escribir una exposicion para su majestad pidiéndola que puesto que yo no tengo pariente alguno, sino muy lejano, que mi hermana Casilda ha sido legitimada á instancias de mi padre, se la conceda la sucesion de mi título y de mi mayorazgo, no obstando el que haya nacido fuera de matrimonio, previendo lo cual hay una claúsula en la fundacion de nues-

tra casa; es necesario que esa claúsula la derogue su majestad: escribe además en nombre mio una carta al ministro de Estado, para que active la solicitud, y otra á Casilda para que venga con su marido.

—Pero este es tu testamento, Dolores,—dijo Luis,—y no hay motivo para ello.

—¿Quién fia en la instabilidad de la vida?—dijo Dolores,—es verdad que me ocupo de mi testamento, y aún quedan otras dos personas en quienes pienso.

—¡Cómo!—exclamó.

—Sí; primeramente mi ahijado que es completamente pobre, y despues mi hermana Andrea que puede ser mucho más rica.

Teresa y Andrea se echaron á llorar.

Dolores se obstinó y fué llamado un escribano por ante el cual otorgó testamento.

Dejaba la tercera parte de sus bienes libres á su ahijado Cárlos de Cantillana y Salmeron, nombrando por su curador al canónigo don Cleofás de Aguablanca y por falta de éste á su madre.

Lo que dejaba Dolores á su ahijado, constituia una renta de veinticinco mil duros.

Andrea, acumulado el legado de su hermana á lo que habia heredado como hija del duque, era millonaria.

A Casilda no la dejaba más que su título y su mayorazgo, contando con el beneplácito de su majestad.

La sucesion de Casilda fué concedida.

Cuando lo supo Dolores, dijo:

—Ya puedo morir, desde ahora solo quiero ocuparme de mi conciencia.

Y desde entonces, hizo que un don Frutos de Vivero, eclesiástico virtuoso y sábio, residente en Sigüenza, conversase con ella todas las noches.

XVIII.

El marqués de Olite y Casilda habian sobrevenido.

Don Fernando se mostraba como Casilda, apesarado, triste.

Pero no engañaban ya á nadie.

Despues de tanto desengaño no habia quedado allí ni un átomo de buena fé.

Luis notaba que á pesar de que Fernando era un buen hombre y de que Casilda era una buena mujer, estaban tristes el dia en que Dolores aparecia más alentada y él por probarlos decia:

—Puede ser, puede ser que se salve, aún no estoy yo seguro de si esto es una tísis: ¡hay tantas afecciones del pecho que se confunden con la tísis! me parece que hay algo de reaccion en Dolores.

¡El egoismo, la vanidad, obran tantas veces en nosotros sin que nosotros lo comprendamos! ¡aumentar una grandeza de España con otra! ¡sustituir en el blason la corona de marqués con la ducal! ¡añadir un manto de armiños y cuatro millones á la renta!

Todo esto era importantísimo.

Todo esto bastaba para excitar inconscientemente la ambicion de Casilda y de Fernando.

En cambio, Andrea, Teresa, don Cleofás y Luis, estaban aterrados.

Al fin, una noche por pascua de navidad, en medio de la que podia llamarse su familia, al lado de don Frutos de Vivero, Dolores tomó una pluma y escribió.

«Perdonadme como espero que Dios me perdone.»

Y su hermosa cabeza cayó sobre el papel.

Habia muerto.

Un instante antes habia sentido la muerte, se habia encontrado sin voz y habia aprovechado aquel instante para escribir en aquellas palabras la última aspiracion de su alma.

EPILOGO.

I.

Por este tiempo y con la diferencia de algunos dias, *El New York Herald,* extendia por los Estados-Unidos la noticia de dos crímenes y de dos ejecuciones, porque en los Estados-Unidos el jurado despacha muy pronto.

Se llevan las cosas á paso de carga, y se concluye muy pronto con los malos negocios.

«Los ciudadanos pacíficos, decia en un suelto aquel diario, están aterrados; habíanse venido de Europa una especie de aventureros escapados de la cárcel de Madrid, donde se les retenia para enviarlos al patíbulo como reos de asesinato.»

Habia en esto algo de inexactitud; pero atendida la larga distancia que existe entre Nueva-York y Madrid, la inexactitud no era muy grave.

Continuemos leyendo el *New York Herald.*

«Vivia entre nosotros, puesta en moda por su grande hermosura, por sus grandes riquezas y por lo monstruoso de su historia que llegaba á lo lúgubre, la duquesa viuda del Humbroso unida por ante la iglesia protestante con un médico español llamado don Braulio Zancudo.

»Todos saben que esta duquesa viuda habia escapado de una manera ingeniosa de otra cárcel de Madrid en que estaba acusada de asesinato, cosa extraña, contra la persona de su actual esposo.

»Ahora bien, el otro prójimo llamado Bartolote Corsini, napolitano de orígen, se presenta de repente en el hotel donde vive la duquesa viuda y su cónyuje, se encierra con ellos y sale cerrando de nuevo la puerta, se aleja.

»Un agente de policía nota lo descompuesto de su semblante y algunas manchas de sangre en su camisa.

»Le detiene y le arresta como presunto reo de un crímen desconocido.

»Llega la hora de la comida y la duquesa viuda y su esposo no se presentan en la mesa redonda.

»Pasan horas y más horas y no proviene ningun llamamiento de la habitacion ocupada por los dos esposos.

»Se repara al fin en esto, se llama á la puerta y nadie contesta.

»Se repiten los llamamientos y sucede el mismo silencio.

»Se dá parte al representante de la ley, en el distrito, y éste, despues de las intimaciones legales, manda forzar

la puerta, penetra y encuentra horriblemente decapitados á los esposos don Braulio Zancudo médico español y doña Mercedes Cancamusa duquesa viuda del Humbroso, título muy conocido en España.

»Se hacen informaciones y resulta que el dia anterior ha estado allí un extranjero.

»Se verifica un reconocimiento del que fué arrestado el dia anterior, y los criados del hotel declaran que él fué el que estuvo conversando una hora con las víctimas.

»Aún permanecen las manchas de sangre en la camisa del que, segun la opinion pública, es el autor de este doble y horrendo asesinato que, á pesar de todo, tiene mucho de providencial.

»Los criminales escapados de las cárceles de Madrid, se destruyen á sí mismos.

»Se ha reunido inmediatamente el jurado, y es probable que dentro de tres dias tengamos ejecucion.

»La justicia burlada en Madrid será satisfecha en Nueva-York, porque la justicia es cosmopolita.»

II.

Dos dias despues, se leia en el mismo periódico:

«El jurado ha declarado reo de pena capital al siciliano Bartolote Corsini, que será ahorcado mañana á las ocho en el lugar de costumbre.»

En otro lugar del periódico se leia:

«Un nuevo y repugnante crímen acaba de tener lugar, con accidentes verdaderamente dramáticos.

»Vivia con un lujo verdaderamente oriental, de los

tiempos antiguos, en el distrito número 20, calle 62, número 317, hotel del Brasil, número 80, un Creso peruano, fabulosamente rico, llamado don Baltasar Kin Kakop Atahualpa.

»Protegia este señor á un jóven matrimonio, á los esposos Juan y Julia, que vivian en union con el peruano, creyéndose por todos existian relaciones íntimas entre éste y la esposa del médico Juan.

»De improviso, á las altas horas de la noche se agita vigorosamente un timbre; el encargado acude al indicador, y vé que el llamamiento procede del departamento número 80.

»Se acude, y se encuentra un espectáculo espantoso.

»El peruano está sobre una otomana, oprimiéndose el estómago y profiriendo horribles alaridos.

»Se le oye exclamar:

—»He sido víctima de mi buena fé; yo creí que me amaban... eran unos bribones... me han envenenado...

»Continúa quejándose, y resulta que los dos esposos, valiéndose de seducciones, le han hecho otorgar testamento en su favor.

»Al dia siguiente, don Baltasar siente náuseas, frialdad en el estómago, violentas contracciones, sospecha, y acusa á los esposos.

»Estos se aterran.

»En su temor vé don Baltasar una confesion, y hombre enérgico, se lanza sobre Juan, que al caer se desnuca contra el ángulo de una chimenea; Julia huye, pero es alcanzada y extrangulada.

»Don Baltasar ha muerto poco despues de declarar

los pormenores del suceso, y el jurado no tiene que reunirse.

»Los agentes de la ley han mandado dar sepultura á los cadáveres.»

III.

Hé aquí terminado nuestro largo relato: él demuestra que por el mal, no se vá más que al mal, y que si la gente sencilla puede ser víctima de su buena fé, tambien son víctima de ella los pícaros, consideracion en la cual pretendemos reparen nuestros lectores, para que de este modo se justifique la moralidad que aparece en accion en las páginas de este libro.

FIN.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

TOMO I.

TOMO II.

Páginas.

2 tu
1200
AAAA

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

299149
LS
F3674g
Author Fernández y González, Manuel
Title Las gentes de buena fé. Vol.2.
DATE
NAME OF BORROWER.

